

R.F. 21340

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
FACULTAD DE FILOLOGÍA
DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA

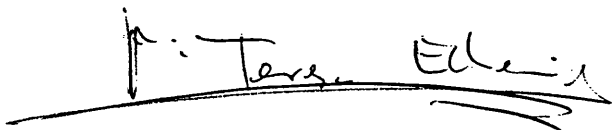
**LENGUA HABLADA Y LENGUA ESCRITA
EN LOS ORÍGENES DEL ESPAÑOL:
ESTUDIO A TRAVÉS DE LA MORFOLOGÍA
NOMINAL**

TESIS DOCTORAL

Presentada por:
ADELA GARCÍA VALLE

Dirigida por:
DRA. D^a M^a TERESA ECHENIQUE ELIZONDO.
Catedrática de Filología Española de la Universitat de
València.

Vº Bº de la Directora



VALENCIA, 1996.



UMI Number: U607507

All rights reserved

INFORMATION TO ALL USERS

The quality of this reproduction is dependent upon the quality of the copy submitted.

In the unlikely event that the author did not send a complete manuscript and there are missing pages, these will be noted. Also, if material had to be removed, a note will indicate the deletion.



UMI U607507

Published by ProQuest LLC 2014. Copyright in the Dissertation held by the Author.
Microform Edition © ProQuest LLC.

All rights reserved. This work is protected against
unauthorized copying under Title 17, United States Code.



ProQuest LLC
789 East Eisenhower Parkway
P.O. Box 1346
Ann Arbor, MI 48106-1346

Q. 468721
A. 468783

A mis padres, por su constante apoyo en todo momento.

A Santi, por su comprensión, su paciencia y su ayuda durante estos años.

A Maite, por todo lo que me ha enseñado y por el tiempo que me ha dedicado.

GRATULATORIA

Mi gratitud va dirigida a quienes han seguido la elaboración de esta Tesis.

A mis padres y a mi abuela por su comprensión sin límites.

A Santi, que siempre me ha prestado su apoyo y me ha alentado en los momentos más difíciles.

A todos mis compañeros del Departamento de Filología Española y a otros miembros de otros Departamentos por el notable interés mostrado por este trabajo. Muy especialmente a Juan, por su incansable ayuda en la parte menos grata para mí de esta Tesis, la de su impresión.

Hay momentos en los que no se encuentran palabras que expresen lo que con emoción se siente. Este es uno de ellos ¿Cómo agradecerle todo lo que le debo a la Dra. María Teresa Echenique? Basten cuatro palabras: Maite, Maestra, Amiga, Gracias.

ÍNDICE

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Estructura o Plan de la Tesis	21
-------------------------------------	----

1. LA MORFOLOGÍA NOMINAL EN LOS ESTUDIOS DEL ESPAÑOL

1.1. Revisión sincrónica de la morfología dentro de la teoría gramatical	31
1.2. La morfología nominal. Estudio del sustantivo y del adjetivo	35

2. ESTUDIO ESPECIAL DEL "ARCAÍSMO LINGÜÍSTICO"

2.1. Concepción tradicional de "arcaísmo". Tratamiento de identificación de los cultismos y latinismos con los arcaísmos	47
2.2. Interpretaciones que establecen la distinción entre arcaísmos y cultismos/latinismos	52
2.3. Nuestra concepción de "arcaísmo lingüístico". Criterios para diferenciar los arcaísmos de los cultismos y latinismos	58

3. DISCUSIÓN Y REVISIÓN DE LOS CONCEPTOS DE "LATINISMO", "CULTISMO" Y "SEMICULTISMO"

3.1. Introducción	63
3.2. Estudio de las formas cultas: de los planteamientos tradicionales a las propuestas más actuales	68
3.2.1. Los conceptos de "latinismo" y "cultismo"	68
3.2.1.1. Teoría tradicional. Representantes principales y sus explicaciones. Su punto de partida. Periodizaciones	68
3.2.1.2. Otras teorías	89



3.2.1.3. Propuesta innovadora de Roger Wright. Sus seguidores. Un punto de partida diferente	96
3.2.1.4. Nuestra aportación a las concepciones de "latinismo" y "cultismo"	106
3.2.2. Los conceptos de "semicultismo" y "doblete"	110
3.2.2.1. Planteamiento tradicional. Los semicultismos y los dobles: ¿fenómenos lingüísticos independientes o paralelos?	111
3.2.2.2. Propuestas innovadoras: Interrelación de ambos conceptos	123
3.2.2.3. Nuestra concepción del "semicultismo" y su relación con los dobles	130

4. NUESTRO CORPUS DE ESTUDIO. DESCRIPCIÓN Y CATALOGACIÓN DEL CORPUS DOCUMENTAL. SITUACIÓN DE LOS NOTARIOS Y ESTADO DEL NOTARIADO EN RELACIÓN CON EL CORPUS

4.1. Nuestro corpus de estudio. Descripción y catalogación del corpus documental	137
4.2. Situación de los notarios y estado del notariado en relación con el corpus	143
4.2.1. Revisión general del hecho notarial, a través del análisis de la evolución histórica del concepto de "notario"	145
4.2.2. Primera aproximación al corpus. Estudio de algunas cuestiones relacionadas con el ámbito de la Diplomática:	147
El título	147
La <i>nota</i>	153
La <i>validatio</i>	157
El <i>signum</i>	158
La <i>iussio</i>	159
La autoridad	163

El ámbito territorial en el que se inscribe el notario	164
Preferencia lingüística en la intitolación notarial: latín frente a romance	172
4.2.3. Estudio particular de cada área lingüística	179
4.2.3.1. Navarra. Evolución del notariado por etapas	
Consideraciones particulares acerca de algunos notarios	179
Un notario del siglo XII de nombre Sancho, representante de la transmisión del oficio notarial de padres a hijos	180
Un notario llamado Pedro Ferrández, ejemplo de hibridismo	189
Notarios de la curia episcopal: Lope Sánchez de Sangüesa y, posiblemente, García Pérez	191
Notarios de la corte: un gran número en el corpus	194
El caso del oficial Pedro Martínez de Arceiz: de notario ajeno a la cancillería real a notario del rey	196
Miguel Pérez, notario real con competencia "ubique locorum"	198
4.2.3.2. Castilla. Fases del notariado castellano	203
4.2.3.3. Más sobre la evolución del hecho notarial castellano: El caso de Sevilla	210
4.2.3.4. León. Planteamiento evolutivo de la situación notarial	211
4.2.3.5. El fenómeno del notariado en otras áreas peninsulares (Aragón) y extrapeninsulares (Italia)	215
4.2.4. Índice de intitolaciones notariales	227
4.2.5. Índice de escribanos y notarios	242

5. DELIMITACIÓN CRONOLÓGICA Y GEOGRÁFICA DE LOS DOCUMENTOS ESTUDIADOS

5.1. Introducción. Planteamiento inicial	251
5.2. Estudio general de los sistemas de datación medievales	253

5.3. Delimitación diatópico-cronológica de los documentos	
Comentario de la selección documental del corpus de los siglos X al XIII	259
5.3.1. Pizarras visigodas	260
5.3.2. Glosas Emilianenses y Silenses	260
5.3.3. Documentos de <i>Orígenes del Español</i>	263
5.3.4. Documento del <i>Cartulario de San Juan de la Peña</i>	265
5.3.5. <i>Colección del Archivo Municipal de Elorrio</i>	266
5.3.6. <i>Documentos lingüísticos de España. Reino de Castilla</i>	266
5.3.7. " <i>Libro Becerro</i> " del Monasterio de Sta. María de la Oliva (Navarra)	268
5.3.8. <i>Diplomatario de Salinas de Añana</i>	270
5.3.9. <i>Colección documental de la villa de Plencia</i>	271
5.3.10. <i>Colección diplomática del Concejo de Segura</i>	271
5.3.11. <i>Colección diplomática del primer rey de Navarra de la dinastía de Champaña, Teobaldo I</i>	272
5.3.11.1. Distribución espacio-temporal de los documentos	273
5.3.11.2. Problemas en la datación de algunos diplomas concretos	274
5.3.11.3. Localización de otros documentos conforme al itinerario real. Viajes y estancias de Teobaldo I en Navarra y en Francia	277
5.3.11.4. Otros diplomas no expedidos por el rey	282
5.3.12. <i>Colección diplomática del segundo rey de Navarra de la dinastía de Champaña, Teobaldo II</i>	284
5.3.12.1. Distribución espacio-temporal de los documentos	285
5.3.12.2. Problemas en la datación de algunos diplomas concretos	287

5.3.12.3. Localización de otros documentos conforme al itinerario real. Viajes y estancias de Teobaldo II en Navarra y en Francia	291
5.4. Índice cronológico (con indicación de lugar) de los documentos del corpus	300

6. DISTRIBUCIÓN INTERNA DE LAS DIFERENTES ÁREAS GEOGRÁFICAS. OTRO TIPO DE CONSIDERACIONES.

6.1. Introducción. Perspectiva general	313
6.2. Estudio de los lugares de archivo de algunas series documentales del corpus	316
6.3. Estudio de todos los lugares de redacción de los documentos. Revisión de la etapa histórica comprendida entre los siglos VI y XIII	323
6.3.1. Período hispano-visigodo. Localización espacio-temporal de dos pizarras visigodas	324
6.3.2. Principales núcleos hispánicos. Reino de Navarra Revisión de sus propiedades territoriales. Situación documental	326
Documentos redactados en los dominios navarros propiamente dichos	332
Documentos redactados en la Navarra de Ultrapuertos	338
Documentos redactados en Francia, relacionados en su mayoría con la dinastía champañesa de Navarra	339
Algunas dataciones problemáticas: (Circa), Gemeaux y San Miguel de Cisa	340
6.3.3. Reino de Castilla. Revisión de sus propiedades territoriales. Su expansión territorial. Áreas incorporadas: León, La Rioja y el País Vasco. Situación documental	343
Documentos redactados en el Reino de Castilla propiamente dicho	348
Documentos redactados en el Reino de León. Otros	

documentos escritos en tierras leonesas lingüísticamente vinculadas a Castilla: Valladolid y Palencia	363
Documentos redactados en áreas originariamente no castellanas e incorporadas con posterioridad a Castilla: La Rioja y el País Vasco	367
6.3.4. Otros reinos hispánicos. Documentos redactados en el Reino y Corona de Aragón	372
6.3.5. Otras áreas extrapeninsulares: Documentos redactados en Italia y África	379
6.3.6. Índice geográfico cronológico de los documentos estudiados	383
6.3.7. Los mapas	391

7. ANÁLISIS DE NUESTROS DATOS

7.1. Escritura y pronunciación u oralidad. Las grafías romances en sus comienzos históricos	399
7.1.1. Planteamiento de la cuestión	399
7.1.2. Concepción tradicional	402
7.1.3. Visión renovadora de Wright. Sus partidarios. Sus detractores. Algunos puntos débiles o imprecisiones que a nuestro juicio presenta	403
7.1.4. Otras propuestas	424
7.2. Análisis lingüístico en relación con la escritura y pronunciación	431
7.2.1. Abad, Abadía	440
7.2.2. Abuelo, Bisabuelo	445
7.2.3. Acequia	447
7.2.4. Acostumbrado	449
7.2.5. Agua	449
7.2.6. Ajeno, Enajenado, Enajenación, Alienado, Alienación	452
7.2.7. Alcalde, Alcaide	455
7.2.8. Alfonsino, Alfonsí	459
7.2.9. Amparanza	461

7.2.10. Año	464
7.2.11. Apóstol, Apostólico	469
7.2.12. Árbol	473
7.2.13. Arcediano, Archidiácono, Subdiácono	475
7.2.14. Argento, Arienzo	478
7.2.15. Autoridad	481
7.2.16. Avenencia	483
7.2.17. Baile	485
7.2.18. Blanco	486
7.2.19. Bucy	488
7.2.20. Burgués	490
7.2.21. Caballero	492
7.2.22. Calumnia	495
7.2.23. Capellán, Capilla	498
7.2.24. Castillo	500
7.2.25. Cementerio	501
7.2.26. Ciudad	502
7.2.27. Clérigo, Clerecía	504
7.2.28. Colación	506
7.2.29. Colgado	507
7.2.30. Collazo	508
7.2.31. Compañía, Compañía	510
7.2.32. Concejo, Concilio	511
7.2.33. Conde, Condado, Vizconde, Vizcondado	514
7.2.34. Consejo, Consejero	520
7.2.35. Conveniencia	522
7.2.36. Convento	525
7.2.37. Costumbre	528
7.2.38. Coto	530
7.2.39. Cuchillo	531
7.2.40. Cuñado	532
7.2.41. Daño, Dañado	533
7.2.42. Deán, Decano	535
7.2.43. Derecho, Directo	536
7.2.44. Deuda, Deudor, Débito	540

7.2.45. Diciembre	541
7.2.46. Dueño, Don	542
7.2.47. Enero	546
7.2.48. Engaño, Engañado	548
7.2.49. Escritura, Escrito, Escrita, Escritor	549
7.2.50. Estrecho, Estricto	551
7.2.51. Extraño	552
7.2.52. Febrero	553
7.2.53. Firma	554
7.2.54. Fraile, Fraternidad, Cofrade, Cofradía	556
7.2.55. Fruto	560
7.2.56. Habitación	562
7.2.57. Hecho, Factor	564
7.2.58. Hermano, Hermandad	568
7.2.59. Hidalgo, Hijodalgo	570
7.2.60. Hombre, Ricohombre	572
7.2.61. Homicidio	576
7.2.62. Huerto	579
7.2.63. Infante, Infanzón	580
7.2.64. Juez, Juicio	584
7.2.65. Leal, Legal, Lealtad, Legalidad	588
7.2.66. Limosna	589
7.2.67. Luengo	591
7.2.68. Mayordomo, Mayordomía	592
7.2.69. Mejoramiento, Amejoramiento, Mejora	593
7.2.70. Merced	595
7.2.71. Mujer	596
7.2.72. Obispo, Arzobispo, Episcopal, Episcopado	599
7.2.73. Octubre	604
7.2.74. Pagador	606
7.2.75. Pecha, Pechero	607
7.2.76. Pieza	609
7.2.77. Plazo, Pleito	610
7.2.78. Propio	613
7.2.79. Querella, Querelloso	616

7.2.80. Remedio	618
7.2.81. San, Santo	620
7.2.82. Sello, Sellado	625
7.2.83. Señor, Señorío	632
7.2.84. Tío	636
7.2.85. Vasallo	638
7.2.86. Zapatero	641
 8. CONCLUSIONES	 645
8.1. Conclusiones generales	648
8.2. Conclusiones particulares	660
8.3. Recapitulación	669
 9 BIBLIOGRAFÍA	 675

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN.

ESTRUCTURA O PLAN DE LA TESIS

A pesar de sucesivos intentos por delimitar el concepto de cultismo, el estatuto de las formas cultas sigue siendo uno de los problemas no definitivamente resueltos en los estudios diacrónicos del español.

El propósito de esta tesis es aportar datos lingüísticos que contribuyan a asentar algunas bases que, a su vez, permitan la identificación, reconocimiento y justificación de los cultismos, latinismos y semicultismos.

Para ello, es necesario que el análisis de estos fenómenos lingüísticos se inserte en el estudio de otro hecho lingüístico, el del arcaísmo, concepto clave que, si bien ha recibido atención en trabajos concretos sobre cultismos, no ha sido suficientemente valorado en la mayoría de ellos, habiendo llegado incluso a ser omitido en ocasiones a pesar de su trascendencia.

Pues bien, el estudio que aquí abordamos se va a desarrollar a lo largo de ocho capítulos. En el primero se analizará el estatuto de la morfología en la teoría lingüística. El segundo capítulo se dedicará al estudio del arcaísmo lingüístico; la revisión de las aportaciones que se han hecho con respecto a este concepto y el establecimiento de algunos criterios que sirvan de base para el reconocimiento de arcaísmos lingüísticos facilitarán el estudio posterior de los latinismos, cultismos y semicultismos que se llevará a cabo en el capítulo tercero. Para esclarecer la ambigüedad con que se presentan estos conceptos,

se planteará en este capítulo, en primer lugar, una revisión teórica de los diferentes estudios existentes y se intentará, en segundo lugar, aportar una definición de los cultismos, latinismos y semicultismos partiendo de su consideración inicial como préstamos, y perfilando criterios que permitan distinguirlos conceptualmente.

Toda esta revisión teórica se completará con un análisis lingüístico. Así, en el capítulo cuarto, tras la presentación del corpus de estudio, en el que se indican las fuentes documentales utilizadas para su constitución, se atenderá al estudio de las intituciones notariales de los documentos que permita el análisis del notariado en las áreas hispánicas de Castilla, León, Navarra y Aragón. Asimismo, en dicho capítulo se revisará una serie de cuestiones relacionadas con el ámbito de la Diplomática con el fin de determinar las posibles aportaciones que de ella se desprendan para el estudio lingüístico, al tiempo que se señalará, atendiendo a circunstancias tanto lingüísticas cuanto extralingüísticas, el origen o la vinculación a un área lingüística concreta, no sólo de los escribas y notarios que lo especifican en su intitución, sino de aquellos otros que no aportan datos que permitan determinar la scripta a la que pertenecen.

La indicación de las coordenadas espacio-temporales de este corpus será el objetivo de los capítulos quinto y sexto. Las dataciones cronológicas que abarcan el período de tiempo comprendido entre los siglos VII y XIII se estudiarán en el capítulo quinto, en el que también se revisarán brevemente los sistemas de datación medievales. De las dataciones tópicas se ocupa el capítulo sexto con indicación de las diferentes áreas geográfico-lingüísticas, tanto de archivo como de redacción documental, distribuidas por buena parte de la Península y por otros enclaves extrapeninsulares como Francia, Italia y Túnez.

En el caso de los documentos que se presenten sin data tópica o crónica se analizarán todas las cuestiones lingüísticas y extralingüísticas que permitan aventurar su lugar o fecha de

redacción posibles y se aportarán algunos datos referentes a las posesiones territoriales de los diferentes reinos hispánicos en el caso de que ello contribuya a la dilucidación de algún problema. Al final de los capítulos cuarto, quinto y sexto se presentarán unos índices de intituciones notariales y de notarios (en el caso del capítulo cuarto), de las fechas de redacción de los documentos, con indicación del año, mes y día siempre que sea posible (en el caso del capítulo quinto), y de los lugares de escrituración (en el caso del sexto) que, además, se verá completado gráficamente con algunos mapas que señalen tanto los lugares de archivo, como los lugares de redacción de los documentos que forman el corpus de estudio.

Hay que señalar que en un primer momento se planteó la necesidad de distinguir en el estudio lingüístico las variantes extraídas de documentos originales de las que procedían de otros que eran copia. Los documentos que son copia son los números 1, 61, 64 y 132 de la Colección diplomática de Teobaldo I, y los números 9, 27, 72 y 77 de la Colección de Teobaldo II. Se trata en todos los casos de copias coetáneas¹, del siglo XIII, excepto en el del documento 72, que data del siglo XIV. La proximidad de las fechas de redacción de los originales y las copias ha debido ser la causa de que otros autores no hayan distinguido en sus estudios entre el análisis lingüístico de los documentos originales y el de las copias. Pérez-Salazar, por ejemplo, al llevar a cabo el estudio gráfico-fonético², en primer lugar, y morfosintáctico y léxico³, en segundo lugar, de los diplomas de la Colección de Teobaldo I, no separa los datos que extrae del análisis lingüístico, ni establece ninguna distinción en las conclusiones que se desprenden de él.

¹ Los traslados son del siglo XIV (docs. 13 y 134 de la Colección de Teobaldo I y docs. 68, 73 y 89 de la Colección de Teobaldo II, de esta Colección, el diploma 35 es del siglo XV y el 29 del XVI, trasladado de otro hecho en el siglo XIV). Los documentos 1, 2 y 3 del Consejo de Segura aparecen en tres Confirmaciones del siglo XIV.

² PÉREZ-SALAZAR RESANO, C., "Aportación al estudio gráfico y fonético del romance navarro. Primer tercio del siglo XIII", *Príncipe de Viana*, 197, Pamplona, 1992, pp. 751-796.

³ PÉREZ-SALAZAR RESANO, C., "Rasgos morfosintácticos y léxicos del romance navarro (primer tercio del siglo XIII)", *Príncipe de Viana*, 198, Pamplona, 1993, pp. 111-184.

Además, tras el análisis comparativo entre los documentos originales y las copias, las diferencias entre unos y otros no alteran los resultados extraídos del conjunto con respecto a la aparición y distribución diatópica de las variantes. De esta manera, se constata que las copias reflejan, sin duda, el momento de redacción original y no el de copia, y así queda asumido en nuestro estudio⁴.

En cualquier caso, los datos extraídos de las copias han de ser tratados con cautela, así como los que proceden de los documentos que forman parte del "Libro Becerro" del Monasterio de Sta. María de La Oliva. Con respecto a estos documentos hay que señalar que, pese a que su procedencia sea debida al siglo XVI, son copias fieles de las redacciones originales, por las características lingüísticas que presentan, ya que las variantes extraídas de ellos se aproximan o son similares a las de otros documentos que corresponden a las mismas fechas y lugares de redacción y que forman parte de otras Colecciones documentales. No ha sido necesario indicar la procedencia de cada uno de los casos en que se estudia una variante extraída de algún documento del "Libro Becerro", porque hay otros datos que permiten su identificación fácilmente. Dicho con otras palabras, son las datas crónicas y tópicas las que permiten individualizar los documentos de este tomo, ya que se trata de todos los textos redactados en cualquier lugar de Italia (Letrán, Dolo, Anagnine y Rieti) o de Francia (Lyon, Cluny), excepto en los casos en que se especifica que los escritos se hicieron en territorio francés durante los reinados de Teobaldo I o Teobaldo II por algún oficial de sus cancillerías. También forman parte de este Cartulario todos los documentos redactados en Navarra en el siglo XII y en el Reino y Corona de Aragón (Luesia, Zaragoza, Monzón, Alfajarín, Burriana, Castellar y Barcelona). Sólo hay un documento redactado en el reino aragonés que no pertenece al

⁴ Vid. algunas precisiones que hay en las páginas iniciales de ECHENIQUE ELIZONDO, M. T. "El sistema referencial en español antiguo: leísmo, laísmo y loísmo", *Revista de Filología Española*, 61, Madrid, 1981, pp. 113-157.

"Libro Becerro" de La Oliva. Concretamente es el diploma escrito en 1243, cuya data tónica es Santa Eulalia y se debe al notario don Esteban. Sin embargo, su localización no supondrá ninguna dificultad en el análisis lingüístico porque en todas las variantes que se extraigan de este documento se señalará el nombre del notario por las condiciones especiales, externas e internas, que tiene el documento.

El análisis de nuestros datos se llevará a cabo en el capítulo séptimo, que consta de dos partes. La primera, que parte fundamentalmente de un planteamiento teórico, se centra en la relación entre oralidad y la escritura, es decir, en el estudio de las grafías romances en sus comienzos históricos. El objeto de tal estudio es comprobar si el análisis lingüístico de las palabras que forman el corpus, al que está dedicada la segunda parte de este capítulo, permite hablar de una continuidad gráfica evolutiva, es decir, del reflejo continuado de la lengua hablada en la escrita o, por el contrario, indica que no puede sostenerse el isomorfismo entre habla y escritura, de tal manera que lengua hablada y lengua escrita seguirían cauces distintos y únicamente se podría constatar su distribución diatópica. De este modo, el análisis de la evolución cronológica, por un lado, y de la distribución diatópica, por otro, será el marco en el que se inserte el estudio de las formas entendidas como cultas, con el objeto de seleccionar de entre ellas los auténticos latinismos, cultismos y semicultismos. El análisis de cada palabra irá acompañado de una conclusión particular, y la conjunción de todas ellas se llevará a cabo en el capítulo último, dedicado a las conclusiones tanto desde una perspectiva general como desde otra más restringida.

En el análisis lingüístico de cada una de las palabras estudiadas se especificarán las diferentes variantes gráficas con que aparecen escritas en los documentos, además de la indicación del número de veces que se encuentra cada variante, fecha, lugar y, en caso de ser relevante, del escriba o notario al

que se debe. Todo ello porque el volumen del corpus no permite su presentación impresa de forma sencilla, aunque se presenta en soporte magnético que queda a disposición de quien lo requiera para su consulta⁵.

Esta tesis, por lo tanto, no sólo abarca el campo de la gramática histórica, con el análisis morfológico y fónico de un buen número de palabras que permitan acceder a un conocimiento mejor de los documentos escritos, sino también el de la historia de la lengua, al relacionar el estudio lingüístico, al que se le añade el de otros ámbitos como el de la Diplomática, etc., con la historia externa, puesto que, siguiendo a Rafael Lapesa, pensamos que "la historia del funcionamiento de un sistema lingüístico quedará integrada en la historia general, y en ella encontrará su sentido profundo"⁶.

No pretendemos presentar aquí un teoría final o definitiva en el estudio del cultismo, sino contribuir, mediante la aportación de datos, al estudio morfológico, así como obtener nuevas interpretaciones y dar algunas respuestas a los interrogantes planteamos acerca de "cuándo nació el castellano, cuándo el castellano y los demás dialectos hispánicos dejaron de ser dialectos del latín para pasar a constituir sistemas lingüísticos independientes, qué fenómenos convergentes o de divergencia ofrece el castellano en relación con el resto de lenguas románicas -principalmente hispánicas- a lo largo del eje temporal, cómo ha ido constituyéndose el castellano-español de

⁵ Se trata de un disco duro portátil, o DATA CART, de 45 Megabytes en sistema Macintosh. El programa utilizado es una base de datos creada especialmente para este trabajo.

⁶ LAPESA MELGAR, R., "Historia lingüística e historia general", *Actas del Congreso luso-español para el progreso de las ciencias (Madrid, 1958)*, Madrid, 1960, pp. 173-179.

las zonas bilingües (muy principalmente el de la zona vasca, tan ligado a él en sus orígenes)"⁷.

⁷ Vid. ECHENIQUE ELIZONDO, M. T., "Protohistoria de la lengua española", *Anuario del Seminario de Filología Vasco «Julio de Urquijo»*, Gehigarriak, XIV, San Sebastián, Diputación Foral de Guipúzcoa, 1991, p. 38.

CAPÍTULO 1

LA MORFOLOGÍA NOMINAL EN LOS ESTUDIOS DEL ESPAÑOL

CAPÍTULO 1.

LA MORFOLOGÍA NOMINAL EN LOS ESTUDIOS DEL ESPAÑOL

1.1. REVISIÓN DEL ESTATUTO DE LA MORFOLOGÍA DENTRO DE LA TEORÍA GRAMATICAL

Para abordar desde un planteamiento diacrónico el estudio del arcaísmo y en particular de los cultismos y latinismos dentro de la morfología nominal, conviene que delimitemos en primer lugar el estatuto de la morfología en la teoría lingüística desde un planteamiento sincrónico que permita justificar la separación de morfología y sintaxis en este trabajo. Así, sus límites quedarán fijados dentro de la morfología y no de la morfosintaxis y, más concretamente, dentro de la morfología nominal al analizar principalmente el sustantivo y el adjetivo.

Si bien la morfología y sintaxis se presentan íntimamente relacionadas, se puede realizar un estudio separado de ambas disciplinas, según el enfoque desde el que se consideren las unidades, a pesar de ser las mismas para las dos. La primera se centra en la articulación interna de la palabra, entendida como combinación de elementos morfe-máticos, y la segunda tiene por objeto las relaciones que se establecen entre las palabras, su capacidad de asociación y su función¹. Ya tradicionalmente la

¹ Algunos autores se centran únicamente en un estudio morfológico como demuestran los trabajos siguientes que tratan la morfología ya desde un planteamiento general, ya centrado

morfología y la sintaxis tenían asignados contenidos diferentes. A partir del siglo XVIII, al desarrollarse el concepto de 'función sintáctica', la morfología quedó reducida al estudio de las formas no agrupadas sintagmáticamente, de ahí que, por ejemplo, A. Martinet² diferenciara los campos de estudio de cada disciplina, de modo que la morfología se ocupara de las combinaciones de signos en el dominio de la palabra y la sintaxis de las combinaciones de palabras. Asimismo, Hjelmslev diferenció las dos disciplinas al entender la morfología como la "teoría de las designaciones" y la sintaxis como una "teoría de las relaciones mutuas de los signos permutables dentro del texto"³. S. Stati⁴ consideró, igualmente, que han de tratarse como dos materias relacionadas pero independientes, ya que la sintaxis investiga sobre el contenido de la morfología.

De estas y otras consideraciones se desprende que las unidades propiamente morfológicas son tanto los morfemas o monemas⁵, entendidos como unidades mínimas de la primera articulación, como las palabras como categorías gramaticales. Entre los problemas suscitados en morfología, ocupan lugares destacados, junto al de la definición de las unidades básicas, el concepto de "palabra", las clases de palabras existentes y la distinción entre la forma y función de éstas.

en un único aspecto dentro de este ámbito: NIDA, E. A., *Morphology. The Descriptive Analysis of Words*, Michigan Univ. Press, 1949/1978. MATTHEWS, P. H., *Morfología*, Madrid, Paraninfo, 1980. BOSQUE, I., "La morfología", en F. Abad y A. García Berrio (coord.), *Introducción a la lingüística*, Madrid, Alhambra, 1983, pp. 115-153. ZWICKY, A. y WALLACE, R. (eds.), *Papers on Morphology*, Ohio State U., Working Papers in Linguistics, 29, 1984. MASCARÓ, J., *Morfología catalana*, Barcelona, Enciclopedia catalana, 1986. GONZÁLEZ CALVO, J. M., *Estudios de morfología española*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1988.

² MARTINET, A., *Éléments de linguistique générale*, París, Armand Colin, 1960; trad. esp. *Elementos de lingüística general* (2ª ed.), Madrid, Gredos, 1968.

³ HJELMSLEV, L., *Principios de gramática general*, Madrid, Gredos, 1976, pp. 95-118.

⁴ STATI, S., *Teoria e metodo nella sintassi*, Bolonia, Il Mulino, 1972; trad. *La sintaxis*, Méjico, Nueva Imagen, 1979, p. 33, n. 129.

⁵ Para conocer las distintas denominaciones de la unidad 'morfema' vid. BOSQUE, I., *art. cit.*, p. 118. No hay acuerdo con respecto al nombre que ha de darse a esta unidad gramatical. Para Martinet *morfema* se refiere al morfema gramatical y *monema* al elemento mínimo de análisis gramatical. Así, el monema se divide en lexemas (monemas con significado léxico) y morfemas (monemas con significado gramatical). Otros autores optan por utilizar un solo término, el de *morfema*, y distinguen la clase de morfema mediante los adjetivos *léxico* y *gramatical*.

La definición de monema aportada por Martinet va asociada al concepto de doble articulación del lenguaje propuesto por el propio autor. Ahora bien, se plantean dos cuestiones en torno a las unidades de la primera y de la segunda articulación⁶, una respecto a la terminología que debe emplearse en su denominación y otra respecto a su significado léxico o gramatical y a su significante (imposibilidad de hacer corresponder a cada morfema un único morfo).

Tal como observa González Calvo⁷, no hay acuerdo en cuanto a la denominación de morfema, ni tampoco en cuanto al concepto que representa. Algunas de las definiciones más relevantes como las de Matthews, Hockett, Lyons⁸, etc., podrían resumirse diciendo que el morfema, una de las aportaciones fundamentales del estructuralismo a la teoría de la descripción lingüística, es un elemento constitutivo mínimo de la palabra, caracterizado por poseer significante y significado. Es decir, el morfema es la unidad mínima significativa resultante de la segmentación de la cadena hablada, y se distingue del fonema por poseer significado léxico o gramatical.

Además de la terminología de A. Martinet, también resulta interesante la que ha propuesto J. Pena. Cuestiones como las de las distintas concepciones del morfema cero y su relación con los interfijos las tratan, entre otros autores, además de Pena, Malkiel, Lázaro Carreter y González Calvo⁹.

⁶ No entraremos aquí en la discusión sobre si son los fonemas o los rasgos distintivos las unidades mínimas de este nivel.

⁷ GONZÁLEZ CALVO, J. M., "Sobre el concepto de morfema", *Anuario de Estudios Filológicos*, XIII, Cáceres, 1990, pp. 133-143.

⁸ MATTHEWS, P. H., *op. cit.*, HOCKETT, C. F., *Curso de lingüística moderna* (2ª ed.), Buenos Aires, Eudeba, 1958/1972. LYONS, J., *Introducción a la lingüística teórica* (3ª ed.), Barcelona, Teide, 1975.

⁹ PENA, J., "Sobre los modelos de descripción en morfología", *Verba*, 17, Universidad de Santiago de Compostela, 1990, pp. 5-75. MALKIEL, Y., "Los interfijos hispánicos. Problema de lingüística histórica y estructural", en *Estructuralismo e historia. Miscelánea Homenaje a A. Martinet*, 2, Universidad de La Laguna, 1966, pp. 107-199. LÁZARO CARRETER, F., "Sobre el problema de los interfijos: ¿consonantes antihiáticas en español?", *Estudios de Lingüística*, Barcelona, Crítica, 1980, pp. 1-26. GONZÁLEZ CALVO, J. M., *art. cit.*, p. 141.

En cuanto a la clasificación de las palabras¹⁰, puede observarse que, desde que el Brocense redujo a tres las clases de palabras establecidas en las gramáticas griegas y latinas, esto es, nombres, verbos y partículas, comenzó a producirse una serie de cambios. Posteriormente Nebrija diferenció diez clases de palabras y la R.A.E.¹¹ en sus Gramáticas también estudió diez clases de palabras desde 1870 a 1917, aunque con algunas modificaciones respecto a la propuesta de Nebrija, hasta que a partir de 1917 estableció la clasificación definitiva distinguiendo nueve clases de palabras.

De este modo, por lo tanto, aunque no negamos que para conocer con exactitud el funcionamiento del sistema lingüístico, objetivo último de la gramática, ha de conjugarse el estudio de las unidades, en cuanto elementos formales, y el de su combinación o relación sintáctica, creemos que si se concreta el campo de análisis, la morfología y la sintaxis pueden tratarse de manera independiente. La morfología se constituye en la disciplina que se ocupa del estudio de la forma en general y

¹⁰ Autores como Gómez Asencio (GÓMEZ ASENCIO, J. J., (1) *Gramática y categorías verbales en la tradición española 1771-1847*, Salamanca, Anejo a *Studia Philologica Salmanticensia*, 1981. (2) *Súbdclases de palabras en la tradición española 1771-1847*, Anejo a *Studia Philologica Salmanticensia*, Salamanca, 1985. (3) "La Gramática de la lengua castellana de Nebrija desde la óptica de la coherencia", *Actas del Congreso de Historia de la Lengua Española en América y España (Universitat de València, noviembre de 1994-febrero de 1995)*, Valencia, Universitat de València y Tirant lo Blanch, 1995, pp. 293-304) y Ramajo Caño (RAMAJO CAÑO, A., *Las categorías de la lengua castellana desde Nebrija a Correas*, Universidad de Salamanca, 1987) repasan las diversas clasificaciones de la palabra desde una perspectiva histórica. La historia de la tradición gramatical que se trata en estos trabajos podría completarse con el de CALERO, M. L., *Historia de la gramática española (1847-1920)*, Madrid, Gredos, 1986.

¹¹ Las gramáticas de la Academia han sido objeto de detallados análisis como los de SARMIENTO, R., "La gramática de la Academia. Historia de una metodología", *Revista Española de Lingüística*, 8, 1, 1978, pp. 105-115; "Filosofía de la Gramática de la Real Academia Española", *Anuario de Letras*, 17, 1979, pp. 59-96; "La doctrina gramatical de la Real Academia Española", *Anuario de Letras*, 19, 1981, pp. 47-74; QUILIS, A. y NIEDERRENE, H. J. (eds.), "The Grammatical Doctrine of the Real Academia Española (1854)", *The History of Linguistics in Spain*, Amsterdam, John Benjamins, 1986, pp. 231-261; TABOADA, M., "Notas para una edición de las primeras gramáticas de la Real Academia Española", *Verba*, 8, 1981, pp. 79-112; DOMÍNGUEZ CAPARROS, J., "La gramática de la Academia del siglo XVIII", *Revista de Filología Española*, 58, 1976, pp. 81-108; GUITARTE, G. y TORRES QUINTERO, R., "Linguistic Correctness and the Role of the Academies", en T. Sebeok (ed.), *Current Trends in Linguistics*, Vol. IV, París-La Haya, Mouton, 1986, pp. 562-604.

pueden señalarse dos partes en el análisis morfológico. Por una parte, se atiende a los morfemas como unidades mínimas de este plano, sus variantes formales y significativas y las relaciones que se establecen entre ellos en el interior de la palabra (entendida, de esta manera, como combinación morfemática). Por otra parte, la morfología también se ocupa de las categorías léxicas, es decir, de las clases de palabras en español y es aquí donde la morfología puede solaparse con la sintaxis, pero nosotros vamos a centrar nuestro estudio en las cuestiones propiamente morfológicas que son las expuestas en primer lugar.

Por lo tanto, en este trabajo se analizará el problema del arcaísmo lingüístico desde uno de los aspectos propios de la morfología, el nivel de las formas o estructura interna de las palabras, dado que un análisis morfológico parece lo más apropiado para enfrentarse a la complejidad que supone el estudio de las llamadas "formas cultas". Los supuestos específicos que hemos señalado del estatuto de la morfología dentro de la teoría gramatical nos permitirán afrontar la disquisición de los cultismos, latinismos y semicultismos.

1.2. LA MORFOLOGÍA NOMINAL. ESTUDIO DEL SUSTANTIVO Y DEL ADJETIVO

Una vez delimitado el campo de estudio, éste queda encuadrado en la morfología nominal y de forma más concreta en el análisis de sustantivos y adjetivos, aunque sin dejar de lado algunos participios, dado que los límites entre las categorías se

hacen borrosos¹² en muchos casos, produciéndose interferencias y dificultades en la separación de adjetivos y sustantivos, sustantivos, adjetivos y verbos (participios), adjetivos y adverbios, etc.¹³

El corpus de trabajo compuesto, por lo tanto, en su mayor parte por sustantivos y adjetivos, se ha extraído de unos trescientos cincuenta documentos notariales seleccionados por el rigor de sus ediciones. Así, de las aproximadamente treinta y ocho mil fichas resultantes del vaciado de los documentos se han seleccionado cerca de nueve mil, que corresponden en su mayoría a un abundante número de variantes de sustantivos y adjetivos, tal como tendremos ocasión de comentar en los capítulos siguientes. Estos datos dejan entrever la importancia que adquiere el estudio de las variantes formales de las palabras que se analizarán. En el capítulo cuarto nos ocuparemos de presentar más detalladamente el corpus que proporcionará la base para el estudio del sustantivo y del adjetivo.

En cuanto a la definición del sustantivo, se han ido sucediendo diferentes intentos basados en tres tipos de criterios principalmente. Desde un criterio formal, la R.A.E. y Alcina y Blecua¹⁴ consideran que es la categoría con morfemas flexivos

¹² De estas interferencias entre las categorías sustantiva, adjetiva, verbal y adverbial se ocupan algunos autores como BRESSON, D., "Adjectif ou 'Adverbe': des classes de mots problématiques en allemand", en GARDE (ed.), *Les parties du discours*, Travaux du Cercle Linguistique d'Aix en Provence, 1, 1983, pp. 9-38. ÁLVAREZ MARTÍNEZ, M. A., "Sustantivo, adjetivo y adverbio", *Verba*, 13, 1986, pp. 143-161. BOSQUE, I., *Las categorías gramaticales*, Madrid, Síntesis, 1988/1990.

¹³ Sobre todo históricamente hay ejemplos muy ilustrativos de estas interferencias categoriales. Pensemos, por poner un ejemplo bien conocido, en el caso del latín ACETUM 'vinagre', que ha dado el adjetivo castellano *acedo* 'ácido'.

¹⁴ REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe, 1973/1986. ALCINA FRANCH, J. y BLECUA, J. M., *Gramática española*, Barcelona, Ariel, 1975. Recientemente la R.A.E. también se muestra partidaria de un criterio funcional, ya que permite distinguir el sustantivo, dentro de la clasificación de las palabras autónomas, del adjetivo, del adverbio y del verbo (REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Gramática de la Lengua Española* (ed. E. Alarcos Llorach), Madrid, Espasa-Calpe, 1994, p. 59).

(género y número) y derivativos. El criterio funcional defendido por Seco y Barrenechea¹⁵ trata el sustantivo como la palabra que puede funcionar como sujeto, CD y CI sobre todo. El criterio semántico entiende al sustantivo como categoría que designa sustancia. Romero Gualda conjuga los aspectos formales y funcionales para definir el sustantivo, ya que considera que es una palabra variable, diferente del adverbio, preposición, conjunción e interjección, que son invariables, y puede actuar como sujeto, CD, CI y también como agente¹⁶. Asimismo, Lázaro Carreter, siguiendo a Jespersen y a Hjelmslev y sin olvidar la idea de Prisciano de que el sustantivo expresaba *substantia cum qualitate*, aúna los tres criterios al definir esta clase de palabras¹⁷.

Al estudiar la morfología del sustantivo, atenderemos al análisis de sus componentes, especialmente los morfemas de género y número como formantes constitutivos del nombre en español¹⁸. Por el contrario, no nos detendremos en el análisis

¹⁵ BARRENECHEA, A. M^a y MANACORDA DE ROSETTI, M., "Las clases de palabras como clases funcionales", *Estudios de Gramática Estructural*, Buenos Aires, Paidós, 1969. SECO, R., *Manual de gramática española*, Madrid, Aguilar, 1954/1992.

¹⁶ Por lo tanto, esta autora establece que el sustantivo es "una parte del discurso, habitualmente núcleo del S.N., con morfemas de género y número, cuyas funciones principales son las de sujeto y objeto y que denota unidades semánticas independientes y autónomas subsistentes por sí mismas" (ROMERO GUALDA, M. V., *El nombre: sustantivo y adjetivo*, Madrid, Arco-Libros, 1989).

¹⁷ Concretamente explica el sustantivo como "un semantema susceptible de funcionar como término de rango primario sin transpositor, y de recibir morfemas de caso en las lenguas que poseen flexión casual" (LÁZARO CARRETER, F., *Diccionario de términos filológicos*, Madrid, Gredoc, 1953/1984, p. 294).

¹⁸ Algunos de los trabajos referentes a los morfemas de género y número en el sustantivo son, entre otros, los siguientes: BADÍA MARGARIT, A. M., "Aspectos formales en el nombre en español", *Problemas y principios del estructuralismo lingüístico*, Madrid, CSIC, 1967. QUILIS, A., "Morfología del número en el sintagma nominal español", *Travaux de Linguistique et de Littérature*, VI, 1968, pp. 131-140. ECHAIDE, A. M., "El género de los sustantivos en español", *Ibero-romania*, I, 1969, pp. 89-124. MORREALE, M., "Aspectos gramaticales y estilísticos del número", *Boletín de la R.A.E.*, LI, 1971, pp. 83-138; LIII, 1973, pp. 90-205. MARTÍNEZ, J. A., "Los elementos de la gramática y el género en castellano", *Estudios ofrecidos a Emilio Alarcos Llorach*, I, Universidad de Oviedo, 1977, pp. 179-181; recogido y ampliado en *Propuesta de gramática funcional*, Madrid, Itsmo, 1994, pp. 153-194. LORENZO, E., "Un nuevo esquema de plural", *El español de hoy, lengua en ebullición* (2^a ed.), Madrid, Gredos, 1971, pp. 48-58. REBOLLO TORIO, M. A., "Consideraciones sincrónicas sobre la formación del plural adjetivo", *Anuario de Estudios Filológicos*, I, Cáceres, 1978, pp. 3-13. GONZÁLEZ CALVO, J. M., "El género ¿una categoría morfológica?", *Anuario de Estudios Filológicos*, II, Cáceres, 1979, pp. 51-73; reed. en GONZÁLEZ CALVO, J. M., *op. cit.*, pp. 39-58. ROMERO GUALDA, M. V., "Plural de los

de sus funciones, pero sí en el modo o la forma que adoptan los sustantivos cuando desempeñan esas funciones. Pensemos en las palabras que se presentan escritas en latín sin una adecuación correcta entre forma y función.

En primer lugar, en cuanto a la categoría gramatical del género puede decirse que no afecta únicamente al sustantivo, sino incluso a otras clases de palabras (adjetivo, etc.), aunque de forma diferente, tal como indica González Calvo¹⁹. Por otro lado, los procedimientos morfológicos y sintácticos que utiliza el español para expresar el género del sustantivo son múltiples: morfemas, determinantes, cambios de lexemas, etc. En cuanto al aspecto semántico del género, destaca la distinción entre género motivado o género natural, e inmotivado o gramatical; con respecto a esta última cuestión llaman la atención algunos aspectos particulares como los de la formación del género motivado y su aceptación por la Academia, la consideración del género masculino como hiperónimo del masculino y del femenino, etc. De estas y otras cuestiones se ocupan autores como Arias Barredo, Caravedo, Echaide, Gómez Torrego, González Calvo, González Luis, Iglesias Casal, Mariner, Martínez, Rosenblat, Vila Pujol, Zenenki²⁰, etc. Recientemente T.

extranjerismos", y "Plural de los sustantivos compuestos", *op. cit.*, pp. 46-49 y pp. 49-50 respectivamente.

¹⁹ GONZÁLEZ CALVO, J. M., *op. cit.*

²⁰ ARIAS BARREDO, A., "Semántica del género", *Alfinge*, 6, 1989-1990, pp. 39-56. CARAVEDO, R., "Naturaleza y expresión del género en español", *Español Actual*, 54, 1990, pp. 101-113. ECHAIDE, A. M., *art. cit.*, GÓMEZ TORREGO, L., *Manual de español correcto*, 5ª ed., Madrid, Arco-Libros, 1994. Conviene advertir que este autor, a propósito del género y del número de los sustantivos, no se percató de algunas novedades incorporadas por la Academia en la 21ª edición de su *Diccionario*, tales como *ayudanta*, *practicanta* ('persona que hace curas en los hospitales y prepara medicamentos en las farmacias'), o *rea* como sustantivo femenino y no, como dice G. Torrego, usado como adjetivo, único caso en que es posible usar el femenino *rea*, según su opinión (p. 16), etc. GONZÁLEZ CALVO, J. M., *art. cit.* en la n. 18. GONZÁLEZ LUIS, F., "Condicionamientos semánticos de los cambios de género gramatical", en ÁLVAREZ MARTÍNEZ, M. A. y otros (eds.), *Actas del Congreso de la Sociedad Española de Lingüística. XX Aniversario*, Madrid, Gredos, 1990, pp. 190-198. IGLESIAS CASAL, I., "El género femenino o la discriminación a través del lenguaje", en ÁLVAREZ MARTÍNEZ, M. A. y otros (eds.), *Actas del Congreso de la Sociedad Española de Lingüística. XX Aniversario*, Vol. 2, Madrid, Gredos, 1990, pp. 555-562. MARINER BIGORRA, S., "El femenino de indeterminación", *Actas del XI Congreso Internacional de Lingüística y Filologías Románicas*, III, Madrid, 1968, pp. 1297-1314. MARTÍNEZ, J. A., *art. cit.* ROSENBLAT, A., "Género de los sustantivos en -e y consonante", en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, Vol. 3, Madrid, CSIC, 1952, pp. 159-202; "El género de los

Ambadiang, a propósito de la morfología flexiva, analiza la flexión nominal del género y del número en la gramática tradicional y en la lingüística estructural antes de pasar a un estudio generativista de estas cuestiones²¹.

En segundo lugar, el estudio de la categoría gramatical del número en el sustantivo implica el análisis de aspectos morfosintácticos (morfemas, determinantes) y semánticos. El número, a diferencia del género, que muchas veces no está ligado al contenido del lexema, aporta información externa del sustantivo. Por lo tanto, el número está relacionado con los rasgos sémicos del sustantivo (abstracto, concreto, contable...), puesto que tanto uno como otros influyen en determinadas estructuras sintácticas.

compuestos", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, VII, 1953, pp. 95-112; "Cultismos con -a antietimológica", *Filología*, V, 1959, pp. 35-46. "Morfología del género en español: comportamiento de las terminaciones -o, -a", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XVI, 1962, pp. 31-80. VILA PUJOL, M. R., "Cuestiones de lexicalización del plural en la lengua española", *Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Madrid, Arco-Libros, t. 1, 1988, pp. 621-631. ZENENKI, G. T., "Acerca de la manifestación del género de los sustantivos y adjetivos como categoría gramatical de las lenguas romances", *Verba*, 10, 1983, pp. 231-247.

²¹ Entre las incoherencias que presentan estos dos enfoques señala, por ejemplo, el hecho de que la R.A.E. en sus Gramáticas base "la caracterización que propone del género gramatical en criterios esencialmente semánticos (sexuales) y, en consecuencia, otorga una función secundaria a los aspectos formales. El análisis consiguiente resulta incoherente e incluso contradictorio (...) en la medida en que estos dos criterios entran necesariamente en contradicción a la hora de dar cuenta de las palabras que, teniendo rasgos de género masculino o femenino, presentan una vocal final que no se corresponde a su género (*papa, tema, radio, mano*, etc.), sobre todo cuando el referente es animado" (AMBADIANG, T., *La morfología flexiva*, Madrid, Taurus, 1994, pp. 25-26). Además, la consideración de la lingüística estructural de que las vocales finales determinan el género también es problemática ya que, como reconoce Saporta, tanto -o, -a como -e y -ero pueden ser exponentes de cualquiera de los dos géneros del español (SAPORTA, S., "On the Expression of Gender in Spanish", *Romance Philology*, XV, 1962, pp. 279-284). Ambadiang señala que "en lo que se refiere al género, la gramática tradicional basa sus observaciones en una categoría extralingüística, el sexo, que asocia con otra categoría típicamente lingüística, el género gramatical. La primera está determinada sobre la base de consideraciones semánticas, mientras que la segunda tiene que ver con la concordancia y, tal vez, con la terminación de las palabras. Sin embargo, estas dos categorías son independientes una de otra: se asocian sólo a veces o coinciden parcialmente en la determinación del género en español, pero no así en otras lenguas. La identificación que se establece entre ellas resulta errónea en este sentido (...). Por su parte, el análisis estructural supone, en su vertiente formalista, una sistematicidad y regularidad excesiva respecto de los datos que, de este modo, se ven artificialmente simplificados. La exigencia de sistematización induce a establecer, en relación con los dos morfemas de género en español, numerosos alomorfos cuya homonimia impide distinguir aquéllos" (p. 45).

Ha de tenerse en cuenta, asimismo, que algunos sustantivos no tienen cambio numérico, que hay plurales no informativos que aportan valores estilísticos, y que algunos plurales necesitan una consideración especial como los de los extranjerismos, de los nombres propios, de los sustantivos compuestos, etc. De estos y otros aspectos se han ocupado, entre otros autores, Coseriu, González Ollé, Harris, Lorenzo, Morreale, Quilis y Romero Gualda²². Por su parte, Ambadiang, tras observar el análisis tradicional y estructuralista de la flexión de número, se da cuenta también de los problemas que trae consigo la sistematización excesiva a que los estructuralistas someten la flexión de número²³. En fin, digamos que hay razones para excluir de nuestro estudio los nombres propios, tal como hemos hecho.

También atenderemos al adjetivo, al que consideramos como una de las clases de palabras en español, diferente, por lo tanto, de la del sustantivo y del verbo. Seguimos así las indicaciones de I. Bosque²⁴, González Calvo²⁵ Briz Gómez²⁶ y Calvo Pérez²⁷ quienes señalan las diferencias entre las categorías

²² COSERIU, E., "El plural de los nombres propios", *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid, Gredos, 1962/1982, pp. 261-281. GONZÁLEZ OLLÉ, F., "El plural de las palabras terminadas en semivocal", *II Simposio Internacional de la lengua española*, Las Palmas, 1984, pp. 55-81. HARRIS, J. W., "A note on Spanish plural formation", *Language*, 46, 1970, pp. 928-930. LORENZO, E., *op. cit.* MORREALE, M., *art. cit.*, QULIS, A., *art. cit.* en la n. 18. ROMERO GUALDA, M. V., *op. cit.*

²³ Así, señala que "resulta necesario recurrir a diversos morfemas cero que dan cuenta de datos y procesos muy distintos, ya descritos con mucho detalle en la gramática tradicional" (AMBADIANG, T., *op. cit.*, p. 45).

²⁴ BOSQUE, I., *op. cit.*, caps. 5, 6 y 8.

²⁵ GONZÁLEZ CALVO, J. M., "Sobre el adjetivo como clase de palabra independiente en español", *Anuario de Estudios Filológicos*, IV, 1981, pp. 115-127; reed. en GONZÁLEZ CALVO, J. M., *op. cit.*

²⁶ Así lo considera también este autor al ocuparse de los procesos de sustantivación. *Vid.* BRIZ GÓMEZ, A., (1) "El proceso de sustantivación en el sintagma Artículo+Adjetivo", *Actes du XVIIIe Congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes (Trier, 1986)*, t. V, Tübingen, Max Niemeyer, 1988, pp. 81-90. (2) "El proceso de sustantivación y lexicalización de los adjetivos con artículo en español", *Revista de Filología Románica*, 7, Madrid, Universidad Complutense, pp. 231-239. (3) *Sustantivación y lexicalización en español*, Anejo IV de Cuadernos de Filología, Universitat de València, 1989.

²⁷ CALVO PÉREZ, J., *Adjetivos puros: estructura léxica y topología*, Anejo 2 de Cuadernos de Filología, Valencia, Universitat de València, 1986. *Substantiu y adjectiu*, Valencia, Universitat de València, 1987.

sustantiva, adjetiva y verbal, aunque en ocasiones advierten que puede hablarse de neutralización entre ellas. Desde la tradición clásica el adjetivo se ha estudiado bien con el sustantivo, bien con el verbo por las semejanzas que presenta con uno y con otro. Así, las consideraciones de Dionisio de Tracia y de toda una larga tradición que llega hasta el siglo XVIII, llevaron a la Academia y a R. Navas²⁸ a plantear la indistinción entre sustantivo y adjetivo, incluyéndolos en la misma categoría, la del nombre. La relación del sustantivo con el verbo también se ha considerado desde la Antigüedad clásica representada en este caso por Platón y Aristóteles, y actualmente es la gramática generativa la que, atendiendo sobre todo a las semejanzas entre el adjetivo y el participio, considera que adjetivo y verbo son elementos de predicación, es decir, subcategorías de la categoría léxica predicado. Autores como Robins²⁹ o Lyons³⁰ se ocupan de estudiar todas estas cuestiones que acabamos de plantear.

El adjetivo se diferencia, por lo tanto, del sustantivo, aunque para definirlo conviene partir de las relaciones que establece con el sustantivo, es decir, semánticamente el adjetivo es la palabra que añade, modifica o restringe el concepto señalado por el sustantivo y funcionalmente se caracteriza por depender del sustantivo, cumpliendo una función secundaria o modificadora, tal como señala Romero Gualda³¹.

En el aspecto formal, el adjetivo presenta las marcas gramaticales de género y número por la concordancia con el sustantivo al que modifica. En ello se diferencia del sustantivo en el que el género es inherente y el número tiene un contenido semántico. Otra marca gramatical que tiene el adjetivo es la del

²⁸ NAVAS RUIZ, R., "En torno a la clasificación del adjetivo", *Strenae. Estudios dedicados al prof. M. García Blanco*, Salamanca, 1962, pp. 369-347; reed. en NAVAS, R., *Ser y estar: el sistema atributivo en español*, Salamanca, Ediciones Almar, 1977, pp. 121-126.

²⁹ ROBINS, R. H., *A Short History of Linguistics*, London, Logman, 1968; trad. esp. *Breve historia de la lingüística*, Madrid, Paraninfo, 1974.

³⁰ LYONS, J., *op. cit.*, p. 337 y ss.

³¹ ROMERO GUALDA, M. V., *op. cit.*

grado³² que lo caracteriza e individualiza frente al sustantivo, aunque algunos adjetivos no lo admiten, distinguiéndose así de los calificativos que son susceptibles de indicar grado siempre³³. De las cuestiones del grado se ocupan también otros autores como González Calvo, Porto Dapena, Rebollo³⁴, etc.

Por otro lado, hay que señalar que, a pesar de la falta de acuerdo en la clasificación de los adjetivos, nosotros estudiaremos únicamente los calificativos en nuestro análisis lingüístico por ser los más próximos a la categoría sustantiva y porque calificativos y determinativos constituyen dos grupos claramente diferenciados que requieren tratamientos distintos. Del tema de la clasificación del adjetivo se ocupan autores como Barrenechea, J. Calvo, C. Hernández, Navas Ruiz, Stati³⁵, etc. La falta de acuerdo en la clasificación del adjetivo se observa al comprobar que la clasificación tradicional no siempre es aceptada³⁶.

La significación del adjetivo no afecta sólo a la posición antepuesta o pospuesta de la categoría en función de adyacente, sino que trasciende a su morfosintaxis como recientemente ha

³² Esta propiedad la comparte con algunos adverbios pero no con el sustantivo, ya que si éste último lleva marca de grado se recategoriza como adjetivo (*es muy hombre*).

³³ Los adjetivos que no admiten grado son, como indica Romero Gualda, los que señalan cualidades o características no cuantificables (*eléctrico*), y los que clasifican con respecto a relaciones (*solar, valenciano*).

³⁴ GONZÁLEZ CALVO, J. M., (1) "Sobre la expresión de lo superlativo (I)", *Anuario de Estudios Filológicos*, VII, Cáceres, 1984. (2) "Sobre la expresión de lo superlativo (II)", *Anuario de Estudios Filológicos*, VIII, Cáceres, 1985. PORTO DAPENA, J. A., "A propósito de los grados del adjetivo: aportación al estudio del sistema de cuantificación en el adjetivo español", *Thesaurus, B.I.C.C.*, 28/2, 1973, pp. 344-357. REBOLLO TORIO, M. A., *art. cit.*

³⁵ BARRENECHEA, A. M., *art. cit.*, CALVO PÉREZ, J., *ops. cit.*, HERNÁNDEZ, C., *Gramática funcional del español*, Madrid, Gredos, 1984. NAVAS RUIZ, R., *art. cit.*, STATI, S., "Les traits sémantiques de l'adjectif", *Cahiers de Lexicologie*, XXIII, 2, 1973, pp. 51-61.

³⁶ Así, mientras tradicionalmente se distingue entre adjetivos calificativos, los que designan cualidades, y determinativos, los que señalan relaciones o referencias a la persona gramatical, a la situación o a la cantidad, otros autores presentan propuestas diferentes. Manacorda los clasifica en connotativos, entre los que incluye los calificativos y los numerales, y no connotativos, los posesivos, demostrativos, indefinidos y relacionantes. Marcos Marín sigue la distinción tradicional pero prefiere utilizar las denominaciones de Manacorda, de modo que llama connotativos a los calificativos y no connotativos a los determinativos. Amado Alonso considera que los determinativos no son adjetivos sino pronombres, etc.

demostrado Fernández Fernández³⁷. Sin embargo, en nuestro análisis queda descartado el estudio de la posición del adjetivo por entender que sus implicaciones no son primordialmente morfológicas, sino, sobre todo, semánticas o estilísticas, teniendo en cuenta la consideración general según la cual los adjetivos antepuestos son explicativos y aportan matices subjetivos y afectivos, mientras que los pospuestos son especificativos y conllevan matices objetivos y restrictivos³⁸.

Nuestro análisis lingüístico, por lo tanto, partirá de un planteamiento morfológico, aunque no se pueden descartar ciertas consideraciones sintácticas o semánticas siempre que sean oportunas y contribuyan al enriquecimiento del estudio lingüístico, pero no por ello debe entenderse que se trata de un análisis morfosintáctico o morfológico y semántico. Sin embargo, este estudio formal de las numerosas variantes de las palabras implica un riguroso estudio fonológico que establecerá estrechas relaciones entre la morfología y la fonología, hasta el punto de que sus límites no se manifestarán con claridad y precisión en algunas ocasiones. Estas relaciones entre fonología y morfología ya las estableció Trubetzkoy³⁹ al asegurar que existe un campo intermedio entre ambas disciplinas, al que llama morfofonología⁴⁰ y que estudia "la utilización morfológica de las diferencias fonológicas"⁴¹.

³⁷ FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, A., *La función incidental en español. Hacia un nuevo modelo de esquema oracional*, Universidad de Oviedo, 1993.

³⁸ C. Simón lleva a cabo una revisión crítica del estado de la cuestión (SIMÓN, C., "El problema de la colocación del adjetivo en castellano: revisión crítica del estado de la cuestión", *Cuadernos de Filología. Studia Linguistica Hispanica*, II, 1, Valencia, 1979, pp. 183-197).

³⁹ TRUBETZKOY, N. S., "Sur la morphonologie", *Trabajos del Círculo Lingüístico de Praga*, 1, 1929, pp. 85-88.

⁴⁰ En 1929 Trubetzkoy introdujo el término "morfofonología" para referirse al estudio de las alternancias de fonemas utilizadas como procedimientos morfológicos, esto es, las alternancias condicionadas morfológicamente. Sus unidades, los morfofonemas, van asociados a las variaciones de morfemas, no a variaciones de un fonema. El morfofonema, por lo tanto, es el conjunto de formas que pueden alternar en los diferentes alomorfos, aunque no todos los autores están de acuerdo con la existencia de esta unidad, tal como puede comprobarse siguiendo a Martinet (MARTINET, A., "De la morphonologie", *La Linguistique*, 2, 1965, pp. 12-22). y a González Calvo (GONZÁLEZ CALVO, J. M., *art. cit.* en

Para llevar a cabo un estudio morfológico histórico que, además, ha de completarse con un análisis fonético evolutivo⁴², hay que tener en cuenta todas estas cuestiones de morfología nominal revisadas desde un planteamiento sincrónico.

El estudio del cultismo ha de incluirse en la morfología nominal, atendiendo a su estructura o expresión formal. Asimismo, dentro de los límites de la morfología nominal requiere atención especial la noción de "arcaísmo lingüístico" por su contribución a la identificación de las formas cultas.

No son muchos los trabajos en los que se ha estudiado el arcaísmo de forma independiente; muy al contrario, aparece siempre en relación con los cultismos y latinismos, hasta el punto de confundirse con ellos en multitud de ocasiones. Sin embargo, dado que podrían referirse a realidades distintas, se hace necesaria una definición propia y exclusiva de cada uno de estos términos que sirva para identificarlos y diferenciarlos.

Así pues, como punto de partida para estudiar posteriormente el estatuto de los cultismos, latinismos y semicultismos, vamos a revisar en el capítulo siguiente algunas de las aportaciones que se han hecho con respecto al arcaísmo.

la nota 7, pp. 133-143). El concepto de morfonología ha sido tratado posteriormente por autores como Benveniste, Bloomfield, Hockett, etc. (BENVENISTE, E., *Problemas de lingüística general*, México, Siglo XXI, 1966/1973. BLOOMFIELD, L., *Language*, New York, Holt, Rinehart & Winston; trad. esp. *Lenguaje*, Lima, Universidad Nacional de San Marcos, 1933/1964. HOCKETT, C. F., *op. cit.*). Otros como Quilis y Martínez Celdrán llevan a cabo estudios morfofonológicos en el español (QUILIS, A., "Sobre la morfonología. Morfología de los prefijos en español", *Revista de la Universidad de Madrid*, 19, 1970, pp. 223-248. MARTÍNEZ CELDRÁN, E., "Estudio morfofonológico de la vocal temática en español", *Revista de la Sociedad Española de Lingüística*, 5, 1, Madrid, Gredos, 1975, pp. 165-175).

⁴¹ TRUBETZKOY, N. S., *art. cit.*, p. 80.

⁴² No nos detendremos ahora en aportar bibliografía relativa a la fonología histórica, no sólo porque se aparte de nuestro objeto de estudio, sino sobre todo para no extendernos en exceso dado el abundante número de trabajos que se ocupan de diversos aspectos relacionados con esta parte de la gramática histórica. Remitimos, eso sí, a la bibliografía que irá apareciendo a lo largo de los capítulos siguientes y que nos servirá para conocer con más claridad algunos aspectos de la morfología a través del análisis fonológico.

CAPÍTULO 2

ESTUDIO ESPECIAL DEL "ARCAÍSMO LINGÜÍSTICO"

CAPÍTULO 2.

ESTUDIO ESPECIAL DEL "ARCAÍSMO LINGÜÍSTICO"

2.1. CONCEPCIÓN TRADICIONAL DE "ARCAÍSMO". TRATAMIENTO DE IDENTIFICACIÓN DE LOS CULTISMOS Y LATINISMOS CON LOS ARCAÍSMOS

En este primer apartado nos proponemos revisar algunas de las opiniones más destacadas en torno al arcaísmo por tratarse de un hecho lingüístico de gran relevancia para nuestro estudio. El propósito no es sólo conocer el estado de la cuestión hasta este momento, sino, sobre todo, poder establecer algunos criterios que sirvan de base para el reconocimiento de las formas cultas, tanto al estudiar los conceptos de "latinismo", "cultismo" y "semicultismo", como al llevar a cabo posteriormente el análisis lingüístico.

En primer lugar, al ocuparnos de las explicaciones que han venido apareciendo acerca del "arcaísmo" hasta hace pocos años, observamos una gran similitud entre ellas ya que participan de los mismos supuestos y comparten un buen número de rasgos identificativos. Por ello surge la necesidad de utilizar una denominación que nos permita agrupar a los lingüistas cuyas aportaciones al estudio diacrónico del español coinciden en el punto de partida. Esta denominación a la que vamos a recurrir insistentemente a lo largo de este capítulo y de los siguientes es la de "teoría tradicional", por seguir fielmente los postulados establecidos por Menéndez Pidal. Se trata únicamente, por tanto, de una denominación que nos facilita la posibilidad de agrupar a los seguidores o partidarios de las propuestas pidalianas en las que asientan sus interpretaciones o

explicaciones, desde el punto de vista diacrónico, de diversos hechos o fenómenos lingüísticos.

Pues bien, tradicionalmente los conceptos de "arcaísmo" y "cultismo" han sido vistos en la mayoría de estudios si no como sinónimos, sí como formas estrechamente relacionadas, es decir, como dos aspectos que responden a un mismo fenómeno lingüístico. Así pues, la fuerte trabazón que se observa entre arcaísmos y cultismos en los trabajos dedicados al cultismo hace que resulte casi imposible trazar una separación tajante entre ambos conceptos.

Se establece que los arcaísmos son formas muy antiguas, aunque a veces se les otorga a los cultismos idéntica antigüedad, por lo que este criterio no permite separar unos de otros. Además, las interferencias surgen también al considerar que los arcaísmos, propios sobre todo del registro escrito, parecen quedar, algunos de ellos, en estado latente hasta convertirse en cultismos en el caso de incorporarse al registro oral, en lugar de desaparecer o estar presentes solamente en fórmulas como las de los documentos notariales principalmente. Así lo estiman autores como Benítez Clarós y Martínez Otero por ejemplo, dos representantes de la teoría tradicional.

Martínez Otero, tal como había explicado antes Benítez Clarós¹, juzga como una de las causas principales de introducción de los cultismos el "uso de arcaísmos lingüísticos"² provenientes principalmente de dos tipos de lenguajes específicos, el jurídico o notarial y el eclesiástico. En este aspecto, por tanto, pueden apreciarse más interferencias entre

¹ BENÍTEZ CLARÓS, R., "La integración del cultismo", *Archivum*, VI, 3, Universidad de Oviedo, 1956, pp. 235-249. Concretamente, este autor dice que "todo arcaísmo lingüístico encierra en sí una evidente posibilidad, un germen de cultismo, que podrá desarrollarse o no según las exigencias expresivas de la ocasión y del idioma dado, pero que en no pocos casos se resuelve en una forma culta. Ese parece ser el caso, en el español, de algunos arcaísmos que provenientes del fondo jurídico utilizado por los notarios leoneses encuentran cierta difusión en documentos de la baja Edad Media" (pp. 239-240).

² MARTÍNEZ OTERO, R., "Cultismos", *Archivum*, IX, Universidad de Oviedo, 1959, p. 210.

las dos categorías, ya que tanto el latín notarial como el eclesiástico se ven como fuente de arcaísmos lingüísticos y de introducción de cultismos. Sirva como muestra de esta creencia que comparten varios autores las precisiones de Martínez Otero que señalan como una de las fuentes de procedencia de arcaísmos y cultismos³ el latín vulgar leonés cuya existencia estableció Menéndez Pidal, y al que dedicaremos más atención en los próximos capítulos. Por lo tanto, en ambos casos se trata de formas de "introducción culta", en palabras de Martínez Otero.

Sin duda alguna, esta correspondencia entre arcaísmo y cultismo en la que insisten estos dos autores y la creencia de que el primero puede ser origen del segundo se basan en los supuestos establecidos por Menéndez Pidal⁴. Este autor utilizó indistintamente las denominaciones de 'arcaísmo' y 'cultismo' para referirse, a propósito del polimorfismo gráfico que se hace patente en los primeros documentos notariales, a la variante

³ Martínez Otero considera que el lenguaje notarial es fuente de arcaísmos y en esto coincide con Benítez Clarós para quien este tipo de latín ha dejado en el español "profundos rastros" del latín vulgar leonés. Según Martínez Otero, es de este latín vulgar utilizado en León del que proceden "multitud de fórmulas curialescas o cancillerescas y de vocablos, algunos de los cuales se han incorporado al idioma: *título, legítimo, magnífico, sacro, regio, testificar, signar*, etc., así como abundantes topónimos frenados en su evolución merced a la tendencia cultista de notarios y escribanos". La otra fuente de introducción de estas formas es, también en su opinión, "la esfera eclesiástica por la influencia que ejerció sobre el pueblo", la cual ha hecho arraigar "en el idioma gran número de cultismos: *criatura, jerarquía, angélico, seráfico, profetiza, profecía, intelecto, perfecto, efecto, especie, afección, abstinencia, inmaculado, libidinoso, fornicar, tribulación*, etc." (MARTÍNEZ OTERO, R., *art. cit.*, p. 211).

⁴ MENÉNDEZ PIDAL, R., *Orígenes del español. Estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI*, (10ª ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 1986. Este autor, a propósito de las soluciones del sufijo latino -ARIU comenta como "el siglo X se caracteriza por [la] lucha de tres formas: la más vieja -air- se mantiene aún como arcaísmo culto, apoyada su vocal acentuada á por la del lat. *ariu*; junto a ella está muy extendida la forma -eir- más vulgar, pero al fin del siglo ya predomina mucho, frente a esas dos, el vulgarismo más reciente -er-, que ha eliminado el elemento débil del diptongo, obedeciendo a la repulsión dominante en el centro de España contra los diptongos decrecientes o de primer elemento acentuado, repulsión que se basará quizá en el carácter poco diferenciado que tendrían las dos vocales *ei, ou*. En el siglo XI -air- ha desaparecido por completo, y -eir- pierde algo de terreno, acelerándose mucho su retroceso a partir de 1080". En general, considera que dos de las variantes que señala son formas arcaicas, concretamente -air- a la que se refiere como el grado más primitivo y con mayor prestigio entre la gente culta y -eir-, tratado como desvío por los escribas; y más particularmente establece la escasez de ambas en Castilla donde "desde muy temprano el -er se manifiesta triunfante" (pp. 72-73).

más próxima al latín, tal como ha observado también Clavería Nadal⁵.

Bustos Tovar también parece seguir el planteamiento tradicional, en el que la frontera entre arcaísmos y cultismos no se presenta totalmente delimitada. Este autor, en la diferenciación que hace entre cultismos introducidos en la época de orígenes o, más concretamente, en la época visigótica⁶, y los que penetraron con posterioridad a esta etapa, se refiere al fenómeno de los arcaísmos en esta segunda etapa de introducción de cultismos, y así estima que este "fenómeno se da ampliamente en la historia del cultismo desde Berceo a Juan de Mena". De esta manera, al tratar el cultismo como préstamo, no sólo habla de la posibilidad de resucitar arcaísmos sino que, además, se plantea la cuestión de "¿cómo viven éstos una vez entrañados en el sistema léxico?"⁷.

Un tratamiento semejante de identificación de arcaísmos y cultismos confieren Alvar y Mariner al fenómeno de los arcaísmos lingüísticos, poniendo como ejemplo la equiparación del arcaísmo con un tipo concreto de latinismo, el sintáctico⁸.

Los arcaísmos, al igual que los neologismos, entendidos éstos últimos como "palabras de moda", son para estos autores

⁵ CLAVERÍA NADAL, G., *El latinismo en español* (Tesis doctoral leída en 1989), 2 Vols., Barcelona, Universitat Autònoma, 1991 (en microfichas), p. 28. Esta autora, a propósito de las indicaciones anteriores de Menéndez Pidal acerca del concepto de arcaísmo, señala que "se trata de una concepción muy amplia de cultismo fonético que se utiliza para calificar ciertas formas alternantes que coexisten en un proceso de cambio, en particular para aquellas variantes que representan un estadio evolutivo anterior o más próximo al latín, *ai* frente a *ei* o *e* y *alc* frente a *au*, *ouc*, *oc*" (p. 28).

⁶ BUSTOS TOVAR, J. J. de, *Contribución al estudio del cultismo léxico medieval*, Madrid, Anejos del Boletín de la R.A.E., 1974, p. 59.

⁷ *Ibid.*, pp. 29-30.

⁸ ALVAR, M. y MARINER, S., "Latinismos", en *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, t. II, Madrid, CSIC, 1959, pp. 3-49. Según estos autores, arcaísmo sería todo "latinismo sintáctico que constituye el empleo copulativo de *ni* después de puntuación fuerte: «*ni* es preciso decir» = «y no es preciso decir» (p. 28).

dos tintes que matizan algunos elementos del romance, por el hecho de proceder del latín.

Es fácil observar como Alvar y Mariner, aunque dedican poca atención al arcaísmo, comparten la propuesta tradicional para llevar a cabo la consideración de este fenómeno, tal como parece desprenderse del hecho de que establezcan como fuente de los arcaísmos y de los tecnicismos la lengua jurídica que supone, un "buen arsenal de voces latinas"⁹.

La concepción de "arcaísmo" que tiene Malkiel queda de manifiesto cuando habla de la palabra *preçioso* documentada bajo esta misma forma ya en el año 977 y, por lo tanto, se trata de una palabra antigua que ha sido usada sin interrupción¹⁰.

Arcaísmos y cultismos, parece que han sido tratados tradicionalmente si no como dos manifestaciones de un mismo hecho lingüístico, sí como fenómenos con grandes similitudes, de ahí que lleguen a confundirse en muchos estudios. En el caso de hacerse alguna distinción entre ambos conceptos, se establece en primer lugar que los arcaísmos son más antiguos que los cultismos, ya que algunos de éstos se han originado a partir de los primeros y, en segundo lugar, que los arcaísmos no son préstamos latinos como los cultismos, sino supervivencias lingüísticas mantenidas desde los tiempos más remotos. Como puede observarse, esta distinción basada en el criterio de la antigüedad apenas permite diferenciar unas formas de otras, ya que el argumento de las primeras dataciones de las palabras no es una base sólida en la que asentar las distinciones. La concepción tradicional necesita nuevas revisiones y un

⁹ *Ibid.*, p. 36.

¹⁰ Subraya que se trata "no de un cultismo reintroducido (por decirlo así, artificialmente) en el caudal léxico, sino casi seguramente de una voz empleada sin interrupción desde el crepúsculo de la Antigüedad, pero íntimamente asociada con *PRETIOSUS* a través de la poesía litúrgica, en especial de la que fomentó el culto mariano" (MALKIEL, Y., "Préstamos y cultismos", *Revue de Linguistique Romaine*, XXI, 1975, p. 45).



replanteamiento de los supuestos en los que se fija y que en este caso no es otro que el de trazar una frontera bien delimitada, o distinguir claramente, entre arcaísmos y cultismos.

2.2. INTERPRETACIONES QUE ESTABLECEN LA DISTINCIÓN ENTRE ARCAÍSMOS Y CULTISMOS/LATINISMOS

En primer lugar, Badía Margarit¹¹ apenas utiliza la denominación de "arcaísmo". En sus estudios sobre el cultismo¹², se aleja de los planteamientos tradicionales al ofrecer una serie de interpretaciones que permiten enfocar de otro modo el análisis de las supuestas formas cultas, otorgándoles así a muchas de ellas el estatuto de voces patrimoniales. De este modo, parece no considerar necesario recurrir al calificativo de "arcaísmo", que prefiere sustituir por el de "prurito latinizante", como él mismo indica, para referirse a ese aire de antigüedad que en ocasiones impregna los escritos.

En segundo lugar, un análisis más minucioso del concepto del arcaísmo en las lenguas romances es el que lleva a cabo Brian Foster. Este autor traslada el problema al momento actual, es decir, ofrece una visión sincrónica de este hecho lingüístico que permite entender más claramente la noción de "arcaísmo" para poder trascender después al plano diacrónico.

¹¹ Sólo hace mención de un tipo concreto de arcaísmo lingüístico, el sintáctico, propio de la poesía épica, "debido a que en la intención de sus compiladores y recitadores, los cantares querían evocar sucesos anteriores y, por ello, de una época en que la construcción de la frase era más suelta todavía y se buscaba que al ambiente general correspondiese también el del lenguaje" (BADÍA MARGARIT, A. M., "Dos tipos de lengua cara a cara", en *Studia Philologica. Homenaje ofrecido a Dámaso Alonso*. I, Madrid, Gredos, 1960, p. 116).

¹² Vid. BADÍA MARGARIT, A. M., "Por una revisión del concepto de «cultismo» en fonética histórica", *Studia Hispanica in honorem R. Lapesa*, Vol. I, Madrid, Gredos, 1972, pp. 115-139.

Como punto de partida Foster hace notar en su estudio la poca exactitud con la que se ha tratado el tema del arcaísmo en la mayoría de trabajos que ha tenido la oportunidad de revisar y que encuentra repletos de puntos débiles¹³. Este autor considera que aunque muchas palabras o expresiones presenten apariencia de "fósil lingüístico" no deben entenderse como arcaísmos si forman parte del dominio lingüístico de los hablantes de igual modo que otras palabras o expresiones actualizadas. Conviene tratarlas, en todo caso, como reminiscencias lingüísticas, pertenecientes a un estadio anterior de la lengua, que se salen de la norma del vocabulario común. Sirva de ejemplo un tipo de lenguaje específico, el jurídico, que, por lo conservador que resulta, comporta arcaísmos obligatoriamente.

Estas y otras observaciones llevan a Foster a distinguir entre dos tipos de arcaísmo cuyas nociones se presentan ambiguas frecuentemente en las interpretaciones de muchos lingüistas. De estos dos tipos de arcaísmo, uno pertenece al plano sincrónico y el otro se inscribe en el plano diacrónico.

El primero es un arcaísmo "consciente", esto es, se trata del arcaísmo "qui sort de l'usage moderne, mais qui est reconnu par le sujet parlant comme ayant appartenu à la langue d'autrefois". El segundo, al que llama arcaísmo "inconsciente" es el que "rentre parfaitement dans l'usage de tous les jours tout en étant assez mal à l'aise dans le système scientifique de la langue qui le caractérise comme survivance sporadique de l'usage antérieur. De telles formes ne sont arcaïques que pour les spécialistes de l'histoire linguistique"¹⁴.

¹³ Tras observar la definición de arcaísmo que ofrece M. Marouzeau como "le caractère d'une forme, d'une construction, d'une langue, qui appartient à une date antérieure à la date où on la trouve employée", explica que adolece de inexactitud porque "il n'est pas toujours aisé de déterminer avec précision la date à laquelle "appartient" tel mot" (FOSTER, B., "Le concept de l'archaïsme dans les langues romanes", *Actas del XI Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas*, Vol. III, Madrid, CSIC, 1968, p. 1479).

¹⁴ *Ibíd.* p. 1480.

Esta separación así establecida permite a Foster proponer una terminología más apropiada para distinguir los arcaísmos "conscientes", de aspecto anticuado, a los que considera auténticos arcaísmos, de los que no son propiamente arcaísmos, sino casos de conservadurismo lingüístico. Además, cree conveniente diferenciar también estos dos fenómenos lingüísticos de otro hecho al que se aplica erróneamente el calificativo de "arcaico" en multitud de ocasiones, se trata del latín "des plus anciennes inscriptions", para el que sería más adecuada la denominación de "latín primitivo" que la de "latín arcaico".

Hechas estas aclaraciones, Foster se centra en el arcaísmo diacrónico, al que prefiere llamar "conservatisme linguistique", caracterizado por el hecho de presentarse sin apenas evolución o con evoluciones no posteriores al período medieval, para abordar la cuestión de los cultismos o "formes savantes" de total apariencia latinizante que han reemplazado a las palabras populares.

La cuestión que se plantea es la de interpretar estas voces bien como neologismos, bien como vocablos conservadores. En el primer caso, se entendería que estas formas latinizantes se incorporan como términos innovadores al vocabulario existente y, en el segundo caso, se trataría de un mantenimiento de formas latinizantes forzado y artificial. De ahí que se decante por considerar a los cultismos como neologismos, tal como tendremos ocasión de comprobar en el próximo capítulo.

En tercer lugar, Gloria Clavería Nadal también se percata de la existencia de un grupo especial de elementos que no debe incluirse en el conjunto de latinismos, aunque formaría parte igual que éstos de la periferia, siguiendo la terminología que utiliza esta autora. Ese grupo especial lo constituirían, en su opinión, "cultismos antiguos" y semicultismos "que pueden ser

resueltos por otros canales"¹⁵. Esta autora parece referirse con estas denominaciones al ámbito de los arcaísmos lingüísticos, que difiere de otro ámbito, el de los latinismos y cultismos, de ahí que compartamos con ella la necesidad de distinguir los arcaísmos de los cultismos y latinismos en los estudios diacrónicos del español, aunque no coincidamos totalmente con su propuesta de definición de estos dos últimos conceptos.

En cuarto lugar, Roger Wright¹⁶ ofrece una interpretación del arcaísmo opuesta totalmente a la de la teoría tradicional. Para este autor los hipotéticos arcaísmos tradicionalmente señalados, propios de dos tipos de lenguajes específicos, el jurídico y el eclesiástico, no deben ser considerados como tales ya que no forman parte del latín como una lengua diferente a la romance, sino que únicamente son muestras de un registro o estilo diferente de la lengua vernácula.

La apariencia latinizante que presenta la lengua jurídica y eclesiástica, al menos desde el siglo VI, se debe a la puesta en práctica de la enseñanza a la que se sometieron los notarios y escritores para escribir la lengua romance de la única manera posible y correcta, con ortografía tradicional romana. Lapesa también apuntó en una ocasión que el arcaísmo está "apoyado por el deseo de escribir en latín"¹⁷.

Sin embargo, este tipo de escritura de aspecto latinizante y repleta de arcaísmos no implicaba que las personas que hacían

¹⁵ Añade, además, que considera "necesario no conferir demasiada importancia a éste conjunto de términos, puesto que constituye un grupo cerrado y compuesto de unas pocas unidades léxicas. Si optásemos por su inclusión dentro del grupo de los latinismos, formarían parte de la periferia de este componente. Tanto en una solución como en la otra, estos elementos integrarían esa frontera borrosa entre los dos componentes del léxico" (CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.*, p. 111).

¹⁶ WRIGHT, R., *Latín tardío y romance temprano en España y la Francia carolingia*, Madrid, Gredos, 1989. Aquí nos interesa únicamente conocer la noción de "arcaísmo" que tiene este autor. No nos detendremos en los supuestos que establece como base de su teoría, ni en las implicaciones que tienen éstos en la coexistencia de normas lingüísticas, en la cuestión de la escritura y pronunciación, etc. (*Vid.* capítulos 3 y 7).

¹⁷ LAPESA MELGAR, R., "El Fuero de Valfermoso de las Monjas (1189)", *Homenaje a Álvaro Galmés de Fuentes*, I, Madrid, Gredos, 1985, p. 54.

uso de ella conservaran un sistema de pronunciación arcaico, sino que, por el contrario, utilizaban el único sistema fonológico que conocían, el de su lengua romance.

No puede decirse, por tanto, que los notarios, al redactar los documentos notariales, ni los escritores, al escribir los textos litúrgicos, utilizaran arcaísmos, entendidos como palabras supervivientes desde el latín imperial anticuado y convertido en una lengua arcaica, con pronunciación latina "arcalzante", junto a otras formas propia y únicamente romances. Así pues, esos supuestos arcaísmos o formas "correctas" desde el punto de vista tradicional pueden explicarse como resultado "de un aprendizaje riguroso en lugar de ser la simple transcripción fonética de una pronunciación arcaica"¹⁸.

Así pues, los abogados sólo utilizaban el latín en las fórmulas o frases hechas que debían aprender de memoria y de las que desconocían, probablemente, su significado literal. En cualquier caso, a diferencia de lo que creía la teoría tradicional, los escribas no consideraban que el latín fuera una norma distinta y no lo utilizaban como un tipo de lengua en coexistencia con la romance, tal como parece indicar el hecho de que a veces las fórmulas se transcribieran incorrectamente¹⁹.

¹⁸ WRIGHT, R., *op. cit.*, p. 121. Wright explica que en la lengua de los documentos notariales es posible distinguir, desde el siglo VI, dos modos de reflejar por escrito la misma realidad lingüística: a) las fórmulas repetidas, o "*parti formulistiche*", que aparecen fundamentalmente en el protocolo y escatocolo de los documentos. Estas fórmulas son copia de una versión modelo, considerada "más correcta". Ello no implica que el copista utilizara las formas latinizantes en su propia lengua vernácula, sino que únicamente aprendía a copiarlas; b) y el resto de la escrituración, o "*parti libere*" que, al no prestarse a una formalización previa, está escrita en romance para facilitar la comprensión de las personas implicadas en el documento. Por otro lado, a propósito de los textos litúrgicos, Wright señala que "los probables arcaísmos morfológicos, relativamente insignificantes, que aparecen en estos textos, tales como las formas de pasiva sintética y los imperativos en *-to* que los reconstruccionistas del protorromance preferirían pensar que no existieron en el habla vernácula normal de esta época, son fáciles de explicar como resultado de la enseñanza más bien que como síntomas del uso propio de los escritores" (pp. 101-121).

¹⁹ La cuestión que se plantea Wright, y a la que él mismo propone solución es la siguiente: si no existía una norma de pronunciación latinizante al lado de la romance ¿cómo se leían en voz alta las partes formularias escritas en latín? Su respuesta es simple: se leían a la manera romance, es decir, las palabras que todavía existían en la lengua vernácula se leían en voz alta como esa palabra vernácula "*Veniunt*", por ejemplo, se leería en Castilla como [bjenen]. Las palabras que hubieran desaparecido se pronunciarían del mismo modo que las palabras que se hubieran conservado y tuvieran una escritura análoga en la lengua vernácula contemporánea; por ej. la *-t-* intervocálica se pronunciaría [d] en las áreas donde

Para Wright los arcaísmos sólo se manifiestan en la escritura, concretamente en la morfología y en el vocabulario²⁰, no en la pronunciación, con lo que contradice la creencia tradicional que defiende la pervivencia de formas arcaicas sin evolucionar, tanto desde el punto de vista oral como escrito, esto es, no únicamente en las fórmulas notariales escritas, sino también en la lengua hablada de los sectores cultos de la sociedad.

Este autor no niega, por tanto, la existencia de arcaísmos, sólo señala la necesidad de dar una nueva interpretación de este concepto distinta a la ofrecida por la teoría tradicional²¹.

En quinto y último lugar, las indicaciones de Michelena acerca de algunos rasgos arcaizantes como el de la no sonorización de los oclusivas sordas latinas intervocálicas en el alto aragonés y en zonas gasconas, resultan muy reveladoras. Este autor considera que lo "arcaizante" más que un fenómeno de

se hubiera sonorizado en la lengua vernácula (por ej., Francia y España), pero como [t] allí donde siguiera sin sonorizarse en la lengua vernácula (por ej., en la Italia meridional) (...). Aunque el lector no hubiera tenido ninguna idea de cómo sonaban estas palabras hacía medio milenio o más, esto no hubiera impedido que se leyera en voz alta como si todavía estuvieran en uso corriente. El hecho de que la sintaxis latina de estas fórmulas pudiera hacer que la pronunciación vernácula no tuviera sentido carece de importancia, puesto que en las fórmulas la inteligibilidad no es muy importante" (WRIGHT, R., *op. cit.*, pp. 105-106). En cualquier caso, algunas aportaciones recientes de las que nos ocuparemos en los capítulos tercero y séptimo (*Vid.* BUSTOS TOVAR) parecen advertir que la cuestión no pudo ser tan sencilla como cree Wright.

²⁰ WRIGHT, R., "La no existencia del latín vulgar leonés", *INCIPIT*, III, Buenos Aires, 1983, p. 225. Clavería considera esta precisión de Wright como un punto débil de su teoría y así señala que "aunque Wright no lo quiera, en algún lugar hay una escisión entre forma de la lengua escrita y forma de la lengua cotidiana y, por tanto, se ve obligado a reconocer una diferencia entre la pronunciación de los textos por una parte y la morfología y el léxico por otra" (CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.*, p. 66).

²¹ Una de las apreciaciones de Wright podría entenderse como una definición de "arcaísmo" ya que en ella se señala que "Pre-Carolingian scholars often tried to imitate Classical works in their own compositions. From the surviving ancient texts they were able to take vocabulary that had died out in their own Romance, and, usually with less than total authenticity, at times they also tried to imitate some of the by then unnatural syntactic constructions that they found in the old masters. They also included outdated morphology, because that was the way they had been taught to write at all in the first place. But phonology is different. Outdated phonology and phonetics cannot be recovered from the study of old texts in this way, and there is no way we can seriously envisage Pre-Carolingian scholars using the phonology of Imperial Latin even when they were reading aloud ancient works" (WRIGHT, R., "Early Medieval Spanish, Latin and Ladino", en Isaac Benabu (ed.), *Proceedings of the Jerusalem Colloquium: Litterae Judaearum in Terra Hispanica. Circa 1492*, Jerusalem, 1992, pp. 37-38).

conservadurismo hay que entenderlo como de innovación²². Esta interpretación en la que parecen reflejarse algunas de las anteriores ofrece la clave para una nueva concepción de "arcaísmo lingüístico".

2.3. NUESTRA CONCEPCIÓN DE "ARCAÍSMO LINGÜÍSTICO". CRITERIOS PARA DIFERENCIAR LOS ARCAÍSMOS DE LOS CULTISMOS Y LATINISMOS

Es cierto, sin duda, como han señalado algunos autores (Cf. Clavería Nadal), que los arcaísmos forman un grupo especial compuesto por elementos léxicos que comparten una serie de rasgos propios que difieren de los que caracterizan a los términos cultos. La explicación parece aportarla Bustos Tovar cuando afirma, a propósito de los cultismos introducidos en la época de orígenes, que "en raras ocasiones podrían ser considerados como tales en la conciencia del primitivo hablante"²³, es decir, que la apariencia latinizante no es razón suficiente para que algunos términos deban ser tratados como cultismos, ya que, como dice este autor, no merecen un calificativo especial todas aquellas formas de las que se hace un uso consciente, por parte de los hablantes, como palabras pertenecientes al vocabulario común sin constituir excepciones. No deben verse como formas "marginales", utilizadas con otros fines, las palabras que forman parte de la conciencia lingüística de los hablantes. En esto coincide con Foster, es decir, son arcaísmos auténticos los que los hablantes reconocen como tales y no los que forman parte de su conciencia lingüística. Hay que distinguir, por lo tanto, los arcaísmos de los cultismos, a diferencia de lo establecido por la teoría tradicional, según la

²² MICHELENA, L., *Lengua e historia*, Madrid, Paraninfo, 1985, p. 51.

²³ BUSTOS TOVAR, J. J. de, *op. cit.*, p. 71.

cual, atendiendo únicamente a la falta de evolución fonética y a una datación temprana, los cultismos son arcaísmos, al igual que todas las formas con reminiscencias latinas utilizadas en épocas tardías (al menos a partir del siglo XIII) cuando las etapas de evolución fonética que hubieran podido afectar a esas formas ya se habían superado.

Nuestra concepción de "arcaísmo lingüístico" se basa, por un lado, en el rasgo de innovación de los arcaísmos señalado por Michelena y, por otro lado, en las precisiones de Foster que permiten distinguir entre arcaísmos y cultismos, aunque situando la diferenciación en el plano diacrónico. Así, los cultismos no son auténticos arcaísmos, reconocidos como tales por los hablantes, sino casos de conservadurismo lingüístico que forman parte de la competencia lingüística de los hablantes. Además, la perspectiva cronológica también ayuda a distinguirlos si se tiene en cuenta que los arcaísmos son anteriores al ser voces que han permanecido desde el latín sin apenas sufrir cambios, mientras que los cultismos y latinismos pueden aparecer más tardíamente por tratarse de préstamos, entendidos bien como neologismos, según Foster, bien como términos innovadores, según Wright. La dificultad está, tal como observa asimismo Clavería Nadal en "el hecho de que la lengua prestataria sea a la vez el antecedente lingüístico", lo cual "hace que resulte particularmente difícil juzgar el momento a partir del cual se puede considerar que ya existen préstamos del latín"²⁴.

Por lo tanto, desde nuestro punto de vista, no es un arcaísmo cualquier forma que presente reminiscencias latinas, como por ejemplo los cultismos y latinismos, sino únicamente las formas que, además de su apariencia latina, tengan una fecha de aparición o documentación muy temprana en los escritos.

²⁴ CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.*, p. 68.

Estas precisiones obligan a hacer un par de advertencias. La primera, a propósito de la escritura latinizante (Cf. capítulo 7), no es otra que la de recordar que no puede utilizarse el criterio de la representación latina escrita para reconocer los arcaísmos. La aparición de grafías latinas en una palabra no es señal indiscutible de que esa palabra sea un arcaísmo. La segunda advertencia es la de avanzar la necesidad de distinguir entre arcaísmos y cultismos/latinismos (Cf. capítulo 3), atendiendo a la diferencia cronológica que parece separarlos, ya que la falta de evolución fonética, esto es, la apariencia latinizante parece ser común a ambos y no permite establecer diferencias.

El polimorfismo gráfico medieval²⁵ constituye una de las claves para reconocer los cultismos y latinismos y distinguirlos de los arcaísmos. De este modo, interpretar las diversas variantes de una palabra permitirá comprobar o reconocer la pronunciación de esa palabra, es decir, si esa palabra carece de variantes durante la época de orígenes y siempre aparece con una forma latinizante podría tratarse de un arcaísmo escrito; en cambio, si se escribe de varias formas que indican evolución o influencia romance, antes de la aparición en los documentos de la variante más próxima al latín, se trataría de un cultismo o de un latinismo, al ser de introducción posterior y penetrar como un préstamo.

En cualquier caso, los arcaísmos se deben al interés de los escribas por arcaizar en sus escritos. En ello parecen estar de acuerdo dos posturas diferentes, la de Bustos Tovar y la de Wright.

²⁵ Clavería comenta que "la posibilidad de existencia de formas alternantes para un mismo término, es decir, de variación lingüística (...) podría ser el verdadero principio del establecimiento de dos sistemas de pronunciación y de escritura diferentes" y esto, a su entender, no lo considera Wright (CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.*, p. 66).

CAPÍTULO 3

DISCUSIÓN Y REVISIÓN DE LOS CONCEPTOS DE "LATINISMO", "CULTISMO" Y "SEMICULTISMO"

CAPÍTULO 3.

DISCUSIÓN Y REVISIÓN DE LOS CONCEPTOS DE "LATINISMO", "CULTISMO" Y "SEMICULTISMO"

3.1. INTRODUCCIÓN

Se ha hablado en multitud de ocasiones¹, ya desde Menéndez Pidal, no sólo de la escasez de estudios centrados en tres conceptos fundamentales y tantas veces usados, los de "latinismo", "cultismo" y "semicultismo", sino también de la necesidad de esclarecer estos conceptos que han recibido tratamientos diferentes, en cuanto a las nociones que representan, por parte de los estudiosos que les han dedicado su atención. En lo único que parecen coincidir estos estudiosos es en señalar esa falta de acuerdo a la hora de la definición y proyección de estos conceptos².

¹ Por un lado, Martínez Otero, recogiendo opiniones como la de Meyer-Lübke, Américo Castro o Benítez Clarós, aseguraba ya en 1959 que "la ciencia habrá de aplicarse cada vez más intensamente e investigar la fecha, causas de introducción y destinos ulteriores de cada uno de estos *préstamos*, para que la historia lingüística adquiriera su pleno valor" (MARTÍNEZ OTERO, R., "Cultismos", *Archivum*, IX, Universidad de Oviedo, 1959, p. 193). Por otro lado, para Malkiel "es escaso el conjunto de trabajos dedicados en los últimos decenios a las varias clases de cultismos tradiciones" (MALKIEL, Y., "Préstamos y cultismos", *Revue de Linguistique Romaine*, XXI, 1957, p. 1). Incluso Molho observa también que "entre los mismos teóricos españoles, el cultismo dista mucho de ser una noción clara y definitiva" (MOLHO, M., "Apuntes para una teoría del cultismo", *Bulletin Hispanique*, t. LXXXVII, nº 3-4, 1985, p. 472).

² Vid., por ejemplo, la afirmación de Gordillo Vázquez "todos los autores están de acuerdo en que este tema no está suficientemente estudiado y en que conforme vayan apareciendo nuevos trabajos sobre los cultismos, se pondrá de manifiesto la importancia de éstos en la historia de nuestra lengua" (GORDILLO VÁZQUEZ, M. C., "Para un estudio estadístico del léxico culto", *ALFINGE*, 1, Córdoba, Servicio de publicaciones de la Universidad, 1983, p. 271).

Ello nos ha decidido a insertarnos en un análisis detenido de las formas denominadas cultas con el fin de clarificar, en la medida de lo posible, este aspecto lingüístico que consideramos fundamental para el progreso en los estudios diacrónicos del español.

Nuestra investigación no está centrada únicamente en el análisis teórico de los diferentes estudios que se han venido haciendo de los latinismos y cultismos, sino, sobre todo, en el análisis lingüístico de un buen número de palabras extraídas de un corpus constituido por más de trescientos documentos, que abarcan unos siete siglos, concretamente del siglo VI a XIII. Estas palabras resultan llamativas, en primer lugar, tal como ya hemos explicado en el capítulo anterior y comentaremos más extensamente en el próximo, por el elevado número de variantes gráficas con las que se presentan en nuestros documentos, indicio, sin lugar a dudas, de las relaciones entre la lengua hablada y la escrita. De este modo, aunque este análisis esté basado en el registro escrito, ocupa un lugar destacado el reflejo que la variación gráfica pueda suministrarnos de las vacilaciones propias del registro hablado. Y todo ello con el propósito de aportar los datos necesarios que permitan establecer una definición más acertada y próxima, si cabe, a la realidad de estos conceptos, dada la "ambigüedad importante y perturbadora en la utilización de estos términos"³.

Pretendemos, pues, aclarar, en primer lugar, los conceptos de "latinismo" y "cultismo", tan ambiguos en la teoría tradicional⁴, según la cual, tal como observa Clavería Nadal, el cultismo constituye, por un lado, uno de los tres contingentes léxicos del vocabulario español procedente del latín, junto con

³ Vid. CLAVERÍA NADAL, G., *El latinismo en español* (tesis doctoral leída en 1989), 2 Vols., Barcelona, Publicaciones de la Universitat Autònoma, 1991 (en microfichas), p. III de la Introducción.

⁴ Como ya habíamos comentado en el capítulo anterior, utilizamos la denominación de "teoría tradicional" para reconocer y, de algún modo, agrupar a los lingüistas que en el campo de la diacronía aceptan las ideas y siguen los postulados establecidos por Menéndez Pidal. Por lo tanto, no se trata más que de una denominación de la que hacemos un uso particular en este estudio.

las palabras patrimoniales y los semicultismos, a pesar de no estar establecidos definitivamente los criterios de esta distinción, ni el valor de estos conceptos; por otro lado, se usa el término latinismo como sinónimo de cultismo, unas veces, y, otras, se intenta delimitar ambos conceptos desde un punto de vista semántico. Pero no sólo se nos presentan ambiguos estos conceptos al revisar la teoría tradicional, sino incluso bastante confusos, siguiendo la interpretación que hacen de ellos otros autores; sirva de ejemplo Clavería Nadal, quien los entiende como dos nociones que no deben entremezclarse en absoluto, esto es, que no presentan ningún tipo de relación entre sí y, de este modo, interpreta el latinismo como préstamo, al tiempo que relaciona el cultismo "con modos de expresión cercanos a la estilística"⁵.

En segundo lugar, intentaremos también distinguir conceptualmente cultismos y latinismos, después de establecer que tanto unos como otros son préstamos desde nuestro punto de vista, tal como habían afirmado ya con anterioridad autores como Meyer-Lübke, Menéndez Pidal, Martínez Otero, Bustos Tovar, Alvar y Mariner y, más recientemente, Clavería Nadal,⁶. En opinión de esta última autora, esta concepción así planteada del latinismo como préstamo sirve para desterrar la idea de que las formas cultas son excepciones a las reglas evolutivas y para establecer, además, que deben ser consideradas como elementos que forman parte del sistema lingüístico, al igual que los préstamos tomados del francés, del inglés o del griego.

Sin embargo, hay que advertir que estos y otros autores (Cf. más adelante) aplican la denominación de préstamo a

⁵ CLAVERÍA NADAL, G., *El latinismo en español*, Barcelona, Universitat Autònoma, 1991, p. 6.

⁶ Martínez Otero sostiene que "préstamo en una lengua es todo elemento tomado de otra" (MARTÍNEZ OTERO, R., *art. cit.*, p. 189). Para Meyer-Lübke, según recoge en su artículo R. Martínez Otero, los cultismos son "palabras tomadas a la lengua escrita" (MARTÍNEZ OTERO, R., *art. cit.*, pp. 192-193). MENÉNDEZ PIDAL, R., *Manual de gramática histórica española* (18ª ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 1985. BUSTOS TOVAR, J. J. de, *Contribución al estudio del cultismo léxico medieval*, Madrid, Anejos del Boletín de la R.A.E., 1974. ALVAR, M. y MARINER, S., "Latinismos", en *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, II, Madrid, CSIC, 1959, pp. 3-49. CLAVERÍA NADAL, G., *op cit.* en la n. 3.

realidades diferentes. Nuestra intención, en cambio, no es distinguir, como hacen algunos autores, entre préstamos y cultismos o semicultismos, sino que partimos de la idea de que todas las formas cultas son préstamos. Con ello no pretendemos contradecir las palabras de Malkiel cuando asegura que "las trayectorias de préstamos y cultismos (...) a veces se tocan pero nunca se confunden"⁷, ya que al hablar de préstamos se está refiriendo a las voces que el castellano toma de otras lenguas coetáneas como el francés, provenzal, etc. De este modo, Malkiel reserva el calificativo de 'préstamos' para voces tales como los galicismos, mientras que considera los cultismos como palabras que se mantienen desde el latín vulgar sin apenas haber evolucionado y ello porque su teoría se sitúa también en el planteamiento tradicional, del que ya hemos hecho mención.

Conviene precisar, a propósito de nuestra consideración de los latinismos y cultismos como préstamos, que nos centramos en el castellano medieval. Por lo tanto, no nos interesan las formas cultas introducidas posteriormente durante el Renacimiento, el Barroco, etc., es decir, dejamos fuera de nuestro análisis esas oleadas de nuevos latinismos a los que se refiere Malkiel⁸ y que son también préstamos, si bien del latín que podríamos llamar "clásico", al que acudían los autores como fuente de la que extraer nuevos términos que incorporar a sus escritos.

Así pues, establecida la delimitación cronológica de la época medieval para el estudio de las formas cultas y el tratamiento de éstas como préstamos, cabe plantearse ahora la lengua de la que proceden. Sin duda alguna del latín, pero no de ese latín clásico, más o menos artificial, al que acabamos de referirnos, sino, en todo caso, del latín llamado vulgar, pero, sobre todo, del latín medieval.

⁷ MALKIEL, Y., *art. cit.*, p. 61.

⁸ MALKIEL, Y., *art. cit.*, p. 59.

Del latín medieval dice Bastardas que es "el latín escrito y, en determinadas ocasiones incluso hablado, a partir del momento en que la lengua usual y cotidiana, la lengua materna, en el sentido más estricto de la palabra, en la conciencia lingüística del sujeto hablante, no es ya latín sino una lengua distinta"⁹. De este modo, sólo será posible hablar de latín medieval cuando exista una clara conciencia de distinción entre dos lenguas, latín y romance.

En esta misma línea, Díaz y Díaz entiende el latín medieval como una lengua escrita que se sobrepone "como superestructura a las lenguas comunes de las regiones europeas"¹⁰, por las que está fuertemente influido, y no por el latín clásico.

De este "latín medieval" es, pues, de donde creemos que pueden proceder principalmente los latinismos y los cultismos y diferimos, por ello, del punto de vista tradicional, según el cual estas formas tienen su origen en el latín propio del registro elevado que se mantuvo sin evolucionar junto al romance y cuya existencia data de muchos siglos antes.

Sin embargo, aunque no compartamos plenamente todos los supuestos tradicionales, la terminología utilizada en ellos nos puede servir para distinguir, aunque desde otra perspectiva, entre formas cultas introducidas por vía oral, los cultismos, y

⁹ BASTARDAS PARERA, J., "El latín medieval, en *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, I, Madrid, CSIC, 1960, p. 251. El latín medieval, continúa explicando este autor, no era una modalidad literaria de la lengua popular, sino una lengua de cultura aprendida, que no significa bien aprendida, ya que por necesidades de inteligibilidad podía recurrirse a construcciones de la lengua hablada y a palabras romances, tal como puede observarse en los documentos notariales. Así pues, el latín medieval, como lengua aprendida que es, se opone al latín tardío. Además, no es reflejo de la lengua hablada, pero tampoco es una lengua "artificiosa, escolar y anquilosada" (pp. 251-252).

¹⁰ DÍAZ Y DÍAZ, M. C., "Problemas y perspectivas del latín medieval hispano", *Actas del I Congreso Nacional de Latín Medieval (León, 1-4 diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de publicaciones, 1995, p. 17. Este autor está convencido de que "si hay algo que no funciona, o funciona muy lejanamente, es la conciencia del latín clásico". Por lo tanto, "hay que contar con el influjo poderoso e inevitable (...) de la lengua ordinaria, la lengua materna, que ya no es en ningún caso el latín tal como se escribe, y a menudo ni siquiera algo semejante al latín", es decir, "el latín antiguo está tan lejos que ni siquiera como paradigma referencial llega a ser verdaderamente válido" (pp. 18-19).

formas cultas introducidas por vía escrita, los latinismos, tal como comentaremos ampliamente más adelante.

3.2. ESTUDIO DE LAS FORMAS CULTAS: DE LOS PLANTEAMIENTOS TRADICIONALES A LAS PROPUESTAS MÁS ACTUALES

Estudiaremos primero los conceptos fundamentales de "latinismo" y "cultismo", siguiendo la evolución cronológica de los estudios que los han tratado, es decir, partiendo de la perspectiva más tradicional, en la que se inscribe un buen número de representantes, llegaremos a teorías más recientes e innovadoras como la presentada por R. Wright. Y, a continuación, centraremos nuestra atención en otros conceptos también importantes, ya que se nos presentan como complemento de los anteriores, nos referimos a los de "semicultismo" y "dobletes".

3.2.1. LOS CONCEPTOS DE "LATINISMO" Y "CULTISMO"

3.2.1.1. TEORÍA TRADICIONAL. REPRESENTANTES PRINCIPALES Y SUS EXPLICACIONES. SU PUNTO DE PARTIDA. PERIODIZACIONES

En realidad, el planteamiento tradicional de estos conceptos resulta bastante ambiguo, ya que, como dice Clavería Nadal¹¹, las fronteras entre ellos son borrosas y cada vez se hace más necesaria una revisión de estos dos términos.

¹¹ CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, p. 2. Esta autora afirma que "en la Gramática Histórica se ha concedido mayor peso al criterio fonético y ello ha generado la catalogación

cultismo lo primero que observamos es la interdependencia de la evolución fonética y el contenido semántico"; pero especifica que el criterio más importante es el semántico diciendo que "cuando el significado de un vocablo, por ejemplo, adquiere un prestigio especial por las realidades que evoca, es este contenido semántico el que frena la evolución fonética"; y en esto insiste más adelante al sostener que "el criterio fonético (...) no es parte integrante de la noción de cultismo, sino precisamente una consecuencia de su carácter de préstamo importada generalmente por vía escrita"¹⁴.

Todo esto le sirve a Bustos para fijar sus propios criterios de determinación de los cultismos, tras establecer una definición de estos términos y la forma de llevar a cabo su distinción, tal como veremos a continuación. Así, entre estos criterios incluye, junto a la pervivencia de la voz culta a través de la historia, el criterio fonético y otros tres supuestos conceptuales, tales como la índole del significado, el ambiente cultural y social de procedencia y el campo semántico en el que se inscriben¹⁵, aunque insiste en que ninguno de estos criterios debe tomarse de forma exclusiva.

A continuación, Bustos Tovar se plantea un problema de terminología centrado en considerar como sinónimos a los términos "cultismo" y "latinismo", teniendo en cuenta que también pueden considerarse como formas cultas los helenismos. Este problema parece resolverlo al establecer que

¹⁴ BUSTOS TOVAR, J. J. de, *op. cit.*, p. 10 y ss. Conviene señalar que este estudio del cultismo no trata principalmente del período anterior a 1140, el cual consideramos que debe ser tenido en cuenta para el estudio de las formas cultas.

¹⁵ Concretamente, Bustos señala que el criterio de la pervivencia de la voz culta a través de la historia se refiere "al estudio de la historia posterior de la palabra, para averiguar si se mantuvo como cultismo, o se incorporó al léxico popular"; el criterio fonético se refiere a la falta de evolución, es decir, a las "causas no cultas de la «anomalía» evolutiva"; la índole del significado hace referencia al "carácter popular o culto del concepto designado"; en cuanto al ambiente cultural y social de procedencia dice que "es frecuente que si una palabra pertenece a la terminología cancilleresca, eclesiástica, escolar, científica, etc, siga una vía escrita de introducción y, normalmente, sea cultismo"; y, por último, el criterio del campo semántico en el que se inscriben va "unido al criterio anterior y suele coincidir con él en numerosas ocasiones a no ser que la incorporación neológica vaya acompañada de una variación de significado" (BUSTOS TOVAR, J. J. de, *op. cit.*, pp. 40-42).

Llama poderosamente la atención el hecho de que los principales representantes de este punto de vista muestren no sólo divergencias de opinión a la hora de catalogar las formas cultas, sino también llamativos problemas de terminología.

Conviene adelantar que muchas de estas dificultades e imprecisiones aparecen como consecuencia de los diferentes aspectos y criterios utilizados de forma arbitraria e incluso, en ocasiones, incoherente para el estudio de estos conceptos.

De ello no cabe duda si tenemos en cuenta que en la mayoría de trabajos el criterio al que se le ha concedido mayor peso ha sido el fonético, como señala Maurice Molho¹².

Sin embargo, junto a este criterio fonético, algunos estudiosos también han utilizado otros criterios tales como el semántico, el conceptual, el cronológico y el estilístico fundamentalmente, aunque en menor medida y casi siempre como complementarios del fonético¹³.

Buena parte de los estudiosos reconocen en sus trabajos esta falta de concreción y la imposibilidad de definir el cultismo de forma única y unívoca.

A Bustos Tovar, en primer lugar, habría que considerarlo como uno de los máximos representantes de la fusión de dos criterios para reconocer los cultismos, el fonético y el conceptual. Sus propias palabras dejan traslucir su planteamiento cuando sostiene que "al enfocar el estudio del

como cultismos de algunos términos que, por su significado, uso y características cronológicas, no responden al concepto de cultismo" (p. 107).

¹² Para este autor ya el positivismo del siglo XIX "proclama total o parcialmente «cultura» toda voz que se sustrae al imperativo mecanicista de las leyes fonéticas", o más recientemente, la mayoría de filólogos al considerar "el cultismo como una voz «anacrónica» que no procede de transformaciones fónicas naturales, sino que adviene directamente a la lengua por calco de un étimo latino (...). No tiene más estatuto que negativo: el de vocablos no sujetos a las leyes naturales de la evolución" (MOLHO, M., *art. cit.*, p. 472).

¹³ Como explica de nuevo Clavería Nadal, "el criterio fonético se ha entrelazado frecuentemente con el criterio cronológico, pero el primero ha sido siempre más decisivo al practicar una distinción entre términos que son cultismos y las palabras patrimoniales" (CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, p. 107).

los helenismos nuevos, introducidos recientemente, son tecnicismos más que cultismos, ya que la auténtica fuente directa de los cultismos es el latín y no el griego.

De este modo, parte de la distinción entre "tecnicismos", por un lado, y "cultismos" y "latinismos", por otro. Tanto unos como otros son palabras introducidas por influjo culto pero los primeros son las formas cultas que no proceden del latín y los segundos las que proceden del latín.

Así pues, latinismos y cultismos son, para él, un mismo hecho lingüístico y sólo se diferencian, desde su punto de vista, en cuanto al criterio de la evolución fonética, es decir, las palabras que no han tenido ninguna evolución (como *máximum*, *mínimum*...) son latinismos y las que presentan algún tipo de adaptación a la fonética del castellano, por mínima que sea, son cultismos (como *púrpura*, *águila*, etc.).

El criterio conceptual, como ya hemos adelantado, también ocupa un lugar destacado en sus consideraciones, ya que concede relevancia al contenido semántico de la palabra, al tener en cuenta que puede "adquirir en ocasiones un cierto prestigio por las realidades que evoque", lo cual implica un hondo idealismo, que se detecta, igualmente, cuando afirma que los cultismos no hacen sino "recoger las más altas creaciones del espíritu"¹⁶. Por lo tanto, Bustos, en su análisis del cultismo presta atención no sólo a la evolución fonética, sino, sobre todo, al contenido semántico de las palabras objeto de estudio, tal como podremos comprobar al tratar los semicultismos.

Más recientemente, Bustos Tovar¹⁷ ha trasladado esta cuestión del cultismo a la época primitiva también y, así, considera que las concepciones del cultismo y del semicultismo deberían replantearse. Se da cuenta de que los testimonios

¹⁶ BUSTOS TOVAR, J. J. de, *op. cit.*, pp. 10 y 13 respectivamente.

¹⁷ BUSTOS TOVAR, J. J. de, "La presencia de la oralidad en los textos romances primitivos", *Actas del Congreso de Historia de la Lengua Española en América y España (Universitat de València, noviembre de 1994 y febrero de 1995)*, Universitat de València y Tirant lo Blanch, 1995, pp. 219-235.

lingüísticos han de valorarse atendiendo a la cronología, a la naturaleza del texto y al contexto comunicativo al que pertenece, bien próximo al hablante, si se hablaba como se escribía, bien alejado de él, si no reflejaba la manera de hablar del escriba.

Desde este planteamiento, el cultismo y el semicultismo reflejan la tensión entre latín y romance. Los cultismos aparecen cuando la escritura, aun sin perder totalmente sus características, se pone al servicio de la oralidad, es decir, cuando un documento presenta rasgos que están más próximos a la escritura que a la oralidad. Del acierto de este nuevo planteamiento nos ocuparemos también en los capítulos próximos de forma más detenida.

Forman parte asimismo de esta perspectiva tradicional Alvar y Mariner¹⁸, ya que llegan a una conclusión muy similar a la propuesta inicialmente por Bustos Tovar, aunque utilizan una terminología distinta que no hace sino originar nuevas confusiones incluso dentro de la misma concepción tradicional que ahora estamos revisando.

En un principio, parece que estos autores se muestran en desacuerdo con la utilización del criterio fonético para reconocer los cultismos y que consideran más oportuno, en cambio, basar el reconocimiento de estas formas en un criterio diferente, el estilístico, pero, en realidad, lo que hacen es entremezclar pautas diferentes, la estilística con la fonética y la sociolingüística, según se desprende del análisis de su trabajo.

En un intento de delimitar su objeto de estudio, dejan fuera de su consideración los latinismos de los que hablaba Bustos, por entenderlos, siguiendo su terminología, como "formas no incorporadas".

¹⁸ ALVAR, M. y MARINER, S., *art. cit.*

Seguidamente, establecen que la diferencia entre latinismo y cultismo debe interpretarse en función de la lengua clásica a la que remonte originariamente cada uno de ellos, esto es, el latinismo procede del latín, mientras que el cultismo tiene su origen en cualquiera de las otras lenguas clásicas, griego, hebreo, lenguas germánicas, etc.

Proponen, a continuación, dentro del concepto de "latinismo", la distinción entre "latinismos indirectos" y "latinismos inmediatos".

Los latinismos indirectos hacen referencia a aquellas palabras tomadas de otra lengua, como el francés, italiano, etc., pero cuya lengua originaria era el latín, por lo tanto, son los préstamos de lenguas románicas diferentes al castellano, tales como *trascendentalismo*, *existencial*, etc.

Los latinismos inmediatos son aquellas voces que el castellano ha adoptado del latín, pero éste, a su vez, tomó con anterioridad del griego, del hebreo o de las lenguas germánicas, por ejemplo *Mesías*, *robar*, *hemostáticos*, etc. De ahí que, en este apartado dedicado a los latinismos inmediatos se incluirían los "tecnicismos" de Bustos que prefería no considerar en su estudio.

A su vez, tanto los latinismos indirectos como los inmediatos formarían parte de un mismo grupo que englobaría a ambos, el de los latinismos incorporados, frente a los no incorporados a la lengua y que estos autores dejan fuera de su análisis, como por ejemplo *álbum*, *déficit*, *placet*, *pro indiviso*, *quid*, *quorum*, *statu quo*, *superávit*, *ultimátum*, etc., es decir, son los términos que, a pesar de ser de uso corriente en la lengua, sólo se emplean como "citados" del latín, según estos autores.

Así pues, aunque Alvar y Mariner pretendían no recurrir al criterio fonético, lo utilizan sin dudar para distinguir, dentro

de los latinismos, cuatro tipos de palabras con diferentes grados de evolución o, mejor aún, de adaptación fonética al castellano¹⁹.

De este modo, la aproximación que hemos hecho a dos de los estudios tradicionales más representativos, sirve para dejar constancia no sólo de las diferencias entre ellos, ya que Alvar y Mariner prefieren llamar "latinismos" a lo que Bustos Tovar da el nombre de "cultismos", sino también de los criterios totalmente arbitrarios que utilizan para delimitar las fronteras entre cultismos y latinismos, ajustados en cada caso a la intención y necesidades del investigador, lo cual se observa, por ejemplo, en el hecho de que Alvar y Mariner utilicen el término 'latinismo' con un valor semántico menos amplio que el de 'cultismo', a diferencia de Bustos otra vez.

Pues bien, conviene señalar, además, que estas diferencias no son exclusivas de las teorías tradicionales, sino que se han dado desde los primeros intentos a la hora de delimitar estos dos conceptos. Así, si nos insertamos un poco más, remontando en el tiempo, en un repaso por las concepciones tradicionales más significativas de las formas cultas, podremos constatar el caos de terminología y la mezcla de aspectos irreconciliables a la que nos estamos refiriendo; y todo ello porque no aíslan el mismo conjunto de elementos en sus estudios, tal como señaló ya Clavería Nadal al percatarse de las numerosas divergencias con las que se encontró.

¹⁹ Los cuatro tipos de palabras que señalan son los que se presentan: "a) sin alteración alguna de la forma latina (...) *dómine, familia*, etc., b) con sólo las adaptaciones que requiere el sistema morfológico del castellano y, en parte, el fonemático: *refectorio, espíritu*, etc., c) con la máxima adaptación, por lo común semicultismo, con aspecto formal de palabras castellanas transmitidas y en las que a primera vista no se reconocería el del término latino del que proceden: *joven, refiero* (con dislocación de acento), etc., d) curiosamente, hay latinismos deformados, diríase, en arras de una relatinización; la analogía con otros cultismos ha sido el factor determinante: *enmendar* por *emendar*, con restitución de un grupo *nm* inexistente en la voz original (...) *púdico, ópimo, médula*, y otros falsos esdrújulos" (ALVAR y MARINER, S., *art. cit.*, p. 23).

Los tratamientos que Menéndez Pidal²⁰ y posteriormente Lapesa²¹ dan a las formas cultas se sintetizan en considerar que se trata de términos apenas afectados por los cambios y tomados del latín literario propio del lenguaje escrito y coetáneo del latín vulgar hablado, a diferencia de las voces populares caracterizadas por una serie de evoluciones.

Estos autores utilizan al menos tres criterios para llevar a cabo la identificación de estas formas. En primer lugar, el criterio de la evolución fonética, en el que se asienta el punto de partida de la teoría tradicional; este criterio establece que todas las formas cultas tienen en común su no sujeción a las leyes "normales" de evolución²².

A este criterio se une el cronológico establecido por Menéndez Pidal para distinguir las voces populares de las cultas, no sólo porque las primeras se presentan con "evolución espontánea", a diferencia de las segundas en las que se observa la falta de evolución, es decir, que "no participaron de toda la compleja serie de cambios que sufrieron en su evolución las voces primitivas del idioma", sino también porque las populares tienen como característica singular su pervivencia "no interrumpida desde los períodos más antiguos", mientras que las cultas presentan como peculiaridad su introducción tardía en el idioma, esto es, que fueron "tomadas de los libros cuando el latín clásico era ya una lengua muerta"²³.

El tercer criterio al que recurren estos autores es el conceptual que, combinado con los dos anteriores, se basa en la idea de que "la voz popular tiene una significación más concreta y material, mientras que la culta la tiene más general, elevada o metafórica", según Menéndez Pidal²⁴, o, tal como dice Lapesa,

²⁰ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.*

²¹ LAPESA MELGAR, R., *Historia de la lengua española* (9ª ed.), Madrid, Gredos, 1981.

²² En palabras de Lapesa "los *cultismos* puros se atienen con fidelidad a la forma latina escrita, que guardan sin más alteraciones que las precisas para acomodarla a la estructura fonética o gramatical romance" (*Ibid.*, p. 109).

²³ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.*, pp. 9-10.

²⁴ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.*, p. 11.

frente a las voces populares "hay otras que no han tenido un proceso fonético desembarazado de reminiscencias cultas" por ser propias de la predicación, de ceremonias religiosas o de los formularios notariales²⁵.

En el estudio que Lapesa lleva a cabo acerca del "Fuero de Valfermoso de las Monjas"²⁶ utiliza indistintamente las términos de "arcaísmo", "cultismo" y "latinismo", siempre desde un criterio fonético, sin establecer ningún tipo de distinción entre ellos. La razón es que parte de la consideración tradicional de la coexistencia de latín y romance desde antiguo. Para este autor, por lo tanto, los cultismos y latinismos son manifestaciones de un mismo hecho: el arcaísmo lingüístico²⁷. Conviene señalar aquí que muchos de los casos que Lapesa explica como latinismos, deberían interpretarse, tal vez, como resultados de la influencia franca.

Otro representante del planteamiento tradicional es Rafael Benítez Clarós. Este autor, aunque en principio parece fundamentar su definición de "cultismo" en dos pautas principalmente, la fonética y la conceptual, con el propósito de no distinguir entre cultismos fonéticos y conceptuales, o como él los llama de sonido y de sentido, acaba decidiéndose por el criterio conceptual para reconocer los "auténticos" cultismos²⁸.

En este aspecto coinciden las definiciones de Benítez Clarós y Bustos Tovar, ya que ambos centran su estudio de los

²⁵ LAPESA MELGAR, R: *op. cit.*, pp. 108-109.

²⁶ LAPESA MELGAR, R., "El Fuero de Valfermoso de las Monjas (1189)", en *Homenaje a Álvaro Galmés de Fuentes*, I, Madrid, Gredos, 1985, pp. 43-98.

²⁷ Sirva de ejemplo el pasaje en el que afirma que "en unos casos el latinismo sostenía en la escritura lo que el habla diaria había desechado tiempo atrás, a veces siglos antes; en otros respondía a que el uso coloquial conservaba aún, con mayor o menor vigencia, arcaísmos decadentes próximos a extinguirse" (*Ibid.*, p. 52).

²⁸ BENÍTEZ CLARÓS, R., "Problemas del cultismo", *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, t. VII, Vol. I, Madrid, CSIC, 1957, pp. 17-25. A este respecto dice que "si no es por su condición semántica, por su calidad significativa, ¿puede explicársenos en virtud de qué otra fuerza los términos cultos se desvían de la trayectoria fonética popular?". Asegura, por lo tanto, que "la única condición válida para catalogar a una voz como culta es precisamente su carácter de término idiomático selecto" (p. 21).

cultismos en "un conjunto de vocablos usados por las clases más elevadas de la sociedad", en palabras del primero²⁹.

En otra ocasión³⁰, Benítez Clarós define de forma particular el concepto de latinismo, al señalar que latinismos serían los cultismos sintácticos constituidos por el contagio de fórmulas existentes sólo en latín, no en romance, aunque formadas por palabras con una clara evolución fonética.

En este mismo artículo propone los principios o criterios básicos que considera más reveladores para identificar los distintos tipos de cultismos o, como él mismo dice, para distribuir "el material culto del español"; estos criterios son fundamentalmente los sintácticos, morfológicos, fonéticos, semánticos, cronológicos y los que atienden a los diversos medios de incorporación.

Al hablar del vehículo de la incorporación culta, es fácil percatarse de la identificación del punto de vista de este autor con la teoría tradicional, sobre todo cuando señala como principal fuente la del latín clásico que, junto al vulgar, facilitó "la presencia de voces semánticamente cultas desde los primeros tiempos del idioma"³¹.

Coincidimos con este autor, aunque haciendo algunas salvedades, en señalar dos de las fuentes de introducción de cultismos, el latín eclesiástico y el lenguaje notarial³².

²⁹ BENÍTEZ CLARÓS, R., *art. cit.*, p. 21.

³⁰ BENÍTEZ CLARÓS, R., "Clasificación de los cultismos", *Archivum*, IX, Universidad de Oviedo, 1959, pp. 216- 227. Concretamente, entiende por latinismos aquellas expresiones o giros sintácticos en los que se ve claramente "el contagio de fórmulas expresivas latinas no conocidas en romance y que, integradas por voces que pueden tener una evolución fonética vulgar, dan lugar sin embargo a diversos signos estereotípicos, de contextura claramente culta. Son latinismos, bien de carácter literario, *res publica* > *la cosa pública*; o de recreación jurídica: *de facto*, *de jure* > *de hecho*, *de derecho*; aunque en otros casos tienen distintas procedencias: *de industria* > *de industria*, etc. El valor semántico de tales signos reproduce, con procurada fidelidad, el contenido latino" (p. 217).

³¹ *Ibid.*, p. 223.

³² Sus fórmulas, según sus propias palabras, "precisamente por su carácter estereotípico, que las convierte en signos expresivos anquilosados, poseen una gran aptitud de filtración al lenguaje ordinario" (BENÍTEZ CLARÓS, R., *art. cit.* en la n. 30, p. 225).

Sin embargo, no compartimos con él las otras fuentes de introducción de cultismos que cita, como la vía literaria o el tecnicismo científico, porque estas fuentes facilitan la entrada de cultismos en un período cronológico posterior al que hemos elegido para llevar a cabo nuestra propuesta y estudio de las formas cultas.

Asimismo, otro seguidor de la teoría tradicional es Rutilio Martínez Otero³³. Considera como cultismos los préstamos que el castellano tomó "del latín literario", término que opone al de latín vulgar y en el que incluye también el latín medieval y el eclesiástico³⁴, utilizando, por lo tanto, un criterio bastante arbitrario.

Una vez establecido su punto de partida, Martínez Otero se decanta por el término "cultismo" para referirse a las palabras cultas tomadas en préstamo del latín y reserva el apelativo de "latinismo" únicamente "para los latinismos propiamente dichos: *ad hoc*, el *quid* de una cosa"³⁵, esto es, para los latinismos que nosotros llamaremos crudos o gráficos.

Aún añade una apreciación más, da el nombre de "cultismos léxicos" a las voces que normalmente, utilizando el criterio fonético para reconocerlas, se consideran cultismos³⁶, ya que coincide con Meyer-Lübke en que el criterio fonético no es válido para determinar los cultismos. Así pues, Martínez Otero llama "cultismo léxico" al que otros autores consideran cultismo también, pero por razones fonéticas únicamente, y deja

³³ MARTÍNEZ OTERO, R., *art. cit.*

³⁴ En esto se diferencia de Lapesa cuando sostiene que los cultismos puros "en su mayor parte han sido tomados directamente del latín literario, aunque éste fuera el bajo latín medieval" (LAPESA MELGAR, R., *op. cit.*, p. 109).

³⁵ MARTÍNEZ OTERO, R., *art. cit.*, p. 197.

³⁶ Concretamente dice que "parece que debería denominarse "fonético", porque es la voz que no alcanzó la evolución fonética normal (según suelen definirlo); pero, en primer lugar, hay palabras sin evolución fonética ninguna, pero que no son cultismos, v. gr. «casa», «mano». Por el contrario, hay cultismos que no han evolucionado, pero que serían idénticos si fuesen popularismos, v. gr. «canoro, adusto, agravar»" (MARTÍNEZ OTERO, R., *art. cit.*, pp. 199-200).

el nombre de "cultismo fonético" para el "que se produjo al restaurarse en los cultismos léxicos «dino, afeto», la G y la C suprimidas por nuestros clásicos («digno, afecto»)"³⁷.

Establece también otros tipos de cultismo, el semántico, el morfológico, el sintáctico y el estilístico (métrico, poético). Sin embargo, como comenta Clavería Nadal, esta propuesta tan particular no ha encontrado ninguna aceptación.

Unos años más tarde, Brian Foster³⁸, haciendo caso omiso de las consideraciones de Martínez Otero, recurrirá a un término desechado por este autor, el de "neologismo", y, además, a propósito de los arcaísmos, introducirá el germen de una duda que se desarrollará más tarde y que verá la luz en tesis juzgadas como excesivamente innovadoras³⁹.

Estima que son cultismos o, como él los llama "formes savantes", aquellos vocablos que han reemplazado o modificado a palabras antiguas (medievales). Ello deja entrever que las considera como formas de introducción más tardía que las voces populares y, por lo tanto, tras plantearse si deben ser entendidas como neologismos o como vocablos conservadores, atendiendo en este último caso a su aspecto latino en la escritura, se decanta por tratarlos, no como casos de conservadurismo fonético, sino como neologismos incorporados a un vocabulario ya existente, de ahí que la entrada de estos términos también pueda darse en lenguas no romances, es decir, de vocabulario no latino.

³⁷ MARTÍNEZ OTERO, R., *art. cit.*, p. 200.

³⁸ FOSTER, B., "Le concept de l'archaïsme dans les langues romanes", *Actas del XI Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas*, Vol. III, Madrid, CSIC, 1968, pp. 1479-1487.

³⁹ Nos referimos a la propuesta de Roger Wright que, esté o no en lo cierto, ha revolucionado el panorama de la investigación en diacronía a partir de consideraciones que hacen necesario un replanteamiento de algunas cuestiones dadas por válidas y fuertemente arraigadas en la mayoría de los estudios realizados con anterioridad.

El acierto de esta postura parece quedar ejemplificado en los comentarios de M^a Teresa Echenique⁴⁰ cuando analiza el latinismo en la lengua vasca dándole la denominación, si no de neologismo como Foster, sí de préstamo del latín.

Malkiel⁴¹, en la línea tradicional igualmente, elige el criterio fonético para reconocer y analizar los cultismos y los semicultismos, diferenciándolos de las voces patrimoniales, a pesar de que, en ocasiones, recurre también al criterio conceptual, eso sí, relacionándolo en todo momento con el fonético, aunque en casos concretos, cree que se debe conceder una mayor relevancia a lo conceptual⁴².

Este autor no lleva a cabo una distinción entre cultismos y latinismos, término éste último que apenas menciona, sino que basa su teoría en la distinción de los conceptos de cultismo, semicultismo y palabra patrimonial, como ya habíamos adelantado arriba.

⁴⁰ ECHENIQUE ELIZONDO, M. T., "El latinismo en escritores vascos de los siglos XVI y XVII", *Actas del XIX Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas (Universidad de Santiago de Compostela, 1989)*, Vol. V, Fundación "Pedro Barrié de la Maza, Conde de Fenosa", La Coruña, 1993, pp. 357-363. Esta autora considera los latinismos del vasco claramente como préstamos aunque, como reconoce y matiza, el vasco "al igual que las lenguas neolatinas ha cumplido sus primeras etapas de desarrollo en un ambiente cultural cuyo vehículo idiomático era el latín". Todo ello con el propósito de demostrar "la importancia del latinismo en la lengua vasca, principalmente en la escrita, dado que, como en español, es constante a lo largo de su historia lingüística (con excepción del momento actual)". Pues bien, esta situación de préstamos latinos en euskera, es equiparable a la del castellano "después de la época medieval" (p. 358).

⁴¹ Concretamente, este autor afirma que "los términos «culto», «semiculto», «patrimonial» representan normas del desarrollo fonético y no deben confundirse ni con los criterios del análisis sociológico, ni con los de la estratificación cronológica". Esto lo ejemplifica al añadir que "dentro del cuadro español medieval, *precio* por su adiptongación y el mantenimiento del grupo *-cio* presenta todas las condiciones de cultismo íntegro, ya que conserva el máximo admisible de elementos de su prototipo latino", y aún insiste en que "a diferencia de la situación actual (esp. *máximum*, *mínimum*, etc.) *precium*, dentro del español o del portugués antiguo, no sería cultismo, sino palabra latina inasimilada, incrustada en un contexto romance" (MALKIEL, Y., *art. cit.*, p. 18).

⁴² Sería el caso por ejemplo de la palabra *apreciar*, ya que "aunque juzgando por la norma fonológica, *apreciar* es cultismo, no deja de formar parte integrante del léxico español más castizo y arcaico" (MALKIEL, Y., *art. cit.*, p. 35).

Actualmente, uno de los últimos representantes de la concepción tradicional es Francisco Marcos Marín⁴³, no porque aporte nuevos datos a los supuestos tradicionales que sirvan para ratificar su total convencimiento de que estos planteamientos ofrecen un análisis más acertado de la realidad que envuelve el problema de las formas cultas en español, sino porque rechaza de pleno las propuestas novedosas que ponen en entredicho las de la teoría tradicional, como, principalmente, la de Wright, de la que ofrece una desafortunada revisión crítica.

La postura que Marcos Marín adopta en cuanto a la cuestión de los cultismos y latinismos puede observarse en un artículo⁴⁴ en el que, a propósito de la lengua de Quevedo, considera, siguiendo en todo momento el planteamiento tradicional con el que se siente más identificado, que las voces cultas procedentes del latín son préstamos, al igual que las palabras tomadas de lenguas modernas, tales como el italiano, el francés, etc., y las que se conocen como grecismos, hebraísmos, etc. A su vez, agrupa todas estas formas en un apartado superior, el de los neologismos, del que también formarían parte las creaciones literarias (parodias y remedo de esquemas), en el caso de que existieran en el trabajo que estudia.

A continuación, distingue dos grupos, uno, el de los cultismos, y otro, el de los latinismos, para los que reserva el calificativo de "latinismos crudos", junto con los grecismos, hebraísmos, etc.⁴⁵

⁴³ MARCOS MARÍN, F., "Latín tardío y romance temprano", *Revista de Filología Española*, LXIV, 1983-84, pp. 129-145.

⁴⁴ MARCOS MARÍN, F., "El Libro de Job: Quevedo, modernizador del español en un tratado doctrinal", *Revista de Filología Española*, t. LXV, Cuadernos 1º y 2º, 1985, pp. 25-49.

⁴⁵ Del primero formarían parte voces como "aforismo, antiquísima, cláusula, conjeturar, discípulo, fratricida, gentilidad, hypocrita, holocausto, insipiente, jubilar, litigar, particula, repugnante, tabernáculo, Tirano, tropelia", y quedarían excluidas otras como *floreecer, iniquidad, indubitable...*, siguiendo un criterio totalmente particular, que parece conceder más importancia a la introducción tardía de estas formas cultas, al menos desde el siglo XV. En el grupo de los latinismos crudos, hebraísmos y grecismos, diferencia las expresiones latinas propias de Quevedo, como *vas electionis, cor mundi* y *homo contentionis*, de los nombres propios y adjetivos derivados, tales como *Satanás, Génesis, Syra, Arabissa, Hypobolymeio, Halicarnaseo, Dionysio, Paraphrastes, Thargum, anathema, scisma, hyperboles* (masculino), *periphrasi, phenix* y *sylogismo*; es decir, parece tratarse de palabras que reproducen gráficamente su forma latina, griega o hebrea (Ibíd., pp. 34-35).

De la distinción que hace este autor entre cultismos y latinismos, se desprende su falta de concreción y la poca dedicación que ha concedido al estudio de las formas cultas⁴⁶.

Tras revisar las diferentes explicaciones acerca de los cultismos y latinismos ofrecidas por los estudiosos más representativos del planteamiento tradicional y antes de pasar al análisis de otras propuestas más recientes e innovadoras, conviene insistir en que la característica común de estos estudios es la ambigüedad que parecen presentar por el error de atender a un criterio casi con exclusividad, el fonético, que, en opinión de otros autores, sería más conveniente invalidar en favor de otros más significativos, tal como opina, por ejemplo, Molho⁴⁷ al observar los problemas que suscita el tratamiento tradicional.

Sin embargo, a pesar de las divergencias de terminología que presentan todas las explicaciones que se incluyen en la teoría tradicional, hay que señalar que comparten el mismo postulado inicial o punto de partida. Este postulado no es otro que el de dar por sentado que la distinción entre latín y romance ha existido siempre, por lo menos desde el siglo I d. C., de tal forma que, al lado de los nuevos romances que iban evolucionando desde el latín del Imperio Romano, existió asimismo una variedad "cultas" de ese latín, sobre todo escrita y a veces hablada también en determinadas ocasiones, que

⁴⁶ El mismo parece reconocerlo cuando explica que no pretende hacer cuestión en ningún momento, dadas las "dificultades intrínsecas del propio concepto de cultismo" (MARCOS MARÍN, F., *art. cit.* en la n. 44, p. 35).

⁴⁷ Este autor sostiene que "los criterios de la neogramática positivista son igualmente ambiguos. Así se considerará esp. *entero* como resultado "normal", es decir, previsible de una evolución fónica que se origina en lat. *integrū*, mientras que esp. *íntegro* es la voz culta correspondiente. Las dos derivaciones se diferencian, al parecer, por el tratamiento del grupo consonántico *-gr-* resuelto en *-r-* (por vocalización de *-g-*) en un caso, conservado intacto en el otro. Si se admite el criterio habrá de considerarse cultismo esp. *negro* < lat. *nigrū*, en que la vocalización no se ha producido. ¿Será voz culta el esp. *negro*? La hipótesis es, por lo menos, poco plausible y bastaría por sí sola para invalidar el criterio fonético" (MOLHO, M., *art. cit.*, p. 473).

permaneció inmutable sin apenas evolucionar, ya que era propia de las capas o sectores cultos de la sociedad y, por lo tanto, la fuente u origen de los cultismos y latinismos medievales.

De este modo lo vio por ejemplo Bustos Tovar, siguiendo los postulados de Menéndez Pidal. Concretamente Bustos, al partir de la triple distinción, ya existente desde el siglo VII, entre latín clásico, latín vulgar y romance, considera que tanto las voces patrimoniales como los cultismos proceden de una fuente común, el latín, las primeras del latín vulgar y los cultismos, entendidos como préstamos, del latín clásico y de ahí "su fácil entrañamiento en el sistema léxico en el que se inscribe" el préstamo latino⁴⁸, aunque, a propósito de las fuentes de introducción de cultismos, ya reconoció que, además del latín clásico, no debía descartarse el latín medieval por las "peculiares creaciones léxicas" de introducción más tardía que permitió.

Este autor sigue defendiendo una situación lingüística de bilingüismo en la época de orígenes, aunque los razonamientos que ofrece resultan más convincentes por las apreciaciones que hace a la teoría tradicional, basadas en que la distinción entre latín y romance durante los siglos IX al XIII no implica una disociación tajante entre las dos lenguas. Por el contrario, se trata de dos instrumentos diferentes de la comunicación. Además, este bilingüismo no significa una situación de diglosia, tal como la entiende hoy la sociolingüística, ya que la relación que se dio entre latín y romance no fue de oposición, sino complementaria⁴⁹. De estas y otras reflexiones de Bustos nos ocuparemos más detenidamente en el capítulo séptimo por considerarlas fundamentales para nuestro estudio lingüístico.

⁴⁸ BUSTOS TOVAR, J. J. de, *op. cit.*, pp. 30-31.

⁴⁹ BUSTOS TOVAR, J. J. de, *art. cit.*, p. 234.

En estas concepciones⁵⁰ que acabamos de analizar de los máximos representantes de la teoría tradicional reside una de las divergencias que separan esta teoría de otros planteamientos más innovadores como el de Wright.

Estos nuevos planteamientos se basan en que la distinción entre latín y romance no existió desde el siglo I d. C. aproximadamente, según sostienen los seguidores de la teoría tradicional, sino que surgió mucho más tardíamente, en concreto a partir de finales del siglo XI en España (excepto en Cataluña) gracias a las reformas carolingias que, al instaurar el "latín medieval" como un nuevo método de lectura en voz alta de los textos litúrgicos principalmente, favorecieron la conciencia de la distinción, inexistente hasta ese momento, entre dos normas lingüísticas separadas, el romance y el latín. Este último permitió, entre otras cosas, la aparición de formas "latinizantes", ausentes con anterioridad a las reformas, no sólo en el habla, sino también en la escritura.

⁵⁰ Sirvan como ejemplo de la aceptación tradicional de la coexistencia de latín y romance en la época de orígenes las palabras de autores como Martínez Otero, Menéndez Pidal, Benítez Clarós, etc. Martínez Otero establece la existencia de dos corrientes en latín, la culta y la popular, de la primera derivan las formas cultas como préstamos y de la segunda el grueso del vocabulario, es decir, las voces patrimoniales; de ahí que, siguiendo las teorías de Menéndez Pidal, afirme que "el castellano heredó su patrimonio principal del latín vulgar, no del literario", y, coincide plenamente con las palabras pidalianas que sostienen literalmente que "el latín vulgar nunca vivió en completo divorcio del latín clásico o escrito (...). La separación que media entre el lenguaje culto común, representante de la unidad, y el popular de las varias regiones -representantes de la diversidad- no puede simbolizarse en la creciente divergencia, cuya diferencia llegue a ser tanta que el lenguaje literario quede ininteligible para el pueblo, sino que debe figurarse por dos líneas ondulantes que caminan a la par en la misma dirección y cuyos altibajos tienden perfectamente a la convergencia y se tocan muchas veces, sin llegar nunca a confundirse". Martínez Otero insiste en que "no podemos olvidar que durante varios siglos de existencia de nuestro idioma, el latín era la lengua usual en público, en escritos y en solemnidades, estando el romance relegado a la conversación familiar. En estas condiciones, la influencia que ejercía el latín sobre el romance era muchísima, ya que el romance por su poca vitalidad aún, no podía responder a sus propias necesidades. Nótese también que la pluma, acostumbrada a escribir el latín, no podía prescindir fácilmente de él, máxime, cuando no disponía de palabras romances para expresar ciertas ideas, ya porque no existieran esas palabras, ya porque hubieran tomado distintos vuelos" (MARTÍNEZ OTERO, R., *art. cit.*, pp. 207-208). Benítez Clarós por su parte admite "la presencia de voces semánticamente cultas desde los primeros tiempos del idioma. Sin duda alguna que el léxico y las condiciones culturales de la colonización fueron aptas para este transcurso. La convivencia del latín clásico junto al vulgar es un fenómeno ininterrumpido" (BENÍTEZ CLARÓS, R., *art. cit.* en la n. 30, pp. 223-224).

Comparando ambos planteamientos se observa una serie de diferencias que parecen irreconciliables si tenemos en cuenta que los primeros abogan por la coexistencia del latín y del romance desde una fecha muy temprana y por la existencia de los cultismos desde siempre, tal como demuestran las periodizaciones de las épocas de penetración de las formas cultas que establecen estos supuestos tradicionales, mientras que los segundos fijan una fecha mucho más tardía, no sólo para la coexistencia de latín y lengua vernácula, sino, además, para la entrada de las voces cultas.

Sin embargo, las consideraciones recientes de Bustos Tovar parecen establecer un puente entre el planteamiento tradicional y el de Wright. Para Bustos algunos escribas no sabían latín, sólo lo utilizaban para escribir un tipo concreto de documentos, los jurídicos, pero, por ello, hasta el siglo XII hay que entender que había dos lenguas, o, más exactamente, dos variedades que corresponden respectivamente a la oralidad y a la escritura, una no tendría tradición escrita, la otra tendría tradición escrita y podría ser utilizada oralmente también. De presentarse por escrito, la primera lo haría en contextos donde se hablaba como se escribía, y la segunda únicamente en los que no reflejaban la manera de hablar del escriba, tal como habíamos visto ya, por ejemplo, en los documentos notariales. Llamar romance y latín respectivamente a cada una de estas variedades no es más que una cuestión nominalista⁵¹.

Las clasificaciones cronológicas tradicionales que establecen las épocas en las que se produjo la entrada de los cultismos tomados en préstamo del latín clásico coinciden de nuevo en considerar casi con exclusividad la lengua literaria para llevar a cabo su propósito, pasando por alto otros tipos de lenguajes no literarios, como el notarial o jurídico

⁵¹ BUSTOS TOVAR, J. J. de, *art. cit.*, *pass.*

fundamentalmente, al que sólo atienden unos pocos autores, siguiendo a Menéndez Pidal, para fijar la primera etapa conocida como "época de orígenes". Desde nuestro punto de vista, en cambio, los documentos notariales escritos hasta el siglo XIII inclusive resultan imprescindibles para ofrecer una visión correcta de estas etapas de introducción de los cultismos.

Así pues, tanto A. Castro, como Malkiel, Martínez Otero, Bustos Tovar y Alvar y Mariner⁵² principalmente proponen como primera etapa la época de orígenes pidaliana⁵³, que alargan más o menos. Para Castro y Martínez Otero llegaría hasta la época de Alfonso X, mientras que para Malkiel abarcaría hasta mediados del siglo XIV, Bustos la hace llegar hasta el inicio de la creación literaria y para Alvar y Mariner aún iría más lejos, ya que proponen casi una continuidad en cuanto a la introducción de las formas cultas en la lengua, tal como se desprende de las apreciaciones que hacen en su artículo.

Repasemos, con el fin de ejemplificar lo que hemos dicho, alguna de las propuestas que hemos mencionado arriba para no extendernos en exceso, puesto que todas ellas parten inicialmente de la clasificación que Menéndez Pidal presenta en sus *Orígenes*, tal como reconoce Benítez Clarós⁵⁴.

Bustos Tovar, por ejemplo, estableció como primera época de introducción de cultismos la de orígenes y en ella incluyó, igual que Menéndez Pidal, las Glosas y los documentos notariales. Además, distinguió entre cultismos introducidos en la

⁵² CASTRO, A., *Glosarios latino-españoles de la Edad Media*, Madrid, CSIC, 1991, pp. LXII-LXIII. MARTÍNEZ OTERO, R., *art. cit.*, p. 212 y ss. ALVAR, M. y MARINER, S., *art. cit.*, p. 28 y ss. BUSTOS TOVAR, J. J. de, *op. cit.*, p. 44 y ss.

⁵³ MENÉNDEZ PIDAL, R., *Orígenes del español. Estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI*, (10ª ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 1986.

⁵⁴ BENÍTEZ CLARÓS, R., "Sobre los períodos cultos", *Archivum*, X, Universidad de Oviedo, 1960, pp. 398-404. Este autor observa como "los períodos establecidos por Menéndez Pidal en su cronología de las épocas primitivas del español (...) constituyen la estructura básica sobre la que han de edificarse todas las otras ordenaciones posteriores" (p. 398).

época de orígenes y los que entraron con posterioridad a esta etapa.

Según este autor, la época de orígenes⁵⁵ fue decisiva, pero se percató también de la importancia de una fecha, la de finales del siglo XI, por la fuerte transmisión de voces cultas que se advierte en ella debido a la llegada de los cluniacenses que importaron elementos europeos e impulsaron la restauración del "latín puro" en la liturgia y en los documentos.

Por lo tanto, Bustos, aunque está convencido de la existencia de cultismos desde fechas muy tempranas, ya traza una divisoria entre la época que llega hasta finales del siglo XI y la etapa posterior.

La propuesta de periodización de Wright no es otra que la de establecer, desde un punto de vista cronológico, como primera etapa de penetración de préstamos cultos en la Iberia no catalana, el siglo XII, concretamente desde el año 1080 hasta finales del siglo XIII, esto es, sólo serían cultismos las voces importadas por el latín medieval que instauraron las reformas carolingias.

Posteriormente, a partir del siglo XIV, se produjeron nuevas entradas de préstamos cultos, pero éstas quedan fuera del alcance de nuestra consideración, ya que el estudio que llevamos a cabo se centra en el período que abarca del siglo VI al XIII, ambos inclusive.

Además, conviene aclarar que, siguiendo la teoría de Wright, las palabras con apariencia latinizante existentes en la lengua antes de finales del siglo XI no serán préstamos cultos, sino arcaísmos o voces patrimoniales que, por algunas razones

⁵⁵ Bustos Tovar aclara que la época de orígenes "corresponde a los tres primeros períodos que distingue Menéndez Pidal en sus *Orígenes del español*". En esta etapa, el romance no tiene aún estructura léxica fija, ni norma literaria, es decir, está abierto a cualquier cambio e introducción espontánea de nuevos elementos como los latinos (BUSTOS TOVAR, J. J. de, *op. cit.*, p. 44).

fonéticas principalmente, presentan un grado menor de adaptación a la lengua vernácula; El hecho de que no estén totalmente evolucionadas no implica que sea necesario considerarlas como voces cultas con una escasa o nula evolución fonética por pertenecer a las sectores cultos de la sociedad, tal como cree la teoría tradicional. Existe una serie de explicaciones, planteadas por otros autores como Badía, Pensado, etc., que convierten estas formas supuestas tradicionalmente "cultas" en populares, ya que el hecho de presentarse menos evolucionadas no es motivo suficiente para que haya que considerarlas como cultismos.

Pues bien, a pesar de las divergencias que parece haber entre la propuesta tradicional y la innovadora de Wright, puede advertirse que coinciden en un aspecto, la importancia de "la determinación del momento histórico en el que ya existen dos lenguas diferentes, en otras palabras, el nacimiento del romance", según señala Clavería Nadal⁵⁶. Ello significa que sólo cuando exista conciencia de distinción entre dos sistemas lingüísticos diferentes podrá hablarse de la introducción de cultismos como préstamos. La fecha propuesta por la teoría tradicional es muy temprana, en torno al s. I d. C., mientras que Wright la retrasa al siglo XI, concretamente a partir del año 1080 en la Península, con excepción de Cataluña, donde se había producido antes tal distinción, debido a las estrechas relaciones que mantenía con Francia. El análisis lingüístico de nuestro corpus nos permitirá decantarnos a favor de una u otra teoría.

⁵⁶ CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, p. 62.

3.2.1.2. OTRAS TEORÍAS

Fuera ya de la línea más tradicional, aparece una propuesta que avanza un poco más con respecto a los planteamientos que acabamos de analizar. Nos referimos al estudio de las voces cultas que lleva a cabo A. M^a Badía Margarit, sobre todo, en lo relativo a un caso especial, el de los semicultismos.

Una de sus aportaciones consiste en distinguir entre dos conceptos que, a menudo, se entremezclan en la teoría tradicional dando lugar a numerosas confusiones en el caso de las palabras cultas, ya que "el cultismo ha sido muchas veces la única solución para explicar fenómenos evolutivos"⁵⁷. Es necesario, por tanto, distinguir el "cultismo" propiamente dicho del "rasgo culto"⁵⁸.

Por otro lado, el criterio que utiliza Badía para separar las voces populares de los cultismos es el fonético propiamente y rechaza la "presión culta", de la que hablaba Menéndez Pidal, como causante de la falta de evolución en una palabra que, a su vez, convertiría esta palabra en "cultismo".

De ello se desprende que este autor se basa fundamentalmente en la evolución fonética de las palabras para establecer que el "cultismo" sólo podrá ser considerado como tal

⁵⁷ BADÍA MARGARIT, A. M., "Por una revisión del concepto de «cultismo» en fonética histórica", *Studia Hispanica in honorem R. Lapesa*, Vol. I, Madrid, Gredos, 1972, p. 145. Este autor se percata de las numerosas incoherencias o contradicciones que acompañan a las explicaciones más tradicionales cuyo máximo exponente es Menéndez Pidal; así sostiene que "en multitud de casos que son tenidos habitualmente por cultismos con arreglo a criterios fonéticos, pero que, tanto por su antigüedad, como por su arraigo en todo tiempo en las modalidades más corrientes de la lengua, como por la índole misma de los objetos que designan o de las significaciones que poseen, resulta muy difícil decir que no sean voces populares. No podemos pensar seriamente que *alto*, *salta*, *calza*, *flor*, y tantas otras voces hayan permanecido al margen de la vida popular, que hayan sido tomadas tardíamente del latín" (p. 139).

⁵⁸ El "rasgo culto" es un "elemento de la lengua, de tipo latinizante (extraño a la fonética romance) que puede encontrarse, sin embargo, en voces hereditarias por las razones que sean (analógicas, cronológicas, etc.)" (*Ibid.*, p. 140). A este respecto, Clavería Nadal sostiene, y estamos de acuerdo con ella, que "el rasgo culto se aplicaría únicamente a diversas excepciones en palabras patrimoniales, a ciertos cambios, por lo que la utilización del adjetivo *culto* no está justificada" (CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, p. 27).

cuando se presente como una palabra cuya evolución espontánea se haya visto impedida, ya por influencia cultural (eclesiástica o jurídica) o porque fue incorporada tardíamente cuando el cambio fonético había dejado de ser operante⁵⁹.

Para llevar a cabo su objetivo de establecer "algunos aspectos de método en el tratamiento de los cultismos", estudia un caso concreto, considerado como cultismo por la gramática tradicional al atender a la presión culta, el de la conservación de la vocal postónica, y llega a la conclusión de que tanto éste como otros casos admiten explicaciones diferentes, tales como por ejemplo los condicionamientos fonéticos dentro de las palabras que favorecen algunas conservaciones, pero no por ello dejan de ser estas palabras voces hereditarias.

De los métodos que propone nos ocuparemos más adelante, en el apartado que trata de los "semicultismos", por considerarlos aceptables y de gran interés para nuestro estudio lingüístico.

Además de la propuesta de Badía, también aparecen otras teorías, aunque de menor relevancia, dado el escaso alcance posterior y la poca aceptación que parecen haber tenido sus planteamientos para avanzar en el estudio de las formas cultas.

En primer lugar, una teoría que ha pasado prácticamente desapercibida ha sido la propuesta por Maurice Molho, de aparición más reciente que las que acabamos de analizar dentro de la perspectiva tradicional.

Este autor prefiere estudiar el cultismo, no desde una perspectiva diacrónica que, a su entender, considera el cultismo

⁵⁹ Con esta defensa del criterio fonético parece estar de acuerdo Clavería Nadal al afirmar que "una palabra, a lo largo de su historia, puede sufrir cambios en su utilización o en el significado, pero es imposible que sufra cambios fonéticos cuyo período de aplicación ya ha concluido y nadie puede cambiar su fecha de introducción real en la lengua" (CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, p. 12).

como "un fenómeno histórico sin más", sino desde una perspectiva sincrónica, ya que, ante todo, es un "fenómeno del lenguaje". De este modo, Molho aboga por una teoría del cultismo que, para ser exacta, "se haga cargo de las dos vertientes de la palabra: la vertiente física y la mental", puesto que un cultismo "es un ente idiomático total, o sea, un sentido + la realidad física que lo manifiesta, y ese conjunto indisociable es el que, en un momento dado y en condiciones variables según los casos, se importa del latín al español"⁶⁰.

Esta definición así establecida podría aplicarse a algunos casos que en lingüística histórica resultan aún dudosos, como el de *apreciar*, considerado por Malkiel cultismo pero con algunas reservas al comprobar que, si por su forma parece culto, por su significado es totalmente popular.

Tal como señala Molho, éste sería un caso paralelo al de la palabra *negro*⁶¹, debido a que para este autor importa más el criterio semántico que el fonético al establecer el concepto de cultismo. Esto parece estar relacionado con uno de los problemas planteados por Alvar y Mariner en relación con los grados que admite el cultismo, lo cual permite entender la existencia de palabras populares en un aspecto y cultas en otro, es decir, se trataría del fenómeno de los "semicultismos" tradicionales.

En realidad, esta concepción de Molho tan alejada del resto de explicaciones al utilizar el término "cultismo" para designar los cambios semánticos que se pueden producir en una palabra a lo largo de su historia, resulta inadecuada desde

⁶⁰ MOLHO, M., *art. cit.*, pp. 479 y 474 respectivamente.

⁶¹ Es decir, se trata de "una aparente discordancia, ya que palabra perfectamente "tradicional" y ajena a toda impronta culta en lo que hace al mentalismo presenta al parecer un fisismo caracterizable como culto, lo que, con toda evidencia, no basta para que la palabra se represente y funcione como culta en el sistema lingüístico español" (MOLHO, M., *art. cit.*, p. 474).

nuestro punto de vista, ya que para expresar este concepto no es necesario emplear el término 'cultismo'⁶².

En segundo lugar, hay que encuadrar igualmente dentro de este apartado el análisis que M^a del Carmen Gordillo Vázquez⁶³ lleva a cabo al intentar un estudio estadístico del léxico culto, aunque, sin duda alguna, este análisis se adscribe a la línea tradicional.

Esta autora también entiende los cultismos como préstamos que toma el español del latín, pero considera preferible atender al criterio léxico para llevar a cabo la selección de estas voces, en detrimento del fonético, puesto que los cultismos léxicos "constituyen una evidente mayoría", afirmación de la que extrae como consecuencia que "el cultismo no puede ser una parte marginal de la constitución de nuestra lengua"⁶⁴.

En tercer lugar, cabe mencionar en este apartado otra propuesta interesante por conjugar en cierta manera la teoría tradicional y la renovadora de Wright. Nos referimos a la tesis que Gloria Clavería Nadal defiende a propósito del latinismo en español⁶⁵.

⁶² También se percató de esto Clavería Nadal. Esta autora opta por dejar fuera de su consideración las palabras entendidas hasta ahora como cultismos y que Molho define como "voces eruditas recogidas o calcadas del latín (o del griego)" (MOLHO, M., *art. cit.*, p. 481).

⁶³ En las afirmaciones de Gordillo Vázquez se vislumbran, sin lugar a dudas, los supuestos tradicionalistas, como por ejemplo cuando asegura que "si las palabras populares son las que mejor reflejan la tradición oral del latín vulgar y ofrecen las características de cada lengua romance, los cultismos nos manifiestan la perseverancia del espíritu latino a lo largo de toda la civilización" (GORDILLO VÁZQUEZ, M. C., *art. cit.*, p. 271).

⁶⁴ GORDILLO VÁZQUEZ, M. C., *art. cit.*, p. 274.

⁶⁵ Clavería Nadal parece no decantarse por ninguna teoría, hasta el punto de presentar algunas afirmaciones algo ambiguas como la que sostiene que "el tipo de contacto que entraña el latinismo es el de un antecedente lingüístico, es decir, se basa en la creación de dos sistemas diferentes a partir de un mismo origen" (CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, p. 109). Esta afirmación podría estar vinculada tanto al planteamiento tradicional como al de Wright. Se adscribiría al primero de entender que la creación de esos dos sistemas diferentes a los que hace referencia ha existido desde el mismo momento en el que se produjo la evolución del latín al romance al quedar, junto a la nueva lengua que iba surgiendo, una variante culta sin evolucionar. En cambio, estaría más cercano al segundo

Los objetivos que la autora se propone alcanzar son los de concienciar de la importancia del latinismo en la lengua mediante la descripción de sus efectos estructurales y establecer, por medio de su tratamiento teórico, una guía o punto de partida de la metodología que debe utilizarse⁶⁶.

En el tratamiento que dispensa a las voces cultas, empieza defendiendo el "cultismo" como préstamo y aboga por sustituir este término por el de "latinismo", por tratarse, a su entender, de una denominación más apropiada para hacer referencia a los préstamos procedentes del latín, conocidos tradicionalmente como cultismos, término éste último que queda relegado a cuestiones relacionadas con lo estilístico, tanto desde el punto de vista lingüístico, como literario, por lo que no merece ser considerado como préstamo⁶⁷.

si se entiende que la creación de esos dos sistemas lingüísticos distintos surgió a partir del siglo XI en España (a parte de Cataluña) con la introducción del "latín medieval" que pasó a formar sistema con el romance. La vinculación de esta autora con la teoría tradicional se ve con más claridad en otra ocasión en la que, al estudiar los grupos consonánticos cultos en la Edad Media, afirma que su variación de los rasgos formales es una "modesta ejemplificación de la pervivencia de la lengua y de los cultismos, en particular, en la documentación medieval" (CLAVERÍA NADAL, G., "En torno al cultismo: los grupos consonánticos cultos", en M. Ariza et alii (eds.), *Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Madrid, Arco-Libros, 1988, p. 91). Sin embargo, parece tener algunos puntos en común con Wright cuando establece que "el hecho de que los préstamos puedan sufrir una adaptación permite un tratamiento correcto de las deformaciones en las que ya había reparado la teoría tradicional. Por otro lado, la consideración del tipo de contacto lingüístico muy prolongado en el tiempo, asentado en una relación de prestigio y con un fuerte apoyo en la lengua escrita, permite predecir la existencia de un sistema de adopción a partir de la lectura de la palabra escrita; la remodelación de formas con mayor grado de adopción a partir de la grafía e incluso un préstamo de la forma escrita para una palabra patrimonial" (CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, p. 111). Tampoco deja claro a qué cronología se acoge, a juzgar por otra afirmación suya en la que sostiene que las "dificultades de observación de este proceso, debido a la poca transparencia de la lengua escrita, provocan dificultades en el conocimiento del período en el que empiezan a existir estos elementos" (CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, p. 109). Por el contrario, en opinión nuestra, la lengua escrita que aparece en los documentos notariales sirve de gran ayuda para conocer el momento de aparición de estas formas cultas.

⁶⁶ Su intención se resume en estas palabras: "los latinismos contribuyen a la comprensión de la evolución de la lengua porque forman parte de ella" (CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, p. 111).

⁶⁷ Es decir, separa dos fenómenos distintos, los latinismos de los cultismos. Los primeros serán aquellos elementos de lengua (palabras, grafías, afijos, etc.) tomados de un sistema lingüístico diferente del castellano, esto es, del latín. Los segundos se corresponderán con usos determinados o modos de expresión que tiene toda lengua y que se identifican con registros más formales, técnicos o cultos, o son producto de la función estética del lenguaje literario.

Así pues, propone la utilización del vocablo "latinismo" para lo que tradicionalmente se denominaba cultismo.

Las explicaciones de Margherita Morreale⁶⁸ son la base de la teoría de Clavería Nadal, que entiende el latinismo como un préstamo, esto es, como una palabra, grafía, etc. que, tomada del latín, mantiene una forma idéntica o muy parecida a la latina⁶⁹. El cultismo, en cambio, no es un préstamo o forma tomada del latín, sino un concepto latino; y este concepto latino puede expresarse o bien mediante una palabra patrimonial, el cultismo propiamente dicho en este caso, o bien mediante una latina, de modo que la palabra sería a la vez cultismo y latinismo⁷⁰.

Entre ambas categorías son posibles, por tanto, las interferencias, sin embargo, también presentan algunas diferencias que Clavería señala, siguiendo a M. Morreale, con cuyas ideas concuerda plenamente. Así, establece que el latinismo se introdujo involuntariamente, esto es, "por inercia", según sus propias palabras, o porque el romanceador o traductor encontró "palabra satisfactoria en el léxico de la lengua receptora"; mientras que el cultismo se introdujo voluntariamente, ya que "implica un empleo consciente por parte del autor" con fines estilísticos. En cualquier caso, considera conveniente advertir "que, en ocasiones, la frontera entre fenómenos que responden a cultismo y fenómenos que no obedecen a este motivo puede ser difícil de trazar"⁷¹.

⁶⁸ Para consultar la bibliografía de Morreale que utiliza Clavería Nadal como base de sus teorías, *vid.* CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, pp. 833-835.

⁶⁹ Deja sin resolver una cuestión: el latín del que proceden estas formas ¿es el latín imperial clásico, el vulgar, o el latín medieval?

⁷⁰ Estas afirmaciones dejan entrever las interferencias que pueden darse entre los dos conceptos, ya que si el latinismo (préstamo latino en cuanto a la forma) mantiene también el significado que tenía en latín es, además, un cultismo; y si el cultismo (significado "culto" o concepto latino) se expresa mediante una palabra cuya forma se ha tomado en préstamo del latín es igualmente un latinismo.

⁷¹ CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, pp. 58-59. Cabe apreciar la distinción establecida entre "traductor o romanceador", como responsable de la introducción del latinismo, y "autor" del cultismo, ya que deja entrever como Clavería Nadal relaciona el cultismo con la literatura, sobre todo, la de épocas posteriores, representada por autores como Garcilaso, Mena, Luis de León... Además, advierte que el "cultismo semántico" de la teoría tradicional es, en su opinión, un latinismo puesto que se trata de un préstamo, aunque este latinismo puede ser en algunos casos también un cultismo y en otros no serlo.

Todo ello parece indicar que la tesis de Clavería Nadal presenta problemas parecidos a los que, en opinión suya, encerraba la teoría tradicional y que se manifiestan sobre todo en su caso, en la utilización tan particular que hace de la terminología y en las definiciones que propone del cultismo y del latinismo, principalmente en el caso del primero, al entenderlo como palabra con forma latina o patrimonial, pero siempre con "significado latino oculto"⁷², cuya presencia se detecta, preferentemente en épocas más tardías (a partir del siglo XV), no sólo en el plano lingüístico sino, sobre todo, en el literario, como uso estilístico.

El logro de estos planteamientos, salvando el error de entender como préstamos sólo a los latinismos, tal vez estaría en haber conseguido separar los criterios fonético y conceptual para reconocer estas formas "cultas", esto es, utilizar el primero para descubrir los casos de latinismo y el segundo para los de cultismo, a pesar de las posibles interferencias que puedan surgir entre ellos en algunas ocasiones.

Desde nuestro punto de vista, creemos más conveniente distinguir los cultismos de los latinismos, evitando las interferencias entre ellos, pero sin dejar de considerar que tanto unos como otros son préstamos. Además, nuestro propósito es estudiar estos fenómenos atendiendo no a las obras literarias, como hace esta autora, sino a los documentos notariales en los que, sin duda, se refleja más fielmente la realidad lingüística y la cuestión de la oralidad y la escritura, tal como tendremos ocasión de comentar en el capítulo séptimo detenidamente.

⁷² No hay que olvidar que para Badía las palabras patrimoniales con evolución fonética romance nunca pueden ser consideradas cultismos.

3.2.1.3. PROPUESTA INNOVADORA DE ROGER WRIGHT. SUS SEGUIDORES. UN PUNTO DE PARTIDA DIFERENTE

R. Wright pone en entredicho el concepto de "cultismo" tal como lo habían establecido los supuestos tradicionales, basados casi única y exclusivamente en los criterios fonético y conceptual que identificaban como cultas las palabras que se presentan como "excepciones a las regularidades generales del cambio fonético". Estas regularidades estaban fundamentadas principalmente en la formulación previa de las reglas que estableció Menéndez Pidal⁷³. Además, este supuesto retraso fonético se explicaba también como consecuencia de la utilización de estas palabras por las clases cultas de la sociedad que, en determinados contextos, hacían uso del latín en lugar del romance.

Las nuevas interpretaciones de Wright, en la línea de trabajos como el de Badía Margarit y otros, se basan en los criterios cronológico y fonético conjuntamente para aportar otras explicaciones a muchos de los considerados hasta ahora como cultismos, centrándose preferentemente en el análisis de aquellos casos en los que difieren los lingüistas, atendiendo a su antigüedad y a sus características evolutivas⁷⁴.

Para demostrar que muchas de las palabras tratadas tradicionalmente como cultas pueden considerarse populares o regulares si se analizan de otra manera, propone una serie de interpretaciones establecidas por algunos estudiosos y basadas en condicionamientos fonéticos, como el deseo de evitar formas

⁷³ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 6.

⁷⁴ Wright no acepta que muchas palabras, por no haber seguido la evolución fonética esperada, por resistirse a obedecer una serie de reglas establecidas previamente, se clasificaran como "cultismos" o "semicultismos" y, por ello, sugiere que estas "excepciones", tal como las denomina la teoría tradicional, podrían explicarse como evoluciones normales siguiendo las técnicas corrientes de la lingüística histórica, según sostiene en varias ocasiones, por ejemplo en WRIGHT, R., (1) "Latín tardío y romance temprano: (1982-88)", *Revista de Filología Española*, 1988, pp. 257-269; (2) "Linguistic Reasons for Phonetic Archaisms in Romance", *Papers from the Fourth International Conference on Historical Linguistics*, Amsterdam, 1980, pp. 331-337.

tabúes, de permanecer encadenado a un afin, la fonoestética de la que habla Samuels, las onomatopeyas, o la teoría de la difusión léxica⁷⁵ introducida por M.Y. Chen y Wang, según la cual algunas palabras cambian después que otras, de ahí que la existencia de palabras sin evolución es posible que se deba al hecho de que estas palabras se encontraran al final de la serie y por ello el cambio nunca llegó a afectarlas⁷⁶.

De este modo, dado que muchos de los considerados cultismos con anterioridad a la teoría de Wright, dejan de serlo atendiendo a razonamientos fonéticos, el único factor válido y decisivo para identificar una forma como culta, ha de ser la documentación cronológica tardía, unido a características fonéticas que faciliten tal identificación, pero no como condición imprescindible, ya que existen también formas cultas con mayor o menor adaptación fonética⁷⁷.

Así pues, lo nuevo de la tesis de Wright reside fundamentalmente en la propuesta de una data de introducción tardía de los préstamos cultos en la Península, la de finales del siglo XI, concretamente a partir del año 1080 como consecuencia de la implantación de una nueva norma latinizante que facilitó la toma de conciencia, inexistente hasta ese momento, de dos sistemas lingüísticos diferentes, el romance y

⁷⁵ Los cambios de sonido se extienden progresivamente a lo largo del vocabulario morfema por morfema y pueden ir disminuyendo antes de alcanzar todas las palabras. Esta teoría implica, en palabras de Lloyd, que "el resultado de este tipo de difusión es que en cualquier tiempo y lugar unas palabras pueden pronunciarse con la antigua pronunciación, otras con la nueva y otras con las dos" (LLOYD, P. M., *Del latín al español. I. Fonología y Morfología Históricas de la Lengua Española*, Madrid, Gredos, 1993, p. 40).

⁷⁶ WRIGHT, R., *Latín tardío y romance temprano*, Madrid, Gredos, 1989, pp. 36-40.

⁷⁷ Clavería Nadal, a propósito de esta identificación a través de la fecha de penetración, considera "peligroso" recurrir a "la utilización de una fecha como inicio de la existencia de préstamos" dado su carácter provisional "determinado por el hecho de que cualquier texto nuevo podría deparar una documentación más temprana" (CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, p. 73). Sin embargo, como ella misma reconoce después, rebatiendo a Corominas, "no siempre hay que suponer una penetración anterior del término en la lengua hablada (...) En el caso de préstamos de lenguas de cultura, por ejemplo los latinismos, el vehículo de penetración puede ser la lengua escrita, especialmente en casos de traducción latín-romance" (p. 74). Esta observación apunta la importancia de la vía de introducción escrita de los latinismos.

el latín, éste último como una lengua "artificial" al que Wright da el nombre de "latín medieval"⁷⁸.

De esta manera, surgió la distinción entre pronunciación vernácula y pronunciación latina, nueva, es decir, la coexistencia del romance y la pronunciación latinizante no es un hecho constatado desde siempre, sino que apareció después del siglo IX en Francia y del XI en España. Esta es la propuesta innovadora de Wright que de estar en lo cierto invalidaría buena parte de los supuestos en que se apoyaba la teoría tradicional, basados en la coexistencia de latín y romance como normas habladas y distintas durante siglos⁷⁹.

⁷⁸ En opinión de Wright, el latín medieval que apareció en el siglo IX en Francia y llegó dos siglos más tarde a España, con excepción de Cataluña, donde penetró antes por sus intensas relaciones políticas y culturales con Francia, era una lengua internacional estandarizada "aprendida y usada en contextos oficiales por la Iglesia católica" y surgió como consecuencia del establecimiento de una educación profesional mediante la cual se pretendía instruir a los clérigos, renovando su sistema educativo para que ellos, a su vez, pudieran instruir a la sociedad y crear una sociedad cristiana. Entre las reformas culturales del renacimiento carolingio, profundamente interesado por un resurgimiento de la cultura clásica, destaca, por sus implicaciones posteriores, el establecimiento de una nueva liturgia, la romana, que para su celebración requería un método uniformado con una ortografía correcta para elaborar versiones "oficiales" bien escritas de los textos litúrgicos. La tarea se encargó a Alcuino de York, dada la buena reputación de su Iglesia en la conservación de la tradición romana. Este erudito anglosajón, con el propósito de obtener la precisión lingüística en la liturgia, compiló un tratado al que denominó *De Orthographia*. Pero para conseguir el texto estándar fue necesario también establecer un método "sobre la manera de leer los textos en voz alta". El método propuesto para aprender "litterae", basado en el que Alcuino había estudiado con anterioridad, se aprendía en las escuelas de la Iglesia y estaba pensado sobre todo para sus miembros, aunque los laicos también podían aprenderlo si querían, y dio lugar a una nueva pronunciación en la lectura (desde ese momento, la pronunciación latina de una palabra se ha basado en su escritura tradicional), ya que consistía en leer en voz alta de la manera correcta "antigua" otorgando un sonido determinado a cada letra o dígrafo. Conviene señalar que conocer "litterae" significaba tener habilidad para leer textos en latín medieval, es decir, para recitar en voz alta, y no implicaba entenderlo ni aprender a escribir, actividad ésta última que se reservó sólo a unos pocos copistas especializados que, además, adoptaron la minúscula carolina, impuesta también por Alcuino para facilitar la lectura en la Iglesia, puesto que cada letra se escribía pequeña pero separadamente como unidad independiente, con muy pocas contracciones, según explica Wright (WRIGHT, R., *op. cit.* passim).

⁷⁹ Es decir, Wright, con su teoría, intenta demostrar lo que considera un error tradicionalista por defender la existencia de una diferenciación entre hablantes cultos con un latín muy poco evolucionado, y hablantes de una lengua vernácula ya evolucionada, facilitándose de este modo la distinción entre dos normas, la culta y la popular que coexistían al mismo tiempo y en los mismos lugares desde la caída del Imperio Romano hasta el siglo XII; y ello por lo inverosímil que puede resultar el creer que, durante todos aquellos siglos, el latín permaneciera sin cambios por un lado, como un uso arcaico sin evolucionar, en boca de personas cultas, tales como abogados, poetas, lingüistas, sacerdotes, etc. y, por otro lado, junto a él, se hubiera ido desarrollando una lengua vernácula en boca de la plebe, cuando lo lógico es considerar que lo que debió ocurrir fue que cada hablante, según su nivel intelectual, usara un estilo propio diferente de esa lengua vernácula pero nunca el latín, ya que el romance antiguo "fue un desarrollo cronológico del latín del Imperio Romano", y no es posible que alguna variedad de ese latín permaneciera inmutable

Wright, por lo tanto, en primer lugar, intenta demostrar el error tradicional de creer en la existencia de las dos normas antes de las reformas carolingias. Clavería también considera que la teoría de las dos normas es demasiado simplista, sin embargo se plantea la posibilidad de que "quizá antes de la reforma carolingia existieron ya los primeros indicios de la divergencia lingüística que luego se consagró"⁸⁰. De este modo, Clavería no parece estar convencida totalmente de que la diferenciación entre latín y romance se hiciera desde finales del siglo XI y no con anterioridad. Bustos tampoco coincide con Wright al señalar que la distinción entre latín y romance existió realmente en los siglos IX al XIII, es decir, antes y después de la difusión del latín carolingio, aunque no tal como se había establecido tradicionalmente, según hemos visto arriba.

En segundo lugar, Wright defiende la hipótesis de un protorromance como norma única de pronunciación (incluyendo las variaciones normales de clase social y estilo) del romance temprano, en cada área⁸¹.

en una parte de la comunidad y en la otra evolucionara. De este modo, Wright propone la hipótesis de que el latín no debe considerarse "una supervivencia milagrosa de un pasado remoto", sino un método innovador no sólo de lectura de textos en voz alta, sino también de escritura y pronunciación latinizante, gracias a Alcuino que facilitó el aprendizaje de la gramática, la ortografía y el vocabulario antiguos. De ahí que pueda afirmarse que, desde el mismo momento en que empezó a utilizarse una norma de pronunciación latina "arcaizante" en una comunidad romance, se tuvo conciencia de la distinción entre dos lenguas o normas de pronunciación separadas (WRIGHT, R., *op. cit.*, pp. 9-13). La tesis de Wright sostiene que la novedad que apareció tras las reformas carolingias no fue la lengua vernácula, sino la alternativa latinizante a la que sometieron las homilías, y que no existía con anterioridad. Sin embargo, los oyentes a quienes iban dirigidas las lecturas en las misas no entendían el latín y, por lo tanto, el objetivo de mejorar a los fieles mediante la predicación no se cumplía. La solución que se adoptó, según este autor, apareció promulgada en el canon 17 del Concilio de Tours; allí se establecía que el predicador cambiara, según la traducción e interpretación de Wright, a la *rustica Romana lingua* o al alemán para facilitar la comprensión de los oyentes. Ello implica el restablecimiento en las comunidades románicas del "antiguo método que se usaba ya en cualquier caso antes del 796, de leer textos en voz alta con la pronunciación vernácula" y, además, la posibilidad de que "en este caso no se hiciera la distinción entre dos lenguas diferentes, latín y romance, sino entre dos métodos de lectura en voz alta de textos escritos, el *litteralis* y el *rustica*" (WRIGHT, R., *op. cit.*, pp. 186-187). Es aquí donde, según Clavería Nadal, la tesis de Wright presenta algunos puntos débiles y considera, además, que "el famoso canon del Concilio de Tours debe ser reinterpretado" (CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, p. 65).

⁸⁰ Vid. CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, p. 69.

⁸¹ Por un lado, esta reconstrucción o "protorromance", indica que las denominaciones de "latín tardío" y "romance temprano" aluden a la misma época, concretamente la primera se utiliza para referirse a la lengua escrita, ya que los textos escritos utilizaban el único método de escritura que se conocía; y la segunda para referirse a la lengua oral, puesto que

Aparte de las consideraciones de Wright con respecto al protorromance vistas desde la perspectiva de su teoría, también se han ocupado de este tema otros autores. De este modo, además de la descripción de Robert de Dardel del protorromance como "une langue parlée éteinte, donc non attestée que le comparatiste reconstruit à partir des parlers romans"⁸², M^a Teresa Echenique propone una definición del protorromance basada en la distinción del latín vulgar y del prerromance. Así, mientras el latín vulgar "denotaría todo hecho latino alejado de la norma clásica y documentado", y el prerromance no sería más que "una denominación neutra, con una significación tan sólo temporal, el protorromance "haría referencia a formas reconstruidas sin apoyo documental y serían portadoras del asterisco correspondiente por su condición de formas abstractas requeridas desde la perspectiva románica posterior"⁸³. Otro autor, A. Varvaro, recurre a factores sociolingüísticos para la reconstrucción del protorromance⁸⁴.

era la única lengua que se hablaba. Por otro lado, el protorromance permite, asimismo, establecer una diferencia importante, la que existe entre el latín anterior a las reformas carolingias, el cual no era más que una forma escrita de la lengua vernácula utilizada oralmente y sin un sistema latino con el que coexistir, y el latín medieval, posterior a estas reformas, que se presenta como una lengua distinta coexistente con la romance, pero que no es una continuidad directa del latín imperial. El primero se llamaba entonces *latinus*, y ahora podemos denominarlo *romance temprano*; y el segundo al que conocían como *litterae*, ahora recibe el nombre de *latín tardío*. En opinión de Wright, por lo tanto, antes del renacimiento carolingio no se puede considerar, como hace la teoría tradicional, que latín y romance fueran separables, ni que se influyeran mutuamente, puesto que responden a una misma realidad debido a la temprana evolución del romance y a su gran difusión (dice Wright que el cambio se había producido mucho antes del año 600, de ahí que hacia el siglo III ya se observa este cambio). En otra ocasión, este autor ofrece una selección de las características del protorromance, *vid.* WRIGHT, R., "Complex Monolingualism in Early Romance", *Linguistic Perspectives on the Romance Languages*, Amsterdam/Philadelphia, John Benjamins Publishing Co., 1993, pp. 380-381. Concluye diciendo que el protorromance no era inferior, ni una versión corrupta del latín imperial, ni tampoco es inferior o una versión incipiente de las lenguas romances, según este autor (p. 383).

⁸² DARDEL, Robert de, "La syntaxe nominale en protoroman ancien et ses implications sociolinguistiques", *Revue de Linguistique Romane*, t. 54, Strasbourg, 1994, p. 5. Este autor entiende que el protorromance no es una descripción sincrónica, sino un período de tiempo en el que se manifiestan tendencias evolutivas y reglas dinámicas (p. 8).

⁸³ ECHENIQUE ELIZONDO, M. T., "Protohistoria de la lengua española", en J. A. Lacarra (ed.), *Memoriae L. Mitxelena Magistri Sacrum*, Anejos del ASJU, XIV, San Sebastián, Diputación Foral de Guipúzcoa, 1991, p. 35.

⁸⁴ *Vid.* VARVARO, A., "Considerazioni sul problema del proto-romanzo", *La parola nel tempo: lingua, società e storia*, Bologna, Il Mulino, 1984, pp. 91-104.

Resumiendo ya, todos los postulados en los que Wright basa su tesis de una sola lengua, el romance, antes del siglo IX en Francia y del XI en España, le permiten dar una nueva orientación al problema del "cultismo"⁸⁵. Su interpretación establece que las formas cultas proceden del latín que se introdujo a partir del 1080 en la Península y, por lo tanto, hay que entenderlas como innovadoras⁸⁶, es decir, no existieron formas latinizantes antes de la fecha citada, de modo que cualquier forma que se presente bajo una apariencia latinizante hay que considerarla de introducción tardía en el romance, posterior a las reformas carolingias y, por lo tanto, como un préstamo del latín medieval, esto es, de la nueva pronunciación y ortografía instituidas y perteneciente a personas innovadoras "progresistas" y no a conservadores "arcaizantes", según sus palabras.

Así pues, muchas palabras entendidas tradicionalmente como cultas no lo serían, puesto que no formaban parte del romance antes de finales del siglo XI. Siguiendo su teoría, por lo tanto, la denominación de "cultismo", tal como la entiende la teoría tradicional, sólo podrá aplicarse a las palabras que no han sufrido ninguno de los cambios que habían acabado antes del año 1080 en España.

De este modo, el cultismo de los siglos XII y siguientes debe entenderse como una innovación y no como la supervivencia de un arcaísmo, al tratarse de una forma nueva alternativa ofrecida por el latín medieval para resolver, según indica Wright, "la anarquía, confusión y perplejidad" causadas por la existencia de numerosas variantes en uso documentadas de una misma palabra. La llegada del latín medieval tuvo, por

⁸⁵ Wright está convencido de que "la evolución retardada de las palabras denominadas "cultas" (o "semicultas") se puede explicar sin necesidad de atribuírsela a una capa del habla totalmente arcaica" (WRIGHT, R., *art. cit.* en la n. 74 (1), p. 258).

⁸⁶ Puesto que, tal como reconoce Clavería Nadal, comentando las ideas de Wright, "no es posible sostener la existencia de latinismos hasta que se haya producido una disparidad lo suficientemente grande y la consiguiente conciencia de ello" (CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, p. 63).

tanto, una influencia decisiva en casos de vacilación vernácula tal como demostrarán aquellos casos en que los hablantes, que utilizaban diferentes formas de pronunciación para una misma palabra, optaron por adoptar la forma culta introducida por el latín medieval gracias a un contexto cultural, el eclesiástico, que les infundía la suficiente confianza como para adoptar la forma utilizada en él, desechando las otras variantes populares y acabando así con la vacilación en la pronunciación de esa palabra.

Las propuestas presentadas por Wright, referentes a nuevos planteamientos para el estudio de los "cultismos", han abierto el camino a nuevas interpretaciones que se alejan del planteamiento tradicional por compartir los postulados que acabamos de analizar.

Así, por ejemplo, Carmen Pensado⁸⁷ es partidaria, igualmente, del criterio cronológico que en el estudio de Wright se propone como fundamental.

Esta autora, para explicar la falta de evolución de los cultismos, parte, en primer lugar, de la interpretación de estas formas como préstamos a los que, por tanto, pudo no afectar el proceso fonético evolutivo del que ahora son excepciones porque aún no se habían incorporado a la lengua⁸⁸. En segundo lugar, considera además que el influjo de factores gramaticales o semánticos en los cambios fonéticos implica la existencia de palabras presentes siempre en la lengua pero sin alteración alguna, esto es, sin llegar a verse afectadas por el proceso fonético.

⁸⁷ Asimismo, esta autora se percata de lo arraigados que siguen estando los postulados tradicionales basados en las leyes fonéticas, hasta el punto de no admitir, en ocasiones, tal como ha ocurrido con las propuestas de Badía, claras evidencias como la posibilidad, que ella defiende, de excepciones a las reglas (PENSADO RUIZ, C., *El orden histórico de los procesos fonológicos*, Salamanca, Acta Salmanticensia, 1983).

⁸⁸ Como ella misma explica no es forzoso que la adaptación de un préstamo sea automática, ya que en la mayor parte de las lenguas existen préstamos sin adaptar (*Ibid.*, p. 163 y ss., concretamente el apartado que dedica al estudio de los préstamos).

Esta existencia posible de voces como excepciones a las reglas, le permite establecer, a su vez, un segundo tipo de cultismos para los que reserva el nombre de "cultismos heredados"⁸⁹, es decir, este calificativo recoge las palabras que ya existían cuando se produjo un cambio determinado pero no lo sufrieron. Y para sostener la existencia de estos cultismos, también reconocidos por la teoría tradicional aunque de forma más reticente, no sólo sigue la explicación que Dressler propone para las excepciones a procesos fonéticos y que se basa en las posibles evoluciones o grados evolutivos que determinan los diferentes estilos de habla, sino que, además, establece una serie de consideraciones tales como la posibilidad, en principio, de que "las palabras cultas difieran de las populares no sólo en la intensidad relativa de los procesos, sino también en su orden cronológico de actuación"⁹⁰ y, junto a esta posibilidad, la utilidad de distinguir entre el momento en que aparece una innovación y la difusión de esta innovación, la existencia de excepciones en la teoría y la falta de homogeneidad de una lengua.

Por otro lado, Paul M. Lloyd, en la línea de trabajos como el de Wright, Pensado, etc., estudia, entre otras cosas, el cambio fonético y las causas que lo provocan con la intención de proponer explicaciones más coherentes para algunos fenómenos lingüísticos y ofrecer una serie de interpretaciones que parecen tener implicaciones importantes en el estudio del "cultismo".

Este autor, atendiendo más a las propuestas de Wright que a las creencias generalizadas de la teoría tradicional, empieza estableciendo que el principio de la regularidad del cambio fonético, según el cual los sonidos cambian regularmente, sólo es admisible atendiendo al menos a tres

⁸⁹ Los cultismos heredados son, pues, y en esto parece que está en lo cierto, "en algunos casos, cuando se trata de etapas antiguas de una lengua (...) el único argumento para demostrar la contemporaneidad de dos cambios o el carácter de restricción superficial de uno de ellos" (PENSADO RUIZ, C., *op. cit.*, pp. 191-192).

⁹⁰ *Vid.* PENSADO RUIZ, C., *op. cit.*, p. 191.

limitaciones fundamentales: en primer lugar, que los sonidos se encuentren en las mismas condiciones fonéticas, en segundo lugar, que se den en el mismo período de tiempo y, en tercer lugar, que aparezcan en la misma área (o en la misma comunidad de lengua)⁹¹.

Estas restricciones dan lugar a la consideración de los cultismos⁹². Palabras cultas son, en opinión de Lloyd, las "palabras fonéticamente aberrantes que no han participado en el cambio (...). Es decir, fueron tomadas directamente del latín literario después de la adopción del nuevo sistema de lectura en voz alta del latín escrito; es decir, el sistema instituido en la época carolingia como parte de la normalización de la práctica religiosa"⁹³.

Esta definición demuestra que Lloyd es partidario de la teoría de Wright. Así pues, propone un buen número de explicaciones fonéticas principalmente, tales como, por ejemplo, la teoría de la difusión léxica para muchas palabras que han sido estudiadas tradicionalmente siguiendo postulados diferentes que llevaban a conclusiones erróneas, como en el caso de explicar por cultismo muchas de las formas consideradas "excepciones" y que no sabían catalogar de otra manera.

Este autor insiste incluso en no escudarse ahora en la "pronunciación culta" del latín medieval, como ya han hecho

⁹¹ Este autor, con la afirmación de que "hay numerosos factores en acción que intervienen simultáneamente y pueden actuar sobre un sonido en una palabra concreta o en un grupo de palabras" está corroborando la opinión de C. Pensado, lo mismo que al sostener que "si resultara, por alguna razón, que hay algunas palabras que no asumen la nueva pronunciación y que no se producen ya nuevos cambios en los miembros de una categoría particular, entonces habrá algunas excepciones al cambio general. En este caso se podría decir que el cambio fonético ha terminado, pero no se ha completado" (Obsérvese como Lloyd habla de cambio fonético y no de ley fonética, como se decía tradicionalmente) (LLOYD, P. M., *op. cit.*, p. 48 y ss.)

⁹² A propósito de la segunda limitación concretamente, Lloyd observa que "las palabras tomadas del latín u otras lenguas en un período posterior (al de un cambio fonético) no presentarán ese cambio. Asimismo, no es probable que presenten los cambios fonéticos populares aquellas palabras que no han formado parte del vocabulario «popular» (es decir, el fondo vernáculo, que incluye las palabras transmitidas oralmente)" (LLOYD, P. M., *op. cit.*, p. 4).

⁹³ LLOYD, P. M., *op. cit.*, pp. 3 y 4, citando a Wright.

algunos estudiosos a raíz de la propuesta de Wright, para explicar los casos más dudosos⁹⁴.

Un breve análisis de Rafael Cano Aguilar permite conocer las implicaciones de la teoría de Wright en el concepto de "cultismo", sin invalidar las consideraciones de la teoría tradicional.

Este autor, tras dar por sentado que "en las lenguas romances el léxico de origen latino no transmitido por herencia sino tomado directamente se denomina 'cultismo', aludiendo al nivel cultural de los grupos sociales en que se produjo la adopción"⁹⁵, distingue entre 'vocabulario culto' y 'cultismo' propiamente dicho⁹⁶, estableciendo así un puente de unión entre la teoría tradicional y la de Wright.

⁹⁴ Concretamente dice: "la solución más sencilla de explicar el relativamente elevado número de vocablos que presentan el cambio /u/ (breve) > /u/ es decir que todas las palabras que presentan /u/ en vez de /o/ son "cultismos"; es decir, reflejarían la pronunciación latino-medieval innovadora instituida a raíz de la reforma carolingia (...) La pronunciación "cultu" es, sin duda, una salida fácil y muchos la han elegido, pero no podemos evitar muchas y persistentes dudas sobre si tal solución es algo más que la declaración de que realmente no estamos seguros de cuál es la verdadera ley de fonética general" (LLOYD, P. M., *op. cit.*, p. 52).

⁹⁵ CANO AGUILAR, R., *El español a través de los tiempos*, Madrid, Arco-Libros, 1988, p. 175.

⁹⁶ En primer lugar, el 'vocabulario culto' lo forman los "términos de transmisión oral hereditaria, siempre vivos en la lengua" que, por motivos tales como su especial significación, su empleo preferente en los sectores elevados de la comunidad o su pertenencia a determinadas áreas "se sustrajeron a la acción de algunos cambios", es decir, "conocieron un tratamiento peculiar sobre todo en la forma fónica: en general no sufrieron los cambios que hubieran correspondido a su forma originaria; de este modo, el castellano pudo mantener o recuperar, por ej. grupos consonánticos que la evolución fonética había eliminado (cp. *nocturno* con *noche* < NOCTE) o darles un tratamiento especial (así *luto* o *luctuoso* < LUCTU)". En ellos no influyó "la «pronunciación latina» (tal como creía la teoría tradicional) sino que «quedaron a la cola» (R. Wright) en el desarrollo de esos cambios, prefiriendo la variante conservadora de las formas en lucha: SAECULU > *siegle* (no **sejo*) o REGNU > *reino* (no **reño*). Entrarían aquí los 'semicultismos' pero también los 'cultismos' primitivos (la diferencia sólo es de grado, según el número mayor o menor de cambios sufridos): unos y otros procedían de la época en que las fronteras entre 'latín' y 'romance' aún no estaban fijadas y en los cambios competían numerosas variantes". En segundo lugar "los 'cultismos' propiamente dichos pertenecen al momento en que latín y romance están diferenciados, y el primero ha adquirido, de nuevo, pronunciación propia en el llamado «latín medieval». Estos cultismos son los que ya pueden considerarse 'préstamos' (como los de cualquier otra lengua), y proceden del latín hablado por clérigos y otros hombres cultos o, lo que es más frecuente, de los textos escritos en latín: en ellos ya no hay cambio fónico sino adaptación a las reglas generales del castellano en muchos casos, sin embargo, tal adaptación producía «deformaciones» de acuerdo con tendencias fónicas constantes del idioma (disimilaciones vocálicas, simplificación de grupos consonánticos, etc.)" (*Ibíd.*, pp. 176-177).

De este modo, siguiendo los postulados tradicionales, cataloga como vocabulario culto, o cultismos primitivos, las palabras que se presentan con algunas peculiaridades fonéticas de falta de evolución, en lugar de considerar, como hace Wright, que estas particularidades pueden explicarse mediante causas diversas del cambio fonético, convirtiéndose así en voces vernáculas. Sin embargo, al reservar la denominación de "cultismos" para las palabras tomadas del latín medieval cuando la distinción entre latín y romance estaba ya establecida, no invalida tampoco los supuestos de la teoría de Wright.

Por otro lado, este autor no se detiene en distinguir cultismos de latinismos, dos fenómenos lingüísticos que, sin duda, comparten el mismo origen pero que manifiestan una serie de diferencias entre ellos, tal como veremos a continuación. En este aspecto se centrará principalmente nuestra aportación al estudio de los cultismos y latinismos.

3.2.1.4. NUESTRA APORTACIÓN A LAS CONCEPCIONES DE "LATINISMO" Y "CULTISMO"

En primer lugar, queremos manifestar nuestro convencimiento de que la propuesta de Wright, al abrir nuevas perspectivas para el análisis de las formas que hasta hace poco se consideran cultas, ha facilitado el replanteamiento de los estudios del cultismo dados por válidos tradicionalmente.

En el estudio lingüístico que llevaremos a cabo, analizaremos una serie de palabras, algunas consideradas como "cultismos" tradicionalmente, atendiendo casi con exclusividad al hecho de constituir excepciones a las reglas fonéticas evolutivas, para conocer cuál era su comportamiento en la Edad Media (presencia o ausencia de variantes gráficas desde un punto de vista cronológico y/o diatópico, número de apariciones

de las variantes, etc.). El propósito es averiguar si estas palabras podrían entenderse como cultismos medievales ya o, por el contrario, habría que tratarlas como voces cuyas evoluciones diferentes, pero no por ello excepcionales, pueden explicarse, como sugirió Wright, mediante las técnicas propias y normales a las que recurre la lingüística histórica en otros casos y que permitirían interpretarlas como patrimoniales. Así pues, si estas palabras que tradicionalmente se consideran cultas, se presentaran con diferentes grados de evolución y, con posterioridad al establecimiento del "latín medieval" carolingio, se apreciara que la única variante utilizada o la más frecuente era la más próxima al latín, la tesis de Wright se vería confirmada, ya que estas variantes de reciente incorporación serían los auténticos cultismos en opinión de este autor, es decir, que representarían una alternativa 'cultas' usada por los hablantes para acabar con la vacilación reflejada en la escritura por un buen número de variantes gráficas.

Por nuestra parte, consideramos que para reconocer los cultismos "auténticos" hay que atender a diversos factores. Aparte de las características fonéticas peculiares defendidas tradicionalmente y de la pertenencia de estas voces a ámbitos especializados, el eclesiástico y el jurídico sobre todo, ha de tenerse en cuenta, siguiendo las indicaciones de Bustos, tanto el carácter inmediato del contexto comunicativo en el que se inscriben los documentos donde aparecen estas palabras, con rasgos particulares vistos desde la tensión entre latín y romance, como que los cultismos son fenómenos propios de la escritura, cuya aparición en un escrito se debe a que éste presenta rasgos más próximos a la escritura que a la oralidad. Todo ello sin olvidar, además, la posibilidad de la cronología tardía⁹⁷ que

⁹⁷ Algunas de estas características ya las señaló, de forma aproximada, Clavería Nadal para sostener que el status de latinismos, según su concepción, se reconocería dentro de los elementos del léxico por: "a) las características fonéticas de esta clase, b) una primera datación tardía y c) pertenencia a un campo semántico de tipo especializado en su significado inicial", aunque para esta autora, "los problemas planteados por b resultan irresolubles" (CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, p. 110).

propone Wright, esto es, que la introducción de estos términos podría datar de finales del siglo XI, lo cual implicaría la inexistencia de estas formas con anterioridad al siglo XII o, más concretamente, que empezaron a aparecer en los escritos a partir de ese siglo como préstamos tomados del latín medieval con el objeto de acabar con la anarquía resultante de la coexistencia de numerosas variantes gráficas para una misma palabra, reflejo, a su vez, de la vacilación en la pronunciación de esa palabra.

En cualquier caso, las formas cultas han de verse como préstamos existentes desde el momento en que latín y romance convivan como dos lenguas o normas separadas⁹⁸. Además, hay que establecer la distinción entre dos conceptos, los de "cultismo" y "latinismo", ya que, a pesar de las múltiples características o rasgos que comparten, también se diferencian en un aspecto fundamental que obliga a utilizar una terminología adecuada para corroborar la distinción existente entre ellos y establecer su separación.

Pues bien, la única diferencia entre cultismos y latinismos reside en la vía que utiliza cada uno para introducirse en la lengua, a saber, la escrita en el caso del latinismo y la oral en el caso del cultismo⁹⁹.

⁹⁸ Si se aceptara la cronología propuesta por Wright se trataría de formas arcaizantes, pero al mismo tiempo innovadoras, tomadas del latín que se instauró tras el establecimiento de la liturgia romana, consecuencia, a su vez, de la reforma cultural propugnada por el tratado *De Orthographia* del monje Alcuino de York con el que se implantó, junto a la pronunciación latinizante, que implicaba en principio un nuevo método de lectura en voz alta de las homilías, otorgando un sonido para cada letra o dígrafo, y también una escritura arcaizante, mediante la utilización de la ortografía, la gramática y el vocabulario antiguos. Todo esto supone, tal como reconoce Clavería Nadal, que "la aceptación de la tesis de Wright repercute inevitablemente en el concepto tradicional de cultismo. En teoría ayuda a trazar una frontera entre latinismo, préstamo y palabras antiguas con excepciones fonéticas (cultismos heredados)" (CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, pp. 109-110). Sin embargo, la distinción entre latín y romance habría existido ya, en opinión de Bustos, desde el siglo IX, aunque entendiendo que se trataba no de dos lenguas entre las que se daba una relación de oposición, sino de dos variedades, con una relación complementaria entre ellas.

⁹⁹ Esta teoría, basada en la consideración de la vía de introducción utilizada por las formas cultas, parte de las indicaciones que M. T. Echenique hizo a propósito del vasco y en las que hablaba de "la relatinización de la lengua vasca a partir del siglo XVI, con la entrada de cultismos y latinismos por vía escrita" (ECHENIQUE ELIZONDO, M. T., *art. cit.* en la n. 40, p. 359). Estas apreciaciones sirven para plantear un interrogante, es decir, si las formas cultas entraron en el vasco, aunque en fecha tardía, mediante una vía de introducción

Esta diferencia podría quedar constatada por la existencia o inexistencia en la escritura de un polimorfismo gráfico anterior a la introducción de la forma culta, esto es, por el hecho de hallar o no hallar un número abundante de variantes escritas, más o menos populares, de una misma palabra, reflejo de la variabilidad en la lengua hablada también, que desaparecería, en el caso de que se hubiera dado, al imponerse el cultismo.

Los cultismos, por lo tanto, se caracterizarían por introducirse oralmente, como una alternativa culta aceptada por los hablantes con el propósito de acabar con la vacilación que existía entre diversas formas de pronunciación de una misma palabra, desechando así las múltiples variantes populares que coexistían hasta ese momento.

He aquí la importancia que la lengua escrita adquiere, tal como señalan Bustos Tovar, Echenique, etc. para aclarar todo lo referente al concepto de "cultismo".

En cambio, los latinismos se presentarían en la escritura sin variantes populares alternativas o coexistentes con ellos, en esto se diferenciarían de los cultismos y no por el hecho de pertenecer a ámbitos concretos, eclesiástico o jurídico fundamentalmente, presentar peculiaridades fonéticas latinizantes, o ser de introducción tardía, ya que los cultismos participarían de estos mismos caracteres. Los latinismos¹⁰⁰, pues, propios únicamente de la lengua escrita en el momento de su introducción, es posible que pudieran representar para los escribas que los adoptaron una solución al problema de no encontrar las palabras adecuadas en romance, por lo tanto,

concreta, la escrita, dada la coexistencia de dos sistemas lingüísticos diferentes y la conciencia que de ello existía, ¿no podría postularse lo mismo para el romance a partir del momento en que se diera la coexistencia entre dos lenguas diferentes? Creemos que sí, y aún más, que hubo dos vías de introducción, la oral y la escrita, que nos permiten distinguir los cultismos de los latinismos.

¹⁰⁰ Dentro de los latinismos, habrá que distinguir varios tipos. Así, junto a numerosos latinismos llamativos por diversos motivos, tales como los eclesiásticos, jurídicos, etc., propios casi exclusivamente de esos ámbitos en los que aparecen, habrá también "latinismos gráficos", caracterizados por la ultracorrección gráfica, etc.

habría que verlos como préstamos de la lengua de prestigio, el latín medieval principalmente.

La metodología con la que nos proponemos desarrollar el estudio lingüístico, atendiendo, en primer lugar, a algunas de las principales propuestas analizadas con anterioridad, consistirá en llevar a cabo el análisis gráfico-lingüístico de numerosos documentos notariales que nos proporcionarán el material necesario para revisar e interpretar las variantes gráficas de cada una de las palabras seleccionadas. Además, todo este análisis se hará sin descuidar las consideraciones diatópicas y diacrónicas que consideramos fundamentales para llegar a resultados certeros.

2.2. LOS CONCEPTOS DE "SEMICULTISMO" Y "DOBLETE"

Analizados los conceptos de "cultismo" y "latinismo" y vistas las definiciones y explicaciones que se les han atribuido en los estudios diacrónicos del español, desde las teorías más tradicionales hasta las propuestas más actuales con implicaciones decisivas que invitan a avanzar en el estudio pormenorizado de estos fenómenos lingüísticos, centrémonos ahora, siguiendo de forma aproximada las pautas establecidas antes, en otro concepto, no menos importante que los anteriores y objeto de discusión también por parte de los estudiosos, el del "semicultismo", que pondremos en relación con otro hecho lingüístico, el de los dobles, aunque hasta hace poco tiempo se estudiaban como dos manifestaciones de la lengua independientes y sin apenas interferencias entre ellas, en todo caso, como fenómenos paralelos.

2.2.1. PLANTEAMIENTO TRADICIONAL. LOS SEMICULTISMOS Y LOS DOBLETES: ¿FENÓMENOS LINGÜÍSTICOS INDEPENDIENTES O PARALELOS?

Veamos, en primer lugar, el tratamiento que ha dado al "semicultismo" la teoría tradicional. Al otorgarle un puesto intermedio entre los cultismos y las palabras patrimoniales, suele definirlo tanto en relación con el cultismo tradicional, como palabra sin evolución fonética, como en relación con las voces patrimoniales, caracterizadas por presentarse evolucionadas.

Así pues, se considera en general un híbrido de cultismo y palabra popular, aunque algunos lo relacionan más con el cultismo, del que se encuentra más próximo, hasta el punto de que parece tratarse de dos fenómenos que responden a la misma realidad lingüística y, por lo tanto, no se preocupan de relacionarlo con los llamados "dobletes", a pesar de los rasgos similares que comparten.

A la hora de establecer la definición de este concepto de "semicultismo" y concretar el campo en el que se proyecta, puede observarse como las propuestas tradicionales combinan una serie de aspectos que considerados en conjunto parecen dificultar la aclaración de este concepto que ahora estudiamos, por lo que convendría mantenerlos separados.

Por un lado, recurren en principio, tal como hicieron en el caso del cultismo, a los criterios fonético, conceptual e incluso cronológico para llevar a cabo su propósito de determinar el alcance del semicultismo.

Así por ejemplo, Menéndez Pidal se muestra partidario fundamentalmente del criterio fonético al establecer que los semicultismos son los elementos lingüísticos que sufren cambios más profundos que los cultismos, pero sin olvidar el criterio



cronológico cuando añade, además, que "se introdujeron desde muy remotos tiempos en el romance", es decir, que su penetración es muy antigua, e incluso insiste en que "otras veces la voz semiculta no puede decirse que sea de introducción posterior a la popular"¹⁰¹.

La afirmación de que los semicultismos son, al menos, tan antiguos como los cultismos y las voces populares deja claro el punto de vista de Menéndez Pidal, quien considera a estas formas como provenientes de esa variedad de latín que permaneció sin cambios junto al romance que iba evolucionando desde los orígenes y de la cual hacían uso las capas sociales cultas.

Alvar y Mariner parecen decantarse por el criterio fonético para dar su definición de "semicultismo". Tratan estas formas como "tipos más o menos híbridos, parte transformados, parte mantenidos"¹⁰², aunque consideran que esta denominación incluye dos tipos distintos de semicultismos: primero, los semicultismos hereditarios, tan antiguos como las voces populares pero usados por personas cultas y, en segundo lugar, los tomados en préstamo del latín y adaptados en parte, por el uso, al romance¹⁰³.

Distinguen, pues, desde el criterio cronológico, entre semicultismos antiguos, con una pervivencia tan temprana en la lengua romance como la de las voces populares, y semicultismos

¹⁰¹ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 6, pp. 12-13.

¹⁰² ALVAR, M. y MARINER, S., *art. cit.*, p. 6.

¹⁰³ Es decir, utilizando sus propias palabras, un tipo de semicultismos, son los que han sido "tan transmitidos como las voces populares, si bien frenados en su evolución. El latín, en este caso, no presta términos sino que ayuda -únicamente- a mantener fonemas y morfemas: *siglo*, *virgen*, *Dios*", esto es, los que "han entrado en el castellano de modo totalmente hereditario, si bien su mayor uso por parte de gentes conocedoras del latín haya mantenido en ellos los grupos *gl* y *rg* mediales, la *e* postónica o la terminación *-s* de nominativo". Los otros semicultismos son "tan empréstito como los más caracterizados cultismos, si bien se hayan luego adaptado en boca de hablantes o en pluma de escritores menos cultos o conservadores: *respeto*, *afición*" y por esta "parcial adaptación al romance" se distinguen de los cultismos (ALVAR, M. y MARINER, S., *art. cit.*, pp. 6-7).

de introducción tardía, antiguos en cualquier caso, pero entendidos como préstamos del latín clásico.

Así pues, aun a pesar de la importancia que conceden al criterio cronológico, que les permite distinguir entre dos tipos de semicultismo, y tras advertir que el criterio conceptual, aunque ha de tenerse en consideración, no permite reconocer, en ocasiones, algunos semicultismos, abogan por basar la determinación correcta de estas formas en el criterio que ellos consideran fundamental, el fonético¹⁰⁴.

Malkiel¹⁰⁵ no sólo es partidario del criterio fonético para poder distinguir los semicultismos de los cultismos, sino también del morfológico, proponiendo una serie de pautas, aunque no se preocupa de establecer otras que ayuden a diferenciar los semicultismos de las voces populares.

Parte de la definición de "cultismos" como elementos léxicos a los que la influencia del romance no ha afectado en absoluto o, en todo caso, sólo mínimamente para llegar a definir los semicultismos como elementos híbridos a medio camino entre cultismos y palabras patrimoniales y que han sufrido influencias romances de mayor relevancia que las que sirven para facilitar la adaptación de los cultismos a la lengua¹⁰⁶.

¹⁰⁴ Estos autores señalan como causas para la incompleta evolución fonética de los semicultismos "razones independientes del grado cultural, del medio en que eran más usuales: para evitar una homonimia incómoda, por eufemismo, etc." (ALVAR, M. y MARINER, S., *art. cit.*, p. 7).

¹⁰⁵ MALKIEL, Y., Reseña a Max Gorosch (ed.), *El Fuero de Teruel*, Stockholm, 1950, *Language*, XXXI, 2, 1955, pp. 261-291.

¹⁰⁶ Para Malkiel los cultismos sólo pueden presentar cuatro procesos de adaptación; cualquier otro proceso de adaptación diferente a éstos, indicará que el término que lo presente ya no es un cultismo, sino un semicultismo. Esos únicos cuatro procesos de adaptación que pueden estar en los cultismos son los siguientes: 1) adaptación de los morfemas de género y terminaciones verbales, 2) adición de afijos patrimoniales, 3) adaptación de los grupos consonánticos interiores de palabra, y 4) vocales en hiato (*Ibíd.*, pp. 285-286).

Por otro lado, entre los seguidores del criterio conceptual se encuentra por ejemplo Benítez Clarós, para quien en este criterio está la clave que permite reconocer los semicultismos, igual que en el caso de los cultismos¹⁰⁷.

Este autor introduce, además, el concepto de gradación, esto es, "la posibilidad de una escala de cultura, de selección lingüística" para ver al semicultismo no como "un híbrido y, por tanto, estéril, producto cronológico-fonético", sino como "un ente vivo, expresivo, de cuyo grado de utilización social depende su vitalidad culta o popular"¹⁰⁸.

Lapesa también recurre al criterio conceptual para llevar a cabo la caracterización de los semicultismos, en los cuales, dice, "la acción de la cultura no fue lo bastante poderosa para mantener la integridad formal de la palabra, pero sí para frenar o desviar el proceso fonético iniciado en ella"¹⁰⁹, es decir, conceptualmente no se pudo conseguir una total falta de evolución de estas palabras, que las hubiera mantenido fieles al latín, tal como ocurrió con los cultismos.

Bustos Tovar distingue "tres grados formales en el cultismo: a) cultismo propiamente dicho, b) semicultismo y c) la influencia culta esporádica sobre determinados fenómenos de evolución fonética"¹¹⁰; y, aunque sostiene, igual que hizo en el

¹⁰⁷ Así lo establece en dos ocasiones, una cuando sostiene que "el carácter de las voces semicultas lo hemos hecho depender no sólo de circunstancias fonéticas, sino de las semánticas" (BENÍTEZ CLARÓS, R., *art. cit.* en la n. 30, p. 217); y otra al afirmar que "no son semicultas porque así lo determine su impronta fonética, sino porque pertenecen a un grado de selección realmente mediano, ya que el vocabulario de una lengua no es ni culto ni vulgar en absoluto, sino que ocupa una infinita escala entre ambos polos" (BENÍTEZ CLARÓS, R., *art. cit.* en la n. 30, p. 22).

¹⁰⁸ BENÍTEZ CLARÓS, R., *art. cit.* en la n. 30, p. 22 y ss.

¹⁰⁹ LAPESA MELGAR, R., *op. cit.*, p. 109.

¹¹⁰ BUSTOS TOVAR, J. J. de, *op. cit.*, p. 34. A propósito de ese tercer grado de cultismo, conviene señalar que Bustos lo menciona al considerar la opinión de Corominas con respecto al cultismo, ya que de esta manera se explican muchos vocablos, considerados cultos o semicultos tradicionalmente. Y especifica que se refiere no a la presión culta que actúa sobre un fenómeno aislado para retrasar o anular el cambio fonético, sino "a la presión de los clases sociales culturalmente elevadas sobre determinados vocablos", ya que

caso del cultismo, que no debe ser el criterio fonético el que debe seguirse en la determinación como semicultismos de algunas voces cultas, parece combinar, de nuevo, los criterios fonético y conceptual para reconocer estas formas¹¹¹.

Las bases que establece Bustos para reconocer los semicultismos y poder diferenciarlos de los cultismos son de tipo cultural y se refieren a la integración del término en la lengua¹¹².

Las consideraciones recientes que hemos analizado de este autor con respecto al cultismo, en el plano tradicional también, aunque con enfoques nuevos que parecen estar más próximos a la realidad lingüística de la época medieval, pueden aplicarse igualmente al semicultismo.

Así pues, con excepción de la nueva propuesta de Bustos Tovar, poca novedad aparece en las consideraciones que hacen acerca del semicultismo los representantes de la teoría tradicional, con respecto a lo establecido para el cultismo, por atender principalmente a los mismos criterios, el fonético y el conceptual.

Por otro lado, en segundo lugar, los mismos autores tradicionales establecen también, tal como observó Clavería

en el primer caso no podría hablarse de cultismo, pero en el segundo sí sería posible (pp. 37-38).

¹¹¹ Esto puede observarse en uno de los ejemplos concretos que comenta: "*siglo* (< SAECULU) ha sufrido varios cambios (con formas intermedias, como *sieglo*), pero no todos los que exigían las tendencias de evolución fonética; al ser de índole cultural la causa de esta "anomalía", consideramos que se trata de un semicultismo" (BUSTOS TOVAR, J. J. de, *op. cit.*, p. 34).

¹¹² En palabras de esta autor, junto a la "mayor o menor intensidad del influjo cultural", señalada igualmente por Lapesa, la circunstancia más decisiva es "el hecho de que el vocablo encuentre pronto o tardío arraigo en la comunidad de hablantes", es decir, "que el vocablo penetre en una época en que la vacilación idiomática esté aún vigente, con lo que la palabra recientemente introducida sufre la presión de las tendencias evolutivas existentes en el habla". A esto habría que añadir, en algunas ocasiones particulares, "otras circunstancias históricas posteriores que han confluído sobre el (vocablo)" (BUSTOS TOVAR, J. J. de, *op. cit.*, p. 35).

Nadal, que los semicultismos no son más que las variantes formales de los cultismos.

Así, por ejemplo, Lapesa utiliza, para referirse a casos como *tránsido, omecidio, gramatgos, virtud*, etc.¹¹³, una serie de expresiones que ya recogió Clavería Nadal, tales como "*alteraciones, avulgaramiento de cultismos, deformación, adaptación a los hábitos de la pronunciación vulgar, escaso respeto a la forma de los latinismos, deturpaciones propias de transmisión oral descuidada*" etc.¹¹⁴, es decir, se trata de variantes formales que contienen algún tipo de desviación respecto a la forma etimológica con adaptaciones mínimas.

En esta misma línea, esto es, en el caso de considerar a los semicultismos como variantes o formas alternantes que comparten con los cultismos el mismo significado y el mismo origen, autores como Bustos llegan incluso a proponer no la calificación de "semicultismos" para estas formas, sino denominaciones como las que recoge Clavería Nadal de nuevo, referentes al *desgaste fonético, vacilación de formas, cultismos alterados por procesos de asimilación, disimilación, metátesis*, etc.¹¹⁵

Lo mismo hace A. Castro al hablar de "cultismos antiguos averiados por el descuido, influidos por la acción espontánea de ciertas tendencias lingüísticas"¹¹⁶, es decir, los semicultismos adquieren su forma peculiar como consecuencia del medio evolutivo en el que se forjaron, caracterizado, entre otras cosas

¹¹³ LAPESA MELGAR, R., *op. cit.*, p. 220.

¹¹⁴ Vid. CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, p. 17. Además, esta autora añade a esas expresiones que se refieren a los "semicultismos", como variantes formales de los cultismos, otros modos de nombrar las formas de los cultismos sin tal desviación: *fidelidad a la forma originaria, correcto, integridad formal, respetar su contextura fonética, formas etimológicas* (Bustos, Castro, Lapesa, Lida...). Y para los casos en los que ha existido la forma alterada pero más tarde se impone la variante fiel a la forma latina se utilizan los términos de *restablecimiento o restauración, reacción etimológica, reacción cultista*, etc. (p. 18).

¹¹⁵ Vid. CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, p. 17.

¹¹⁶ CASTRO, A., *op. cit.*, p. LXII.

por una "pronunciación fraguada en medios docentes algo laxos, con predominio de espontaneidad fonética sobre la imagen culta de la palabra, y que aquí se difundieron a favor de tendencias muy fuertes dentro del español, que, por ejemplo, siempre mostró repugnancia por los grupos de consonantes"¹¹⁷.

Sin duda alguna, toda esta concepción parte de la propuesta de Menéndez Pidal de asignar a formas tales como *sino* e *indino* el calificativo de "formas semipopularizadas"¹¹⁸.

A su vez, esta propuesta está basada en la teoría pidaliana de la existencia de un "latín vulgar leonés". Se trataba, según Pidal, de una tercera lengua, coexistente con el latín y el romance, e intermedia entre las dos¹¹⁹.

De ahí, por ejemplo, que el texto de "la Nodizia de kesos" que presenta Pidal en sus *Orígenes* sea considerado por la teoría tradicional muestra del "semicultismo", entendiendo como

¹¹⁷ CASTRO, A., *op. cit.*, p. XXXIX. Esta explicación que Castro da por sentado la existencia de "unseudolatín de ciertos notarios y algunos escolares o clérigos de menor cuantía, lenguaje que no sabe acercarse claramente ni a los modelos escritos de la tradición ni al habla efectiva del momento, jerga anfibia que vive sostenida meramente por una necesidad profesional de tecnicismos en la expresión que obligaba a hacer ademán de latinidad al tabelión o al escolar. Este lenguaje artificial, artificioso, sólo era realmente vivo en cuanto reflejaba tendencias propias de la evolución latino-románica" (CASTRO, A., *op. cit.*, pp. LIX-LX).

¹¹⁸ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 6, pp. 144-145. Estas formas semipopularizadas "tendían también a dar algún tinte vulgar a ciertas formas clásicas, propendiendo a semicultismos como *cingidur*, *segus*, *primider*...; voces como éstas parecen una mera adaptación de términos cultos a la pronunciación popular" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 53, p. 457). Esto significa que estas voces son para Pidal transcripciones fonéticas de las formas habladas.

¹¹⁹ Menéndez Pidal entendía que este latín vulgar leonés se hablaba lo mismo que se escribía y era propio de semidoctos que combinaban la gramática latina con la fonética romance del León de los siglos X y XI. Así, los textos redactados en latín vulgar leonés indicaban un "voluntario abandono a un lenguaje llano y corriente, intermedio entre el latín de las escuelas y el romance del vulgo" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 53, p. 456). Sin embargo, en opinión de Wright, "la idea de que una comunidad rural poco avanzada pudiera producir un sistema tripartito de este tipo, y también producir documentos en una escritura fonética creada para reflejar con precisión los hábitos híbridos latino-vernáculos de sus creadores, no es sólo inverosímil sino innecesaria" (WRIGHT, R., *op. cit.*, pp. 250-251). Así considera Wright que los textos escritos en el supuesto latín vulgar leonés son reflejo "de errores ortográficos atribuibles a la fonética vernácula", es decir, "estas manifestaciones de gramática esencialmente "correcta" dotada de fonética evolucionada" han de tratarse "como rasgo distintivo de la lectura en voz alta de textos escritos previamente y no de otra cosa (...). En el León del siglo IX se hablaba el leonés del siglo IX; éste no era homogéneo, y desde luego abarcaba las variaciones estilísticas y sociolingüísticas, pero era un solo idioma" (WRIGHT, R., "La no existencia del latín vulgar leonés", *Incipit*, III, Buenos Aires, 1983, p. 6).

semicultismos todas las palabras escritas en romance, con rasgos fonéticos que no siguen las «reglas» de los cambios fónicos.

Todo cuanto hemos señalado es muestra de la ambigüedad e imprecisión que parece caracterizar el tratamiento del "semicultismo" de la teoría tradicional.

Clavería Nadal¹²⁰ también se percató de estas confusiones que envuelven los tratamientos más tradicionales. Esta autora, en el apartado que dedica al "semicultismo", se limita a sintetizar dichos tratamientos, lo cual le permite afirmar que los criterios en los que se basan no resultan del todo apropiados para conseguir buenos resultados¹²¹.

Sus afirmaciones apuntan algunas ideas interesantes para enfocar el estudio del semicultismo desde un planteamiento lingüístico, aunque no las desarrolla. Tampoco propone una definición que concrete este concepto, además no se detiene en el análisis de otros estudios que, con posterioridad a los tradicionales, han propuesto nuevas interpretaciones de la noción de "semicultismo" y de su campo de aplicación.

Sin embargo, antes de revisar estas teorías más recientes y renovadoras, veamos, a continuación, el tratamiento que ha recibido otro fenómeno lingüístico, el de los dobles, por parte

¹²⁰ Concretamente sostiene que "en muchas ocasiones, tanto es semicultismo *siglo* o *maravilla* como *dino* o *defeto* cuando las historias de los fenómenos que encierran son completamente diferentes" (CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, p. 19).

¹²¹ Según ella, "el criterio cronológico resulta especialmente inadecuado en el concepto de semicultismo, puesto que muchos de ellos son tan antiguos como las palabras patrimoniales"; hay que recordar, sin embargo, que de esto ya se habían percatado algunos tradicionalistas también. Además, añade que "el criterio fonético presenta en muchas ocasiones problemas que se refieren en realidad a una cuestión mucho más compleja y amplia, la regularidad del cambio lingüístico. Por ejemplo, tanto *clavel* y *clavícula* como *clavo* contienen un grupo *cl-* en posición inicial pero el primero es un préstamo del catalán y el segundo es un cultismo, mientras que *clavo* es un término de documentación antigua, tan antigua como *clavem* > *llave*, ¿cuál es la diferencia entonces entre *llave* y *clavo*? ¿Hasta dónde llega la regularidad de un cambio lingüístico?" Y aún dice más, "el criterio conceptual, al igual que el cronológico resulta inoperante para distinguir nociones de nivel intermedio entre las cultas y las vulgares" (CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, p. 19).

de la teoría tradicional. No atenderemos a los tipos que se señalan, ni a otras circunstancias adicionales, sólo pretendemos demostrar con esta revisión la escasa o nula interacción que, con anterioridad a las propuestas de Badía, Wright, etc., se ha visto entre semicultismo y dobles. En todo caso, se han estudiado como fenómenos paralelos, pero nunca como dos hechos que pudieran responder a una misma realidad lingüística y entre los que se pudiera apreciar fácilmente una fuerte interrelación.

Por lo tanto, hay que destacar, en primer lugar, la escasa atención que hasta hace poco tiempo se ha dedicado al fenómeno lingüístico de los "dobles", ya que, a pesar de ser una referencia constante en todos los trabajos que tratan el tema del cultismo, el espacio que le reservan podría decirse que es mínimo. Aún menos se ponen en relación las implicaciones de los dobles con las del semicultismo, o con un hecho de lengua muy significativo para clarificar el alcance de las formas cultas, el del polimorfismo gráfico, fundamental, a nuestro entender, por la importancia que tiene el estudio de las variantes formales que presenta la gran mayoría de palabras en los documentos notariales medievales. E incluso menos atención se le ha concedido a "los casos de polimorfismo que no han generado dos formas léxicas diferentes"¹²².

Tradicionalmente el concepto de "dobles" hacía referencia a la coexistencia de dos palabras distintas en romance, procedentes de un mismo étimo latino, una de ellas popular y la otra culta, que se diferenciaban atendiendo preferentemente al criterio conceptual, el cual señalaba el significado más concreto y material de la primera, frente al más general, elevado y metafórico de la segunda, en opinión de Menéndez Pidal¹²³.

¹²² Vid. CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, p. 24.

¹²³ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 6, p. 11.

Asimismo lo entiende también Benítez Clarós¹²⁴, como representante igualmente de la perspectiva tradicional, desde la cual no sólo señala que los dobles son dos derivados, uno culto y otro popular, con valores semánticos diferentes de un mismo étimo latino¹²⁵; sino que añade también que "el funcionamiento que pudiéramos considerar normal del doblete es el que ocasiona un representante culto desde su forma selecta y otro vulgar desde la forma popular"¹²⁶.

Este tipo de dobles es el que distingue de aquellos que sólo son "meras etapas convivientes de un proceso de evolución fonética, una de las cuales concluirá siendo superada" y que prefiere no considerar como tales dobles¹²⁷.

La importancia que el concepto de "dobletes" tiene para Benítez Clarós se comprueba en la utilización de este concepto como uno de los criterios que, junto a otro considerado

¹²⁴ Benítez Clarós, a propósito del étimo latino MACULA, advierte de sus "dos significados (el de tacha moral y el de tacha física) que luego han divergido en sendos términos". Este autor observa como "parece natural que aquel que expresa el sentido vulgar haya seguido un comportamiento fonético vulgar, causado por la permanente tradición oral, en tanto que el que alberga el contenido más espiritual se ha conservado fiel a su aspecto fonético por carecer de ese vehículo". Sin embargo, también son posibles las interferencias entre ellos, y así sostiene que "ese simple fenómeno es algo más complicado. En primer lugar, el derivado popular puede irse desprendiendo poco a poco de su contenido físico hasta hacerse completamente hábil para el significado que parecía reservado al término culto (...). En segundo caso, el vocablo culto puede pervivir ininterrumpidamente al lado del vulgar, ofrecer cruces conceptuales y fonéticos con él y hasta en determinadas ocasiones invadir el plano popular y acapararlo" (BENÍTEZ CLARÓS, R., *art. cit.* en la n. 30, pp. 18-19).

¹²⁵ BENÍTEZ CLARÓS, R., *art. cit.* en la n. 30, p. 222.

¹²⁶ Así por ejemplo, *articulus* frente a *articlus* (*artículo*, *artejo*); *calidus* frente a *caldus* (*cálido*, *caldo*); *solidus* frente a *soldus* (*solido*, *suelto*); *rabidus* frente a *rabiosus* (*rábido*, *rabioso*)" (BENÍTEZ CLARÓS, R., "La integración del cultismo", *Archivum*, VI, nº 3, 1956, p. 237). Este autor da el nombre de "pares etimológicos" a los dobles, entendiendo que "se han originado, en ciertos casos, derivados dobles". Asimismo, añade que en la formación de un par intervienen diversos factores, fonéticos, pero, sobre todo, semánticos, que en muchos casos son los más relevantes (p. 235 y ss.)

¹²⁷ Así, Benítez Clarós no consideraría como dobles por ejemplo los propuestos por Meyer-Lübke como *vetulus-veclus* -un significado con dos significantes-, o los casos como *tabula/taula* -dos derivados vulgares con los mismos significados-, ni tampoco otros casos como *acacia-acacia* -"los dos elementos de la geminación latina dan lugar a derivados cultos"- (*Ibíd.*, p. 236). Con respecto a estas consideraciones de Benítez Clarós, Clavería Nadal advierte muy acertadamente que "cabría señalar, sin embargo, que el doblete no tiene ningún tipo de funcionamiento, sino que es una formación originada generalmente a lo largo de la historia de la lengua y que las *meras etapas convivientes*, es decir, formas alternantes, pueden llegar a cristalizar en lo que para Benítez Clarós sería el verdadero doblete" (*Vid.* CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, p. 22).

fundamental también, el criterio conceptual, permite establecer, una clasificación de los cultismos basada inicialmente en la distinción entre cultismos de único derivado, es decir, que el étimo latino sólo proporciona una forma, la culta, y cultismos en geminación, esto es, que el étimo latino produzca en romance un doblete, dos formas, la culta y la popular, entre las que se establece una relación semántica que puede tener incluso grados de divergencia¹²⁸.

También Lapesa ofrece un tratamiento tradicional de los dobletes, aceptando, en principio, el criterio conceptual para distinguir la forma popular de la culta. Retoma así las ideas de Menéndez Pidal e incluso parece repetir sus mismas palabras cuando afirma que "las voces populares suelen tener un sentido más concreto y material que las eruditas"¹²⁹. Sin embargo, no olvida el criterio fonético al señalar otros tipos de dobletes integrados por una forma culta y otra semiculta (*secular* y *seglar*), o por un semicultismo y una voz popular (*regla* y *reja*).

Para Alvar y Mariner en la formación de dobletes ha intervenido una ósmosis léxica entre los "elementos transformados oralmente y los conocidos culturalmente"¹³⁰, de manera que hay dobletes que coinciden en el sentido (*seglar-secular*) y otros que difieren ya desde su origen (*dechado-*

¹²⁸ Concretamente, tres grados de divergencia, tal como señala este autor: a) gran divergencia significativa entre ellas: GENERU > *género* y *yerno*, etc., b) ampliación del significado de la forma culta, frente a la restricción o concreción de la forma popular: DELICATU > *delicado* y *delgado*; ROTUNDU > *rotundo*, *redondo*, etc., c) no hay variación entre el derivado culto y el popular: ANIMA > *ánima* y *alma*; RAPIDU > *rápido* y *raudo*, etc. (BENÍTEZ CLARÓS, R., *art. cit.* en la n. 30, pp. 221-222).

¹²⁹ Lapesa dice concretamente que "una palabra latina puede originar dos romances, una culta y otra popular. En ocasiones los resultados tienen acepciones comunes (*fosa* y *huesa*, *frígido* y *frío*, *íntegro* y *entero*), pero aun en ellas hay distinto matiz afectivo o conceptual; por lo general son palabras completamente independientes, sin más nexo que el de la etimología, olvidado en el uso (*laico* y *lego*, *signo* y *seña*, *fingir* y *heñir*, *artículo* y *artejo*, *concilio* y *concejo*, *radio* y *rayo*, *cátedra* y *cadera*)" (LAPESA MELGAR, R., *op. cit.*, p. 110).

¹³⁰ ALVAR, M. y MARINER, S., *art. cit.*, pp. 6, 23-24.

dictado), o dentro del mismo romance (*sino-signo, aguaducho-acueducto...*)

En cuanto a la forma, coinciden con Lapesa cuando subrayan la existencia de dobletes constituidos no sólo por forma culta (o "latinismo" según la nomenclatura que utilizan) y forma popular (*delicado-delgado*), sino también por un "latinismo" y un semicultismo (*afección-afición, respecto-respeto, etc.*)

Tanto en las apreciaciones de Lapesa, como en las de Alvar y Mariner, empieza a verse ya alguna implicación entre doblete y semicultismo, necesaria en opinión nuestra.

Malkiel observa, asimismo, estas interacciones al hablar de los cruces que se puedan dar entre dobletes, es decir, entre voz patrimonial y voz importada, o entre voz importada y voz (semi)culta, por ejemplo. Además, añade que también es posible encontrar, aunque más raramente, una tríada léxica formada por una voz patrimonial, otra importada y otra (semi)culta, si los tres elementos comparten el mismo étimo, como ejemplifica el caso de *límpido, limpio y lindo*¹³¹.

Lo mismo hace, pero más recientemente, Belén Gutiérrez, quien, en su intento de justificar la utilización de la denominación *doblete múltiple* en lugar de *triplete* o *cuadruplete* por ejemplo, indica que siempre se dan, en los casos de coexistencia de estas formas, dos apartados, "el que está integrado por la forma o formas cultas -cultismo- y el que se compone de los resultados que han sufrido una evolución fonética y/o semántica, bien leve (semicultismos), bien más intensa (formas patrimoniales o populares)"¹³².

¹³¹ MALKIEL, Y., *art. cit.* en la n. 1, p. 2.

¹³² GUTIÉRREZ GARCÍA-TORRES, B., "Introducción al estudio de los dobletes múltiples en español", en M. Ariza, et alii (eds.), *Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Madrid, Arco-Libros, 1988, p. 119. Y aún añade esta autora que, "al igual que ocurre en los dobletes propiamente dichos, el cultismo o cultismos se reconocen con

2.2.2. PROPUESTAS INNOVADORAS: INTERRELACIÓN DE AMBOS CONCEPTOS

Retomando de nuevo la cuestión del semicultismo, una vez revisadas las opiniones más relevantes acerca de los dobles, algunos autores se replantean el tratamiento del semicultismo desde una perspectiva diferente. Así lo hace, en primer lugar, Badía Margarit¹³³, cuyas indicaciones acerca del semicultismo resultan muy reveladoras, aunque no establezca ningún tipo de relación entre este fenómeno y el de los dobles.

Este autor considera como voces cultas todas las palabras que presentan algún signo de evolución, es decir, no debe otorgarse, como hace la teoría tradicional, el calificativo de "semicultas" a aquellas palabras que presenten junto a un rasgo culto (como por ejemplo el mantenimiento de los grupos *PL-*, *CL-*, *FL-* iniciales), muestras de evolución popular en el resto de la palabra¹³⁴, o dicho de otro modo, tradicionalmente son semicultismos todas las palabras que, a pesar de presentar algún signo de evolución fonética, no habían llegado a la forma popular completamente.

facilidad por la inalterabilidad formal respecto del étimo y porque presentan un significado abstracto o general más próximo, si no idéntico, al de la base latina. Por el contrario, las formas patrimoniales, no sólo han evolucionado de manera notable, sino que, además, muestran una concreción significativa apreciable, respecto de la etimológica. Bien es cierto que, como en toda norma general, encontramos excepciones, de forma que no siempre el cultismo es portador del sentido más amplio, mostrando la acepción restringida o especializada, mientras que las soluciones populares o, al menos, alguna de ellas, está más cerca de la etimología. Tal es el caso de formas como *fervente*, que posee un matiz específico ('fervoroso') frente a *heruyente* e *hiruyente*, semicultismo y resultado popular, respectivamente, del mismo doblete y que, sin embargo, mantienen el significado latino" (pp. 119-120).

¹³³ Su objetivo principal es "no tener que recurrir al cultismo (a la «presión culta») para explicar (...) voces que (...) todos consideramos hereditarias", ya que "el cultismo ha sido muchas veces la única solución para explicar fenómenos evolutivos" (BADÍA MARGARIT, A. M., *art. cit.*, p. 145).

¹³⁴ Serían casos como, por ejemplo, los de *planta*, *plegar*, *clueca*, *clamor*, *plañir*, *plaza*, *plomo*, *clavija*, *fleco*, *flor*, etc.

De ahí que Badía considere la existencia de tres factores que puedan explicar las anomalías de algunos cambios de sonido, sin tener que recurrir a la presión culta y que permitan entender estos supuestos "semicultismos" como formas populares.

Estos tres factores son fundamentalmente la frecuencia de los rasgos fonéticos¹³⁵, en primer lugar, que permite entender como resultados también normales y no excepcionales en las reglas de fonética evolutiva tanto algunas palabras como *infante* o *infierno*, como muchos de los considerados tradicionalmente "cultismos". El segundo factor es el que tiene en cuenta "una cronología de evolución diferente"¹³⁶ para explicar como populares voces como *plaza* o *clavija*, por pertenecer a una etapa arcaica en la que los grupos iniciales *PL-*, *CL-* y *FL-* se mantuvieron como tales, sin palatalizar (fenómeno éste, el de la palatalización, que ocurrió en una etapa posterior que afectó a otras palabras diferentes a éstas). Y el tercer factor aboga por una explicación de tipo geográfico para aclarar otros resultados que se presentan con mantenimiento de supuestos grupos cultos, es decir, que la geografía fonética consideraría que palabras como *labio*, *rubio* o *lluvia* son populares y propias de una zona dialectal, ya que cada área geográfica puede presentar una solución diferente y no es necesario que coincidan "todas en

¹³⁵ En opinión de Badía, por el afán de buscar paralelismo Menéndez Pidal y otros representantes de la teoría tradicional creen poder afirmar que la simplificación *NF* > *f* es paralela a *NS* > *s* y a *RS* > *s*. Pero la escasez de ejemplos y las rectificaciones a las que han sido sometidos en la historia de la lengua ponen en duda que el mantenimiento de *NF* > *nf* sea un cultismo, ya que, en realidad, se trata de un caso más de evolución popular, que convivió con la reducción *NF* > *f* (*ifante*, *ifierno*), pero que, por lo poco frecuente del grupo *NF* y porque las formas no asimiladas fueron siempre las más corrientes, el intento de asimilación "no prospera y fracasa" (BADÍA MARGARIT, A. M., *art. cit.*, pp. 147-148).

¹³⁶ Es decir, se dieron dos etapas de evolución, como ya sugirió Menéndez Pidal, la primera sería de conservación de los grupos *pl-*, *cl-*, *fl-*, puesto que en castellano arcaico, dichos grupos "se mantienen inalterados en las voces populares, ni más ni menos que en aragonés, en catalán y en las hablas galorrománicas", en palabras como *plañir*, *plaza*, *clavo*, *clavija*, *flor*; y la segunda etapa que llega "andando el tiempo" es la de la palatalización de esos grupos en la *ll-* inicial moderna, en palabras como *llorar*, *llave*, *llama*, etc., "pero se trata de una pronunciación posterior a la de la época arcaica registrada en el libro de Menéndez Pidal" (BADÍA MARGARIT, A. M., *art. cit.*, pp. 149-150).

un tratamiento único, a pesar de presentar, para otros fenómenos evolutivos, una sola solución"¹³⁷.

Estas propuestas de Badía, que se presentan como un incentivo para tratar el "semicultismo" tradicional desde un punto de vista diferente y, posiblemente, más adecuado, han abierto el camino a planteamientos más renovadores a los que ya nos hemos referido.

De este modo, Wright¹³⁸ sigue esta línea y busca otras posibles explicaciones, diferentes a las de la teoría tradicional, para establecer que muchos de los supuestos cultismos y semicultismos son, en realidad, evoluciones populares también. Para demostrar su teoría y dado que considera que los dobles facilitan muchas explicaciones sin tener que recurrir al cultismo, pone en relación el fenómeno del semicultismo con el de los dobles, diferenciándose así, tal como hace notar él mismo, del método utilizado por Badía.

Este autor no niega que, en ocasiones, algunas palabras eclesiásticas vieran impedido su desarrollo por su uso regular hablado en latín, pero esto sólo ocurrió en un número muy limitado de casos, a diferencia de lo que se creía tradicionalmente¹³⁹.

¹³⁷ BADÍA MARGARIT, A. M., *art. cit.*, p. 152. A propósito del tercer factor, Badía indica que no hay que recurrir tampoco al cultismo para explicar, por ejemplo, la conservación de la labial *b* en casos con *by*, ya que la explicación de la diferencia entre *bi/y* es de "índole geográfica (<zonas de *by*/ zonas de *y*>)". Fue Corominas quien introdujo esta idea al afirmar que no coincidía con Menéndez Pidal en "mirar *ruvio* como un tratamiento culto, pues está de acuerdo con el de *lluvia*, *gavia* y con las tendencias generales de la fonética castellana; la oposición frente a *ruyo* es diferencia dialectal" (pp. 150-152).

¹³⁸ WRIGHT, R., "Semicultismo", *Archivum Linguisticum*, VII, Glasgow, 1976, pp. 13-28.

¹³⁹ Concretamente dice: "However, it has become traditional within philological studies to extend the argument in the following way: to assume that, if a word survives in a form which is less evolved than that of analogous popular words, therefore it must have been used mainly in the speech of those who knew Latin rather than in the general language as a whole" (*Ibid.*, p. 14).

Por lo tanto, advierte del error de atribuir al uso por parte de los sectores cultos de la sociedad, la permanencia de palabras que se presentan sin evolución en la lengua¹⁴⁰.

A su entender, la noción de "semicultismo" surgida como idea adicional a la de "cultismo" no ha sido tratada con corrección en los estudios anteriores al de Badía. Wright relaciona este concepto que nos ocupa con el de los "dobletes", y tras desterrar el criterio conceptual, que atribuye semicultismos como *siglo* < SAECULU, parte evolucionados y parte mantenidos, a hablantes semidoctos, se propone hallar todas las posibles razones lingüísticas, diferentes a las de los registros hablados latinizantes para justificar la existencia de estas formas peculiares. La clave está, en su opinión, en la relatividad dentro del castellano.

De ahí que la explicación lingüística que propone Wright esté basada en la aplicación común de dos principios teóricos generalmente aceptados. El primero defiende que todo cambio diacrónico implica un período de libre variación sincrónica y el segundo sostiene que las lenguas buscan evitar la ambigüedad en la medida de lo posible, lo cual ayuda a esclarecer los cambios semánticos y léxicos que se producen y la aparición de un fenómeno al que se le atribuye un nombre erróneo, el de 'semicultismo'¹⁴¹.

¹⁴⁰ "If we encounter in Spanish a Latinate word which appears to have been in continuous spoken use without developing as did phonetically analogous words, we are not necessarily justified in inferring that its use was exclusive to the literate community" (WRIGHT, R., *art. cit.* en la n. 138, p. 13).

¹⁴¹ De este modo, "a joint application of these principles can explain the popular use of some 'semicultismos' (and 'cultismos' in the second sense): I suggest that a homonymic or polysemic form might, during the period of phonetic free variation that normally occurs in the course of a sound change, have the homonymy or polysemy resolved by keeping both forms with separate meanings. Many words have more than one function, but a language often tolerates such a state if the means of clarifying it are not at hand. If any such word undergoes, for any reason, some kind of phonetic development, the immediate result is a state of free variation: in other words, a form with more than one function has become two alternative forms, each with more than one function. Rather than dropping the old form, this situation can be resolved by allotting one of the variant forms to part of the functions undertaken jointly by both, and the other variant to the rest" (WRIGHT, R., *art. cit.* en la n. 138, p. 20).

Como conclusión establece reservar la denominación de 'semicultismo' para la variante más cercana al étimo, en los casos en que haya sobrevivido más de una forma de la palabra, de ahí que tenga en cuenta el hecho de los dobles, aunque considera que esa distinción entre variantes que comparten una misma etimología latina es irrelevante. Además, "it should not be taken to imply its exclusive use by a hypothetical group with a partly 'culto' register, and probably not even be taken to imply any particular connection between the 'semicultismo' form and the Latin in the native speaker's mind. There are also cases of 'semicultismo' which have not normally been allied with a popular counterpart: such a case is Latin SAECULUM > *siglo*", en el que la menor evolución del grupo consonántico, con respecto a otras palabras similares, no implica que haya que considerar a la palabra como parcialmente culta, ya que la vocal AE presenta incluso más evolución AE > /e/ > /ie/ > /i/ y la elección de uno entre los diversos derivados que compiten por permanecer en la lengua depende de registros latinizantes. Tal vez, la causa haya sido el deseo de evitar la ambigüedad y distinguirse de los derivados de SIGILLUM > *siello* en el siglo XIII¹⁴². La distinción entre las dos palabras se cumplió definitivamente en el siglo XIV: la vocal cerrada /i/ quedó para un significado, el de *siglo*, y la abierta /e/ para el otro, el de *sello*.

De este modo, es posible, según Wright, que esta teoría que permite explicar casos de dobles sirva también para resolver otros casos que se presentan con una inesperada falta de evolución y sin otras variantes populares derivadas del mismo étimo, esto es, los cultismos¹⁴³.

¹⁴² Es decir, "a postulated desire to avoid a clash may simultaneously explain why SAECULUM avoided earlier palatalizing into a similar form, and the way in which *sieglo* became *siglo* and *siello* became *sello* (not **sillo*, as would be expected) at the same time" (WRIGHT, R., *art. cit.* en la n. 138, p. 25).

¹⁴³ En cualquier caso, lo más importante es poder demostrar que "the decision to retain an older form after the evolution of a newer is sometimes more understandable if we see it as comparable to semantic or lexical change, and arising from the apparently natural desire to have ambiguities clarified. Whether or not this turns out to be helpful in more than a few cases, it should be agreed by now that even if 'semicultismo' was once definable, it is no

C. Pensado comparte con Badía y Wright la forma diferente de enfocar el estudio de los "semicultismos" tradicionales¹⁴⁴.

Esta autora otorga al análisis del "semicultismo" un tratamiento similar al del "cultismo". Señala como posibilidades que, a su entender, pudieron provocar la falta de evolución en algunas palabras, las siguientes, que la palabra se introdujera después del final de uno de los procesos y que la palabra, aun a pesar de haber estado presente siempre en la lengua, no fuera afectada por el proceso¹⁴⁵.

La conclusión a la que llega esta autora es relevante, ya que, según sus propias palabras, "de estas dos posibilidades se desprende que de la falta de actuación de un proceso no se deduce forzosamente su inexistencia; esto es así no sólo en el caso de los préstamos, sino también en el de las palabras que

longer, and cannot be taken to imply any particular connection with learned or semilearned speakers" (WRIGHT, R., *art. cit.* en la n. 138, p. 25).

¹⁴⁴ Esto indica que la propuesta de Pensado difiere de la defendida por Menéndez Pidal y sus seguidores, basada en una "concepción gradual de la generalización de los cambios fonéticos", esto es, según la teoría tradicional, "el carácter gradual de la transición entre cultismo y palabra popular" permite justificar la existencia de semicultismos (PENSADO RUIZ, C., *op. cit.*, pp. 189-190).

¹⁴⁵ La primera posibilidad serviría para entender a *huésped* e *infierno*, por ejemplo, como "palabras introducidas en una época anterior al final de la diptongación y posterior al final de la síncope", y así "apoyarían que el final de la diptongación fuera posterior al de la síncope". De este modo parece coincidir con Badía, pero hace una precisión a este autor al advertir de lo ilícito que resulta "atribuir a la forma más arcaizante que la regular una fecha más antigua y deducir que justamente ésa sea la causa de su irregularidad". Ya hemos visto que Badía considera que hubo dos épocas en el tratamiento de los grupos latinos iniciales PL-, CL-, FL-, la primera de conservación del grupo en algunas palabras y la segunda de transformación hasta la palatalización en otras palabras. Por su parte, Pensado advierte que "si las palabras con los grupos conservados fueran de una fase anterior a la palatalización, coincidirían en su forma fonética con las que después se palatalizarán; y, por lo tanto, estarían expuestas a las mismas evoluciones (esto es, se palatalizarían también), salvo en el supuesto de que fueran cultismos, que es precisamente lo que se quiere excluir". Y a esto añade, además, que "sólo en el caso de lenguas en contacto y únicamente para la lengua de "sustrato", son más resistentes al cambio las palabras más arraigadas porque (...) el proceso de pérdida de reglas es la imagen especular del de adquisición. Las palabras más arraigadas son precisamente las que más perviven en el proceso de descomposición de dialectos, pero eso es lo contrario de lo que sucede en el caso de una evolución autóctona". En cuanto a la segunda posibilidad, "*huésped* e *infierno* podrían demostrar la mayor intensidad de la diptongación respecto a la síncope y a NF > f, y añade que, a pesar de admitirse tradicionalmente la existencia de cultismos con significado poco culto (*flor*, *árbol*), no debe anteponerse esta explicación a la fonética, que, con toda seguridad, será más acertada (PENSADO RUIZ, C., *op. cit.*, pp. 190-191).

pueden haber estado siempre presentes en la lengua. Esta hipótesis permite asimismo evitar las contradicciones a las que se podría llegar en el caso de grupos de reglas como la síncope, la diptongación y la sonorización en los semicultismos, que podrían llevar a conclusiones contradictorias"¹⁴⁶.

Por último, Clavería Nadal a pesar de observar que todos los problemas planteados a propósito del cultismo se agudizan en torno al semicultismo, no se detiene en proponer una definición de este concepto que aclare los interrogantes a los que se refiere en multitud de ocasiones. Únicamente se limita a señalar una posibilidad que, desde su punto de vista, pudo afectar a estos casos entendidos como "semicultismos", aunque ella sólo la aplica a un caso concreto. La posibilidad a la que se refiere consiste en que "un cambio haya existido, pero no se haya difundido completamente, como parece que ha ocurrido en el caso del grupo *nf* del latín"¹⁴⁷.

Además, a propósito de los resultados dobles que en ocasiones se dan en la lengua, parece buscar otro tipo de explicaciones distintas a las tradicionales y más próximas a las de autores como Wright, Pensado, etc., con el objeto de resolver las dudas planteadas en torno a los dobles¹⁴⁸.

¹⁴⁶ Y para que esto no suceda establece que estas formas a las que llama "semicultismos heredados" se estudien detalladamente porque cada una de ellas proporciona los argumentos necesarios "para reconstruir una fase diferente de la evolución de la lengua" (PENSADO RUIZ, C., *op. cit.*, pp. 191-192).

¹⁴⁷ A propósito de los problemas que existen a la hora de afrontar el estudio del semicultismo, Clavería Nadal advierte que "el criterio fonético ya no es tan transparente, la mezcla entre evoluciones "cultas" y "populares" puede resultar "sospechosa" (Badía). El criterio cronológico presenta muchos problemas que toman cuerpo en la pregunta de si el semicultismo es o no es un préstamo, dada la antigüedad de todos ellos. Desde el punto de vista semántico, el semicultismo resulta prácticamente indefinible" (CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, p. 108).

¹⁴⁸ Considera que estos casos "pueden ser la perpetuación de un estadio de alternancia de forma producido durante la propagación de un cambio, lo cual (...) añade una dimensión nueva a la noción de doblete. Las formas coexistentes para un mismo étimo en una etapa determinada y la posterior imposición de una de ellas, apoyan la importancia del proceso de difusión y el hecho de que la historia de unas palabras sea distinta de otras" (*Vid.* CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, pp. 108-109).

2.2.3. NUESTRA CONCEPCIÓN DEL "SEMICULTISMO" Y SU RELACIÓN CON LOS DOBLETES.

Las propuestas de Badía, Wright, Pensado, etc. hacen que no pueda considerarse a algunas palabras como semicultismos por el simple hecho de presentarse semievolucionadas, esto es, con rasgos de evolución romance junto a otros de conservación latina, tal como proponía la teoría tradicional.

Siguiendo las indicaciones de estos autores, tal vez resultaría más conveniente juzgar, al igual que ocurría con muchos de los entendidos tradicionalmente como cultismos, que podría tratarse de palabras populares cuya falta de evolución responde a razonamientos fonéticos fundamentalmente, que atienden a una relatividad de los cambios o evoluciones en el castellano.

No hay que olvidar tampoco las recientes consideraciones de Bustos Tovar a propósito de la oralidad y la escritura que, aunque incluidas en la perspectiva tradicional, permiten interpretar el semicultismo de forma diferente a lo establecido por los tradicionales.

Así pues, no descuidaremos la posibilidad de que exista una serie de factores¹⁴⁹ que permita ofrecer otro tipo de explicaciones a muchos de los supuestos semicultismos desde un punto de vista tradicional, al basarse principalmente en la combinación de los criterios fonético y conceptual. De esta manera, la denominación de "semicultismo" podría reservarse para mencionar otro tipo de fenómenos lingüísticos.

¹⁴⁹ Estos factores a los que nos referimos son, entre otros, los señalados por Badía, referentes a la frecuencia de los rasgos fonéticos, a una cronología de evolución diferente, o a la geografía fonética, o los que propone Wright, tales como el deseo de evitar la ambigüedad en las lenguas, o el período de libre variación que implica un cambio, e incluso los establecidos por Pensado, que atienden a la introducción de las palabras tras la finalización de un proceso, o a la presencia continua de la palabra en la lengua sin llegar a ser afectada por los procesos.

A nuestro entender, el semicultismo ha de concebirse como una forma con vida propia y evolución, al igual que el cultismo. La diferencia entre cultismo y semicultismo residiría en el hecho de que mientras el primero consistiría en implantar la variante que mantiene la forma más próxima al latín, desterradas todas las otras variantes con formas evolucionadas o populares, el segundo no sólo se reconocería, sino que se caracterizaría también porque la variante que se mantiene no es la única que permanece en la lengua, sino que convive con otras variantes o evoluciones diferentes.

Tal podría ser, por ejemplo, el caso de la palabra *fruto* < FRUCTO. Esta forma, con reducción del grupo consonántico latino, no sería ni una variante culta, que mantendría el grupo intacto, **fructo*, ni una variante popular que habría llegado a la solución **frucho*. Se trataría, pues, de un semicultismo, en convivencia, además, en la lengua con otra variante, la de la palabra *usufructo*.

Lo mismo ocurriría en el caso de la palabra *autoridad* < AUCTORITATE. Desde el punto de vista tradicional, se considera que no es propiamente un cultismo, cuya forma sería **auctoridad*, ni tampoco una variante popular porque no presenta reducción del diptongo AU > o que sería lo esperable. Dispone sólo de una semiadaptación del grupo latino en forma de reducción, es decir, -CT- > t, igual que ocurría en el caso de *fruto*. Esta última razón, diferente a las anteriores aducidas por la teoría tradicional, podría ser la que indicara que se trata de un semicultismo.

Por otro lado, la coexistencia de variantes a la que ya nos hemos referido pone en relación tanto el semicultismo, como el cultismo con otro factor determinante, el de los dobles; esta afinidad entre ellos la observaron ya autores como Cuervo¹⁵⁰ por ejemplo.

¹⁵⁰ Cuervo ya señaló que el predominio culto hizo que se olvidaran bastantes formas peculiares del castellano, introduciendo las latinas nuevamente, por ejemplo en el caso de

Sin duda alguna y puesto que el doblete puede verse, también en opinión de Clavería Nadal, como un aspecto "de la pervivencia del vocabulario latino en las lenguas románicas"¹⁵¹, podría considerarse que en castellano medieval debió darse una situación semejante a la planteada por la hipótesis de Cuervo. En unas ocasiones, la variante culta desplazó a la(s) popular(es) y otras veces, tal desplazamiento no tuvo lugar, sino que, por el contrario, ambas formas alternativas quedaron conviviendo en la lengua y, por ello, algunos dobletes han llegado hasta nuestros días. De cualquier modo, tanto en uno como en otro caso la coexistencia de variantes indicaría que la introducción de la forma culta se llevó a cabo por vía oral y, como consecuencia, esa variante culta, que permaneció desplazando a la popular o sin desplazarla, sería un cultismo en el primer caso y un semicultismo en el segundo, siguiendo la definición que hemos propuesto más arriba.

En cualquier caso, la coexistencia de variantes formales en la escritura, esto es, de dobletes múltiples, según la terminología de Belén Gutiérrez¹⁵², hayan permanecido o no con posterioridad a la etapa del castellano medieval, permite considerar el polimorfismo gráfico de la lengua de este período, tal como puede observarse en los documentos que hemos vaciado para elaborar el corpus de nuestro estudio. Estas múltiples manifestaciones de la variedad gráfica resultan muy reveladoras a la hora de establecer una definición más precisa de las formas cultas. Los sucesivos intentos por delimitar con claridad los conceptos de "latinismo", "cultismo" y "semicultismo" se muestran insuficientes. Por ello se hace necesario un replanteamiento de las propuestas que han ido

palabras como "llantar, predigar, fruchiguar, aviviguar, justiguar", se retrocedió a las pronunciaciones latinas, por reacción etimológica, reemplazándose por "plantar, predicar, fructo (fruto), fructificar, vivificar, justificar" (CUERVO, R. J., *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, t. IV, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1953, p. XXIV). Martínez Otero, atendiendo a estas indicaciones de Cuervo, concede el calificativo de semicultismo a la palabra *predigar* (MARTÍNEZ OTERO, R., *art. cit.*, pp. 196-197).

¹⁵¹ Vid. CLAVERÍA NADAL, G., *op. cit.* en la n. 3, p. 21.

¹⁵² GUTIÉRREZ GARCÍA-TORRES, B., *Estudio histórico-semántico de los dobletes múltiples en español moderno*, Granada, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1989.

apareciendo a lo largo de los años para poder acabar con muchas de las divergencias planteadas.

CAPÍTULO 4

NUESTRO CORPUS DE ESTUDIO. DESCRIPCIÓN Y CATALOGACIÓN DEL CORPUS DOCUMENTAL. SITUACIÓN DE LOS NOTARIOS Y ESTADO DEL NOTARIADO EN RELACIÓN CON EL CORPUS

CAPÍTULO 4.

NUESTRO CORPUS DE ESTUDIO. DESCRIPCIÓN Y CATALOGACIÓN DEL CORPUS DOCUMENTAL. SITUACIÓN DE LOS NOTARIOS Y ESTADO DEL NOTARIADO EN RELACIÓN CON EL CORPUS.

4.1. NUESTRO CORPUS DE ESTUDIO. DESCRIPCIÓN Y CATALOGACIÓN DEL CORPUS DOCUMENTAL

En este capítulo nos proponemos, en primer lugar, presentar nuestro corpus de estudio indicando las fuentes documentales utilizadas para su composición y el número de intituciones notariales que se incluyen en él. La indicación de las coordenadas espacio-temporales que encuadran este corpus será el objeto de los capítulos siguientes y, por lo tanto, aquí no nos detendremos en ello, únicamente se indicarán los supuestos establecidos para la formación del corpus.

Sólo se han establecido delimitaciones cronológicas. Los primeros escritos analizados son del período visigodo, concretamente algunas de las pizarras estudiadas por Velázquez Soriano¹. Se trata de dos pizarras, en concreto la número 103 y la 104, de finales del siglo VI o principios del VII hasta el siglo VIII. Como fecha límite, los documentos podían abarcar hasta finales del siglo XIII.

No puede hablarse de límites geográficos. Las dataciones tópicas de este corpus se distribuyen no sólo por buena parte de

¹ VELÁZQUEZ SORIANO, I., *Las pizarras visigodas: edición crítica y estudio* Antigüedad y cristianismo, Universidad de Alcalá de Henares, Universidad de Murcia, 1989.

la geografía peninsular, sino también de la extrapeninsular. Los escritos en territorio hispánico pertenecen, por sus datas tópicas, principalmente al antiguo Reino de Navarra, incluida la Navarra de Ultrapuertos, teniendo en cuenta que la mayor parte de las colecciones estudiadas está vinculada a esta área, pero también a los Reinos de Castilla, de León y de Aragón. Fuera de la Península, destacan lugares como Francia, preferentemente, además de Italia y África.

Se ha recurrido al análisis de documentos notariales, algunos de los cuales no habían sido todavía objeto de estudio. Estos documentos notariales se han extraído fundamentalmente de colecciones diplomáticas y documentales reunidas en una compilación conocida como *Fuentes documentales medievales del País Vasco*. Las ediciones utilizadas de esta colección no modernizan las grafías. Se respetan, por tanto, las grafías originales en las ediciones de los documentos que forman el corpus de estudio, es decir, estas ediciones se ajustan fielmente a los documentos originales.

Además, también se utilizaron como fuente los *Orígenes del español*² de Menéndez Pidal y sus *Documentos lingüísticos de España*³. Del primero se seleccionaron las Glosas Emilianenses y Silenses y diez documentos correspondientes a Castilla, a tierras de León, y a los condados de Carrión, Monzón y Liébana; en el segundo se hicieron algunas calas para disponer de documentos castellanos distribuidos por varias zonas de las señaladas por Menéndez Pidal como la Montaña, Campó, Castilla del Norte, Rioja alta, Rioja baja, Osma, Segovia y Ávila, Sigüenza, Cuenca, Andalucía y Murcia. Se trata de los documentos número 1, 13, 36, 72, 73, 111, 212, 236, 251, 307, 328, 337 y 366. En cuanto a indicaciones notariales, hay tres referidas a un

² MENÉNDEZ PIDAL, R., *Orígenes del español. Estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI* (10ª ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 1986.

³ MENÉNDEZ PIDAL, R., *Documentos Lingüísticos de España. I. Reino de Castilla*, Madrid, CSIC, 1966.

escribano en *Orígenes* y otras tres que mencionan bien a un escriba, dos de ellas, bien a un notario, la tercera, en los *Documentos Lingüísticos de España*.

De las *Fuentes documentales medievales del País Vasco* se han estudiado siete colecciones, teniendo en cuenta las fechas de los documentos que forman parte de ellas. Sólo se han seleccionado, por tanto, las colecciones que disponen de documentos redactados hasta finales del siglo XIII y, dentro de ellas, se han elegido los escritos que abarcan hasta 1299, como fecha límite.

Estas siete colecciones utilizadas como fuente principal de nuestro corpus son las siguientes:

Del *Diplomatario de Salinas de Añana*⁴ se han seleccionado los once primeros documentos comprendidos entre 1194 y 1299, siete de ellos con indicación del notario que ordena redactar el documento al escriba.

Del "*Libro Becerro*" del Monasterio de Sta. María de La Oliva de Navarra⁵, ha sido posible utilizar treinta y cinco documentos, del año 1132 a 1299 también. Se incluyen dieciocho intituciones notariales o referencias al escribano encargado de la escrituración. Este código es obra de un escribano, excepto el cuadernillo último que anexionó en 1634 un notario de la Corte Mayor de Navarra llamado Francisco Ximenez de Luna, quien, además, firmó y revisó todos los documentos. Este notario del siglo XVII fue el encargado, por lo tanto, de dar fe de autenticidad, mediante su compulsa, de todas las escrituras relacionadas con el monasterio. De todo ello nos ocuparemos detenidamente más adelante.

⁴ LÓPEZ CASTILLO, S., *Diplomatario de Salinas de Añana (1194-1465)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-Ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1984.

⁵ MUNITA LOINAZ, J. A., "*Libro Becerro*" del Monasterio de Sta. María de La Oliva (Navarra): *Colección Documental (1132/1500)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-Ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1984.

Por otro lado, de los ciento sesenta y un diplomas que componen la colección de la cancillería de Teobaldo I como rey de Navarra de la dinastía de Champaña⁶, redactados entre 1234 y 1253, se han utilizado ciento cincuenta y cinco. Se han descartado los documentos número 70 y 105, ya que al presentarse redactados en gascón u occitano quedan fuera de nuestra consideración, y los números 13, 78, 113 y 116, no incluidos por la editora, tal vez por error en la enumeración, excepto en el caso del documento 116 en el que advierte que el pergamino no era legible. Hay treinta y nueve diplomas con indicación del notario, del escriba o del autor de la nota, tal como tendremos la oportunidad de comprobar en la segunda parte de este capítulo.

La colección diplomática siguiente, que abarca de 1253 a 1270, es la de la cancillería de Teobaldo II, rey de Navarra de la dinastía de Champaña⁷ igualmente. De esta colección compuesta por ochenta y nueve documentos o, más exactamente, noventa si se tiene en cuenta que aparece el diploma 23bis, se han seleccionado ochenta y siete, al desechar los números 64, 83 y 86 por presentarse, igual que en el caso de la colección anterior, redactados en gascón u occitano. Aparecen cincuenta y ocho diplomas con intitulación notarial o, como en el caso anterior, referencias al escribano o autor de la nota.

Tres diplomas más forman parte del corpus, los pertenecientes a la *colección del Concejo de Segura (Guipúzcoa)*⁸, los números 1, 2 y 3, escritos todos en 1290, y dos de ellos con intitulación notarial.

⁶ MARTÍN GONZÁLEZ, M., *Colección diplomática de los Reyes de Navarra de la Dinastía de Champaña. 1. Teobaldo I (1234-1253)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-Ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1987.

⁷ GARCÍA ARANCÓN, M. R., *Colección diplomática de los Reyes de Navarra de la Dinastía de Champaña. 2. Teobaldo II (1235-1270)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-Ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1985.

⁸ DÍEZ DE SALAZAR FERNÁNDEZ, L. M., *Colección diplomática del Concejo de Segura (Guipúzcoa) (1290-1500), t. I (1290-1400)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-Ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1985.

De otras dos colecciones se ha utilizado tan sólo un documento de cada una de ellas. Nos referimos a la *Colección documental de la villa de Plencia*⁹ y a la del *Archivo Municipal de Elorrio*¹⁰. Estos dos documentos no sólo tienen en común su fecha de redacción, ambos son de principios del siglo XI, concretamente del año 1013 el primero, y del 1025 el segundo, sino también el hecho de presentarse sin ninguna indicación notarial.

Asimismo, se ha utilizado, por último, un documento del *Cartulario de San Juan de la Peña*, el número 117, por el interés lingüístico que posee. Es un escrito del año 1055, según Ubieto Arteta o del 1025 en opinión de Barrena Osoro¹¹ y no dispone de intitulación notarial.

En total, el número de documentos utilizados es de trescientos diecisiete, además de dos pizarras visigodas y de los textos en que aparecen las Glosas Emilianenses y Silenses.

De estos escritos se han extraído para formar el corpus de estudio, todos los sustantivos y adjetivos, además de los participios aparecidos en ellos. El corpus inicial está compuesto, por tanto, por treinta y siete mil ciento noventa y cinco fichas, en las que se especifica la palabra, la traducción actual, la frase

⁹ ENRÍQUEZ FERNÁNDEZ, J., *Colección documental de la villa de Plencia (1299-1516)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-Ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1988.

¹⁰ HIDALGO, C.; LARGACHA, E., LORENTE, A. y MARTÍNEZ, A., *Colección documental del Archivo Municipal de Elorrio (1013-1519)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-Ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1988.

¹¹ La Edición de Ubieto Arteta parece ser una de las que más se ajustan al original (UBIETO ARTETA, A., *Cartulario de San Juan de la Peña*, Valencia, 1962, pp. 114-117). Casi idéntica a esta edición es la de Barrena Osoro (BARRENA OSORO, E., *La formación histórica de Guipúzcoa: transformaciones en la organización territorial de un territorio cantábrico durante la época altomedieval*, San Sebastián, Universidad de Deusto, 1989, p. 419) que sólo se diferencia de ella en la transcripción de una palabra (*manzaneto*, en una ocasión, en lugar de *mazaneto* que transcribe Ubieto). Consultado el original, parece que la interpretación de Barrena Osoro es más acertada. En cualquier caso, esta palabra no es una de las seleccionada para formar nuestro corpus de estudio. Estos autores también discrepan en la interpretación de la fecha de redacción del documento, el año 1055 para Ubieto y el 1025 para Barrena; de ello nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

en que aparece, la data tópica, la data crónica y la indicación notarial, siempre que ha sido posible.

Se ha hecho una selección de palabras, quedando el corpus reducido a ocho mil seiscientas cincuenta y cinco fichas, correspondientes a las múltiples variantes, en la mayoría de los casos, de las siguientes palabras elegidas para su estudio lingüístico y que presentamos por orden alfabético: *abad/abadía, abuelo/bisabuelo, acequia, acostumbrado, agua, ajeno/enajenado/enajenación/alienado/alienación, alcalde/alcaide, alfonsí/alfonsino, amparanza, año, apóstol/apostólico, árbol, arcediano/archidiácono/subdiácono, argento/arienzo, autoridad, avenencia, baile (autoridad o cargo civil), blanco, buey, burgués, caballero, calumnia, capellán/capilla, castillo, cementerio, ciudad, clérigo/clerecía, colación, colgado, collazo, compañía/compañía, concejo/concilio, conde/condado/vizconde/vizcondado, consejo/consejero, conveniencia, convento, costumbre, coto, cuchillo, cuñado, daño/dañado, deán/decano, derecho/directo, deuda/deudor/débito, diciembre, don/dueño, enero, engaño/engañado, escrito/escrita/escritor/escritura, estrecho/estricto, extraño, febrero, firma (femenino de firme), fraile/fraternidad/cofrade/cofradía, fruto, habitación, hecho (como participio)/factor, hermano/hermandad, hidalgo/hijodalgo, hombre/ricohombre, homicidio, huerto, infante/infanzón, juez/juicio, leal/lealtad/legal/legalidad, limosna, luengo, mayordomo/mayordomía, mejoramiento/amejoramiento/mejora, merced, mujer, obispo/arzobispo/episcopal/episcopado, octubre, pagador, pecha/pechero, pieza, plazo/pleito, propio, querella/querelloso, remedio, san/santo, sello/sellado, señor/señorío, tío, vasallo y zapatero.*

Del estudio cronológico, diatópico y lingüístico nos ocuparemos en los siguientes capítulos, veamos ahora, en primer lugar, el estado del notario en el corpus.

4.2. SITUACIÓN DE LOS NOTARIOS Y ESTADO DEL NOTARIADO EN RELACIÓN CON EL CORPUS

Como aproximación primordial al estudio de los documentos seleccionados, creemos que puede resultar ventajoso atender, en primer lugar, a un aspecto que aparece con asiduidad en los textos y que, sin duda, nos ayudará a centrar nuestro análisis lingüístico; nos referimos a la intitulación notarial que presentan en el escatocolo algunos de estos escritos.

Vamos a centrarnos sobre todo en el hecho documental notarial que abarca hasta finales del siglo XIII y, más concretamente, en el notariado de algunas áreas específicas tales como Castilla, Navarra y León a grandes rasgos. Dejaremos, pues, de lado el estudio del notariado a partir del XIV (el cual, por otra parte, se encuentra ya plenamente establecido y asentado legalmente), no porque carezca de interés, sino porque nuestro centro de atención lo ocupan los documentos que abarcan desde el siglo VII hasta el XIII ambos inclusive, tal como hemos dicho arriba.

Bien es sabido que, desde el principio, lo más común fue una fluctuación en las autodenominaciones de los notarios, es decir, que los apelativos utilizados en las intituciones no siempre fueron los mismos, sino que mostraron una amplia gama de posibilidades según la época y el lugar en que se llevó a cabo la redacción documental. Eran frecuentes denominaciones tales como las de *scriptor*, *notario* y *escribano*, estas dos últimas solas

o acompañadas por los adjetivos *público* y *jurado*, con una serie de variantes o versiones tanto en latín como en romance, o incluso otras fórmulas que consistían en añadir a un nombre concreto, un verbo que indicaba su acción, como *notuit* o *scripsit* sobre todo. Quizá, lo más apropiado sea revisar la evolución histórica que ha sufrido el concepto de "notario" para poder así analizar las diferentes denominaciones que han ido apareciendo en el transcurso del tiempo.

Lo primero que llama la atención es que, de los aproximadamente trescientos cincuenta documentos utilizados, tan sólo aparece intitulación notarial, o algún tipo de suscripción de una persona relacionada con la creación del documento directa o indirectamente, bien porque lo escribió, bien porque lo mandó escribir, en ciento cuarenta y siete ocasiones. De ahí que sea esta relación, de la que forman parte los ciento cuarenta y siete ejemplos con indicación notarial de algún tipo, la que va a componer el corpus que utilizaremos como referencia y que será analizado desde diferentes perspectivas.

Revisaremos una serie de cuestiones, algunas pertenecientes al ámbito de la Diplomática, teniendo siempre presente la existencia de diferentes estadios o apartados que nos permitan una clasificación coherente del corpus, con el fin de poder extraer algunas conclusiones generales que sirvan para ser integradas posteriormente en otros capítulos sucesivos, centrados éstos últimos en un punto de vista más lingüístico.

Queremos advertir que este análisis no entra en el estudio del documento completo, sino únicamente en la parte que se encuentra al final, el escatocolo, y, con más exactitud, en la aparición en él de figuras como la del "notario", el "escribano" o el autor de la "*iussio*" y sólo en algún caso el protocolo, es decir, la parte inicial del documento, por presentarse ahí la referencia al notario.

4.2.1. REVISIÓN GENERAL DEL HECHO NOTARIAL A TRAVÉS DEL ANÁLISIS DE LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL CONCEPTO DE "NOTARIO"

De este modo, antes de dedicarnos a algunas particularidades concretas, vamos a partir de una revisión general del hecho notarial, teniendo en cuenta la opinión de algunos estudiosos de este campo para poder ofrecer posteriormente un análisis más pormenorizado de los datos extraídos del corpus¹².

La figura del notario aparece por primera vez en el siglo XIII, según afirma Martín Fuertes, concordando con Bono, gracias a la aparición de la doctrina legal que se ofrece en el *Fuero Real* y en el *Especulo*, la cual establece la idea de considerar, a partir de ese momento, al notario no como un simple amanuense o *scriptor* profesional, sino como el titular de un oficio público, "cuya actividad estaba reglada por la ley general y cuya función debía ser conferida legítimamente, es decir, por

¹² Quizá sea conveniente partir de la definición de notario que ofrece José Bono (BONO, J., *Historia del Derecho Notarial Español*. I, 1, Madrid, 1979; I, 2, Madrid, 1982), y que recoge Santos García Larragueta en su artículo, la cual dice así "el notario (*publicus notarius*) es la persona de carácter oficial (*persona publica*), que tiene la legítima y excluyente potestad (por privilegio de la ley: *persona privilegiata*) por ostentar la correspondiente y expresa facultad (*auctoritas*) para formalizar (*conscribere*) documentos referentes a actos y negocios jurídicos en forma pública, fehaciente (en tanto que *legitime factis*), esto es, dotados de *plena et indubitata fides*, de fe pública" (GARCÍA LARRAGUETA, S., "Auctoritas et potestas, territorialidad del notariado en el Reino de Navarra", *Actas del VII Congreso Internacional de Diplomática I, Notariado público y documento privado: de los orígenes al siglo XIV*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1986, pp. 223-224). Además, García Larragueta añade "los cometidos que realiza el notario, las funciones que la autoridad superior le encomienda" y que son: "a) Elaborar en forma pública documentos jurídicos de naturaleza pública o privada (*conscripio*); b) Dotar a esos documentos, por él confeccionados, de plena fe pública, en juicio o fuera de él; colacionar y autorizar con esa misma fe pública, documentos redactados por mano ajena; c) Custodiar en notas y protocolos los actos y negocios jurídicos cuya redacción se le confíe; engrosar en forma pública notas propias o procedentes de protocolos de otros notarios" (p. 223).

aquél a quien correspondiera según la ley: el rey o quien mandare, conforme a la legislación real"¹³.

Y puesto que el notario no aparece hasta el XIII, con la legislación del rey Sabio, no podemos dejar de considerar cuál ha sido la evolución por la que ha pasado el notariado, partiendo de los primeros precedentes hasta llegar al siglo XIII que, incluso, muestra diferentes etapas, según la zona que se tenga en consideración. Así pues, nos interesa esta evolución notarial porque algunos de nuestros ejemplos del corpus, aunque sean los más escasos, pertenecen a una época anterior a la aparición de la legislación alfonsí, siguiendo a A. Canellas López¹⁴.

Este autor se remonta a los orígenes notariales romanos, los *Tabularii*, pasando por el escribano del período visigodo y, haciendo mención aparte de los *funcionarios-notarios* hispano-árabes, llega al *rogatario* de la época prenotarial hispana, la cual desemboca o culmina definitivamente en los diferentes momentos evolutivos por los que transcurre la etapa del notariado propiamente dicho, a saber, en primer lugar, aparece el *escribano privado* del XII y, a continuación, el *notario* como tal del siglo XIII, teniendo siempre presente que, además, en cada zona de la Península esta evolución adquirirá características propias y algunas veces exclusivas.

¹³ MARTÍN FUERTES, J. A., "Los notarios en León durante el siglo XIII", *Actas del VII Congreso Internacional de Diplomática I, Notariado público y documento privado: de los orígenes al siglo XIV*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1986, p. 611.

¹⁴ Ángel Canellas López ofrece la posibilidad de tener una visión de conjunto de esta difusión que sufrió el notariado público (CANELLAS LÓPEZ, A., "El notariado en España hasta el siglo XIV: estado de la cuestión", *Actas del VII Congreso Internacional de Diplomática I, Notariado público y documento privado: de los orígenes al siglo XIV*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1986, pp. 101-139).

4.2.2. PRIMERA APROXIMACIÓN AL CORPUS. ESTUDIO DE ALGUNAS CUESTIONES RELACIONADAS CON EL ÁMBITO DE LA DIPLOMÁTICA:

Si seguimos con esta primera aproximación al hecho documental notarial desde una perspectiva general, sin detenernos todavía en las características peculiares de cada área lingüística peninsular, resulta igualmente conveniente que consideremos diferentes cuestiones que podrían englobarse en el ámbito de la Diplomática, tales como el título, la *nota*, la *validatio*, la autoridad, la *iussio*, el *signum*, la preferencia por la redacción en latín o en romance, el ámbito territorial en el que se inscribe cada notario, etc.

EL TÍTULO

En primer lugar, una de las cuestiones en que podríamos fijar nuestra atención es el título, es decir, la titulación que se otorga cada notario, y que, como bien dicen Pilar Ostos Salcedo y M^a Luisa Pardo Rodríguez¹⁵, utiliza en su labor escrituraria.

Este título, que si bien aparece en unos casos, en cambio, en otros se omite, surgió como consecuencia de la aparición del *Fuero Real* y las *Partidas*, que trajeron consigo algunas transformaciones al instaurar una nueva doctrina legal que favoreció el cambio de *simple scriptor* a escribano como persona depositaria de la *fides pública*.

Las denominaciones utilizadas son distintas, si tenemos en cuenta la época y el lugar de redacción del documento, e

¹⁵ OSTOS SALCEDO, P. y PARDO RODRÍGUEZ, M. L., "Los escribanos públicos de Sevilla en el siglo XIII", *Actas del VII Congreso Internacional de Diplomática. I, Notariado público y documento privado: de los orígenes al siglo XIV*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1986, pp. 513-559.

incluso, en algunas ocasiones, es frecuente encontrar suscripciones que se presentan sin ir acompañadas del título adecuado, lo cual nos lleva a pensar que éste es un período en el que no hay apenas fijación, ya que las intituciones notariales fluctúan y varían hasta que acaban asentándose definitivamente.

Veamos cuáles son los ejemplos de autodenominaciones en nuestro corpus.

Inicialmente, hay que decir que los casos más abundantes son aquellos en los que aparece un título, con alguna u otra variante, sobre todo a partir de mediados del siglo XIII, como por ejemplo las intituciones de *scriptor*, *escribano*, *notario*, *notario público jurado*, *escribano público jurado*, etc.

A partir de este momento, remitimos al índice de intituciones notariales que se encuentra en la parte final del capítulo. Cada número de los que señalaremos en adelante corresponde a una de las intituciones que componen el corpus de estudio, con el fin de no extendernos en exceso al repetir estas suscripciones en varias ocasiones.

Aparece la autodenominación de *scriptor* en las intituciones número 28, 29, 55, 57, 58, 60, 61, 62, 63, 65, 68, 69, 70, 71, 72, 74, 76 y 77.

En algunas de estas intituciones, hay una referencia al notario Francisco Ximenez de Luna, porque su rúbrica se encuentra al final de ellas. Como ya habíamos adelantado, estamos, en este caso, ante un notario del siglo XVII, al que se le encargó la compilación de parte de los documentos del monasterio de Sta. María de La Oliva con el fin de preservarlos y darles un carácter de oficialidad¹⁶.

¹⁶ Tal como explica Munita Loinaz "El Libro Becerro" de este monasterio navarro se compuso durante el siglo XVI, y en él se recogieron todos los documentos originales en los que se trataban asuntos relacionados con el monasterio de La Oliva, tales como los privilegios que se le concedían, algunos pleitos, la adquisición de propiedades, etc., con la intención de "salvaguardar el contenido de aquellos documentos originales de interés para

No hay ninguna información en este "Libro Becerro" acerca de su autor o de su fecha de redacción. Sólo se sabe que casi todo el código es obra de un único escriba "con lo que la obra no se realizó fragmentariamente con interrupciones dilatadas que permitiesen varias intervenciones, sino que fue concebido el Libro Becerro desde principio a fin con una única unidad de criterio, lo que permitió una misma escritura y un ordenamiento homogéneo"¹⁷.

El notario encargado de trasladar los documentos al "Libro Becerro" y de dar fe de la autenticidad no sólo de todas las escrituras dispersas por Navarra y recogidas para el archivo de La Oliva, sino también de las que se habían conservado en el propio monasterio fue, como ya hemos adelantado, un escribano real de Navarra llamado Francisco Ximenez de Luna.

De la labor desempeñada por este notario tenemos algunas noticias gracias a la fórmula de validación que utiliza en las compulsas de los documentos¹⁸. Su trabajo, por tanto, consistió en revisar todos los documentos recogidos originariamente en ciento tres folios, firmarlos a continuación, hacer al final de cada uno de ellos las observaciones o correcciones que le parecieron oportunas y, por último, dar validez a la compulsación del conjunto documental, de ahí que no podamos descartar la posibilidad de que introdujera alguna, aunque mínima, transformación en cualquiera de las redacciones originarias de los escritos. Además, no hay que olvidar tampoco las posibles improntas lingüísticas que pudo dejarles el escribano del siglo XVI a quien se debe casi todo el código.

el monasterio y que con el paso del tiempo podían sufrir deterioro o pérdida" (MUNITA LOINAZ, J. A., *op. cit.*, p. 3).

¹⁷ La redacción primitiva se sabe con seguridad que debió estar acabada hacia 1630, puesto que en 1634 "se procedió a incorporarle un anexo con nuevos documentos rescatados para el archivo abacial", es decir, que al cuerpo documental se le fueron añadiendo otros documentos que también trataban asuntos referentes a este monasterio, y que, por lo tanto, debían formar parte de su archivo (MUNITA LOINAZ, J. A., *op. cit.*, pp. 4-5).

¹⁸ Para conocer la compulsa de validación *Vid.* MUNITA LOINAZ, J. A., *op. cit.*, p. 6).

En el índice de intituciones notariales, se señala la intervención de Francisco Ximenez de Luna, por las implicaciones lingüísticas que puedan desprenderse de su intervención. Se incluyen, por lo tanto, en este índice incluso los casos de aquellos documentos que, aunque no disponen de intitulación notarial medieval, sí presentan la de este notario del siglo XVII. Concretamente los números 17, 19, 24, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 41, 44, 45, 46 y 49.

Por otro lado, ejemplos en los que aparece el título de *escribano* son los de las intituciones siguientes: 6, 21, 22, 59, 67, 78, 90, 91, 94, 114, 115 y 121.

Se recoge el título de *notario* en las suscripciones número: 9, 10, 23, 26, 27, 30, 42, 54, 73, 79, 81, 84, 116 y 132.

En otras, por el contrario, encontramos la autodenominación de *escribano jurado* o *escribano público jurado*, concretamente en las número 47, 86, 87 y 147.

Aparece la intitulación de *notario público* o *notario público jurado* en estos otros casos, los números 66, 48, 50 y 92.

De entre las intituciones citadas llama la atención, sobre todo, el caso de uno de los escribas que se intitula de diferentes formas. Nos referimos a Pedro Fernández o "Petrus Ferrandi" tal como suele aparecer escrito. Este oficial, durante el período que abarcan los años de 1234 a 1237, se autodenomina *scriptor* en dieciséis ocasiones, *escribano* en una y *notario* en otras dos ocasiones, mientras que, en otra ocasión no añade a su nombre

intitulación alguna¹⁹. Esta es una muestra que sirve para ratificar la situación fluctuante del hecho notarial.

Aunque, como hemos visto, los casos más abundantes son aquellos en los que aparece el título, no es del todo infrecuente encontrar otras suscripciones donde sólo se cita el nombre sin ninguna indicación del título como ocurre por ejemplo en las de los números 4, 5, 18, 20, 52, 56, 64, 83, 85, 88, 89, 93, 95, 96, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 109, 110, 111, 112, 125, 130 y 131.

De los escribas que aparecen en las últimas intitulaciones de esta lista, tenemos algunas noticias muy reveladoras gracias a García Arancón²⁰. Esta autora aclara que Miguel de Pamplona, Miguel Pérez, Fernando Pérez, García Sánchez y García Sánchez de Tudela fueron escribas navarros de la cancillería real; asimismo comenta que es posible que García Sánchez, abad de Arróniz, y García Sánchez de Tudela sean la misma persona.

Por otro lado, resultan ser igualmente abundantes los casos en los que se cita el cargo del escriba bien civil, bien eclesiástico, siendo éste último el que se menciona con más insistencia o frecuencia. Por ejemplo, las suscripciones número 1, 2, 3, 51, 53, 82, 108 y 126. Además, también las número 75, 80, 97, 98 y 108 que reproducimos aquí por presentar un doble interés.

75.- *Yo Ferrando vicechancellor escriui esta carta por mandamiento del mi seynor el rey, e fiç este mio seynal.* 1176. Pamplona; - 1237 marzo. Tudela.

¹⁹ Nos referimos a un caso que comentaremos más adelante: *Ego Petrus Ferrandi de Mandato iudicum scripsi.* 1234. Tudela.

²⁰ GARCÍA ARANCÓN, M. R., *op. cit.*, pp. 18-22.

80.- *Yo Ferrando vicechancellor escriui esta carta por mandamiento del mi seynor el rey, e fiç este mio seynal.* 1176. Pamplona; - 1238. Tudela.

97.- *Yo Ferrando viçechanceler escriui esta carta por mandamiento del mi seynor el rey, e fiç este mio seynal.* 1176. Pamplona; *Fecha carta apud Lachiacum, por mano del amado e fiel viçechanceler nuestro, frey Pero Xemeniç, del dito logar de Roncasuaylles. Nota Xemen Garcia, nuestro clerigo.* 1259. Lachy.

98.- *Ego Ferrandus, vicecancellarius, iussu domini regis hanc cartam scripsi et hoc signum feci.* 1176. Pamplona; *Datum apud Lacheacum, per manum dilecti ac fidelis vicecancelarii nostri fratris Petri Eximini de Rocideuale. Nota Eximini Garsie de Ayuar, clerici nostri.* 1259. Lachy.

108.- *Magistro Guidoni cancellario regis Nauarre scripsit hanc cartam.* 1234. Pamplona; *Nota Ferdinandi Petri qui presens priuilegium de mandato Garcie Sancii, rector ecclesie de Harroniz, scripsit.* 1264.

Se trata de cinco documentos confirmatorios. Los dos primeros se redactaron por orden de Teobaldo I para ratificar la protección otorgada por Sancho VI a los bienes del hospital de Roncesvalles en uno de ellos, el de 1237, y los privilegios concedidos a Roncesvalles también por Sancho VI en el otro diploma, el de 1238. Son, pues, confirmaciones de lo escrito con anterioridad por un vicecanciller de Sancho VI llamado Fernando, según García Arancón.

Los dos documentos siguientes, expedidos en Lachy (Francia) en 1259, se escribieron esta vez por mandato de Teobaldo II para confirmar las cartas anteriores de su padre Teobaldo I, y de Sancho VI, de protección a Roncesvalles e Iranzu. También se redactaron originariamente por Fernando, el vicecanciller de Sancho VI, y con posterioridad por el notario navarro y encargado asimismo de la nota, Jimeno García, clérigo de Teobaldo II. Este notario indica, además, el nombre del autor de la *iussio*, el vicecanciller de este mismo rey Pedro Jiménez

de Roncesvalles. Estas indicaciones las ofrece García Arancón²¹ aunque, por la presentación del documento, parece que el vicecanciller Pedro Jiménez de Roncesvalles fue el que escribió el diploma y el clérigo Jimeno García sólo fuera el responsable de la nota.

El último de estos diplomas, de 1264 y sin data tónica, también se escribió por orden de Teobaldo II para confirmar los fueros concedidos a Soracoiz en las cartas de sus antecesores, no sólo de su padre y de Sancho VI, sino también de Sancho VII. En la redacción que se debe a Teobaldo I intervino el maestre Guido, canciller de este rey. La escrituración realizada en la cancellería de Teobaldo II la hizo el escriba Fernando Pérez, responsable de la nota también y, además, se indica el nombre del autor de la *iussio*, el rector de la iglesia de Arróniz, García Sánchez.

A veces, aunque con menos frecuencia, este cargo civil o eclesiástico que desempeña el escribano se añade a su intitulación. Tal sería el caso de los ejemplos número 9, 10, 42, 92 y 116.

Sabemos también por García Arancón que Lope Sánchez de Sangüesa, que aparece en la intitulación 92, era un notario episcopal y, por lo tanto, ajeno a la cancellería del rey.

LA NOTA

En segundo lugar, es interesante destacar otra de las cuestiones que estamos tratando desde una perspectiva general, nos referimos, en este caso, a la elaboración de la *nota*.

²¹ GARCÍA ARANCÓN, M. R., *op. cit.*, p. 18.

Se trata de una redacción inicial del documento notarial que se escribe con el fin de leerla ante las partes interesadas y los testigos para que éstos manifiesten su conformidad con lo escrito desde un primer momento²².

La *nota* estaba en poder del notario, según lo expresaba siempre el rogatario, quien se encargaba de escribir el documento por orden de aquél. De ahí que, de igual modo, en nuestros ejemplos sea elevado el número de casos en que aparece la locución *fiz escriuir* y, entre otros, destacamos los números 7, 8, 11, 13, 14 y 15.

Cuando el notario ordena que el documento sea redactado por otra persona, ésta última hace mención de quien custodia la *nota* que es, asimismo, el que va a autorizar la *scriptura*. Pero lo cierto es que ello puede conllevar, según Bono²³, algunos problemas, ya que a veces a causa de la interpretación personal que hacen los notarios, surgen discordancias entre el contenido de la *nota* y su versión extensa en la *scriptura*, si ésta la realiza un notario diferente del que formalizó la *nota*.

Los ejemplos de que disponemos en nuestro corpus con referencia al autor de la *nota* se caracterizan porque dicho autor suele coincidir en casi todas las ocasiones con el escriba que llevó a cabo la redacción definitiva del documento. Podríamos destacar los de las intituciones número 97, 98, 108, 113, 122,

²² Ostos y Pardo concuerdan con Bono al afirmar que "con la aparición del *notarius publicus* en el siglo XIII se establece la "escritura pública" y con ello se implanta el sistema de matricidad o protocolo como momento obligatorio del documento. La legislación alfonsí -FR, I, 8, 2; Esp., IV, 12, 8; P., III, 18, 54 y III, 19, 9- establece en los territorios castellanos la obligatoriedad del registro como el conjunto de las primeras redacciones o *notas* que el notario usará para la definitiva redacción documental". Sin embargo, también añaden, teniendo en cuenta la opinión de Lucas Álvarez, que esta regulación estaba confirmando una práctica notarial procedente del reino castellano (OSTOS SALCEDO, P. y PARDO RODRÍGUEZ, M. L., *art. cit.*, p. 523).

²³ BONO, J., "La práctica notarial del Reino de Castilla en el siglo XIII. Continuidad e innovación", *Actas del VII Congreso Internacional de Diplomática I, Notariado público y documento privado: de los orígenes al siglo XIV*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1986, pp. 481-506.

123, 124, 125, 128, 129, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 141, 143, 144, 145 y 146.

Extraídos de estas intituciones, destacan al lado de los escribas navarros Domingo García, clérigo y abad de Legarda, Martín de Estella, Fernando Pérez y García Sánchez, abad de Arróniz, otros dos notarios franceses, concretamente Juan de Asnières y Odón de Château-Thierry. García Arancón cree que el *Juan* que aparece en la intitución 125 perteneciente a una carta que se escribió en 1266 dirigida al obispo de Auch no es otro que el notario francés al que nos hemos referido, Juan de Asnières. La suscripción se presenta incompleta por un defecto de la copia, según esta autora.

En la gran mayoría de casos, las personas responsables de la *nota* tienen un cargo eclesiástico, aunque también se recogen ejemplos donde sólo se cita el nombre sin indicación de cargo alguno, en todo caso la adscripción a un determinado lugar como sería la situación de Martín de Estella, uno de los escribas de la cancillería de Teobaldo II.

Un caso dudoso sería el de la intitución 12, que recogemos aquí:

12.- *Yo, Martin, falconero, la fiz por mandado del rey.* 1286. Burgos.

En ella, la locución *la fiz* hace que nos planteemos si este oficial llamado Martín que sólo añade a su nombre la especificación de "halconero" escribió el documento o, por el contrario, encargó su redacción a otra persona (con lo que deberíamos sobreentender en este caso el verbo "*escribir*"). Esta última posibilidad parece ser la más próxima a la realidad, si tenemos presente otro ejemplo en el que se recoge la locución

completa *fiz escreriur*, el de la intitulación 14, que también presentamos:

14.- *Yo, Martin, falconero, la fiz escreriur en el anno dezeno que el rey sobredicho regno. 1293. Burgos.*

Puesto que la datación es de finales del siglo XIII, es decir, época en la que ya el notariado estaba plenamente asentado y las vacilaciones o fluctuaciones casi habían desaparecido, podríamos aventurarnos a suponer que este Martín era un notario que ordenó a su escribano que redactara el documento en ambos casos, aunque no descartamos la posibilidad de que, si bien en 1293 era un notario, quizá en 1286 aún es probable que fuera solamente un escribano que hubiera llevado a cabo la escrituración del documento por sí mismo, antes de ser nombrado notario o, incluso, que siendo ya notario lo hubiera escrito él, planteamiento éste último igualmente aceptable atendiendo a lo temprano de la fecha de composición del diploma.

Un caso parecido al que acabamos de comentar sería el de la suscripción número 82:

82.- *E hic don Esteban, capellano e chanceller del obispo don Gil, por mandamiento de don Albar Periz, esta carta fiz en Santa Olalia. 1243. Santa Eulalia.*

La conclusión no se presenta de forma sencilla a diferencia de lo que ocurría en el ejemplo comentado arriba, puesto que ahora no disponemos de ningún otro documento en el que aparezca alguna referencia a esta persona. Podríamos inclinarnos a pensar por un lado que fue este canciller y capellán del obispo don Gil quien redactó de su propia mano el documento, pero por otro lado parece más probable que este canciller fuera acompañado por algún escribano o notario que se encargara de la redacción documental. Nos ocuparemos de esto

más adelante, en el apartado dedicado al notariado del Reino y Corona de Aragón.

LA VALIDATIO

En tercer lugar, otro de los aspectos generales del ámbito de la Diplomática que podemos revisar aquí es la cuestión de la *validatio* o, más concretamente, la función testificativa del notario.

Como bien es sabido, para que el documento redactado tenga validez jurídica necesita presentar algunas "marcas validatorias" imprescindibles. Podrían ser, entre otras, las suscripciones de los otorgantes, las de los testigos y la del notario (la que vamos a analizar a continuación). Estas marcas suelen ir acompañadas de sus signos correspondientes.

La función testificativa del notario aparece tardíamente, en las últimas décadas del siglo XIII. De este modo, el notario puede expresar su presencia en el acto, así como indicar su intervención personal y su condición de testigo.

Bono²⁴ observa la transformación que se produce en la legislación a partir de Alfonso X, ya que se requiere desde ese momento la presencia del notario, es decir, la constatación de que interviene personalmente en la elaboración del diploma, para que éste, una vez formalizado, tenga validez desde el punto de vista jurídico.

Expresiones del tipo "*mano propria*", "*testimonio*", "*testigo*", "*signo*" o "*señal*" etc. con todas sus variantes nos confirman que es necesario que el notario manifieste su presencia para que el documento sea válido jurídicamente.

²⁴ *Ibíd.* p. 499.

Ejemplos de la *validatio* notarial estarían en las suscripciones número 18, 20, 47, 48, 50, 66, 89, 92, 75, 80, 97, 98 y 147.

En todas ellas puede comprobarse como, además de algunas de las expresiones comentadas, el escribano no sólo añade su signo, sino que también lo menciona en el escatocolo, es decir, que no se conforma únicamente con colocarlo en una parte visible del documento, sino que, siguiendo otra vez una de las fórmulas fijadas por la tradición, lo presenta mediante locuciones como "*hòc signum feci...*", "*e pusi en eylla este mio signo acostumbrado...*", etc.

EL SIGNUM

Así pues, en cuarto lugar, e íntimamente relacionada con la cuestión de la *validatio*, está la del *signum* notarial.

El *signo* unido a la suscripción del notario suele cerrar "el proceso genético del documento", tal como manifiestan Ostos y Pardo²⁵.

Como afirma una vez más Bono, la señal del notario, además de adornar el documento notarial "es el símbolo del *instrumentum publicum*" y "por eso a la expedición de éste se le llama dar *scriptura signada*"²⁶.

Repasemos los casos en que aparece la intención de colocar el *signo* por parte del notario, concretamente en las intituciones número: 18, 20, 21, 22, 29, 30, 47, 48, 50, 75, 78, 80, 84, 87, 89, 90, 92, 97, 98, 116, 132 y 147.

²⁵ Este cierre viene recogido igualmente en *Las Partidas*, como una más de las normativas legales, ya que se establece que el escribano público deje un espacio en blanco para colocar su signo entre el tenor y la suscripción (OSTOS SALCEDO, P. y PARDO RODRÍGUEZ, M. L., *art. cit.*, p. 533).

²⁶ BONO, J., *art. cit.*, p. 501.

Si en la intitulación número 89 apareciera la *iussio* del rey, deberíamos entender que su redacción se habría llevado a cabo en los dominios franceses de Teobaldo I, puesto que el rey se encontraba en Champaña en la fecha de composición de este escrito, más concretamente permaneció allí en la que sería su última visita a sus posesiones francas desde enero de 1252 hasta inicios de 1253.

Sin embargo, atendiendo al asunto tratado²⁷ en el documento, creemos estar en lo cierto al sostener que dicho escrito se redactó en Navarra.

Por otro lado, aunque no es muy frecuente encontrar entre las intitulaciones del corpus alguna mención de la imposición del signo real, disponemos de un ejemplo en el que se hace referencia a la aparición en el documento del signo del rey, junto al signo del notario; por ello presentamos la intitulación número 18, a la que ya nos habíamos referido arriba:

18.- *Ego Sancius iussu domini mei regis hanc cartam scripsi et manu propria hoc signum feci. Signum regis Sancii.* Año 1150.

Tudela. Francisco Ximenez de Luna, escribano.

LA IUSSIO

En quinto lugar, otra de las cuestiones que desde una revisión general llama la atención es la de la *iussio*.

Como afirman Ostos y Pardo²⁸, hay dos tipos de *iussio* o *rogatio*, la que expresan los autores jurídicos y la *iussio* notarial, es decir, la orden que el notario da al escribano para que éste redacte el documento.

²⁷ Se trata de una compra que efectúan dos representantes de Teobaldo I en su ausencia, tal vez siguiendo sus órdenes; para dar carácter oficial a esta compra lo más probable es que fueran al encuentro de la abadesa de Marcilla, y por ello parece probable que el documento se escribiera en Navarra (MARTÍN GONZÁLEZ, M., *op. cit.*, pp. 190-191).

²⁸ OSTOS SALCEDO, P. y PARDO RODRÍGUEZ, M. L., *art. cit.*, p. 522.

La *iussio* notarial es la que nos interesa aquí sobre todo porque aparece expresada en la suscripción del notario mediante las locuciones "*fiz escriuir*" y "por mano de".

Hay que tener en cuenta que, en algunas ocasiones, coincide en un mismo diploma la *rogatio* de los otorgantes y la *iussio* notarial, mientras que en otras aparece o bien la *rogatio*, o bien la *iussio* notarial, pero no las dos conjuntamente.

De nuevo es Bono²⁹ quien observa que ya en la época prealfonsina empieza a ser común que los *scriptores* expresen la *iussio* o *rogatio* imperativa de los otorgantes en su suscripción, es decir, que hagan constar la petición u orden del otorgante para la *conscriptio* documental pero en el caso de que se trate de documentos importantes, esto es, relevantes, mientras que con anterioridad era mucho más común que la *iussio* se omitiera o fuera aludida de pasada en la suscripción del otorgante.

Revisemos los diferentes casos en que se expresa, o bien la *iussio* de los otorgantes, o la del notario, o bien las dos a la vez.

Los ejemplos en los que aparece la *iussio* del notario son las intituciones número 7, 14, 16, 23, 25, 40, 66, 97, 98, 99, 100, 101, 103 y 108.

Las últimas tres intituciones de esta lista en las que aparece García Sánchez, abad de Arróniz hacen suponer que se trata de un notario a cuyo cargo está el escribano que redacta el documento. Esta creencia parecen confirmarla otros cuantos diplomas en los que este abad se intitula notario y se presenta como responsable de la redacción del documento³⁰.

²⁹ BONO, J., *art. cit.*, p. 490.

³⁰ Tenemos ejemplos que contribuyen a esta afirmación, serían los de las intituciones número 93, 94 y 102 concretamente, tres casos en los que se aprecia la fluctuante situación de este abad, primero aparece como escribano y, a continuación, como notario a cuyo cargo tiene otro escribano.

García Arancón ratifica la suposición de que estamos ante un notario. La editora advierte que García Sánchez debió desempeñar un papel preferente, como oficial, en la cancillería de Teobaldo II, ya que, por mandato suyo, el escribano Fernando Pérez redactó al menos diez documentos³¹.

Un caso parecido al anterior sería el del "maestre Esteban" a quien también consideramos como un notario. Este maestre, uno más de los agentes de la *iussio*, era otro de los oficiales de la cancillería regia, por cuyo mandato redactó un documento Miguel Pérez.

La *iussio* del autor jurídico se encuentra en las suscripciones número: 18, 20, 21, 26, 28, 29, 47, 48, 50, 52, 53, 54, 59, 63, 73, 74, 75, 76, 79, 80, 81, 82, 86, 87, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 97, 98, 107, 111, 114, 116, 117, 118, 126, 127, 130, 131, 132, 134 y 147.

Conviene hacer algunas aclaraciones referentes a esta lista de suscripciones.

En primer lugar, en la intitulación 29 se menciona a Pedro Juan, uno de los notarios del rey aragonés Jaime I del que nos ocuparemos más adelante.

En segundo lugar, el mandamiento por el que se redacta el documento en el que se incluye la intitulación 86 lo hacen los jurados y el Concejo de San Nicolás de Pamplona.

En la intitulación 114 aparece otro mandamiento dado al escribano Miguel de Pamplona para redactar la carta, es el de Teobaldo II.

Además, en las suscripciones número 97 y 98 encontramos por un lado la *rogatio* o *iussio* del otorgante (en este caso el propio rey) que aparece en las intitulaciones de los

³¹ Son los que se presentan en la edición de García Arancón con los números: 27, 29, 30, 31, 32, 33, 35, 37, 39 y 41 (GARCÍA ARANCÓN, M. R., *op. cit.*).

privilegios originarios de 1176 y por otro lado una segunda *iussio*, posterior a la primera puesto que es del año 1259 y se debe al vicescanciller Pedro Jiménez de Roncesvalles.

Este oficial llamado Pedro Jiménez de Roncesvalles, que desempeñó el cargo de vicescanciller en 1259 y 1260, quizá perteneció a la Orden de Roncesvalles y debió de estar estrechamente vinculado al séquito de Teobaldo II ya que acompañó a este rey durante una de sus largas estancias en Champaña, de 1256 a 1264.

En algunos casos, sólo se presenta la *iussio* regia en la intitulación, por ejemplo en los siguientes: 43, 133, 140 y 142.

Atendiendo a todas estas suscripciones, podemos apreciar que, en la mayoría de casos, el otorgante o autor de la *iussio* no notarial es el rey, al que sigue el concejo, el obispo y, por último, algunos particulares, nobles casi siempre.

La *iussio* regia, pues, es la que aparece con más frecuencia bien en solitario, bien acompañada de la *iussio* notarial. Cuando se presenta sola, lo hace con fórmulas tales como "dada per nos", "el rey la mandó notar", etc., y de ello tenemos buena muestra en las intituciones que acabamos de señalar. Ejemplos de *iussio* regia junto a *iussio* notarial los vamos a encontrar en los casos que nos ocupan a continuación.

Aparecen los dos tipos de *rogatio*, la de los otorgantes y la notarial, en las siguientes intituciones, las número 8, 11, 13, 15, 27, 102, 104, 105, 106, 109, 110, 112, 115.

En el caso de la intitución 109 conviene señalar que García Larragueta habla de un oficial llamado Martín Undiano, del que dice que era guardasellos de Pamplona en 1299. Es probable que se trate de la misma persona a la que se hace

alusión en la intitulación de nuestro corpus notarial, aunque no debía ser aún guardasellos en el año 1264 en que se escribió este diploma. García Arancón explica que era tesorero y, como tal, actúa como intermediario del rey e interviene en la redacción del documento de nuestro corpus en el que se tratan asuntos fiscales o económicos.

En la intitulación número 115 volvemos a encontrar al tesorero Miguel Undiano, puesto que de nuevo en el diploma en que se inscribe esta intitulación se trata otra cuestión económica, la compra de moneda. Además, también aparece Juan Bon, un notario de la Navarrería que, por lo tanto, no formaba parte de la cancillería real.

LA AUTORIDAD

En ocasiones, el notario en su inscripción hace constar la autoridad que le ha conferido su cargo, mediante la fórmula "*auctoritate+genitivo*"; y esto porque ya en la época alfonsina es requisito casi imprescindible que aparezcan en el documento los "*solemnitates instrumenti*", con el fin de proporcionarle el carácter de "*publicum instrumentum*"³².

Pues bien, estas menciones necesarias que consigna el notario "*in principio instrumenti vel in fine*" son, a parte de la data completa y la reseña de testigos en algunos casos, la cláusula de autorización notarial. Pueden aparecer todas en un mismo documento o, a veces, sólo alguna de ellas³³.

³² Esta es la designación que se le da al documento notarial, el cual forma parte de los *scripta authentica* dotados de pleno *robur firmitatis*, y ello, según Bono, "conforme a la decretal *Scripta authentica* de Alejandro III, que canonizó la fe pública del documento notarial" (BONO, J., *art. cit.*, p. 497).

³³ En el *Ars Notariae* de SALATIEL, se lee "...publicatio est id quod per publicam personam ponitur in principio instrumenti vel in fine, tempus, locum, nomina testium et subscriptionem notari manifestans." (BONO, J., *art. cit.*, p. 503).

Esto que acabamos de comentar podemos comprobarlo en dos intituciones, las número 66 y 92.

En la primera hay que hacer constar que no se trata de una intitulación que aparezca en el escatocolo, sino que se encuentra en el protocolo y, más concretamente, en la presentación del documento por parte del notario, esto es, al inicio del escrito. El hecho de que se anticipen algunos datos importantes de la redacción del documento tal vez tenga como finalidad la intención de dejar constancia de que, a pesar de tratarse de un "*translatum*", sigue fielmente el original, tal como se indica mediante la expresión "*fideliter correctum*".

En la segunda aparece la fórmula de autoridad a la que nos hemos referido arriba, así como otros muchos datos que presenta el notario y que ayudan a conocer todos los detalles que estuvieron relacionados con la redacción de este documento.

EL ÁMBITO TERRITORIAL EN EL QUE SE INSCRIBE EL NOTARIO

En séptimo lugar, otra de las cuestiones que puede tomarse en consideración en un estudio general es la del ámbito territorial.

Aunque en la mayoría de casos lo más frecuente es encontrar la denominación de "notario" o "escribano" sin nombrar el lugar donde ejerce su oficio o labor, de la misma manera en muchas ocasiones el notario añade una referencia geográfica que alude al ámbito en que un individuo ejerce "una profesionalidad estable y sedentaria"³⁴, es decir, que intenta delimitar en su intitulación el ámbito territorial (curia, ciudad, diócesis, corte...), aunque en algunos casos el fin que persigue con esto no es otro que el de indicar la fuente de la que procede

³⁴ MARTÍN FUERTES, J. A., *art. cit.*, p. 604.

su "*auctoritas*", tal como manifiesta Martín Fuertes³⁵. Este autor observa la frecuencia de esta intención en los notarios de León, los cuales, al mencionar que son notarios o escribanos de un concejo, quieren subrayar o hacer notar que de ese órgano procede su "*auctoritas*" y, de esta manera, no sólo indicar el lugar donde llevan a cabo su profesión de modo exclusivo, puesto que en ocasiones redactan igualmente otros actos jurídicos que ocurren fuera de ese territorio.

De igual forma, García Larragueta³⁶ explica que en Navarra aparece la indicación locativa, es decir, el nombre del territorio donde el escribano ejerce su función ya a principios del siglo XIII y, sobre todo, en su primera mitad. Así manifiesta que "el fenómeno de la transición al notariado público resulta paralelo en su desarrollo a la delimitación del ámbito del ejercicio de la función del *scriptor*".

De este modo, podemos apreciar que la indicación del lugar en la intitulación notarial es un hecho frecuente, aunque presente múltiples variantes. Los documentos ofrecen posibilidades que van desde la mera indicación locativa, pasando por la referencia al lugar donde el documento ha sido redactado, o por la mención de la zona en la que el escribano o notario ejerce también su cargo eclesiástico, hasta señalar, a través de la referencia a un rey (de Navarra, de Aragón...), el sitio en que se inscriben, o incluso hasta hacer mención ya por último del lugar al que pertenece el autor de la *iussio* notarial, esto es, el que manda redactar el documento³⁷.

³⁵ MARTÍN FUERTES, J. A., *art. cit.*, p. 605.

³⁶ GARCÍA LARRAGUETA, S., *art. cit.*, p. 204.

³⁷ Al referirnos a las indicaciones locativas, vamos a centrarnos solamente en las que aparecen dentro de las intituciones notariales, dejando fuera de nuestra consideración aquellos casos en los que se menciona el lugar de redacción del documento, no en la intitulación del notario, sino en cualquier otro lugar del texto.

Veamos algunos ejemplos de todo lo que acabamos de comentar.

Buena parte de las intituciones notariales de nuestro corpus parece que se presenta sin mencionar lugar alguno, por ejemplo las número 1, 2, 3, 4, 5, 64, 83, 88 y 99.

Con respecto a la última en la que aparece Miguel Pérez como escribano y el maestre Esteban como autor de la *iussio*, ya hemos comentado que el primero era un escriba navarro y el segundo formaba parte de la cancillería real.

Después de señalar los casos donde no aparece ninguna referencia locativa, conviene tener presente, antes de adentrarnos en el comentario de los ejemplos que presentan alguna indicación diatópica, que esta indicación puede ser directa o indirecta.

La indicación directa, aunque también con algunas versiones, no representa ninguna duda puesto que a través de ella se alude directamente al lugar que le interesa destacar o mencionar al notario.

Sin embargo, cuando hablamos de indicación indirecta nos estamos refiriendo a aquellos casos en los que, sin citarse ningún lugar de forma expresa, se puede entrever o adivinar de alguna manera el sitio con el que pudo haber estado relacionada la redacción del documento, y esto porque se menciona al rey, a un noble (de un determinado lugar) etc., normalmente como autor de la *iussio* u otorgante, aunque sin nombrar, insistimos, sitio alguno en ningún momento.

En nuestro corpus, también es frecuente encontrar casos de esta modalidad. Por ejemplo, los de las intituciones siguientes:

En la número 78 el escribano Martín, mediante la alusión "in loco", que aparece en su suscripción, señala que el documento se redactó en el lugar que se ha mencionado más arriba en el texto, y de ahí que no sea necesaria su repetición pues, tras la lectura del diploma, queda perfectamente aclarado que el sitio al que se refiere el notario es Estella³⁸, indicación que se hace, por lo tanto, de modo indirecto.

Hay que decir con respecto a las suscripciones 9 y 10 que, aunque en 1194 Toledo no formaba parte todavía del reino castellano, los reyes de Castilla sí lo consideraban como una de sus propiedades territoriales; por lo tanto, el rey al que se refieren ambas es Alfonso VII de Castilla.

En el caso de la intitución 11, en la que se menciona a un infante como otorgante del documento, debe sobreentenderse, atendiendo a las datas tónica y crónica, que se refiere al infante Sancho, hijo del rey Alfonso X.

Los documentos a los que pertenecen las intituciones número 8, 12, 13, 14 y 15 se escribieron cuando el infante Sancho de Castilla, hijo de Alfonso X, había heredado ya el título de rey y se había convertido en Sancho IV el Bravo. Por lo tanto, en el caso de estos tres escritos, sus lugares y fechas de redacción también aluden indirectamente al rey castellano.

En la suscripción número 20, el conde al que alude el escribano Andrés de Agierb, como autor de la *iussio* es Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona y príncipe de Aragón también por su matrimonio con Petronila, reina de Aragón.

³⁸ El asunto del que trata el documento lo resume brevemente Martín González diciendo que "Teobaldo I entrega a censo a Abraham Alfajín las casas y el trujal que fueron de Juce, hijo de Aizquia, situadas, en la judería de Estella" (MARTÍN GONZÁLEZ, M., *op. cit.*, p. 94).

El rey que se menciona en la número 26 es Pedro II de Aragón, mientras que el aludido en las intituciones 27, 29 y 30 es Jaime I de Aragón también.

Las seis intituciones número 21, 22, 75, 80, 97 y 98 hacen referencia al rey Sancho VI el Sabio de Navarra, abuelo de Teobaldo I, cuyo reinado abarcó desde el año 1150 al año 1194.

Las intituciones 51, 53, 54, 67, 73, 77, 79, 81 y 108, al mencionar al rey de Navarra, se refieren a Teobaldo I.

Por el contrario, las intituciones 43, 93, 94, 95, 97, 98, 102, 104, 105, 106, 107, 109, 111, 112, 114, 115, 116, 117, 118, 121, 126, 127, 130, 131, 132, 133, 134, 140 y 142, en las que los notarios también hacen mención de un monarca como autor de la *iussio*, se refieren a Teobaldo II, teniendo en cuenta las fechas de escrituración de cada uno de los documentos pertenecientes a la cancillería de este rey.

Dentro, así mismo, de esta indicación indirecta, podemos incluir aquellos ejemplos que mencionan el lugar donde el supuesto notario ejerce además su cargo eclesiástico o, en muy pocas ocasiones, civil, lo cual sirve de referencia locativa a la hora de intentar encuadrar a ese escribano. Sería el caso de intituciones como las número 13, 42, 86, 92, 108, 113, 116, 117, 118, 119, 120, 122, 123, 124, 126, 129 y 136³⁹.

³⁹ En la intitución 13, además de hacer alusión a un rey que es en este caso Sancho IV el Bravo de Castilla, el notario Rodrigo Martínez indica que es "capiscol de Toledo". Corominas y Pascual recogen esta voz que significa 'chantre', procedente "del b. lat. *caput scholae* íd., es decir, 'jefe de la escuela', probablemente tomado por conducto de oc. ant. *capiscol* (o *cabiscol*) 'chantre'" (COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Vol. I, Madrid, Gredos, 1991, p. 834). En las intituciones número 42, 118, 126 y 136 aparece un notario de Teobaldo II, García Sánchez quien añade a su nombre el cargo eclesiástico que desempeña, abad de Arróniz; el monarca mencionado en algunas de estas intituciones es Teobaldo II. En el caso de la intitución 86 el escribano se adscribe a un concejo que es el que le ordena redactar el escrito, concretamente el concejo de San Nicolás de Pamplona, lugar donde debió llevarse a cabo la escrituración posiblemente. La 108 tiene algunas particularidades, por un lado, se indica el cargo eclesiástico del autor de la *iussio* notarial, que es también García Sánchez, el rector de la iglesia de Arróniz y, por otro lado, puesto que el documento en el que aparece es una carta de confirmación, se incluye en él otra intitución en la que se menciona a un canciller de Teobaldo I, el maestre Guido, tal como hemos dicho ya. En la intitución 92, en la que se alude también al monarca Teobaldo II, el notario que la escribe indica que es rector de la iglesia de Andoain.

Llaman la atención unos cuantos documentos a los que pertenecen algunas de las intituciones que acabamos de citar por el hecho de que, a pesar de deberse a funcionarios navarros de la cancillería real, fueron redactados no en suelo navarro, sino en puntos diferentes de la geografía francesa, la mayoría en el condado de Champaña. Tal sería el caso de Miguel de Pamplona (en 1259, 1265 y 1266), Jimeno García (en 1260), García Sánchez de Tudela (en 1264, 1266 y 1267), Domingo García (en 1267 y 1268) y Martín de Estella (en 1270). Lo más probable es que todos estos notarios se desplazaran a Francia acompañando a Teobaldo II, o acudieran más tarde, siempre con la intención de atender a los asuntos notariales de su rey. Esta situación no implica, en ningún caso, que debamos considerar los diplomas redactados por ellos como franceses puesto que, con toda seguridad, aun a pesar de encontrarse lejos de su tierra de origen, utilizaron la misma lengua que hubieran usado de redactar dichos diplomas en Navarra.

Otra de las formas posibles de que dispone el escribano para indicar, de modo indirecto, el lugar es hacer constar claramente que están adscritos a la corte de un rey, es decir, que son sus notarios particulares, tal como sucede por ejemplo en el caso de las intituciones número 90 y 91.

En la primera, *Per Andreu* añade a su nombre el cargo que desempeña como escribano del rey de Aragón Jaime I. En la segunda, volvemos a encontrar a García Sánchez que se autodenomina escribano del rey de Navarra, en este caso nuevamente Teobaldo II.

Se trata de Lope Sánchez de Sangüesa, notario episcopal. Las intituciones 113, 116, 117, 119, 120, 122, 123, 124 y 129 son obra del notario Domingo García, rector o abad de la iglesia de Legarda, según señala él mismo. Este notario unas veces escribe su nombre y su cargo eclesiástico y otras sólo su cargo; el rey al que se refieren algunas de estas intituciones es otra vez Teobaldo II.

En otras intituciones se indica el lugar donde se inscribe el autor de la *iussio* notarial, o sea, el notario que ordena redactar el documento y ésta es otra forma de indicación indirecta locativa, tal como puede observarse en las suscripciones número 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 108, 110 y 112.

La indicación directa suele ser mucho más reveladora. Al mencionar o bien el lugar donde ejerce el escribano, o bien el sitio donde se ha escrito el documento o, incluso, la referencia, añadida al nombre del notario, del lugar al que pertenece éste, es el mismo escribano el que despeja la incógnita acerca del sitio al que se vincula la redacción documental. De este modo, se resuelve en parte el problema, pero no por ello sin dejar algún resquicio, aunque mínimo, a la duda que puede envolver a cada texto con referencia al lugar donde haya podido ser redactado, puesto que es algo de lo que nunca podremos estar del todo seguros a no ser que el estudio lingüístico del documento confirme que el lugar es el mismo que conocemos gracias a la intitulación notarial.

Los ejemplos de indicación directa locativa pueden también dividirse en algunos apartados:

El primero, sería aquel en el que se encuentran los diplomas que hacen referencia al lugar donde ejerce el escribano-notario, por ejemplo los de las intituciones 6, 28, 47, 48, 50, 55, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 65, 66, 68, 69, 70, 71, 72, 74, 76, 77, 79, 87, 115 y 121.

Dentro de este mismo apartado se incluirían igualmente aquellos casos en los que o bien el escribano, como autor de la

redacción documental, o bien el notario, como autor de la *iussio* notarial, se circunscribe a un lugar pero ahora con relación a su cargo eclesiástico, el cual debe coincidir casi con toda seguridad con el sitio donde ejerce su función notarial. Por ejemplo, las suscripciones número 16, 23, 25, 42, 92, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 108, 110, 112, 113, 116, 117, 118, 119, 120, 122, 123, 124, 126, 129 y 136.

Es fácil comprobar como en muchos de estos ejemplos hay una referencia al autor de la *iussio* notarial, esto es, al notario que ordena redactar el documento a su escribano, acompañado por la indicación del lugar donde ejerce su cargo eclesiástico, lo cual puede resultar también orientativo a la hora de dilucidar la delimitación territorial del documento.

A continuación, podemos recoger dentro de este mismo apartado de indicación tópica directa aquellos casos en los que se menciona expresamente el lugar donde el diploma ha sido escrito. Veamos algunos ejemplos de intituciones con esta particularidad, las número 16, 23, 25, 40, 82, 90, 91, 97, 98, 116, 130 y 132.

En el caso de la intitución 90, la referencia al lugar donde ha sido redactado el documento aparece insertada en el texto pero no en el escatocolo, sino un poco más arriba, así: "*Esto fue feyto en Tudela, el primer dia de agosto, en el ayño de la Incarnacion de nuestro Seynor Jhesu Christo de mil e dozientos e cinquenta e tres, en presencia de...*"

Un caso similar es el del documento al que pertenece la intitución 91, ya que el texto presenta, antes de la suscripción notarial, la especificación del lugar en que se ha escrito: "*Esto fo feito en Pomplona, en el dia de Santa Catherina en el mes de nouiembre, anno Domini millesimo CC^oL^o tercio*".

Lo mismo ocurre con el diploma del que forma parte la intitución 116. La indicación del lugar también aparece

expresada con anterioridad y como antecedente a la mención que hace el notario en su suscripción: *"Data en Pomplona, martes primero empues las octauas de la fiesta de Sant Pedro et Sant Paul, en el ayngo de la Incarnacion de Ihesuchristo mil et dozientos et sissanta et nuef"*.

Por último, la indicación directa locativa, ofrece otra posibilidad o variante al escribano. Esta variante consiste en especificar un lugar mediante la adición al nombre propio del notario del nombre del lugar al que éste pertenece, o en el que se inscribe. Por ejemplo, esto parece suceder en los siguientes casos de intituciones, las número 48, 54, 56, 67, 73, 81, 85, 93, 96, 114, 115, 130, 131, 132 y 135.

En cuanto a la intitución 85 en la que se hace referencia a Berlanga, este lugar pertenece desde el punto de vista geográfico a la actual provincia de Badajoz.

PREFERENCIA LINGÜÍSTICA EN LA INTITULACIÓN NOTARIAL: LATÍN FRENTE A ROMANCE

Ya por último, y en octavo lugar, sólo nos resta la cuestión general de averiguar cuál es la preferencia lingüística de los escribanos-notarios a la hora de redactar el documento, es decir, vamos a comprobar si preferían utilizar ortografía latina o, por el contrario, se decantaban por la nueva ortografía romance. De la ortografía y pronunciación puestas en relación con la utilización del latín y del romance en la escritura por parte de los escribas nos ocuparemos mucho más extensamente en el capítulo séptimo.

En este apartado sólo nos interesa presentar algunos comentarios sobre el escatocolo de los documentos. Para

redactar esta parte concreta, a diferencia del resto del escrito que solía presentarse menos formalizado, se recurría normalmente a una fórmulas repetidas que se copiaban de alguna versión modelo considerada como "correcta".

Como bien afirma Bono⁴⁰, había un formulario legal que fijaba el *stilus notariae*, esto es, que la forma del documento definitivo dependía de un modelo prescrito, de ahí que como existían formularios notariales hispanos no es de extrañar que la gran mayoría de diplomas presente unas fórmulas fijadas arcaicas o latinizantes que se repiten sin apenas cambios sustanciales en el contenido del protocolo y del escatocolo sobre todo. A estas fórmulas debían recurrir los escribas del XIII puesto que en esta fecha "se difunden formularios notariales, eco del renacimiento romanista y estudios realizados en Italia", según Canellas López⁴¹. Pero creemos estar en lo cierto al pensar que los notarios de épocas precedentes también debieron recurrir a formularios existentes con anterioridad a los del siglo XIII. Asimismo, conviene tener presente que este arcaísmo podría hacer referencia, únicamente a la escritura no a la pronunciación⁴², es decir, el hecho de que los notarios usaran fórmulas latinizantes escritas, esto es, ortografía antigua romana, no debería implicar obligatoriamente que también las utilizaran al hablar, como creen los seguidores de la teoría tradicional. El arcaísmo podría deberse, por lo tanto, a un deseo de innovación,

⁴⁰ BONO, J., *art. cit.*, p. 486.

⁴¹ CANELLAS LÓPEZ, A., *art. cit.*, p. 129.

⁴² WRIGHT, R., *Latín tardío y romance temprano en España y la Francia carolingia*, Madrid, Gredos, 1989. En primer lugar, las graffias latinas podían representar o bien la pronunciación romance, en los documentos redactados antes de la llegada a la Península de las reformas carolingias a finales del siglo XI, o bien representaban, desde la instauración de estas reformas, el latín medieval reformado que se introdujo, en principio, para la lectura de las homilías en voz alta. En segundo lugar, la utilización de la escritura fonética romance como una nueva técnica de ortografía, basada en el sistema de otorgar una letra a cada sonido, tenía como objetivo representar por escrito la propia lengua vernácula hablada. Pero esta nueva ortografía romance no se asentó definitivamente hasta bien entrado el siglo XIII, ya que los documentos oficiales hasta esa fecha seguían optando por presentar una capa latinizante que les otorgara mayor fiabilidad. Así, Wright considera que los documentos anteriores a la instauración del latín medieval, aunque tengan apariencia latinizante, no son latinos con interferencias romances, muy al contrario se trata, en realidad, de una capa de latinidad sobre la base vernácula.

en lugar de considerarse un hecho del pasado que sobrevive en el presente.

En este punto nos interesa únicamente el escatocolo, al centrar la atención en las intituciones notariales, lo cual nos permite comprobar que, a pesar de las múltiples variantes que se observan en ellas, lo cierto es que todas parecen responder a unas fórmulas fijadas en las que, además, también puede observarse la evolución que va teniendo lugar en el transcurso del tiempo; y ello se aprecia incluso en el hecho de que, si bien el mayor número de intituciones aparece redactado en latín, de forma paulatina y progresivamente cronológica se va optando por escribir en romance sobre todo una vez establecida la nueva ortografía vernácula.

Wright observa que la necesidad de una ortografía romance sistemática y distintiva, además de la tradicional, empezó a partir de 1230 y alcanzó mayor relevancia en el reinado de Alfonso X, cuyo *studium* era el principal centro de conocimientos latinos y de escritura vernácula⁴³. De ahí que este autor considere que los notarios fueron quienes desarrollaron las técnicas de escritura romance a partir de 1230, hasta el punto de que "en el reinado de Alfonso X (1252-84) el latín estaba

⁴³ A este respecto conviene tener presente un par de indicaciones que hizo el rey castellano Alfonso X en sus *Partidas*. En primer lugar, al hablar de las cualidades y condiciones que debía tener un canciller destacó junto a la de ser persona de la confianza del rey, también la de ser el encargado de redactar sus cartas y, además, saber escribir tanto en latín como en romance. Sin embargo, en segundo lugar, y tal como señala Rubio García "es de suponer que el canciller se valdría del romance en sus ordenanzas y escrituras para uso exclusivo de los súbditos de Alfonso el Sabio en sus dominios, pues en otra ley en la que trata de «las cartas de guiamiento» en las misivas destinadas fuera de sus reinos indica claramente que deben ir escritas en latín, pues se presume que el latín seguía conservando su vigencia como lengua común y universal en el Occidente cristiano" (RUBIO GARCÍA, L., *Del latín al castellano en las escrituras reales*, Universidad de Murcia, 1981, p. 25). A propósito de las cualidades del canciller, Wright se fija en un caso concreto, anterior a la época de Alfonso X, que puede entenderse como antecedente de las pretensiones del monarca, el de Juan Díaz o Domínguez, abad de Valladolid en 1228 y con el tiempo canciller en la Corte de Fernando III. Su carrera como miembro de la cancellería castellana a partir de 1217 y posteriormente obispo, es ejemplo de "la relación fundamental entre la nueva pronunciación (latina) y la nueva ortografía (romance)" (WRIGHT, R., *op. cit.*, p. 380).

reservado para las cartas con el extranjero y no siempre entonces"⁴⁴.

Sin embargo, otros autores consideran que en la cancillería castellana ya antes de Alfonso X se prefería la redacción en romance de la mayoría de documentos. Por un lado, Bono se da cuenta de que para la zona de Castilla empieza desde principios del siglo XIII la escrituración en romance de forma total, aunque se continúa advirtiendo "la existencia de un formulario 'perpetuo' del *scriptor*, pues la parte traslaticia del modelo no cambia"⁴⁵. Por otro lado, Rubio García, tras recoger la opinión de otros estudiosos⁴⁶ para quienes los antecedentes del tránsito del latín al castellano en las escrituras reales se sitúan en el reinado de Alfonso VIII, 1159-1217 (incluido aquí el breve reinado de Enrique I, finales de 1214 a 1217), considera que debe entenderse como antecedente de este cambio del latín al romance la época del reinado de Fernando III (1217-1252)⁴⁷ y el cambio definitivo debió verificarse bajo el reinado de Alfonso X, concretamente hacia 1260⁴⁸.

Todo este comentario podría hacerse extensivo al resto de los dominios peninsulares e incluso extrapeninsulares del occidente cristiano, los cuales utilizarían el romance para

⁴⁴ WRIGHT, R., *op. cit.*, p. 382.

⁴⁵ BONO, J., *art. cit.*, p. 493.

⁴⁶ Rubio García recoge las palabras de Lomax, según las cuales "...debemos notar que entre los documentos latinos brotan a menudo elementos románicos, como antropónimos, construcciones sintácticas y alguna palabra esporádica como artículos definidos y tecnicismos legales" (RUBIO GARCÍA, L., *op. cit.*, pp. 8-9).

⁴⁷ Rubio García especifica todavía más diciendo que "en la primera parte del mandato del Rey Santo, aun prosiguiendo cierta tendencia hacia el romance subsiste un predominio del latín, sigue posteriormente en las cartas un cierto equilibrio entre latín y romance para acabar a fines del reinado con la superioridad del romance" (RUBIO GARCÍA, L., *op. cit.*, p. 11).

⁴⁸ Establece esta fecha basándose en lo ocurrido en la Corona de Aragón, ya que las estrechas relaciones entre Aragón y Castilla le llevan a "trazar un paralelismo sobre esta cuestión entre ambas coronas", es decir, si el cambio en el reino aragonés se produjo hacia 1258, no resulta descabellado, en opinión de este autor, considerar que en Castilla tuvo lugar tan sólo dos años después, en 1260, y afirma que "en todo caso en un breve lapso de tiempo resalta una notoria coincidencia de propósitos en ambos monarcas y a quienes debemos contemplar más que como innovadores, como catalizadores y sancionadores de *iure*, de una corriente lingüística vulgar que se imponía inevitablemente en sus respectivos reinos. Con ello también ambos monarcas por ese reconocimiento del romance asumían una realidad cultural y se adelantaban en varios siglos al resto de los países occidentales." (RUBIO GARCÍA, L., *op. cit.*, pp. 31-32).

asuntos internos, pero seguirían recurriendo al latín para redactar todos aquellos escritos que sobrepasaran sus fronteras.

Dejando ya a un lado el Reino de Castilla y centrándonos ahora en el área navarra, ha de tenerse en cuenta el hecho de que en esta zona de considerable arcaísmo escrito la evolución de latín a romance escrito podría presentarse de forma más reacia al cambio. De ahí que incluso a mediados del XIII se utilizara para las formulaciones la escritura latina preferentemente, aunque sin olvidar que ya el romance empezaba a ganar terreno⁴⁹.

De los documentos vinculados con el antiguo Reino de Navarra y que cuentan con intitulación notarial hemos encontrado alrededor de cincuenta y uno que presentan su intitulación redactada en latín, aunque el texto del diploma haya sido escrito en lengua romance en algunos casos, y otros treinta y ocho aproximadamente cuya intitulación ya no se presenta en latín sino que aparece anotada en romance. Estos datos, sin embargo, en lugar de indicar el triunfo del latín sobre el romance, suponen un fuerte avance del romance al aparecer incluso en intitulaciones notariales que, como es sabido, se copiaban de formularios con escritura latina.

Disponemos de menos ejemplos pertenecientes al ámbito castellano. Con suscripción escrita en latín tenemos unos seis documentos y otros siete que presentan dicha suscripción en romance.

Por lo que respecta a las intitulaciones que presentan algunos documentos redactados en otros reinos peninsulares, queremos destacar las dos intitulaciones leonesas redactadas en latín o con escritura latinizante, y otras ocho del Reino y Corona de Aragón, de las cuales seis están en latín y dos en romance.

⁴⁹ No nos detenemos aquí en presentar toda la lista de ejemplos escritos en latín por un lado y en romance por otro, para no extendernos en exceso, ya que puede comprobarse en el apartado final de intitulaciones la lengua utilizada en cada una de ellas.

Y por último, desde un punto de vista general, la preferencia que manifiestan los notarios de otras áreas extrapeninsulares a la hora de redactar las intituciones de los documentos relacionados de alguna manera con el Reino de Navarra por el asunto tratado parece decantarse claramente a favor del latín escrito, ya que todas las intituciones de los documentos redactados en Italia adoptan esta lengua, lo mismo que la mayoría de las suscripciones expedidas en Francia, las cuales prefieren el latín y sólo unas pocas se componen en romance y ello, tal vez, porque son obra de notarios navarros y no franceses⁵⁰.

El latín es, por tanto, el que domina hasta el siglo XIII. Lo cierto es que, tal como dice García Arancón al referirse a la *Colección diplomática de Teobaldo II* "la lengua empleada en los documentos parece responder al carácter de los mismos, más que a la persona del escriba"⁵¹, ya que algunos escribanos son capaces de redactar unos documentos en latín y otros en romance, como por ejemplo Jimeno García, Domingo García, García Sánchez, etc., atendiendo ante todo, al realizar esta selección lingüística, a los asuntos que se tratan en los documentos.

Además, resulta muy conveniente valorar los documentos atendiendo a su cronología, al tipo de discurso que es, lenguaje notarial en este caso, y al contexto comunicativo en el que se inscribe, lenguaje escrito para ser leído en voz alta, tal como ha señalado Bustos Tovar⁵² recientemente, según hemos visto en el

⁵⁰ Wright y sus seguidores explicarían este hecho diciendo que por estas fechas, Francia e Italia estaban insertas plenamente en el renacimiento de la cultura latina que llegaría a España más tarde, es decir, la reforma latinizante con la instauración de un latín "artificial" tuvo lugar mucho antes en Francia e Italia que en España, teniendo en cuenta que las reformas carolingias también empezaron en estos lugares al menos dos siglos antes que en la Península Ibérica, con excepción de Cataluña cuya trayectoria histórica y cultural corre paralela a la de Francia, dadas las estrechas relaciones que mantenían.

⁵¹ GARCÍA ARANCÓN, M. R., *op. cit.*, p. 20.

⁵² BUSTOS TOVAR, J. J. de, "La presencia de la oralidad en los textos romances primitivos", *Actas del Congreso de Historia de la Lengua Española en América y España (Universitat de València, noviembre de 1994-febrero de 1995)*, Universitat de València, Tirant lo Blanch, 1995, pp. 219-235.

capítulo anterior y tendremos ocasión de comprobar en el capítulo séptimo, al revisar las diferentes propuestas de análisis lingüístico de los documentos notariales.

En cuanto a los documentos escritos en romance, abundan los que aparecen redactados en romance navarro, que debió ser la lengua de uso corriente.

El latín se utilizaba en casos muy concretos, por ejemplo siempre que el asunto tratado parecía requerir una mayor oficialidad, o cuando se presentaban confirmaciones basadas en privilegios anteriores escritos en latín, o incluso cuando los autores de los documentos eran notarios foráneos bien franceses, bien italianos, recordemos los casos de Juan de Asnières, Odón de Château-Thierry, etc., los cuales utilizaban el latín como vehículo de comunicación, siempre que escribían sobre algún asunto que traspasaba sus fronteras lingüísticas y que estaba relacionado con algún lugar de la geografía hispánica donde, tal vez, no se entendía la lengua propia de estos escribas extranjeros, pero sí y con toda seguridad el latín medieval que empezó a leerse a la manera europea como latín propiamente dicho a partir de 1230 en la Península.

Dentro de este apartado dedicado a la preferencia de los notarios por redactar las intituciones en latín o en romance, queremos destacar un caso bastante llamativo, el de la intitución número 6 que presentamos aquí:

6.- *Don Rodrigo, scriuano del conceyo de Collar, scripsit hanc cartam.* 1221. Cuéllar (Segovia).

Este ejemplo resulta curioso por la mezcla que se observa en él de latín y romance, la cual parece ser buena muestra de la fluctuación existente en esta época de transición; época que se

caracteriza porque en la escritura se está produciendo la convergencia de dos sistemas gráficos, uno para representar el latín medieval y otro para representar el romance, aunque el primero sigue estando muy arraigado, sobre todo en ciertos ámbitos como el del lenguaje jurídico o notarial, más arcaico si cabe en cuanto a la escritura y lleno de estructuras fijas que apenas sufren modificaciones. Ello no es difícil de comprobar si tenemos en cuenta que incluso algunos documentos cuyo texto está redactado en romance presentan la intitulación notarial en latín, de ahí que este ejemplo nos sirva de botón de muestra de cuanto acabamos de comentar.

4.2.3. ESTUDIO PARTICULAR DE CADA ÁREA LINGÜÍSTICA

Hemos revisado hasta aquí algunos puntos sobre la intitulación notarial que se han prestado a ser comentados desde un planteamiento general. Sin embargo, a partir de este momento se impone la necesidad de analizar el notariado desde el estudio de diversos planos particulares. Por ello es necesario que agrupemos nuestro corpus por áreas con el fin de poder analizar, dentro ahora de cada zona de la Península en particular, otras cuestiones que nos conduzcan a un mayor conocimiento del hecho notarial hispano.

4.2.3.1. NAVARRA. EVOLUCIÓN DEL NOTARIADO POR ETAPAS. CONSIDERACIONES PARTICULARES ACERCA DE ALGUNOS NOTARIOS:

Empecemos por el Reino de Navarra. Ya hemos adelantado algunas reflexiones acerca de este reino en la revisión general, pero ahora nos centraremos exclusivamente en aquellos aspectos del notariado navarro que no pueden ser

tenidos en cuenta más que desde un punto de vista concreto o particular.

Navarra es una de las áreas que destaca por su importancia en la evolución notarial, ya que en el siglo XIII se consolida definitivamente el notariado público y se vislumbran tres etapas cronológicas en la evolución de este notariado dentro del siglo XIII. Con esta idea están de acuerdo muchos de los que se han dedicado al estudio del notariado navarro casi con exclusividad, como es el caso de García Larragueta⁵³, o lo han insertado dentro del estudio del notariado hispano en general, como ha hecho Bono⁵⁴ o Canellas López⁵⁵.

Conviene tener presente que, antes de entrar de lleno en el siglo XIII y ver cuáles son estas tres etapas, no estaría de más prestar un poco de atención, por otro lado necesaria, a una etapa cronológica anterior que corresponde al XII.

Durante este siglo las denominaciones que abundan en las intituciones notariales son las de *scriptor* o *escribano*. Y este *scriptor* no va a transformarse en notario público hasta mediados del siglo siguiente.

UN NOTARIO DEL SIGLO XII DE NOMBRE "SANCHO", REPRESENTANTE DE LA TRANSMISIÓN DEL OFICIO NOTARIAL DE PADRES A HIJOS

Un ejemplo de notario del siglo XII sería el de un escribano de nombre Sancho, al que García Larragueta le ha dedicado parte de su investigación⁵⁶.

⁵³ GARCÍA LARRAGUETA, S., *art. cit.*

⁵⁴ BONO, J., *op. cit.*

⁵⁵ CANELLAS LÓPEZ, A., *art. cit.*

⁵⁶ GARCÍA LARRAGUETA, S., *art. cit.*, pp. 202-204.

Su indagación le ha llevado a la conclusión de la existencia de dos personajes medievales de nombre Sancho de Perarrúa, es decir, el padre, Sancho de Perarrúa I (1115-1140), y el hijo, Sancho de Perarrúa II (1162-1198). Las fechas que cita están extraídas de la documentación que ha encontrado escrita por cada uno de ellos en los dos períodos de tiempo que abarcan sus actividades profesionales.

Este autor observa que la subscripción de ambos notarios es, en la mayoría de los casos, la misma: "*Ego Sancius sub iussione domni mei regis hanc cartam scripsi et hoc signum feci*", la cual tal vez podría entenderse entonces como una fórmula fijada que ellos han adoptado y utilizan casi con exclusividad.

Pues bien, en nuestro corpus hemos encontrado un caso en el que aparece también un oficial de nombre Sancho que realiza una subscripción muy similar a la presentada por García Larragueta como la más común de estos notarios, concretamente la número 18:

-Ego Sancius iussu domini mei regis Garsie hanc cartam scripsi et manu propria hoc signum feci. Signum regis Sancii. 1150.
Tudela. Francisco Ximenez de Luna, escribano.

Que la fórmula de nuestra intitulación coincida con la encontrada por este investigador nos hace pensar que quizá se deba a uno de estos dos individuos o bien a Sancho de Perarrúa I, o bien a Sancho de Perarrúa II; y más concretamente, parece ser obra del padre, es decir, de Sancho de Perarrúa I, si se tiene en cuenta que la *iussio* expresada se asemeja a la que, según García Larragueta, utiliza él con más frecuencia: "*domini mei regis Garsie*". Sin embargo debemos señalar que la fecha de nuestro ejemplo (el año 1150) no coincide con ninguno de los dos períodos de tiempo que abarcan las actividades profesionales primero del padre y luego del hijo, según la propuesta de este autor basada en la documentación por él estudiada. De esta serie documental llama la atención el hecho de que no forme parte de

ella ningún documento redactado en la década de los cincuenta; además, también resulta extraño el intervalo de tiempo tan amplio que queda entre los documentos cuyas redacciones se deben a uno y a otro notario, es decir, que desde 1140 (año de redacción del último escrito en el que interviene Sancho de Perarrúa I, según la documentación de Larragueta) hasta 1162 (año en el que aparece la primera intitulación notarial, obra de Sancho de Perarrúa II, de nuevo según Larragueta) transcurren doce años en los que, planteado así, parece que la labor profesional de ambos notarios no fue uno más de los casos de continuidad en los que el hijo heredaba tal como era tradición en el medievo el oficio de su padre, sino que se vio truncada durante bastante tiempo antes de que Sancho de Perarrúa II decidiera seguir los pasos profesionales de su antecesor.

No podemos descartar esta posibilidad, aunque en realidad y teniendo en cuenta el documento estudiado en nuestro corpus, nos decantamos por la alternativa de la continuidad. De esta manera, queremos insistir en que no debió de producirse un lapso temporal tan extenso entre la actividad notarial desempeñada por el padre y la desarrollada por el hijo, sino que aquél continuó ejerciendo su oficio aún durante unos años más hasta que lo dejó en manos de éste, quien prosiguió con el oficio notarial en el punto en el que debió dejarlo su padre.

Partiendo, pues, de esta idea y sin olvidar la *iussio* de la que hemos hablado más arriba, consideramos que el documento de nuestro corpus que nos ocupa ahora es uno más de los redactados por Sancho de Perarrúa I.

Hecha esta primera aclaración, podemos insertarnos ya en el estudio por etapas del notariado navarro del siglo XIII.

La primera etapa ocupa el principio de este siglo y se caracteriza durante estos años iniciales porque, aparte de que algunos de los autores materiales de los documentos siguen manteniendo las denominaciones típicas de *scriptor* y *escriba* del siglo anterior, es igualmente palpable la diferenciación persistente entre los *scriptores tradicionales* ocasionales y otros que ya no se dedican a escribir sólo en ocasiones, sino que lo hacen como parte de un oficio, el notarial, que empieza a cobrar auge.

Los primeros, esto es, los *scriptores tradicionales* ocasionales son a partir de ahora ya seculares, según Bono, y se caracterizan por omitir cualquier tipo de calificación, lo cual impide que conozcamos por medio de sus suscripciones si eran escribanos o notarios profesionales o, por el contrario, si aún no lo eran. Los segundos utilizan indistintamente las denominaciones tradicionales de *escribano* y *notario* sin marcar ninguna diferenciación entre ellas, de modo que tampoco podemos conocer con exactitud cuál era su situación profesional auténtica con relación al notariado en ese momento.

Veamos algunos ejemplos de esas tres diferentes situaciones para comprobar si todas ellas son anteriores a 1230, fecha límite de esta primera etapa del XIII, tal como sostienen García Larragueta y otros.

Serían ejemplos del primer caso, o sea, de aquellos que aún mantienen las denominaciones propias del siglo XII como *scriptor* y *scriba* para su intitolación, los de las suscripciones número 28, 55, 57, 58, 60, 62, 63, 65, 68, 69, 70, 71, 72, 74, 76 y 77.

En todas ellas, excepto en la primera, se menciona a un notario del concejo de Tudela, Pedro Fernández, cuyo caso comentaremos más abajo. Este oficial empieza intitulándose

scriptor, desde 1235 hasta 1237, y una vez *escriuano* en 1235, para acabar autodenominándose a partir de 1238 *notarius*, aunque tenemos menos ejemplos de esta última denominación, las de las intituciones número 59, 66 y 79.

En segundo lugar, los casos que ejemplificarían la preferencia de los *scriptores* tradicionales por omitir denominaciones de cualquier tipo relacionadas con el hecho notarial podrían ser los de las suscripciones 5, 52, 53, 75 y 80.

En estos casos puede observarse que, a pesar de que los *scriptores* ocasionales renuncien a indicar su titulación notarial, no por ello dejan de informar de su cargo u oficio ya civil, ya eclesiástico, siempre que lo posean. Así mismo, llaman la atención las fechas de redacción de los documentos, por lo que comentaremos esta cuestión con más detenimiento posteriormente.

Por último, el tercer lugar lo ocuparían aquellos escribas que se autodenominan o bien *notario*, o bien *escribano*, dejando así constancia de que iban adquiriendo conciencia de la profesionalización progresiva que estaba sufriendo su oficio, y de ello son ejemplo las suscripciones 54, 59, 67, 73, 78 y 81.

Incluimos a Miguel de Soria, que aparece en cuatro de estas intituciones, como ejemplo de notario de origen navarro o vinculado estrechamente a Navarra, reino en el que viviría debido a su oficio, ya que en una ocasión él mismo especifica que es notario del rey Teobaldo I. La segunda opción parece estar más próxima a la realidad puesto que, por la especificación que añade a su nombre, este escribano parece que procedía de Soria, es decir, que no era navarro de nacimiento, aunque no por ello ha de pensarse que siguiera unas pautas de redacción diferentes a las de la cancillería navarra de esta época, sino que con toda

seguridad se habría sumado a la tradición notarial de Navarra de la que sería un fiel reflejo.

Lo que llama poderosamente la atención en esta primera etapa es que la frontera de 1230, propuesta por la mayoría de estudiosos como año límite que separa esta etapa de la que viene a continuación, quizá no sea del todo acertada si se tiene en cuenta que en nuestro corpus los ejemplos encontrados que coinciden con la teoría que sostiene la existencia de tres tipos de *scriptores* en esta etapa inicial, a saber, los que mantienen las denominaciones del siglo anterior, los que prefieren no autodenominarse de ninguna manera y los que utilizan las calificaciones de *notario* y *escribano*, han sido redactados con posterioridad a este año y ocupan prácticamente toda la década de los treinta.

De este modo, la barrera que separa esta primera etapa de la segunda no sería el año 1230, sino que llegaría al menos hasta 1238, según la documentación que hemos estudiado, y todo ello teniendo en cuenta que incluso pueden aparecer variaciones que no harían sino demostrar que la década de los treinta es una época de gran fluctuación en cuanto a las calificaciones que se atribuyen los *scriptores*, sobre todo en el caso de denominaciones como *escribano* y *notario*, que todos coinciden en considerar como propias no exclusivamente de la primera etapa sino también de la segunda, tal como veremos a continuación.

Los estudiosos del tema no se ponen de acuerdo a la hora de señalar con exactitud la fecha de inicio de la segunda etapa de la evolución notarial navarra, ya que para Canellas López⁵⁷ empezaría a mediados del XIII, mientras que para García

⁵⁷ CANELLAS LÓPEZ, A., *art. cit.*, p. 110.

Larragueta y Bono⁵⁸ habría que señalar la tercera década del siglo, concretamente el año 1230 como el principio de esta etapa que abarcaría hasta 1260 aproximadamente. El análisis de nuestro corpus de intituciones hace que no coincidamos plenamente con esta clasificación, tal como hemos comentado ya.

Su característica principal es que los *scriptores* designados por los concejos navarros suelen llamarse *notarios* o *escribanos públicos* o *jurados*⁵⁹, primero en Tudela y luego en Pamplona.

Estas denominaciones se usaban indistintamente, es decir, debió existir una amplia gama de posibilidades que oscilaba entre las de *escribano* y *notario* de forma indiferente, a las cuales se les unían los adjetivos *público* o *jurado* también indistintamente, dando como resultado compuestos tales como *escriuan iurado*, *escribano publico e jurado*, *notario publico e jurado*, o simplemente sin ningún calificativo los nombres *notario* o *escribano*, según hemos podido encontrar entre las intituciones del corpus y que son las que presentamos a continuación.

Como ejemplos de *escriuano iurado* tenemos el de la intitución 86.

En el caso de la intitución de *escribano público jurado* disponemos igualmente de un ejemplo que lo confirma, el de la número 87.

⁵⁸ GARCÍA LARRAGUETA, S., *art. cit.*, pp. 201-202 y 204-205.

⁵⁹ Ambos adjetivos, *público* y *jurado*, demuestran que el juramento es el requisito imprescindible para que el notario sea considerado como "persona pública".

En una ocasión se inscribe el notario también como *notario público*, en la intitulación 75.

La autodenominación de *notario público jurado* se halla igualmente en un caso, el de la número 92.

Quizá aparezcan con más frecuencia las intituciones de *notario* y *escribano* que ya hemos comentado arriba, sobre todo en la década de los treinta y más aún a finales de ella, las cuales estimamos que forman parte de esa frontera que separa una etapa de la otra. Ese es el motivo de que las hayamos incluido antes en la primera y ahora volvamos a retomarlas dentro del estudio de la segunda etapa, según verifican las suscripciones 59, 67, 73, 78, 79, 81, 91 y 94.

Sin embargo, conviene aclarar también que todas estas calificaciones no son exclusivas de la segunda etapa notarial, sino que pueden encontrarse asimismo en la tercera que empezaría a partir de la década de los sesenta en el siglo XIII, como veremos seguidamente. Esta es la razón de que hayamos encontrado ejemplos de estas autodenominaciones con posterioridad a los años que ocupa la segunda etapa, con lo cual habría que incluirlas dentro de la tercera. Son los de las intituciones número 42, 47, 48 y 50.

A estos ejemplos de nuestro corpus pueden añadirse otros que han sido encontrados por García Larragueta, tales como *escriuan iurat et notarü public*, *notario iurado* y *publico notario*⁶⁰ y que recogemos también aquí, aunque no dispongamos de ejemplos que los atestigüen, porque están

⁶⁰ GARCÍA LARRAGUETA, S., *art. cit.*, p. 205.

íntimamente relacionados con los comentados arriba y así se completa la gama de posibilidades de la que hablábamos antes.

Lo que es cierto sin duda es que todas las fluctuaciones que hemos comentado dan fe de que en la tercera década del XIII se está consumando la aparición del *notarius publicus*, designado ahora por las villas y concejos navarros, los cuales, además, lo adscriben al territorio donde ejerce su función.

De ahí que desde mediados del siglo XIII sea frecuente encontrar casos de notarios o escribanos jurados⁶¹ adscritos a un concejo, que incluso pueden aparecer con anterioridad a esta fecha, así como también en años sucesivos, de forma que pertenecerían a la tercera etapa; ejemplo de todo esto son las suscripciones número 28, 47, 55, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 65, 66, 68, 69, 70, 71, 72, 74, 76, 77, 79, 86 y 87.

Todas ellas son casos típicos de hibridismo, ya que si por un lado incluyen la denominación de *scriptor*, considerada como propia de la primera etapa del siglo XIII en la evolución hacia el notariado público, por otro lado señalan también la adscripción del notario a un concejo navarro, lo cual parecía ser casi un hecho exclusivo de la segunda etapa.

Todo esto hace que nos planteemos una explicación diferente, que no sería otra que la de entender la denominación de *scriptor* propia no únicamente de la primera etapa, sino de posible aparición todavía en la segunda, al lado de las denominaciones más típicas de *escribano* y *notario*.

Sin embargo, podríamos cuestionarnos si esta explicación se corresponde con la realidad y, por lo tanto, resulta

⁶¹ *Jurado* significa "regidor" o "individuo de ayuntamiento" (YANGUAS y MIRANDA, J., *Diccionario de antigüedades del Reino de Navarra*, t. I, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1964, p. 540).

absolutamente viable o, por el contrario, sería más conveniente buscar otra explicación diferente, que se centraría en la hipótesis de averiguar si aparece en la segunda etapa del XIII la intitulación de *scriptor* como preferencia particular de un notario, es decir, como autodenominación predilecta o favorita de alguna persona en concreto.

UN NOTARIO LLAMADO PEDRO FERNÁNDEZ, EJEMPLO DE HIBRIDISMO

Pues bien, resulta que las dieciséis intituciones en que se encuentra la denominación de "*scriptor* del concejo de Tudela", o más concretamente *scriptor concilii Tutele*, entre 1235 y 1237, hacen referencia a la misma persona, un oficial llamado Pedro Fernández, que además se autodenomina no sólo *escriuano del concello de Thudela* en una suscripción de 1235, sino también notario público del concejo de Tudela en 1236 y *notarius concilii Tutele* en 1238. En otras ocasiones, en cambio, todas de 1234, prefiere omitir cualquier tipo de calificación escribiendo tan sólo su nombre, *Petrus Ferrandi*.

De ahí que podamos llegar a la conclusión de que, a pesar de tratarse de un notario público adscrito al concejo de Tudela, como demostrarían las denominaciones de *notarius*, *notarii* y *escriuano* por él utilizadas en algunos documentos, particularmente prefiere intitularse *scriptor* y ello es fácil de demostrar teniendo en cuenta que de un total de veinte intituciones adopta en dieciséis ocasiones la de *scriptor*.

La explicación que puede darse de este hecho es que, tal vez, aún sigue teniendo "in mente" la etapa anterior de principios del XIII cuando lo más habitual era la calificación de *scriptor* por la que parece sentir preferencia. Sin embargo, no por ello debemos dejar de considerarlo, como ya hemos dicho, un notario público tal vez no sólo a partir de 1236, sino desde sus primeras apariciones en 1234-1235. Atendiendo al escaso

intervalo de tiempo comprendido entre los documentos donde se encuentra el término *scriptor* y aquel otro diploma en el que aparece la denominación de *notario*, no nos atrevemos a asegurar que en sólo dos años, pasara de ser un simple *scriptor* ocasional a ocupar el puesto de notario público, aunque no puede descartarse esta posibilidad. En cualquier caso, destaca la abundante labor de escrituración que llevó a cabo, ya fuera notario desde 1234 o pasara de ser escribano en 1234 a notario en 1236.

Todas estas reflexiones permiten considerar e insistir en algunos aspectos como, en primer lugar, la no exclusividad del término *scriptor* en la primera etapa, lo cual haría comprensible su posible aparición también en la siguiente y en segundo lugar, como consecuencia del anterior, la posibilidad de que la primera etapa abarque algunos años más de lo que establecen los estudiosos, de modo que la frontera entre las etapas inicial y secundaria no sería tan nítida y podría existir entre ellas cierta interrelación o, mejor aún, una superposición que ocuparía toda la década tercera del siglo XIII, permitiendo la existencia de la denominación de *scriptor* junto a las de *escribano* y *notario*.

Por último, la tercera etapa que empieza a partir de 1260, tiene como característica fundamental la existencia de notarios tanto públicos como privados, tal como se desprende de las intituciones del corpus, nombrados por las autoridades concejiles en todo el territorio navarro; en palabras de Bono que recoge García Larragueta "desde la sexta década del siglo XIII ya es general en todo el reino la existencia de notarios públicos nombrados por los jurados de las villas"⁶².

Son, pues, típicos de esta época, junto a los notarios de creación comunal o "escribanos jurados", los notarios de la corte regia y también los notarios de la curia eclesiástica; y éstos dos

⁶² GARCÍA LARRAGUETA, S., *art. cit.*, p. 205.

últimos, como afirma García Larragueta⁶³, parece que tenían más importancia que los primeros.

NOTARIOS DE LA CURIA EPISCOPAL: LOPE SÁNCHEZ DE SANGÜESA Y POSIBLEMENTE GARCÍA PÉREZ

Los notarios de la curia episcopal eran creados por el obispo de Pamplona y tenían como finalidad atender los asuntos de la audiencia episcopal o curia. Parece ser que estos notarios creados por autoridad apostólica debieron surgir con antelación a los notarios de la corte, quizá desde la primera mitad del siglo XIII, según G. Larragueta⁶⁴, aunque los ejemplos que él cita son de finales de este siglo, concretamente de entre 1269 y 1273, fechas a partir de las cuales encuentra algunas referencias a notarios del obispo de Pamplona.

Sólo disponemos en nuestro corpus de dos intituciones en las que se hace mención de notarios de la curia. Nos referimos a las número 82 y 92.

La primera de estas intituciones podría entenderse, en principio, como un claro antecedente de las que irán apareciendo a partir de la segunda mitad del siglo XIII como exponentes del notariado de la curia episcopal. Sin embargo, conviene que advirtamos que el documento en el que se incluye esta intitución no se redactó en el Reino de Navarra, sino en Aragón, y aunque por el asunto tratado podría pensarse que esta escrituración se encargó a un notario de la curia episcopal navarra, no habría que descartar que podría tratarse no de un antecedente, sino de un hecho común y más temprano en el Reino vecino de Aragón. En este último caso, Esteban, el notario

⁶³ GARCÍA LARRAGUETA, S., *art. cit.*, p. 206.

⁶⁴ GARCÍA LARRAGUETA, S., *art. cit.*, p. 217.

encargado de la redacción, no pertenecería a la curia episcopal navarra sino a la de Aragón, teniendo en cuenta que se intitula capellán y canciller de Gil, uno de los obispos de este reino, concretamente de Segorbe y Santa María. Serán las características lingüísticas del documento las que aclaren si estamos ante un notario aragonés o ante uno navarro.

La segunda intitulación aludida arriba hace referencia a Lope Sánchez de Sangüesa, rector de la iglesia de Andoain y notario del obispo de Pamplona.

El hecho de que el documento en el que se encuentra esta otra suscripción sea de 1255 parece confirmar la idea de García Larragueta que hemos recogido antes y que sostiene que estos notarios aparecen a partir de la primera mitad del siglo XIII. Aunque este autor no haya encontrado ejemplos anteriores a 1269, en nuestro corpus aparece al menos uno que verifica esta teoría, el de la intitulación 92 de 1255.

Por otro lado, a pesar de la escasez de suscripciones de que disponemos en las que se haga referencia a notarios episcopales, ésta última citada, la número 92, parece ser muy relevante si se tiene en cuenta que sirve para poner en entredicho una de las afirmaciones de García Larragueta en la que se sostiene que el término "*auctoritas*" se adopta muy tarde en la redacción documental y propone como fecha de sus primeras apariciones el siglo XIV.

Pues bien, en nuestra intitulación de 1255 ya aparece este término, de modo que, aunque no abunde su uso, podemos afirmar que no es propio exclusivamente del XIV, sino que también es posible encontrarlo en el siglo XIII, tal vez como antecedente de lo que después será un hecho mucho más frecuente y usual.

Algo que requiere atención, igualmente, es la aparición en el corpus de una intitulación del año 1252, llamativa por el nombre del notario que la escribe, García Pérez. Se trata de la número 89.

Parece que este oficial, aunque no se intitula de ninguna manera en la suscripción de nuestro corpus, es el mismo al que García Larragueta, de nuevo, hace referencia en su artículo.

En las intituciones de los documentos seleccionados por este autor, aparece un notario con un nombre similar (quizá con alguna variación ortográfica), al que se halla en la suscripción de nuestro corpus, es decir, *Garsia Petri*.

Este oficial de nombre García Pérez se autodenomina en la intitulación de G. Larragueta de 1287 "*notario publico et iurado en Curia et Diocesi Pampilonensibus*". El autor lo presenta como el clérigo García Pérez de Larrangoz, notario de la curia episcopal. Nuestro propósito no es otro que averiguar si se trata de la misma persona en ambos casos, es decir, si nuestro notario es el mismo del que habla G. Larragueta o, por el contrario, teniendo en cuenta la distancia entre las fechas de las dos intituciones, 1252 y 1287, sería más conveniente entender que estamos ante dos personas diferentes y el hecho de que se llamen igual es únicamente una mera coincidencia.

Pues bien, si optamos por defender la primera postura que sostiene que el escribano de nuestro diploma es el mismo que años después se intitula notario de la curia en el documento de Larragueta, sería necesario precisar que este oficial García Pérez tal vez pasó a convertirse con los años en notario de la curia y diócesis de Pamplona, quizá por el prestigio que pudo haber ido adquiriendo con el ejercicio de su oficio notarial. También es posible que se tratara ya en 1252 de un notario episcopal, teniendo en cuenta el asunto dispuesto en el documento al que pertenece la intitulación de nuestro corpus,

obra de García Pérez; esto es, las partes implicadas en este documento de compra-venta están relacionadas con la iglesia, tanto uno de los que compran para Teobaldo I, el preboste Guillén de Las Barras, como la que vende Blanca, la abadesa de Marcilla. Por ello es probable que se recurriera a un notario episcopal para esta escrituración.

A pesar de la lógica que parece tener esta postura, no podemos rechazar la otra posibilidad centrada en interpretar que quizá no se trate de la misma persona, sino de dos notarios diferentes que ejercieron su oficio en épocas distintas, uno durante el reinado de Teobaldo I y el otro durante el de Teobaldo II, y el hecho de que ambos tengan el mismo nombre no sería más que una casualidad basada en lo corriente del nombre y en su frecuencia de aparición cronológica y diatópicamente. En cualquier caso, desde nuestro punto de vista, la posibilidad más acertada es la de considerar que el oficial García Pérez hallado en nuestra intitulación sea un notario de la curia episcopal ya en 1252.

NOTARIOS DE LA CORTE REAL: UN GRAN NÚMERO EN EL CORPUS

Si no disponemos apenas en nuestra documentación de suscripciones que hagan mención de notarios de la curia episcopal, lo cierto es que ocurre algo semejante en el caso del notariado de la corte, ya que tan sólo hemos encontrado dos intituciones muy tardías en las que se especifica claramente que los notarios a los que se deben están vinculados a la corte. Sin duda esto tiene su importancia porque consolida algunos usos diplomáticos, son las número 48 y 50.

Debemos concordar, pues, con García Larragueta en la idea de que apenas se aludía en las intituciones de los documentos al cargo de notarios de la corte durante el último tercio del siglo XIII⁶⁵.

Sin embargo, el hecho de que no se manifestara en las suscripciones la relación de los notarios con la corte regia no niega la existencia de un buen número de notarios reales encargados de redactar toda la documentación relativa a los asuntos del monarca, y en ella dejaban constancia, sino de su vinculación con la corte, sí al menos de su cargo notarial.

Sirvan de botón de muestra del notariado real algunos escribanos de las Cortes de Teobaldo I y de Teobaldo II.

Adscritos a la Corte regia del primer Teobaldo debieron de estar por ejemplo el maestre Guido, canciller de dicho rey, Miguel de Soria, quien se denomina a sí mismo tanto "notario domni regis Theobaldi", como "escruiano del rei", y tal vez Lope García, clérigo del rey, Roberto Delfin, abad de Aibar, Martín escribano y García Escolano.

Vinculados a la Corte del segundo Teobaldo estuvieron once escribanos y notarios, según García Arancón, de los cuales nueve eran navarros y los otros dos franceses. Los navarros eran: García Sánchez, abad de Arróniz, quizá identificable con García Sánchez de Tudela, Miguel de Pamplona, Fernando Pérez, Domingo García, clérigo y abad de Legarda, Martín de Estella, Miguel Pérez, Jimeno García, clérigo del rey, y García Miguel. Los dos franceses eran Juan de Asnières y Odón de Château-Thierry.

Asimismo, serían notarios reales Martín Pérez de Estella y Juan Jiménez. Estos oficiales fueron posteriores a los reinados

⁶⁵ Según García Larragueta, esto sería debido a la situación tan peculiar de la corte, la cual estaba en manos de gobernadores o reformadores que actuaban en nombre de unos reyes que tenían su residencia en Francia casi siempre (GARCÍA LARRAGUETA, *art. cit.*, p. 206).

de Teobaldo I y II. Concretamente, por las fechas de finales del siglo XIII de los documentos que redactaron, se encuadran en la Corte de la regente Blanca, esposa de Enrique I y madre de la reina Juana de Navarra y Champaña.

García Larragueta da los nombres de unos cuantos notarios reales y como varios de estos nombres parecen coincidir con algunos de los que tenemos en nuestra documentación nos proponemos averiguar si se trata de las mismas personas.

Por ejemplo, uno de estos casos sería el de Juan Jiménez de Olite al que acabamos de citar un poco más arriba como notario durante la regencia de doña Blanca. Creemos que el notario que cita Larragueta con este nombre y que fecha sus documentos entre 1298 y 1310 es el mismo que aparece en una intitulación de 1299 en nuestro corpus bajo la forma de *Johan Semeniz*, tanto por la semejanza de los nombres, como por la plena coincidencia de las fechas en ambos casos.

EL CASO DEL OFICIAL PEDRO MARTÍNEZ DE ARCEIZ:
DE NOTARIO AJENO A LA CANCELLERÍA REAL A NOTARIO DEL REY.

También Larragueta nombra como otro de los representantes del notariado real a *Pedro Martineiz de Arteiz* (1273-1298) y dado que en nuestra documentación aparece escrito un tal *Pero Martinyz de Arceyz* podríamos creer a simple vista y por la semejanza del nombre que se trata del mismo notario en los dos casos.

La intitulación que forma parte de nuestro corpus y en la aparece este notario es la número 147.

Si analizamos la hipótesis con más detenimiento, surgen algunos interrogantes que parecen contradecir esta identidad de la que hablamos ya que las intitulaciones en las que se encuentra este antropónimo presentan algunas diferencias entre ellas pero éstos se resuelven fácilmente atendiendo a la evolución histórica de los hechos.

En el documento de nuestro corpus este notario se intitula en 1270 escribano del infante Enrique, mientras que en el documento estudiado por Larragueta se presenta como "*escruiano publico et iurado del seynor rey*" tres años después de la anterior intitulación, es decir, en 1273.

El problema se resuelve teniendo en cuenta que en esta última intitulación al aludir al rey no se refiere a Teobaldo II, quien había muerto en 1270, sino al sucesor de éste, su hermano Enrique.

Sin duda, se trata, pues, del mismo oficial en ambas intitulaciones, pero con atribuciones diferentes en cada caso, es decir, que Pedro Martínez de Arceiz pasó de escribano particular al servicio del infante Enrique a convertirse unos años más tarde, tras la muerte de Teobaldo II, en notario del nuevo rey Enrique, ejerciendo así su oficio notarial para la misma persona con la que estaba antes de ocupar ésta el trono de Navarra.

En cualquier caso, en la intitulación de nuestro corpus se presenta como un escriba ajeno aún a la cancillería real en 1270, y así concordamos con García Arancón, para quien este notario no es todavía uno más de los encargados de redactar los asuntos notariales relacionados con la persona del rey.

MIGUEL PÉREZ: NOTARIO REAL CON COMPETENCIA
"UBIQUE LOCORUM"

Por otro lado, observamos que tanto Canellas López⁶⁶ como García Larragueta⁶⁷ confirman la no existencia en Navarra de notarios públicos de creación real que tuvieran competencia en todo el reino durante el siglo XIII casi en su totalidad.

Estos notarios de nominación real con "competencia *ubique locorum*" no aparecieron, según G. Larragueta, hasta mediados del siglo XIV, pero está convencido de que debieron existir con antelación a esta época, aunque escasamente. Por ello, habla de algunos precedentes muy antiguos de estos notarios del "*seynor rey*", a partir, con arreglo a sus investigaciones, del último cuarto del siglo XIII, en concreto desde 1273.

De todos los nombres de oficiales que G. Larragueta menciona como ejemplo del notariado real, nuestra atención se centra especialmente en dos de ellos, ya que parecen coincidir con los de algunos notarios de nuestro corpus, es decir, que quizá se trate de las mismas personas. Esto es comprensible no sólo por la semejanza existente entre los nombres de los notarios que cita G. Larragueta y los del corpus objeto de estudio, sino también porque se han encontrado en territorio navarro y en unas fechas relativamente aproximadas, sobre todo el primero de los dos casos que vamos a comentar.

Uno de los notarios al que nos referimos y del que ya hemos hablado arriba es Pedro Martínez de Arceiz. Este oficial

⁶⁶ CANELLAS LÓPEZ, A., *art. cit.*, p. 111.

⁶⁷ GARCÍA LARRAGUETA, S., *art. cit.*, p. 212.

aunque en el ejemplo de nuestro corpus, de 1270, se presenta como un escribano particular y ajeno a la corte, llegó a ser uno de los notarios reales al que el rey debió conceder, casi con toda seguridad, el privilegio de utilizar su autoridad en todo el territorio navarro, es decir, de desempeñar su cargo notarial con competencia "ubique locorum", atendiendo a la intitulación recogida por G. Larragueta, la de "*escruiano publico et iurado del seynor rey*".

Otro de los notarios estudiados por García Larragueta cuyo nombre parece coincidir también con uno de nuestra serie documental es Miguel Pérez, notario de creación real igualmente, que disfrutó del mismo tipo de atribuciones que el anterior, según se desprende de la intitulación de 1308 que presenta Larragueta referida a este oficial: "*scriuano jurado publico puesto por el seynor rey en Sangüesa*".

En nuestro corpus hemos encontrado al menos tres intituciones en que aparece este mismo nombre, las número 99, 107 y 109.

Las tres son del año 1264 y no se explicita en ellas si éste es un notario de creación real, ni tampoco el lugar al que está adscrito, ni mucho menos si es un notario real con competencia "ubique locorum". La única información que nos ofrecen es la referencia que hacen dos de ellas al rey como autor de la *iussio*, lo cual no resulta suficiente para calificar a este oficial como notario real.

Sin embargo, no es un error considerar que Miguel Pérez perteneciera a la cancillería del rey por dos motivos. En primer lugar porque, como ya hemos adelantado en otro apartado, García Arancón lo incluye en su lista de escribanos navarros de la cancillería de Teobaldo II y, en segundo lugar porque la intitulación presentada por García Larragueta, tal como puede observarse, confirma el cargo de Miguel Pérez de notario real.

La cuestión planteada otra vez es la de averiguar, dada la semejanza del nombre, si el notario estudiado por este autor es el mismo que está en nuestro corpus, a pesar de las diferencias que los separan, tanto las de las fechas de las redacciones documentales (de 1308 es el texto del notario de G. Larragueta y de 1264 el de nuestro notario), como las de las intituciones notariales que escriben, puesto que si en una de ellas, la de 1308, se autodenomina *notario real* y explicita el lugar, en la otra, la de 1264, sólo escribe su nombre.

Todo ello lleva a pensar que se trata de la misma persona, pero con diferentes cargos en cada una de estas fechas. Mientras en 1264 trabajaba como escribano en la cancillería de Teobaldo II y es posible que incluso llegara a ser notario real, aunque sin estar adscrito todavía a ningún lugar concreto, en 1308 ya era un notario del rey con plena competencia territorial, es decir, que el privilegio "ubique locorum" le habría sido otorgado no por Teobaldo II, sino por sus sucesores.

Así pues, esta es una de las posibles interpretaciones, la de sostener que Miguel Pérez vivió en sí mismo la evolución que se produjo en el notariado navarro y que comportó la ampliación de las atribuciones de los notarios a los que se les concedió el privilegio de ejercer su oficio en cualquier lugar del territorio navarro.

Sin embargo, no queremos descartar otra explicación también viable basada en la costumbre medieval de que los hijos ejercieran el oficio paterno u ocuparan el cargo notarial de sus padres cuando éstos morían. De modo que no se trataría de la misma persona, sino de padre e hijo, con el mismo nombre y por supuesto idéntico apellido. Esta evolución de escribano del rey, el padre, en 1264, a notario del rey con competencia "ubique locorum", el hijo, en 1308, parece igualmente posible.

En cualquier caso, ya estemos ante la misma persona, ya ante padre e hijo, la diferencia no resultaría trascendente puesto

que el hijo debió heredar los usos y costumbres notariales del padre, aunque el sistema lingüístico romance pudiera presentarse un poco más evolucionado, a pesar de lo arcaico del lenguaje jurídico en cuanto a las formulaciones utilizadas en la escritura.

S. García Larragueta sostiene asimismo que junto a los notarios públicos de creación real con competencia en todo el territorio aparecidos a finales del XIII o principios del XIV, también existieron "notarios de creación real con incardinación en una determinada localidad o comarca y, por lo tanto, sin competencia *ubique locorum*"⁶⁸.

En el corpus de intituciones que analizamos no aparece ninguna en que se especifique que la competencia del notario abarca únicamente un lugar determinado. Esta falta de precisión tal vez signifique que todos los notarios reales que aparecen en el corpus debieron tener competencia "*ubique locorum*" ya desde una época muy temprana, concretamente desde 1162 y, además, no de forma aislada y escasa.

Partiendo de este supuesto así establecido, el número de casos en los que el notario real presenta su competencia "*ubique locorum*" es bastante abundante en el corpus, por ejemplo en las suscripciones número 22, 48, 50, 67, 81, 91, 94, 114, 116 y 132.

En cambio, no encontramos ningún ejemplo en el que el notario señale que sólo tiene competencia en una localidad o comarca. Esto resulta muy curioso si tenemos en cuenta que para García Larragueta debía ser la cosa más frecuente. La única intitución que parece dejar entrever que el oficial actúa solamente en un lugar muy concreto sería la número 121.

⁶⁸ GARCÍA LARRAGUETA, S., *art. cit.*, p. 212.

En ella, a pesar de la especificación que añade García Miguel, no podemos asegurar que este notario real sólo tuviera competencia en Estella. Creemos que esta intitulación más bien pretende indicar que se trata de un notario no exclusivamente del rey, sino además al servicio del concejo de Estella, es decir, que García Miguel era tanto notario real como concejil.

Esta falta de precisión en las intitulaciones podría entenderse, quizá, si consideramos que, como son ejemplos de fecha relativamente temprana, el notario únicamente se preocupa por señalar en su intitulación el cargo que ocupa por otorgamiento real, sin detenerse a indicar qué tipo de competencia local le es propia, es decir, no especifica si puede desempeñar su oficio en todo el territorio o, por el contrario, única y exclusivamente en algunas zonas en concreto. Sin embargo, esto son sólo conjeturas y si nos atenemos a los hechos que se nos presentan la conclusión podría ser muy diferente.

Por lo tanto, podemos entender los ejemplos extraídos o bien como claros precedentes de los futuros notarios reales con competencia en todo el territorio, o bien podemos llegar a la conclusión de que G. Larragueta se precipita al afirmar que estos notarios apenas existieron en el XIII, es decir, que sería legítimo considerar su existencia como posible en el siglo XIII e incluso, aventurar que deberíamos colocar los precedentes un siglo antes, en el XII, aunque sea cierta su escasa frecuencia de aparición hasta el último cuarto del XIII, que no culmina hasta el XIV.

4.2.3.2. CASTILLA. FASES DEL NOTARIADO CASTELLANO

Otra de las áreas que resulta conveniente tomar en consideración para llevar a cabo un estudio más pormenorizado y detallado del hecho documental notarial es Castilla.

Si bien es cierto que en nuestro corpus, como ya hemos adelantado, apenas disponemos de ejemplos que nos permitan estudiar y extraer conclusiones certeras acerca del notariado castellano porque la gran mayoría de documentos de esta zona aparece sin intitulación alguna, no debemos pasar por alto algunas notas reveladoras para alcanzar el objetivo que nos proponíamos al principio y que no era otro que el de arrojar un poco de luz sobre los textos que estudiamos.

Seguiremos para este análisis a Canellas López y a Bono principalmente⁶⁹, con la intención de añadir a lo ya visto más arriba desde una perspectiva general algunas notas nuevas, pero haciendo desde ahora solamente referencia a la zona castellana.

Del mismo modo que ocurría en Navarra, donde era posible la distinción entre diferentes etapas consecutivas notariales en el siglo XIII, también podemos distinguir en Castilla dos etapas evolutivas, una inicial que se extendería a lo largo de la primera mitad de este siglo, y otra etapa posterior que empezaría a partir de 1255 con la promulgación del *Fuero Real*.

Si la primera etapa se caracteriza porque en ella se observa una diferencia clara entre los *scriptores profesionales* por un lado y los *escribanos* por otro, la etapa segunda supone la culminación de la primera debido a la aparición ya de la figura

⁶⁹ CANELLAS LÓPEZ, A., *art. cit.*; BONO, J., *art. cit.* p. 484 y ss.

del *notario* como profesional, es decir, como titular de un oficio público.

Sin embargo, al lado de estos nuevos notarios, aún persisten los meros *scriptores* de la etapa anterior que, aunque adoptan ahora las denominaciones de *escribano público* o *notario público*, no se confunden con la figura del verdadero notario porque éste pasa a utilizar en sus intituciones el término *juratus*, que lo acredita como tal.

Aunque en nuestro corpus son escasos los ejemplos que nos muestran la existencia en Castilla de dos modalidades diferentes relacionadas con la elaboración del documento notarial en la primera etapa, a saber, los *scriptores profesionales* y los *escribanos*, hemos encontrado algunos casos que quizá resulten representativos de ambas modalidades, aun a pesar de las dificultades de interpretación que entrañan ya que no se trata de claras manifestaciones que permitan decantarse con seguridad en favor de uno u otro tipo de los dos citados.

De este modo, es posible, quizá, considerar como muestra de *scriptores profesionales* privados, es decir, de particulares, la intitución número 5.

Y ejemplo de suscripción en la que se aluda al *escribano* podría ser la número 6.

Lo cierto es que los otros ejemplos castellanos de que disponemos no pueden encuadrarse en esta etapa inicial porque pertenecen a una época más temprana, los siglos XI y XII, la cual debería ser entendida como un antecedente del notariado del XIII que no ha determinado todavía las líneas que seguirá el hecho notarial. Se trata de las suscripciones número 1 y 4.

Por otro lado, queremos advertir que no disponemos de ningún ejemplo en el que se mencione a un notario de la segunda época, aunque estamos de acuerdo con Bono en que, de aparecer en nuestra documentación, lo habría hecho con la denominación de *notario jurado* para diferenciarse de los simples *scriptores* profesionales de la etapa anterior que todavía perduran en ésta.

Los únicos ejemplos pertenecientes a esta segunda etapa hacen referencia al autor o autores de la *iussio*, pero no añaden ninguna aclaración sobre el nombre del notario. Son los de las intituciones número 7, 8, 11, 12, 13, 14 y 15.

De todas éstas, es posible que sea la 12 la única intitulación en la que se menciona a un notario o escriba responsable o autor de la redacción del documento. Además, los casos en los que se menciona el oficio al lado del nombre, como el del "halconero Martín" en algunas de estas intituciones, indican que se trataba de un miembro de la casa real.

Hemos incluido aquí en el apartado dedicado a Castilla, por lo tardío de sus fechas y atendiendo a la castellanización progresiva que debió actuar en todos los ámbitos, los documentos cuyas redacciones se llevaron a cabo en Valladolid y en Vitoria, puesto que en los años en que se escrituraron dichos documentos el País Vasco ya se había incorporado a Castilla, del mismo modo que también había tenido lugar ya la unión definitiva de los Reinos de Castilla y León, la cual culminó en 1230 tras los múltiples y sucesivos intentos que habían ido surgiendo con anterioridad a esta fecha, de tal forma que zonas como Valladolid, Palencia, etc., leonesas en sus orígenes, se consideraban a finales del siglo XIII, y aun antes, como parte de las propiedades territoriales castellanas.

Así pues, atendiendo sobre todo a sus datas crónicas consideramos estos diplomas como castellanos no sólo desde el punto de vista lingüístico, sino también en cuanto a sus intituciones que se presentan como manifestaciones del hecho notarial castellano descartando, por lo tanto, la posibilidad de que se utilicen fórmulas propias del notariado leonés, caracterizado por el mantenimiento en el ámbito jurídico de expresiones fijadas en la escritura, procedentes de antiguos formularios de la tradición visigótica.

También resulta interesante tener en cuenta la visión que ofrece Menéndez Pidal del planteamiento de la legislación que se hizo en Castilla, basada en el desarrollo de las costumbres locales que la diferenciaban de la legislación escrita en el resto de España. Así, mientras León es una región arcaizante y conserva la "envejecida cultura latina" desde su punto de vista, Castilla se caracteriza por representar "el fermento germánico que tanta parte tuvo en la elaboración de la nueva cultura medieval"⁷⁰.

Con respecto a estas suposiciones pidalianas, conviene señalar que, en opinión de otros autores, no debe considerarse a León como una zona arcaizante. Por lo tanto, sólo podría hablarse de arcaísmo en cuanto a los formularios utilizados en el ámbito jurídico, tal como comentaremos más adelante.

Por otro lado, con respecto a los documentos redactados en Toledo y que presentan alguna señal de intitución notarial, queremos advertir que hay que estudiarlos igualmente dentro del apartado dedicado a Castilla ya que en las fechas en que se

⁷⁰ Menéndez Pidal asegura que Castilla "al emanciparse así de la tradición de la corte visigoda tan seguida en León, al romper así con una norma común a toda España, surge como un pueblo innovador y de excepción" y continúa explicando como Castilla se caracteriza por su derecho consuetudinario local y, por lo tanto, "se opone al derecho escrito dominante en el resto de España" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 2, p. 475).

escribieron, Toledo si bien no puede decirse que perteneciera todavía a Castilla, sí es cierto que estaba vinculado a las posesiones de los reyes castellanos, aunque en cuanto a la cuestión jurídica, es posible tal vez que los notarios de este lugar aún siguieran manteniéndose fieles a las leyes árabes y que sus fórmulas notariales fueran un vivo reflejo de esa tradición⁷¹.

Como ejemplos de intituciones pertenecientes a documentos redactados en Toledo tenemos las número 9 y 10.

Estos documentos se redactaron a finales del siglo XII, concretamente en 1194, fecha en la que Menéndez Pidal asegura que en Toledo no sólo los mozárabes seguían manteniendo la legislación visigótica del *Fuero Juzgo*, sino también los castellanos quienes, a pesar de imponerse en otros aspectos tales como el de la lengua, utilizaron esta legislación en los siglos XII y XIII.

Así pues, en primer lugar, si aceptamos esta creencia pidaliana, sería posible considerar que en la escrituración de los dos documentos de estas intituciones se utilizaron las fórmulas tradicionales y arcaicas del código legal visigótico, aunque la lengua utilizada en ellas no fuera ya el mozárabe propio de Toledo, sino el romance castellano, independientemente del origen castellano o mozárabe del notario que llevó a cabo la redacción, puesto que tanto unos como otros utilizaron a partir de 1085 la lengua traída de Castilla por los castellanos

⁷¹ De nuevo, Menéndez Pidal explica como tras la reconquista de Toledo por Castilla en 1085, los mozárabes eran numerosos y continuaron "en el uso oficial de la lengua y de la escritura árabe para documentos notariales e inscripciones; continuaron también rigiéndose por su legislación visigótica del *Fuero Juzgo*, practicando su rito visigótico, a pesar de la introducción del rito romano en el resto de España". Este autor continúa diciendo que "los mozárabes no eran los únicos pobladores del reino reconquistado. En la capital, Toledo, había tres núcleos principales de población: uno el de las seis parroquias mozárabes, otro el de los castellanos reconquistadores y otro el de los francos que habían venido a colonizar (...). La importancia relativa de estos grupos era muy variada. En algunas órdenes de la vida, el elemento mozárabe se sobrepuso al castellano; así el *Fuero Juzgo*, legislación de los mozárabes rechazada al principio por los repobladores castellanos, se fue generalizando para todos en el curso de los siglos XII y XIII; de modo que en el siglo XIV se distinguía en Toledo a los de fuera, que eran del Reino de Castilla, en que no se regían por el *Fuero Juzgo*" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 2, pp. 437-438).

reconquistadores en detrimento del dialecto mozárabe que no prevaleció.

Desde el punto de vista de Wright, las hipótesis pidalianas deben ser reconsideradas. Sin embargo creemos que, en esta ocasión, al menos una parte de ellas podría considerarse plenamente válida, atendiendo a algunos hechos.

En segundo lugar, si aceptáramos la teoría propuesta por Wright, cronológicamente los documentos de los que forman parte las intituciones que nos ocupan, redactados en Toledo en 1194, pertenecerían al período posterior a la llegada y asentamiento del latín medieval a la Península traído por las reformas carolingias. De forma más concreta, estas escrituraciones se habrían hecho durante el arzobispado en Toledo de Bernard de Séridac, nombrado por Alfonso VI en el año 1086. Este arzobispo se rodeó de *litterati*, es decir, "letrados" en su mayoría franceses, para introducir con éxito la erudición latina en Toledo; este hecho, unido a su intolerancia hacia la cultura cristiana *mozárabe* y la *mudéjar* musulmana en el siglo XII, hasta el punto de intentar destruir los antiguos manuscritos y costumbres visigóticos, llevó a los mozárabes toledanos a copiar varios manuscritos de ritos visigóticos para poder seguir utilizándolos. De este modo, Toledo se constituye en ejemplo de la coexistencia de dos normas, es decir, de la distinción entre el latín, de la élite latinizante y el romance utilizado por mozárabes e inmigrantes castellanos. Wright dice, por lo tanto, que en el Toledo de los siglos XII y XIII se leía en árabe, se hablaba en español y se escribía en latín⁷².

Por todo ello, atendiendo a las indicaciones de Menéndez Pidal y Wright, sería necesario establecer algunas precisiones con respecto a la escritura de los documentos. Así, es probable

⁷² WRIGHT, R., *op. cit.*, pp. 318-327.

que, por un lado, algunos mozárabes siguieran utilizando formularios visigóticos para redactar sus documentos, mientras que, por otro lado, los sectores sociales más elevados harían uso del latín medieval.

Este último sería el caso de los diplomas que nos ocupan, redactados, sin duda, en latín medieval dado que tratan asuntos relacionados con la casa real de Alfonso VIII⁷³. No hay que pensar, pues, en el mantenimiento de formularios mozárabes de la antigua tradición visigoda.

Del oficial encargado de estas escrituraciones sólo se conoce el nombre, maestre Mica, y el cargo que desempeña como notario real de Alfonso VIII. En cuanto a su origen, no debe tratarse de un notario mozárabe, puesto que aunque éstos "no eran analfabetos en el sentido moderno"⁷⁴, en palabras de Wright, tampoco debían de formar parte de la élite latinizante que rodeaba al monarca, según parece desprenderse de los comentarios de Menéndez Pidal.

Además, puede descartarse aún con mayor seguridad la posibilidad de que este notario fuera un judío representante de la tradición notarial toledana anterior a las reformas decretadas por el Concilio de Burgos. Se sabe con certeza que los judíos nunca fueron elegidos para ejercer la función de notario real, aunque sí es cierto que existían judíos que hacían de notarios -sofer- para los asuntos internos de las aljamas y para dar fe en documentos expedidos entre ellos, tal como sostienen M. T. Ferrer y J. Riera⁷⁵.

⁷³ Concretamente, en el diploma de la intitulación 9 el rey Alfonso VIII da al Concejo de Salinas de Añana la villa de Atiega con su monasterio; y en el de la suscripción 10, este mismo rey concede a ese concejo un fuero sobre sus tributos (LÓPEZ CASTILLO, S., *op. cit.*, pp. 11-14).

⁷⁴ WRIGHT, R., *op. cit.*, p. 322.

⁷⁵ FERRER MALLOL, M. T. y RIERA SANS, J., "Miscel·lània de documents per a la història del notariat als estats de la corona catalano-aragonesa", *Separata de "Estudios Históricos y Documentos de los Archivos de Protocolos"*, Vol. IV, Barcelona, 1974, pp. 434-437.

4.2.3.3. MÁS SOBRE LA EVOLUCIÓN DEL HECHO NOTARIAL CASTELLANO: EL CASO DE SEVILLA

Muy relacionado con el notariado castellano, está el de Sevilla desde el siglo XIII. Ello se debe a que Sevilla había sido conquistada e incorporada a los dominios de Castilla en 1248, gracias a la intervención del rey castellano-leonés Fernando III el Santo. Este hecho influyó, asimismo, en el predominio de escribanos laicos en esta parte de la Península procedentes de Castilla, los cuales, por tanto, utilizaron la legislación alfonsina aparecida en el *Fuero Real*, *El Especulo* y *Las Partidas*.

Esto ocurre, según Ostos y Pardo⁷⁶, porque desde mediados del siglo XIII se implanta el notariado castellano en Sevilla, el cual rompe con la ley islámica existente anteriormente.

Además, puesto que puede constatarse en Sevilla la existencia de *escriuanos reales*, *escriuanos publicos*⁷⁷ y *escriuanos del concejo sevillano*, hay que entender, tal como hacen estas autoras, que el título de *escriuano de Sevilla* que adoptan los notarios desde el principio es la denominación predilecta en detrimento de la de *notario*, aunque afirman, así mismo, que a finales del siglo XIV se fijó su organización "corporativa" y no durante el XIII.

Un aspecto interesante de la intitulación notarial sevillana es la preferencia por la utilización del latín en lugar del romance hasta bien entrado el siglo XIII, concretamente hasta 1259, a pesar de que la forma documental se presentaba plenamente establecida desde 1253; todos estos hechos unidos a otras

⁷⁶ OSTOS SALCEDO, P. y PARDO RODRÍGUEZ, M. L., *art. cit.*, p. 514.

⁷⁷ Estos escribanos públicos son reflejo de la legislación del *Fuero Real* en 1286.

circunstancias llevan a las autoras citadas a observar que "el notariado sevillano de la época, parece estar atravesando una situación transitoria y provisional.

En nuestro corpus sólo hemos encontrado un documento redactado en Sevilla con intitulación notarial, la número 85. En ella se menciona el nombre de su autor, Juan Pérez, pero sin indicar el cargo que desempeña; la fecha de escrituración de este documento, el año 1250, lo vincula al Reino de Castilla.

La especificación locativa que acompaña al nombre de este notario y permite situarlo en la localidad de Berlanga resulta ser muy reveladora ya que gracias a ella podemos aventurarnos a afirmar que estamos ante un notario al menos relacionado con algún punto geográfico meridional de la Península, puesto que Berlanga se encuadra en la actual provincia de Badajoz. Además, el hecho de que la intitulación esté redactada en latín, tal como era típico en Sevilla durante esta fecha, aun cuando el resto del documento lo está en romance, confirma la idea de que nuestro escriba es un claro exponente del notariado sevillano.

4.2.3.4. LEÓN: PLANTEAMIENTO EVOLUTIVO DE LA SITUACIÓN NOTARIAL

Ya por último, aunque sean muy escasos los documentos leoneses de nuestro corpus que presentan intitulaciones de notarios, vamos a repasar, siguiendo a Martín Fuertes⁷⁸, cuál era el estado del hecho notarial en la zona de León. Ello nos ayudará, con toda seguridad, a obtener una visión más amplia de la situación del notariado hispánico en general.

⁷⁸ MARTÍN FUERTES, J. A., *art. cit.*, pp. 599-606 y 611-613.

Los escasos ejemplos encontrados en nuestro corpus, reflejo del estado notarial leonés, no nos permiten comprobar las etapas sucesivas por las que ha pasado la evolución del notariado en León durante el siglo XIII, fecha decisiva para el asentamiento definitivo del "notario público" en la tercera etapa, derivado del "amanuense-testigo" de la primera y del incipiente "notario del concejo" de la segunda.

Cabría situar nuestros ejemplos, siguiendo a Martín Fuertes, en una etapa prenotarial anterior al siglo XIII, concretamente disponemos de dos intituciones notariales pertenecientes a dos documentos del siglo XI, fecha en la que se utilizaba con frecuencia la siguiente fórmula: *Nombre+verbo* y a veces se presentaba un poco más ampliada si se especificaba el cargo eclesiástico del autor material del documento, como sería el caso de las suscripciones número 2 y 3.

Sin embargo, estas dos únicas intituciones notariales leonesas de que disponemos nos permiten, dadas sus fechas de elaboración, comentar dos teorías diferentes u opuestas acerca de la lengua utilizada en la escrituración notarial de León. En este capítulo atenderemos únicamente a los supuestos de estas dos teorías, la de Menéndez Pidal y la de Wright. En el capítulo séptimo retomaremos la cuestión al considerar otras explicaciones lingüísticas que se han dado de estos documentos leoneses del siglo XI.

Pues bien, en primer lugar, Menéndez Pidal⁷⁹ opinaba que esta lengua era en algunos casos arcaizante y seguidora del código visigótico y regía no sólo en León sino también en Aragón, Cataluña y entre los mozárabes.

Este autor sostenía que en la corte y región leonesa se dio la coexistencia de dos tipos de latín en el León anterior a finales del siglo XI, uno más correcto, el latín escolástico, continuador

⁷⁹ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 2, pp. 454-460.

del latín imperial, y otro lleno de "incorrecciones" o interferencias del romance, al que llamaba latín vulgar leonés⁸⁰.

Por lo tanto, consideraba que en los notarios de León podían distinguirse dos maneras de escribir, por un lado, algunos utilizaban un latín inteligible para los legos (latín popular leonés), y por otro también estaban los que sólo hacían uso de un latín inteligible para los doctos (latín escolástico).

En segundo lugar, Wright considera que esta teoría pidaliana, que aboga por la existencia de un latín vulgar leonés, encierra algunos errores o imprecisiones. Este autor asegura que tanto en León como en cualquier otra área lingüística peninsular sólo se hablaba, antes del siglo XI, su propia vernácula romance.

Así, si siguiéramos la teoría de Wright podríamos entender que los usos arcaizantes a los que Menéndez Pidal se refería no están relacionados con el habla sino con la escritura. Además, siguiendo también en parte la teoría pidaliana no descartaríamos la posibilidad de encontrar dos tipos de documentos con características diferentes en cuanto a la escritura. Por un lado, los documentos cuyo escatocolo estaría copiado lo más fielmente posible de formularios latinos jurídicos con una ortografía, pues, que reproduciría de forma exacta la antigua latina, serían los escritos en latín escolástico para Menéndez Pidal. Por otro lado, habría otros documentos que no se ajustarían exactamente a la escritura de las formulaciones latinas y su ortografía diferiría de la tradicional romana, serían los que en opinión de Pidal reflejarían el latín vulgar leonés. Para Wright, como ya habíamos adelantado, tanto unos documentos como otros dejan entrever una base vernácula con una capa latinizante que los encubre y el único motivo que hace que Pidal los diferencie es el hecho de que en los primeros la capa latina

⁸⁰ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 2, pp. 454-459.

encubre más la base vernácula y en los segundos sobresale la base vernácula por encima de la capa latinizante.

A pesar del convencimiento total de la existencia del latín vulgar leonés, Menéndez Pidal se da cuenta de la importancia de una fecha, la de finales del siglo XI, que le hace precisar algunas puntualizaciones en su teoría y así dice que este latín popular debió de usarse en la escritura hasta el último decenio del siglo XI en que empieza a notarse la disminución de los arcaísmos⁸¹. Ello equivale a decir que a partir del último tercio del siglo XI los documentos notariales utilizan únicamente para su escrituración el bajo latín o latín escolástico, hecho que coincide con la invasión cluniacense que implanta la purificación del latín.

De la interpretación que ofrece Wright de estos datos se desprende que desde finales del siglo XI no es que los notarios optaran por eliminar el latín vulgar y hacer uso sólo del escolástico por ser el más correcto, sino que estas fechas marcan el inicio de la utilización de una lengua diferente a la romance desconocida hasta ese momento, el latín medieval que instauraron las reformas lingüísticas del Renacimiento Carolingio.

Por lo tanto, si siguiéramos la teoría de Menéndez Pidal, cabría la posibilidad de entender que el latín que aparece en una de las dos intituciones notariales leonesas de nuestro corpus y en el documento que la incluye podría ser reflejo, teniendo en cuenta sus datas tópica y crónica, de ese latín popular propio únicamente de León, ya que se redactó en León antes del último

⁸¹ Menéndez Pidal explica que "conforme va declinando el siglo XI, época en que la influencia mozárabe decae, este latín popular fue mirado cada vez más como lengua impropia para la escritura (...). La supresión del rito mozárabe o toledano y la reforma cluniacense marcan la completa escolastización de la cultura latina y su plena asimilación al uso más corriente en la Europa occidental" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 2, p. 464).

tercio del siglo XI, concretamente en 1061. Sin embargo, siguiendo las tesis de Wright esta intitulación sólo presentaría ortografía latina, la única conocida hasta ese momento pero se leería en romance.

En cambio, en la otra escrituración del año 1097, el notario ya no debió hacer uso, desde la perspectiva de Menéndez Pidal, del latín popular leonés, sino de aquel otro latín escolástico y depurado que convivió con el latín arromanzado o popular y acabó por desplazarlo a finales del siglo XI. Desde el punto de vista de Wright, también se trata de un latín depurado, pero más exactamente es el latín medieval que trajeron las reformas carolingias a la Península, tras el Concilio de Burgos del año 1080, no es el latín clásico que se había mantenido sin evolucionar en boca de la gente culta desde la caída del Imperio Romano y en coexistencia con el romance y con el latín vulgar en la zona de León también. El análisis lingüístico de ambos documentos al que atenderemos en el capítulo séptimo indicará que perspectiva es la más adecuada.

4.2.3.5. EL FENÓMENO DEL NOTARIADO EN OTRAS ÁREAS PENINSULARES (ARAGÓN) Y EXTRAPENINSULARES (ITALIA)

De igual manera, al revisar nuestro corpus de intituciones notariales, nos hemos encontrado con algunos documentos cuyo escriba no perteneció ni estuvo vinculado a ninguna de las áreas geográficas que hemos analizado hasta este momento con el propósito de abordar el estudio del notariado hispánico.

Nos referimos a algunos casos en concreto de notarios originarios o relacionados bien con otros ámbitos hispánicos,

como por ejemplo el Reino y Corona de Aragón, bien con otros lugares que traspasan las fronteras peninsulares, tales como Italia o Francia.

No vamos a ocuparnos ahora de los documentos redactados en Francia por dos razones fundamentalmente. La primera reside en el hecho de que la mayor parte de estos escritos compuestos en algún lugar de la geografía francesa ha sido estudiada ya en el apartado dedicado al notariado de Navarra, puesto que los autores de dichos documentos fueron escribas navarros de las cancillerías reales de Teobaldo I y de Teobaldo II que se desplazaron a Francia siguiendo a su rey y allí, principalmente en el condado de Champaña, continuaron su labor de escrituración. La segunda razón está basada en que el resto de documentos, excepto dos que añadiremos al final, cuya redacción se llevó a cabo en Francia, no presenta ninguna intitulación notarial que permita averiguar el nombre de su autor, las únicas indicaciones que señalan son de fecha mucho más tardía, concretamente del siglo XVII, y hacen referencia al notario Francisco Jiménez de Luna, el cual, como ya hemos comentado siguiendo a Munita Loinaz⁸², tras ocuparse de trasladar al "*Libro Becerro*" del monasterio de Sta. María de La Oliva todas las escrituras relacionadas con este monasterio, tanto las que estaban dispersas por Navarra, como las que se habían conservado en él, las compulsó y firmó para dar fe de su autenticidad e hizo las observaciones y correcciones que creyó oportunas al pie de las mismas.

Tampoco pretendemos revisar aquí muy exhaustivamente el sistema notarial del Reino y Corona de Aragón, ni el italiano, porque con ello nos alejaríamos de nuestro objetivo que gira en torno al notariado hispánico, haciendo especial hincapié en el

⁸² MUNITA LOINAZ, J. A., *op. cit.*, pp. 5-6.

castellano y en el navarro; y aunque hayamos utilizado todas las intituciones del corpus, incluidas las redactadas en Italia y en Aragón, para ejemplificar las cuestiones que hemos ido tratando relacionas con el ámbito de la Diplomática, tales como la *iussio*, la *validatio*, el *signum*, la autoridad, el título, etc., ahora sólo nos proponemos presentar algunas de estas intituciones aragonesas o italianas como muestras o manifestaciones propias en general de otros sistemas diferentes del notariado hispánico. Sin embargo, no descartamos la posibilidad de aportar, siempre que esté a nuestro alcance, algunos datos relativos a los notarios que aparecen en estas intituciones, por ejemplo, además de su nombre, su grado de vinculación o pertenencia a la cancillería real por las implicaciones lingüísticas que puedan desprenderse de estas apreciaciones.

También pueden resultar reveladoras algunas consideraciones sobre la cancillería de Jaime I relacionadas con su escribanía real, principalmente la que trata de los miembros que la componen.

Pues bien, al igual que las escribanías de otros reinos hispánicos, la de este monarca aragonés seguía casi siempre a su rey en los viajes que hacía y formaba durante la marcha los registros⁸³.

En cuanto a su estructura, "la cancillería estuvo regida por un canciller, cargo "ad honorem" que recayó siempre en un obispo que, en la mayoría de los casos, se hizo suplir por un notario o escribano para la expedición de documentos"⁸⁴.

⁸³ Trenchs Odena hace esta afirmación siguiendo la *Guía* de González Hurtabise. Además, añade que "la escribanía dependía en los primeros años del reinado personal de nuestro monarca, de la curia regia, modelo que heredó de sus inmediatos predecesores. Este oficio se fue transformando poco a poco hasta convertirse, a mediados del reinado, en un ente autónomo dentro de la casa real, imitando a las cancillerías de los reinos vecinos y en modo especial a la francesa. Los términos cancillería y escribanía se confunden durante todo el reinado y (...) son sinónimos" (TRENCHS ODENA, J., "La cancillería de Jaime I: cancelles y escribanos", *Paleographica diplomatica et archivistica. Studi in onore di Giulio Battelli*, Edizioni di storia e letteratura, Roma, 1979, pp. 106-107).

⁸⁴ *Ibid.*, pp. 107-108.

Cancilleres durante el reinado de Jaime I fueron Berenguer de Palou, obispo de Barcelona, Andrés de Albalat, obispo de Valencia, Guillermo de Montcada, obispo de Lérida, y, al final del reinado de este monarca, Jaime Sarroca, obispo de Huesca⁸⁵.

Dos de nuestras intituciones se redactaron siendo canciller Berenguer de Palou (1218-1241) quien, según Trenchs, estuvo relacionado con la corte desde el reinado de Pedro II y fue el primer canciller de la Corona de Aragón. Las intituciones son las número 27 y 29.

Andrés de Albalat, hermano del arzobispo de Tarragona, no se hizo cargo de la cancellería hasta 1248. Por lo tanto, la cancellería estuvo unos años sin titular tras la muerte de Berenguer de Palou. A este período pertenece otra de nuestras intituciones, la número 82.

Esteban, el escribano que redacta el documento al que pertenece esta suscripción podría estar vinculado, como ya habíamos dicho, a la curia episcopal de Aragón. Al ser capellán y canciller de Gil, obispo de Segorbe y Santa María, sería ajeno a la cancellería de Jaime I, de ahí que no aparezca ninguna mención de él en las listas que hemos revisado de notarios y escribanos de este rey de Aragón.

En cuanto a su origen hay que advertir que, aunque este oficial formara parte de la curia episcopal de Aragón no debe descartarse la posibilidad de que fuera navarro como parecen indicar los rasgos lingüísticos⁸⁶ del documento que redacta. Es

⁸⁵ Sin embargo, conviene advertir en este punto que el "canciller desempeñó durante todo el reinado una misión "ad honorem" y por ello no es raro que su signatura no aparezca al pie de los documentos. La cláusula de mandato a los notarios o escribanos para la redacción de los mismos sólo aparece en los de excepcional importancia" (TRENCHS ODENA, J., *art. cit.*, pp. 108-112).

⁸⁶ Son rasgos caracterizadores del romance navarro y que lo alejan del aragonés, la grafía *goa* para [gwa], la no vacilación en la diptongación de E y O breves latinas > -ie-, -ue-

decir por los datos externo o extralingüísticos parece tratarse de un notario aragonés, sin embargo los datos internos o lingüísticos indican que debía ser navarro, ya que utiliza esta variedad romance en su escrituración. También es posible que fuera de origen aragonés, y que en este caso actuara sólo como autor de la *iussio* notarial, es decir, que diera la orden de redactar el documento a un escriba navarro. Esta interpretación que deja entrever la influencia que en el escrito pudo ejercer posteriormente el notario serviría para explicar las particularidades que presenta el documento y que no coinciden con los rasgos propios del romance navarro.

En 1258, Andrés de Albalat "abandonó la cancillería para desempeñar la misión de nuncio-legado de la Santa Sede en Castilla"⁸⁷. Otras dos intituciones de nuestro corpus se escrituraron siendo Andrés de Albalat canceller, las número 30 y 90.

No disponemos de ninguna intitución posterior perteneciente a la cancillería de Guillermo de Montcada o a la de Jaime Sarroca.

Otro de los personajes de la cancillería fue el notario mayor o guardasellos que aparece, según Trenchs, en el año 1238. Era "el jefe de la escribanía y sustituía al canceller cuando éste se hallaba ausente. Fue el encargado de poner el signo y hacer sellar los documentos". A continuación, este autor presenta una "lista de los encargados de la primera misión"⁸⁸ en

siempre, la grafía *ch* para la palatal africana sorda la sonorización de las oclusivas sordas intervocálicas, la solución *-dr-* < *-TR-*, la anteposición de *i/y* a las consonantes *n/nn* y *l/ll* para representar las palatales sonoras nasal y lateral respectivamente, etc. Las particularidades lingüísticas no coincidentes con el romance navarro que presenta son, entre otras, el mantenimiento de la *-e-* inicial en la palabra *derechos*, la conservación de la *h-* < *H-* etimológica latina sin vacilaciones, el resultado centralizado de *Ly*, representado con la grafía *-g-* (aunque esto también podía ocurrir en el navarro), la palatalización en la palabra *doña*, representada por la grafía *ñ*, etc.

⁸⁷ TRENCHS ODENA, J., *art. cit.*, pp. 110-111.

⁸⁸ TRENCHS ODENA, J., *art. cit.*, p. 115.

la que se incluyen escribanos que aparecen en nuestras intituciones, como por ejemplo, Berenguer de Parets, P. Johan, P. Andreu y algunos de nombre Guillermo, uno de los cuales podría corresponderse con el que se menciona en una de nuestras intituciones, tal como veremos a continuación.

Además del canciller y del notario mayor, el núcleo principal de la cancellería de Jaime I lo forman, en realidad, los notarios y escribanos, tal como sostiene Trenchs⁸⁹.

De entre los escribanos y notarios de la cancellería de Jaime I que menciona este autor⁹⁰, nos interesa citar los que escribieron los documentos a los que pertenecen algunas intituciones de nuestro corpus.

Berenguer de Parets (*Parietibus*) "había sido escribano de Alfonso II y de Pedro II y el escribano principal durante la minoría del monarca. De 1219 a 1225 trabaja en la cancellería a las órdenes del propio rey y de los notarios Bernardo Vacce, Poncio Vilar, Pedro Vital y del canciller Berenguer de Palou"⁹¹. Además, podemos añadir siguiendo nuestra intitución que también debió trabajar para el notario Guillermo Rabaciel.

Por otro lado, este tal *Guillemi Rabaciel* es posible que se corresponda con Guillermo Rabaça, uno de los notarios que presenta Trenchs en su listado, el cual pasó de escribano en 1224 a notario real y desempeñó este cargo hasta 1236. Dado que nuestro documento es de 1225 y en él aparece como notario real, es muy probable que se trate de la misma persona.

⁸⁹ TRENCHS ODENA, J., *art. cit.*, pp. 116-118.

⁹⁰ TRENCHS ODENA, J., "Els llibres del repartiment de València i la casa reial (1218-1250), *Homenatge a la memòria del Prof. Dr. Emilio Sáez. Aplec d'estudis dels seus deixebles i col·laboradors*, Universitat de Barcelona, Centre d'estudis medievals de Catalunya, Institució Milà i Fontanals (CSIC), 1989, p. 24.

⁹¹ TRENCHS ODENA, J., *art. cit.*, en la n. 83, p. 120.

Pedro Juan "(1224-1236). Escribano de la cancillería que actuó a las órdenes del rey y de los notarios Guillermo Sasala y Pedro Sánchez. El 1237 fue nombrado notario de la reina Yolanda"⁹². Cuando redactó el documento de la intitulación 29, en 1233, todavía era notario del rey.

Pedro Andrés "(1247-1258). Escribano. Trabaja a las órdenes de los notarios Guillermo Escriba, Guillermo de Bellloc, Guillermo Pérez, del canciller Andrés, obispo de Valencia y del propio rey. En 1257 desempeña el cargo de notario de la ciudad de Huesca"⁹³. Sin duda, se trata del mismo oficial que escritura uno de los documentos, el de la intitulación 90, en el que escribe su nombre así: *Pere Andreu*.

Más complicado resulta averiguar a quién se debe la intitulación en la que se menciona como escriba y notario del rey a Guillermo, ya que este nombre aparece sin ninguna indicación.

En la lista de Trenchs hay un gran número de escribas y notarios con este nombre. A esta lista se pueden añadir, además, otros datos extraídos de otro de los trabajos de este autor⁹⁴ y de la relación de notarios que ofrece Ricós Vidal⁹⁵.

Pues bien, una vez comprobados todos estos nombres⁹⁶ de oficiales, las fechas de su actuación como escribanos o notarios, y teniendo en cuenta que el que aparece en nuestra

⁹² TRENCHS ODENA, J., *art. cit.*, en la n. 83, p. 120.

⁹³ TRENCHS ODENA, J., *art. cit.*, en la n. 83, p. 119.

⁹⁴ TRENCHS ODENA, J., *art. cit.*, en la n. 90, pp. 22-26.

⁹⁵ RICÓS VIDAL, A., "Itinerario lingüístico de Jaime I", *Actas del II Congreso Internacional de Caminería Hispánica (Madrid y Guadalajara del 4 al 9 de julio de 1994)*, en prensa.

⁹⁶ Esta comprobación se ha llevado a cabo en las listas de notarios de nombre Guillermo, presentadas por Trenchs Odena por un lado (TRENCHS ODENA, J., *art. cit.*, en la n. 83, pp. 115-121) y Ricós Vidal por otro (RICÓS VIDAL, A., *art. cit.*). En su mayor parte, estos escribanos y notarios están relacionados con la escribanía y cancillería de Jaime I, pero también hay otros que no pertenecen a éstas.

intitulación escribía su nombre sin ninguna especificación, optamos por considerar que se trata del notario Guillemón Escribá (1238-1252).

Ricós Vidal, advierte que no hay que confundir a este notario con Guillermo Escribá (1222-¿1247?), su padre, y para diferenciarlos cree conveniente referirse al hijo con el nombre que él mismo utiliza en muchas de sus escrituraciones, el de Guillemón, y dejar el de Guillermo para el padre. Esta autora, siguiendo las indicaciones de García Edo⁹⁷, establece como documentos escritos por Guillermo Escribá "aquellos que bajo la firma de Guillelmus se escribieron hasta 1240" pero también señala que "a partir de esta fecha se puede desvirtuar la realidad. La pervivencia de estos documentos en copias del siglo XV que carecen de signo notarial impide afirmar si un documento pertenece a Guillermo o a su hijo Guillemón"⁹⁸. Nosotros optamos por considerar que el documento en el que aparece la escrituración que nos ocupa, al ser del año 1248 y redactarse en Castellar (Valencia), se debe a Guillemón. En cualquier caso, si fuera obra de su padre, no habría que considerar grandes variaciones o diferencias lingüísticas.

Por otro lado, en una de las intitulaciones pertenecientes a la *Colección diplomática de Teobaldo I*⁹⁹, la número 82, aparece un nombre que hace sospechar que dicha intitulación hubiera podido redactarse en Aragón. El nombre al que nos referimos es Pedro Cornel, del que sabemos, por las noticias que da Trenchs¹⁰⁰, que fue Mayordomo de Aragón desde 1234 a 1251¹⁰¹.

⁹⁷ GARCÍA EDO, V., "Los escribanos de la cancillería real en la conquista de Valencia por Jaime I", *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, t. LXIV, Castellón, 1988, pp. 269-291.

⁹⁸ RICÓS VIDAL, A., *art. cit.*

⁹⁹ MARTÍN GONZÁLEZ, M., *op. cit.*, p. 117.

¹⁰⁰ TRENCHS ODENA, J., *art. cit.* en la n. 90, p. 13.

¹⁰¹ Para conocer las atribuciones del mayordomo en la curia regia *vid.* TRENCHS ODENA, J., *art. cit.* en la n. 83, p. 113 y ss. y *art. cit.* en la n. 90, p. 13 y ss.

Por lo que esta intitulación deja entrever, Pedro Cadel debió trabajar como escribano para Pedro Cornel y es posible que la escrituración se llevara a cabo en algún punto de Aragón tal vez fronterizo con Navarra, o en el Reino de Navarra, aprovechando uno de los desplazamientos de este Mayordomo a esas tierras para tratar un asunto que concernía a ambos reinos, pero esto son sólo suposiciones. En cualquier caso, Pedro Cornel, como mayordomo de la curia regia, está vinculado a la cancellería de Jaime I, lo que hace suponer que su escribano también lo esté, aunque no hemos encontrado ninguna noticia de él que permita confirmarlo.

En cualquier caso, el origen de este oficial podría ser tanto aragonés como navarro, atendiendo a las características lingüísticas que presenta el documento¹⁰² redactado por él.

¹⁰² Los rasgos lingüísticos que presenta el documento redactado por este oficial no permiten afirmar con toda certeza que esté escrito en romance navarro, ya que la mayor parte de sus características son comunes a los romances navarro y aragonés, como por ejemplo la vacilación vocálica, la apócope de *-e* y *-o* finales, la presencia del grupo consonántico final *-nt*, la vacilación en el uso de la *h* < H- inicial latina, la pérdida de G- ante vocal palatal *-e* en los derivados de GERMANU, la vocalización y posterior reducción del grupo latino *-TR-*, etc. Además, otras de las características de este documento, sino puede decirse que difieren totalmente de los rasgos propios del romance navarro, sí es cierto que no son las más utilizadas en este romance, como por ejemplo la grafía *gn* para la palatal nasal sonora, el mantenimiento sin reducción ni palatalización de grupo *-CT-* en *dicto(s)*, el mantenimiento también del grupo *-ND-*, las grafías *x* e *y* para representar la palatal africada sorda. Por otro lado, a pesar de su brevedad, este escrito también presenta otros rasgos, aunque en este caso son los menos numerosos, que pertenecen casi en exclusiva al romance navarro, como la pérdida de la *-e* inicial en *dreytos* y la transformación de la *o*- inicial > *a*- en *marauedis*. Pues bien, dado que los aspectos lingüísticos más destacables de este documento podrían caracterizar tanto a un escrito redactado en romance aragonés, como a otro redactado en romance navarro, ha de tenerse en cuenta una serie de circunstancias lingüísticas y extralingüísticas para optar por una u otra posibilidad. En primer lugar, la ausencia de características propias del romance del área de Aragón, como la vacilación en las diptongaciones de O y E breves latinas, la diptongación de la conjunción *et*, el mantenimiento de las oclusivas sordas latinas, etc., no puede considerarse decisiva para descartar la posibilidad de que este documento esté escrito en romance navarro dada su corta extensión. En segundo lugar, las características propiamente navarras en este documento son muy escasas y, por el contrario, abundan las que comparten los romances navarro y aragonés. Y, en tercer lugar, dada la posibilidad de que el escribano que redactó el escrito fuera aragonés, puesto que trabajaba como escribano particular de un miembro de la cancellería de Jaime I de Aragón, no compartimos con Pérez-Salazar la suposición de que este documento esté escrito, sin lugar a dudas, en romance navarro (PÉREZ-SALAZAR RESANO, C., "Aportación al estudio gráfico y fonético del romance navarro. Primer tercio del siglo XIII", Pamplona, *Príncipe de Viana*, 197, 1992, pp. 751-796). Esta autora, sin atender a las indicaciones que se desprenden del análisis del notariado, estudia este documento como uno más de los que se presentan, en la *Colección diplomática de Teobaldo I*, escritos en la variedad romance navarra. Por nuestra parte, aun sin descartar totalmente la posibilidad de que este documento esté escrito en romance navarro, puesto que el escribano podía ser originario de Navarra, insistimos en que las características lingüísticas

Antes de ocuparnos de otras intituciones no vinculadas a la escribanía de Jaime I, vamos a aportar algunas notas lingüísticas referentes a los documentos con intitución notarial redactados en la cancillería de Jaime I, siguiendo las indicaciones de Ricós Vidal de nuevo, como avance del estudio lingüístico más exhaustivo que llevaremos a cabo en otro capítulo.

Esta autora, tras analizar el período documental que abarca de 1217 a 1268, advierte de la escasez de documentos redactados en romance; la mayoría de ellos se escritura en latín medieval, hecho que parece confirmar en su opinión, las propuestas de Wright.

La preferencia por el latín llega hasta 1264. De cualquier modo, los notarios reales redactaban tanto en latín como en romance principalmente a partir de 1253¹⁰³.

y extralingüísticas del documento permiten considerarlo no exclusivamente navarro, sino también escrito en romance aragonés por un escriba aragonés.

¹⁰³ Ricós Vidal explica que en 1264 "Jaime I concede licencia real para que cualquier curia del Reino de Valencia emplee el romance en los pleitos (...) esta costumbre parece que se extendió rápidamente tras el permiso regio, con la finalidad de que la gente, no conocedora del latín, pudiera entender mejor cualquier escrito público. Esta razón motivó también a que se aplicara primero a los documentos particulares y posteriormente a los oficiales". Además, "respecto a la distribución geográfica de los documentos redactados en romance" concluye que "como es frecuente con este rey, el lugar de redacción del instrumento público no se relaciona con la lengua empleada por el escribano o notario. La costumbre real de ordenar la redacción de un documento a un escribano, allí donde se encontrara, hacía que la corte regia siempre fuera acompañada de, al menos, un notario. No obstante (...) puede ocurrir que el rey no utilice un notario real en uno de sus viajes, o bien que su notario sea el encargado de dar por válido el documento con su sello y no de redactar el escrito". Ello implica que a veces el romance se deba "no al lugar de redacción sino al notario encargado de la escritura del diploma". El romance se reservaba para redactar "acuerdos o avenencias con los reyes vecinos (...); en sus pactos, promesas y relaciones con los ricos hombres de Aragón (...); y, por último, en las cartas de carácter general a los aldeanos de diversas villas o ciudades aragonesas". Pero, además, también "el tema tratado o la tipología documental puede influir en la elección de la lengua. De hecho, el rey Jaime I redacta en catalán las cartas dirigidas a los nobles de carácter más privado y no las donaciones de tierras que debían quedar como instrumento público". Añade, como resumen, que "los factores que influyen en la elección de la lengua son varios y actúan conjuntamente: a) la actividad conquistadora y viajera de Jaime I y sus constantes relaciones con los reinos vecinos; b) el origen del notario, ocasionalmente de la zona donde se expide el escrito; c) la situación comunicativa: de qué asunto trata, a quién va dirigido; y d) la tipología documental (oficial o privado) (RICÓS VIDAL, A., *art. cit.*).

De los cinco documentos a los que pertenecen las intituciones de nuestro corpus vinculadas con la cancillería de Jaime I, o pertenecientes a esta misma época tenemos tres en latín y dos en romance, éstas últimas anteriores a 1264, "fecha de la licencia regia para el empleo del romance en la curia de Valencia"¹⁰⁴ y en las tres se tratan acuerdos o avenencias con los reyes vecinos. Ello parece ratificar la opinión de Ricós Vidal. Los otros tres documentos redactados en latín son muestra del latín medieval.

Las otras intituciones catalano-aragonesas de nuestro corpus no pertenecen a la cancillería de Jaime I. Son las número 20 y 26.

La primera de estas intituciones se debe a Andrés de Agierb, notario del conde de Barcelona Ramón Berenguer IV.

El documento en el que se incluye esta intitución se redactó siendo reina de Aragón Petronila y su marido Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona y príncipe de Aragón, a cuyas órdenes debía trabajar este escribano.

El notario que se presenta en la segunda suscripción, de nombre Ferrando, actuaba a las órdenes de Pedro II, atendiendo a la fecha de redacción del diploma del que forma parte.

Las intituciones de los documentos redactados en Italia y en Francia, y recogidos en el "*Libro Becerro*" del monasterio de La Oliva,¹⁰⁵ a las que antes nos hemos referido son las número 23, 25, 16 y 40 respectivamente.

Todas estas intituciones y los documentos a los que pertenecen tienen en común dos características fundamentales. En primer lugar su lugar de archivo, el "*Libro Becerro*" de un

¹⁰⁴ RICÓS VIDAL, A., *art. cit.*

¹⁰⁵ MUNITA LOINAZ, J. A., *op. cit.*

monasterio navarro que posiblemente pudo ejercer un determinado tipo de influencia sobre algunos de estos escritos. En segundo lugar, haber sido revisados por el mismo notario, Francisco Ximenez de Luna, quien en el siglo de XVII al recibir el encargo de recoger todos aquellos documentos que trataran temas relacionados con el monasterio, no sólo se limitó a compilarlos, sino también a añadir algunas correcciones al final de ciertos documentos dejando así en ellos la impronta de su intervención personal, ya que el hecho de que él mismo señalara que las correcciones que llevó a cabo, arreglando las líneas borradas, corregidas o sobrepuestas, se ajustaban a los originales sin alterarlos apenas, nos hace suponer que las redacciones primitivas debieron sufrir algún cambio, aunque mínimo y tal vez, no muy relevante en el aspecto lingüístico, no del contenido, después de los retoques de este notario.

Los oficiales de origen posiblemente francés o italiano que escrituran algunos documentos de este "Libro Becerro" tienen en común el hecho de compaginar su cargo eclesiástico con su oficio notarial. Sus nombres se recogen en la lista final de notarios.

4.2.4. ÍNDICE DE INTITULACIONES NOTARIALES

Las intituciones pertenecientes a documentos de los *Orígenes del español*¹⁰⁶ de Menéndez Pidal son las siguientes:

- 1.- *Iscriptura jsta Martino presbiter excripsit.* 1011. (¿) Valpuesta, en la primitiva Castilla la Vieja (?).
- 2.- *Micael presbiter escripsit.* Año 1061. León.
- 3.- *Petro presbiter notuit.* Año 1097. Carrión.

De los *Documentos Lingüísticos de España*¹⁰⁷ de Menéndez Pidal se han extraído estas otras suscripciones:

- 4.- *Dominicus, filio de Dominico, me scripsit.* Año 1152. Calahorra (Castilla, Rioja baja).
- 5.- *Dompnus Gomicius scripsit.* Año 1220. San Leonardo, part. de El Burgo (Soria).
- 6.- *Don Rodrigo, scriuano del conceyo de Collar, scripsit hanc cartam.* Año 1221. Cuéllar (Segovia).

Otras intituciones que se incluyen en los diplomas del *Concejo de Segura (Guipúzcoa)*¹⁰⁸ son éstas:

- 7.- *Yo Johan Dominguez de Bue... (RASPADO) la fiz escribir.* 1290, abril 18. Vitoria.
- 8.- *Yo Martín Péres la fiz escribir por mandado del rey. Libróla el obispo d'Astorga.* 1290, abril 18. Vitoria.

Del *Diplomatario de Salinas de Añana*¹⁰⁹, tenemos otras suscripciones:

- 9.- *Magister Mica, dominis regis notarius, scripsit.* 1194, noviembre 27. Toledo.

¹⁰⁶ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 2.

¹⁰⁷ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 3.

¹⁰⁸ DÍEZ DE SALAZAR FERNÁNDEZ, L. M., *op. cit.*

¹⁰⁹ LÓPEZ CASTILLO, S., *op. cit.*

- 10.- *Magister Mica, domni regis notarius, scripsit.* 1194, noviembre 28. Toledo.
- 11.- *Yo, Pero Sanches, lo fiz escruir por mandato del infante*¹¹⁰. 1282, abril 28. Valladolid.
- 12.- *Yo, Martin, falconero, la fiz por mandado del rey.* 1286, mayo 10. Burgos.
- 13.- *Yo, Roy Martinez, capiscol de Toledo, la fiz escreuir por mandado del rey.* 1290, junio 1, jueves. Valladolid.
- 14.- *Yo, Martin, falconero, la fiz escreri en el anno dezeno que el rey sobredicho regno.* 1293, septiembre 7. Burgos.
- 15.- *Yo, Ferrand Dominguez la fiz escriuir por mandado del rey et del inffante don Enrrique su tutor.* 1299, abril 4. Valladolid.

A continuación, presentamos las suscripciones extraídas del "*Libro Becerro*" del Monasterio de Sta. María de La Oliva (Navarra)¹¹¹:

- 16.- *Datum Cluniaci per manum Aimerici Sancte Romane ecclesie diachonus et cancellarius, IV idus febrero, Indictione X, Incarnationis Dominice anno M.C.XXX.II, pontificatus vero dompni Innocentii secundo.* 1132, febrero 10. Cluny. Francisco Ximenez de Luna, escribano.
- 17.- Sin intitulación notarial. Año 1134. Tudela. Francisco Ximenez de Luna, escribano.
- 18.- *Ego Sancius iussu domini mei regis Garsie hanc cartam scripsi et manu propria hoc signum feci. Signum regis Sancii.* Año 1150. Tudela. Francisco Ximenez de Luna, escribano.
- 19.- Sin intitulación notarial. Año 1152. Francisco Ximenez de Luna, escribano.
- 20.- *Et ego Andreas de Agierb sub iussione domini mei comitis hanc cartam scripsi et de manu mea hoc signum feci.* 1154, marzo. Luesia (Zaragoza). Francisco Ximenez de Luna, escribano.

¹¹⁰ Se refiere al rey Sancho IV cuando aún era infante.

¹¹¹ MUNITA LOINAZ, J. A., *op. cit.*

21.- *Ego Petrus scribe iussu domini mei regis hanc cartam et hoc signum feci.* 1157, enero. Tudela. Francisco Ximenez de Luna, escribano.

22.- *Ego Exsiminus per manum Petri, scribe regis, hanc cartam scripsi et hoc signum feci.* 1162, enero. Tudela. Francisco Ximenez de Luna, escribano.

23.- *Datum apud Dol(um) per manum Hermannii Sancte Romane ecclesie subdiaconi et notarii, decimo IIII kalendas octobri, indictione X, Incarnationis Dominice anno M.C.LX.II, pontificatus vero domni Alexandri pape III, anno III.* 1162, septiembre 18. Dolo (Italia). Francisco Ximenez de Luna, escribano.

24.- Sin intitulación notarial. 1164, enero 9. Zaragoza. Francisco Ximenez de Luna, escribano.

25.- *Datum Lateram per manum Moysi Sancte Romane ecclesie subdiaconi vicem agentis cancelarii, decimo sexto calendas aprili, indictione sexta, Incarnationis Dominice anno M.C.LXXX.VII, pontificatus vero domni Clementis pape III, anno primo.* 1188, marzo 17. Letrán. Francisco Ximenez de Luna, escribano.

26.- *Ego Ferranius notarius domini regis hec scribi feci de mandato ipsius loco die et anno prefixis, facto die et era prefixis.* 1210, abril 1. Monzón (Huesca). Francisco Ximenez de Luna, escribano.

27.- *Signum Berengarii de parietibus qui mandato domini regis, et Guillermi Rabaciel notarii sui hoc scripsi fecit.* 1225, marzo 18. Alfajarín (Zaragoza). Francisco Ximenez de Luna, escribano.

28.- *Lupus scriptor concilii de Ussua hanc cartam scripsit mandato universi concilii eiusdem loci.* 1230, junio 11. (Ujué). Francisco Ximenez de Luna, escribano.

29.- *Signum Petri Joanis scriptoris qui mandato domini regis hoc scribi fecit loco, die et anno prefixis.* 1233, julio 23. Burriana. Francisco Ximenez de Luna, escribano.

- 30.- *Signum Guillermi domini regis scribe et notarii qui mandato ipsius hoc scribi fecit loco, die et anno prefixis.* 1248, marzo 23. Castellar (Valencia). Francisco Ximenez de Luna, escribano.
- 31.- Sin intitulación notarial. 1249, septiembre 5. Lyon. Francisco Ximenez de Luna, escribano.
- 32.- Sin intitulación notarial. 1249, septiembre 5. Lyon. Francisco Ximenez de Luna, escribano.
- 33.- Sin intitulación notarial. 1249, septiembre 5. Lyon. Francisco Ximenez de Luna, escribano.
- 34.- Sin intitulación notarial. 1249, septiembre 5. Lyon. Francisco Ximenez de Luna, escribano.
- 35.- Sin intitulación notarial. 1249, septiembre 5. Lyon. Francisco Ximenez de Luna, escribano.
- 36.- Sin intitulación notarial. 1249, septiembre 5. Lyon. Francisco Ximenez de Luna, escribano.
- 37.- Sin intitulación notarial. 1249, septiembre 5. Lyon. Francisco Ximenez de Luna, escribano.
- 38.- Sin intitulación notarial. 1249, septiembre 13. Lyon. Francisco Ximenez de Luna, escribano.
- 39.- Sin intitulación notarial. 1249, septiembre 13. Lyon. Francisco Ximenez de Luna, escribano.
- 40.- *Datum Lugdunum per manum magistri Marim Sancte Romane ecclesie, vicecancellarii, XII kalendas octobris, indictione VII, Incarnationis Dominice anno M.CC.XL.VIII, pontificatus vero domni Innocentii papa III^o, anno septimo.* 1249, septiembre 20. Lyon. Francisco Ximenez de Luna, escribano.
- 41.- Sin intitulación notarial. 1259, enero 13. Anagnie (Frosinone. Italia). Francisco Ximenez de Luna, escribano.
- 42.- *Notario Garssie Sancii, abbatis ecclesie de Baroniz.* 1269, septiembre 25 miércoles. Estella. Francisco Ximenez de Luna, escribano.

- 43.- *El rey la mando et la confirmo por siempre.* 1269, octubre 12 sábado¹¹². Francisco Ximenez de Luna, escribano.
- 44.- Sin intitulación notarial. 1281, abril 3 jueves. Pamplona. Francisco Ximenez de Luna, escribano.
- 45.- Sin intitulación notarial. 1281, agosto 1 viernes. Pamplona. Francisco Ximenez de Luna, escribano.
- 46.- Sin intitulación notarial. 1288, julio 28. Rieti. Francisco Ximenez de Luna, escribano.
- 47.- *E yo Martin Xemeniz, scribano publico jurado del concello de Rada, por mandamiento de la sobredicha donna marquesa Gil esta carta scrivi e fiz este mio signo acostumbrado e son de testigo.* 1291, marzo 29 jueves. Rada. Francisco Ximenez de Luna, escribano.
- 48.- *Et yo Martin Periz de Steilla notario publico e jurado en la Cort de Navarra, qui esta present carta a requisicion del dicho tutor de mandamiento del dicho governador con mi propia mano escrivi e pusi en eylla este mio signo acostumbrado en testimonio de verdat.* 1298 (enero 24) viernes. Estella.
- 49.- Sin intitulación notarial. 1298, mayo 1. Barcelona. Francisco Ximenez de Luna, escribano.
- 50.- *Et yo Johan Semeniz notario publico e jurado de la Cort de Navarra fui present al dar de la sentencia e por mandamiento del dicho governador esta present carta de sentencia escrivi et fiz este mio signo acostumbrado en eylla por testimoniança.* 1299, abril 28. Estella. Francisco Ximenez de Luna, escribano.

¹¹² Este documento del 12 de octubre de 1269 debió redactarse en Navarra, porque en esta fecha el rey Teobaldo II se encontraba en su Vid., en la que sería su última estancia en él, que abarcó desde el mes de marzo hasta octubre de 1269, y tuvo como finalidad reclutar hombres para la Cruzada que pensaba emprender.

Otra colección diplomática de la que se han estudiado más intituciones es la *del primer rey de Navarra de la dinastía de Champaña, Teobaldo I*¹¹³. Estas intituciones son las siguientes:

51.- *Magistro Guideno cancellario regis Nauarre scripsit hanc cartam.* 1234, junio 18. Pamplona.

52.- *Ego Petrus Ferrandi de Mandato judicum scripsi.* 1234, agosto. Tudela.

53.- *Ego L(upus) Garssie, domini Theobaldi illustris regis Nauarre clericus, hanc cartam de mandato ipsius regis scripsi.* 1234, septiembre 1. (Pamplona).

54.- *Et Michaelis de Soria notarius qui precepto domini regis (hanc cartam) scripsit.* 1234, noviembre 23¹¹⁴.

55.- *Ego Petrus Ferrandi, scriptor concilii Tutele, scripsi, sub era M^a CC^a LXX^a III^a.* 1235, marzo. Tudela.

56.- *Testes et audidores son los juratz del Pont de la Reyna ... Et altres bons omnes, ... et don Johan de Jaqua qui me scripsit.* 1235, marzo 16. Puente la Reina.

57.- *Ego Petrus Ferrandi, scriptor concilii Tutele, scripsi.* 1235, septiembre. Tudela.

58.- *Ego Petrus Ferrandi, scriptor concilii Tutele, scripsi.* 1235, septiembre. Tudela.

59.- *E jo Pero Ferrandez, escriuano del concello de Thudela, por mandamiento del senescal et del concello, esta escriui.* 1235, octubre. Tudela.

60.- *Ego Petrus Ferrandi, scriptor concilii Tutele, scripsi.* 1235, octubre. (Tudela).

61.- *Ego Petrus Ferrandi, scriptor concilii Tutele, hanc cartam scripsi.* 1235, diciembre. (Tudela).

62.- *Ego Petrus Ferrandi, scriptor concilii Thutele, scripsi.* 1236, enero 6. (Tudela).

¹¹³ MARTÍN GONZÁLEZ, M., *op. cit.*

¹¹⁴ En cuanto al lugar en que debió escriturarse el diploma al que pertenece esta intitución, hay que pensar que se trata de algún punto geográfico de Navarra, puesto que Teobaldo I estuvo en este reino desde mayo a diciembre de 1234.

- 63.- *Ego Petrus Ferrandi, scriptor concilii Thutele, de mandato parcium hanc cartam scripsi.* 1236, febrero 9. Tudela.
- 64.- *Roberti Dalfini.* 1236, octubre 8. Estella. (En nota a pie de página: *Nota Roberti Dalfini*).
- 65.- *Ego Petrus Ferrandi, scriptor concilii Tutele, scripsi.* 1236, diciembre. Tudela.
- 66.- *Incipit registrum domini Theobaldi, Dei gratia illustris regis Nauarre, Campanie et Brie comitis palatini, de cartis factis in eadem regis curia anno Domini M^o CC^o XXX^o V^o et VII^o et translatum per manum Petri Ferrandi, notarii publici consilii Tutele, et fideliter correctum.* 1236 septiembre 19. Olite¹¹⁵.
- 67.- *Et jo Miguel de Soria, escriuano del rei, qui escriui esta carta.* 1237, enero 11. Olite.
- 68.- *Ego Petrus Ferrandi, scriptor concilii Tutele, scripsi.* 1237, enero. Tudela.
- 69.- *Ego Petrus Ferrandi, scriptor concilii Tutele, scripsi.* 1237, enero. Tudela.
- 70.- *Ego Petrus Ferrandi, scriptor concilii Tutele, scripsi.* 1237, enero. Tudela.
- 71.- *Ego Petrus Ferrandi, scriptor concilii Tutele, scripsi.* 1237, enero. Tudela.
- 72.- *Ego Petrus Ferrandi, scriptor concilii Tutele, scripsi.* 1237, enero. Tudela.
- 73.- *Ego Michael de Soria, notarius, de mandato domini mei regis hanc cartam scripsi.* 1237, febrero 13 viernes. Monreal.
- 74.- *Petrus Ferrandi, scriptor concilii Tutelle, qui rogatu supradicti abbatis, prioris et conuentus iam dicti monasterii, hanc cartam scripsi.* 1237, marzo 2. Tudela.
- 75.- *Yo Ferrando vicechancellor escriui esta carta por mandamiento del mi seynor el rey, e fiç este mio seynal.* (A) 1176, Pamplona; sin intitulación (B) 1237, marzo, Tudela¹¹⁶.

¹¹⁵ Esta intitulación no se encuentra en el escatocolo, sino en el protocolo.

¹¹⁶ Confirmación por parte de Teobaldo I de una carta de su abuelo Sancho VI el Sabio, en la que toma bajo su protección los bienes del hospital de Roncesvalles. Esta carta, sin mención expresa del notario, se redactó en el mes de marzo de 1237, en Tudela. La carta originaria de

- 76.- *Ego Petrus Ferrandi, scriptor concilii Tutele, scripsi.* 1237, marzo. Tudela.
- 77.- *Ego Petrus Ferrandi, scriptor concilii Tutele, de mandato domini mei regis presentem cartam scripsi.* 1237, mayo 11. Tudela.
- 78.- *Martino scribano scripsit et hoc signum (signo) fecit et in loco ibidem fuit.* 1237, julio 23. Estella.
- 79.- *Ego Petrus Ferrandi, notarius concilii Tutele, de mandato domni regis Theobaldi et predicti prioris Sancte Crucis, presentem cartam per alphabetum diuisam scripsi.* 1238, enero. (Tudela).
- 80.- *Yo Ferrando vicechancellor escriui esta carta por mandamiento del mi seynor el rey, e fiç este mio seynal.* (A) 1176. Pamplona; sin intitulación (B) 1238. Tudela¹¹⁷.
- 81.- *Et M(ichael) de Soria, notario domni regis Theobaldi, precepto eius presentem cartam scripsi.* 1238, abril 1. Estella.
- 82.- *E hic don Esteban, capellano e chancellor del obispo don Gil, por mandamiento de don Albar Periz, esta carta fiz en Santa Olalia.* 1243, julio 15. Santa Eulalia.
- 83.- *Garcia Escolano scripsit hans cartam.* 1247, noviembre 21. Olite.
- 84.- *Petrus Cadelli, notario don Pero Cornel ista carta scripsit et hoc sig(signo)num posuit.* 1249, abril 24¹¹⁸.
- 85.- *J(ohannes) Petri de Berlanga scripsit.* 1250, julio 15. Sevilla.

Sancho el Sabio fue redactada en Pamplona, en el año 1176, por Fernando, vicescanciller del rey.

¹¹⁷ Carta de confirmación de Teobaldo I de los privilegios otorgados a Roncesvalles por Sancho el Sabio. Esta carta sin intitulación notarial se redactó en 1238, en Tudela. La carta originaria de Sancho el Sabio la escribió en Pamplona, en el año 1176, un vicescanciller del rey llamado Fernando.

¹¹⁸ En cuanto al lugar de escrituración del diploma de esta intitulación puede pensarse que pertenezca o bien a Navarra, ya que el monarca estuvo en este reino desde noviembre de 1247 a marzo o abril de 1249, o bien a Aragón, atendiendo al asunto tratado. En este documento interviene un mayordomo y lugarteniente del rey de Aragón, Pedro Cornel, quien reconoce haber recibido del senescal de Navarra, Sancho Fernández y en nombre de Teobaldo I, el dinero para desempeñar algunas propiedades, según explica Martín González (MARTÍN GONZÁLEZ, M., *op. cit.*, p. 176). En cualquier caso hay que descartar que este documento se redactara en Francia.

86.- *Et escriuiola Johan Periz, escriuano del conseillo jurado, por nuestro mandamiento*¹¹⁹, *el miercoles primero enpues las octauas de la fiesta de Sant Pedro et de Sant Paul, en el anno de M^o.CC^o. et vno, en el mes de julio. 1251, julio 12. (Pamplona).*

87.- *Sancho Periz, escriuano publico jurado del conceillo de Peralta, scriui esta carta por mandamiento del conceio et de los testim(oni)os, et fiz mi signo. 1251, abril 6*¹²⁰.

88.- *Petrus Garceiz scripsit. 1252 junio 7*¹²¹.

89.- *Garsias Petri me scripsit et hoc sig(signo)num posuit et est testes. 1252, diciembre 15*¹²².

Por último, forman parte también de este corpus las suscripciones aparecidas en los diplomas del siguiente *rey de Navarra de la dinastía de Champaña, Teobaldo II*¹²³. Nos referimos a éstas:

90.- *Sig(signo)nal de Per Andreu, escriuano de don Jayme, rey de Aragon, qui por mandamiento del dicto rey e de dona Margarita, reyna de Nauarra, e de los otros deuantdictos escriuie esta carta en el logar et en el dia et en l'ayno deuandictos. 1253, agosto 1. Tudela.*

91.- *E yo Garcia Sanchez, escriuano del rey de Nauarra, escreui esta present carta por mandamiento de mi seynor el rey, en el logar e en el dia et en el mes et en los aynos sobredictos. 1253, noviembre 25. Pamplona.*

¹¹⁹ Esta orden de escrituración proviene de los jurados y del concejo de San Nicolás de Pamplona.

¹²⁰ El documento de esta intitulación también debió redactarse en Navarra, ya que los autores de la *iussio* son los miembros de un concejo navarro, el de Peralta, lugar concreto de la escrituración posiblemente.

¹²¹ No puede afirmarse con total seguridad que el diploma en el que se incluye esta intitulación se escribiera en Navarra, aunque lo más probable es que así fuera. Trata de la venta de dos mulas de molino de Pedro Oliver al rey. (MARTÍN GONZÁLEZ, M., *op. cit.*, pp. 187-188).

¹²² En cuanto al diploma de esta intitulación, puede afirmarse casi con total seguridad que debió redactarse en Navarra por el asunto que se trata en él (*Vid.* n. 27).

¹²³ GARCÍA ARANCÓN, M. R., *op. cit.*

92.- *Et ego, Lupus Sancii Sangossensis, rector ecclesie de Adoayn, auctoritate et mandato reuerendi patris domini Petri, Dei gratia episcopi et domini Pampilonensis, publicus notarius juratus, interfui et presentem litteram de mandato predictorum dominorum regis et episcopi ac archidiaconorum procuratorum capituli ecclesie Pampilonensis, propria manu scripsi, sign(signo)numque meum apposui assuetum.* 1255, diciembre 6. Estella.

93.- *El rey la mando. Garcia Sanchiz de Tudella la escriuio.* 1256, febrero 6. Olite.

94.- *E yo Garcia Sanchez escriuano del seignor rey, por el su mandamiento, escreui esta carta en el mes antedicto, anno Domini .M^o.CC^o.L^o. quinto.* 1256, febrero¹²⁴.

95.- *El rey las mando*¹²⁵, *Garcia Sanchiz las escriuió.* 1258, abril 13. Olite.

96.- *Miguel de Pomplona la (escribio...)* 1258, abril 27. Olite.

97.- *Yo Ferrando viçechanceler escriui esta carta por mandamiento del mi seynor el rey, e fiç este mio seynal.* (A) 1176, octubre, Pamplona; sin intitulación (B) 1237, marzo, Tudela; *Fecha carta apud Lachiacum, por mano del amado e fiel viçechanceler nuestro, frey Pero Xemeniç, del dito lugar de Roncasuaylles. Nota Xemen Garcia, nuestro clerigo.* (C) 1259, septiembre 1, Lachy¹²⁶.

¹²⁴ En este caso el escriba no cita el lugar donde ha sido redactado el documento, ni tampoco lo adelanta la editora. Desde nuestro punto de vista, atendiendo a algunas consideraciones que comentaremos más detenidamente en el capítulo siguiente, creemos que el documento del que forma parte esta intitulación se escribió en algún lugar de Francia. En opinión nuestra, el rey Teobaldo II residió en Francia desde 1256 hasta 1263 y sólo realizó algunas breves visitas a su reino en 1258, a diferencia de lo que creían otros estudiosos para quienes el monarca estuvo en Navarra desde finales del verano de 1255 hasta el 24 de octubre de 1257. En cualquier caso, dado que el notario encargado de la redacción era el navarro García Sánchez, las características lingüísticas del escrito no diferirán de los redactados en suelo navarro, puesto que el rey en sus viajes y en las estancias en sus dominios franceses se hacía acompañar por escribanos y notarios de su reino tal como hemos comentado con antelación.

¹²⁵ Se refiere a *las letras*.

¹²⁶ Teobaldo II confirma en el año 1259, en Lachy una carta de su padre Teobaldo I de 1237, escrita en Tudela, la cual, a su vez, es confirmatoria de otra de Sancho VI escrita en Pamplona en 1176. En la carta confirmatoria de 1237 no aparece mención explícita de notario.

98.- *Ego Ferrandus, vicecancellarius, iussu domini regis hanc cartam scripsi et hoc signum feci.* (A) 1176, octubre, Pamplona; sin intitulación (B) 1237, marzo, Tudela; *Datum apud Lacheacum, per manum dilecti ac fidelis vicecancelarii nostri fratris Petri Eximini de Rocideuale. Nota Eximini Garsie de Ayuar, clerici nostri.* (C) 1259, septiembre 1, Lachy¹²⁷.

99.- *Miguel Perez la escriuio por mandamiento de maestre Esteuan.* 1264, enero 31. Tudela.

100.- *Ferran Periz l'escriuio por mandamiento de Garcia Sanchiz abbat de Arroniç.* 1264, febrero 4. Sangüesa.

101.- *Fernart Periz l'escriuio por mandamiento de Garcia Sanchiz, abbat de Arroniz.* 1264, febrero 7. Sangüesa.

102.- *El rei la mando. Ferrant Periz la escrivo por mandamiento de Garcia Sanchez, abbat de Harroniz.* 1264, febrero 27. Estella.

103.- *Nota Ferdinandi Petri, qui presentem cartam scripsit de mandato Garsie Sancii, abbatis de Aroniz.* 1264, marzo 3. Estella.

104.- *El rey la mando. Ferrant Periz la escriuio por mandamiento de García Sanchiz, abat de Harroniz.* 1264, marzo 17. Pamplona.

105.- *El rey la mando. Ferrant Periz, l'escriuio por mandamiento de Garcia Sanchez, abbat de Arroniz.* 1264, marzo 23. Pamplona.

106.- *El rey la mando. Ferrant Perez l'escriuio por mandamiento de García Sanchez, abbat d'Urroz.* 1264, mayo 21. Tudela.

107.- *El rey la mando. Miguel Periz la escriuio, anno Domini M^o CC^o LX^o quarto.* 1264, mayo 31. Tudela.

108.- *Magistro Guidoni cancellario regis Nauarre scripsit hanc cartam.* (C) 1234, junio, Pamplona; *Nota Ferdinandi Petri qui presens priuilegium de mandato Garcie Sancii, rector ecclesie de Harroniz, scripsit.* (D) 1264, julio 2. (A) sin intitulación, 1155 (-); (B) sin intitulación, 1192 (-)¹²⁸.

¹²⁷ Igual que en el caso anterior, Teobaldo II confirma en Lachy, en 1259 una carta de su padre Teobaldo I escrita en 1237 en la localidad de Tudela, la cual es confirmatoria, a su vez, de otra de Sancho VI del año 1176 redactada en Pamplona.

¹²⁸ En 1264 Teobaldo II confirma una carta de su padre Teobaldo I de 1234, escrita en Pamplona que, a su vez, confirma otra de Sancho VI de 1155 y otra de Sancho VII de 1192. La carta de 1234 fue escrita por el maestre Guido, canciller de Teobaldo I. La carta de

- 109.- *El rey la mando. Miguel Periz la escriuio por mandamiento de don Miguel Undiano, anno Domini millesimo ducentessimo sexagesimo quarto. 1264, julio 10. Pamplona.*
- 110.- *El rey la mando. Ferrant Perez la escriuio por mandamiento de Garcia Sanchiz, abbat de Harroniz, anno Domini M^o CC^o LXIII^o. 1264, agosto 16. Estella.*
- 111.- *El rey la mando. Ferrant Periz la scriuio, anno Domini M^o CC^o sexagesimo quarto. 1264, agosto 18. Puente la Reina.*
- 112.- *El rey la mando. Ferrant Periz la escriuio por mandamiento de Garcia San(chiz), abbat de Harroniz, anno Domini millesimo CC^o sexagesimo quarto. 1264, septiembre 3. Olite.*
- 113.- *Nota Dominici Garssie, rectoris ecclesie de Legarda. 1264, octubre 13. Puente la Reina.*
- 114.- *En testimonio de quoad cosa, les diemos esta present carta seyllada con nuestro sieillo pendient, la quoad escriuio por mandamiento nuestro¹²⁹ Miguel de Pomplona, nuestro escriuano. 1264, noviembre 13. Tudela.*
- 115.- *El rey la mando. Johan Bon d'Olit escriuano de la ciudat de Pomplona, la escriuio por mandamiento del senescal et de don Miguel d'Undiano, anno Domini millesimo CC^o LX^o quarto. 1264, diciembre 6. Pamplona.*
- 116.- *Ego (Dominicus) Garsie, rector ecclesie de Legarda, domini regis notarius, hanc cartam de mandato ipsius scripsi, et hoc signum meum assuetum feci anno et die et loco predictis. 1264, diciembre 31. Urdax.*
- 117.- *Nota abbatis de Legarda, qui de mandato domini regis hanc cartam scripsit. 1265, enero 1. Ustariz.*
- 118.- *El rey la mando. Garcia Sanchiz, abbat d'Arroniz la escriuio, anno Domini M^o CCLX^o quinto. 1266, enero 27. Estella.*
- 119.- *Nota Dominici Garsie, abbatis de Legarda. 1266, abril 3. Estella.*

Teobaldo II debió redactarse en algún lugar de Navarra, dado que el monarca pasó todo el año de 1264 en este reino.

¹²⁹ Se refiere al mandamiento de Teobaldo II.

- 120.- *Nota abbatis de Legarda*. 1266, abril 23. Pamplona.
- 121.- *Garcia Miguel, escriuano del rey de Nauarra et del conceyllo de Esteylla, escriuio esta carta*. 1266, agosto 12¹³⁰.
- 122.- *Nota Dominici Garsie, abbatis de Legarda*. 1266, agosto 13. Pamplona.
- 123.- *Nota Dominici Garsie, abbatis de Legarda*. 1266, septiembre 10. San Miguel de Cisa.
- 124.- *Nota Dominici Garsie, abbatis de Legarda*. 1266, septiembre 20. San Juan de Pie de Puerto.
- 125.- *Nota Johannis*. 1266, noviembre 4. Pamplona.
- 126.- *El rey la mando. L'abbat de Harroniz, Garcia Sanchiz, la escriuio*. 1266, noviembre 5¹³¹.
- 127.- *Testigos... et Garcia d'Artaissona, capellano en Muruçaua*l qui escriuio la carta desta particion, por mandamiento de ambas las partidas. *Ferrant Periz l'escriuio, (por mandamiento) del seynnor rey*. 1266, noviembre 22. Pamplona.
- 128.- *Nota Johannis de Asineriis*. 1267, marzo 1. Saint Denis.
- 129.- *Nota abbatis de Legarda*. (1267), diciembre 5. París¹³².
- 130.- *En testimoniança de la quoa*l cosa nos lis diemos esta nuestra carta sieillada con nuestro sieillo pendient, la quoal escriuio por nuestro mandamiento¹³³ Miguel de Pomplona en Esteilla, jueues primero empues la fiesta de Sant Johan Baptista en el mes de junio, en el aynno de mil CC et sisanta et nueu. 1269, junio 27. Estella.
- 131.- *Miguel de Pomplona la escriuio por mandamiento nuestro*¹³⁴. 1269, julio 5. Estella.

¹³⁰ Dado que Teobaldo II estuvo durante todo el año de 1266 en Navarra, el diploma de esta intitulación debió escriturarse en este reino también.

¹³¹ En este caso, teniendo en cuenta que Teobaldo II pasó el año 1266 en Navarra, la redacción del documento de esta suscripción debió llevarse a cabo en Navarra también.

¹³² Se refiere a Domingo García sin ninguna duda, quien debió acompañar a su rey durante una de sus estancias en Francia.

¹³³ Hace referencia al mandato del rey Teobaldo II.

¹³⁴ Se refiere, igual que en la n. anterior, a Teobaldo II como autor de la *iussio*.

- 132.- *Ego Michael Pampilonensis, domini regis notarius, hanc cartam mandato ipsius scripsi et hoc sig(signo)num meum assuetum feci, anno, die et loco predictis. 1269, julio 9. Pamplona.*
- 133.- *El rey la mando notar, anno Domini millessimo CCLX nono*¹³⁵. 1269, agosto 6. Estella.
- 134.- *El rey la mando. Nota Ferrant Periz. 1269, septiembre 23. Estella.*
- 135.- *Notis Odonis de Castro Therry. 1269, septiembre 24. Estella.*
- 136.- *Nota Garssie Sancii, abbatis ecclesie de Harroniz. 1269, septiembre 25. Estella.*
- 137.- *Nota Martini Stellensis. 1269, octubre 6. Tiebas.*
- 138.- *Nota Martini Stellensis. 1269, octubre 7*¹³⁶.
- 139.- *Nota Martini Stellensis. 1269, octubre 10. Roncesvalles.*
- 140.- *El rey la mando et la confirmó por siempre. 1269, octubre 12*¹³⁷.
- 141.- *Nota Martini Stellensis. 1269, octubre 12. Ostabat.*
- 142.- *El rey la mando et la confirmó por siempre. 1269, octubre 12*¹³⁸.
- 143.- *Nota Martini Stellensis. 1269, octubre 16. Belin.*
- 144.- *Nota Martini Stellensis. 1269, octubre 25. Lusignan.*
- 145.- *Nota Martin Stellensis. 1270, junio 7. Aix-en-Provence.*
- 146.- *Nota Martini Stellensis. 1270, julio 2. La Roche (Marsella).*

¹³⁵ En el documento nº 68 de la Colección diplomática de Teobaldo II (GARCÍA ARANCÓN, M. R., *op. cit.*, p. 142), creemos que la expresión de la fecha no aparece escrita correctamente, tal vez por error de impresión, ya que tal como se presenta no puede leerse el año 1269, fecha en la que se escribió el documento sin ninguna duda. Aparece escrito así: *anno Domini millessimo XXLX nono*, mientras que en la intitulación de nuestro corpus lo presentamos, con una pequeña modificación, de la siguiente manera: *anno Domini millessimo CCLX nono*.

¹³⁶ Es probable que el documento de esta intitulación se redactara en algún punto localizado en la Navarra de Ultrapuertos, y ello porque otra serie de diplomas escritos por esas mismas fechas parece que lo sugiere así, ya que todos tienen en común la pertenencia de sus lugares de elaboración a esta área del antiguo Reino de Navarra. En cualquier caso, esta escrituración se inscribe en Navarra, lugar en el que estuvo el rey desde marzo a octubre de 1269, antes de emprender su cruzada a Tierra Santa.

¹³⁷ *Ibid.*

¹³⁸ Se refiere a Teobaldo II.

147.- *E yo Pero Martinyz de Arceyz, escriuano iurado del seynor infante don Henrric sobredicho, fu present en todas estas cosas sobredichas et po(r plazenteria et manda)miento d'ambas partidas, escriui esta present carta con la mi propria mano et en testimonio d'esto, fiz en eylla este mi sig(signo)no acostumbrado. 1270, noviembre 22. Tudela.*

4.2.5. ÍNDICE DE ESCRIBANOS Y NOTARIOS

Presentamos, a continuación, la relación de nombres de todos los notarios y escribanos que aparecen en el corpus de intituciones notariales. Se indica su cargo, su origen, y su vinculación a una corte, o a un concejo, villa, curia episcopal, etc.

Esta relación, además de seguir un orden cronológico atendiendo a las fechas de escrituración de los oficiales, está dividida en cuatro apartados, el primero es el correspondiente a los notarios castellanos, seguidamente aparecen los navarros y occitanos, en tercer lugar los aragoneses y, por último, los franceses e italianos.

1.- Oficiales castellanos o relaciones con Castilla por sus escrituraciones:

- Martín, presbítero y escribano en la primitiva Castilla Vieja (año 1011)
- Miguel, presbítero y escribano en León (Año 1061, durante la primera unión de Castilla y León). Por lo tanto, este escribano podría ser de origen leonés o castellano.
- Pedro, presbítero y notario en León posiblemente (Año 1097, por estas fechas, Castilla y León estaban de nuevo unidos). Por lo tanto, este escribano podría ser de origen leonés o castellano.
- Domingo, hijo de Domingo, escribano en Castilla (Año 1152). Probablemente, por la fecha, podría tratarse de un escriba de la cancillería del rey castellano Alfonso VII.
- Maestre Mica, notario de la cancillería real de Alfonso VIII de Castilla.
- Don Gómez, escribano en Castilla, tal vez de la cancillería del rey castellano Enrique I.
- Don Rodrigo, escribano castellano del concejo de Cuéllar, no debía formar parte, por lo tanto de la cancillería real de Enrique I de Castilla.

- Juan Pérez de Berlanga, notario posiblemente de la cancillería real de Fernando III de Castilla.
- Pedro Sánchez, notario particular del infante Sancho de Castilla, futuro rey Sancho IV.
- Rodrigo Martínez, chantre de Toledo, notario de la cancillería real de Sancho IV de Castilla.
- Martín, halconero, notario de la cancillería real de Sancho IV de Castilla.
- Juan Domínguez de Bue..., posiblemente notario de la cancillería real de Sancho IV de Castilla.
- Ferrán Domínguez, notario de Sancho IV de Castilla y de su tutor el infante Enrique.
- Martín Pérez, posiblemente notario de la cancillería real de Sancho IV de Castilla.

2.- Oficiales de origen navarro u occitano, o relacionados con el Reino de Navarra:

- Pedro, escribano y notario real de la cancillería de Sancho VI de Navarra.
- Jimeno, tal vez escribano de Pedro, notario real de la cancillería de Sancho VI de Navarra.
- Fernando, vicescanciller de Sancho VI, de Navarra. Notario, por lo tanto, de esta cancillería real.
- Sancho de Perarrúa, notario de la cancillería de Sancho VI, de Navarra.
- Lope, escribano del concejo de Usúa, no formaba parte por este motivo de la cancillería real de Sancho VII de Navarra.
- Maestre Guido, canceller y notario real de la cancillería de Teobaldo I.
- Miguel de Soria, escribano y notario real de la cancillería de Teobaldo I, posiblemente de origen castellano, pero vinculado a la cancillería navarra.
- Lope García, clérigo y notario real de la cancillería de Teobaldo I.

- Roberto Delfín, abad de Aibar, posiblemente notario de la cancillería real de Teobaldo I.
- García Escolano, posiblemente notario real de la cancillería de Teobaldo I.
- Martín, escribano, posiblemente de la cancillería de Teobaldo I. En cuanto a su origen, no es seguro que sea navarro, ya que la modalidad lingüística que utiliza para redactar participa tanto de rasgos navarros como occitanos. Por ello, es posible que fuera un inmigrante ultrapirenaico.
- García Pérez, posiblemente ajeno a la cancillería real de Teobaldo I, ya que parece tratarse de un notario de la curia episcopal, cargo que ocuparía con toda seguridad hacia 1287. En este caso sería el clérigo García Pérez de Larrangoz.
- Pedro Fernández, escribano y notario del concejo de Tudela, no debía formar parte, por lo tanto, de la cancillería de Teobaldo I.
- Juan Pérez, escribano y notario del concejo de San Nicolás de Pamplona, así pues, no formaba parte de la cancillería de Teobaldo I.
- Sancho Pérez, escribano y notario del concejo de Peralta, por ello, no formaba parte de la cancillería de Teobaldo I.
- Pedro García, es posible que fuera un escribano o notario de una villa Navarra y que no perteneciera, por lo tanto, a la cancillería de Teobaldo I.
- Juan de Jaca, posiblemente escribano de la villa navarra de Puente la Reina hacia 1235. No debía formar parte por esta razón de la cancillería de Teobaldo I. No puede asegurarse que su origen sea navarro puesto que el documento que redacta presenta rasgos lingüísticos navarros y occitanos conjuntamente. Posiblemente fuera un inmigrante llegado de Ultrapuertos, lo mismo que Martín, escribano.
- Miguel de Pamplona, navarro, de escribano a notario de la cancillería de Teobaldo II.
- Miguel Pérez, navarro, de escribano a notario real de la cancillería de Teobaldo II, con competencia "ubique locorum".

- Maestre Esteban, notario posiblemente de la cancellería real de Teobaldo II.
- Fernando Pérez, navarro, escribano de la cancellería de Teobaldo II.
- García Sánchez, abad de Arróniz, navarro, notario de la cancellería de Teobaldo II. Probablemente el mismo que el notario García Sánchez de Tudela.
- Jimeno García de Aibar, navarro, notario de la cancellería de Teobaldo II. Clérigo del rey también.
- Pedro Jiménez de Roncesvalles, vicecanciller de Teobaldo II en 1259 y 1260, perteneció a la Orden de Roncesvalles.
- Domingo García, abad de Legarda, navarro, notario de la cancellería de Teobaldo II.
- Martín de Estella, navarro, notario de la cancellería de Teobaldo II.
- García Miguel, navarro, notario de la cancellería de Teobaldo II.
- Juan de Asnières, francés, escriba de la cancellería de Teobaldo II. En una intitulación sólo aparece el nombre, Juan, tal vez por defecto de la copia.
- Odón de Château-Thierry, francés, escriba de la cancellería de Teobaldo II.
- García de Artajona, capellán de Muruzábal, escribano de la cancellería de Teobaldo II posiblemente.
- Miguel Undiano, de tesorero de Teobaldo II en 1264 a guardasellos en 1299 posiblemente.
- Pedro Martínez de Arceiz, de escribano particular del infante Enrique, hermano de Teobaldo II, a notario real con competencia "ubique locorum", durante el reinado de Enrique I. Al redactar el documento del corpus aún es escribano del infante.
- Juan Bon de Olite, escribano y notario de la Navarrería, no formaba parte de la cancellería real de Teobaldo II.
- Lope Sánchez de Sangüesa, rector de la iglesia de Andoain, notario de la curia episcopal de Navarra, es decir, del obispo de Pamplona.

- Martín Jiménez, notario público y jurado del concejo de Rada (Navarra), no formaba parte, por lo tanto, de la cancellería de la regente Blanca, esposa de Enrique I de Navarra y madre de la reina Juana de Navarra y Champaña.
- Martín Pérez de Estella, notario real de la cancellería de la regente Blanca también.
- Juan Jiménez, notario real de la cancellería de la regente Blanca igualmente.

3.- Oficiales aragoneses o vinculados con este reino y corona por sus escrituraciones:

- Fernando, notario de la cancellería real de Pedro II de Aragón.
- Andrés de Agierb, escribano y notario del conde de Barcelona Ramón Berenguer IV.
- Pedro Juan, de escribano a notario real de la cancellería de Jaime I de Aragón. A partir de 1237 notario de la reina Yolanda.
- Pedro Andrés (*Pere Andreu*), escribano de la cancellería de Jaime I de Aragón.
- Guillemón Escribá, notario de la cancellería real de Jaime I de Aragón.
- Berenguer de Parets, posiblemente escribano real de la cancellerías de Alfonso II y Pedro II de Aragón, y ahora escribano del notario real Guillermo Rabaciel.
- Guillermo Rabaciel, posiblemente Guillermo Rabaça, de escribano a notario real de la cancellería de Jaime I de Aragón.
- Pedro Cadel, escribano de Pedro Cornel, mayordomo de la curia regia de Jaime I de Aragón. En cuanto a su origen, podría ser tanto aragonés como navarro, por las características lingüísticas que presenta el documento que escritura.

- Esteban, notario de la curia episcopal de Aragón. Capellán y canciller de Gil, obispo de Segorbe y Santa María de Albarracín. Por las características del documento que redacta debía ser de origen navarro, aunque también es posible que fuera aragonés y que él no redactara el escrito, sino que actuara como autor de la *iussio* notarial con un escriba a su cargo, de origen navarro, que fuera el que redactó utilizando la variedad romance navarra.

4.- Oficiales franceses o italianos, tal como indican sus intituciones:

- Aimerici, diácono y canciller de la Santa Iglesia Romana. Por lo tanto, este notario que redacta en 1132, en Cluny podría ser de origen francés.

- Hermani, posiblemente Hermano, subdiácono de la Santa Iglesia Romana y notario de origen posiblemente italiano ya que redacta en Dolo (Venecia) en 1162.

- Moysi, posiblemente Moisés, subdiácono de la Santa Iglesia Romana, canciller y notario probablemente italiano, al escriturar este documento en Letrán, en 1188.

- Marim, maestre de la Santa Iglesia Romana y vicecanciller, notario de origen posiblemente francés, puesto que el documento se escribió en Lyon, en 1249.

- Francisco Jiménez de Luna, notario de la Corte Mayor de Navarra a principios del siglo XVII.

CAPÍTULO 5

DELIMITACIÓN CRONOLÓGICA Y GEOGRÁFICA DE LOS DOCUMENTOS ESTUDIADOS

CAPÍTULO 5.

DELIMITACIÓN CRONOLÓGICA Y GEOGRÁFICA DE LOS DOCUMENTOS ESTUDIADOS

5.1. INTRODUCCIÓN. PLANTEAMIENTO INICIAL.

Como dijimos en el capítulo anterior, los documentos que hemos seleccionado para llevar a cabo la elaboración del corpus de trabajo abarcan un período de tiempo comprendido entre los siglos VII y XIII y se encuentran localizados en diferentes áreas geográfico-lingüísticas que se extienden por casi toda la Península, y por otros lugares de Francia, Italia e incluso África.

Como un primer acercamiento al estudio de la delimitación cronológica y geográfica de nuestros documentos, atenderemos a sus datas crónicas y tópicas, aunque centrando la atención sobre todo en las primeras. Para ello vamos a fijarnos en las fechas de redacción propuestas por los diferentes editores, con las que, en principio, concordamos en casi todas las ocasiones; sin embargo, en el caso de no compartir alguna de estas opiniones, lo haremos notar en este capítulo.

El estudio de la localización diatópica queda reservado casi en exclusiva al capítulo siguiente, aunque en éste no descartamos ofrecer algunas consideraciones generales que nos permitan aventurar no sólo la fecha posible, sino también el lugar de redacción de aquellos textos documentales que han sido presentados por parte del editor sin señalar ninguna ubicación concreta.

En el índice que adjuntamos al final aparece recogida la relación completa de las fechas de los documentos, en las que se

incluyen, en muchas ocasiones, no sólo la indicación del año, sino, además, la del mes y el día, tal como lo presentan los editores que han recogido en cada una de sus colecciones los textos que hemos seleccionado para su estudio.

En primer lugar, queremos advertir que con este análisis cronológico no pretendemos revisar detalladamente los diferentes sistemas de datación utilizados por los escribanos en la mayoría de los documentos y que suelen variar según la fecha y las costumbres de cada área de la Península, pues ello supondría extendernos en exceso al intentar abordar un campo que queda fuera de nuestro objeto y que entendemos más propio del ámbito paleográfico y diplomático al estar centrado en cuestiones tales como las diversas formas de redacción documental. Lo cierto es que en esta delimitación crónica de las escrituras tratadas no nos interesa tanto la fórmula de datación utilizada, como la fecha exacta en que cada documento fue compuesto, para abordar con la mayor precisión posible el estudio diacrónico lingüístico de las voces que se entienden como latinismos, cultismos y semicultismos.

Aun así, presentamos a continuación algunas de las fórmulas utilizadas por los escribas para fechar los textos que redactaban con la intención de dejar constancia de sus escritos a lo largo del tiempo.

Si bien es cierto que no todos los documentos están fechados, ya que algunos, sobre todo los más antiguos de entre los que forman parte del *copus*, carecen de cualquier indicación temporal (como las pizarras de los siglos VII y VIII, los textos de las Glosas Emilianenses y Silenses y otros de los siglos X y XI), también lo es el hecho de que, con toda seguridad, abundan en nuestra selección textual documentos que, de un modo u otro, llevan insertada alguna referencia a su fecha de composición, ya sea el año, ya, además, el mes y el día.

Sin embargo, como acabamos de decir, los sistemas de datación son diversos y el editor se ve en la necesidad de traducir e interpretar las fechas de cada uno de los documentos para adaptarlas al sistema actual de fechación, labor que facilita sumamente el trabajo al abordar el estudio textual.

5.2. ESTUDIO GENERAL DE LOS SISTEMAS DE DATACIÓN MEDIEVALES

Veamos, a grandes rasgos, cuáles son algunos de los elementos utilizados en la datación crónica de estos diplomas por parte de los escribas o notarios¹.

1.- La expresión del año puede señalarse de las siguientes formas:

1.1.- Utilizando el cómputo de la Era Hispánica². Quizá sigan este método los documentos más antiguos. Por ejemplo:

- Era M.C.LXX.II (doc. nº 2 del "*Libro Becerro*"), lo que equivale al año 1134.

¹ Para ello seguiremos el trabajo que ha realizado Munita Loinaz con objeto de ofrecer un estudio concreto que, sin embargo, entendido de un modo general, sirve a nuestro propósito de mostrar esta visión global de la fechación textual medieval (MUNITA LOINAZ, J. A., "*Libro Becerro*" del Monasterio de Sta. María de La Oliva (Navarra): Colección documental (1132/1500), Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Euskotikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1984).

² Era: "Punto fijo y fecha de un suceso, que sirve de punto de partida para los cálculos cronológicos". *La era hispánica o de César* empieza en el año 38 a.d.C., "fecha del decreto en que Octavio, siendo triunviro con Antonio y Lépido, declaró a España tributaria de Roma y la dividió en tres provincias: *Tarraconense*, *Bética* y *Lusitania*, señalando el principio de una era nueva. (Este cómputo se usó en Aragón hasta 1358, en Castilla hasta 1383 y en Portugal hasta 1415)" (*Enciclopedia Universal Sopena. Diccionario ilustrado de la lengua española*, t. III, Barcelona, Sopena, 1963, p. 3144).

1.2.- Según la Era Cristiana³, que incluye a su vez varios estilos:

1.2.1.- El estilo de Pascua de Resurrección, también llamado "*stylus francicus*", utilizado en Navarra, sobre todo a partir de 1234, cuando empezó la dinastía de Champaña. Ejemplo:

- *Datum per nos apud Stellam die mercurii post festum beati Mathei apostoli et evangeliste, anno Domini millesimo CC.LX nono* (doc. nº 27 del "*Libro Becerro*").

Ambigua resulta la fórmula: "*Anno Domini*" que obliga al editor a verificar las fechas comprobando su concordancia con otros elementos de la data o del propio texto documental.

1.2.2.- El estilo de la Encarnación o de la Anunciación, más propio en escrituras de origen Reino, dispone para presentarse de dos fórmulas:

1.2.2.1.- "*Anno ab Incarnatione Dominis*". Ejemplo:

- *Datum Cluniaci per manum Aimerici Sancte Romane ecclesie diachonus et cancellarius, IV idus febrero, indictione X, Incarnationis Dominice anno M.C.XXX.II, pontificatus vero dompni Innocentii secundo* (doc. nº 1 del "*Libro Becerro*").

1.2.2.2.- o la fórmula "*Anno Domini*", que por su reducción resulta bastante problemática.

1.2.3.- El estilo de la Natividad, que es muy tardío.

1.2.4.- El estilo de la Circuncisión, también es muy tardío, tal vez del siglo XV ambos.

2.- La expresión del mes y del día. En los documentos podemos encontrar varias posibilidades, algunos indican el día, mientras que otros, o bien no indican el mes, o bien sí indican el mes en que fueron redactados pero omiten el día de ese mes.

³ *La era común, cristiana o vulgar* comienza "con el nacimiento de Jesucristo, en el año 14 del reinado de Augusto" (*Ibid.*, p. 3144).

Los procedimientos que se utilizan para computar el mes suelen resultar variados y según la clasificación propuesta por Munita Loinaz tenemos:

2.1.- sistema directo: que consiste en la expresión del día y del mes mediante los correspondientes cardinal u ordinal numeral (esta fórmula es más frecuente a partir del siglo XIV, ya que es la preferida después de la caída en desuso de la Kalendación romana). Ejemplos:

- *Facta carta et donacio sub era M.CC.LX.VIII mense junio, die Santi Barnabe apostoli* (doc. nº 13 del "Libro Becerro").

- *Esto fue feito en Pamplona, en el mes (...) de abril, jueves primero ante de Ramos* (doc. nº 29 del "Libro Becerro").

2.2.- Kalendación romana retrógrada. Fue la fórmula preferida durante los siglos XII y XIII para computar los meses y días. De forma sistemática la empleaba la documentación pontificia. Ejemplo:

- *Datum apud Dol(um) per manum Hermannii Sancte Romane ecclesie subdiaconi et notarii, decimo IIII kalendas octobri, indictione X, Incarnationis Dominice anno M.C.LX.II, pontificatus vero domni Alexandri pape III anno III* (doc. nº 8 del "Libro Becerro").

2.3.- Referencia a festividades del calendario litúrgico. Es un sistema que estuvo muy difundido entre los siglos XII al XIV; esta posibilidad dispone de diferentes aplicaciones ya que en algunos casos los documentos formulan la fecha indicando el día de la misma fiesta. Ejemplo:

- *Facta carta et donacio sub era M.CC.LX.VIII mense junio, die Santi Barnabe apostoli* (doc. nº 13 del "Libro Becerro").



En otros casos, los documentos se sirven de las festividades para expresar los días que faltan o que ya han pasado de la misma, por ejemplo:

- *Datum per nos apud Stellam die mercurii post festum beati Mathei apostoli et evangeliste, anno Domini millesimo CC.LX nono* (doc. nº 27 del "Libro Becerro").

Sin embargo, lo cierto es que esta fórmula sólo es fiable en los casos de festividades muy señaladas, como la Asunción de la Virgen, el Corpus Christi, etc., y resulta problemática cuando se aplica al resto del santoral, puesto que no es extraña la existencia de homónimos que a veces entorpecen una segura datación. Ejemplo:

- *Datum en Stella, viernes primero empues la fiesta de Sant Vicent, Anno Domini millesimo CC nonogessimo septimo* (doc. nº 33 del "Libro Becerro"). El editor ha propuesto la fecha del viernes 24 de enero de 1298, calculada a partir de la fiesta de San Vicente levita, que se celebra en Valencia el 22 de enero.

2.4.- Días andados. Esta fórmula la utilizan algunos documentos también para expresar el día del mes. Ejemplo:

- *Facta carta en Rada, jueves XXIX dias handados del mes de março, era M.CCC.XX nona annos* (doc. nº 32 del "Libro Becerro").

2.5.- Referencia al día de la semana. Se trata de un procedimiento algo más inusual pero del que podemos encontrar igualmente algún ejemplo:

- *Actum est hoc die sabbati proxima post festum Circumcisionis Domini, anno Domini millessimo .CC^o. quadragesimo tercio* (doc. nº 92 de la "Colección Diplomática de Teobaldo I")⁴.

3.- La expresión del día de la semana, desde el lunes al domingo.

Lo cierto es que la designación del día de la semana dentro de la fórmula de datación aparece con asiduidad en los documentos fechados al modo francés "mos gallicus" o "stylus francicus", es decir, esto es propio de los documentos de la dinastía de Champaña. Ejemplo:

- *Esto fue feito en Pamplona, en el mes (...) de abril, jueves primero ante de Ramos,...*

⁴ MARTÍN GONZÁLEZ, M., *Colección diplomática de los reyes de Navarra de la dinastía de Champaña. I. Teobaldo I (1234-1253)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1987, p. 126.

4.- Datas auxiliares. Se trata de otros cálculos complementarios como:

4.1.- La Indicción⁵, propia de escrituras papales. Ejemplo:

- *Datum Lateram per manum Moysi Sancte Romane ecclesie subdiaconi vicem agentis cancelarii, decimo sexto kalendas aprili, indictione sexta, Incarnationis Dominice anno MCLXXXVII, pontificatus vero domni Clementis pape III, anno primo* (doc. nº 10 del "Libro Becerro").

4.2.- La referencia histórica al año del pontificado. Ejemplo:

- *Datum apud Dol(um) per manum Hermannii Sancte Romane ecclesie subdiaconi et notarii, decimo IIII kalendas octobri, indictione X, Incarnationis Dominice anno M.C.LX.II, pontificatus vero domni Alexandri pape III anno III* (doc. nº 8 del "Libro Becerro").

4.3.- Las referencias coetáneas o históricas, estas últimas ofrecen datas simultáneas en el tiempo, a diferencia de la anterior, expresan nóminas de personajes como tenentes, obispos, abades, alcaldes, etc. que desempeñan sus cargos en el mismo momento de la expedición del documento.

⁵ **Indicción**: "Cronol.: Año de cada uno de los períodos de quince que se contaron desde el 315 de Jesucristo y comenzaba el 24 de septiembre. **Indicción romana**: Cronol.: Número de orden del año dentro de un período de quince años, que servía para fijar antiguamente las fechas en Roma. El año 1 de la Era Cristiana tiene la **indicción** 4. (Para hallar la de un año cualquiera se suma 3 al número del año (*m*) y la suma se divide por 15; el residuo es la **indicción** (*i*). Esto se expresa con la fórmula $i=(m+3)_{15}$. Cuando el residuo es 0, la **indicción** es 15 (...). Hoy carece de relación en el calendario)" (*op. cit.* en la n. 2, t.V, p. 4514).

Ejemplo de referencias coetáneas:

- *Facta carta in villa que dicitur Tutella, era M.C.L XXX.V III. Regnante Dei gratia rege Garsia in Pampilona et in tota Navarra, in Ipuzcha et in Alava. Episcopo Michaelae in Tirasona. Episcopo Lupo in Pampilona. Comite Latrone domino in Ayvar, Guillem Aznarez in Sangossa, Remir Garcez in Sancta Maria de Iusua, Rodrico de Acosta in Stella, Martinus de Lehet in Galipenz, Acenariz in Funes et in Balterra, Semeno Acenariz in Tafala, Semeno de Ayvar in Tauste* (doc. nº 3 del "Libro Becerro").

Ejemplos de referencias históricas:

- *Datum apud Dol(um) per manum Hermanni Sancte Romane ecclesie subdiaconi et notarii, decimo IIII kalendas octobri, indictione X, Incarnationis Dominice anno M.C.LX.II, pontificatus vero domni Alexandri pape III anno III* (doc. nº 8 del "Libro Becerro").

- *Datum Lateram per manum Moysi Sancte Romane ecclesie subdiaconi vicem agentis cancelarii, decimo sexto kalendas aprili, indictione sexta, Incarnationis Dominice anno MCLXXXVII, pontificatus vero domni Clementis pape III, anno primo* (doc. nº 10 del "Libro Becerro").

5.3. DELIMITACIÓN DIATÓPICO-CRONOLÓGICA DE LOS DOCUMENTOS ESTUDIADOS. COMENTARIO DE LA SELECCIÓN DOCUMENTAL DEL CORPUS DE LOS SIGLOS X AL XIII

Tratemos ahora de llevar a cabo una aproximación a este estudio cronológico que nos permita, además, comentar algunos de los problemas que presentan ciertos documentos; advertimos que la solución de estos problemas la ofrecen los mismos editores en casi todas las ocasiones, pero no queremos pasar por alto las conjeturas que llevan a cabo, no únicamente por el

interés que presentan, sino sobre todo para añadir nuestra interpretación en algunos casos.

Los documentos del corpus que abarcan unos seis siglos, esto es, desde el siglo VII, o tal vez finales del VI d.C., hasta el siglo XIII, se distribuyen cronológicamente de la manera que sigue.

5.3.1. PIZARRAS VISIGODAS

En primer lugar, disponemos de unas pizarras visigodas de cuya edición crítica y estudio se ha ocupado Isabel Velázquez Soriano⁶.

Se trata de dos pizarras, la primera de ellas es de fines del siglo VI, o principios del VII d.C., y la segunda del siglo VIII d. C., aproximadamente de hacia el año 750, encontradas en Cáceres y Asturias respectivamente.

5.3.2. GLOSAS EMILIANENSES Y SILENSES.

En segundo lugar, Menéndez Pidal ofrece en sus *Orígenes del Español*⁷, una colección de Glosas, las conocidas como Emilianenses y Silenses, y otra serie de documentos que él mismo clasifica en diferentes apartados, los de: documentos de Castilla, de tierras de León, y de los condados de Carrión, Monzón y Liébana. De estos documentos nos ocuparemos en el apartado siguiente.

⁶ VELÁZQUEZ SORIANO, I., *Las pizarras visigodas: edición crítica y estudio*, Universidad de Murcia, Junta de Castilla y León, Universidad de Alcalá de Henares, 1989.

⁷ MENÉNDEZ PIDAL, R., *Orígenes del español. Estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI*, (10ª ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 1986.

Centrándonos ahora en las Glosas, los comentarios recientes de F. Gimeno⁸ dejan entrever los problemas de localización crónica, diatópica y de autoría de las Glosas tratados de forma exhaustiva por diversos autores, de ahí que no sólo atendamos a algunas interpretaciones para no extendernos excesivamente.

En primer lugar, con respecto a la fecha de redacción de las Glosas Emilianenses y la del *Manuscrito* en que se encuentran, la datación propuesta por Díaz y Díaz⁹, y aceptada por la mayoría de estudiosos¹⁰, parece más acertada que la que sostuvo Menéndez Pidal. Para Díaz y Díaz, texto y glosas no se redactaron entre los siglos IX y X como creía Menéndez Pidal¹¹, sino bien entrado en siglo XI, atendiendo a aspectos paleográficos¹².

En cuanto a la modalidad lingüística romance de estas Glosas, los autores no se ponen de acuerdo. Menéndez Pidal señaló que "en estas Glosas Emilianenses vemos el habla riojana del siglo X muy impregnada de los caracteres navarro-aragoneses", así como que el glosador a quien se deben debía de ser navarro¹³. González Ollé, por su parte, estima que estas Glosas pueden ser consideradas como la primera manifestación del romance navarro¹⁴ y, con respecto a la personalidad lingüística del glosador, añade como complemento a la interpretación de Menéndez Pidal la condición bilingüe de éste,

⁸ GIMENO MENÉNDEZ, F., *Sociolingüística Histórica (Siglos X-XII)*, Madrid, Visor Libros-Universidad de Alicante, 1995, pp. 64-78. Este autor recoge algunas de las diferentes propuestas acerca del origen de los glosistas, de la localización geográfica, etc.

⁹ DÍAZ Y DÍAZ, M. C., *Las primeras glosas hispánicas*, Universitat Autònoma de Barcelona, 1978.

¹⁰ WRIGHT, R. *Latín tardío y romance temprano en España y la Francia carolingia*, Madrid, Gredos, 1989, pp. 293-309. Este autor considera el acierto de Díaz y Díaz con respecto a la propuesta de fechación de las Glosas. C. Hernández también comparte con Díaz y Díaz la datación de las Glosas en el siglo XI (HERNÁNDEZ ALONSO, C., "Las Glosas. Interpretación y estudio lingüístico", en C. Hernández Alonso et al. (eds.), *Las Glosas Emilianenses y Silenses*, Burgos, Ayuntamiento de Burgos, 1993, pp. 63-82).

¹¹ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.*, pp. 1-2.

¹² DÍAZ Y DÍAZ, M. C., *op. cit.*, p. 29.

¹³ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.*, pp. 467-470.

¹⁴ GONZÁLEZ OLLÉ, F., "El romance navarro", *Revista de Filología Española*, LIII, 1970, p. 55.

al tratarse posiblemente de un vascohablante¹⁵. Para Wright, en cambio, la conservación de las oclusivas sordas intervocálicas no es indicativo de que estas Glosas sean navarro-aragonesas, ya que, en su opinión, el carácter sordo no está demostrado. Por el contrario, considera que estas Glosas proceden de "algún lugar del suroeste de los Pirineos", y que "no son transcripciones fonéticas del «navarro-aragonés», sino el resultado de inteligentes intervenciones *ad hoc* de uno o dos individuos"¹⁶. Estas interpretaciones se tendrán en cuenta en el análisis lingüístico de nuestros datos, del mismo modo que la posible existencia de glosarios. Es decir, mientras Díaz y Díaz está convencido de la existencia de glosarios latinos a los que debían recurrir los escribas, Wright cree que el siglo XI no existían ni glosarios de latín-romance hoy desaparecidos, ni glosarios latinos, usados como "fuentes para añadir glosas a otros textos distintos", es decir, que "aunque parece no haber duda de que tanto en San Millán como en Silos existían glosarios", éstos sólo debían de ocuparse de reunir "glosas ya escritas de un manuscrito" y sólo se usaban "para añadir glosas a manuscritos no glosados del mismo texto"¹⁷.

Del mismo modo, en segundo lugar, las Glosas de Santo Domingo de Silos, por los datos que se desprenden del análisis paleográfico, tampoco parecen ser de la segunda mitad del siglo X como creía Menéndez Pidal¹⁸, sino del XI, concretamente de hacia mediados de siglo, y en todo caso nunca con anterioridad, según Díaz y Díaz¹⁹ y un buen número de estudios que

¹⁵ GONZÁLEZ OLLÉ, F., "La sonorización de las consonantes sordas tras sonante en la Rioja. A propósito del elemento vasco en las Glosas Emilianenses", *Cuadernos de Investigación Filológica*, t. IV, Publicaciones del Colegio Universitario de Logroño, 1978, p. 115.

¹⁶ WRIGHT, R., *op. cit.*, pp. 293 y 309.

¹⁷ WRIGHT, R., *op. cit.*, pp. 299-305.

¹⁸ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.*, p. 9.

¹⁹ DÍAZ Y DÍAZ, M. C., *op. cit.*, p. 33-34.

comparten esta opinión como Wright²⁰, G. Straka, etc. Éste último, aunque no se atreve a asegurar que las Glosas sean, como dice este Díaz y Díaz, de mitad del XI, está convencido de que hay que retrasar su escrituración más de lo que suponía Menéndez Pidal y colocarla al menos a principios del siglo XI²¹. Sin embargo, la cuestión aún no está cerrada, ya que para otros autores como Ruiz Asencio habría que retrasar la fecha de redacción del Manuscrito de las Glosas Silenses a los últimos años del siglo XI o incluso a principios del XII²².

En cualquier caso, en el análisis lingüístico que llevaremos a cabo en el capítulo séptimo seguiremos la propuesta de fechación de Díaz y Díaz, es decir, que las Glosas Emilianenses son de principios del siglo XI y las Glosas Silenses de mediados de ese siglo.

5.3.3. DOCUMENTOS DE ORÍGENES DEL ESPAÑOL

Aparece formando parte igualmente de la colección documental presentada por Menéndez Pidal en sus *Orígenes* otra serie de documentos principalmente del siglo XI y dos del siglo X.

Así pues, dentro de los "Documentos de Castilla" muestra tres manifestaciones textuales de los años 1011, de hacia 1030, y del año 1063 respectivamente.

En cuanto a la fecha del segundo documento, de hacia 1030, aclara que se puede fijar por las alusiones que se hacen²³

²⁰ Wright, en la misma línea, considera también que las Glosas que aparecen en el *Manuscrito Silense* son del siglo XI y es posible que el original de la copia de Silos procediera de San Millán (WRIGHT, R., *op. cit.*, p. 294).

²¹ STRAKA, G., "Pour une révision de la date des Gloses de Silos?", *Hommage à Bernard Potier II*, París, Klincksieck, 1988, pp. 750-754.

²² RUIZ ASENCIO, J. M., "Hacia una nueva visión de las Glosas Emilianenses y Silenses", en C. Hernández Alonso et al. (eds.), *Las Glosas Emilianenses y Silenses*, Burgos, Ayuntamiento de Burgos, 1993, pp. 83-118.

²³ "El origen más remoto de los derechos que alega lo busca en días del conde Fernán González (+ 970). Después habla repetidas veces de los condes Garci Fernández y doña Aba

en él; también en el último hay una especificación, añadida por Menéndez Pidal, referida al día "Año 1063, 11 marzo (más bien 14, viernes; suponiendo errata de "U idus" en vez de "II idus", que diría el original)"²⁴.

Entre los documentos pertenecientes a la "tierra de León", incluye cuatro fechados como sigue, uno en el año 980, otro de hacia 1050²⁵, data ésta algo problemática, de ahí que a su lado Menéndez Pidal coloque un interrogante, el tercero es del año 1061 y el último de 1078.

Por último, de los "Condados de Carrión, Monzón y Liébana", presenta tres documentos, el primero del siglo X, concretamente del año 938, con letra visigoda, y los otros dos del siglo siguiente, es decir, de los años 1055²⁶ y 1097, respectivamente.

De este modo, se observa como Menéndez Pidal ofrece una visión general de la situación documental del siglo XI, tanto por los documentos que presenta como por las Glosas que recoge de los monasterios de San Millán de la Cogolla y de Santo Domingo de Silos, las cuales, como ya hemos dicho, aunque él las vea como propias de una época anterior, adelantando un siglo aproximadamente su fecha de redacción, creemos, siguiendo las opiniones de Díaz y Díaz y otros, que deben situarse en el siglo XI, fecha en la que primero debieron redactarse las Glosas Emilianenses y luego las Silenses, que pudieron tener como modelo de escritura a las primeras.

(970-995), de cuyo tiempo recuerda la toma de Gormaz, Osma y San Esteban por los moros (983-994). Como más recientes, cita hechos del tiempo del conde Sancho García (995-1017), de cuyo tiempo alude a la derrota de Cervera (1000). El último señor de Castilla que nombra es el rey de Navarra Sancho el Mayor (1029-1035), bajo cuyo gobierno ha de estar redactado el documento, pues menciona en tiempo presente a Rodrigo Gustioz, rico hombre castellano de dicho rey Sancho" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.*, p. 35)

²⁴ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.*, p. 38.

²⁵ En este caso, advierte que la pista que le ha ayudado a establecer como fecha posible de redacción documental el año 1050 es, entre otras características, la letra visigótica del siglo XI.

²⁶ Hay que tener en cuenta que Menéndez Pidal considera este documento como un texto original escrito en letra visigótica, aunque el *Índice* de los documentos de Sahagún lo vea como una copia de principios del siglo XII.

5.3.4. DOCUMENTO DEL CARTULARIO DE SAN JUAN DE LA PEÑA.

Otro documento del siglo XI es el que se encuentra en el *Cartulario de San Juan de la Peña*²⁷. Aunque en el texto se incluye la datación cronológica, ésta presenta algunos problemas. Ubieta Arteta transcribe "*Facta karta traditionis era M.^a LXXXX.^a III.^a*" que interpreta como el año 1055, mientras que Barrena Osoro transcribe "*Facta karta traditionis era MI.LXIII*" y considera que se refiere al año 1025. La referencia que aparece en el documento al rey Sancho de Pamplona no ayuda, dado que si Sancho Garcés III el Mayor reinó entre el 999 y el 1035 y a éste cree Barrena Osoro que se refiere el documento, otro rey también navarro y llamado Sancho, concretamente Sancho García IV el de Peñalén, reinó del 1054 al 1076 y sería al que considera Ubieta como referente. Esta diferencia temporal no parece que, en principio, vaya a afectar a nuestro estudio lingüístico; en cualquier caso, la interpretación de Barrena Osoro nos parece más acertada, siguiendo las noticias históricas de García de Cortazar²⁸, de ahí que consideremos que las voces extraídas de este documento para formar parte de nuestro corpus de estudio son del año 1025.

²⁷ UBIETO ARTETA, A., *Cartulario de San Juan de la Peña*, Valencia, 1962, pp. 114-117.
Barrena Osoro, E., *La formación histórica de Guipúzcoa: transformaciones en la organización territorial de un territorio cantábrico durante la época altomedieval*, San Sebastián, Universidad de Deusto, 1989, p. 419.

²⁸ GARCÍA DE CORTÁZAR, J. A., *Introducción a la Historia Medieval de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya en sus textos*, San Sebastián, 1979, p. 13.

5.3.5. COLECCIÓN DEL ARCHIVO MUNICIPAL DE ELORRIO.

También del siglo XI es el documento que hemos estudiado de la *colección del Archivo municipal de Elorrio*, presentada por C. Hidalgo de Cisneros y otros²⁹, con más precisión se redactó en el año 1013, Calendas Febrero, pero tampoco menciona el lugar donde fue escrito.

5.3.6. DOCUMENTOS LINGÜÍSTICOS DE ESPAÑA. REINO DE CASTILLA.

Menéndez Pidal presenta en forma de extensa colección una gran e importante serie de documentos lingüísticos del Reino de Castilla³⁰, en la que se incluyen manifestaciones textuales medievales de todas las áreas geográficas que comprendía el reino castellano, repartidas a lo largo de buena parte de la Península. En esta colección hemos hecho algunas calas, tal como habíamos adelantado en el capítulo precedente, con el propósito de seleccionar para nuestro corpus de estudio unos cuantos documentos de los elaborados entre los siglos XII y XIII principalmente, es decir, desde 1102 hasta 1272.

Las fechas y lugares de redacción de estos textos documentales son los siguientes:

Año 1102 (Oña); Año 1109 (San Millán de la Cogolla); Hacia 1150 (San Millán de la Cogolla)³¹; Año 1152 (Calahorra); Año

²⁹ HIDALGO, C., LARGACHA, E., LORENTE, A., MARTÍNEZ, A., *Colección documental del Archivo Municipal de Elorrio (1013-1519)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1988.

³⁰ MENÉNDEZ PIDAL, R., *Documentos lingüísticos de España. I. Reino de Castilla*, Madrid, CSIC, RFE-Anejo LXXXIV, 1966.

³¹ Menéndez Pidal sitúa este documento en esta fecha, teniendo en cuenta que en los cartularios de San Millán los documentos del abad Lucas comprenden desde el año 1144 al 1153 (*Ibid.* p. 117).

1174 (Aguilar de Campó); Año 1186 (Cuenca)³²; Año 1191 (Anero); Año 1218 (Plasencia); Año 1220 (San Leonardo, part. de El Burgo. Soria); Año 1221 (Cuéllar); Hacia 1225 (Molina)³³; Año 1247 (Cerco de Sevilla); Año 1272 (Murcia).

Ninguno de estos documentos presenta para Menéndez Pidal especiales problemas a la hora de fijar sus datas de redacción con más o menos precisión, puesto que en la mayoría de ellos aparece ya la fecha dada por el escriba que es interpretada y traducida correctamente por el editor. Por lo tanto, sólo en muy pocos casos ofrece algunas aclaraciones cuando los documentos parecen suscitar dudas, que él mismo resuelve con los datos que aporta.

Todos estos documentos se adscriben al Reino de Castilla, el cual fue ampliando sus fronteras y extendiendo su influencia y poder por gran parte de los territorios peninsulares durante la Edad Media.

Como es bien sabido, Castilla no era al principio más que uno de los condados dependientes del Reino de Asturias originario (que pasó a denominarse con el tiempo Reino de León) y, quizá, debido a su estratégica situación fue adquiriendo relevancia hasta que uno de sus condes, Fernán González, lo convirtió en el siglo X en un condado independiente del reino leonés. Este fue uno de los primeros pasos que le permitieron llegar a ser un reino tras la muerte de Sancho III de Navarra. Hasta ese momento había pasado a formar parte del reino navarro y estuvo vinculado a la familia real de Pamplona durante un tiempo, pero se convirtió en un reino cuando el hijo de

³² En cuanto a este documento Menéndez Pidal especifica, siguiendo a Muñoz y Soliva, que en el catálogo de los jueces de Cuenca figura como noveno juez "Martín de Castiello, quando fue presa Iniesta", lo cual se sabe que ocurrió en el 1186 (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 30, p. 417).

³³ Menéndez Pidal propone esta fecha basándose en una carta hecha en Valladolid el 7 de mayo de 1223, en la que "Gonzalbus Petri de Molina una cum uxore mea Sancia Gomiz" da a la Orden de Calatrava las propiedades que tiene "in Azeca", aldea de Guadalajara (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 30, p. 417).

Sancho III el Mayor lo heredó al morir su padre y se proclamó Fernando I, rey de Castilla. A partir de este momento empezaron a ampliarse las fronteras castellanas, tanto al arrebatarse territorios a los reinos vecinos, como mediante la Reconquista que fue avanzando progresivamente, unida al mayor auge de poder político que estaba consiguiendo Castilla, en detrimento de otros reinos a los que acabó por absorber, incorporando a sus dominios no sólo el Reino de León, definitivamente en 1230, sino también el de Navarra en 1512. Y, así mismo, recuperó de forma progresiva las tierras ocupadas por los árabes como Toledo, Extremadura, Murcia Andalucía, etc. hasta la conquista final de Granada en 1492 durante el reinado de los Reyes Católicos que favorecieron, además, la unión definitiva del Reino y Corona de Aragón a Castilla.

De ahí que Menéndez Pidal haya ido seleccionando en esta ocasión documentos tanto de las primitivas áreas que formaron parte del condado de Castilla, como de aquellas otras zonas que fueron incorporándose al reino castellano con posterioridad. Esta obra muestra, pues, una visión de conjunto de la situación documental de la Edad Media en el Reino de Castilla.

5.3.7. "LIBRO BECERRO" DEL MONASTERIO DE STA. MARÍA DE LA OLIVA (NAVARRA).

Siguiendo con nuestro estudio cronológico de los documentos del corpus, encontramos otra serie de textos extraída del "Libro Becerro" del Monasterio de Santa María de La Oliva, que abarca desde el primer tercio del siglo XII hasta finales del XIII.

Las fechas y lugares de redacción de estos documentos son:

Año 1132 (Cluny); Años 1134 (?), 1150 y 1162 (Tudela); Año 1154 (Luesia); Año 1162 (Dolo); Año 1164 (Zaragoza); Año

1188 (Letrán); Año 1210 (Monzón); Año 1225 (Alfajarín); Año 1230 (Ujué); Año 1233 (Burriana); Año 1248 (Castellar); Año 1249 (Lyon, en diez documentos); Año 1259 (Anagnie); Años 1269, 1298 y 1299 (Estella); Año 1281 (Pamplona, en dos documentos); Año 1288 (Rieti); Año 1291 (Rada); Año 1298 (Barcelona, en dos documentos); y, además, dos diplomas uno de 1152 y otro de 1269, sin indicación expresa de lugar.

Este cartulario que se redactó para conservar los documentos originales que pudieran tener algún tipo de interés para el monasterio, cree Munita Loinaz, que debe verse como propio de la primera mitad del siglo XVI, excepto el último cuadernillo que es del siglo siguiente, y obra de un sólo escriba³⁴.

De todos estos documentos sólo hay tres que presentan una datación problemática, los doc. nº 2, 7 y 9, pero, teniendo en cuenta todas las pesquisas y averiguaciones que ha realizado el editor antes de aventurarse a proponer una data de elaboración para cada uno de estos tres escritos, consideramos que las fechaciones que ha acabado por establecer, aun con algunas dudas, deben corresponderse con las fechas auténticas de redacción de los documentos³⁵.

En esta colección se recoge, a lo largo de un extenso período de tiempo, una serie de diplomas redactados en los más diversos lugares no sólo de Navarra, sino también de otras áreas o reinos peninsulares, e incluso extrapeninsulares, como Francia o Italia. La razón es que en los tumbos de los monasterios medievales se encuentran documentos cuya redacción pudo efectuarse en cualquier lugar en que se tuviera noticia o

³⁴ Este escriba recogió "íntegramente documentos de diversa índole (bulas, privilegios reales, adquisiciones, etc. (...)) con el fin de prevenirse mejor contra el natural deterioro o fortuita desaparición de sus originales" (MUNITA LOINAZ, J. A., *op. cit.*, p. 1).

³⁵ En la Introducción de su libro, Munita Loinaz lleva a cabo un comentario de las dataciones problemáticas de los documentos de este tomo. Explica todas las pesquisas que ha realizado durante su investigación antes de proponer la fecha de redacción que él cree auténtica de los documentos 2, 7 y 9. No vamos a recoger aquí todo el desarrollo que hace de sus investigaciones, porque supondría trasladar fielmente lo que escribe a lo largo de cinco páginas. Para ello *vid.* MUNITA LOINAZ, J. A., *op. cit.*, pp. 20-24.

conocimiento del monasterio, y en cualquier fecha a lo largo de la existencia histórica de dicho monasterio; por ejemplo, en el cartulario que nos ocupa hay unos cuantos documentos que recogen algunas concesiones hechas por diversos papas al abad del monasterio, de ahí que si el otorgante, es decir, el papa, estaba en algún punto de Italia o de Francia, desde ese lugar ordenara redactar el documento que luego se envió al monasterio de Sta. María de La Oliva, en este caso, y allí se guardó, pasando a formar parte de su archivo documental.

5.3.8. DIPLOMATARIO DE SALINAS DE AÑANA.

Otros documentos que forman parte de este estudio son los que hemos seleccionado desde finales del siglo XII hasta los últimos años del siglo XIII pertenecientes al *Diplomatario de Salinas de Añana* cuyo editor es Santiago López Castillo³⁶.

Las dataciones crónicas y tópicas de estos documentos son las siguientes:

Año 1194 (Toledo, dos doc.); Año 1259 (Toledo, dos doc.); Años 1282, 1290 y 1299 (Valladolid); Años 1286 y 1293 (Burgos); Año 1296 (Haro) y Año 1262 (doc. que se presenta sin indicación de lugar).

No hay entre estos documentos ninguno que presente dudas en cuanto a su fecha de redacción, ya que cada uno de ellos ofrece referencias o datos suficientes que sirven para localizar el momento en que fue elaborado pues, o bien encontramos algunos, la mayoría, que señalan ya la fecha, utilizando diferentes fórmulas o sistemas para datar el escrito, tales como los "días andados", la kalendación romana, etc., que el editor traduce e interpreta, o bien otros que recogen una serie de

³⁶ LÓPEZ CASTILLO, S., *Diplomatario de Salinas de Añana (1194-1465)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1984.

confirmaciones de varios personajes de su época y facilitan así la ubicación correcta en el tiempo del documento en cuestión.

5.3.9. COLECCIÓN DOCUMENTAL DE LA VILLA DE PLENCIA.

De finales del siglo XII son los documentos que aparecen en la *Colección de la villa de Plencia* recogida por Javier Enríquez Fernández³⁷, de la que hemos seleccionado un texto del año 1299 escrito en Palenzuela.

5.3.10. COLECCIÓN DIPLOMÁTICA DEL CONCEJO DE SEGURA.

Asimismo, son de finales del siglo XII los diplomas que hemos estudiado de la *Colección del Concejo de Segura* de Luis M. Díez de Salazar Fernández³⁸, concretamente de 1290, uno redactado en Burgos y dos en Vitoria.

Los cuatro documentos incluyen en el escatocolo sus fechas de escrituración, por lo que no suponen tampoco ninguna duda para los editores a la hora de interpretarlas.

³⁷ ENRÍQUEZ FERNÁNDEZ, J., *Colección documental de la villa de Plencia (1299-1516)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1988.

³⁸ DÍEZ DE SALAZAR FERNÁNDEZ, L. M., *Colección diplomática del Concejo de Segura (Guipúzcoa) (1290-1500), t. I (1290-1400)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1985.

5.3.11. COLECCIÓN DIPLOMÁTICA DEL PRIMER REY DE NAVARRA DE LA DINASTÍA DE CHAMPAÑA, TEOBALDO I

De la *Colección diplomática* del primer rey navarro de la dinastía de Champaña presentada por Margarita Martín González³⁹, que abarca concretamente los años del reinado de Teobaldo I, desde 1234 hasta 1253, hemos utilizado ciento cincuenta y cinco documentos en la elaboración del corpus.

En cuanto al sistema de datación utilizado con preferencia en la cancillería de Teobaldo I, destaca el estilo de *pascua* o francés (*mos gallicanus*) que hacía comenzar el año, el día de Pascua de Resurrección, inusitado hasta entonces en Navarra, según M. Martín González, y cuya manifestación más habitual es la de anteponer a la cifra del año las fórmulas *Anno Domini* y *Anno gratie*, ésta última mucho menos frecuente⁴⁰.

³⁹ MARTÍN GONZÁLEZ, M., *op. cit.*

⁴⁰ Si "los escribas de la curia navarra bajo los monarcas de la dinastía de García Ramírez (1134-1234) fechaban sus diplomas, invariablemente, por la *era* hispánica, sistema vigente también, con parecida fijeza, en la documentación particular" y "sólo los escritorios eclesiásticos (monacales y catedralicios) emplearon en ocasiones el estilo de la *encarnación*", resulta que "la entronización de la dinastía francesa de Champaña determinó una relativa complicación de los sistemas cronológicos de la documentación navarra" ya que Teobaldo I impuso para los diplomas reales desde el primer momento un nuevo estilo traído de Francia, el de *pascua*, o *mos gallicanus*, "que se introdujo pronto también, alternando con la *era* y la *encarnación*, en algunos documentos expedidos por notarios ajenos a la corte". Además, "prueba de la vigencia señalada del sistema que hacía comenzar el año el día de Pascua de Resurrección es, por ejemplo, un diploma original de 1º de abril de 1238, confirmación por Teobaldo I a las villas de Asarta, Acedo y Villamayor de su condición de realengas (nº 79). Su data dice así: *Datus Stelle die jous Cena Domini, prima die mense aprilis. Anno Domini millesimo ducentesimo tricesimo septimo*. En 1237, el 1 de abril fue miércoles cayendo jueves santo en 16 de abril, mientras que en 1238 fue jueves, y precisamente santo, dicho día 1 de abril. Está claro, pues, que la fórmula *anno Domini* hace referencia en principio a años iniciados no en Navidad, Circuncisión o incluso Encarnación (25 de marzo), sino el día de Pascua de Resurrección" (MARTÍN GONZÁLEZ, M., *op. cit.*, pp. 10-11).

5.3.11.1. DISTRIBUCIÓN ESPACIO-TEMPORAL DE LOS DOCUMENTOS

Los documentos se distribuyen cronológicamente así:

Los escritos en Pamplona son catorce y van desde 1234 hasta 1253⁴¹. Los mismos años abarcan los documentos escritos en Estella, en este caso diecinueve⁴². En Tudela se escribieron cuarenta y cuatro documentos que comprendían los años de 1234 a 1251⁴³. Redactados en Olite hay quince documentos cuyas fechas van desde 1236 hasta 1248⁴⁴.

En Sangüesa fueron redactados tres documentos, uno en 1236 y los otros dos en 1244 y 1247 respectivamente⁴⁵.

Sólo dos documentos se redactaron en Puente la Reina, en 1235 y en 1237; en Fontellas, en 1245; en Urdax, en 1248 y en 1249; y en Cizur en 1249⁴⁶.

En otros lugares se redactó un documento únicamente, esto es lo que ocurrió en Almazán y Logroño, en 1234; Brihuega en 1235; Monreal y San Juan de Pie de Puerto en 1237; Bayona en 1238; Acedo en 1239; Santa Eulalia y Laguardia en 1243; Salvatierra y Peralta en 1244; Ochagavía en 1248; en 1249; París y Sevilla en 1250; Abarzuza y Artajona en 1251; y Larraga en 1253⁴⁷.

⁴¹ Docs. nº 1, 5, 6, 13 y 14 (1234); docs. nº 68 y 69 (1237); doc. nº 95 (1244); docs. nº 146 y 148 (1251); doc. nº 153 (1252); y doc. nº 158 (1253).

⁴² Docs. nº 2 y 3 (1234); docs. nº 32 y 34 (1236); docs. nº 56, 62 y 64 (1237); docs. nº 71 y 79 (1238); docs. nº 112 y 115 (1245); doc. nº 117 (1246); docs. nº 125, 126, 129, 130 y 131 (1248); y docs. 157 y 160 (1253).

⁴³ Doc. nº 4 (1234); docs. nº 17, 20, 21, 22, 23 y 24 (1235); docs. nº 25, 26, 36, 37, 38 y 39 (1236); docs. 41, 42, 43, 44, 45, 49, 53, 54, 57, 58, 61 y 65 (1237); docs. nº 72, 74, 75, 76, 77, 80, 81 y 82 (1238); docs. nº 93, 94 y 107 (1244); docs. nº 108, 111, 124 y 128 (1248); docs. nº 134, 136 y 137 (1249); y doc. nº 150 (1251).

⁴⁴ Docs. nº 28, 29 y 35 (1236), docs. nº 40 y 46 (1237), doc. nº 73 (1238), docs. nº 96 y 100 (1244), doc. nº 114 (1245), docs. nº 118, 119, 120 y 121 (1247), doc. nº 147 (1248), y doc. nº 52 (1236-1237).

⁴⁵ Los tres documentos que se redactaron en Sangüesa son los que tienen como fecha los años 1236 (doc. nº 33), 1244 (doc. nº 102), y 1247 (doc. nº 122).

⁴⁶ Nos referimos a los diplomas que se redactaron en Puente la Reina en 1235 (doc. nº 16) y en 1237 (doc. nº 55), en Fontellas en 1245 (docs. nº 109 y 102), en Urdax, en 1248 (doc. nº 133), y en 1249 (doc. nº 140), y en Cizur, en 1249 (docs. nº 138 y 139).

⁴⁷ Doc. nº 8 (1234, Almazán), doc. nº 9 (1234, Logroño), doc. nº 19 (1235, Brihuega), doc. nº 47 (1237, Monreal), doc. nº 66 (1237, San Juan de Pie de Puerto), doc. nº 83 (1238, Bayona), doc.

Además, hay treinta y cinco diplomas en esta colección en los que no se cita el lugar de su redacción y cuyas dataciones se sitúan entre 1234 y 1253⁴⁸; ello se debe a que la editora sólo señala el lugar de redacción de cada escrito cuando éste se menciona en el texto del diploma, y en caso de no estar expresado, no ofrece ninguna posible localización. Por nuestra parte, en cambio, se intentará situar algunos de estos documentos atendiendo a la índole del asunto que traten y, sobre todo, a sus fechas de redacción, las cuales relacionaremos con el itinerario del rey. Lo mismo haremos en el caso de la siguiente colección diplomática que comentaremos más adelante, en la que García Arancón recoge los documentos de la cancillería de Teobaldo II.

5.3.11.2. PROBLEMAS EN LA DATACIÓN DE ALGUNOS DIPLOMAS CONCRETOS

En la mayoría de diplomas de esta colección se especifica junto al año, también el mes y el día, como podrá comprobarse en el índice. Otras veces, si la editora se encuentra con alguna datación que considera problemática, la comenta detenidamente⁴⁹.

nº 88 (1239, Acedo), doc. nº 89 (1243, Santa Eulalia), doc. nº 90 (1243, Laguardia), doc. nº 97 (1244, Salvatierra), doc. nº 106 (1244, Peralta), doc. nº 132 (1248, Ochagavía), doc. nº 135 (1249, Mendavia), doc. nº 142 (1250, París), doc. nº 143 (1250, Sevilla), doc. nº 145 (1251, Abarzuza), doc. nº 149 (1251, Artajona), y doc. nº 156 (1253, Larraga).

⁴⁸ Son los docs. nº 7, 10 11 y 15 (1234). Para el doc. nº 15 *vid.* el capítulo siguiente; docs. nº 18 (1235); 27, 30 y 31 (1236); 48, 59, 60, 63, 67 y 70 (1237); 84, 85, 86 y 87 (1238); 91 (1243); 92, 98, 99, 101, 103 y 104 (1244); 123 (¿1243-1247?); 141 (1249); 144, 147 y 151 (1251); 152, 154, 155 y 159 (1252) y el doc. nº 161 (1234-1253).

⁴⁹ En el documento nº 46 redactado en Olite, Martín González, al referirse a la fecha, la presenta como: 1237 (?) febrero 9. El signo de interrogación, lo aclara en una nota al decir que en este texto el copista omitió posiblemente las decenas en la fecha, como ya había indicado anteriormente M. A. Ururitia, puesto que el escatocolo es el siguiente: *Datum in Olito in octabis purificationis beate Marie, mensis febroarii. Anno Domini millesimo ducentesimo septimo*. En los documentos nº 50, 51 y 52, la fecha propuesta por la editora abarca desde septiembre de 1236 hasta marzo de 1237, ya que, como ella misma aclara, en septiembre del año 1236 comenzó la segunda estancia de Teobaldo I en Navarra que se alargó hasta el mes de marzo del siguiente año. En los documentos sólo se especifica, al lado del lugar de redacción, el año, de este modo: *Datum Pampilone, anno Domini M^o.CC^o.XXX^o.VI^o*; y en el documento 52: *Datum apud Olitum, anno Domini*

En el caso de las cartas compuestas, atendemos a las diferentes dataciones. Por ejemplo, los documentos nº 53 y 76 son cartas de confirmación de Teobaldo I de otras anteriores de Sancho VI de Navarra. En la primera, Teobaldo toma bajo su protección los bienes del hospital de Roncesvalles, igual que hizo su abuelo Sancho VI el Sabio, y en la segunda confirma los privilegios que otorgó a Roncesvalles también Sancho el Sabio. Por lo tanto, se trata de dos documentos compuestos que merecen una atención especial porque no contienen únicamente una localización espacio-temporal, sino que presentan una datación múltiple.

Como puede comprobarse, en las cartas de Teobaldo I quedan insertadas otras, las de Sancho VI, de 1176, y todas están redactadas en romance.

M^o.CC^o.XXX^o.VI^o, de ahí que la propuesta de fechación de Martín González abarque un período de unos seis meses, que coinciden con el tiempo que permaneció el rey en Navarra durante esa visita en la que pudo ordenar la redacción de estos diplomas. En el documento nº 81, la editora es quien establece el día de la fecha y el lugar de escrituración, basándose en el diploma anterior nº 80 donde sí se especifican ambos, así: *Actum Tutele, mense aprilis, die mercurii ante festum Sancti Marchi evangeliste, anno Domini millesimo ducentesimo tricesimo octauo*, de modo que si éste se redactó en Tudela el día 21 de abril, igualmente debió escribirse en el mismo día y en el mismo lugar el documento nº 81 aunque no señale ninguna especificación de este tipo: *Actum anno Domini, M^o.CC^o.XXX^o. octavo, mense aprile*. Puesto que no es posible conocer con exactitud el mes exacto en el que se redactó el documento nº 87, porque sólo se indica el año, del modo siguiente: *Actum fuit hoc anno Domini M^o.CC^o.XXX^o.VIII^o*, la editora ofrece las dos posibilidades que considera más cercanas a la realidad en su propuesta de fechación: 1238 (abril-mayo), teniendo en cuenta de nuevo el itinerario que siguió Teobaldo I. Caso idéntico al anterior es el que presenta el diploma nº 122: *Dant apud Sangouee, anno Domini M^o.CC^o.XL^o.VII^o, in crastino beate Racheris*. Otra vez Martín González propone la posibilidad de que este documento de 1247 se redactara entre el 22 de noviembre y el 31 de diciembre, ya que en estos días Teobaldo se encontraba nuevamente en sus dominios navarros. El documento nº 123 no presenta indicación alguna de su fecha de redacción, de ahí que la editora proponga, no sin ciertas reservas, reducir a sólo cinco años el espacio cronológico de su elaboración, considerando que este texto pudo ser escrito entre 1243 y 1247. Mucho más precisa es la propuesta de datación que hace Martín González del documento nº 126. En este caso, el diploma indica en su parte final el año y el mes de su redacción: *En l'an de la Incarnacion del nostre Seynnor Ihesu Christo M^o.CC^o.XL^o.VII^o. en el mes de març*. El propósito es averiguar el día en que el rey ordenó que se escribiera, y este día oscila entre el 1 y el 24 de marzo de 1248. Otro caso parecido al del documento nº 123 es el que encontramos en el nº 159, a pesar de que ahora el diploma sí presenta una pequeña indicación de su data de escritura: *Dant anno Domini M^o.CC^o. quinquagesimo secundo*, pero insuficiente y, por ello, la editora intenta precisar más y propone situar el documento entre abril de 1252 y marzo de 1253, basándose una vez más en la información que le ofrece el itinerario real. El último diploma, el nº 161, pudo ser redactado en cualquier momento del reinado de este monarca, y como Martín González no encuentra ninguna pista que le ayude a intuir su fecha exacta o aproximada de redacción, opta por encuadrar este texto entre los años 1234 y 1253, período que abarca todo el tiempo en que Teobaldo I reinó en Navarra y fue a la vez conde de Champaña y Brie.

En primer lugar, en el caso del documento 53, la carta de Teobaldo se redactó en marzo de 1237, en Tudela, y en ella no hay indicación alguna del escriba al que se le encargó su redacción, mientras que la carta originaria fue escrita en Pamplona, en el año 1176, por el vicecanciller de Sancho VI de nombre Fernando.

En segundo lugar, en el caso del diploma 76, la carta de Teobaldo I, igualmente sin indicación notarial, presenta como data tópica Tudela y como data crónica el mes de marzo de 1238, y la de Sancho VI la redactó también el vicecanciller Fernando en Pamplona en el año 1176.

En cada una de las voces estudiadas en el corpus relativas a las escrituraciones ordenadas por Sancho VI quedan indicadas, al lado de las dataciones originarias, es decir, Pamplona, 1176, y como notario el vicecanciller Ferrando, las dataciones posteriores de la época de Teobaldo, esto es, Tudela, 1237 en el primer caso, y Tudela, 1238 en el segundo, ya que, aunque las cartas de Sancho VI puedan presentar características lingüísticas de la época en que fueron redactadas, no podemos pasar por alto el hecho de que dichas cartas pudieran sufrir algún tipo de alteración en su forma al ser copiadas por un escriba de una época posterior quien al trasladarlas y adaptarlas, algo más de sesenta años después, al momento lingüístico en el que estaba desarrollando su actividad notarial, pudo imprimirles alguna huella de su propio estilo notarial de redacción documental.

Un caso semejante a éstos es el del diploma 28, en el que Teobaldo confirma a los vecinos de Ostabares los privilegios que les habían sido concedidos por Sancho el Fuerte.

La carta de Teobaldo se redactó en Olite, en 1236 y la de Sancho VII en Tudela, durante su reinado. Ambas cartas se

presentan sin intitulación notarial, pero el *Íncipit* que se encuentra al principio del diploma informa que el notario público del concejo de Tudela, Pedro Fernández fue el encargado de trasladar la carta.

Todas estas precisiones, al igual que en el caso de los diplomas anteriores, se han tenido en cuenta en cada una de las palabras extraídas de este documento compuesto que componen el corpus de estudio.

5.3.11.3. LOCALIZACIÓN DE OTROS DOCUMENTOS CONFORME AL ITINERARIO REAL. VIAJES Y ESTANCIAS DE TEOBALDO I EN NAVARRA Y EN FRANCIA.

A continuación, nos proponemos comentar desde un punto de vista cronológico la trayectoria política que marcó la vida de Teobaldo I como rey de Navarra. Este monarca, al distribuir el tiempo entre sus posesiones navarras y francesas, hizo que su reinado llegara a caracterizarse por los continuos viajes que realizó y por las cortas estancias temporales que pasó en uno y otro lado de los Pirineos. Todo esto trajo consigo la movilidad de la cancillería real cuyos documentos se fueron redactando allí donde el rey se asentaba. De esta forma, pues, para conocer con la mayor exactitud posible las localizaciones espacio-temporales de cada uno de los diplomas, conviene tener bien presente el itinerario que marcó el transcurso de su reinado.

Es la propia Martín González quien comenta, aunque de forma muy escueta, la vida política y social de Teobaldo I, el cual residió preferentemente en Francia, y sólo pasó algunas breves temporadas en el Reino de Navarra que había heredado de su tío Sancho el Fuerte. En este último lugar vivió unos seis años y medio en total que supusieron la tercera parte de su reinado, distribuidos en seis viajes a Navarra que alternó con la estancia en sus dominios franceses.

La primera estancia en Navarra duró alrededor de siete u ocho meses, desde mayo a diciembre de 1234, y tuvo como objeto la toma de posesión del poder real, ya que, al morir Sancho el Fuerte, tal como cuenta Carlos Clavería⁵⁰, las Cortes reconocieron como rey a Teobaldo, y éste se desplazó, junto con la delegación que fue a buscarlo, desde Francia a Pamplona donde se le proclamó rey el 8 de mayo de 1234. Por eso creemos que el documento nº 11 de fecha 23 de noviembre de 1234 se redactó en Navarra.

En los siete o ocho meses siguientes alternó sus visitas y distribuyó su tiempo entre Francia y Navarra.

Lo cierto es que, según Lacarra⁵¹, los viajes a sus dominios champañeses fueron frecuentes, por lo que desde 1234 estuvo viajando de Navarra a Champaña y viceversa⁵².

Así pues, tras la ocupación del trono navarro volvió a Champaña donde permaneció durante año y medio, concretamente desde diciembre de 1234 o enero de 1235 hasta julio de 1236.

El segundo viaje a Navarra supuso una estancia de un año y ocho meses, esto es, desde septiembre de 1236 hasta mayo de 1238. En esta ocasión, dice Clavería que "deseoso de conocer el reino y ponerse en contacto con sus gentes" realizó un largo viaje recorriendo Monreal, Urroz, Olite, Estella, Sangüesa, y Tudela⁵³, sitio éste último donde pasó las navidades para regresar después a Pamplona.

⁵⁰ CLAVERÍA, C., *Historia del Reino de Navarra*, Pamplona, Gómez, 1971, p. 110.

⁵¹ LACARRA, J. M., *Historia política del Reino de Navarra. Desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla*, Vol. II, Pamplona, Aranzadi, 1972, p. 137.

⁵² Según Lacarra "tenía que atender a dos estados distantes y con problemas políticos totalmente diversos. Si las tierras de Champaña le eran familiares y allí se encontraba más en su ambiente, las de Navarra eran desde aquel momento mucho más importantes para él" (*Ibid.*, p. 137).

⁵³ Clavería explica que otorgó fuero a Urroz. En Estella vendió el derecho de mercado a los burgueses de la villa vieja por treinta mil sueldos sanchetes. Viajó por Sangüesa para poder inspeccionar la frontera con Aragón (CLAVERÍA, C., *op. cit.*, p. 111).

De este modo, es probable, pues, que el documento nº 48 (del 19 de febrero de 1237) se redactara en Navarra, lo mismo que los documentos nº 59 y 60 (ambos escritos en mayo de 1237); así como también los diplomas nº 63 (de julio de 1237), nº 67 (de septiembre de 1237), nº 85 y 86 (ambos de mayo de 1238) y el nº 87 (de abril a mayo de 1238) que pudieron haber sido compuestos durante este segundo viaje de Teobaldo a Navarra, donde sabemos que estuvo hasta mayo de 1238, aunque desconocemos el día concreto de su vuelta a Francia.

En 1238, según cuenta Clavería, animado el rey por el arzobispo de Toledo, don Rodrigo Ximénez de Rada, y atendiendo al requerimiento del papa Gregorio IX para que participara en la nueva cruzada a Tierra Santa, partió hacia Jerusalén atravesando Francia, desde Bayona hasta llegar a París donde lo esperaba el rey San Luis, pero antes de emprender la cruzada permaneció en Champaña durante un año para reclutar hombres que lucharan junto a los navarros que ya le acompañaban. Esta fue la segunda visita a sus posesiones francesas, y de ella ha dejado constancia en los documentos que redactó allí.

A finales de 1239, embarcó para Marsella "hizo escala en Sicilia y tras muchas dificultades llegó a Esmirna, que pertenecía a los emperadores de Bizancio"⁵⁴. No tenemos en esta colección ningún documento expedido por el rey desde el mes de junio de 1239 hasta el año 1244, puesto que en los diplomas del año 1243 no aparece la figura del rey como persona otorgante o bajo cuyo mandato se redactan los documentos.

Aunque entró en Antioquía en 1240 y después en San Juan de Acre o Tolemaide, lo cierto es que esta cruzada fracasó, pero, a pesar de todo y gracias a la llegada de refuerzos mandados por el rey de Inglaterra Enrique III, pudo tomar Jerusalén en los últimos meses de 1240.

⁵⁴ CLAVERÍA, C., *op. cit.*, p. 113.

De este modo, después de conquistar la Ciudad Santa, Teobaldo decidió regresar a sus dominios y embarcó en Ascalón con ese propósito, primero visitó Roma y luego llegó a sus estados de Champaña y Brie, donde permaneció poco más de dos años, desde enero de 1241 hasta marzo de 1243. Esta fue su tercera visita a esas tierras.

A mediados de 1243 volvió a Navarra por tercera vez, viaje éste que duró desde junio de ese año hasta abril de 1245, esto es, unos once meses aproximadamente.

Por esta razón, es posible que el documento nº 92 (del 2 de enero de 1244) pudiera haber sido redactado en Navarra, cosa que parece confirmar también el asunto de que trata⁵⁵.

En este año de 1245 el rey fue excomulgado por el obispo de Pamplona Pedro Jiménez de Gazólaz, debido a algunas desavenencias entre ellos, según comenta Clavería, aunque conviene advertir que Lacarra retrasa la fecha de la excomunión al 25 de febrero de 1250. En lo que sí coinciden es en afirmar que esta excomunión duró tres años hasta que el rey, arrepentido fue a Roma a solicitar la absolución del Papa, que trajo consigo la reconciliación de ambos.

A continuación, en mayo de 1245 fue inminente su regreso a Champaña, en la que sería su cuarta visita que duró casi dos años y medio desde 1245 hasta el mes de noviembre de 1247. Ello lo confirman los documentos de la cancillería real.

Su cuarta estancia en Navarra abarcó un año y cinco meses aproximadamente, es decir, de noviembre de 1247 a marzo o abril de 1249, tal como puede comprobarse siguiendo los documentos que se escribieron en estos años.

Volvió de nuevo a Champaña, realizando así su quinta visita allí que se prolongó esta vez un año y dos meses, desde junio de

⁵⁵ Es un acuerdo entre Gil de Rada y los vecinos de Rada, por una parte, y Teobaldo y los vecinos de Santacara, por otra, sobre los términos de ambas villas.

1249, para gestionar el futuro matrimonio de su hija Margarita con Ferry, hijo del duque Mateo de Lorena.

Otra vez la fecha de redacción de los documentos en este período coincide con la permanencia del rey en territorio francés.

No sabemos dónde estuvo Teobaldo I desde agosto de 1250 hasta abril de 1251 en que regresó a Navarra. Martín González no presenta en su colección ningún documento escrito en esta fecha que informe del paradero del rey; tampoco Lacarra da noticias, ni Clavería comenta suceso alguno ocurrido en estos ocho meses⁵⁶. Así pues, si como dice Martín González, la quinta visita del rey a Champaña duró un año y dos meses, empezando, como todos creen, en junio de 1249 y acabando en agosto de 1250, la pregunta es dónde estuvo exactamente el rey desde agosto de 1250 hasta abril de 1251, en que volvemos a encontrarlo en Navarra.

Su quinta estancia en Navarra fue más breve, duró tan sólo nueve o diez meses, desde abril de 1251, como ya hemos dicho, hasta enero de 1252. De ahí que entendamos que el documento nº 147 pudo haber sido redactado en Navarra, al tener como fecha el 13 de julio de 1251.

La siguiente y última visita de Teobaldo a Champaña se prolongó aproximadamente durante un año, hasta los inicios de 1253 según sostiene Martín González.

Esta fecha parece coincidir con la del documento nº 159 redactado entre abril de 1252 y marzo de 1253, con lo cual habría que situarlo en Champaña.

Por último, regresó el rey a sus dominios hispánicos y allí permaneció desde marzo hasta julio de 1253. En este mes se encontraba el rey en Estella cuando, sitiéndose enfermo, se

⁵⁶ Lacarra dice, refiriéndose al rey, que "en 1249 está en Francia y en abril de 1251 lo volvemos a encontrar en Navarra" (LACARRA, J. M., *op. cit.*, p. 137). Nada comenta Clavería que pueda ayudar a despejar esta incógnita.

trasladó a Pamplona donde falleció después de haber dispuesto su testamento.

5.3.11.4. OTROS DIPLOMAS NO EXPEDIDOS POR EL REY

La serie de documentos que no presenta data tópica alguna, exceptuando aquellos que, redactados por orden de Teobaldo I y siguiendo su itinerario, nos hemos atrevido a ubicar, bien en Navarra, bien en Champaña, es bastante extensa.

Se trata de unos cuantos diplomas redactados no por orden del rey, sino por la de otras personalidades como nobles, miembros de la Iglesia, etc. Estos documentos presentan como únicas pistas ya el origen del otorgante, esto es, de la persona que los manda redactar, ya el asunto del que tratan, relacionado con algún espacio geográfico concreto.

Partiendo de la hipótesis inicial que hemos comentado, podríamos suponer redactados en Navarra los documentos nº 18, 30, 31, 87, 101, 151 y 155⁵⁷; los que se relacionarían con Ultrapuertos como lugar donde se llevó a cabo su escrituración

⁵⁷ Según Martín González, en el doc. nº 18 "Pedro Ramírez, obispo de Pamplona, confiesa que debe a Teobaldo I 12.666 sueldos y ocho dineros de sanchetes por mil cahices de trigo que el rey le había prestado". El doc. nº 30 trata de como "Domingo de Mendavia, abad de Leire, promete pagar a Teobaldo I mil áureos alfonsinos a los quince días del traspaso del monasterio a la orden del Cister". El doc. nº 31 habla de como "el prior y el convento de Roncesvalles reconocen los derechos de Teobaldo I y sus sucesores a la colación de las iglesias de San Pedro de Hare, Santa Eulalia de Istúriz y San Cipriano de Lacumen, y de la mitad de los de San Esteban de Baigorri". En el doc. nº 87 "Sancho de Barasoain reconoce haber recibido de Teobaldo I, en donación vitalicia, una casa en Fontellas y la heredad de Mosqueruela y viñas de Cabanillas". También en el doc. nº 101 "Guillermo Pérez de Castejón presta vasallaje al rey por el castillo y villa de este nombre". El doc. nº 151 recoge el hecho de que "el Concejo de Peralta da en determinadas condiciones a Teobaldo I la Iglesia de San Juan de dicha villa con todas sus posesiones". En el doc. nº 155 vemos como "Creste de Sezanne, chambelán del monarca de Navarra, y Guillén de Las Barras, preboste de Estella, compran para Teobaldo I a Blanca, abadesa de Marcilla, los palacios de la villa de Novar con todas sus pertenencias y cuanto pertenecía a dicho monasterio en las villas de Muez, Iturgoyen, Riezu "Guerainno", Arizaleta, Ugar y Villanueva" (MARTÍN GONZÁLEZ, M., *op. cit.*, pp. 47, 59, 60, 121, 138, 186 y 190 respectivamente).

serían los diplomas nº 67, 91, 98, 99, 103 y 154⁵⁸; el documento nº 123 en el que se menciona a Nájera pudo haber sido escrito allí en la Rioja, área ya perteneciente a Castilla, o tal vez, en Navarra⁵⁹; y, por último, aquellos cuyo lugar de escrituración resulta imposible establecer con seguridad serían los documentos nº 7, 10, 27, 84, 104, 141, 144 y 152⁶⁰.

⁵⁸ Martín González explica que en el doc. nº 67 "Arnaldo Guillén de Agramont presta homenaje a Teobaldo I por el castillo de Agramont, obligándose a entregar el castillo en caso de guerra del monarca navarro con sus vecinos". Por el doc. nº 91 sabemos que "los vecinos de Hurt se ponen bajo la protección de Teobaldo I y sus sucesores, obligándose a entregar anualmente doce sueldos morlanes por cada casa. Este texto pudo haber sido redactado en la misma villa de Hurt, la cual está en "Labort" como indica el propio documento, es decir, Labourd, perteneciente a Gascuña. El doc. nº 98 en el que "Garsenda y su hijo Gastón se obligan a hacer cumplir a Fortaner de Lascún el convenio hecho con Teobaldo I sobre el castillo de Sádaba" también parece escrito en Ultrapuertos así como el doc. nº 99 que trata de un "Acuerdo de doña Garsenda, condesa de Bearn y su hijo Gastón con Teobaldo I". En igual situación estaría el doc. nº 103 en el que "Juan, abad de San Germán de Auxerre, se queja a Teobaldo I de que durante su ausencia, el señor de Monreal cometió desafueros, usurpando los bienes de dicho monasterio". En el doc. nº 154 "Inés condesa de Armañac y de Fedenzac, dona a Teobaldo I sus collazos de Beruete" (MARTÍN GONZÁLEZ, M., *op. cit.*, pp. 98, 125, 135, 136, 140 y 189 respectivamente).

⁵⁹ El doc. nº 123 en el, Martín González explica que "Fray Guido, prior de Santa María de Nájera y toda la comunidad ceden a Teobaldo I la custodia de la casa de San Jorge con otras posesiones" (MARTÍN GONZÁLEZ, M., *op. cit.*, p. 160), bien pudo haber sido redactado en La Rioja, que ya, a mediados del siglo XIII, formaba parte del ámbito castellano, o, tal vez, pueda suponerse que la donación se llevó a cabo en alguna localidad de Navarra a la que se desplazó el prior de Santa María de Nájera en representación también de toda la comunidad para establecer contacto más directo con el rey o con alguno de sus representantes. Pero si, al seguir la propuesta de fechación de este diploma que ofrece Martín González, la cual abarca desde el año de 1243 al 1247, tenemos en cuenta el itinerario de Teobaldo I, quizá no deba descartarse la posibilidad de que el prior pudiera también haberse desplazado a alguna de las posesiones francesas de Teobaldo, ya que, si el rey estuvo en Navarra desde 1243 hasta 1245, también permaneció en Champaña a partir de 1245 hasta 1247 en que volvió a sus dominios navarros.

⁶⁰ Martín González explica que en el doc. nº 7 "Juan de Vidaurre aprueba el cambio que hizo su esposa Toda Rodríguez con Teobaldo I". El doc. nº 10 es un homenaje que presta Ramón Guillém, vizconde de Sola a Teobaldo I por el castillo de Mauleón". En el doc. nº 27 se ve como "el arzobispo Rodrigo de Toledo reconoce haber recibido de Teobaldo I en honor vitalicio el castillo y la villa de Cadreita". Este texto quizá pudo redactarse en algún punto del área castellana, aunque resulta bastante imposible poder afirmarlo con seguridad. En el doc. nº 84 "Pedro Arnaldo de Saut presta homenaje ligio a Teobaldo I por la bustaliza de Orzate que el monarca le había donado". Asunto parecido al anterior es el del doc. nº 104 en el que "Rogerio de Cominges, hijo de Rogerio de Cominges, conde de Pallars, presta homenaje ligio a Teobaldo I". En el doc. nº 141 "Pedro Cornel, mayordomo y lugarteniente del rey de Aragón, reconoce haber recibido del senescal de Navarra, Sancho Fernández y en nombre de Teobaldo I, mil doscientos maravedís alfonsís, cantidad por la que Blasco de Alagón había empeñado a Pedro Cornel y a sus hermanos las villas de Oteiza y Añezcar". Tal vez el documento se redactó en una localidad de Aragón, o de Navarra. Un caso semejante al que acabamos de citar, es el del doc. nº 144 en el que "María de Leet promete a Teobaldo I que sin su mandamiento no otorgará nada en relación con los compromisos adquiridos por Gil de Rada, su esposo, con Jaime I de Aragón y Fernando Sánchez, su hijo, sobre el castillo y villa de Rada". Es posible que este texto se redactara en Rada (Navarra), pero los datos que ayudan a situarlo allí son insuficientes para afirmarlo con todo convencimiento. En el doc. nº 152 "Pedro Oliver vende al rey dos muelas del molino que le pertenecía, situado en el puente del Ebro en Tudela" (MARTÍN GONZÁLEZ, M., *op. cit.*, pp. 32, 39, 57, 119, 141, 176, 179 y 187).

En cuanto al nº 144 parece posible, teniendo en cuenta el asunto de la escrituración y las partes implicadas en ella, que se redactara en algún lugar de Navarra o de Aragón. La razón es que al tratarse de la cancelación por parte del senescal de Navarra de una deuda contraída con el mayordomo y lugarteniente de Jaime I de Aragón, y dado que el oficial encargado de la redacción era un notario particular de este mayordomo, sin duda ambos de origen aragonés, lo más probable es que dicha redacción se hiciera en algún lugar de Navarra, al que debieron desplazarse los aragoneses, o de Aragón, donde pudo haber ido el senescal de Navarra. Esta última posibilidad parece la más acertada.

El diploma 152, del 7 de junio de 1252, es probable que se escribiera en Navarra por la índole del asunto tratado. Pero como en esta fecha el rey se encontraba en sus dominios de Champaña no se puede asegurar con total certeza que este documento de compra-venta se hiciera en Navarra y no en Champaña. En cualquier caso, la escrituración se encargó a un escribano de origen navarro llamado Pedro García.

5.3.12. COLECCIÓN DIPLOMÁTICA DEL SEGUNDO REY DE NAVARRA DE LA DINASTÍA DE CHAMPAÑA, TEOBALDO II

Revisemos a continuación la segunda parte ofrecida por M^a R. García Arancón⁶¹ de la *Colección diplomática* de los reyes navarros de la dinastía de Champaña relacionada esta vez con Teobaldo II y que abarca los años de su reinado, desde 1253 a 1270.

⁶¹ GARCÍA ARANCÓN, M. R., *Colección diplomática de los reyes de Navarra de la dinastía de Champaña. 2. Teobaldo II. (1253-1270)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1985.

De esta colección hemos seleccionado ochenta y siete diplomas para estudiarlos en el corpus.

5.3.12.1. DISTRIBUCIÓN ESPACIO-TEMPORAL DE LOS DOCUMENTOS

La distribución espacio-temporal que plantea esta colección documental es la siguiente:

Disponemos de nueve documentos redactados en Tudela, entre 1253 y 1270⁶².

Son doce los documentos en los que se cita como lugar de redacción Pamplona y abarcan las fechas de 1253 a 1269⁶³.

En Olite se escribieron seis documentos y tres en Sangüesa desde 1254 a 1264⁶⁴.

Se escrituraron en Estella otros trece documentos de esta colección entre 1255 y 1269⁶⁵.

Tres diplomas se redactaron en Roncesvalles desde 1256 hasta 1269⁶⁶.

Lugares en los que se escribieron dos documentos únicamente son Puente la Reina⁶⁷, en 1264, Lachy⁶⁸, en 1259, París⁶⁹, entre 1267 y 1269, y La Roche (Marsella)⁷⁰ en 1270.

Abundan más aquellos sitios en los que sólo se llevó a cabo la escrituración de un documento como Monteagudo y Saint

⁶² Son los docs. nº 1 y 2 (1253); 24, 25, 26, 35, 36 y 43 (1264); y 87 (1270).

⁶³ Nos referimos a los docs. nº 5, 6 y 7 (1253); 32, 33, 38 y 44 (1264); 51, 53, 56 y 58 (1266) y 67 (1269).

⁶⁴ Los diploma de Olite se distribuyen a lo largo de cuatro años diferentes: dos doc., nº 8 y 9 (1254); y otros dos, nº 21 y 22 (1258); el doc. nº 18 (1256); y el nº 41 (1264). En Sangüesa se escribió el doc. nº 9 (1254) y los otros dos, nº 27 y 29 (1264) también.

⁶⁵ Los docs. nº 15 (1255); 30, 31, 34 y 39 (1264); 48 y 50 (1266); y 65, 66, 68, 69, 70 y 71 (1269).

⁶⁶ Diplomas nº 16 (1256); 49 (1266); y 74 (1269).

⁶⁷ Escritos nº 40 y 42 (1264).

⁶⁸ Los docs. nº 23 y 23bis (1259).

⁶⁹ Un diploma, el nº 60 (1267); y el otro, el nº 63 (1269).

⁷⁰ Docs. nº 84 y 85 (1270).

Jean d'Angely, en 1254; Dax, en 1256; Villafranca y Urdax, en 1264; Ustariz, en 1265; San Miguel de Cisa y San Juan de Pie de Puerto, en el año 1266; Saint Denis, en 1267; Tiebas, Ostabat, Belin y Lusignan, en el año 1269; y en 1270 se redactó un documento en Troyes, en Aix-en-Provence, en Gemeaux y en Cartago⁷¹.

No se especifica el lugar de redacción en quince diplomas expedidos entre 1253 y 1269⁷². Mención aparte merecen dos de estos documentos en cuanto a su fecha de elaboración. Nos referimos a los textos nº 12 y 89.

En el primer caso, aunque la editora no especifica data crónica ni tópica alguna, tal vez por error de impresión, lo cierto es que este documento sí se encuadra en unas coordenadas espacio-temporales concretas, presentadas ya por el escriba que llevó a cabo su redacción, gracias al cual, sabemos que se compuso en Estella, el día de Ramos de 1254.

En segundo lugar, García Arancón, por lo que respecta a la datación del documento nº 89, manifiesta la posibilidad de que se redactara en Navarra, por la índole del asunto tratado y siendo senescal don Clemente de Launay, de ahí que hubiera podido tener como data de escrituración uno de los cuatro años siguientes, a saber, 1258, 1264, 1266 ó 1269.

⁷¹ La serie de documentos a la que nos referimos tiene como datas tópicas y crónicas las siguientes: Monteagudo, 1254 (doc. nº 13); Saint Jean d'Angely, año 1254 (doc. nº 14); Dax, 1256 (doc. nº 20); Villafranca, 1264 (doc. nº 28); Urdax, 1264 (doc. nº 45); Ustariz, 1265 (doc. nº 46); San Miguel de Cisa, 1266 (doc. nº 54); San Juan de Pie de Puerto, año 1266 (doc. nº 55); Saint Denis, 1267 (doc. nº 59); Tiebas, 1269 (doc. 72); Ostabat, 1269 (doc. nº 76); Belin, 1269 (doc. nº 78); Lusignan, también 1269 (doc. nº 79); y en 1270 se redactó un doc. en Troyes (nº 80), en Aix-en-Provence (nº 82), en Gemeaux (nº 81) y, por último en Cartago (nº 88).

⁷² Hablamos en este caso de los docs. nº 3, 4 y 10 (1253); 12 (sin especificación temporal por parte de la editora, aunque como el texto indica, debió escribirse en 1254); 17 y 19 (1256); 37 (1264); 47 (1265); 52 y 57 (1266); 61 y 62 (1267); 73, 75 y 77 (1269); y 89 (1258, 1264, 1266, 1269).

5.3.12.2. PROBLEMAS EN LA DATACIÓN DE ALGUNOS DIPLOMAS CONCRETOS.

Si en la *Colección diplomática de Teobaldo I* revisada con anterioridad cada uno de los documentos aparecía presentado por parte de la editora, siempre que era posible, con sus datas crónica y tópica, también ocurre lo mismo en el caso de la *Colección documental de Teobaldo II*, donde se especifica no sólo el año, sino además el mes y el día en que se redactó cada diploma. Ello se debe o bien a que ya aparece reflejado en el texto, o bien a la interpretación de García Arancón de las claves textuales y extratextuales que le permiten proponer, al menos aproximadamente, las diferentes dataciones de forma puntual.

Ahora bien, siempre que se da el caso de que algún documento pueda suponer una duda insalvable en su fechación, García Arancón lo hace notar mediante diversas aclaraciones, o con signos tales como los de interrogación o los paréntesis que abarcan en su interior las fechas que parecen más probables de redacción de ese diploma, y así lo hemos recogido nosotros.

De este modo, algunos de los casos que se englobarían dentro de este apartado especial de fechaciones dudosas o problemáticas⁷³ son, en primer lugar, los de los documentos 23

⁷³ Los documentos nº 3 y 4 son dos borradores del juramento real de Teobaldo II, por lo que, a pesar de no presentar ninguna referencia a una fecha en concreto, la editora no duda en situarlos en 1253, año en que empezó el reinado de este monarca; pero, en cambio, lo que no resulta tan manifiesto es el mes y el día en que se llevó a cabo este juramento, el cual debió de pronunciarse entre el 8 de julio y el 27 de noviembre de ese año, tal como cree García Arancón. Otra datación problemática es la que corresponde al documento nº 28, redactado posiblemente el 5 de febrero de 1264, según García Arancón, quien ha acabado proponiendo esta fecha tras estudiar el itinerario del rey, y teniendo en cuenta, así mismo, "el modo de expresar el día del mes en los documentos anterior y posterior de esta colección". Aunque el año resulta irreconocible por el mal estado del documento en algunas partes, sí es posible conocer el día y el mes de la composición, presentados, además, a través de una referencia a una festividad religiosa, así: "*Et (...) esta carta con nuestro sieyllo pendient, et fue feyta et dada en Villafranqua, el martes primero enpues la fiesta de Santa Maria Candelor, en el aynno (...) de febre*" (GARCÍA ARANCÓN, M. R., *op. cit.*, p. 89). El documento nº 60 sólo tiene como única referencia temporal la siguiente: "*lunes vigilia de Sant Nicholay*", la cual debe entenderse como correspondiente al día 5 de diciembre y, a pesar de que no se hace ninguna indicación del año de redacción, la editora considera que debió de escribirse este diploma en 1267. Las pistas que le ayudan a entender esta fecha como la más probable las encuentra en la referencia al día de la semana y en otro documento, tal como ella misma aclara "fechado por el documento del senescal del 29 de febrero de 1268 (AMT, ca 1, núm 12)

y 23bis que merecen especial atención porque recogen en su interior varias dataciones cronológicas y espaciales. Ambos diplomas son cartas confirmatorias de los reyes que ocuparon el trono navarro antes de Teobaldo II.

Así pues, en el documento nº 23, Teobaldo II confirma una carta de su padre Teobaldo I de 1237, confirmatoria a su vez de otra de Sancho VI de 1176, en la que toma bajo su protección los bienes del hospital de Roncesvalles.

En la carta de Teobaldo II quedan insertadas otras dos, por un lado, la de su padre Teobaldo I y, por otro, dentro de esta última, además, otra de Sancho VI de Navarra, antecesor de los reyes de la dinastía de Champaña como ya hemos dicho arriba; y las tres aparecen redactadas en romance.

La carta de Teobaldo II presenta como data tónica Lachy y como data crónica el 1 de septiembre de 1259; la de Teobaldo I se redactó en Tudela, en el mes de marzo de 1237, mientras que la de Sancho VI fue escrita en Pamplona en el año 1176, de mano de Fernando, un vicecanciller de Sancho VI, tal como indican los respectivos textos.

En el corpus hemos señalado en cada una de las voces extraídas de este documento compuesto, al lado de las datas de

y por el día de la semana" (GARCÍA ARANCÓN, M. R., *op. cit.*, p. 133). También se presentan sin fecha los documentos nº 61 y 62, que García Arancón considera que deben situarse entre 1267 y 1268. Llega a esta conclusión al analizar la índole del asunto del que se ocupan, ya que "se trata de los mandatos a los concejos de Tudela y Olite, expedidos antes de septiembre de 1268 en que se resolvieron *«algunas cosas que avemos a liurar d'esta part»*". El rey se refería a la controversia por la castellanía de Ligny". Y aún añade que "el 20 de septiembre de 1266 el infante testificaba un documento del rey y el 19 de marzo de 1269 se hallaba ya reconciliado con su hermano. En 1267 y 1268 el rey residió en Francia. Los asuntos a los que Teobaldo se refiere son las disputas por la castellanía de Ligny falladas mediante arbitraje en septiembre de 1268". Por todo ello, la editora cree que la data de redacción posible de estos diplomas es la de los años 1267 y 1268 (GARCÍA ARANCÓN, M. R., *op. cit.*, pp. 15 y 134). Por último, otro documento, el nº 89, presenta también algunos problemas en cuanto a su fechación ya que no contiene ningún dato cronológico que la indique. García Arancón opta por señalar varias datas de composición probables, y ello porque es prácticamente imposible establecer una sola, teniendo en cuenta otra vez la índole del asunto tratado. Este diploma expedido por el rey y en el que se presenta un "mandato al concejo de Olite para que entregara a don Gil de Rada un preso que había sido detenido por el robo de un queso" sólo pudo ser redactado en alguna de las ocasiones en que Teobaldo estuvo en sus dominios navarros, y siendo senescal don Clemente de Launay, de ahí que la editora reduzca las posibilidades cronológicas a las cuatro fechas citadas que coinciden con las estancias del rey en Navarra (GARCÍA ARANCÓN, M. R., *op. cit.*, pp. 16 y 182).

la última redacción que hacen referencia a la confirmación de Teobaldo II, también las dataciones anteriores correspondientes a cada palabra, es decir, o bien las de la carta de Teobaldo I, o bien las de Sancho VI, aunque es obvio que debe otorgarse más importancia a la fecha y lugar de composición últimos, puesto que el escribano, al copiar o trasladar los textos anteriores, pudo haber adaptado el latín o romance más tempranos con que se encontró al de su época de redacción más tardía, confiriéndoles, asimismo, su estilo personal y propio del momento en que llevó a cabo esta labor de copia. El escriba al que nos referimos como autor de la redacción del documento compuesto fue el vicechancellor de Teobaldo II Pedro Jiménez de Roncesvalles, y el encargado de la *nota* fue un clérigo del rey llamado Jimeno García.

El documento 23bis representa una situación casi idéntica a la anterior, tanto por tratarse de un diploma que recoge varias confirmaciones, como por la índole del asunto que trata. En este caso, Teobaldo II de nuevo confirma una carta de su padre Teobaldo I de 1237, confirmatoria a su vez de otra de Sancho VI de 1176, en la que toma bajo su protección los bienes no de un hospital, sino del monasterio de Iranzu.

Otra vez, pues, estamos ante un documento compuesto que presenta, insertadas en la carta de Teobaldo II, las de sus antecesores, Teobaldo I y Sancho VI, aunque en esta ocasión redactadas las tres en latín, no en romance.

La estructura del documento es idéntica a la anterior, la carta de Teobaldo II tiene como data crónica el 1 de septiembre de 1259 y como data tópica, la localidad de Lachy, mientras que la de Teobaldo I se escribió en marzo de 1237 en Tudela y la de Sancho VI en Pamplona en el mes de octubre de 1176, ésta última, igualmente, de mano del vicecanciller Fernando.

Todo esto queda reflejado en el corpus, tal como hemos indicado en el caso del documento anterior. Pero conviene precisar que, en esta ocasión, aunque el escribano es nuevamente Pedro Jiménez de Roncesvalles, vicecanciller de Teobaldo II, el responsable o encargado de guardar la *nota* no coincide con el del documento anterior ya que esta vez se trata de García de Aibar, otro de los clérigos del rey.

El documento nº 37 presenta una situación muy parecida a la de los documentos 23 y 23bis, ya que se trata de otra carta confirmatoria. En esta ocasión Teobaldo II confirma los fueros concedidos a Soracoiz por su padre Teobaldo I que, a su vez, confirma el privilegio de Sancho VI de 1155 y el de Sancho VII de 1192. Añade la exención de labradores en las heredades reales.

La estructura de composición, como ya hemos adelantado, es parecida a la de los documentos estudiados arriba, con una única novedad, ahora no son dos las cartas que se incluyen en la confirmatoria de Teobaldo II, sino tres, redactadas todas en latín, y cuyas dataciones son las siguientes.

La carta de Teobaldo II sólo ofrece la data cronológica, el 2 de julio de 1264, pero no hace mención alguna de la localización espacial; a su vez, la de Teobaldo I cita tanto el lugar de redacción, Pamplona, como la fecha del siguiente modo: "*Actum es Pampilone, anno Domini millesimo CC.XXX^o quarto, mensi junii domini Trinitatis*". La carta confirmatoria igualmente de Sancho VII presenta la fecha de redacción, el año 1192, pero no el lugar, mientras que la carta más antigua, la de Sancho VI, es de 1155 y tampoco señala su lugar de escrituración. Solamente están citados los notarios de Teobaldo I y de Teobaldo II, del primero, su canciller, el maestre Guido, y del segundo, el escriba Fernando Pérez y el notario García Sánchez, rector de la iglesia de Arróniz.

Todas estas especificaciones se hallan recogidas en el corpus con la intención de poder interpretar correctamente las voces seleccionadas dentro de su contexto y teniendo en cuenta que han podido sufrir variaciones o modificaciones al ser copiadas años más tarde por diferentes escribanos situados en momentos cronológicos distantes.

5.3.12.3. LOCALIZACIÓN DE OTROS DOCUMENTOS CONFORME AL ITINERARIO REAL. VIAJES Y ESTANCIAS DE TEOBALDO II EN NAVARRA Y EN FRANCIA

Si al tratar de la *Colección diplomática de Teobaldo I* nos hemos detenido en analizar el itinerario político que marcó su trayectoria histórica, con el propósito de poder situar correctamente algunos documentos que se presentaban sin ningún tipo de indicación espacio-temporal, vamos a revisar ahora, igualmente, el itinerario seguido por Teobaldo II con la misma finalidad que nos ha guiado antes.

En primer lugar, llama la atención el hecho de que Teobaldo II, al igual que su padre, sintiera preferencia por sus dominios franceses en detrimento de los navarros, ya que pasó el doble de años en Francia que en Navarra y, además, "parece como si los viajes a su reino estuvieran motivados por la necesidad de resolver asuntos graves, en que su presencia parecía imprescindible", según comenta Lacarra⁷⁴, al llevar a cabo el estudio de los acontecimientos sociales vividos por este rey.

La descripción que hace este autor del itinerario del monarca coincide, a grandes rasgos, pero sobre todo en las fechas más significativas, con el planteamiento ofrecido a su vez por García Arancón. Esta autora sigue el itinerario de Teobaldo a

⁷⁴ LACARRA, J. M., *op. cit.*, Vol. II, p. 181.

través del estudio de la colección documental de su cancillería real.

Veamos cuáles fueron las estancias de Teobaldo II en Navarra y en Francia, así como los viajes que efectuó durante su reinado siguiendo, principalmente, a estos dos autores, aunque haciendo algunas precisiones por nuestra parte a estas descripciones.

Este monarca residió en Navarra desde 1253 a 1257 aproximadamente, casi sin interrupción, con la intención de poder ordenar así los asuntos del reino que había heredado, y sólo hizo un par de viajes muy breves a Francia, requerido por algunas cuestiones de máximo interés, como eran las de fortalecer y encauzar su reinado en Navarra. Los cuatro o cinco años primeros transcurrieron como sigue.

Al morir Teobaldo I, el 8 de julio de 1253, le sucedió su hijo cuando contaba tan sólo trece años de edad, eso sí, bajo la tutela de su madre, Margarita de Borbón, tal como afirma Clavería⁷⁵.

En este momento, Navarra se encontraba en una situación política comprometida, ya que Alfonso X de Castilla estaba proyectando su conquista; pero la solución llegó pronto gracias al tratado de Tudela, del 1 de agosto de 1253, que establecía una alianza de carácter ofensivo y defensivo entre Margarita y su hijo Teobaldo por un lado y Jaime I de Aragón por otro.

Arreglados estos asuntos exteriores, Teobaldo prestó juramento⁷⁶, requisito necesario para ser aceptado como rey, el 27 de noviembre de 1253. Sin embargo, según Clavería, lo hizo "forzado por las circunstancias y ansioso de ceñirse la corona, pero tan pronto lo hubo logrado y llegado a la mayoría de edad, solicitó del papa Alejandro IV, le desligase de su juramento, a lo

⁷⁵ CLAVERÍA, C., *op. cit.*, p. 117.

⁷⁶ Según el capítulo primero del *Fuero Antiguo*, el rey debía antes de ser coronado, jurar los fueros y deshacer las "fuerzas" cometidas por sus antecesores.

cual accedió éste, basando su resolución en la falta de validez del acto por la minoría de edad que tenía el rey cuando lo prestó"⁷⁷.

Esto parece indicarnos que los documentos nº 3 y 4, cuya fecha oscila entre el 8 de julio y el 27 de noviembre de 1253, pertenecientes a la *Colección diplomática* presentada por García Arancón, debieron redactarse en Navarra, ya que se trata de dos borradores del juramento real que leyó Teobaldo.

En 1254, este rey actuaba ya por sí mismo, puesto que su madre se encontraba en Francia⁷⁸. Resulta fácil comprobar esto si tenemos en cuenta que en abril de ese año Teobaldo se entrevistó con Jaime I para renovar el tratado de Tudela del año anterior, que continuaba dejando en manos del rey de Aragón la política defensiva de Navarra, la cual no sólo permitía a Teobaldo hacerse cargo del condado de Champaña, sino que también se interponía en las pretensiones del rey castellano que, movido por su afán de grandeza, seguía con la intención de conquistar Navarra. Este hecho estuvo a punto de enfrentar a Castilla con Aragón, pero, aunque la guerra se evitó por "las gestiones de diversos prelados"⁷⁹, la pacificación entre Castilla y Navarra no llegó por ahí, sino que se debió a la posterior intervención del rey francés Luis IX⁸⁰.

En diciembre de 1254, Teobaldo II acudió, llamado por San Luis, a una reunión de la corte en París para tratar los asuntos de su boda y del condado de Champaña que su madre había

⁷⁷ CLAVERÍA, C., *op. cit.*, p. 118.

⁷⁸ La reina Margarita estaba ausente de Navarra, porque se encontraba en Champaña tratando algunas cuestiones relacionadas con su hijo. En primer lugar, gestionar el matrimonio de éste con Isabel, hija de San Luis de Francia, y, en segundo lugar, asegurarle el condado frente a la condesa de Bretaña, Blanca de Champaña, quien lo reclamaba porque "se había incumplido su contrato de matrimonio respecto al Reino de Navarra, y solicitaba como compensación el abandono por Teobaldo de todo o de una parte importante del condado de Champaña" (LACARRA, J. M., *op. cit.*, p. 172).

⁷⁹ Lacarra se refiere sobre todo a las gestiones de Bernardo Vidal de Besalú, notario real de Aragón y amigo de Alfonso X de Castilla y de Jaime I (LACARRA, J. M., *op. cit.*, p. 171).

⁸⁰ El rey San Luis, el 20 de agosto de 1255, hizo que Teobaldo asistiera en París como testigo, según Lacarra, "al tratado acordado entre los embajadores de Alfonso X y San Luis para casar a Luis, primogénito de éste, con Berenguela, hija primogénita del castellano", hecho que contribuyó a que Navarra limara las asperezas con Castilla, impidiéndose la guerra entre ambas, por los lazos familiares que iba a establecer Alfonso X con el suegro de Teobaldo, el rey de Francia (LACARRA, J. M., *op. cit.*, p. 174).

gestionado unos meses antes y que se resolvieron favorablemente para el rey navarro, ya que, por un lado, se quedó con sus posesiones de Champaña y, por otro, acabó casándose con Isabel, hija del rey de Francia, el 6 de abril de 1255. De nuevo, el 20 de agosto de este mismo año 1255, encontramos a Teobaldo en París para asistir como testigo al acuerdo de matrimonio entre Luis, primogénito de San Luis, y Berenguela, hija primogénita también de Alfonso X de Castilla.

Tras asistir a este tratado, Teobaldo volvió a sus dominios navarros a finales del verano de 1255, esta vez con medios suficientes para imponer su autoridad, hasta el punto de que un año más tarde se firmó la paz definitiva entre Navarra y Castilla, con la donación por parte de Alfonso X, el 1 de enero de 1256, de las villas de San Sebastián y Fuenterrabía a Teobaldo quien, a su vez, prestó homenaje al rey castellano. La consolidación de esta amistad llevó consigo, igualmente, el cese de hostilidades entre Castilla y Aragón, que culminó con el acuerdo de matrimonio de Constanza, hija de Jaime I, y el infante don Manuel, hermano de Alfonso X.

Todo ello hace pensar a la mayoría de estudiosos que entre 1253 y 1257 Teobaldo residió en Navarra y sólo interrumpió su estancia en este lugar en dos ocasiones, una desde diciembre de 1254, en que acudió a París citado por San Luis para tratar cuestiones referentes a su reinado en Navarra, hasta abril de 1255, fecha de su matrimonio con Isabel, y la otra, durante el verano de 1255, cuando acudió otra vez a París, para testificar en el acuerdo de matrimonio que emparentaba a Francia y a Castilla, con la velada intención de entablar así una futura relación de paz con el rey castellano.

En principio, algunos documentos de la colección ofrecida por García Arancón, concretamente los fechados entre 1253 y 1255, reflejan el mismo itinerario real que hemos descrito ya siguiendo a Lacarra. Además, una clarificadora especificación cronológica como ésta puede ayudar en la datación tópica de

algunos diplomas que se presentan sin indicar su lugar de redacción. Nos referimos, por ejemplo, al documento nº 10, de febrero de 1254, que debió escribirse en Navarra, donde estuvo el rey hasta diciembre de ese mismo año. Lo mismo ocurriría en el caso del documento nº 12, el cual, aun sin que la editora establezca sus coordenadas espacio-temporales, tal vez por error de impresión como ya comentábamos arriba, indica en sí mismo sus datas tónica y crónica, de aquí que resulte muy fácil situar su redacción en Estella, el día de Ramos de 1254, coincidiendo, de este modo, con la primera de las estancias de Teobaldo II en Navarra.

Sin embargo, por otra parte, creemos que hay que tomar con algunas reservas la convicción generalizada de que este rey vivió en Navarra durante 1256, si atendemos a las datas tónicas de los diplomas de ese año.

Ello se debe a que uno de los documentos, el número 16, redactado en 1256, se localiza en Roncesvalles, dentro, por tanto, del territorio navarro aunque próximo a la frontera con Francia, pero el otro diploma de este mismo año, el número 10, se escribió en Dax, lugar perteneciente ya a la geografía francesa. Estos datos requieren una mayor reflexión. Así, podría pensarse en principio que como se trata de dos lugares que estaban situados en el camino de Santiago y eran muy conocidos por las peregrinaciones no sería de extrañar que el rey eligiera Roncesvalles para desplazarse por su reino, aunque esto no explica su presencia en Dax, territorio francés, en la misma fecha. Además, el hecho de no haber encontrado ningún diploma redactado entre el que se escribió en Dax en el mes de febrero de 1256 y el redactado en Olite el 13 de abril de 1258 (doc. nº 21) induce a pensar que el rey pasó todo este período de tiempo en sus dominios franceses, y de ahí que, de camino hacia Francia, ordenara la escrituración de un diploma en Roncesvalles y otro en Dax. Ambos lugares se encuentran en la misma ruta, una de las cuatro vías alternativas de la etapa francesa del

camino, es decir, la que se conoce como el camino de París a España. Esta ruta es la que parte de Tours hacia Poitiers y desde ese lugar a Burdeos para finalizar en Ostabat, donde se juntaba con dos de las otras vías posibles de esta etapa francesa⁸¹.

Por lo tanto, la estancia de Teobaldo en Francia debió abarcar desde 1256 hasta 1263, salvo algunas breves visitas a su reino en 1258, a diferencia de lo que creía Lacarra para quien el rey estuvo en Navarra hasta el 24 de octubre de 1257.

Destacamos, pues, antes de pasar a ocuparnos de los diplomas redactados a partir de 1257, que las dataciones tópicas y crónicas de la documentación de la cancillería de Teobaldo II lo sitúan de camino hacia Francia en 1256 donde debió permanecer varios años hasta 1263.

Los documentos datados a partir del año 1257 se distribuyen espacialmente entre Navarra, Francia y Túnez, coincidiendo con los viajes que realizó Teobaldo y sus estancias en estos lugares. Para conocer este itinerario puede seguirse el comentario histórico ofrecido por Lacarra de este breve período de tiempo que finaliza en 1270 con la muerte del rey, aunque no debe olvidarse que el rey debió permanecer en Francia desde 1256 hasta 1263 y sólo hizo algunos viajes a su reino aprovechando estas ocasiones para expedir sus documentos en suelo navarro.

En 1257, más exactamente el día 24 de octubre, Teobaldo se desplazó a un lugar de Francia, Lagny, donde acudió, tal como comenta Lacarra, para asistir a los funerales de su madre, la reina Margarita; allí debió permanecer, resolviendo los negocios que ésta no pudo concluir, hasta el año 1258 en que hizo un viaje a Navarra, ya que volvemos a encontrarlo en Olite, el día 13 de abril de este último año, hecho que queda manifiesto gracias

⁸¹ VÁZQUEZ DE PARGA, L. LACARRA, J. M. y URÍA RÍU, J., *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, t. II, Madrid, CSIC, 1949, pp. 53-59.

a un documento que expidió allí y que forma parte de la colección diplomática que nos ocupa ahora.

Este documento al que nos referimos, el nº 21, cuyas datas crónico-tópicas establecidas por García Arancón, son idénticas a las que propuso unos años antes Lacarra para un diploma que, casi con toda seguridad, es el mismo que nos ocupa ahora, debió redactarse durante una breve estancia de Teobaldo en Navarra, que duró tan sólo un par de meses, ya que en junio de 1258 había vuelto de nuevo a Francia donde permaneció hasta finales de 1263.

Durante todo el año siguiente, es decir, a lo largo de 1264, el rey residió en Navarra, lugar del que partió, tal vez desde Urdax más concretamente, el 31 de enero del año siguiente, para empezar una nueva estancia en Champaña a partir, por lo tanto, del mes de enero de 1265, hasta finales de ese mismo año.

Ello nos permite creer que el documento nº 37, del 2 de julio de 1264, se redactara en Navarra.

Después de vivir en Champaña todo el año de 1265, volvió a trasladarse a Navarra a finales de ese año para quedarse en su reino durante el siguiente de 1266.

De ahí que supongamos que el diploma nº 47 pudiera haber sido escrito en Champaña, si atendemos a su fecha de composición, el 11 de diciembre de 1265; sin embargo, por el asunto que trata⁸² y teniendo en cuenta que el viaje de Teobaldo a Navarra tuvo como finalidad o motivo la cuestión de la sucesión al condado de Bigorra, quizá sea más exacto considerar que el documento que nos ocupa tal vez se redactó ya en territorio navarro.

⁸² En el doc. nº 47 "Teobaldo II llega a una alianza con Gastón, vizconde de Bearn, sobre el matrimonio de Enrique de Navarra y Constanza, hija mayor de Gastón, y diversas cuestiones relativas al condado de Bigorra" (GARCÍA ARANCÓN, M. R., *op. cit.*, p. 111).

Por otro lado, y atendiendo igualmente a sus fechas de escrituración, los diplomas nº 52 y 57, ambos del año 1266, el primero del 15 de agosto y el segundo del 5 de noviembre más concretamente, debieron ser redactados durante esta última estancia de Teobaldo en Navarra que se prolongó a lo largo de todo el año 1266.

Desde 1267 hasta marzo de 1269, el rey vivió en Francia, de ahí que creamos oportuno situar la redacción de los documentos nº 61 y 62 en ese lugar.

A partir de marzo de 1269 hasta octubre de ese mismo año permaneció en Navarra, pasando la que sería su última estancia en este reino, con el propósito de reclutar hombres y recoger dinero suficiente para destinarlo a una cruzada de la que estaba haciendo ya los preparativos.

Por esta razón es posible que los documentos nº 73, 75 y 77 los tres de octubre de 1269, el primero del día 7 y los otros dos del día 12 fueran compuestos en Navarra y, con más exactitud, el primero de éstos por el notario Martín de Estella.

También es probable que el diploma nº 89 se hubiera redactado durante esta última estancia de Teobaldo en Navarra, es decir, en 1269, aunque García Arancón no descarta la posibilidad de que se escribiera en una de las visitas anteriores, realizadas en 1258, 1264, y 1266.

En octubre de 1269 Teobaldo regresó a Francia donde estuvo aproximadamente hasta poco antes de embarcar para emprender la que sería su única y última cruzada. Más concretamente, estuvo en Aix-en-Provence, entre el 7 y el 17 de junio, y después pasó también algunos días en Marsella y en La Roche (Marsella), donde mandó redactar algunos escritos que forman parte de nuestro corpus, y desde ahí partió el 4 de julio de 1270 hacia Tierra Santa.

Llegó a Cagliari el 11 de julio y de este lugar salió el día 15 del mismo mes hacia Túnez. Alcanzó su objetivo el día 18, pero

un día antes llegó a Cartago, donde ordenó igualmente la escrituración de, al menos, un diploma, que forma parte, asimismo, de la documentación estudiada.

La cruzada duró hasta el 18 ó 19 de noviembre, fecha en que emprendieron el regreso. El día 21 llegaron a Trápani, en Sicilia, donde murió Teobaldo el día 4 de diciembre de 1270, pero antes tuvo tiempo suficiente para dejar dispuesto su testamento.

5.4. ÍNDICE CRONOLÓGICO (CON INDICACIÓN DE LUGAR) DE LOS DOCUMENTOS DEL CORPUS

Presentamos a continuación un índice cronológico que recoge las dataciones crónico-geográficas de los documentos estudiados.

-fines del siglo VI- principios del siglo VII d.C.:

1 pizarra (El Barrado)

-Año 750 d.C.:

1 pizarra (Circa) (Carrio)

-Año 938:

1 documento (Circa) (-) (Monzón de Campos?) en Orígenes

-Año 980:

1 documento (-) (León) en Orígenes

-Año 1011:

1 documento (-) (Valpuesta) en Orígenes

-Año 1013:

1 documento (Calendas Febrero) (-) en Archivo de Elorrio

-Año 1025:

1 documento (-) (-) en El Cartulario de San Juan de la Peña

-Año 1030:

1 documento (Circa) (-) (Clunia o Coruña del Conde) en Orígenes

-Año 1050:

1 documento (Circa) (-) (Bezdemarbán, part. de Toro) en Orígenes

-Año 1055:

1 documento (-) (Pámenes) en Orígenes

-Año 1061:

1 documento (-) (León) en Orígenes

-Año 1063:

1 documento (marzo 11 ó 14 viernes) (Oña) en Orígenes

-Año 1078:

1 documento (-) (León o Monzón de Campos) en Orígenes

-Año 1097:

1 documento (-) (Carrión) en Orígenes

-Inicios del siglo XI:

Texto y glosas (San Millán de la Cogolla) en Orígenes

-Mediados del siglo XI:

Glosas (Sto. Domingo de Silos) en Orígenes

(Texto de las glosas: del s. XI)

-Año 1102:

1 documento (-) (Oña) en Documento ling. de España

-Año 1109:

1 documento (-) (San Millán de la Cogolla) en Documento ling. de España

-Año 1132:

1 documento (febrero 10) (Cluny) en "El Libro Becerro"

-Año 1134:

1 documento (-) (Tudela) en "El Libro Becerro"

-Año 1150:

1 documento (-) (San Millán de la Cogolla) en Documento ling. de España

1 documento (-) (Tudela) en "El Libro Becerro"

-Año 1152:

1 documento (-) (Calahorra) en Documento ling. de España

1 documento (-) (-) en "El Libro Becerro"

-Año 1154:

1 documento (marzo) (Luesía) en "El Libro Becerro"

-Año 1157:

1 documento (enero) (Tudela) en "El Libro Becerro"

-Año 1162:

- 1 documento (enero) (Tudela) en "El Libro Becerro"
- 1 documento (septiembre 18) (Dolo) en "El Libro Becerro"

-Año 1164:

- 1 documento (enero 9) (Zaragoza) en "El Libro Becerro"

-Año 1174:

- 1 documento (-) (Aguilar de Campó) en Documento ling. de España

-Año 1186:

- 1 documento (-) (Cuenca) en Documento ling. de España

-Año 1188:

- 1 documento (marzo 17) (Letrán) en "El Libro Becerro"

-Año 1191:

- 1 documento (-) (Anero) en Documento ling. de España

-Año 1194:

- 1 documento (noviembre 27) (Toledo) en Salinas de Añana
- 1 documento (noviembre 28) (Toledo) en Salinas de Añana

-Año 1210:

- 1 documento (abril 1) (Monzón) en "El Libro Becerro"

-Año 1218:

- 1 documento (-) (Plasencia) en Documento ling. de España

-Año 1220:

- 1 documento (-) (San Leonardo) en Documento ling. de España

-Año 1221:

- 1 documento (-) (Cuéllar) en Documento ling. de España

-Año 1225:

- 1 documento (marzo 18) (Alfajarín) en "El Libro Becerro"
- 1 documento (-) (Molina) en Documento ling. de España

-Año 1230:

1 documento (junio 11) (Ujué) en "El Libro Becerro"

-Año 1233:

1 documento (julio 23) (Burriana) en "El Libro Becerro"

-Año 1234:

1 documento (junio 18) (Pamplona) en la Col. de Teob. I
1 documento (julio 18) (Estella) en la Col. de Teob. I
1 documento (agosto 10) (Estella) en la Col. de Teob. I
1 documento (agosto) (Tudela) en la Col. de Teob. I
1 documento (septiembre 1) (-) en la Col. de Teob. I
2 documentos (septiembre 1) (Pamplona) en la Col. de Teob. I
1 documento (septiembre 11) (Almazán) en la Col. de Teob. I
1 documento (octubre 31) (Logroño) en la Col. de Teob. I
1 documento (octubre) (-) en la Col. de Teob. I
1 documento (noviembre 23) (-) en la Col. de Teob. I
2 documentos (noviembre 25) (Pamplona) en la Col. de Teob. I
1 documento (circa 1234) (-) en la Col. de Teob. I

-Año 1235:

1 documento (marzo 16) (Puente la Reina) en la Col. de Teob. I
1 documento (marzo) (Tudela) en la Col. de Teob. I
1 documento (marzo) (-) en la Col. de Teob. I
1 documento (julio 3) (Brihuega) en la Col. de Teob. I
2 documentos (septiembre) (Tudela) en la Col. de Teob. I
2 documentos (octubre) (Tudela) en la Col. de Teob. I

-Año 1236:

1 documento (enero 6) (Tudela) en la Col. de Teob. I
1 documento (febrero 9) (Tudela) en la Col. de Teob. I
1 documento (marzo) (-) en la Col. de Teob. I
1 documento (septiembre 19) (Olite) en la Col. de Teob. I
1 documento (septiembre 20) (Olite) en la Col. de Teob. I
2 documentos (septiembre) (-) en la Col. de Teob. I
1 documento (octubre 8) (Estella) en la Col. de Teob. I
1 documento (noviembre 10) (Sangüesa) en la Col. de Teob. I
1 documento (noviembre 27) (Estella) en la Col. de Teob. I
1 documento (noviembre) (Olite) en la Col. de Teob. I
1 documento (diciembre 7) (Tudela) en la Col. de Teob. I
1 documento (diciembre 8) (Tudela) en la Col. de Teob. I
1 documento (diciembre 14) (Tudela) en la Col. de Teob. I
1 documento (diciembre) (Tudela) en la Col. de Teob. I

-Año 1237:

- 1 documento (enero 11) (Olite) en la Col. de Teob. I
- 5 documentos (enero) (Tudela) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (1237 ? febrero 9) (Olite) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (febrero 13 viernes) (Monreal) Col. de Teob. I
- 1 documento (febrero 19) (-) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (marzo 2) (Tudela) en la Col. de Teob. I
- 2 documentos (marzo) (Tudela) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (abril) (Estella) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (abril) (Puente la Reina) en Col. de Teob. I
- 1 documento (mayo 8) (Tudela) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (mayo 11) (Tudela) en la Col. de Teob. I
- 2 documentos (mayo) (-) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (junio) (Tudela) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (julio 23) (Estella) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (julio) (-) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (agosto 18) (Estella) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (septiembre 1) (Tudela) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (septiembre 21) (San Juan de Pie de Puerto) en Col. de Teob. I
- 1 documento (septiembre) (-) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (oct. 27) (Pamplona) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (noviembre 5) (Pamplona) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (noviembre) (-) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (1236 septiembre-1237 marzo) (Olite) en la Col. de Teob. I
- 2 documentos (1236 septiembre-1237 marzo) (Pamplona) en la Col. de Teob. I

-Año 1238:

- 1 documento (enero 25) (Estella) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (enero) (Tudela) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (febrero 9) (Olite) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (febrero 18) (Tudela) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (febrero) (Tudela) en la Col. de Teob. I
- 2 documentos (marzo) (Tudela) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (abril 1) (Tudela) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (abril 1) (Estella) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (abril 21) (Tudela) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (abril 22) (Tudela) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (abril 30) (Bayona) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (mayo 1) (-) en la Col. de Teob. I
- 2 documentos (mayo) (-) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (abril-mayo) (-) en la Col. de Teob. I

-Año 1239:

- 1 documento (junio) (Acedo) en la Col. de Teob. I

-Año 1243:

- 1 documento (julio 15) (Santa Eulalia) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (septiembre 19) (Laguardia) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (noviembre) (-) en la Col. de Teob. I

-Año 1244:

- 1 documento (enero 2) (-) en la Col. de Teob. I
- 2 documentos (febrero) (Tudela) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (marzo 11) (Pamplona) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (abril 19) (Olite) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (junio 4) (-) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (junio 4) (Salvaterra) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (junio) (-) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (julio 13) (Olite) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (julio) (-) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (agosto) (Sangüesa) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (septiembre 13) (-) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (septiembre 21) (-) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (octubre 24) (Peralta) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (noviembre) (Tudela) en la Col. de Teob. I

-Año 1245:

- 1 documento (febrero 18) (Tudela) en la Col. de Teob. I
- 2 documentos (febrero 21) (Fontellas) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (febrero 25) (Tudela) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (marzo 7) (Estella) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (marzo 24) (Olite) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (abril 18) (Estella) en la Col. de Teob. I

-Año 1246:

- 1 documento (noviembre 15) (Estella) en la Col. de Teob. I

-Año 1247:

- 1 documento (noviembre 21) (Olite) en la Col. de Teob. I
- 3 documentos (noviembre 22) (Olite) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (noviembre 22-diciembre 31) (Sangüesa) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (-) (Cerro de Sevilla) en Documento ling. de España
- 1 documento (-) (¿1243-1247?) (-) en la Col. de Teob. I

-Año 1248:

- 1 documento (enero 14) (Tudela) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (marzo 23) (Castellar) en "El Libro Becerro"
- 1 documento (marzo 3) (Estella) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (1-24 de marzo) (Estella) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (mayo 4) (Olite) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (mayo 30) (Tudela) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (junio 11) (Estella) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (julio 7) (Estella) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (septiembre 3) (Estella) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (octubre 21) (Ochagavía) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (octubre 31) (Urdax) en la Col. de Teob. I

-Año 1249:

- 1 documento (enero 8) (Tudela) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (enero 17) (Mendavia) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (febrero 14, domingo) (Tudela) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (febrero 15, lunes) (Tudela) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (marzo 12) (Cizur) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (marzo 19) (Cizur) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (marzo 23) (Urdax) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (abril 24) (-) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (septiembre 5) (Lyon) en "El Libro Becerro"
- 8 documentos (septiembre 3) (Lyon) en "El Libro Becerro"
- 1 documento (septiembre 20) (Lyon) en "El Libro Becerro"

-Año 1250:

- 1 documento (abril 4) (Paris) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (julio 15) (Sevilla) en la Col. de Teob. I

-Año 1251:

- 1 documento (abril 6) (-) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (abril) (-) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (mayo 16) (Abarzuza) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (julio 12) (Pamplona) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (julio 20) (Pamplona) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (julio 26) (Artajona) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (julio) (-) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (octubre 25, miércoles) (Tudela) en la Col. de Teob. I

-Año 1252:

- 1 documento (junio 7) (-) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (agosto 16) (Pamplona) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (diciembre 3) (-) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (diciembre 15) (-) en la Col. de Teob. I

-Año 1253:

- 1 documento (marzo 3) (Larraza) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (marzo 24) (Estella) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (marzo 30, domingo) (Pamplona) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (junio 26) (Estella) en la Col. de Teob. I
- 1 documento (1252 abril-1253 marzo) (-) en la Col. de Teob. I
- 2 documentos (agosto 1) (Tudela) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (noviembre 25) (Pamplona) en la Col. de Teob. II
- 2 documentos (noviembre 27) (Pamplona) en la Col. de Teob. II
- 2 documentos (julio 8-noviembre 27) (-) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (1234-1253) (-) en la Col. de Teob. I

-Año 1254:

- 1 documento (enero 23) (Olite) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (febrero 10) (Sangüesa) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (febrero) (-) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (marzo 14) (Olite) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (abril 9) (Monteagudo) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (abril 29) (Saint Jean d'Angely) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (-) (-) en la Col. de Teob. II

-Año 1255:

- 1 documento (diciembre 6) (Estella) en la Col. de Teob. II

-Año 1256:

- 1 documento (enero 13) (Roncesvalles) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (febrero 4) (-) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (febrero 6) (Olite) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (febrero) (Dax) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (febrero) (-) en la Col. de Teob. II

-Año 1258:

- 1 documento (abril 13) (Olite) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (abril 27) (Olite) en la Col. de Teob. II

-Año 1259:

- 1 documento (enero 13) (Anagnie) en "El Libro Becerro"
- 2 documentos (agosto 29, viernes) (Toledo) en Salinas de Añana
- 2 documentos (septiembre 1) (Lachy) en la Col. de Teob. II

-Año 1262:

- 1 documento (septiembre) (-) en Salinas de Añana

-Año 1264:

- 1 documento (enero 23) (Tudela) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (enero 24) (Tudela) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (enero 31) (Tudela) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (febrero 4) (Sangüesa) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (febrero 5) (Villafranca) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (febrero 7) (Sangüesa) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (febrero 27) (Estella) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (marzo 3) (Estella) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (marzo 17) (Pamplona) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (marzo 23) (Pamplona) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (abril 13) (Estella) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (mayo 21) (Tudela) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (mayo 31) (Tudela) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (julio 2) (-) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (julio 10) (Pamplona) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (agosto 16) (Estella) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (agosto 18) (Puente la Reina) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (septiembre 3) (Olite) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (octubre 13) (Puente la Reina) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (noviembre 13) (Tudela) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (diciembre 6) (Pamplona) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (diciembre 31) (Urdax) en la Col. de Teob. II

-Año 1265:

- 1 documento (enero 1) (Ustariz) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (diciembre 11) (-) en la Col. de Teob. II

-Año 1266:

- 1 documento (enero 27) (Estella) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (febrero 15) (Roncesvalles) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (abril 3) (Estella) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (abril 23) (Pamplona) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (agosto 12) (-) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (agosto 13) (Pamplona) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (septiembre 10) (San Miguel de Cisa) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (septiembre 20) (San Juan de Pie de Puerto) Col. de Teob. II
- 1 documento (noviembre 4) (Pamplona) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (noviembre 5) (-) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (noviembre 22) (Pamplona) en la Col. de Teob. II

-Año 1267:

- 1 documento (marzo 11) (Saint Denis) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (diciembre 5) (París) en la Col. de Teob. II

-Año 1268:

- 2 documentos (1267-1268) (-) (-) en la Col. de Teob. II

-Año 1269:

- 1 documento (marzo 15) (París) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (junio 27) (Estella) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (julio 5) (Estella) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (julio 9) (Pamplona) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (agosto 6) (Estella) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (septiembre 23) (Estella) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (septiembre 24) (Estella) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (septiembre 25) (Estella) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (septiembre 25, miércoles) (Estella) en "El Libro Becerro"
- 1 documento (octubre 6) (Tiebas) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (octubre 7) (-) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (oct. 10) (Roncesvalles) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (octubre 12) (Ostabat) en la Col. de Teob. II
- 2 documentos (octubre 12) (-) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (octubre 12, sábado) (-) en "El Libro Becerro"
- 1 documento (octubre 16) (Belin) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (octubre 25) (Lusignan) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (1258, 1264, 1266, 1269) (-) en la Col. de Teob. II

-Año 1270:

- 1 documento (abril 11) (Troyes) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (abril 17) (Gemeaux) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (junio 7) (Aix-en-Provence) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (julio 2) (La Roche, Marsella) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (julio 4) (La Roche, Marsella) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (noviembre 22) (Tudela) en la Col. de Teob. II
- 1 documento (noviembre) (Cartago) en la Col. de Teob. II

-Año 1272:

- 1 documento (-) (Murcia) en Documento ling. de España

-Año 1281:

- 1 documento (abril 3, jueves) (Pamplona) en "El Libro Becerro"
- 1 documento (agosto 1, viernes) (Pamplona) en "El Libro Becerro"

-Año 1282:

- 1 documento (abril 28) (Valladolid) en Salinas de Añana

-Año 1286:

- 1 documento (mayo 10) (Burgos) en Salinas de Añana

-Año 1288:

- 1 documento (julio 28) (Rieti) en "El Libro Becerro"

-Año 1290:

- 2 documentos (abril 18) (Vitoria) en el Concejo de Segura
- 1 documento (mayo 12) (Burgos) en el Concejo de Segura
- 1 documento (junio 1, jueves) (Valladolid) en Salinas de Añana

-Año 1291:

- 1 documento (marzo 29, jueves) (Rada) en "El Libro Becerro"

-Año 1293:

- 1 documento (septiembre 7) (Burgos) en Salinas de Añana

-Año 1296:

- 1 documento (agosto 6, lunes) (Haro) en Salinas de Añana

-Año 1298:

- 1 documento (enero 24, viernes) (Estella) en "El Libro Becerro"
- 1 documento (mayo 1) (Barcelona) en "El Libro Becerro"

-Año 1299:

- 1 documento (abril 4) (Valladolid) en Salinas de Añana
- 1 documento (abril 28, martes) (Estella) en "El Libro Becerro"
- 1 documento (octubre 5) (Palenzuela) en la Villa de Plencia

CAPÍTULO 6

**DISTRIBUCIÓN INTERNA DE LAS
DIFERENTES ÁREAS GEOGRÁFICAS.
OTRO TIPO DE CONSIDERACIONES**

CAPÍTULO 6.

DISTRIBUCIÓN INTERNA DE LAS DIFERENTES ÁREAS GEOGRÁFICAS. OTRO TIPO DE CONSIDERACIONES.

6.1. INTRODUCCIÓN. PERSPECTIVA GENERAL

Puesto que este capítulo que nos ocupa ahora va a estar centrado en el análisis diatópico de nuestro corpus de trabajo, lo más apropiado tal vez sea abordar el estudio de los documentos que lo componen desde dos perspectivas diferentes para presentar así, con la mayor exactitud posible, las localizaciones de los diferentes lugares en que se llevó a cabo la redacción de cada uno de los escritos.

La primera perspectiva tendría en consideración el lugar donde el documento se encuentra recogido o archivado, siempre que esto sea pertinente, es decir, en aquellos casos en los que dicho lugar revista especial importancia a la hora de situar el texto documental en unas coordenadas espacio-temporales concretas, que hagan referencia a los ámbitos tanto de composición como de archivo, de modo que aporten a los datos ofrecidos, otros matices también reveladores.

Con esto queremos dejar claro que, en ocasiones, no sólo resulta conveniente tener en cuenta el sitio donde se redactó un escrito, sino que es necesario así mismo considerar aquel otro lugar que lo alberga, ya que éste último pudo haberle inferido características diferentes a las del lugar originario de redacción, las cuales no se entenderían fuera de este nuevo contexto extratextual que envolvió al escrito.

La segunda perspectiva abordaría, con el fin de contribuir a un estudio más pormenorizado de los textos, la indicación y concreción del lugar donde fue redactado cada uno de ellos para poder, de este modo, localizar las características o rasgos fundamentales que, desde un punto de vista diatópico, puedan haberlos influido.

Presentamos dos mapas ilustrativos de ambas perspectivas comentadas arriba. El primero, un mapa de la Península, muestra gráficamente aquellos puntos de interés en los que se hallan recogidas algunas de las series documentales estudiadas; el segundo mapa, de la Península Ibérica también, refleja los lugares concretos en los que se escribieron los documentos para precisar su exacta ubicación en la Edad Media. Asimismo presentamos un mapa de la Navarra medieval del siglo XIII (fecha en la que se redactó la mayoría de los documentos navarros del corpus). El resto de especificaciones territoriales que han ido modificando este mapa desde antiguo se comentará en el apartado que este capítulo dedica a Navarra en caso de ser relevante para nuestro análisis. Por lo tanto, esta visión global del reino navarro en el siglo XIII sirve como muestra de la vasta extensión ocupada por la Navarra medieval ya que presenta sus dominios espaciales repartidos entre España y Francia, es decir, no únicamente la Comunidad Foral Navarra actual y parte de las tierras alavesas, así como algunos enclaves aragoneses, sino, además, las tierras de Ultrapuertos que pertenecieron también a este importante reino hasta que en el siglo XVII acabaron por incorporarse a la corona francesa lo que hizo que desde entonces recibieran los apelativos de "Baja Navarra" o Navarra francesa.

No nos detendremos en ofrecer, desde una perspectiva histórica, el estudio de la situación en la que se encontraban las diferentes posesiones territoriales de cada reino durante la época a la que pertenecen los documentos tratados, y que abarca

de forma global la Alta Edad Media. Sólo llevaremos a cabo un análisis geográfico, con detalladas anotaciones históricas en caso de ser relevantes, de cada uno de los dominios peninsulares de interés, pertenecientes a los reinos cristianos, cuyas fronteras, como es bien sabido, no dejaron de variar a lo largo de los siglos que nos ocupan debido al continuo trasvase de tierras promovido por el deseo de expansión.

Atenderemos, pues, a la evolución de estos reinos peninsulares en cuanto sedes de redacción de los documentos para poder esclarecer el continuo cambio de fronteras. Estos cambios, que fueron la tónica general de las delimitaciones territoriales medievales, provocaron que algunas localidades de un área lingüística pasaran a otra área diferente única y exclusivamente por el derecho de conquista que permitía, por ejemplo, que una zona perteneciente al Reino de Navarra pasara al dominio castellano o viceversa, como ocurrió con La Rioja. Hay que tener en cuenta en este aspecto que las modificaciones territoriales pueden afectar, pero en ningún caso alterar la progresiva castellanización de estas áreas. De este modo, la situación fluctuante en la que se vieron envueltas algunas zonas pudo provocar que en el habla y en la escritura de estas áreas tuvieran cabida las características propias del ámbito lingüístico al que se adscribían en cada momento y que podrían considerarse como rasgos dialectales, aunque el proceso de castellanización no se vio interrumpido en ningún caso.

Por lo tanto, a la hora de estudiar cada escrito atendiendo a su data tópica, vamos a considerar diferentes cuestiones; entre ellas, principalmente, la del lugar en que fue redactado, poniéndolo en relación tanto con el reino del que formaba parte en el momento de su elaboración, como con otras posibles áreas lingüísticas a las que pudo pertenecer con antelación, sin olvidar, además, la relación que tal vez estableció con algunas

zonas vecinas, que actuaron como fuentes de influencias dialectales¹.

6.2. ESTUDIO DE LOS LUGARES DE ARCHIVO DE ALGUNAS SERIES DOCUMENTALES DEL CORPUS

Pues bien, empecemos por señalar, en esta delimitación inicial del espacio, los lugares donde están recogidos o archivados los textos objeto de nuestro estudio, tales como monasterios, archivos municipales, etc.

En primer lugar, del *Cartulario de San Juan de la Peña* se ha estudiado el documento que en la edición de Ubieta Arteta de este Cartulario se presenta con el nº 117. Se trata de la donación a San Juan de la Peña por parte del *senior de Ipuscua, Garcia Açenariz* y su mujer *dona Gayla* del monasterio de San Salvador de Olazábal y otros bienes localizados en Guipúzcoa, durante el reinado de Sancho de Pamplona². Este documento presenta, tal como observa M. T. Echenique "palabras u onomásticos inequívocamente vascos"³.

¹ Como nota aclaratoria hay que puntualizar que mantenemos las denominaciones de "Castilla la Nueva" y "Castilla la Vieja" aunque ya estén en desuso y hayan sido sustituidas actualmente por las de Castilla La Mancha y Castilla-León. Creemos que las primeras, y con esto seguimos las propuestas de Menéndez Pidal, reflejan mejor la realidad histórico-social que envolvió el período medieval que nos ocupa, ya que las más actuales, basadas en nuevas distribuciones autonómicas, podrían dar lugar a algunas confusiones en este trabajo.

² UBIETO ARTETA, A., *Cartulario de San Juan de la Peña*, II, Valencia, 1962, pp. 114-117. Este documento, tal como ya hemos señalado en capítulos anteriores, también aparece formando parte de la colección documental presentada por E. Barrena en el libro que trata de la formación histórica de Guipúzcoa. Esta colección de textos la seleccionó la autora con la intención de mostrar algunas manifestaciones documentales en las que hubiera algún tipo de referencia al área vasca (BARRENA OSORO, E., *La formación histórica de Guipúzcoa: transformaciones en la organización de un territorio cantábrico durante la época medieval*, San Sebastián, Universidad de Deusto, 1989, p. 419).

³ ECHENIQUE ELIZONDO, M. T., *Historia lingüística vasco-románica* (2ª ed.), Madrid, Paraninfo, 1987, p. 76.

Destaca en segundo lugar la colección documental recogida en el "*Libro Becerro*" del Monasterio de Santa María de La Oliva (Navarra)⁴.

Los treinta y cinco documentos que hemos estudiado de esta colección, aunque fueron escritos en varios lugares a los que luego nos referiremos con más detenimiento, tal vez debieron dejarse influir todos ellos por el área geográfico-lingüística que los albergó, concretamente Navarra, al ser producto de un único escriba probablemente de la primera mitad del siglo XVI. Posteriormente, además, durante el primer tercio del siglo XVII estos documentos fueron revisados por el notario de la Corte Mayor de Navarra, Francisco Ximénez de Luna, tal como dijimos en capítulos precedentes, de ahí que no descartemos la posibilidad de encontrar alguna huella dialectal del habla de esta zona que delate su vinculación, desde un punto de vista lingüístico, con Navarra e incluso más concretamente en algunos casos con la parte suroriental en la que se encuadraba el cenobio cisterciense de La Oliva.

Otra colección documental es la que pertenece a la villa de Plencia, localizada en el País Vasco, concretamente en Vizcaya.

El documento que hemos estudiado de esta colección, tal como lo presentó el editor, "contiene el primer y mejor traslado del privilegio fundacional de la villa y de todas sus confirmaciones. Fue realizado por Jacobo de Andraca en 1608 utilizando la carta de confirmación de Juan II. Todas las copias posteriores se han basado en ésta"⁵.

⁴ MUNITA LOINAZ, J. A., "*Libro Becerro*" del Monasterio de Santa María de La Oliva (Navarra): Colección documental (1132/1500), Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1984.

⁵ ENRÍQUEZ FERNÁNDEZ, J., *Colección documental de la villa de Plencia (1299-1516)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1988, p. I.

Ocurre algo parecido en el caso de la colección municipal del Archivo de Elorrio⁶, que se encuadra, al igual que Plencia, en el País Vasco y, con más exactitud, en Vizcaya.

Otro de los lugares en que se recogen algunos documentos es Segura, perteneciente a Guipúzcoa. Más exactamente los textos se encuadran en la *Colección diplomática del Concejo de Segura*⁷.

Los diplomas de este Archivo Municipal de Segura se centran en su mayoría en cuestiones de interés local pero, además, algunos de ellos también se refieren a personas, lugares e incluso instituciones extra-municipales. Segura, como uno de los municipios más característicos de la Guipúzcoa medieval, obtuvo numerosos privilegios reales, y, en ella, también se redactaron otros documentos de ámbito "provincial", tal como sostiene el editor de esta colección.

⁶ Como explican los editores de esta colección documental, "antes de que Elorrio se constituya en villa limítrofe de otras guipuzcoanas, vizcaínas y alavesas, como Maya, Elgueta, Mondragón, Aramayona o Durango, tenía una personalidad no sólo topográfica, sino aún jurisdiccional que tuvo que deslindarla de las anteiglesias de San Agustín de Echebarría y de San Andrés de Zaldúa. Pero es la anteiglesia de Echebarría la tierra matriz de Elorrio (...). En el término de la anteiglesia de Echebarría viene fundada la villa de Elorrio por don Tello en privilegio firmado en Bilbao el 27 de junio de 1356" (HIDALGO, C., LARGACHA, E., LORENTE, A., MARTÍNEZ, A., *Colección documental del Archivo Municipal de Elorrio (1013-1519)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1988, p. I). "El término "anteiglesia" se puede utilizar con dos acepciones, la primera se refiere a la iglesia parroquial de algunos pueblos del País Vasco que tomaron este nombre por tener a la parte de afuera unas estancias o soportales cubiertos, donde el clero o los vecinos hacían sus juntas; y la segunda hace referencia al pueblo o distrito municipal de alguna de las provincias vascongadas, que suele comprender un territorio muy extenso, de corto vecindario y desparramado caserío. Antiguamente también se llamaba anteiglesias a las iglesias parroquiales de Burgos y Santander" (*Enciclopedia Universal Sopena. Diccionario ilustrado de la lengua española*, t. I, Barcelona, Sopena, 1963, p. 538).

⁷ DÍEZ DE SALAZAR FERNÁNDEZ, L. M., *Colección diplomática del Concejo de Segura (Guipúzcoa) (1290-1500). t. I (1290-1400)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1985.

Igualmente disponemos de un Diplomatario, el de Salinas de Añana, del que hemos seleccionado otros escritos.

Salinas de Añana, en el País Vasco, forma parte de Álava y, aunque para López Castillo resulta imposible "precisar la época fundacional de la villa (...) su origen está vinculado al descubrimiento y explotación de los manantiales de agua salada"⁸. Lo que sí se puede precisar con exactitud, gracias a la documentación, es la existencia de la villa desde principios del siglo X. Además, a lo largo de ese siglo, "tres grandes cenobios, los de San Pedro de Cardena, San Pedro de Arlanza y San Millán de la Cogolla, tratan de atraerse las miradas de los grandes de la época con el fin de conseguir el autoabastecimiento de la sal"⁹, y ello trajo consigo que los conflictos entre estos monasterios surgieran pronto¹⁰.

Las dos últimas colecciones que han contribuido con sus documentos a nuestro corpus de trabajo están íntimamente relacionadas entre sí, ya que recogen todos los diplomas de los reyes de Navarra de la dinastía de Champaña, concretamente, la primera se centra en los documentos de Teobaldo I¹¹, y la segunda recoge los de Teobaldo II¹².

⁸ LÓPEZ CASTILLO, S., *Diplomatario de Salinas de Añana (1194-1194)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1984, p. 1.

⁹ *Ibid.*, pp. 4-5.

¹⁰ Por otro lado, "el fuero de Salinas de Añana es el primer fuero alavés conocido, otorgado el doce de enero de 1140 por Alfonso VII en Castrojeriz, confirmando los viejos fueros que les concediera Alfonso I cuando pobló Salinas de Añana", según adelanta el editor. Este fuero "nos revela la diversa procedencia y estatuto jurídico de los pobladores de Salinas que no se funden en un único e idéntico régimen legal a pesar de su comunidad vecinal" (DÍEZ DE SALAZAR FERNÁNDEZ, L. M., *op. cit.*, pp. 5 y 8).

¹¹ MARTÍN GONZÁLEZ, M., *Colección diplomática de los reyes de Navarra de la dinastía de Champaña. 1. Teobaldo I (1234-1253)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1987.

¹² GARCÍA ARANCÓN, M. R., *Colección diplomática de los reyes de Navarra de la dinastía de Champaña. 2. Teobaldo II (1253-1270)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1985.

Los diplomas que han sido seleccionados para formar parte de estas dos colecciones proceden de los archivos más diversos, nacionales, regionales, municipales, extranjeros, así como catedrales y monasterios. El criterio que ha prevalecido para llevar a cabo esta selección textual es, como afirma la propia Martín González, facilitar un posible estudio de estos reinados, y para ello "no sólo se han recogido los diplomas regios en sentido estricto, es decir, emanados de su propia oficina cancillerescas o expedidos directamente a su nombre" sino que también se han añadido "generados o no en la corte, los compromisos en que interviene el monarca como una de las partes, por ejemplo los pleitos, los contratos feudovasalláticos, ciertas compraventas o permutas, etc." Además, añade que igualmente abundan los diplomas que, en ausencia del rey, expedían sus representantes, ya el senescal, ya los chambelanes o intendentes del patrimonio de la Corona. "Se incluyen también piezas que por su naturaleza podríamos denominar «descripciones»: memorias de pechas que el rey percibía en determinados lugares, reglamentos para los nobles de Navarra, etc."¹³

Por todo ello, consideramos estas series documentales como colecciones, puesto que tienen un propósito definido, el de situar el reinado de los monarcas mencionados arriba.

Ambas colecciones tienen como marco general el Reino de Navarra y los condados de Champaña y Brie en Francia. Aunque abundan los documentos redactados en estos dominios, no cabe la posibilidad de descartar aquellos otros espacios donde se llevó a cabo el resto de escrituraciones y que están repartidos por buena parte de la geografía peninsular, sobre todo nortea.

Hasta aquí hemos podido comprobar la existencia, en algunos lugares, de instituciones eclesiásticas o laicas, como

¹³ MARTÍN GÓNZÁLEZ, M., *op. cit.*, p. 9.

monasterios, archivos municipales, concejos, etc., cuya función principal es, entre otras, la de recoger en su seno ciertas colecciones documentales, que quedan así agrupadas por sus características comunes. Pero disponemos, así mismo, de otros documentos que, aunque no formen parte de colección alguna, se hallan agrupados en diferentes libros según el criterio del autor, lo cual les confiere cierta unidad.

Tal sería el caso de algunos libros de los que hemos extraído unos cuantos documentos para su estudio.

En primer lugar, es Menéndez Pidal quien, en dos obras, presenta una serie documental interesante, nos referimos a los textos que aparecen en sus *Orígenes del español*¹⁴ y en sus *Documentos lingüísticos del Reino de Castilla*¹⁵.

Como ya hemos dicho otras veces, en la primera obra sobresalen, al lado de las dos colecciones de Glosas Emilianenses y Silenses, unos cuantos escritos distribuidos en tres grandes apartados, que son los referentes a Castilla, a León, y a los condados de Carrión, Monzón y Liébana. El propósito que mueve al autor es el de ofrecer algunos documentos que tienen en común el haber sido extraídos de los pergaminos originales y que, como él mismo dice, puedan servir de muestra y de base a su trabajo, centrándose en los orígenes no remotos, sino tardíos del idioma.

En el segundo libro, Menéndez Pidal también se encarga de ofrecer otra serie más nutrida de documentos que distribuye

¹⁴ MENÉNDEZ PIDAL, R., *Orígenes del español. Estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI* (10ª ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 1986.

¹⁵ MENÉNDEZ PIDAL, R., *Documentos lingüísticos de España. I. Reino de Castilla*, Madrid, CSIC, RFE-Anejo LXXXIV, 1966.

entre las diferentes áreas geográficas del Reino de Castilla. Por nuestra parte, hemos hecho algunas calas para estudiar documentos de la Montaña, Campó, Castilla del Norte, Rioja Alta, Rioja Baja, Osma, Segovia y Ávila, Sigüenza, Cuenca, Plasencia, Andalucía y Murcia. El criterio que ha seguido el autor en esta ocasión para llevar a cabo dicha selección documental es, tal como explica él mismo, ofrecer una muestra de la escritura castellana sobre todo hasta el siglo XIII, y, para ello, presenta todos los textos documentales castellanos que pudo localizar antes de 1230 redactados en romance o en latín, pero con formas romances reveladoras, así como unos cuantos documentos de los siglos XIV y XV en este caso, de forma mucho menos abundante por carecer del interés que tenían los anteriores.

Ya por último, merece especial atención una reciente colección de pizarras visigodas¹⁶, a la que también nos hemos referido con antelación en otros capítulos, muy reveladora si queremos avanzar en los estudios de la protohistoria de la lengua. Esta colección reúne una serie de pizarras, atendiendo a los factores que puedan tener en común como, entre otros, la misma época aproximadamente de elaboración, idénticos materiales para su composición, escritura muy semejante con características similares, etc.

¹⁶ VELÁZQUEZ SORIANO, I., *Las pizarras visigodas: edición crítica y estudio*, Universidad de Murcia y Universidad de Alcalá de Henares, 1989.

6.3. ESTUDIO DE TODOS LOS LUGARES DE REDACCIÓN DE LOS DOCUMENTOS. REVISIÓN DE LA ETAPA HISTÓRICA COMPRENDIDA ENTRE LOS SIGLOS VI Y XIII

En cuanto a la etapa histórica centrada en el período cronológico que abarcan nuestros documentos, es decir, desde la época visigótica, siglos VI y VII concretamente, hasta el siglo XIII del medioevo, seguiremos las indicaciones de aquellos autores¹⁷ que, alejándose de la concepción tradicional de la Reconquista, se ocupan de la formación de los núcleos peninsulares, origen de los futuros reinos hispánicos, cuyo devenir histórico permitirá localizar cada una de las manifestaciones textuales dentro del área geográfico-lingüística en la que se llevó a cabo su redacción; y esto porque, como es bien sabido, las fronteras entre los diferentes dominios peninsulares no permanecieron inmutables desde el principio, sino que, por el contrario, esta etapa inicial de formación se vio caracterizada por las disputas territoriales que iban surgiendo entre los reyes y nobles, los cuales pretendían aumentar su poder y sus posesiones a costa de la conquista de otros dominios que arrebataban a sus vecinos, provocando un cambio de fronteras continuo. Pues bien, resulta necesaria la localización exacta de cada documento, no únicamente del lugar en que se escribió, sino, además, del reino al que pertenecía dicho lugar en ese momento, de forma que queden encuadradas todas las

¹⁷ Barbero y Vigil entienden que la Reconquista ha de hacer referencia a la resistencia de cántabros y vascones y, por lo tanto, no ha de verse como una empresa nacional, sino que se trata de un término convencional que consagra el uso y sirve para designar tanto a la Edad Media como época amplia de la historia peninsular, como la constitución y expansión de estados cristianos diferentes del musulmán en ese mismo período cronológico (BARBERO, A., VIGIL, M., *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*, Barcelona, Ariel, 1974, pp. 5-6). García de Cortázar, coincidiendo con estos autores, señala en cuanto a la Reconquista que "una adecuada manipulación ideológica, clara, sobre todo, a fines del siglo IX y a fines del siglo XI, convertiría aquella espontánea resistencia en Reconquista" (GARCÍA DE CORTÁZAR, J. A., *Organización social del espacio en la España medieval. La Corona de Castilla en los siglos VIII a XV*, Barcelona, Ariel, 1985, p. 13). Para más información, *vid.*, asimismo, GARCÍA DE CORTÁZAR, José A., *La sociedad en la España medieval*, Madrid, Siglo veintiuno, 1990.

dataciones tópicas en el área lingüística peninsular que les corresponda. Todo ello con la intención de poder estudiar los textos documentales atendiendo a las características de lengua propias o autóctonas de cada reino peninsular y enclave extrapeninsular y a los rasgos dialectales que, por influencias de adstrato, hayan podido transferirles otras áreas lingüísticas vecinas.

La evolución de los reinos peninsulares a lo largo de la historia siguió caminos que se entrecruzaron en muchas ocasiones, participando a veces del mismo devenir y de los mismos acontecimientos políticos. Señalaremos, a continuación algunas noticias históricas concretas que puedan resultar relevantes para la ubicación espacial de los escritos.

6.3.1. PERÍODO HISPANO-VISIGODO. LOCALIZACIÓN ESPACIO-TEMPORAL DE DOS PIZARRAS VISIGODAS¹⁸

Disponemos en nuestro corpus de dos muestras de la escritura de este período visigodo, que ayudan a conocer el estado de evolución en el que se encontraba la lengua latina ya con incipientes rasgos románicos. Se trata de dos pizarras visigodas, concretamente de los siglos VI y VIII, una encontrada en El Barrado, y la otra en Carrio. Ambos lugares se hallan encuadrados en la actualidad en la provincia de Cáceres y en el principado de Asturias respectivamente, por lo que su ubicación

¹⁸ Tras la romanización de los diferentes pueblos de la Península, se creó el reino visigótico hispánico favorecido tanto por la llegada de los visigodos en el siglo V como por la caída del Imperio Romano. Este reino, cuya capital era Toledo y que tuvo especial relieve durante algunos siglos, vio derrumbarse sus cimientos con la invasión de los árabes en el siglo VIII. Lo relativo a este período puede conocerse a través de los comentarios de Canellas López (CANELLAS LÓPEZ, A., *Diplomática hispano-visigoda*, Zaragoza, Institución "Fernando el Católico", 1979, pp. 6-7). Más noticias acerca del período visogodo desde un punto de vista histórico se encuentran en BARBERO DE AGUILERA, A., *La sociedad visigoda y su entorno histórico*, Madrid, Siglo XXI, 1992.

no ofrece ninguna duda a la hora de señalarlos en el mapa que presentamos con el número 2.

Mención especial, pues, merecen estos lugares donde se han encontrado las dos pizarras, ya que podrían corresponderse con el sitio en el que se escribieron éstas; sin embargo, por la fecha tan temprana de composición de las pizarras, establecida por Velázquez Soriano, la consideración de los lugares en que han sido encontradas tal vez no aporte ninguna información especial que sirva para desvelar un estado de lengua, con características propias en esas zonas, diferente al de otras; y esto, porque la lengua, durante el período visigodo, debió de ser bastante uniforme en la Península. Así pues, más que la datación tópica de estas pizarras, nos interesa su data crónica, profundamente reveladora.

Señalemos, sin embargo, siguiendo las especificaciones que ofrece Velázquez Soriano, algunas precisiones concretas acerca de la localización tópica de estas dos pizarras visigodas, que son las manifestaciones más antiguas que hemos estudiado.

La primera pizarra se encontró en El Barrado (en la vera de Plasencia)¹⁹, perteneciente a la actual Cáceres, y su data cronológica es, según Isabel Velázquez, la de finales del siglo VI o principios del VII d.C.

La segunda pizarra, cuya fecha de composición gira en torno al siglo VIII d. C., en opinión también de esta autora, se localizó en Carrio²⁰, localidad próxima a Villayón, cerca del río Navia, la cual forma parte, hoy en día, del principado de Asturias, como ya hemos adelantado antes.

Díaz y Díaz señala algunos de los aspectos tanto lingüísticos como culturales que presentan unas cuantas pizarras visigodas en particular pero que pueden extenderse a un plano

¹⁹ Actualmente, este lugar llamado el Barrado (en la vera de Plasencia) se encuadra dentro de la provincia de Cáceres.

²⁰ Carrio pertenece hoy al Principado de Asturias.

general. Según este autor "las pizarras son un precioso testimonio de la situación del latín en los siglos VI-VII en el centro de la Península Ibérica. Como es sabido se trata de documentos de diverso género, redactados por numerosas manos en un lugar y tiempo bastante bien delimitados. Por el carácter del soporte empleado para la escritura queda excluido que sean muy diferentes los lugares de redacción, conservación y hallazgo, aunque los textos no contienen lamentablemente datos topográficos precisos. Desde este punto de vista, pues, hemos de tenerlas por testimonios excepcionales de los usos latinos en una región que abarca, aproximadamente, las zonas de confluencia de las provincias de Salamanca, Ávila y Cáceres (y que podemos considerar limitada por una línea que uniera Alba de Tormes, Ciudad Rodrigo, Plasencia, Ávila y retornase a Alba) con hallazgos esporádicos en otras comarcas"²¹.

De los aspectos lingüísticos de las pizarras nos ocuparemos en el capítulo séptimo detenidamente.

6.3.2. PRINCIPALES NÚCLEOS HISPÁNICOS. REINO DE NAVARRA. REVISIÓN DE SUS PROPIEDADES TERRITORIALES. SITUACIÓN DOCUMENTAL:

Señalamos a continuación, en primer lugar, algunas noticias de la evolución histórica del Reino de Navarra,

²¹ DÍAZ Y DÍAZ, M. C., "Algunos aspectos lingüísticos y culturales de las pizarras visigóticas", *MYRTA. Revista de Filología Clásica*, V, 1, Universidad de Murcia, 1986, pp. 23-24. Este autor comenta que "los documentos de época visigótica en pizarra nos dan una información de primera mano sobre la distribución étnica de la población de una amplia región de Castilla la Vieja y León sobre sus conocimientos de la lengua latina, así como sobre ciertos fenómenos lingüísticos, normalmente velados por la presión de la tradición gramatical; y sin embargo ésta logró reducir en aquellas comunidades agrícolas la imagen de la lengua corriente gracias al prestigio de la escuela y del latín escrito" (p. 13).

inicialmente Pamplona²², relacionadas con sus posesiones territoriales.

No hay en la documentación ningún escrito notarial redactado en Navarra con anterioridad al siglo XII, por lo que el período cronológico relevante para el análisis diatópico de los documentos del corpus empieza con el reino de Sancho García IV, el de Peñalén. Durante los años que duró su corto reinado, de 1054 y 1076, fue capaz de retener hasta su muerte Álava y los Montes de Oca y sólo perdió la Castilla vieja en 1064 cuando se la arrebató Fernando de Castilla. Con el regicidio de "el de Peñalén", tal como afirma D. Catalán, sucumbió el reino navarro de Nájera²³,

Así pues, al morir asesinado este monarca en 1076, su reino se repartió entre Alfonso VI de Castilla, que se quedó con las tierras riojanas y Vizcaya, y Sancho Ramírez de Aragón que ocupó las tierras situadas al Norte del río Ega, según Ubieta Arteta²⁴.

Los navarros tras la muerte de Sancho de Peñalén, tuvieron que reconocer como rey, aun a su pesar, a Sancho V Ramírez de Aragón (1076-1094), dando con ello lugar a la unión de Navarra y Aragón por espacio de medio siglo. En este período se olvidaron las fronteras entre Navarra y Aragón, ya que, según

²² Yanguas y Miranda explica que Pamplona debió poblarse de navarros "desde que los moros fueron echados de ella, por eso se llamó ciudad de los Navarros, y cuando los monarcas se titulaban reyes de Pamplona, era lo mismo que decir reyes de Navarra, así es que rarísima vez cuando en los documentos antiguos decían que reinaban en Pamplona, nombraban a Navarra, ni viceversa. Se generalizó después este nombre y prevaleció sobre los otros, porque, sin duda, los castellanos y demás extranjeros comenzaron a designar a todos los que pertenecían a la monarquía de los reyes de Pamplona con el de navarros, quienes acaso jamás se dieron generalmente a sí mismos el nombre de vascones, sino que se distinguían por las particularidades de cada territorio" (YANGUAS y MIRANDA, J., *Diccionario de antigüedades del Reino de Navarra*, t. II, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1964, p. 238).

²³ Navarra fue "víctima del imperialismo castellano-leonés (...) de Alfonso VI y de las ambiciones de su alférez, el conde García Ordoñez, cuñado del último rey de Nájera" (CATALÁN, D., "De Nájera a Salobreña. Notas lingüísticas e históricas sobre un reino en estado latente", *Studia Hispánica in Honorem R. Lapesa*, III, Madrid, Gredos, 1975, p. 101).

²⁴ UBIETO ARTETA, A., *Los orígenes de los Reinos de Castilla y Aragón*, Universidad de Zaragoza, 1991, p. 195.

Ubieta Arteta, la política señorial de Sancho Ramírez facilitó la agrupación de tenencias pamplonesas y aragonesas en una única persona.

Al rey Alfonso Sánchez I, el Batallador (1104-1134) se debe la conquista de las dos riberas del Ebro y la unión en 1109 de Vizcaya y la primitiva Castilla a Navarra²⁵.

García Ramírez, señor de Monzón, Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, fue el sucesor de este rey en el trono navarro-aragonés²⁶.

Bajo el reinado de García Ramírez VI el Restaurador (1134-1150) renació en 1134 el Reino de Navarra, aunque fue incapaz de mantenerse independiente de Castilla y Aragón²⁷. Quedó enmarcado en unas fronteras que se iban a mantener prácticamente inmutables, como sostiene Leroy²⁸ y que fijó el "pacto de Vadoluengo" de 1135 del que habla Ubieta Arteta²⁹. El establecimiento de esta frontera entre Navarra y Aragón permite encuadrar los textos documentales cuyas datas típicas eran las de Zaragoza, Luesia, Alfajarín, Monzón y Santa Eulalia, atendiendo a sus fechas de composición, que abarcan de 1164 a 1243, en Aragón, puesto que ya desde 1135 no había ninguna duda con respecto a esta frontera navarro-aragonesa³⁰.

²⁵ Según Ménéndez Pidal, este rey dominó hasta en Carrión, en Burgos y en Castrogeriz y cuando fue expulsado de allí conservó hasta su muerte en 1132 la Bureba, la Rioja y las tierras de Soria, y en la frontera con Castilla "pobló el rey aragonés los lugares castellanos de Belorado, Berlanga, Soria y Almazán" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 10).

²⁶ Diego Catalán se refiere a este rey hablando de la "restauración cidiana", porque era nieto del Cid, es decir descendía del infante don Ramiro, señor de Monzón y de la hija del Cid (CATALÁN, D., *art. cit.*, p. 102).

²⁷ CATALÁN, D., *art. cit.*, p. 102.

²⁸ LEROY, B., *Historia del Reino de Navarra*, Madrid, Swan, 1986, p. 35.

²⁹ UBIETO ARTETA, A., *op. cit.* en la n. 24. Leroy confirma el trazado de la frontera al precisar que "Navarra gobierna una parte del río (Ebro), desde Sonsierra hasta los linderos de Nájera y de Logroño, hasta Cortes, localidad fronteriza con Aragón". La Ribera (que se extiende al sur de los montes de Pamplona, de Sangüesa y de Estella) llega, al sur del curso del Ebro, hasta el Moncayo, lugar donde se yuxtaponen los Reinos de Castilla y de Aragón, de ahí que sea codiciado por ambos reinos vecinos (LEROY, B., *op. cit.*, p. 35).

³⁰ Nos referimos a los documentos que presentan como datas típicas y crónicas las siguientes: Luesia Doc. n° 5 (marzo de 1154), Zaragoza Doc. n° 9 (9 de enero de 1164), Alfajarín Doc. n° 12 (18 de marzo 1225), Monzón Doc. n° 11 (1 de abril de 1210), y Santa

Con los sucesores de García Ramírez el Restaurador el reino navarro adquirió unos rasgos distintivos propios que se mantuvieron durante todo el Medievo. Los reyes a los que nos referimos fueron Sancho VI el Sabio recuperó la Rioja y los montes de Oca y fundó Vitoria, y Sancho VII el Fuerte (1194-1234) perdió en beneficio de los castellanos Guipúzcoa y Álava en 1200, aunque todavía conservó algunas tierras alavesas concretamente Sonsierra, que se hallaba en la parte izquierda, desde Logroño hasta el monasterio de Fitero de la orden cisterciense, continuamente reivindicado por unos y otros. Estas tierras alavesas pertenecieron, pues, a Navarra durante el siglo XIII y parte del XIV, lo mismo que el enclave de Petilla de Aragón que aún hoy día corresponde a Navarra. Además, siguió perteneciendo a Sancho el Fuerte "la Navarra de Tras-los-Montes, que prolonga la extensión del reino hasta los reinos tributarios del Adour, de la Joyeuse, de la Bidouze y de la Nive"³¹.

Este rey eligió como sucesor a su sobrino francés Teobaldo, hijo de su hermana Blanca de Navarra y del conde Teobaldo III de Champaña, aunque, con posterioridad cambió de opinión al prometer su herencia a Jaime I de Aragón. Así, cuando en 1234 murió Sancho VII el Fuerte en Tudela, los navarros, que pretendían conservar su independencia y no ser incorporados a Aragón otra vez, reconocieron como rey a Teobaldo, aprovechando que Jaime I se hallaba entonces ocupado en Valencia y Baleares.

Teobaldo I (1234-1253) fue coronado rey en Navarra ese mismo año de 1234 en la Catedral de Pamplona. De este modo, se instauró una nueva dinastía en el trono navarro, la de los condes de Champaña y Brie³², ahora también reyes de Navarra.

Eulalia (15 de julio de 1243). Zaragoza, Luesia y Alfajarín pertenecen actualmente a la provincia de Zaragoza; Monzón a la de Huesca y Santa Eulalia a la de Teruel.

³¹ LEROY, B., *op. cit.*, p. 39.

³² Dice Leroy que "los condes de Champaña y de Brie son incluso los dueños de ricos territorios que se extienden desde el bajo valle del Marne hasta las alturas de Aragón y del

Este rey murió el 8 de julio de 1253, y en el trono le sucedió su hijo, Teobaldo II, quien comenzó a reinar bajo la regencia de su madre doña Margarita de Borbón. Murió, sin dejar descendencia, el 4 de diciembre de 1270 en Trápani al finalizar la Cruzada que lo encaminó a Túnez, y en la que participó requerido por su suegro San Luis de Francia que también murió allí, de ahí que en nuestra documentación haya algunos diplomas redactados en esta ruta hacia Tierra Santa y en Túnez..

No vamos a detenernos otra vez en el estudio pormenorizado de los itinerarios de estos dos reyes de la dinastía de Champaña puesto que ya los hemos comentado detenidamente en el capítulo anterior al analizar desde una perspectiva cronológica, tanto las estancias, como los viajes que ambos reyes, y cada uno durante su reinado, distribuyeron alternativamente entre Navarra y sus dominios franceses³³.

Al morir Teobaldo II sin dejar ningún hijo le sucedió, aunque sólo durante un corto período de tiempo, su hermano Enrique I (1270-1274), que dejó como heredera en el trono a su hija legítima Juana, bajo la regencia de su madre Blanca. Abandonaron Navarra en 1275, y el reino quedó expuesto a ser tomado por los castellanos y por los aragoneses, pero "en Francia, Felipe III el Atrevido, promete a la pequeña Juana de Navarra-Champaña con su hijo Felipe y decide actuar a fin de preservar la herencia de sus hijos (...). Navarra entra más estrechamente que nunca en la órbita francesa. Cuando Felipe de Francia alcanza la edad adulta y se convierte, a la muerte de su padre en 1285, en Felipe IV el Hermoso, es a la vez rey de

Barrois, desde el valle medio del Yvonne, hasta el curso del Aisne" (LEROY, B., *op. cit.*, p. 44).

³³ Remitimos a este capítulo para cualquier aclaración que se precise; en él puede comprobarse la correspondencia casi exacta que existe entre los comentarios de los historiadores acerca de la vida política de los Teobaldos y los documentos recogidos por Martín González y García Arancón en dos colecciones diplomáticas diferentes pero relacionadas por la continuidad cronológica que presentan. La coincidencia de las fechas ofrecidas por los historiadores y las que aparecen en los diplomas es, pues, evidente, con excepción de algunas en concreto que hemos comentado detenidamente al no ajustarse, desde nuestro punto de vista, a los comentarios de los historiadores.

Francia y de Navarra por su mujer Juana, aunque jamás viaje allí"³⁴. Esta situación se mantuvo durante los últimos decenios del siglo XIII y principios del XIV, hasta la muerte de Juana I en 1305, es decir, hasta el período de tiempo que abarcan nuestros documentos.

Algunas de estas noticias históricas relacionadas con las posesiones territoriales de los diferentes reyes de Navarra permiten conocer con exactitud el área geográfica en que deben encuadrarse las dataciones tópicas mencionadas en los diplomas estudiados.

De este modo, se observa que casi todos los documentos cuyo lugar de redacción parece estar relacionado con Navarra, pertenecen a las cancillerías de los dos monarcas de la dinastía de Champaña, Teobaldo I y Teobaldo II, es decir, que fueron redactados entre 1234 y 1270.

En esta época las fronteras navarras estaban total y claramente establecidas, lo cual significa que el reino poseía por entonces una configuración geográfica estable, existente ya desde hacía algún tiempo. De esta forma, no es necesario plantearse si las localidades mencionadas como lugares de redacción en los documentos pertenecían a Navarra, o, por el contrario, formaban parte de las posesiones territoriales de otro núcleo de dominio hispano, y ello porque la frontera navarro-aragonesa había quedado establecida mucho antes, y las tierras que habían pasado a manos castellanas lo habían hecho también con antelación, es decir, durante el período de tiempo anterior al reinado en Navarra de la casa de Champaña.

Por otro lado, en nuestra opinión sería coherente añadir a la relación de localidades navarras, las situadas Tras-los-Montes, esto es, en la Navarra francesa, o la Baja Navarra tal como se denomina actualmente, puesto que estos lugares estuvieron

³⁴ LEROY, B., *op. cit.*, p. 46.

vinculados a lo largo de la Edad Media con el Reino de Navarra. Esta unión acabó en 1607, fecha que trajo consigo la secesión de estos territorios galos y su incorporación oficial a la corona francesa, en el gobierno de Bearn, al convertirse Enrique de Navarra en rey de Francia y trasladarse así con su corte desde Saint-Jean-Pied-de-Port a París.

Igualmente, en este mismo apartado podemos recoger otra relación de dataciones tópicas perteneciente a la geografía de Francia, que englobaría tanto la serie de lugares encuadrados en los dominios franceses de la dinastía de Champaña, donde estos reyes pasaron largas temporadas, como la de aquellos otros puntos con los que entraron en contacto, bien con motivo de alguna visita, o bien porque estuvieron de paso en ellos durante alguno de sus viajes incentivados por las cruzadas a Tierra Santa.

DOCUMENTOS REDACTADOS EN LOS DOMINIOS NAVARROS PROPIAMENTE DICHOS

Veamos todo esto paso a paso. En primer lugar, vamos a centrarnos en el análisis comentado de todas aquellas datas tópicas que han de considerarse como propiamente navarras, pero no sólo las de los documentos escritos a partir de 1234, sino también las de otros que se redactaron algunos años antes. Nos referimos a lugares como los que mencionamos a continuación.

Tudela, conquistada para los navarros ya en 1119 según Ubieta Arteta, o en 1121 en opinión de Leroy. Con anterioridad se creía que la fecha de la conquista de Tudela por Alfonso el Batallador era, según Yanguas y Miranda³⁵, la del año 1114, es

³⁵ YANGUAS Y MIRANDA, J., *op. cit.*, t. III, p. 88.

decir, cuatro años antes de tomar Zaragoza pero Lacarra³⁶, asombrado por el hecho de que no se hiciera alusión a la ciudad de Tudela antes de 1119, se propuso revisar las fechas de los fueros de Tudela, así como la de la ocupación de la ciudad por el Batallador, y los nombres de los primeros señores de Tudela, para averiguar con exactitud el año en que se conquistó este lugar, y gracias a todas estas claves llegó a la conclusión de que había que retrasar la fecha al menos al año 1119.

En Tudela se redactaron cuatro documentos recogidos en "*El Libro Becerro*" del Monasterio de Sta. María de La Oliva³⁷, entre 1134 y 1162³⁸.

Recordemos que en 1134 se produce la separación de los Reinos de Navarra y Aragón, con el nombramiento como rey de Navarra de García Ramírez el Restaurador. Con anterioridad, el rey navarro-aragonés Alfonso I el Batallador había eliminado todo tipo de fronteras entre los dos reinos por lo que si los documentos de 1134 se redactaron antes de la muerte del Batallador debemos entenderlos como propios de la zona navarro-aragonesa sin ningún tipo de especificación. Esta situación se alargó hasta 1135 cuando el Restaurador y el rey de Aragón Ramiro II el Monje intentaron establecer las viejas fronteras entre los dos reinos, primero con el pacto de Vadoluengo (desde enero hasta mayo de 1135) que establecía la pertenencia de Tudela a Navarra, y, después, tras la ruptura de este pacto, al dejar por sentado definitivamente la distribución territorial, por la cual Tudela iba a continuar bajo dominio navarro a partir de ese momento y durante los reinados posteriores de los sucesores del Restaurador.

³⁶ LACARRA, J. M., "La fecha de la conquista de Tudela", *Príncipe de Viana*, XXII, Pamplona, Diputación Foral, Institución Príncipe de Viana y Consejo de Cultura de Navarra, 1946, pp. 45-54.

³⁷ MUNITA LOINAZ, J. A., *op. cit.*

³⁸ Concretamente los documentos nº 2 (1134), 3 (1150), 6 (enero de 1157) y 7 (enero de 1162).

Además, disponemos de otros diplomas redactados también en Tudela, y pertenecientes igualmente al Reino de Navarra porque forman parte de las colecciones de los dos reyes de la casa de Champaña, concretamente nos referimos a cuarenta y cuatro documentos de la época de Teobaldo I que abarcan desde agosto de 1234 hasta octubre de 1251 y a otros nueve diplomas de la cancillería de Teobaldo II cuyas fechas oscilan entre el mes de agosto de 1253 y el de noviembre de 1270³⁹.

Al igual que estos diplomas, se incluyen asimismo en el Reino de Navarra los redactados en Pamplona y distribuidos entre la colección diplomática de Teobaldo I, a la que pertenecen catorce documentos de entre el 18 de mayo de 1234 y el 30 de marzo de 1253, y la colección de Teobaldo II, en la que hay doce documentos cuyas fechas van desde el 25 de noviembre de 1253 hasta el 9 de julio de 1269.

En el "*Libro Becerro*" también encontramos dos documentos redactados en Pamplona, que presentan las datas crónicas del 3 de abril de 1281, y del 1 de agosto del mismo año. Estas fechas los sitúan en el reinado de Juana I (1274-1305) en el cual Pamplona pertenecía todavía al dominio navarro.

Un caso parecido es el de los documentos redactados en Estella también durante el siglo XIII, de ahí que esta población se incluya en Navarra; nos referimos a diecinueve diplomas relacionados con Teobaldo I y compuestos entre el 18 de julio de 1234 y el 26 de junio de 1253, así como a trece documentos del reinado de Teobaldo II, escritos entre el 6 de diciembre de 1255 y el 25 de septiembre de 1269 y, por último, a tres escrituraciones del "*Libro Becerro*" una del 25 de septiembre de

³⁹ Los cuarenta y cuatro documentos pertenecen a la colección de diplomas de Teobaldo I (MARTÍN GONZÁLEZ, M., *op. cit.*), y los otros nueve a la de Teobaldo II (GARCÍA ARANCÓN, M. R., *op. cit.*).

1269 y las otras dos del 24 de enero de 1298 y del 28 de abril de 1299 respectivamente, la primera redactada en época de Teobaldo II, y las dos últimas siendo reina de Navarra Juana I, por ese motivo todas se incluyen en la zona de dominio navarro.

En el mismo "*Libro Becerro*" se encuentran recogidos además otros documentos que deben considerarse navarros porque fueron redactados uno de ellos en Rada, el 29 de marzo de 1291 durante el reinado de Juana I, y el otro en Ujué el 11 de junio de 1230, fecha en que Sancho VII el Fuerte ocupaba el trono navarro, y bajo cuyo mandato ya hemos visto que el Reino de Navarra estaba plenamente configurado desde el punto de vista geográfico.

La serie de localidades que señalamos a continuación forma parte así mismo del Reino de Navarra, puesto que los documentos que en ellas se redactaron presentan unas fechas que coinciden con los reinados de Teobaldo I y de su hijo. Son las siguientes:

De Olite tenemos quince diplomas de entre el 19 de septiembre de 1236 y el 4 de mayo de 1248, y otros seis del 23 de enero de 1254 al 3 de septiembre de 1264, recogidos en las colecciones de Teobaldo I y II respectivamente.

Sangüesa, de la que se dice que la fundó el rey Alfonso el Batallador en 1132, o más bien que la trasladó a paraje más llano cerca de Rocafort⁴⁰, presentó algunos problemas en cuanto a su posesión en el siglo XI porque, al cerrar el paso a la expansión aragonesa por el curso del río Aragón, Ramiro I intentó arrebatársela al rey pamplonés García de Nájera, de quien era propiedad en un principio, como lo demuestra el hecho de que en junio de 1040 diera Sangüesa en arras a la reina Estefanía juntamente con Nájera. Posteriormente, Sancho de Peñalén entregó esta localidad al aragonés Ramiro I, entre los meses de

⁴⁰ Yanguas y Miranda, J., *op. cit.*, t. III, p. 13.

mayo de 1063 y febrero de 1064, noticia que conocemos gracias a la mención que aparece en algunos documentos acerca de la presencia de tenentes de Aragón en Sangüesa como Fortún Sánchez, según Ubieta Arteta⁴¹.

Por el pacto de Vadoluengo (1135), entre el Restaurador y Ramiro el Monje, Sangüesa pasó a poder de Aragón, pero cuando el pacto se rompió -en mayo de 1135- volvió a manos navarras definitivamente. De ahí que, atendiendo a sus fechas de redacción, incluyamos también en el Reino de Navarra los documentos de nuestro corpus escriturados en Sangüesa ya que tres de ellos fueron redactados entre el 10 de noviembre de 1236 y el 31 de diciembre de 1247 y las datas de los otros tres oscilan alrededor del 10 de febrero de 1254 y el 7 de febrero de 1264, los primeros de la cancillería de Teobaldo I y los últimos de la de Teobaldo II.

De Puente La Reina tenemos dos documentos, escritos durante el reinado de Teobaldo I, del 16 de marzo de 1235 y del mes de abril de 1237, y otros dos del reinado del hijo de éste, del 18 de agosto de 1264 y del 13 de octubre de 1264 más concretamente.

En Urdax se redactaron dos documentos, relacionados con Teobaldo I, cuyas fechas son las del 31 de octubre de 1248 y 23 de marzo de 1249, y otro del período de Teobaldo II del 31 de diciembre de 1264.

De la cancillería de Teobaldo I y, por lo tanto, también navarros, son los documentos que se redactaron en Monreal (un documento del 13 de febrero de 1237), Acedo (un doc. de junio de 1239), Peralta (un doc. del 24 de octubre de 1244), Fontellas (dos docs. del 21 de febrero de 1245), Larraga (un doc. del 3 de marzo de 1253), Artajona (un doc. del 26 de julio de 1251), Abarzuza (un doc. del 16 de mayo de 1251); Ochagavía (un doc.

⁴¹ UBIETO ARTETA, A., *op. cit.* en la n. 24, p. 193.

del 21 de octubre de 1248), Mendavia (un doc. del 17 de enero de 1249), y Cizur (dos docs. del 12 y del 19 de marzo de 1249 respectivamente).

Disponemos también de otra serie de documentos redactados en diferentes lugares de Navarra durante el período de tiempo que duró el reinado de Teobaldo II; los lugares a que nos referimos son:

Monteagudo (un doc. del 9 de abril de 1254), Roncesvalles (tres doc. que van desde el 13 de enero de 1256 hasta el 10 de octubre de 1269), Villafranca (un doc. del 5 de febrero de 1264) y Tiebas (un doc. del 6 de octubre de 1269).

Por último, debemos incluir en este apartado un lugar de redacción que, aunque en la actualidad forma parte del País Vasco, perteneció a Navarra durante el siglo XIII y buena parte del XIV, se trata de Laguardia. Allí se llevó a cabo la escrituración de un documento el 19 de septiembre de 1243, que se incluye en la colección diplomática de Teobaldo I.

Laguardia, que actualmente se encuadra en la provincia de Álava, formó parte de las posesiones territoriales navarras ya que estaba emplazada en la región de Sonsierra, una de las escasas áreas que pudo mantener Sancho VII el Fuerte de Navarra tras la pérdida de Álava y Guipúzcoa en el año 1200, en beneficio de Castilla y esta región de Sonsierra siguió perteneciendo al reino navarro a lo largo de todo el siglo XIII, bajo el cetro de los monarcas de la casa de Champaña y aún durante parte del siglo XIV hasta que acabó incorporándose a Álava por esas fechas.

Por lo tanto, puesto que el documento que nos ocupa se redactó en Laguardia a mediados del siglo XIII, debemos entenderlo como uno más de los documentos propiamente navarros y por ello lo situamos en este apartado.

DOCUMENTOS REDACTADOS EN LA NAVARRA DE ULTRAPUERTOS

A continuación, vamos a señalar otros lugares de redacción documental situados esta vez Tras-los-Montes, es decir, en las tierras de Ultrapuertos que pertenecieron al Reino de Navarra durante buena parte de la Edad Media. En estos lugares no ha de descartarse la posibilidad de encontrar al lado de características navarras, otras propias del gascón, tanto en la lengua como en las costumbres, pero, aun a pesar de esto, hay que catalogarlos como enclaves navarros debido a su vinculación social, política y territorial con este reino al que pertenecieron hasta principios del siglo XVII. Además, ha de tenerse en cuenta que la mayoría de notarios que escrituran en estos lugares se encontraban allí desplazados, formando parte de la comitiva real que acompañaba al monarca en sus desplazamientos y estancias, pero son casi todos de origen navarro, tal como hemos tenido la ocasión de comprobar en el capítulo dedicado al estudio del notariado.

Lugares propios de la Navarra de Ultrapuertos en los que se escrituraron algunos de los documentos de nuestro corpus son San Juan de Pie de Puerto, pueblo capital de la Baja Navarra (un doc. del 21 de septiembre de 1237, y otro del 20 de septiembre de 1266), San Miguel de Cisa (un doc. del 10 de septiembre de 1266) y Ostabat (un doc. del 12 de octubre de 1269).

DOCUMENTOS REDACTADOS EN FRANCIA, RELACIONADOS EN SU MAYORÍA CON LA DINASTÍA CHAMPAÑESA DE NAVARRA

Vamos a ocuparnos ahora de los documentos que se redactaron en algún punto del territorio francés. Señalaremos, por tanto, unos cuantos lugares pertenecientes a la geografía francesa medieval pero también actual, esto es, que siguen formando parte de las propiedades territoriales del país vecino.

Concretamente nos centraremos no sólo en los lugares enclavados en los condados de Champaña y Brie, sino también en otros, distribuidos por buena parte de la geografía gala, ya que, si bien los dos Teobaldos pasaron largas estancias en sus dominios champañeses, no desaprovecharon ninguna ocasión de las que se les brindaron para visitar cualquier rincón de Francia, dadas sus estrechas relaciones con los monarcas de este país y los continuos viajes con escalas obligadas en él.

Por lo tanto, los documentos expedidos por las cancillerías de los reyes de la casa de Champaña, en puntos de la geografía francesa actual se distribuyen como sigue.

Ustaritz (un doc. del 1 de enero de 1265), Bayona (un doc. del 30 de abril de 1238), Dax (un doc. del mes de febrero de 1256), Belin (un doc. del 16 de octubre de 1269), Lusignan (un doc. del 25 de octubre de 1269), Troyes (un doc. del 11 de abril de 1270), Gemeaux (lugar al que nos referiremos en el siguiente apartado, un doc. del 17 de abril de 1270), Aix-en-Provence (un doc. del 7 de junio de 1270), Saint Denis (un doc. del 11 de marzo de 1267), Saint-Jean d'Angely (un doc. del 29 de abril de 1254), Lachy⁴² (dos docs. del 1 de septiembre de 1259 ambos), La Roche (Marsella) (dos docs. del 2 y del 4 de

⁴² Lachy es un municipio de Francia que está a 124 m. de altura y pertenece al Departamento del Marne, dist. de Epernay. Dista solamente 6 km. de Sezanne (*Enciclopedia Universal Ilustrada Euroamericana*, t. XXIX, Madrid-Barcelona-Bilbao, Espasa-Calpe, 1908-1983, p. 180).

julio de 1270 respectivamente), París (un doc. del 4 de abril de 1250 y otros dos docs. del 5 de diciembre de 1267 y del 15 de marzo de 1269). También disponemos de otros documentos recogidos en *"El Libro Becerro"* y redactados, uno en Cluny (el 10 de febrero de 1132) y otros diez en Lyon (entre el 5 y el 20 de septiembre de 1249).

En cuanto a las características lingüísticas que pueden tener los documentos redactados en estos lugares hay que tener en cuenta también, al igual que en el caso del apartado anterior, el origen navarro de la mayor parte de escribanos y notarios a quienes se deben las escrituraciones.

ALGUNAS DATACIONES PROBLEMÁTICAS: (CIRCA), GEMEAUX Y SAN MIGUEL DE CISA

Dentro de este apartado y, a pesar de haberlas incluido ya en apartados anteriores, nos vemos en la necesidad de insistir por un lado en la localización de algunas dataciones en principio problemáticas por diversos motivos y, por otro lado en la de presentar para su esclarecimiento algunas consideraciones reveladoras. Nos referimos en primer lugar a una especificación que parece ser una data de lugar, pero que debemos interpretarla de otra manera: (Circa), y, en segundo lugar, a dos dataciones tópicas concretas con algunas dificultades de localización que forman parte de la geografía francesa actual, pero que estuvieron relacionadas con Navarra, al menos una de ellas y que son Gemeaux y San Miguel de Cisa.

Empecemos con (Circa). Dentro de la colección diplomática de Teobaldo I se encuentra un documento redactado en 1234 cuya localización resulta en principio, como ya hemos dicho, problemática si tenemos en cuenta que la

editora presenta en el espacio que reserva al lugar de redacción la siguiente indicación: "(Circa)"⁴³, aunque ésta debe interpretarse en relación con la datación temporal y no con la espacial.

Otra datación dudosa es la de Gemeaux. En la colección diplomática de Teobaldo II, García Arancón presenta un documento escrito el 17 de abril de 1270 en Gemeaux⁴⁴ y no en Nîmes como parece desprenderse del texto documental. La razón se debe a que esta autora considera que el itinerario del monarca demuestra la imposibilidad de que estuviera en Nîmes

⁴³ En el texto del diploma no aparece mención alguna a su lugar de composición, y no existe en las fuentes consultadas ninguna noticia de una localidad que reciba o haya recibido este nombre. Pues bien, la solución a este problema es bastante sencilla, a pesar de que las primeras pesquisas realizadas para averiguar a qué se refiere la editora nos llevarán a suponer que el documento debió de redactarse si no en los alrededores de Cortes, sí al menos en territorio navarro, atendiendo fundamentalmente a dos hechos, por un lado, al asunto del que trata el documento que no es otro que la memoria de las pechas que suelen pagar al rey los moros de Cortes y, por otro, a la consideración de que *Circa* como adverbio es un latinismo que significa "alrededor" o "alrededores", y serviría a Martín González para hacer una referencia lo más concreta posible al lugar en que se escribió el texto ante la dificultad de averiguar la datación tópica exacta. Sin embargo, lo cierto es que, como ya hemos adelantado, este problema se resuelve fácilmente si tenemos en cuenta que la editora ha utilizado la forma latina *circa* con el significado de "alrededor", o mejor aún, con el de "aproximadamente", pero no para referirse a la data tópica, sino a la cronológica, es decir, que lo que pretende puntualizar con este adverbio es la fecha aproximada de redacción del documento en el que aparece la indicación. De este modo, pues, debemos entender que el vocablo *circa* suple la falta de data crónica y sirve para fechar el escrito hacia 1234. La confusión deriva de la colocación de esta forma latina en el espacio reservado en otros documentos para la data tópica, sin embargo, insistimos, debe ser aplicada a la fecha y no a la localización espacial.

⁴⁴ La localización espacial de este lugar que, a simple vista, y por su apariencia gráfica, parece pertenecer al territorio francés desde un punto de vista geográfico, presentó una serie de dificultades que intentamos superar desde varias perspectivas. En primer lugar, al acudir al texto, nos encontramos con un hecho sorprendente ya que es el propio documento el que ofrece la indicación precisa de su lugar de redacción de la siguiente manera: "*Datum de mandato regis apud ciuitatem Neumasensem...*" Actualmente, su traducción es la de Nîmes. Por esta razón, a simple vista, y teniendo en cuenta la posibilidad de que Teobaldo II se encontrara en un punto próximo a la costa mediterránea francesa (como por ejemplo Nîmes), con motivo de la cruzada que emprendió por las mismas fechas en que se redactó el documento que nos ocupa, parece lógico suponer que la escrituración se pudo haber llevado a cabo en este lugar, es decir, en Nîmes. Sin embargo, el hecho de que García Arancón haya señalado como lugar de redacción otro diferente a Nîmes, concretamente Gemeaux, pasando por alto las suposiciones que acabamos de comentar y que parecen obvias y clarificadoras ya que la indicación de su lugar de redacción la ofrece el propio texto documental en su escatocolo, hace que nos planteamos si la editora está de acuerdo con la data tópica ofrecida por el documento, o, por el contrario, considera que se escribió no en Nîmes, sino en ese otro lugar que se llama Gemeaux, según indica en el espacio en que adelanta las dataciones de lugar de cada documento.

el día en el que se redactó el escrito, mientras que es muy posible que pernoctara en Gemeaux⁴⁵, feudo de Teobaldo II como conde de Champaña, situado entre Chaumont-en-Bassigny y Thil Châtel, lugares en los que hizo escala en su viaje a la cruzada⁴⁶.

La otra datación tópica que resulta bastante conflictiva es la del documento nº 54 de la colección diplomática de Teobaldo II también, escrito el 10 de septiembre de 1266 en San Miguel de Cisa⁴⁷, según adelanta la editora.

Lacarra y otros autores⁴⁸, al repasar las rutas que seguían los peregrinos para llegar a Santiago de Compostela, y más específicamente un tramo del camino de Santiago, el que partía de Ultrapuertos (desde Ostabat a Roncesvalles), identifica San Miguel de Cisa con la villa que fue encomienda de Roncesvalles y que pasó a denominarse San Miguel el Viejo tras la formación de un barrio de igual nombre dentro de la villa de San Juan de Pie de Puerto. Concretamente dice que "en la antigua villa Sancti

⁴⁵ En el Gran Atlas de Navarra se presenta un mapa muy detallado y minucioso de los dominios de los condes de Champaña, en el cual aparecen señalados todos estos lugares especificando su vinculación con el condado. (MARTÍN DUQUE, A. J. (dir.), *Gran Atlas de Navarra. II. Historia*, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1986, p. 83).

⁴⁶ Esta identificación de *civitatem Nemausensem* con Gemeaux está argumentada en la tesis de la editora de la colección diplomática de Teobaldo II, es decir, GARCÍA ARANCÓN, M. R., *Teobaldo II*, Pamplona, Mintzoa, 1986, pp. 198-200.

⁴⁷ Sólo nos ha resultado posible encontrar alguna noticia de "Cisa" o de las "tierras de Cisa" en una vasta colección que recoge una extensa serie de referencias a documentos navarros medievales (desde el año 842 al 1535). CASTRO, J. R., *Catálogo del Archivo General. Sección de Comptos. Documentos*, Tomos I-XXXVIII (Años 842-1331), Diputación Foral de Navarra, Aramburu, 1952-1964. IDOATE, F., *Catálogo del Archivo General. Sección de Comptos. Documentos*, Tomos XXXIX-LII (Años 1258-1535), Diputación Foral de Navarra, Aramburu, 1965-1974. Sin duda, San Miguel de Cisa pertenecía a Navarra y, más concretamente, se encontraba localizado en la Navarra de Tras-los-Montes, o de Ultrapuertos; y ello porque entre las múltiples referencias que se hacen en muchos de los documentos de este *Catálogo del Archivo General de Navarra* a las "tierras de Cisa", a las "gentes de Cisa", o simplemente a "Cisa" -aunque nunca se mencione a San Miguel de Cisa como tal (sólo a un lugar llamado San Miguel el Viejo)-, hay algunas especialmente reveladoras que, al establecer una relación entre las tierras de Cisa y Ultrapuertos, inducen a la creencia de considerar que esta región formaba parte de la Navarra de Tras-los-Montes cuya localidad principal era San Juan de Pie de Puerto.

⁴⁸ VÁZQUEZ DE PARGA, L., LACARRA, J. M., y URÍA RÍU, J., *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, t. II, Madrid, CSIC, 1949.

Michaelis, que corresponde a San Miguel el Viejo, inicia *La guía de los Peregrinos* las etapas españolas del camino de Santiago⁴⁹.

Por lo tanto, San Miguel de Cisa se corresponde con el actual término de Saint Michel, situado al S.E. de Saint Jean-Pied-de-Port. Esta villa está situada efectivamente en la tierra de Cisa, uno de los valles que en la Edad Media componían las tierras navarras de Ultrapuertos, más tarde denominadas Baja Navarra, y que en la actualidad forman parte del Departamento francés de Pirineos Atlánticos, de ahí que aparezca recogido en atlas recientes de geografía francesa. Por ello, situamos en nuestro mapa de la Navarra medieval este término de San Miguel de Cisa un poco al S.E. de San Juan de Pie de Puerto, puesto que ésta es su ubicación exacta.

6.3.3. REINO DE CASTILLA. REVISIÓN DE SUS PROPIEDADES TERRITORIALES. SU EXPANSIÓN TERRITORIAL. ÁREAS INCORPORADAS: LEÓN, LA RIOJA Y EL PAÍS VASCO. SITUACIÓN DOCUMENTAL

Si hasta aquí hemos fijado la atención en el período temporal centrado sobre todo en el espacio cronológico que abarcan las fechas de los documentos que, de un modo u otro, mantuvieron algún tipo de relación con el reino navarro, vamos a ocuparnos a continuación y de una manera muy semejante, del Reino de Castilla. El propósito, en esta ocasión, es idéntico al anterior, averiguar la ubicación precisa de cada uno de los lugares en que se escribieron, durante ese mismo lapso de tiempo, otros tantos documentos de nuestro corpus que muestran ahora algún tipo de conexión con el área castellana, bien porque formaron parte de ella desde los orígenes, bien

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 75-77.

porque se incorporaron a las posesiones de esta corona a lo largo del medievo.

Concretando aún más, es al período temporal que comprende los siglos XI al XIII al que vamos a dedicar plena atención, debido a que la inmensa mayoría de textos documentales que forman parte del corpus, se escribió durante estos años.

Además, por otro lado, atendiendo a la estrecha relación que existió entre el Reino de León y el de Castilla a lo largo de toda la Edad Media, vamos a ocuparnos también del reino leonés cuya trayectoria político-territorial corrió paralela a la del reino castellano, ya que, siguiendo un movimiento pendular, León fue incorporado a Castilla en unas cuantas ocasiones, y en otras tantas se mantuvo como un reino independiente, hasta que en 1230 se llevó a cabo la unión definitiva de ambos reinos.

La historia del País Vasco estuvo igualmente relacionada con el ámbito de dominio castellano durante todo el medievo. Por ello, en este apartado se revisarán, asimismo, si es oportuno, las particularidades territoriales y políticas vividas por esta área peninsular ésta última que formó parte del condado de Castilla hasta el siglo X, y al que acabó incorporándose a finales del siglo XII cuando era ya un reino plenamente constituido.

No pretendemos ocuparnos de los orígenes remotos de la formación del reino castellano, únicamente de algunas cuestiones relacionadas con sus posesiones territoriales y las noticias históricas que las acompañan.

Así pues, la expansión territorial castellana se vio en parte frenada cuando, al morir en 1109 Alfonso VI, algunas posesiones de Castilla pasaron a manos del rey navarro-aragonés Alfonso el Batallador. Como afirma D. Catalán, con Alfonso I "los territorios un tiempo atrás navarros, «de rivo Iberi usque circa civitatem de

Burgos» (como los definirá la *Crónica de San Juan de la Peña*) volverán a formar parte del reino navarro-aragonés". Y, además, añade que "en los años siguientes, la reina doña Urraca se conforma con el título de reina de Galicia y León, mientras el «imperator» Alfonso dice ser rey de Castilla y Aragón. Toledo y Extremadura se incluyen también en los dominios de Alfonso I", quien "aprovecha estos años que preceden al cerco de Zaragoza para dejar sus dominios occidentales perfectamente organizados en manos de tenentes de confianza (1116-1117). Navarra recobra así, por obra de Alfonso, sus límites de tiempos de Sancho el Mayor y, con ellos, una Extremadura propia"⁵⁰.

La necesidad de señalar el reino o, incluso, en la mayoría de los casos, los reinos a los que pertenecieron los lugares que fueron focos de las redacciones de nuestros documentos, se debe a intención de situar correctamente las dataciones tópicas de los textos en el área geográfica con la que estaban vinculados en el momento de su elaboración, por la influencia que el ámbito diatópico-lingüístico pudiera haber tenido, como portador de ciertos rasgos de lengua propios, tales como arcaísmos, dialectalismos, etc., que germinaron en él.

⁵⁰ CATALÁN, D., *art. cit.*, p. 110. Tal como sostiene este autor, "el reino de Alfonso I era una creación demasiado personal para que pudiera resistir el doble golpe representado por la muerte del rey (7 de septiembre de 1134) y su singular testamento en que hacía únicas herederas a las órdenes militares. La restauración en tierras navarras de un reino independiente del de Aragón, por un nieto del «ihante» don Sancho y del Cid, y la voluntad de los aragoneses de mantener una dinastía propia, simbolizada por el rey-monje, convirtieron inmediatamente a Alfonso VII en árbitro de las tierras conquistadas o repobladas por el rey «Batallero». Toledo volvió a ser el centro de gravedad de la Península, y la geo-política de Hispania vino a tomar como modelo la de tiempos de Alfonso VI". Y, además, añade "aunque el emperador, que afirmaba sus derechos en toda España, se contentó a la larga con el señorío indirecto del nuevo Reino de Zaragoza (en el que se incluyó, no sólo la depresión del Ebro, sino la región de Calatayud y Daroca), desde muy pronto consideró anexionables a sus dominios tanto el señorío najerense como la Extremadura del alto Duero; Inicialmente, García Ramírez había sido reconocido rey en Nájera; pero en seguida tuvo que entregarla al Emperador. La suerte de Soria y demás poblaciones de la comarca tardó algo en decidirse, pues la ocupación de Zaragoza por Alfonso VII creó un continuo de tenencias imperiales desde la Extremadura castellana hasta Belchite" (CATALÁN, D., *art. cit.*, pp. 116-117).

Sin embargo, la distribución de las diferentes áreas relacionadas con los dominios castellanos no es sencilla puesto que nos estamos enfrentando a un problema que requiere, en primer lugar, un planteamiento inicial⁵¹.

En este apartado dedicado a los Reinos de Castilla y de León, se incluirá tanto la Rioja y el País Vasco como Palencia y Valladolid como parte de Castilla, sobre todo en estos dos últimos casos con respecto a algunos documentos claramente castellanos no sólo por sus fechas de redacción, sino también por sus características lingüísticas.

En cuanto a los documentos leoneses, aunque sus fechas de redacción los ubiquen desde un punto de vista político o territorial ya en el ámbito geográfico leonés, ya en el castellano, ha de considerarse que la castellanización progresiva no pudo verse interrumpida por lo que sus características lingüísticas serán las del área castellana, mientras que de la leonesa sólo haya podido quedar alguna influencia.

Así, en primer lugar, consideramos a los textos escritos antes de 1037, como propiamente leoneses, ya que hasta esta fecha no existió ningún lazo de unión entre los Reinos de Castilla y León.

Pero estimaremos ya como castellanos los documentos que se redactaron entre 1037 y 1065, es decir, durante los años que duró la primera unión de estos reinos, bajo el cetro de Fernando I, aunque sin olvidar que su padre Sancho el Mayor de

⁵¹ De ello se percató ya Menéndez Pidal al sostener que, con respecto a la "dificultad de agrupación que ofrecen las regiones que Castilla adquirió a expensas de León y de Navarra (...) cabe la duda de si habremos de considerar incluidas aquellas regiones en el reino de que formaron parte primero, o en el de Castilla". De este modo, aunque fue consciente de que estaba utilizando un "criterio inconsecuente" según sus propias palabras, resolvió, y creemos que lo hizo con mucho acierto, que hay que considerar a "la Rioja como región castellana, pues aunque no lo fue en sus orígenes, lo fue desde el tiempo de los más antiguos documentos romances, y hoy es siempre mirada como parte de Castilla la Vieja; en cambio, la tierra de Campos (Palencia) y sus limítrofes, aunque fueron de Castilla desde el tiempo de los más antiguos documentos romances, no las incluiremos como región castellana, pues no lo eran en su origen y hoy son miradas como parte del Reino de León" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 12).

Navarra ya había tenido oportunidad, anteriormente, de extender sus dominios por León.

A partir de este momento en el que se inicia la castellanización, los documentos han de considerarse vinculados ya lingüísticamente a Castilla, aunque desde el punto de vista de la posesión territorial pertenezcan alternativamente a León y a Castilla. Es decir, serían leoneses, aunque sólo política o territorialmente, todos aquellos documentos que se compusieron entre 1065 y 1072, esto es, desde la muerte de Fernando I que trajo consigo otra vez la separación de ambos reinos al dividir sus estados entre sus hijos, hasta el año en que Alfonso VI, rey de León, heredó el reino castellano, tras la muerte su hermano Sancho II de Castilla. En cambio, como León y Castilla se unieron de nuevo con Alfonso VI desde 1072 hasta la muerte de Alfonso VII en 1157, los documentos elaborados en esta época pertenecen al ámbito castellano. En 1157, al morir Alfonso VII y dividir sus dominios entre sus descendientes, se produjo la última separación de Castilla y León que duró hasta 1230, año en que Fernando III reunió definitivamente ambos reinos, como hijo que era de un rey leonés y de una reina castellana. Así, todos los textos cuya data crónica oscile entre 1157 y 1230 serían leoneses, aunque únicamente desde la perspectiva territorial o política no lingüística, mientras que todos los que se redactaron a partir de 1230 forman parte del área castellana desde las perspectivas territorial y lingüística.

Todo esto podría resumirse diciendo que los documentos escritos en tierras originariamente leonesas hay que entenderlos como propios del Reino de León si son anteriores a 1037. A partir de ese año, al iniciarse la castellanización lingüística, han de considerarse castellanos, aunque política y territorialmente los redactados entre 1037 y 1230, pertenecieran unas veces al reino castellano y otras al leonés hasta que en esta última fecha León se incorporara definitivamente a Castilla.

DOCUMENTOS REDACTADOS EN EL REINO DE CASTILLA PROPIAMENTE DICHO

A continuación, vamos a señalar la ubicación espacio-temporal concreta de los diferentes lugares en que se llevó a cabo la redacción de todos los textos documentales de nuestro corpus relacionados geográfica y políticamente con el Reino de Castilla⁵².

En primer lugar, nos encontramos con tres diplomas⁵³ redactados en Burgos⁵⁴.

En sus orígenes, Burgos era un condado del Reino de León, pero ya en el siglo X pasó a formar parte del condado castellano al que perteneció hasta que el rey navarro-aragonés Alfonso el Batallador se apropió de él y lo retuvo, concretamente, hasta 1126. En esta fecha, Alfonso VII volvió a recuperar Burgos para los castellanos y a éstos perteneció definitivamente, excepción hecha del dominio que ejerció en 1162 Sancho VII de Navarra sobre los Montes de Oca, de los que se había adueñado aprovechando la minoría de edad de su sobrino, el rey castellano Alfonso VIII; pero finalmente este rey recobró en

⁵² Atendemos a algunas de las explicaciones y noticias históricas que ofrece Menéndez Pidal (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15).

⁵³ Un documento perteneciente a la colección del Concejo de Segura, escrito el 12 de mayo de 1290 (DÍEZ DE SALAZAR FERNÁNDEZ, L. M., *op. cit.*, p. 12); y otros dos del diplomatario de Salinas de Añana, elaborados el 10 de mayo de 1286 y el 7 de septiembre de 1293 (LÓPEZ CASTILLO, S., *op. cit.*, pp. 23-24 y pp. 25-26).

⁵⁴ Menéndez Pidal reserva el nombre de Burgos para "la parte central de la moderna provincia de Burgos; esto es, sus partidos de Castrogeriz, Burgos, Belorado y aquella parte del Lerma que no pertenece al obispado de Osma". También dice que "esta región no formaba parte de la Castilla primitiva; componíase de varios condados del Reino de León, como el de Cerezo y el de Burgos, repoblados y robustecidos por la reconquista algo después que el de Castilla, y sólo cuando se unieron a éste en la persona de Fernán González, a mediados del siglo X, recibieron también el nombre de *Castilla*, designándose entonces con el de *Castilla la Vieja* a la primitiva Castilla, la del Norte (Santander). Pero todavía a mediados del siglo XI, cuando ambas regiones siguieron una suerte política diferente, se recordaba la distinción arcaica de *Burgos* como región diferente de *Castilla*" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, pp. 193-194).

1177 la parte de Burgos que había sido desgajada de sus propiedades y la incorporó a la corona de Castilla otra vez.

Así, puesto que los tres documentos estudiados que están redactados en Burgos se sitúan cronológicamente en el siglo XIII, no hay duda de que están vinculados a Castilla ya que en esta fecha Burgos pertenecía a este reino sin duda alguna.

Disponemos, por otro lado, de dos diplomas⁵⁵ escritos en Oña⁵⁶.

Oña y Pancorbo se sitúan en la antigua Merindad de Bureba (de extensión casi igual al moderno partido de Briviesca), concretamente, en su extremo lindante con Castilla Vieja⁵⁷, otra de las merindades incluidas por Menéndez Pidal en la "Castilla del norte".

Como en el plano político toda esta región perteneció desde siempre tanto al condado como al Reino de Castilla, con la excepción del norte de Bureba y del monasterio de Oña, que formaron parte de las posesiones de Navarra entre 1035 y 1054, hay que señalar que el marco de los dos documentos del corpus escritos en Oña no es otro que el Reino de Castilla ya que sus fechas de composición, los años 1063 y 1102, así lo indican.

⁵⁵ Estos dos diplomas redactados en Oña han sido recogidos por Menéndez Pidal; uno tiene como fecha el 11 ó 14 de marzo de 1063 (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 14, pp. 38-39) y el otro es del año 1102 (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 65, nº 36).

⁵⁶ Oña la incluye Menéndez Pidal dentro de la *Castilla del norte*, denominación que utiliza "para designar la primitiva Castilla, considerando como tal el norte de la provincia de Burgos, con sus partidos de Villarcayo, Sedano, Villadiego, Briviesca y Miranda de Ebro". Añade, asimismo, que "en la primera mitad del siglo IX, esta región era la que únicamente se llamaba Castella (...). Pero en el siglo X ya se había extendido por el sur el nombre de la región, y entonces se hubo de llamar *Castella Vetula* o *Vetra*, a aquella primitiva Castilla, empleándose el nombre de Castilla para designar la región de Burgos que era ya más importante que la otra" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 62). Oña forma parte actualmente de la provincia de Burgos.

⁵⁷ Esta Merindad de Castilla Vieja en el siglo XIV comprendía desde las sierras de Oña y de Pancorbo (al sur del Ebro) hasta el mar de Laredo y Castro-Urdiales; quedaban dentro de la Merindad Frías, Miranda de Ebro y Bugedo, dejando fuera a Pancorbo y Oña" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 63).

Otro documento cuya redacción debió estar vinculada al área castellana es el que presenta como datación tónica Clunia o Coruña del Conde⁵⁸ y como data crónica el año 1030 aproximadamente⁵⁹.

Clunia fue poblada por el conde de Burgos Gonzalo Fernández en el año 912 y ha formado parte desde siempre del reino castellano.

Caso idéntico es el que presenta otro documento⁶⁰ del año 1011 escrito en Valpuesta, lugar igualmente perteneciente al Reino de Castilla ya en sus orígenes y, posteriormente, desde que Fernando I la incorporó en 1064-1065 a sus posesiones⁶¹. Pero conviene tener presente que con anterioridad a 1064 Valpuesta había estado bajo el dominio de Sancho III de Navarra, exactamente desde 1017, en que este rey recibió como vasallo a su joven cuñado, el conde García de Castilla, el cual, además, tras su muerte le dejó en herencia su condado.

Sin embargo, atendiendo a la fecha tan temprana en la que se redactó el texto que nos ocupa, así como al hecho de que Menéndez Pidal lo incluya dentro del apartado que dedica a los documentos de Castilla, no cabe ninguna duda a la hora de situar a Valpuesta dentro de los dominios castellanos en esta fecha de orígenes, es decir, en el año 1011.

⁵⁸ Menéndez Pidal recoge en el apartado que dedica a "Castilla-Osma" las tierras que comprendía el obispado de Osma. En el siglo X se llevó a cabo "la reconquista y repoblación de este territorio, que abarca Roa, Aza, Clunia, San Esteban y Osma" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 267).

⁵⁹ Este documento lo presenta Menéndez Pidal como de hacia el año 1030 (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 14, pp. 35-38). Clunia o Coruña del Conde es hoy parte también de la provincia de Burgos.

⁶⁰ Este documento escrito en Valpuesta el año 1011 lo recoge igualmente Menéndez Pidal (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 14, pp. 32-35). Valpuesta se encuadra también en la actualidad dentro de la provincia de Burgos.

⁶¹ Antes Valpuesta pertenecía al rey pamplonés Sancho de Peñalén, a quien se la arrebató su tío Fernando I de Castilla, junto con la Castilla Vieja y la actual Alava.

Lo mismo sucede con las Glosas que se escribieron en el Monasterio de Santo Domingo de Silos⁶².

En cuanto a la fecha de composición de estas Glosas, Díaz y Díaz, no de acuerdo con Menéndez Pidal, proponía como data crónica del texto el siglo XI y retrasaba la aparición de las Glosas hasta mediados de ese mismo siglo.

Silos, ciertamente, ha formado parte desde siempre del Reino de Castilla, por lo que toda manifestación textual escrita en este lugar, tal como ahora las Glosas y el texto en el que aparecen, debe considerarse como propia de este reino.

Otro diploma, que consideramos así mismo perteneciente al Reino de Castilla, es el que se redactó en Almazán el 11 de septiembre de 1234⁶³.

Almazán fue poblado por Alfonso el Batallador entre los meses de agosto y octubre de 1128, ya que este rey conservó en su poder las tierras de Soria hasta su muerte en 1134.

En cuanto a los orígenes de Soria, Menéndez Pidal entresacó del amojonamiento de 1016 que se trataba de una "ciudad limítrofe de Castilla, perteneciendo a Navarra hasta 1076 toda la tierra que se extiende al este del Duero"⁶⁴.

Desde 1076 hasta la época de este rey navarro-aragonés, Soria perteneció a Castilla. Pero el Batallador pudo apoderarse de ella y la mantuvo hasta su muerte; a partir de 1135 pasó a formar parte de Castilla, puesto que Ramiro I de Aragón la dio en vasallaje a Alfonso VII, el cual, ya en 1136, dominaba en Soria. Concretamente en 1136, "el obispo de Sigüenza cedió al de

⁶² Menéndez Pidal incluye a Silos en el apartado de "Castilla-Burgos" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15). Silos también pertenece a la actual provincia de Burgos.

⁶³ Almazán se sitúa dentro de la provincia de Soria actualmente. Este documento forma parte de la colección diplomática de Teobaldo I (MARTÍN GONZÁLEZ, M., *op. cit.*, pp. 33-35).

⁶⁴ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 267.

Osma la ciudad de Soria, que hallándose antiguamente en el límite de las tres diócesis de Tarazona, Osma y Sigüenza, había sido donada a ésta última por Alfonso VII en 1127. A cambio de Soria, el obispo de Osma cedió al de Sigüenza las tierras de Ayllón, Caracena, Berlanga y Almazán"⁶⁵.

El diploma que nos ocupa, escrito en Almazán en el siglo XIII, con más exactitud en 1234, quedaría al margen de todos estos intercambios, ya que, al ser de fecha tardía, hay que considerarlo como perteneciente también y sin ningún tipo de reservas al Reino de Castilla.

Próxima a Almazán se encuentra una localidad donde se escribió en 1220 otro documento estudiado en nuestro corpus⁶⁶, nos referimos a un lugar llamado San Leonardo, part. de El Burgo⁶⁷.

San Leonardo pertenece a las tierras de Soria, de ahí que entendamos este documento como propiamente castellano, puesto que ya hemos visto que Soria formaba parte de las posesiones de Castilla desde una época incluso bastante anterior a la redacción de este texto.

Asimismo, a primera vista, parece que pertenecen al Reino de Castilla las redacciones de dos documentos⁶⁸ que

⁶⁵ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 336.

⁶⁶ Este documento lo presenta Menéndez Pidal como uno más de los documentos hispánicos (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, pp. 276-277, n° 212).

⁶⁷ Menéndez Pidal coloca este documento con los que recoge bajo el epígrafe de "Osma". A propósito de Osma conviene añadir que al obispo de este lugar el Concilio de Husillos en 1088 no le dejó "sino desde Calatañazor, Espeja y el río Arandilla hasta el Duero; toda la parte noroeste de ese límite la adjudicó al obispado de Oca, recién trasladado a Burgos. Pero Osma tuvo esto por usurpación y reclamó ante el papa, siendo reintegrados en 1136 de toda la parte occidental desde el Arandilla hasta Roa, así como de la parte oriental a partir de Soria, que a su vez era reclamada por el obispo de Tarazona" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 267). San Leonardo pertenece actualmente a la provincia de Soria.

⁶⁸ Ambos documentos están extraídos de dos colecciones pidalianas. Uno redactado en Pámenes, en 1055 (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 14, pp. 30-31) y el otro, de 1191, se

presentan unas concretas localizaciones espacio-temporales. El primero es de 1055 y se escribió en Pámenes y el segundo se redactó en Anero el año 1191.

Fue el propio Menéndez Pidal quien ofreció las especificaciones más oportunas para poder ubicar estos dos lugares. De Pámenes dijo que se encontraba "en el término de Valdeprado, ayunt. de Pesaguero, part. de Potes (hoy es una pradería llamada Pámenes, situada en los montes que separan a Valdeprado de Lamedo)"⁶⁹. E hizo lo mismo en el otro caso "Anero, ayunt. de Ribamontán al Monte, part. de Santoña. Tiene iglesia parroquial de San Félix"⁷⁰. Sin embargo, estos dos documentos no pertenecen territorialmente al mismo reino sino que forman parte cada uno de ellos de un reino diferente. En primer lugar, Anero está vinculado al Reino de Castilla, como se deduce del hecho de que Menéndez Pidal incluya el documento cuya escrituración se llevó a cabo ahí como uno más de los que pertenecen a este reino y, concretando aún más, lo coloca en el apartado que dedica a "La Montaña"⁷¹. En cambio, Pámenes forma parte desde el punto de vista territorial del Reino de León puesto que está encuadrado en una región leonesa, La Liébana, que, aunque actualmente esté situada en la provincia de

escribió en Anero (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, pp. 16-17, nº 1). Estos dos lugares se sitúan en la actualidad dentro de la provincia de Santander.

⁶⁹ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 14, p. 30.

⁷⁰ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 16.

⁷¹ Es Menéndez Pidal quien explica como ese nombre comprende "toda la actual provincia de Santander, excepto la Liébana (...) región propia del Reino de León, y excepto Reinosa, que antiguamente iba unida a Aguilar de Campó". La Montaña, continúa diciendo, se divide en dos partes "la occidental se llama *Asturias de Santillana*, desde el Deva hasta la ría de Santander. La oriental es llamada *Asturias de Trasmiera* o Merindad de Trasmiera, desde la ría de Santander hasta la de Santoña, y más al oriente recibía el nombre de *Asturias de Laredo*". Y aún especifica más al decir que "a pesar de que las Asturias de Oviedo fueron siempre del Reino de León, las *Asturias de Santillana* siguieron políticamente la suerte de Burgos y, eclesiásticamente, pertenecieron a las antiguas diócesis de Valpuesta y Oca, y luego a su heredera, a la de Burgos". Además añade que "los condes castellanos eran también señores de las *Asturias de Trasmiera y de Laredo* (que en los siglos IX y X pertenecieron al Reino de León, no al de Navarra). Esta región estuvo sólo unos treinta años apartada de Castilla, durante la anexión de la parte nordeste del condado al Reino de Navarra, desde 1035 hasta hacia 1064 (...) después, Trasmiera y Laredo, continuaron siempre unidos a Castilla formando parte de la Merindad de *Castilla Vieja* en el siglo XIV" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, pp. 13-16).

Santander, no perteneció al área castellana a la que Menéndez Pidal da el nombre de "la Montaña". Esto queda plenamente confirmado gracias al hecho de que este autor incluya el documento redactado en Pámenes dentro de un apartado que dedica a los condados de Carrión, Monzón y Liébana⁷². Sin embargo, ha de tenerse en cuenta que a partir del año 1037 los documentos redactados en León pertenecen lingüísticamente al área castellana.

Otro documento que estaría vinculado al Reino de Castilla es el que se redactó en Cuéllar, el año 1221⁷³.

Cuéllar fue repoblado tardíamente por Alfonso VI. Menéndez Pidal especifica que entre los documentos del Reino de Castilla, éste que se escribió en Cuéllar pertenece a la zona castellana a la que denomina "Segovia y Ávila"⁷⁴.

También hemos estudiado cuatro diplomas⁷⁵ cuya data tónica es la de Toledo, los dos primeros son del año 1194, y los otros dos restantes de 1259.

⁷² MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 14.

⁷³ Perteneció a una de las colecciones documentales pidalianas. Sus datas tónica y crónica son Cuéllar, año 1221 (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 314, n.º 236) Hoy en día Cuéllar es de la provincia de Segovia.

⁷⁴ Dice de nuevo Menéndez Pidal que "entre las ciudades despobladas por Alfonso I hacia 754, se cuentan Ávila y Segovia, cuyo territorio se volvió a repoblar aunque penosamente, en el siglo X. La repoblación no fue eficaz hasta el siglo siguiente en que Alfonso VI pobló a Ávila, Arévalo, Olmedo, Coca, Iscar, Cuéllar y Segovia, ésta última en el año 1088". A Menéndez Pidal le "parece muy atendible el hecho tardío de haber pertenecido Ávila al condado de Castilla y, en consecuencia, agrupamos a Ávila con Segovia, a pesar de que originariamente Ávila pertenecía a la Lusitania, y en lo eclesiástico tenía como metrópoli a Mérida, mientras Segovia pertenecía a la Cartaginense, teniendo por metrópoli a Toledo. Todavía en los siglos XII y XIII, esta región no se llamaba Castilla. El nombre de Castilla acababa en el Duero; la tierra que se extiende desde este río a la cordillera carpeto-vetónica se denominaba simplemente *Extremus*, *Extremadura*, o bien, las *Extremaduras del Duero*, es decir, fronteras del reino, pues todo ese país había sido territorio fronterizo, hasta que la conquista de Toledo, en 1085, llevó los límites cristianos mucho más al Sur" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, pp. 312-313).

⁷⁵ Estos cuatro documentos redactados en Toledo están recogidos en el diplomatario de Salinas de Añana. Sus fechas concretas de escrituración son las siguientes: 27 y 28 de noviembre de 1194 (docs. n.º 1 y 2) y 29 de agosto de 1259 (docs. n.º 3 y 4) (LÓPEZ CASTILLO, S., *op. cit.*, pp. 11-20). Toledo se encuadra en la Castilla Nueva.

Toledo, aunque se resistió, al menos durante dos siglos, a ser propiedad de los musulmanes, manteniéndose como una "república independiente, rebelde contra los califas, y a veces protegida por los reyes de León"⁷⁶, acabó siendo sometida por Abderramán III en el 932, y fue propiedad de los árabes hasta que Alfonso VI la reconquistó en 1085, junto con Guadalajara, Alcalá, Madrid, Mora y Consuegra. Según sostiene Menéndez Pidal "la mozarabía era en Toledo, durante los siglos XI y XII, abundante y poderosa, pero el elemento castellano emigró hacia allí en gran abundancia e impuso al fin su modo de hablar, y el dialecto mozárabe no prevaleció"⁷⁷.

La definitiva ocupación del territorio toledano por parte de Castilla no se vio completada hasta 1212, aunque muchos años antes, concretamente en documentos de 1134, Alfonso VII se intitulaba rey de Toledo, León, Castilla y Nájera.

Además, tal como añade otra vez Menéndez Pidal, "el territorio toledano no se llamó Castilla la Nueva sino tardíamente. En los siglos XII y siguientes se llamaba Tras-Sierra, Allen-Sierra o Reino de Toledo"⁷⁸.

De cualquier modo, de los cuatro documentos del corpus redactados en Toledo, podemos considerar a los dos primeros de 1194, sino incluidos dentro del Reino de Castilla, sí como una parte de las propiedades territoriales de los reyes castellanos; y ello porque estos monarcas estimaban que Toledo estaba vinculado a sus dominios, a pesar de que geográficamente no lo veían como una porción integrante de su reino en el siglo XII. En cuanto a los otros dos diplomas, ambos de 1259, no cabe ninguna duda de que se escribieron en un momento en el que Toledo estaba plenamente incorporado a Castilla. Además, ya Menéndez Pidal señaló con respecto a la lengua en Toledo que

⁷⁶ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 347.

⁷⁷ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 14, p. 437.

⁷⁸ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 349.

"pasado el primer tercio del siglo XIII, conforme éste avanza, la lengua escrita de Toledo se va uniformando cada vez más con la de Castilla, aunque nunca del todo"⁷⁹. Con anterioridad había dicho ya que "el castellano se va sobreponiendo al mozárabe. La causa es que, mientras los castellanos disponían de un dialecto que gozaba de gran cultivo literario, los mozárabes, por un mal entendido orgullo ciudadano, se encastillaron en usar el árabe como su lengua oficial, con lo que condenaron a extinción segura su viejo dialecto romance. Así los documentos toledanos en romance, de los siglos XII y XIII, como procedentes de gentes no mozárabes, usan, por lo común, formas completamente castellanas, y sólo de vez en cuando dejan ver algún mozarabismo que, en ocasiones, tanto como mozarabismo, pudiera llamarse leonesismo"⁸⁰.

Un caso parecido al de Toledo es el del lugar que nos ocupa ahora, nos referimos a Cuenca, donde en el año 1186 se llevó a cabo otra escrituración⁸¹ que consideramos igualmente relacionada con el ámbito castellano.

"Cuenca" es otro de los apartados en los que divide Menéndez Pidal el Reino de Castilla. A su vez, dentro de Cuenca incluye "los dos obispados medievales de Uclés y de Cuenca"⁸².

Como Cuenca se reconquistó definitivamente en 1177, entendemos que, puesto que el documento de que disponemos es de 1186, debe incluirse en el marco de Castilla sin ningún tipo de objeción al respecto.

⁷⁹ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 14, p. 440.

⁸⁰ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, pp. 438-439.

⁸¹ Este documento de 1186, escrito en Cuenca lo presenta Menéndez Pidal (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, pp. 416-417, n.º 306). Cuenca también forma parte de la Castilla Nueva.

⁸² Concretamente, acerca del obispado de Cuenca, dice Menéndez Pidal que éste "fue reconquistado, principalmente, en el último tercio del siglo XII. Cuenca en 1177 (prescindiendo de la corta posesión que de esta ciudad tuvo Alfonso VI, antes de 1108), Alarcón en 1184, Iniesta en 1186" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, pp. 414-415).

A Molina pertenece la redacción de otro documento⁸³ de 1225. Este lugar que, por la situación geográfica en la que se encuentra, parece que debió pertenecer al Reino de Castilla desde siempre, lo cierto es que sufrió una serie de vicisitudes que no permitieron su inclusión entre las propiedades castellanas hasta una fecha muy tardía⁸⁴.

También en esta ocasión, Menéndez Pidal considera que Molina pertenece al territorio castellano y, más concretamente, señala que se trata de una de las tres principales ciudades, junto con Medinaceli y Sigüenza, del área castellana de "Sigüenza", nombre que recibe por el obispado cuyo territorio "fue durante varios siglos muy devastado por la guerra, hasta que sus tres ciudades principales fueron reconquistadas hacia 1125"⁸⁵.

Pero lo cierto es que Molina, desde que fue reconquistada en 1192, pasó a ser propiedad tanto de Castilla como de Aragón durante algún tiempo, hasta que en el siglo XIV acabó por establecer sus vínculos definitivos con Castilla⁸⁶.

El documento que nos ocupa localizado en Molina, por haberse escrito en 1225, pertenece al período de tiempo en que Molina era un señorío independiente de Aragón y de Castilla, y estaba en manos de don Gonzalo Pérez, tercer señor de Molina; sin embargo, el hecho de que Menéndez Pidal considerara que este texto debía ser uno más de los documentos del Reino de

⁸³ Este texto de 1225 forma parte asimismo de una de las colecciones pidalianas (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, pp. 338-339, nº 251). Molina es un pueblo que pertenece a la actual provincia de Guadalajara, incluida igualmente en la Castilla Nueva.

⁸⁴ Es ahora Diego Catalán quien explica como Alfonso el Batallador se adueñó de Molina alrededor de 1124, después de habérsela arrebatado a los musulmanes, concretamente a "Azzun b. Galbun", y dedicó, para apoderarse de ella, toda una campaña (CATALÁN, D., *art. cit.*, p. 112).

⁸⁵ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 335. Además, según este autor la "diócesis poseía en tiempos visigóticos, muchos territorios aragoneses pues llegaba hasta Calatayud y Daroca; así que la restauración del obispado se debe en gran parte al rey de Aragón Alfonso el Batallador, reconquistador no sólo de Calatayud y Daroca, sino también de Ariza y de Molina" (p. 336).

⁸⁶ Menéndez Pidal se ocupa de resumir la historia de Molina (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 336).

Castilla por él seleccionados parece indicar que los vínculos de Molina con Castilla no eran sólo lingüísticos, sino también ya políticos.

Otro de los lugares que se cita como datación tónica de un diploma del 3 de julio de 1235 es Brihuega⁸⁷.

Atendiendo a la tardía fecha de composición del documento, así como al asunto⁸⁸ del que trata, y en el que se menciona a dos personalidades vinculadas a Castilla en el siglo XIII, consideramos que no hay error en suponer que ya en 1235, e incluso mucho antes, Brihuega pertenecía a este reino castellano.

Del apartado que Menéndez Pidal dedica, dentro del Reino de Castilla, a los escritos que forman parte de "Plasencia", hemos seleccionado otro documento⁸⁹ redactado en el año 1218 en Plasencia⁹⁰.

Plasencia presentaba una doble vertiente, y es que, desde un punto de vista eclesiástico era territorio leonés, pero desde un punto de vista civil fue, a partir de su reconquista, parte del reino castellano. Como dice Menéndez Pidal "la vía romana de Mérida a Salamanca era, entre Béjar y el Tajo, la línea divisoria

⁸⁷ Nos referimos a un documento de la colección diplomática de Teobaldo I. Este diploma se redactó el 3 de julio de 1235 en Brihuega (MARTÍN GONZÁLEZ, M., *op. cit.*, p. 49, nº 19). Actualmente, Brihuega también es un pueblo de la provincia de Guadalajara.

⁸⁸ El asunto es la propia editora quien lo resume así: "el arzobispo Rodrigo y el cabildo de Toledo reconocen haber recibido de Teobaldo I el castillo y la villa de Cadreita en honor mientras viva dicho arzobispo" (MARTÍN GONZÁLEZ, M., *op. cit.*, p. 49).

⁸⁹ Se incluye este escrito en los Documentos pidalianos. Es del año 1218, y su redacción se llevó a cabo en Plasencia (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, pp. 439-440, nº 328). Plasencia es hoy una localidad de la provincia extremeña de Cáceres.

⁹⁰ En esta ocasión Menéndez Pidal hace notar que se refiere "a la diócesis de Plasencia, que comprende desde Béjar en Salamanca hasta Medellín en Badajoz. Su territorio pertenecía a la antigua Lusitania (como el de Salamanca y Ávila) hasta que, creado en 1120 el arzobispado de Santiago, de éste se hicieron sufragáneas todas las diócesis de la parte occidental de Lusitania, y, por lo tanto, la de Plasencia, erigida en sede episcopal el año 1189. Esto duró hasta el concordato de 1851, que hizo a Plasencia sufragánea de Toledo" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 437).

de León y Castilla; y Plasencia se encuentra situada unos diez kilómetros al oeste de ese camino"⁹¹.

La historia de este lugar empieza en los albores de 1189, época en que el rey Alfonso VIII de Castilla fundó la ciudad y creó el obispado de Plasencia. En 1197 volvió a poder de los almohádes que se apoderaron de él, pero sólo durante un breve período de tiempo.

Por todo ello, y de acuerdo con Menéndez Pidal, consideramos que el documento de nuestro corpus escrito en Plasencia en 1218 forma parte, indiscutiblemente, del Reino de Castilla.

También son propiamente castellanos otros dos documentos⁹² cuya redacción tuvo lugar en Sevilla una vez que ésta se había incorporado a Castilla tras su tardía reconquista, en 1248, llevada a cabo por Fernando III el Santo como rey de Castilla y León⁹³.

Menéndez Pidal inserta la localidad de Sevilla en otro de los apartados dedicados a la presentación de una extensa serie de documentos del Reino de Castilla y al que denomina, en esta ocasión, "Andalucía"⁹⁴.

⁹¹ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 437.

⁹² Se trata esta vez de dos documentos, uno presentado por Menéndez Pidal, que se redactó en 1247, cuya data tónica es la de "cerco de Sevilla" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 452-453); y el otro, escrito en la misma ciudad de Sevilla, el 15 de julio de 1250, forma parte de la colección diplomática de Teobaldo I (MARTÍN GONZÁLEZ, M., *op. cit.*, p. 178, n.º 143). Sevilla es actualmente una provincia de Andalucía.

⁹³ Como dice Menéndez Pidal, San Fernando empieza la conquista de Andalucía muy tarde, en 1224 y concretamente la de la cuenca inferior del Guadalquivir en 1236 con Córdoba, la cual se completa en 1248 con Sevilla. Esta reconquista continúa con Alfonso X, Sancho IV y Alfonso XI a lo largo de los siglos XIII y XIV, y acaba completándose en 1492 con la toma de Granada, último reducto nazarí en Andalucía, promovida por los Reyes Católicos (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 448).

⁹⁴ Aquí han sido recogidos "los documentos de toda Andalucía porque lo tardío de la reconquista de esta vasta región quita interés de arcaísmo a su dialecto" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 448).

Como en la repoblación de las zonas recién conquistadas participó gente procedente de cualquier área peninsular, y, sobre todo, debió de abundar el elemento que llegaba del Reino de Castilla y León, la lengua propia de esta nueva tierra reconquistada, una vez desaparecido ya el mozárabe, no era sino una mezcla de las variedades habladas por los cristianos⁹⁵. Castellano, pues, pero afectado por las múltiples influencias externas, según Menéndez Pidal. Mondejar habla del hispanomozárabe andaluz "como punto de partida de las hablas meridionales"⁹⁶.

En cuanto a los dos documentos relacionados por su redacción con Sevilla, hay que decir que uno de ellos se escribió en esta misma ciudad, el 15 de julio de 1250, o sea, dos años después de que Sevilla se hubiera incorporado a la corona castellana; y el otro, cuya fecha de composición es la del año 1247, muestra la data crónica que Menéndez Pidal presenta como: "*cerco de Sevilla*", para referirse con ella a los alrededores de esta ciudad, y así hacer notar que el documento se escribió en las proximidades de Sevilla. Llegamos a esta conclusión apoyándonos, además, en el texto documental en el cual se puede leer lo siguiente: "*Facta carta in exercitu prope Sibillam, rege exprimente, prima die decembris, era M^a CC^a LXXX^a V^a*". La clave está en considerar que, si este documento es de 1247, es decir, que fue expedido por Fernando III un año antes de que se

⁹⁵ Menéndez Pidal dice que "en el siglo XIII cuando se reconquistan los Reinos de Jaén, Córdoba y Sevilla, ya el elemento mozárabe había desaparecido de Andalucía, y la lengua de la nueva tierra reconquistada se determinó exclusivamente por la mezcla de la de los conquistadores y repobladores cristianos. Aunque éstos debían de proceder en su mayor parte de las regiones más inmediatas, del sur del Tajo, no obstante, acudían de todas las partes de los Reinos de Castilla y de León, y aun de reinos extraños, sobre todo cuando la presa era una gran ciudad como Córdoba (...). De igual modo, la repoblación de Sevilla se llevó a cabo por las gentes de las más diversas procedencias, las cuales se agruparon dentro de la ciudad recién ganada y dejaron memoria de su primitiva distribución en la toponimia local: barrio de Castellanos, calle de Placentines, de Gallegos, de Catalanes, de Bayona, barrio de Francos, etc." (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, pp. 448-449).

⁹⁶ MONDEJAR, J. "Áreas lingüísticas II. Andalucía", *Lexikon der Romanistischen Linguistik*, Vol. VI, 1, Tübingen, Max Niemeyer, 1992, p. 507. En opinión de este autor, "todo el elemento mozárabe que se incrusta en el castellano de Andalucía, sobre todo a partir de 1248 en que se conquista Sevilla, lo hace porque previamente se ha incorporado al árabe andalusí, coloquial y literario" (p. 508).

completara definitivamente la conquista de Sevilla, su redacción debió de llevarse a cabo en el campamento militar que los castellanos tenían en los alrededores de Sevilla, tal como informa el propio texto, ya que, por estas fechas, las huestes castellanas, con su rey a la cabeza, estaban enfrascadas en la conquista de esta ciudad. De ahí que entendamos que este documento se escribió en las cercanías de Sevilla, o mejor aún, que pertenece a la cancillería de Fernando III.

Disponemos también de otro documento⁹⁷, de redacción tardía, y propio de una zona que se incorporó a Castilla bastante avanzado el siglo XIII. Se trata de un escrito del año 1272, elaborado en Murcia, otro de los apartados que Menéndez Pidal establece con el fin de poder encuadrar en él diversos documentos del Reino de Castilla.

Por estas fechas, aunque Murcia pertenecía políticamente a Castilla, estaba sujeta a influencias dialectales aragonesas o catalanas, aportadas por los repobladores que acudieron a esas tierras una vez que fueron arrebatadas a los moros y que, con toda seguridad, estaban determinando las características del castellano de esta parte de la Península.

La conquista de este territorio, que estuvo en poder de los musulmanes hasta mediados del siglo XIII, empezó en 1241 con Alfonso X, pero no se alcanzó definitivamente en esta fecha, ya que en 1261 los moros se sublevaron de nuevo y se hicieron con el poder hasta el año 1266 en que Jaime I de Aragón, suegro del rey Sabio, tomó la ciudad en nombre de éste, y la repartió entre todos los aragoneses, catalanes y castellanos que habían participado en su recuperación, dejando, eso sí, una pequeña parte también para los moros que vivían allí.

⁹⁷ En Murcia se redactó un documento, concretamente en el año 1272, el cual ha sido recogido igualmente por Menéndez Pidal (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 485, nº 366).

Para averiguar la lengua que se utilizó como vehículo de expresión en Murcia, tras su reconquista, es necesario fijar nuestra atención en la procedencia de los repobladores que allí se establecieron. De este modo, Menéndez Pidal considera que, si bien debía de hablarse predominantemente el catalán, idea a la que llega siguiendo a un cronista de la época llamado Muntaner, en cambio, se utilizaba en los escritos el aragonés "lengua afín a la del Reino de Castilla" según él.

A este respecto, creemos conveniente destacar la aportación hecha por Muñoz Garrigós⁹⁸, por un lado, y Pilar Díez de Revenga Torres⁹⁹, por otro, con respecto a la lengua hablada en Murcia. En concreto, para esta última autora, la situación real de la lengua en el Reino de Murcia entre 1243 y 1283 era la de una confluencia de normas, principalmente castellana y catalana o aragonesa, es decir, existía un bilingüismo que fue poco a poco desapareciendo debido a la castellanización progresiva.

Por todas estas razones, debemos situar el documento que nos ocupa del año 1272 concretamente en el momento en que, una vez ya conquistada Murcia por el rey de Aragón en nombre de su yerno Alfonso X, se llevó a cabo la repoblación de este lugar en la cual participaron, al lado de los castellanos, igualmente muchos aragoneses y catalanes. Y, puesto que Murcia pertenecía a Castilla desde 1266, podemos adelantar que

⁹⁸ Vid. MUÑOZ GARRIGÓS, J., (1) "Notas para la delimitación de fronteras del dialecto murciano", en *Murcia*, 1977. (2) "A propósito de /-r/ y /-l/ implosivas en la provincia de Murcia (Reflexiones sobre el A.L.P.I.)", *Miscelánea Sanchis Guarner*, t. II, Valencia, 1984, pp. 225-228. (3) "El dialecto murciano", en *Lenguas peninsulares y proyección hispánica*, Madrid, 1986, pp. 151-161. (4) "Dialectología y lexicografía", *Lingüística Española Actual*, t. X, Madrid, 1988, pp. 73-80. (5) "Historia de las hablas murcianas", *Actas del Congreso de Historia de la Lengua Española en América y España (Universitat de València, noviembre de 1994-febrero de 1995)*, Valencia, Universitat de València y Tirant lo Blanch, 1995, pp. 393-401.

⁹⁹ Díez de Revenga Torres, P., *Estudio lingüístico de documentos murcianos del siglo XIII (1243-1283)*, Universidad de Murcia, 1986. Para más información vid. también Díez de Revenga Torres, P., "Problemas de sibilantes en documentos murcianos del siglo XIII", *Cuadernos de Filología. Studia Linguistica Hispanica*, Vol. II, 3, Universidad de Valencia, 1986, pp. 65-74. Díez de Revenga Torres, P., y García Díaz, I., "Historia y Lengua en el Reino de Murcia Bajomedieval", *Estudios de Lingüística*, nº 8, Universidad de Alicante, 1992, pp. 85-98.

estamos ante un texto castellano, pero sin olvidar que puede presentar, asimismo, influencias aragonesas.

DOCUMENTOS REDACTADOS EN EL REINO DE LEÓN.
OTROS DOCUMENTOS ESCRITOS EN TIERRAS LEONESAS
LINGÜÍSTICAMENTE VINCULADAS A CASTILLA: VALLADOLID Y
PALENCIA

Si hasta ahora no nos ha resultado muy difícil encuadrar o relacionar gran parte de los documentos del corpus con un reino hispánico en concreto, para poder ubicar así sus redacciones en un área lingüística específica de la Península, quizá, a partir de este momento, la complicación sea un poco mayor con respecto al resto de documentos que queda por emplazar; y ello porque vamos a enfrentarnos a otra serie de escritos que oscila entre adscribir sus lugares de redacción al Reino de Castilla, o al de León. Ya sabemos, tal como hemos dicho más arriba, que las historias de ambos dominios corrieron paralelas a lo largo de la Edad Media, unas veces enlazadas, y otras separadas, hasta su definitiva unión en 1230, de ahí que, para poder aclarar el reino con el que está vinculado cada uno de estos lugares, y siempre con el propósito que nos guía de no dejar de lado las repercusiones lingüísticas que hayan podido derivarse de estos hechos y que, por tanto, puedan haber afectado a los documentos en cuestión, vamos a tener en cuenta, sobre todo, sus fechas de escritura.

De este modo, consideraremos como pertenecientes política y lingüísticamente al reino leonés algunos de estos textos documentales, y otros vinculados en el aspecto lingüístico con Castilla por el proceso de castellanización, pero territorial y políticamente leoneses. Como ha estudiado Lapesa y recordado

M. T. Echenique recientemente, con respecto al proceso de castellanización, "la expansión castellana está estrechamente ligada a la absorción de los dialectos y lenguas vecinas"¹⁰⁰. Queda claro, siguiendo asimismo las indicaciones de Llorente, que en este proceso progresivo de castellanización no puede volverse a una situación lingüística anterior leonesa¹⁰¹. Además, Echenique no comparte con Mondejar la creencia de que el modelo de lengua en el que se basó Alfonso X fuera el andaluz, ya que, en opinión de esta autora, debió ser el de Burgos, con sus propios caracteres nortños¹⁰².

Así pues, de los documentos redactados en el mismo León, uno de ellos¹⁰³ es del siglo X, concretamente en el año 980, por lo que está vinculado al reino leonés política y lingüísticamente, y otros dos al ser del siglo XI, de los años 1061 y 1078, ya no han de verse como leoneses lingüísticamente; del segundo, el del año 1078, Menéndez Pidal explica que pudo haberse redactado tanto en León como en Monzón de Campos. En cualquier caso, el texto forma parte territorialmente del dominio leonés puesto que el condado de Monzón de Campos perteneció a este reino durante un largo período de tiempo, en el cual es posible encuadrar la fecha de este documento. Sin embargo, teniendo en cuenta que en su fecha de redacción la castellanización ya había comenzado, ha de considerarse como perteneciente lingüísticamente al área castellana. De ahí que Menéndez Pidal lo encuadre en un apartado especial dedicado a los dominios territoriales leoneses.

¹⁰⁰ ECHENIQUE ELIZONDO, M. T., "La koiné castellana", *Lexikon der Romanistischen Linguistik*, Vol. II, 2, Tübingen, Max Niemeyer, 1995, p. 535.

¹⁰¹ LLORENTE, A., "El habla de Salamanca y su provincia", *Boletín de la Asociación Europea de Profesores de Español*, 14, 1982, pp. 91-100.

¹⁰² ECHENIQUE ELIZONDO, M. T., *art. cit.*, p. 529.

¹⁰³ Los tres documentos de los años 980, 1061 y 1078 forman parte de una de las colecciones recogidas por Menéndez Pidal. Los dos primeros se redactaron en León con toda seguridad pero el tercero, de 1078, pudo escribirse en León o en Monzón de Campos, como aclara Pidal (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 14, pp. 24-25, 26-29).

El primer documento, el del año 980, quizá sea el ejemplo más claro de que disponemos como exponente de la lengua del reino leonés, ya que los otros dos, de 1061 y 1078, se redactaron durante una de las primeras uniones de León con Castilla¹⁰⁴ y la castellanización ya debía ser evidente en esos años. De cualquier modo, hay que juzgar con precaución los documentos redactados en León, ya que hasta las tres primeras décadas del siglo XI los documentos eran leoneses, pero a partir de finales de la tercera década del XI y en los siglos XII y XIII al estar León totalmente castellanizado los documentos pertenecen lingüísticamente al área de Castilla, aunque territorial y políticamente fluctúen entre los Reinos de León y Castilla.

Otro documento que territorialmente ha de considerarse como leonés pero lingüísticamente refleja la progresiva castellanización es el redactado en Carrión en el año 1097. Se encuentra recogido en el apartado que dedica Menéndez Pidal a los "Condados de Carrión, Monzón y Liébana"¹⁰⁵.

En cambio, dentro de este mismo apartado, el documento escrito en Monzón de Campos¹⁰⁶ en el 938 sería leonés.

El último escrito¹⁰⁷ de nuestro corpus que consideramos perteneciente sólo territorialmente al Reino de León, ya que lingüísticamente se inscribe en el de Castilla es uno, de hacia 1050, que se redactó en Bezdemarbán, part. de Toro. Menéndez

¹⁰⁴ Ya hemos dicho que León se unió a Castilla por primera vez en 1038; desde 1065 hasta 1072 ambos reinos estuvieron separados y, de nuevo, se unieron desde el año 1072 hasta el 1157; su última separación se llevó a cabo entre 1158 y 1230, fecha ésta última en que se fusionaron para siempre.

¹⁰⁵ También este documento del año 1097 está recogido por Menéndez Pidal (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 14, pp. 31-32). Carrión está situado actualmente en la provincia de Valladolid. Liébana es en la actualidad comarca de la provincia de Santander en el partido judicial de Potes. Carrión y Liébana (ésta última es tratada por Menéndez Pidal como una región propia del Reino de León) estaban gobernados, hacia el año 1095, por el conde leonés Pedro Ansúrez, lo mismo que Zamora.

¹⁰⁶ Monzón de Campos forma parte de la actual provincia de Palencia (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 14, pp. 29-30).

¹⁰⁷ También forman de parte de una colección pidaliana se encuadra este documento de hacia el año 1050 redactado en Bezdemarbán, part. de Toro (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 14, pp. 25-26). Bezdemarbán pertenece hoy a la provincia de Zamora.

Pidal incluye este lugar en el apartado que dedica a las tierras de León.

Por otro lado, aparecen otros cuantos documentos cuyas redacciones se llevaron a cabo en alguno de los lugares que formaban parte del Reino de León. Sin embargo, atendiendo a las áreas en que se escribieron, hay que considerarlos como castellanos también.

Nos referimos, en primer lugar, a tres diplomas vallisoletanos¹⁰⁸, que por sus datas crónicas tan tardías, los años finales del siglo XIII, concretamente el 28 de abril de 1282, el 1 de junio de 1290 y el 4 de abril de 1299, se vinculan sin lugar a dudas con Castilla, ya que en estas fechas Valladolid¹⁰⁹ era parte integrante ya del Reino de Castilla.

En segundo lugar, un caso semejante a los que acabamos de comentar es el que presenta otro diploma¹¹⁰ escrito el 5 de octubre de 1299 en Palenzuela.

Palenzuela queda incluida por Menéndez Pidal en el extremo oriental de la Merindad de Cerrato, la cual correspondía a la diócesis de Burgos, a la que se añadía así mismo Tórtoles. Y esta Merindad antigua formaba parte del Reino de Castilla¹¹¹.

¹⁰⁸ Se incluyen los tres en el diplomatario de Salinas de Añana. Se escribieron en Valladolid el 28 de abril de 1282, el 1 de junio de 1290 y el 4 de abril de 1299 (LÓPEZ CASTILLO, S., *op. cit.*, pp. 22-23, 24-25 y 30-33).

¹⁰⁹ Según Menéndez Pidal, la ciudad de Valladolid, gobernada también hacia 1095 por el conde leonés Pedro Ansúrez, lo mismo que Zamora, Carrión, Saldaña y Liébana, y que formó parte del reino leonés, acabó siendo incorporada al de Castilla, quizá ya desde 1157, fecha en la que, al morir Alfonso VII y llevar a cabo la división del reino, "la mayor parte de ese antiguo condado de Pedro Ansúrez se consideró como perteneciente al Reino de Castilla, al cual siguió después unido" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 292).

¹¹⁰ Este diploma, escrito en Palenzuela, el 5 de octubre de 1299, es uno de los que forman la colección documental de la villa de Plencia (ENRÍQUEZ FERNÁNDEZ, J., *op. cit.*, pp. 3-6, nº 1). Palenzuela puede localizarse actualmente en la provincia de Palencia.

¹¹¹ Menéndez Pidal sitúa a la antigua Merindad de Cerrato en el Reino de Castilla. "Esta se extendía entre los ríos Pisuerga (desde Valoria la Buena a Torquemada), Arlanza (desde su

Lo mismo que Palenzuela, también pertenece a Castilla, en tercer lugar, otro de los puntos geográficos donde se escribió un nuevo documento en el año 1174, que forma parte igualmente de nuestro corpus. Nos referimos al lugar que recibe el nombre de Aguilar de Campó.

Puesto que Campó¹¹² fue parte integrante desde siempre del condado castellano, no resulta difícil entender que Aguilar haya pertenecido al Reino de Castilla, al menos desde la "división de reinos hecha por Alfonso VII (muerto en 1157)"¹¹³, según Menéndez Pidal.

DOCUMENTOS REDACTADOS EN ÁREAS ORIGINARIAMENTE NO CASTELLANAS E INCORPORADAS CON POSTERIORIDAD A CASTILLA: LA RIOJA Y EL PAÍS VASCO

A continuación, pretendemos insertar, igualmente, en este apartado dedicado al Reino de Castilla, el estudio de otras áreas que, si bien en sus orígenes no formaban parte de la geografía castellana, sino que pertenecían a la de otros reinos hispánicos, con el tiempo acabaron por incorporarse a las posesiones de la corona castellana, la cual, al apoderarse de estas

desembocadura en el Pisuerga hasta Torrepadre), Duero (en Pesquera de Duero) y Esgueva (hacia Torresandino)" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 291).

¹¹² Como informa Menéndez Pidal, "se llama Campó (o Campoó (...)) la región que comprende las partes limítrofes de tres provincias modernas, y cuyas poblaciones principales son: Aguilar, en la prov. de Palencia, Reinosa en la de Santander, y Soncillo en la de Burgos". Además, dice que "Campó fue disgregado en las divisiones administrativas. Pero también en el siglo XVIII lo hallamos en su mayor parte unido a regiones leonesas, pues Aguilar pertenecía a la provincia de Palencia, Reinosa a una provincia de Toro, entonces existente, y Soncillo a Burgos. En 1833 Reinosa pasó a formar parte de la provincia de Santander, continuando Aguilar en la de Palencia y Soncillo en la de Burgos" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, pp. 32-33).

¹¹³ Esta aclaración es necesaria, según Menéndez Pidal, porque a veces Aguilar, en las divisiones administrativas, se asociaba "a dos regiones vecinas, Liébana y Campos (antes leonesas, pero pertenecientes desde 1157 a Castilla), apartándose de las Asturias de Santillana y de Burgos" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 33).

tierras originó la progresiva castellanización en el ámbito lingüístico.

Nos referimos, en primer lugar, a la Rioja. Ya Menéndez Pidal, a pesar de sus incipientes dudas, incluyó esta zona en el Reino de Castilla¹¹⁴.

Además, en cuanto a los documentos riojanos que forman parte de nuestro corpus, tampoco debemos albergar ninguna duda a la hora de considerar que estamos ante claros testimonios o manifestaciones escritas propias del reino castellano. La razón no es otra que la de sus fechas de redacción que, al abarcar los siglos XII y XIII, coinciden con los periodos cronológicos en que la Rioja era una más de las propiedades que los monarcas castellanos habían incorporado a sus dominios.

De la historia externa y lingüística se ha ocupado M. Alvar. Este autor considera que esta área es una región de transición¹¹⁵. Al analizar las consecuencias históricas y geográficas sobre las lingüísticas, se da cuenta de que la Rioja tuvo su personalidad hasta que fue totalmente absorbida por Castilla y la castellanización se fue dejando notar, aunque se mantenían algunos rasgos que se oponían a la norma castellana, del mismo modo que otros se diferenciaban de los de la aragonesa, constituyéndose como riojanismos específicos. Todo ello a pesar de que "de una parte Castilla, de otra Navarra, de otra Vasconia, han ido facilitando préstamos o disolviendo unas peculiaridades que, al final, han quedado anegadas bajo la impronta de Castilla"¹¹⁶.

¹¹⁴ Este autor considera "a la Rioja como región castellana, pues, aunque no lo fue en sus orígenes, lo fue desde el tiempo de los más antiguos documentos romances, y hoy es siempre mirada como parte de Castilla la Vieja" (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 12).

¹¹⁵ ALVAR, M., *El dialecto riojano*, Madrid, Gredos, 1976, p. 11 y ss.

¹¹⁶ *Ibíd.* pp. 78 y 83.

De entre los documentos riojanos que forman parte de nuestro corpus de trabajo, hay que hacer mención, en primer lugar, de las Glosas del Monasterio de San Millán de la Cogolla, y del texto en el que éstas aparecen, el cual también hemos recogido y estudiado aquí¹¹⁷.

En cuanto a la fecha de su composición, ya vimos que, aunque el criterio pidaliano era el de situar las Glosas en el siglo X, y el texto en el que se encuentran en los siglos IX y X, más acertada parecía la propuesta de Díaz y Díaz que establecía como fecha de redacción, tanto de las Glosas como del texto, los inicios del siglo XI.

Otros documentos riojanos de los que disponemos son dos textos¹¹⁸ redactados también en el monasterio de San Millán de la Cogolla, ambos del siglo XII. Uno es de 1109, año en que acabó la primera unión de la Rioja con Castilla, y el otro es del año 1150, fecha, igualmente, en que la Rioja había sido incorporada por segunda vez, a la corona castellana, unión ésta última que duró, concretando un poco más, desde 1135 a 1162.

Es, así mismo, riojano el documento¹¹⁹ que se redactó en Calahorra el año 1152.

¹¹⁷ Estas Glosas del monasterio de San Millán de la Cogolla las presenta Pidal también (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 14, pp. 1-9). San Millán de la Cogolla pertenece a la Rioja. Originariamente, el monasterio de San Millán de la Cogolla, encuadrado en la Rioja Alta pertenecía Navarra, a pesar de encontrarse tan sólo a cuatro kilómetros de Pazuengos, que era castellano; y, aunque fue objeto de diversas incorporaciones a Castilla, a principios del siglo XI aún debía formar parte, geográfica y políticamente, del reino navarro. Con respecto a este monasterio, dice Menéndez Pidal que "situado en la frontera, fue centro de activa peregrinación para los castellanos que allá acudían continuamente, aun en tiempos de guerra entre Navarra y Castilla" en los tiempos anteriores a la anexión de la Rioja al reino de Alfonso VI (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 108).

¹¹⁸ En esta ocasión, estos dos documentos redactados en el monasterio de San Millán de la Cogolla los recoge Menéndez Pidal de nuevo (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, pp. 116-117, nº 72 y 73).

¹¹⁹ Forma parte este documento, de 1152, de una de las colecciones presentadas por Menéndez Pidal (MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, pp. 152-153, nº 111). Calahorra se encuadra asimismo en la Rioja actualmente.



Calahorra, ubicada en la Rioja Baja, estuvo en poder de los musulmanes hasta 1045, fecha en que, tras su reconquista, se incorporó a las posesiones de Navarra hasta que empezaron las sucesivas incorporaciones de la Rioja al Reino de Castilla desde el año 1076.

Partiendo del hecho de que la data crónica de este documento es la de 1152, estimamos que su elaboración está vinculada al ámbito castellano no sólo por la castellanización progresiva, sino porque se llevó a cabo durante la segunda incorporación de la Rioja a Castilla que abarca el período de tiempo comprendido entre 1135 y 1162.

Por último, también debemos entender como propiamente castellanos los dos últimos diplomas de los escritos en tierras riojanas que se hallan igualmente en nuestro corpus, basándonos en el hecho de su tardía datación cronológica. El primero¹²⁰ se redactó en Logroño el 31 de octubre de 1234, y el segundo¹²¹ en Haro, el 6 de agosto de 1296.

Además de la Rioja, nos hemos encontrado igualmente con otras áreas geográficas que, aunque en sus orígenes no pertenecían a Castilla, acabaron por incorporarse a este reino, formando así, con el transcurso del tiempo, parte integrante de él. Nos referimos al País Vasco, lugar donde se llevó a cabo la escrituración de otros tres documentos del corpus.

De la historia del País Vasco antes de su definitiva unión con Castilla hay que tener en cuenta algunos datos como por ejemplo el de que Álava aunque, según Menéndez Pidal, "tuvo primeramente condes diferentes de Castilla, ambas se reunieron

¹²⁰ El diploma al que nos referimos, escrito en Logroño, concretamente el 31 de octubre de 1234, pertenece a la colección diplomática de Teobaldo I (MARTÍN GONZÁLEZ, M., *op. cit.*, pp. 36-39, nº 9). Logroño es actualmente la capital de la Rioja.

¹²¹ Este otro diploma, del 6 de agosto de 1296, redactado en Haro, pertenece al diplomatario de Salinas de Añana. (LÓPEZ CASTILLO, S., *op. cit.*, pp. 26-30, nº 10). Haro es, asimismo, parte de la actual comunidad riojana.

bajo Fernán González y sus sucesores"¹²² de modo que, hasta el siglo X, por lo tanto, Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, que formaban parte del condado castellano, estuvieron separadas de Navarra, pero, a finales de este siglo, puesto que los navarros empezaron a ver ensancharse sus fronteras, Navarra se anexionó una parte de Álava.

Además, durante el siglo XI, concretamente en el año 1024, y tras la crisis de la dinastía condal castellana, Sancho el Mayor de Navarra incorporó a su reino Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, y también la Castilla Vieja, lo cual facilitó que ambas pudieran continuar unidas, aunque bajo un dominio diferente, el de Pamplona.

Este hecho trajo consigo que las tres provincias vascongadas actuales se incorporaran a Navarra hasta 1076, año en el que, muerto Sancho de Peñalén, Alfonso VI de Castilla se apoderó de nuevo de ellas. Pero, otra vez en 1134, Alfonso el Batallador volvió a recuperar Álava y Guipúzcoa para Navarra, en esta ocasión durante unos cincuenta años al menos, es decir, hasta fines del siglo XII. Sin embargo, Vizcaya no pasó a ser parte de las propiedades del rey navarro-aragonés ya que, desde 1134, era una porción integrante de la corona castellana, a la cual se añadieron también, y ya definitivamente, en 1200, Álava y Guipúzcoa, la última de forma voluntaria, excepto una parte de los territorios de Álava, concretamente el área de Sonsierra, que durante los siglos XIII y XIV estuvo vinculada al Reino de Navarra.

Como ya hemos adelantado, en nuestro corpus sólo disponemos de tres documentos cuya redacción se llevó a cabo en algún punto del País Vasco; sin embargo, puesto que sus fechas de elaboración son bastante tardías, esto es, de bien entrado el siglo XIII, no albergamos ninguna duda acerca de su vinculación con el Reino de Castilla.

¹²² MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 15, p. 174.

El primer diploma¹²³ presenta como dataciones tópicas y crónicas las de Salvatierra y el 4 de junio de 1244 respectivamente.

Los otros dos documentos¹²⁴ se redactaron en la misma fecha y el mismo lugar, es decir, el 18 de abril de 1290 en Vitoria, ésta última fundada ya en 1181 por Sancho el Sabio.

Queremos advertir, por otro lado, que Laguardia pertenecía territorialmente durante la fecha de redacción del documento que presenta este lugar como data tópica a Navarra, puesto que Laguardia que se encuadra en Sonsierra fue propiedad del reino navarro en el siglo XIII y parte del XIV, por lo que a la castellanización que de forma progresiva debió afectar a esta región, podría añadirse la presencia de algunos rasgos lingüísticos del navarro, sin olvidar los del vasco.

6.3.4. OTROS REINOS HISPÁNICOS. DOCUMENTOS REDACTADOS EN EL REINO Y CORONA DE ARAGÓN

Si hasta este momento sólo nos hemos ocupado de las dataciones de aquellos documentos ubicados, o mejor aún, relacionados con los Reinos de Navarra, Castilla y León, con la intención manifiesta de adscribirlos a su área geográfica propia, ahora se impone que, llegados a este punto, nos enfrentemos igualmente a otra serie de diplomas que quedan fuera, tal como indican sus datas tópicas, de las zonas geográficas que acabamos de comentar, y que se distribuyen entre diferentes áreas de la Península, como podría ser el Reino y Corona de Aragón, y otras

¹²³ Así mismo, este diploma pertenece a la colección diplomática de Teobaldo I. Se redactó en Salvatierra, el 4 de junio de 1244 (MARTÍN GONZÁLEZ, M., *op. cit.*, pp. 134-135, nº 97). Salvatierra es, igualmente, un lugar ubicado en la actual provincia de Álava.

¹²⁴ Ambos diplomas, escritos en Vitoria el 18 de abril de 1290, se añaden a la colección diplomática del Concejo de Segura (DÍEZ DE SALAZAR FERNÁNDEZ, L. M., *op. cit.*, pp. 9-11, nº 1 y 2). Vitoria también es parte hoy de la provincia de Álava.

que quedan incluso fuera de ella, como sería el caso de Italia o África.

No pretendemos ahora detenernos en revisar paso a paso la historia vivida por estas nuevas áreas geográficas, peninsulares o no, durante la Edad Media, porque con ello estaríamos alejándonos de nuestro objeto de estudio que no es otro que el castellano y los ámbitos donde se utilizaba éste como vehículo de comunicación; pero no podemos dejar de mencionar algunos hechos interesantes relacionados con estos otros lugares donde se escribieron unos cuantos documentos que, al formar parte también del corpus seleccionado, puesto que se encuentran en alguna de las colecciones diplomáticas estudiadas, resultan igualmente reveladores, aunque pertenezcan, bien a otros reinos hispánicos cuya historia transcurrió paralela a la del Reino de Castilla, al cual no se incorporaron sino tardíamente, o bien a otros enclaves extrapeninsulares, tales como los que acabamos de comentar de Italia, África, etc.

Así pues, de entre la mayoría de documentos redactados fuera del ámbito castellano y repartidos en diferentes áreas geográficas¹²⁵, nos referiremos, en primer lugar, a unos cuantos que podemos considerar como propios del Reino de Aragón si su escrituración se llevó a cabo antes de 1164, o como pertenecientes a la Corona de Aragón si se escribieron a partir de ese mismo año, ya que en esta fecha tuvo lugar la unión de Aragón con Cataluña, bajo el cetro de Alfonso II, hijo de la reina de Aragón Petronila y del conde de Barcelona Ramón Berenguer IV.

De todo esto se desprende que el documento redactado en Luesia¹²⁶ se encuadra todavía, por su fecha de escrituración, marzo de 1154, en el Reino de Aragón, el cual pertenecía aún a

¹²⁵ Casi todos estos documentos a los que nos referimos están recogidos en el "Libro Becerro" del Monasterio de La Oliva (MUNITA LOINAZ, J. A., *op. cit.*).

¹²⁶ Forma parte del "Libro Becerro" (MUNITA LOINAZ, J. A., *op. cit.*, pp. 43-46, nº 5). Luesia pertenece a la provincia de Zaragoza, actualmente.

la reina aragonesa Petronila, hija y sucesora de Ramiro II el Monje, antes de que el destino de Aragón se uniera al de Cataluña a partir de 1150, como consecuencia del matrimonio de esta reina con Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona y desde ese momento príncipe de Aragón también.

Otro de estos documentos se escribió en Zaragoza¹²⁷ concretamente el 9 de enero de 1164, cuando todavía Petronila, viuda desde 1162, reinaba en Aragón, y su hijo Alfonso II se decía gobernador general del condado de Barcelona, título que ostentó hasta el 18 de junio de ese mismo año, ya que fue en esta fecha cuando su madre le entregó el Reino de Aragón. Diego Catalán nos ofrece un apunte histórico acerca de este lugar al explicar como "aunque en 1134 (set., oct.) Ramiro se consideraba rey de Zaragoza y dominaba en ella, tuvo muy pronto que ceder la ciudad a Alfonso VII, quien el 26 de diciembre de 1134 (...) ya se decía "Imperante... in Toletto, et Caesaraugusta et Legione et Nazara"¹²⁸.

En Alfajarín¹²⁹, se redactó también un diploma, durante la época en que fue rey de Aragón Jaime I el Conquistador, concretamente este escrito es del 18 de marzo de 1225.

Monzón¹³⁰ es otro de los lugares donde se escribió un documento cuya datación crónica es la del 1 de abril de 1210.

¹²⁷ También perteneciente al "Libro Becerro" (MUNITA LOINAZ, J. A., *op. cit.*, pp. 53-54, nº 9). Zaragoza había sido dada por Alfonso VII al príncipe de Aragón y conde de Barcelona en título de vasallaje, junto con Calatayud, Tarazona y Daroca. Zaragoza es hoy en día capital de la provincia de dicho nombre.

¹²⁸ CATALÁN, D., *art. cit.*, p. 117.

¹²⁹ Este diploma es igualmente de la colección del "Libro Becerro" (MUNITA LOINAZ, J. A., *op. cit.*, pp. 59-60, nº 12). Alfajarín es parte integrante de la actual provincia de Zaragoza.

¹³⁰ Extraído, asimismo, del "Libro Becerro" (MUNITA LOINAZ, J. A., *op. cit.*, pp. 57-59, nº 11). De entre la gran cantidad de lugares que aparecen con el nombre de Monzón a lo largo

A simple vista, este lugar parece plantear algún problema en cuanto a su ubicación a causa de la diversidad de localidades que con este mismo nombre podemos encontrar distribuidas a lo largo de buena parte de la geografía de la Península Ibérica.

La datación tónica que aparece en el documento presentada como "*Datum apud Montem Sonum*", y que el editor interpreta como *Monzón*, no añade ninguna especificación que informe un poco más de la cierta y concreta localización de este lugar; pero, en cambio, resulta muy revelador para nuestro propósito el contenido del documento, ya que, al tratar de la confirmación de algunas donaciones que hace el rey de Aragón Pedro II, es de suponer que esta escrituración debió de realizarse en tierras de Aragón, lugar donde el rey residía y debía de encontrarse en ese momento casi con toda seguridad; de ahí que consideremos a *Monzón* como parte del reino aragonés y eliminemos todas las otras posibilidades.

Además, en 1210 Aragón estaba bajo el dominio de su rey, Pedro II, hijo de Alfonso II, a quien sucedió en 1196, y cuyo reinado llegó hasta 1213, fecha en la que murió durante la batalla de Muret.

También disponemos de dos documentos que se escribieron en el Reino de Valencia, cuando éste había sido ya reconquistado, entre 1232 y 1238, por Jaime I de Aragón, el cual reinó entre 1213 y 1276.

Nos referimos concretamente y en primer lugar, a un diploma que se redactó en Burriana¹³¹ el 23 de julio de 1233, en plena reconquista de esta zona, y fue expedido por el propio

de la geografía peninsular, creemos que el editor se está refiriendo a un lugar de la actual provincia de Huesca.

¹³¹ Pertenece también a la colección del "Libro Becerro" (MUNITA LOINAZ, J. A., *op. cit.*, pp. 62-63, nº 14). Burriana es actualmente una localidad de la provincia de Castellón.

Jaime I, con el fin de conceder un privilegio al abad de La Oliva y a su monasterio.

Del segundo documento, redactado en Castellar¹³² el 23 de marzo de 1248, hay que decir, antes de acabar encuadrándolo en el Reino de Valencia, que su ubicación planteó igualmente una serie de dudas parecidas a las comentadas en el caso de Monzón. Y es que también es fácil encontrar gran número de lugares de España conocidos con el nombre de "Castellar".

En el documento aparece la datación de la siguiente manera "*Datum Castellario*", y el editor tampoco se detiene, en esta ocasión, en ofrecer alguna noticia que aclare su pertenencia a un área geográfica concreta.

Pero la fecha de redacción ha sido más que decisiva en este caso que nos ocupa para aclarar cuáles son las coordenadas exactas de Castellar en el mapa; y, asimismo, ha resultado de gran ayuda el asunto del que trata el texto del documento.

En primer lugar, el hecho de que se trate de un privilegio de salvaguarda concedido por el rey de Aragón Jaime I al monasterio de La Oliva, nos lleva a reducir las posibilidades y a concretar que Castellar podría ser una más de las posesiones de Jaime I, desde las cuales no le debió resultar difícil a este rey expedir sus documentos debido a los continuos viajes y desplazamientos que realizaba por ellas. Sin embargo, en la Corona de Aragón¹³³ abundan también los lugares con esta misma denominación.

De ahí que, en segundo lugar, lo más revelador sea la fecha de redacción del diploma para poder concretar el lugar en

¹³² Este documento está igualmente en el "Libro Becerro" (MUNITA LOINAZ, J. A., *op. cit.*, p. 64, nº 15).

¹³³ Reciben el nombre de Castellar varios pueblos repartidos por las provincias de Barcelona, Huesca, Teruel y Valencia, entre otras.

el que se encuentra Castellar. El itinerario seguido por Jaime I, tal como lo muestran los documentos recogidos y ordenados cronológicamente por Huici Miranda y Cabanes Pecourt¹³⁴ informa de que Jaime I de Aragón se encontraba el 24 de marzo de 1248 en Luchente, localidad del Reino de Valencia. Por ello quizá lo más lógico es suponer que el día anterior, es decir, el 23 de marzo de 1248, fecha de expedición del diploma que nos ocupa, no podía hallarse muy lejos de la zona de Valencia. Así, una vez reducidas todas las posibilidades a las localidades del reino valenciano, aparece un lugar muy cercano a la misma ciudad de Valencia y también a Luchente al que aún se le sigue denominando Castellar, por lo que parece coincidir plenamente con el Castellar medieval en el que el rey ordenó redactar el documento en cuestión y desde donde se desplazó a Luchente al día siguiente.

Otro documento, que no supone ninguna duda a la hora de situar su lugar de redacción dentro de un dominio hispánico en concreto, es el que se escribió en Barcelona¹³⁵ el 1 de mayo de 1298, es decir, durante el reinado de Jaime II de Aragón (1291-1377), conocido como el Justiciero, nieto de Jaime I e hijo de Pedro III que sucedió como rey de Aragón a su hermano Alfonso III en 1291. De modo que se trata, pues, de un documento perteneciente de igual forma a la Corona de Aragón.

¹³⁴ HUICI MIRANDA, A. y CABANES PECOURT, M. D., *Documentos de Jaime I de Aragón. II Vol. (1237-1250)*, Valencia, Diputaciones Provinciales y Ayuntamientos de Valencia, Alicante y Castellón, y Universidad Literaria de Valencia, 1976. Uno de estos documentos, concretamente el número 473, se redactó en Luchente el 24 de marzo de 1248, con él "Jaime I, rey de Aragón, entrega a censo a Baldovino de Baldovino y a su hermano Juan, la alquería de Thiu, sita en término de Játiva" (p. 288). Castellar es actualmente una pedanía de Valencia.

¹³⁵ También se incluye este documento dentro de la colección del "Libro Becerro" (MUNITA LOINAZ, J. A., *op. cit.*, pp. 91-92, nº 34). Barcelona es, en la actualidad, la capital de la provincia del mismo nombre.

Por otro lado, disponemos de un diploma cuyo lugar de expedición debe entenderse vinculado igualmente al ámbito aragonés, pero para ello es preciso aclarar una serie de puntos. Nos estamos refiriendo a un documento¹³⁶ que fue redactado el 15 de julio de 1243 en Santa Eulalia.

Conviene tener presente que, como ocurría en los casos de Monzón y Castellar, Santa Eulalia es también un nombre muy utilizado en la topominia española¹³⁷ y, sobre todo, es muy propio de las regiones nortenas, principalmente de Asturias.

Una vez más, el asunto del que trata permite ubicar este lugar. Es decir, al tratarse de la donación por parte de Álvaro Pérez de la villa de Santa Eulalia en arras a una hija de Teobaldo I, se ofrece toda una serie de referencias geográficas que resultan sumamente decisivas para ubicar esta villa¹³⁸, ya que los lugares que en el texto aparecen como colindantes de Santa Eulalia son aragoneses.

Lacarra es, tal vez, quien ha comentado con más fidelidad algunos datos históricos interesantes acerca de este documento, a través de los cuales puede verse la relación que existió entre el

¹³⁶ Este diploma se encuentra en la colección diplomática de Teobaldo I (MARTÍN GONZÁLEZ, M., *op. cit.*, pp. 122-123, n° 89).

¹³⁷ Hemos encontrado con el nombre de Santa Eulalia siete pueblos en Asturias, uno en Álava, uno en Cantabria, uno en Valencia y otros tres en la parte sur de España.

¹³⁸ En el documento se señala que Santa Eulalia es "*aqueilla qui parte termino con Sancta Maria e con Galliel e con Villar Quemado e con Torremocha e con Villar del Salce de Granja de los Monges*". Son varias las frases que señalan la pertenencia de Santa Eulalia a Aragón como por ejemplo ésta: "*E doiela a los buenos fueros de Aragon, con sernas, con entradas, con exidas, con montes, con agoas, con hiermos, con poblados, con vasaillos e con todos los derechos que han e haber deben, et doila asi como los buenos fueros d'Aragón mandan*". También, otra que dice: "*E que esto sea firme e estauble, nos don Pedro Fernandez d'Azagra, vasaillo de Sancta Maria e seynnor de Albarracin, confirmamos esta carta con nuestro selleillo*". Por último, aparece la frase que recoge la indicación del lugar de redacción del texto: "*E hic don Esteban, capellano e chancellor del obispo don Gil, por mandamiento de don Albar Periz, esta carta fiz en Santa Olalia, era MCCLXXXI, anno Domini mil .CC.XLIII. Carta fuit facta idus julii*", en la que se está haciendo referencia a algunas personalidades de la vida aragonesa de aquella época (MARTÍN GONZÁLEZ, M., *op. cit.*, p. 123). Desechadas todas las otras posibilidades, consideramos que la villa de Santa Eulalia, que aparece mencionada como lugar de redacción en el documento que hemos estudiado, forma parte de la actual provincia de Teruel, puesto que, anteriormente, ya pertenecía a Aragón.

rey de Navarra Teobaldo I y la familia de los Azagra de Albarracín¹³⁹.

6.3.5. OTRAS ÁREAS EXTRAPENINSULARES. DOCUMENTOS REDACTADOS EN ITALIA Y ÁFRICA

Dejando ya los documentos cuya redacción estaba relacionada con el Reino y Corona de Aragón, vamos a tratar ahora de otra serie documental que no sólo queda fuera del ámbito castellano, como ocurría en el caso de Aragón, sino incluso del peninsular.

Nos referimos a unos cuantos escritos que se elaboraron en diferentes puntos geográficos de Italia, tales como Dolo, Letrán, Anagnie y Rieti concretamente¹⁴⁰.

El hecho de que estos documentos se redactaran en Italia está relacionado con la condición eclesiástica del otorgante, ya que se trata de cuatro textos notariales expedidos cada uno de ellos por un papa, y que recogen las confirmaciones de

¹³⁹ Lacarra explica como "en marzo de 1238 el señor de Albarracín, don Pedro Fernández de Azagra, se compromete a casar a su hijo primogénito Álvaro con Alix o Elida, hija al parecer no legítima de Teobaldo I, haciendo a su hijo heredero del señorío de Albarracín y de Chelva (...); si moría Álvaro, se mantenía el compromiso con su hijo Pedro Ferrández y, en defecto de éste, con su tercer hijo García Ortiz. Como Alix no era núbil, el acuerdo sería confirmado cuatro años más tarde, cuando don Pedro llevara a su hijo a Tudela el día de San Juan Bautista". En 1247, se celebró el matrimonio de don Álvaro aunque no con Alix, que había muerto, sino con otra hija natural de Teobaldo, Inés, la cual recibió como dote la villa de Santa Eulalia, que sin duda alguna formaba parte de las propiedades de los señores de Albarracín, en Aragón (LACARRA, J. M., *Historia política del Vid. de Navarra. Desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla*, Vol. II, Pamplona, Aranzadi, 1972, pp. 156-157).

¹⁴⁰ Los documentos redactados en Dolo, Letrán, Anagnie y Rieti, que se corresponden con los números 8, 10, 26 y 31, forman parte de la colección del "Libro Becerro" (MUNTA LOINAZ, J. A., *op. cit.*, pp. 33-35, 39-40, 55-56 y 60-61). El documento redactado en Dolo es una confirmación de privilegios hecha por el papa Alejandro III al abad de La Oliva. También el escrito en Letrán trata de una confirmación de privilegios al abad de La Oliva, pero esta vez hecha por el papa Clemente III. En Anagnie, se escribió la concesión de un privilegio general otorgado por Alejandro IV a la orden del Císter. Y en Rieti, el papa Nicolás IV comisionó al tesorero de la iglesia de Pamplona para que se restituyeran al monasterio de La Oliva aquellas propiedades y derechos que le habían sido enajenados ilegalmente, según se desprende del texto y resume el editor.

privilegios que tenían los monasterios y las órdenes religiosas desde antaño.

Así pues, la redacción de estos textos documentales cuyos otorgantes tienen en común su cargo eclesiástico se ordenó a lo largo de los siglos XII y XIII.

El primero de ellos tiene como data tópica la localidad de Dolo¹⁴¹, y como data cronológica el 18 de septiembre de 1162, fecha incluida en el período de tiempo que abarcó el papado de Alejandro III. El segundo documento fue redactado en Letrán, el 17 de marzo de 1188, es decir, siendo papa Clemente III. La elaboración del tercero se llevó a cabo en Anagnie¹⁴², durante el papado de Alejandro IV, concretamente el 13 de enero de 1259; y, por último, el cuarto documento lo mandó escribir el papa Nicolás IV en Rieti¹⁴³, el 28 de enero de 1288.

El único lugar de estos cuatro que presenta alguna duda en cuanto a su localización es Letrán, ya que hoy en día no parece existir ninguna localidad italiana con este nombre.

Letrán es la traducción dada por el editor de la forma latina que se encuentra en el texto documental escrita como *Lateram*. Dos pueden ser las posibles interpretaciones. La primera se centra en considerar que *Lateram* podría traducirse no sólo como *Letrán*, tal como hace el editor, sino también como *Latera*. De este modo, si entendemos como lugar de redacción del escrito que nos ocupa una localidad llamada *Latera*, estaríamos refiriéndonos a una población de la Italia central, ubicada concretamente en la provincia de Roma, no muy alejada de Viterbo y, por lo tanto, próxima a las residencias papales. Sin embargo, por otro lado, la segunda interpretación, que coincidiría con la propuesta de traducción dada por el editor, consiste en considerar que el lugar de redacción fue *Letrán*, el

¹⁴¹ Dolo es un municipio de Italia en la provincia de Venecia.

¹⁴² Anagnie se encuentra en la provincia italiana de Frosinone.

¹⁴³ Rieti está situado en el Lacio, región de Italia también.

solar del palacio de la antigua y noble familia romana de los Laterani donde se construyó la Basílica del Salvador o de San Juan de Letrán, y puesto que el palacio de Letrán, situado en Roma, fue durante diez siglos la residencia de los papas, podría afirmarse, casi con toda seguridad, que allí debió llevarse a cabo la escrituración no únicamente de este documento, sino de otros muchos. Coincidimos así con la traducción que ofrece el editor.

Fuera de Italia e incluso de Europa, se dispuso por parte de Teobaldo II la redacción de otro documento que forma parte igualmente de nuestro corpus¹⁴⁴.

Se trata de un diploma que se escribió en el mes de noviembre de 1270 en África, con más exactitud, en un punto geográficamente estratégico de Túnez llamado Cartago.

Teobaldo II se encontraba en Cartago, con motivo de una cruzada que lo llevó hasta allí, en 1270 y, viendo cercana la hora de su muerte, sintió la necesidad de redactar allí mismo su testamento, pensando que tal vez no iba a tener tiempo de regresar con vida a sus dominios reales de Navarra para ordenar su escrituración testamental, tal como ocurrió.

A pesar de la lejanía del lugar en el que se escribió este documento, podemos considerarlo como perteneciente a la serie diplomática que forma la colección de textos de la cancillería de Teobaldo II, ya que, con toda certeza, fue redactado por alguno de los escribanos del rey que, aun en África, seguía utilizando el estilo de redacción y la lengua propia de esta cancillería navarra.

¹⁴⁴ Este documento redactado en Cartago durante el mes de noviembre de 1270, forma parte de la colección diplomática de Teobaldo II (GARCÍA ARANCÓN, M. R., *op. cit.* en la n. 12, pp. 175-181, nº 88).

Quedan así localizados todos aquellos lugares en los que se redactaron los documentos que forman nuestro corpus de estudio. A esta localización espacial la han acompañado algunas de las noticias históricas más reveladoras para incluir cada una de las dataciones tópicas en el área peninsular o extrapeninsular que le correspondiera; para completar este análisis se han añadido también las dataciones cronológicas, que han contribuido así a especificar o concretar cada una de las localizaciones geográfico- espaciales.

6.3.6. ÍNDICE GEOGRÁFICO-CRONOLÓGICO DE LOS DOCUMENTOS ESTUDIADOS

Presentamos a continuación un índice geográfico-cronológico que recoge las datas más interesantes. Junto al lugar se especifica el número de documentos escritos en él, la colección o libro en que están recogidos y las fechas de su elaboración.

ABARZUZA -1 documento de la *Col. de Teob. I*, del 16 de mayo de 1251

ACEDO -1 documento de la *Col. de Teobaldo I*, de junio de 1239

AGUILAR DE CAMPÓ - 1 documento de *Docs. ling. de España*, del año 1174

AIX-EN-PROVENCE -1 documento de la *Col. de Teob. II*, del 7-6-1270

ALFAJARÍN -1 documento del "*Libro Becerro*", del 18 de marzo de 1225

ALMAZÁN -1 documento de la *Col. de Teobaldo I*, del 31 de octubre de 1234

ANAGNIE -1 documento del "*Libro Becerro*", del 13 de enero de 1259

ANERO -1 documento de *Docs. ling. de España*, del año 1191

ARTAJONA -1 documento de la *Col. de Teob. I*, del 26 de julio de 1251

BARCELONA -1 documento del "*Libro Becerro*", del 1 de mayo de 1298

BAYONA -1 documento de la *Col. de Teob. I*, del 30 de abril de 1238

BELÍN -1 documento de la *Col. de Teobaldo II*, del 16 de octubre de 1269

BEZDEMARBÁN, part. de Toro -1 documento de *Orígenes*, de hacia 1050

BRIHUEGA -1 documento de la *Col. de Teobaldo I*, del 3 de julio de 1235

BURGOS -1 documento del *Concejo de Segura*, del 12 de mayo de 1290

-2 documentos de *Salinas de Añana*, del 10-5-1290 y del 7-9-1293

BURRIANA -1 documento del "*Libro Becerro*", del 23 de julio de 1233

CALAHORRA -1 documento de *Documentos ling. de España*, de 1152

CARRIO -1 pizarra del siglo VIII d.C., de hacia el 750

CARRIÓN -1 documento de *Orígenes*, del año 1097

CARTAGO -1 documento de la *Col. de Teob. II*, de noviembre de 1270

CASTELLAR -1 documento del "*Libro Becerro*", del 23 de marzo de 1248

CIZUR - 2 documentos de la *Col. de Teob. I*, del 12-3-1249 y del 19-3-1249

CLUNIA O CORUÑA DEL CONDE -1 documento de *Orígenes*, de hacia 1030

CLUNY -1 documento del "*Libro Becerro*", del 10 de febrero de 1132

CUÉLLAR -1 documento de *Documentos ling. de España*, del año 1221

CUENCA -1 documento de *Documentos ling. de España*, del año 1186

DAX -1 documento de la *Col. de Teobaldo II*, de febrero de 1256

DOLO -1 documento del "*Libro Becerro*", del 18 de septiembre de 1162

EL BARRADO -1 pizarra de finales del siglo VI-principios del VII d.C.

ESTELLA -19 documentos de la *Col. Teob. I*, del 18-7-1234 al 26-5-1253

-13 documentos de la *Col. Teob. II*, del 6-12- 1255 al 25-9-1269

- 3 documentos del "*Libro Becerro*", del 25-9-1269 al 28-4-1299

FONTELLAS -2 documentos de la *Col. de Teob. I*, del 21 de febrero de 1245

GEMEAUX -1 documento de la *Col. de Teob. II*, del 17 de abril de 1270

HARO (LOGROÑO) -1 documento de *Salinas de Añana*, del 6 agosto de 1296

LACHY -2 documentos de la *Col. de Teob. II*, del 1 de septiembre de 1259

LAGUARDIA -1 documento de la *Col. de Teob. I*, del 19 de septiembre de 1243

LA ROCHE (MARSELLA) -2 documentos de la *Col. Teob. II*, del 2 y 4-7-1270

LARRAGA -1 documento de la *Col. de Teobaldo I*, del 3 de marzo de 1253

LEÓN -3 documentos de *Orígenes*, de los años 980, 1061 y 1078, éste último podría ser también de Monzón de Campos.

LETRÁN -1 documento del "*Libro Becerro*", del 17 de marzo de 1188

LOGROÑO -1 documento de la *Col. de Teob. I*, del 31 de octubre de 1234

LUESIA -1 documento del "*Libro Becerro*", de marzo de 1154

LUSIGNAN -1 documento de la *Col. de Teob. II*, del 25 de octubre de 1269

LYON -10 documentos del "*Libro Becerro*", del 5 al 20 de sept. de 1249

MENDAVIA -1 documento de la *Col. de Teob. I*, del 17 de enero de 1249

MOLINA -1 documento de *Documentos ling. de España*, de hacia 1225

MONREAL -1 documento de la *Col. de Teobaldo I*, del 13 de febrero de 1237

MONTEAGUDO -1 documento de la *Col. de Teob. II*, del 9 de abril de 1254

MONZÓN -1 documento del "*Libro Becerro*", del 1 de abril de 1210

MONZÓN DE CAMPOS -1 documento de *Orígenes*, del año 938

MURCIA -1 documento de *Documentos ling. de España*, del año 1272

OCHAGAVÍA -1 documento de la *Col. de Teob. I*, del 21 de octubre de 1248

OLITE -15 documentos de la *Col. Teob. I*, del 19-9-1236 al 4-5-1248

- 6 documentos de la *Col. de Teob. II*, del 23-1-1254 al 3-9-1264

OÑA -1 documento de *Orígenes*, del 11 ó 14 de marzo de 1063

OSTABAT -1 documento de la *Col. de Teobaldo II*, del 12 de octubre de 1269

PALENZUELA -1 documento de la *villa de Plencia*, del 5 de octubre de 1299

PÁMENES -1 documento de *Orígenes* del año 1055

PAMPLONA -14 documentos de la *Col. Teob. I*, del 18-5-1234 al 30-3-1253

-12 documentos de la *Col. Teob. II*, del 25-11-1253 al 9-7-1269

-2 documentos del "*Libro Becerro*", del 3-4-1281 y del 1-8-1281

PARÍS -1 documento de la *Col. de Teob. I*, del 4 de abril de 1250

-2 documentos de la *Col. Teob. II*, del 5-12-1267 y del 15-3-1269

PERALTA -1 documento de la *Col. de Teobaldo I*, del 24 de octubre de 1244

PLASENCIA -1 documento de *Documentos ling. de España*, del año 1218

PUENTE LA REINA -2 docs. de *Col. Teob. I*, del 16-3-1235 a abril de 1237

-2 docs. de *Col. Teob. II*, del 18-8-1264 al 13-10-1264

RADA -1 documento del "*Libro Becerro*", del 29 de marzo de 1291

RIETI -1 documento del "*Libro Becerro*", del 28 de julio de 1288

RONCESVALLES -3 docs. de la *Col. Teob. II*, del 13-1-1256 al 10-10-1269

SANGÜESA - 3 documentos de la *Col. Teob. I*, del 10-11-1236 al 31-12- 1247

- 3 documentos de la *Col. Teob. II*, del 10-2-1254 al 7-2-1264

SAINT DENIS -1 documento de la *Col. de Teob. II*, del 11-3-1267

SAINT JEAN D'ANGELY -1 documento de la *Col. de Teob. II*, del 29-4-1254

SALVATIERRA -1 documento de *Teobaldo I*, del 4 de mayo de 1244

SAN JUAN DE PIE DE PUERTO -1 documento *Col. de Teob. I*, del 21-9-1237

-1 doc. *Col. de Teob. II*, del 20-9-1266

SAN LEONARDO -1 documento de *Docs. ling. de España*, del año 1220

SAN MIGUEL DE CISA -1 documento de la *Col. de Teob. II*, del 10-9-1266

SAN MILLÁN DE LA COGOLLA. MONASTERIO DE -Glosas del siglo XI

-2 docs. de 1109 y 1150

SANTA EULALIA -1 documento de la *Col. Teob. I*, del 15 de julio de 1243

SANTO DOMINGO DE SILOS MONAST. DE -Glosas de *Orígenes*, del s. XI

SEVILLA -1 documento de la *Col. de Teobaldo I*, del 15 de julio de 1250

SEVILLA Cerco de -1 documento de *Documentos ling. de España*, de 1247

TIEBAS -1 documento de la *Col. de Teob. II*, del 6 de octubre de 1269

TOLEDO - 4 documentos de *Salinas de Añana*, del 27-11-1194 al 29-8-1259

TROYES -1 documento de la *Col. de Teobaldo II*, del 11 de abril de 1270

TUDELA -44 docs. de la *Col. Teob. I*, de agosto de 1234 a octubre de 1251

- 9 docs. de la *Col. Teob II*, de agosto de 1253 a noviembre de 1270

- 4 documentos del "*Libro Becerro*", desde 1134 hasta 1162.

UJUÉ -1 documento del "*Libro Becerro*", del 11 de junio de 1230

URDAX - 2 documentos de la *Col. de Teob. I*, del 31-10-1248 y del 23-4-1249

-1 documento de la *Col. de Teob. II*, del 31 de diciembre de 1264

USTARIZ -1 documento de la *Col. de Teobaldo II*, del 1 de enero de 1265

VALPUESTA -1 documento de *Orígenes*, de 1011

VALLADOLID - 3 documentos de *Salinas de Añana*, del 28-4-1282 al 4-4-1299

VILLAFRANCA -1 documento de la *Col. de Teob. II*, del 5 febrero de 1264

VITORIA - 2 documentos del *Concejo de Segurra*, del 18 de abril de 1290

ZARAGOZA -1 documento del "*Libro Becerro*", del 9 de enero de 1164

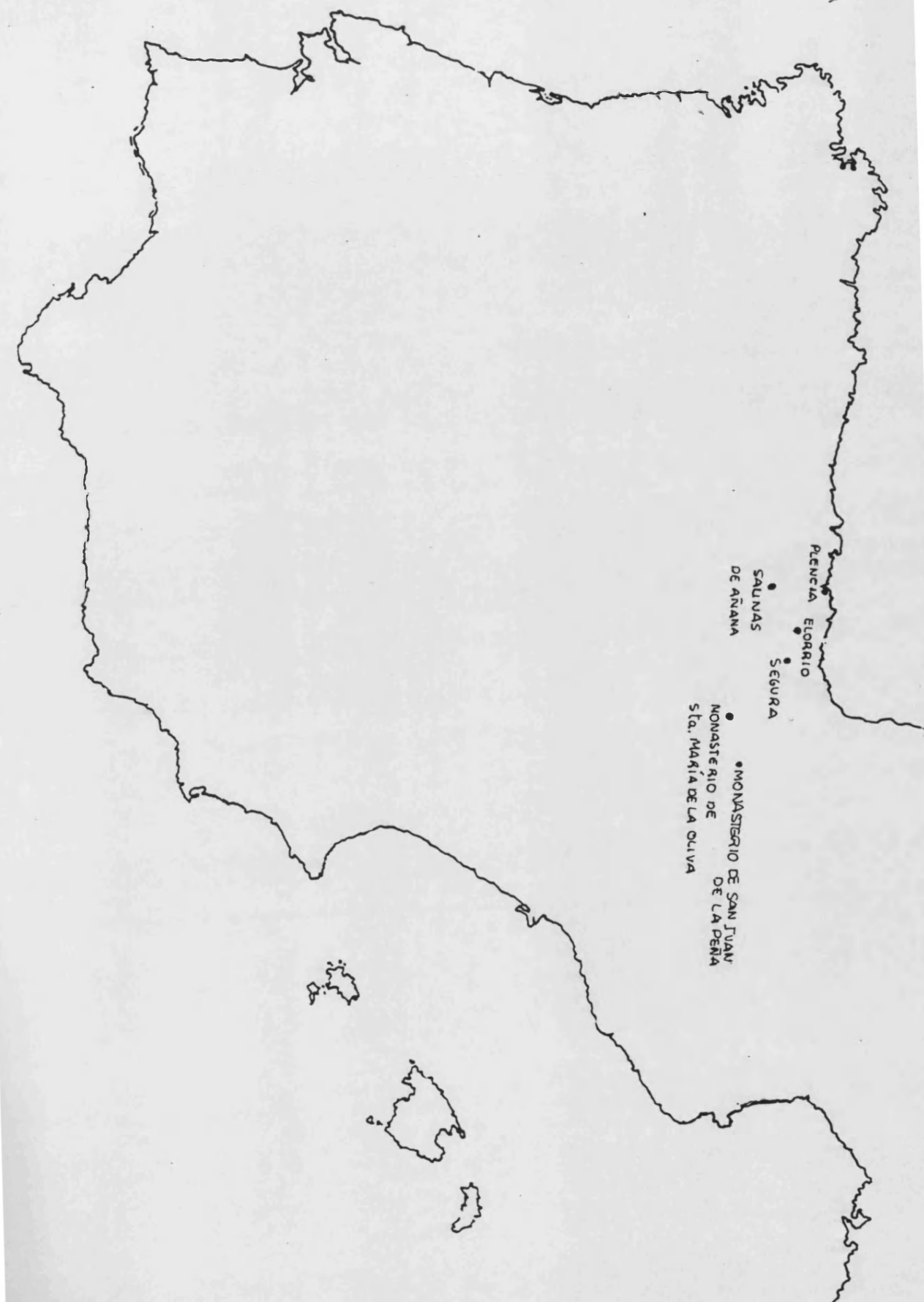
6.3.7. LOS MAPAS

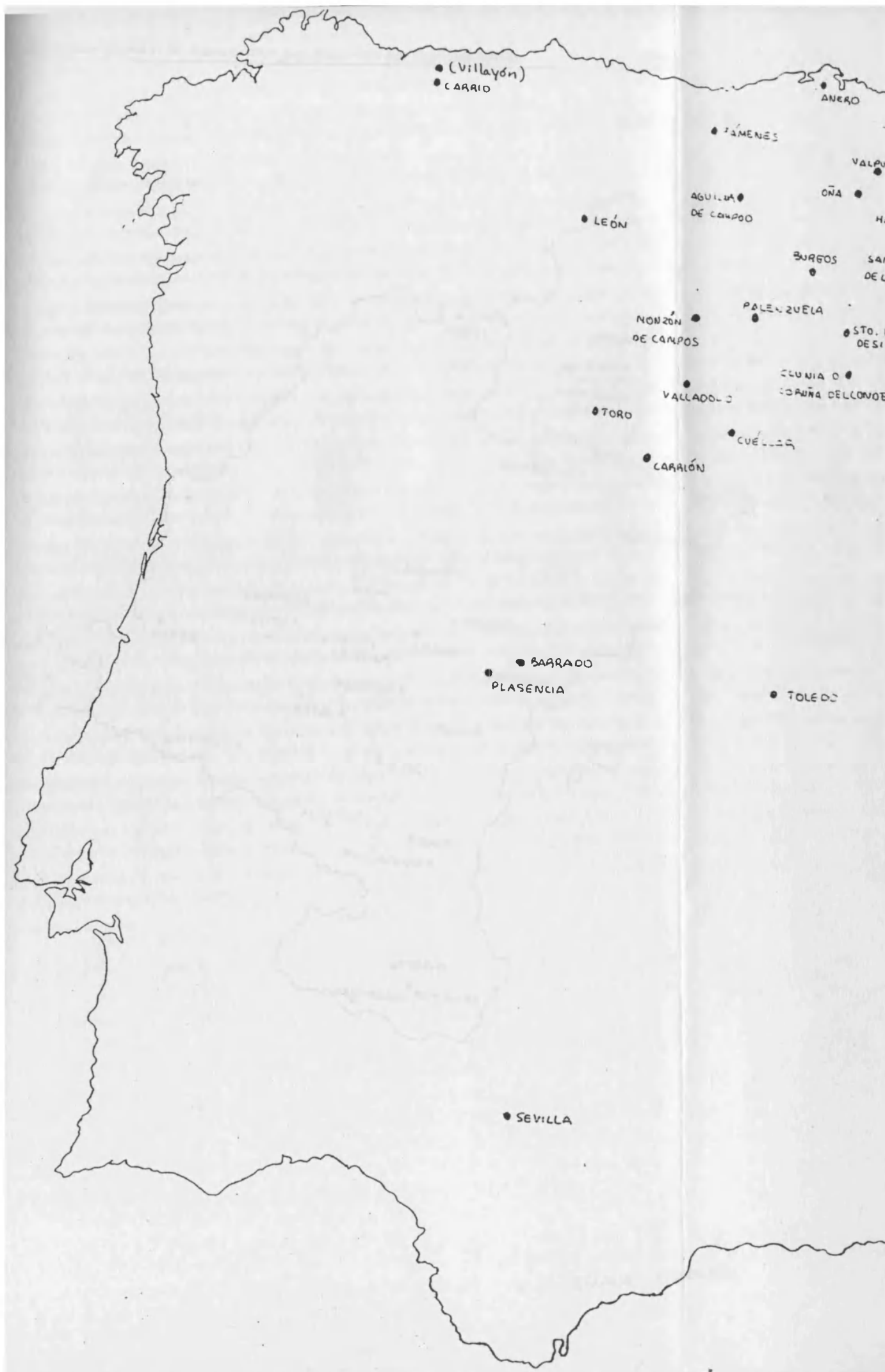
En el primer mapa de la Península están señalados los lugares de archivo de algunas de las series documentales estudiadas.

El segundo mapa de la Península Ibérica también indica los lugares concretos en los que se escribieron los documentos que forman el corpus de estudio.

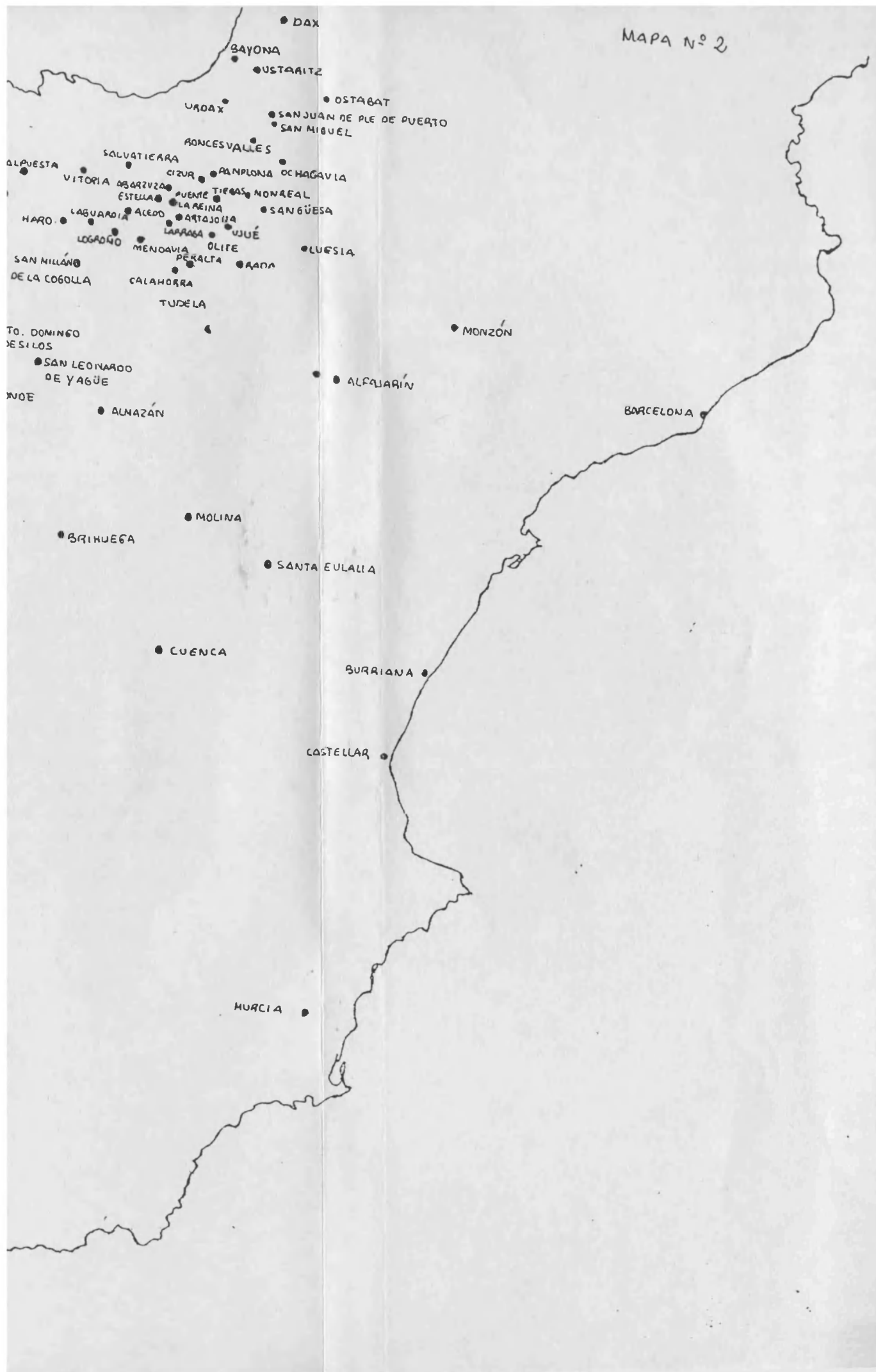
En el tercer mapa queda reflejada la situación de la Navarra medieval del siglo XIII.

MAPA N° 1





MAPA N° 2



MAPA N° 3



ESCALA 1:1.000.000

CAPÍTULO 7

ANÁLISIS DE NUESTROS DATOS

CAPÍTULO 7.

ANÁLISIS DE NUESTROS DATOS

7.1. ESCRITURA Y PRONUNCIACIÓN U ORALIDAD. LAS GRAFÍAS ROMANCES EN SUS COMIENZOS HISTÓRICOS

7.1.1. PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN

A propósito de los orígenes de la ortografía castellana, Bello hablaba de una "perfecta continuidad ortográfica" desde el latín clásico al castellano. Así establecía que "la pronunciación cambia y la letra queda"¹. La escritura era, pues, la que debía ajustarse a la pronunciación.

Las reflexiones de Bello parecen resumir el punto de vista mantenido hasta hace unos pocos años en la mayoría de estudios que tratan de la escritura desde una perspectiva diacrónica. Sin embargo, llama la atención otra de las consideraciones de este autor que parece apuntar hacia un tipo de planteamiento que se aleja del anterior. En él no se sostiene que se escribiera aproximadamente como se hablaba, sino que la pronunciación que se daba a la lengua latina era la romance. Podemos plantearnos la siguiente cuestión: si el latín se pronunciaba en la época de orígenes a la manera romance ¿consideraba Bello que

¹ ROSENBLAT, A., "Las ideas ortográficas de Bello", en Andrés Bello, *Obras completas*, Vol. V: *Estudios gramaticales*, Caracas, Ministerio de Educación de Caracas, 1951, p. XI. Bello consideraba que los monjes y notarios de la época de orígenes, al escribir las primeras palabras en romance no tenían un sentimiento ortográfico firme de la lengua latina que "se pronunciaba a la manera romance y casi se escribía como se pronunciaba". Así, la escritura fue ajustándose a la pronunciación siguiendo tendencias regularizadoras de claridad y sencillez, aunque en ocasiones los clérigos le imprimían un sello cultista y latinizante que aumentaba las vacilaciones.

sólo había una norma de pronunciación, la del romance, o, por el contrario, era partidario de la coexistencia de dos normas de pronunciación separadas, latín y romance, como se ha venido estableciendo hasta ahora?

En cualquier caso, la cuestión no es tan sencilla como parece plantear este interrogante.

Por ejemplo puede ocurrir, como dice M. Torreblanca, que las evoluciones fonéticas no siempre vayan acompañadas de cambios ortográficos de forma que "las letras pueden cambiar de valor fonético"².

También F. Sabatini³ induce a la reflexión. Advierte, en primer lugar, que la apariencia escrita de un texto puede llevar a extraer conclusiones erróneas respecto de la oralidad al encubrir fenómenos existentes en el habla. En segundo lugar, cree necesario señalar que los primeros documentos en romance no atestiguan la conciencia de diferenciación entre latín y romance, sino una reforma ortográfica.

M. Pérez González⁴, al estudiar el latín de los documentos de la cancillería castellana de los siglos XII y XIII, señala, por un lado, la dificultad de distinguir las grafías históricas de las fonéticas en el latín medieval y, por otro lado, la influencia de la fonética romance en la pronunciación y escritura de ese latín.

Estas opiniones son únicamente una muestra de las dificultades que entraña el estudio de la historia de la creación ortográfica romance y su relación con la oralidad.

² TORREBLANCA, M., "Omisión de grafemas en los documentos medievales de Castilla", *Journal of Hispanic Philology*, X, 1985-86, p. 229.

³ SABATINI, F., "Lingua parlata, scripta e coscienza linguistica nelle origini romanze", en *Atti di XIV Congresso Internazionale di Linguistica e Filologia Romanza (Napoli, 1974)*, Vol. I, Nápoles, 1979, pp. 445-453. En opinión de este autor la innovación no fue la aparición de la lengua romance sino que la lengua hablada se escribiera, ya que con anterioridad el romance "non era il latino, ma dal latino non si differenziava fino al punto da venire riconosciuta e identificata per iscritto" (p. 453). Estas precisiones coinciden con un planteamiento novedoso, el de R. Wright, tal como tendremos ocasión de comprobar más adelante.

⁴ PÉREZ GONZÁLEZ, M., *El latín de la cancillería castellana (1158-1214)*, Universidad de Salamanca y Universidad de León, 1985.

En este capítulo no pretendemos teorizar sobre escritura y pronunciación u oralidad porque de ello ya se han ocupado numerosos autores, tal como tendremos ocasión de comprobar a lo largo de este apartado del capítulo. En cambio, nuestro interés se centra en revisar las diferentes posturas, algunas de ellas opuestas y otras complementarias, del análisis de la oralidad y de la escritura en un período cronológico concreto, el de la aparición de los textos primitivos y documentos alto-medievales, es decir, de los siglos IX al XIII, sin olvidar algunas referencias precisas de la época visigoda.

No nos detendremos en analizar los diferentes nombres que se han otorgado al estudio de la ciencia de la escritura o a la correspondencia grafías-sonidos, de ello ya se ha ocupado L. Contreras quien aboga por la denominación de *grafémica*⁵.

Tampoco vamos a ocuparnos de la escritura desde una perspectiva paleográfica que incluiría el análisis de los tipos de letras, las diferencias de nivel, más o menos culto, entre los escribas al redactar los textos, las técnicas de escritura formal e informal, los modelos gráficos, la producción de libros, etc. Para todos estos asuntos puede verse el trabajo de A. Petrucci⁶ centrado en la educación gráfica en los siglos VII-X de los escribas, sobre todo los de la Península Itálica, aunque se ocupa también de los de otras partes de Europa occidental como Francia y España principalmente. Por otro lado, del estudio de la enseñanza eclesiástica en la España visigoda se ha ocupado J. Fontaine⁷, estableciendo las diferencias y similitudes entre la enseñanza monacal y la enseñanza clerical,

Pues bien, delimitados los objetivos de este apartado, observamos que todos los estudios que tratan del tema que nos

⁵ CONTRERAS, L., *Ortografía y grafémica*, Madrid, Visor Libros, 1995, pp. 123-143.

⁶ PETRUCCI, A., "Alfabetismo ed educazione grafica degli scribi altomedievali (secc. VII-X)", en Peter Ganz (ed.), *The Role of the Book in Medieval Culture*, Vol. I, Turnhout, Belgium: Brepols, 1986, pp. 109-131.

⁷ FONTAINE, J., "Fins et moyens de l'enseignement ecclésiastique dans l'Espagne Wisigothique", *La Scuola nell'Occidente Latino dell'Alto Medioevo (Settimane di studio del Centro Italiano di Studi Sull'Alto Medioevo, XIX, 15-21 abril 1971)*, Spoleto, 1972, pp. 145-202.

ocupa llevan implícito el planteamiento de la fecha de la distinción entre latín y romance, aunque, claro está, desde perspectivas diferentes.

Son principalmente dos las posturas que destacan. Una primera aproximación a ellas parece indicar que se trata de dos concepciones opuestas e irreconciliables porque parten de supuestos diferentes. Sin embargo, no hay que descartar que presenten algunos puntos en común en los que podría estar la clave que permitiera arrojar más luz sobre esta cuestión tan debatida de escritura y pronunciación desde los siglos oscuros de los que hablaba Menéndez Pidal para referirse a la época de orígenes hasta el siglo XIII.

Analicemos el tratamiento que hacen del tema que nos ocupa estas dos posturas antes de intentar reconciliarlas.

En principio, nos centraremos en las indicaciones de aquellos lingüistas que reconocemos como representantes de la "teoría tradicional" no sólo por las razones expuestas en capítulos anteriores, sino también porque esta denominación nos permite distinguir la concepción o postura que representa de otra que parece oponerse a ella totalmente y que esté o no en lo cierto ha revolucionado el panorama de la investigación en diacronía en los últimos años. Nos referimos a la concepción que podría reconocerse como teoría de R. Wright.

7.1.2. CONCEPCIÓN TRADICIONAL

Centrémonos, en primer lugar, en la teoría tradicional. Sus partidarios coinciden en señalar que el sistema gráfico latino de los escritos anteriores al siglo XIII reproducía casi fielmente el sistema fonético latino propio de algunos hablantes, los pertenecientes a los sectores más favorecidos intelectualmente. Este sistema latino, escrito y hablado, coexistía con otro sistema fonético, el del romance, que se reflejaba en los escritos en latín a modo de incorrecciones o

errores interpretados, por tanto, como propios de un estilo vulgar. Un claro ejemplo serían los documentos del León de los siglos IX y X redactados, en palabras de Lapesa, en latín arromanzado. A estos documentos ya nos hemos referido en capítulos anteriores, estudiándolos desde la concepción tradicional y la de R. Wright; sin embargo, ahora pretendemos ofrecer algunas interpretaciones más recientes e interesantes de ellos a lo largo de este capítulo.

Así pues, los representantes de la teoría tradicional hacen corresponder a la ortografía latina antigua, una pronunciación antigua latina también. Una de las razones tal vez haya sido la tendencia que sentimos inconscientemente de leer cualquier escrito con ortografía latina que cae en nuestras manos de la misma manera que hemos aprendido a leer las obras en latín clásico, sin plantearnos si realmente en la época de orígenes esa forma de redacción implicaba o no una pronunciación "latina" con errores debidos a influencia del romance.

En cualquier caso, estos supuestos tradicionales así planteados implican que la distinción entre latín y romance ha existido siempre, es decir, defiende una situación diglósica derivada de la coexistencia de dos códigos lingüísticos diferentes, latín y lenguas romances.

7.1.3. VISIÓN RENOVADORA DE WRIGHT. SUS PARTIDARIOS. SUS DETRACTORES. ALGUNOS PUNTOS DÉBILES O IMPRECISIONES QUE A NUESTRO JUICIO PRESENTA

En segundo lugar, la otra concepción a la que nos hemos referido arriba, diferente a ésta que acabamos de resumir, es la que plantea, tal como habíamos adelantado, la cuestión que nos ocupa de la pronunciación y escritura desde una perspectiva novedosa y renovadora. Esta teoría, la de Wright, sostiene que la escritura no puede ser una transcripción fotográfica únicamente,

sino que tiene como finalidad comunicar el sentido y ello "se consigue si los lectores logran reconocer las unidades léxicas"⁸. Al plantearse si los escribas de los siglos VIII al XII pretendían representar su fonética de forma detallada o, por el contrario, seguían lo establecido tradicionalmente como correcto, al igual que los visigodos, llega a la conclusión de que el propósito de estos escribas no iba más allá de continuar la tradición ortográfica, en lugar de "dar una representación fotográfica de sus propios hábitos fonéticos", aunque en la mayoría de ocasiones les resultaba imposible seguir la corrección tradicional ortográfica y morfológica anticuadas que "se les enseñaba al aprender a escribir"⁹.

Los planteamientos de Wright podrían resumirse con la explicación que este autor ofrece de los documentos leoneses de los siglos X y XI. En su opinión reflejan el romance de su época aunque envueltos en una ligera capa de latínidad que no debe dar lugar a confusiones. Defiende, por lo tanto, que debió usarse la ortografía tradicional junto a la fonética evolucionada desde antes del siglo XII.

C. Pensado Ruiz¹⁰, al analizar estos documentos escritos en el supuesto latín vulgar leonés del que hablaba Menéndez Pidal, se muestra partidaria de Wright. Está convencida de que

⁸ WRIGHT, R. "La escritura: ¿foto o disfraz?", en Ralph Penny (ed.), *Actas del Primer Congreso Anglo-Hispano*, t. I (Lingüística), Madrid, Castalia, 1993, p. 226.

⁹ *Ibid.*, p. 228. La explicación que encuentra Wright es la de que el escriba "sabe que la lengua vernácula necesita escribirse de manera extraña para parecer respetable y siempre que puede lo hace así", aunque los documentos debían leerse en voz alta en romance para facilitar la comprensión a los oyentes, los testigos del acto de escrituración en este caso. Se trata, pues, únicamente de un "camuflaje latinizante superpuesto a una base vernácula", o lo que es lo mismo, se escribían "documentos en la lengua vernácula con una ligera capa latinizante" (WRIGHT, R., *Latín tardío y romance temprano en España y la Francia carolingia*, Madrid, Gredos, 1989, pp. 361, 229 y 226 respectivamente). Este autor insiste en que los que escribían se basaban en los requisitos señalados por los gramáticos, pero con el paso de los siglos, algunos de estos principios recomendados en las gramáticas resultaron raros en el habla, de forma que aprender a escribir se estaba haciendo cada vez más difícil (WRIGHT, R., "Complex Monolingualism in Early Romance", *Linguistic Perspectives on the Romance Languages*, Jonh Benjamins, Amsterdam/Philadelphia, 1993, pp. 384-385).

¹⁰ PENSADO RUIZ, C., "How was Leonese Vulgar Latin read?", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Language in the Early Middle Ages*, London and New York, Routledge, 1991, pp. 190-204.

ese latín popular no puede compararse con la lengua hablada y, por ello, no hay que ver más que un intento por parte de los escribas de escribir de forma aceptable la lengua que poseían, de ahí las variaciones gráficas que aparecen en los documentos, reflejo de ese deseo de escribir lo mejor que sabían.

Wright defiende esta teoría en todos sus trabajos posteriores. En su opinión no había en la Alta Edad Media ni bilingüismo ni diglosia de latín y romance, sino un monolingüismo complejo. Así, sostiene la existencia de un solo código lingüístico, el del romance, antes de la introducción de las nuevas normas de pronunciación del Renacimiento Carolingio. Los que escribían lo hacían con el único sistema ortográfico que se conocía, el arcaico del latín clásico, aunque los textos se leían en voz alta a la manera romance para facilitar su comprensión a los oyentes. De esta forma, el disfraz latino de la escritura no impedía que se entendiera lo leído en voz alta con pronunciación romance. Los oyentes creían escuchar una variedad del mismo código que utilizaban al hablar, aunque con aire más culto o arcaico, y los que leían a la manera vernácula no tenían la impresión de estar traduciendo del latín al romance, sino que transformaban la ortografía antigua, mediante correspondencias fonéticas y morfológicas, en la lengua hablada de su época. Por todo ello, las diferencias entre lo hablado y lo escrito no indican, para Wright, que se trate de dos lenguas distintas. La lengua hablada evolucionó, mientras que las reglas de escritura aprendidas por los escribas seguían siendo las mismas¹¹. Por esta razón entiende que tanto las Glosas de San Millán y de Silos¹², como los textos asturianos de los siglos IX y

¹¹ WRIGHT, R., "La sociolingüística moderna y el romance temprano", en D. Kremer (ed.), *Actes du XVIII^e Congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes (Trier, 1986)*, t. V, Tübingen, Max Niemeyer, 1988, p. 13. Está convencido de que los textos anteriores al siglo IX "si los escribió un hablante de romance temprano, representan un nivel estilístico de este romance" (p. 14).

¹² A propósito de la función de estas Glosas sostiene que en ellas "podemos decir que ortografía nueva representaba fonética evolucionada, pero ortografía tradicional no es que represente necesariamente fonética atrasada", de forma que "al leer un texto en alta voz todos leían la escritura tradicional con la fonética evolucionada normal" (WRIGHT, R., "La

X¹³ son ejemplo de que la ortografía tradicional no representaba fonéticamente el latín. Los últimos están escritos, por tanto, en un estilo elevado de romance y no en un estilo bajo de latín, puesto que la lengua no era "peor" que el latín hablado en el Imperio, tal como explica en otro trabajo¹⁴.

M^a T. Echenique y M. Quilis se sienten identificadas con la postura de Wright ya que, al analizar textos anteriores a la fecha que Menéndez Pidal fija para el nacimiento del romance escrito, concretamente unas pizarras visigodas de los siglos VIII y siguientes, observan que estas pizarras presentan claros indicios del romance, que han de entenderse como señales de que la persona que las escribió casi había olvidado el latín o, al menos, no lo utilizaba, sino que hacía uso ya del romance, claro está escribiéndolo con las únicas grafías que conocía, las del latín¹⁵.

De esta misma forma interpreta Wright algunos documentos más tardíos, como la famosa "Nodizia de kesos", de finales del siglo X. Considera que estaban escritos utilizando un

función de las Glosas de San Millán y de Silos", *Actes du XVII^e Congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes (Aix-en-Provence, 1983)*, Université de Provence, 1986, pp. 214-215). Del acierto o no de esta interpretación nos ocuparemos más adelante.

¹³ De forma parecida a las Glosas, trata Wright los textos asturianos de los siglos IX y X, al afirmar que los escribas no querían escribir el latín, sino el estilo más respetable que podían de su propia lengua vernácula. Escribían, pues, a la manera oficial anticuada ya que no se habían inventado ni la escritura romance ni las transcripciones fonéticas. Los textos, por lo tanto, representaban el romance y estaban escritos no en un estilo bajo latino, sino en un estilo muy elevado de romance, por lo que la lengua que hablaban no merece el calificativo de "bárbara" (WRIGHT, R., "Textos asturianos de los siglos IX y X: ¿Latín bárbaro o romance escrito?", *Lletres Asturianes*, 41, 1991, pp. 21-34).

¹⁴ Wright explica que, en realidad, la morfología y la sintaxis romances de la primera época reflejan un habla más compleja, versátil y sofisticada que la anterior, dándose además la coexistencia de lo viejo y lo nuevo, éste último en nada inferior al primero (WRIGHT, R., "Versatility and vagueness in early Medieval Spain", en D. Mackenzie e I. Michael (eds.), *Hispanic Linguistic Studies in Honour of F. W. Hodcroft*, The Dolphin Book Co., Oxford, 1993, pp. 209-210).

¹⁵ ECHENIQUE ELIZONDO, M. T. y QUILIS MERÍN, M., "Latín, castellano y lengua vasca en los orígenes románicos", *Actas del XX^e Congrès International de Linguistique et Philologie Romanes*, t. II, Zurich, 1992, pp. 625-627. Wright asegura también que varios textos de los siglos VI al VIII tienen una sintaxis que se parece más al viejo romance que al latín (WRIGHT, R., "Early Medieval Spanish, Latin and Ladino", en I. Benabu (ed.), *CIRCA 1492, Proceedings of the Jerusalem Colloquium: Litterae Judaeorum in Terra Hispanica*, The Hebrew University of Jerusalem, 1992, p. 37).

método experimental, frente a otros más oficiales que, para ser guardados, se escribían siguiendo las técnicas de escritura establecidas por Donato en su *Ars Grammatica*, esto es, con ortografía y morfología depuradas, buscando la corrección. De ahí que haya que señalar divergencias no entre dos lenguas diferentes, sino entre usos "correctos" e "incorrectos" de la misma lengua. Se leía en romance aunque se escribiera siguiendo las normas tradicionales. Se sabe, según este autor, que los textos estaban escritos en el romance de su época por algunas palabras que no podían ser escritas de manera correcta, o que no debían ser cambiadas, como por ejemplo los nombres de personas árabes en concreto, o los arabismos en general, al igual que algunos topónimos o antropónimos, de ahí que inventaran algo que "se aproximaba más fonográficamente al habla en estas palabras que en las otras"¹⁶. Estas novedades ortográficas fueron extendiéndose a otras palabras, en textos de los siglos XI y XII, a la vez que dejaba de usarse el disfraz latinizante, hasta que en el siglo XIII la escritura se basó en el habla en Castilla y la primera parte de este siglo fue la única época en que se escribió en un estilo más aproximado a la oralidad, sin atender a las limitaciones de la estandarización¹⁷.

El hecho de que las nuevas grafías romances se asentaran teniendo como modelo las latinas no es de extrañar si tenemos en cuenta los comentarios de M^a T. Echenique y M. Quilis. Estas autoras, a propósito de algunas consideraciones de Michelena en

¹⁶ WRIGHT, R., *art. cit.* en la n. 8, p. 229. Explica que "la ortografía de muchas palabras debió haberse enseñado a los aprendices del siglo X español más o menos mediante los métodos logográficos que se usan hoy en día en el mundo anglosajón, esto es, como entidades enteras sin ningún análisis fonético. Sin embargo, para escribir las otras palabras menos reconocibles cuya forma no se había enseñado en la formación inicial tenían algunas reglas aproximadas de correspondencia entre letra y sonido" (p. 229).

¹⁷ WRIGHT, R., *art. cit.* en la n. 13, p. 30. Este autor está convencido de que la invención de la escritura romance tuvo como estímulo "la invención del habla latina medieval", esto es, en el siglo XII en Castilla, como ocurrió en "la Francia carolingia, las limitaciones introducidas por la pronunciación latina medieval, es decir, la incapacidad de escribir material para su reproducción oral en la lengua vernácula, llevó a la decisión final de elaborar y difundir sistemas de escritura vernácula". Además, cree estar en lo cierto al señalar que "la decisión de escribir en lengua vernácula" sin el disfraz latinizante, hacia el año 1206, "es, por lo tanto, una decisión de dejarse de inhibiciones y presentar las cosas sin tapujos y no la decisión de crear algo completamente nuevo" (R. WRIGHT, R. *op. cit.* en la n. 9, pp. 216, 346 y 362 respectivamente).

las que deja traslucir su impresión de que los vasquismos que aparecen en textos primitivos son incorrecciones o desviaciones del latín clásico, aseguran que lo más conveniente es pensar que tales testimonios no están deformados, sino "latinizados", es decir, "barnizados de ese latín que no es más que una forma de escribir". Además, también creen que los amanuenses únicamente aprendieron a escribir en latín y con él tuvieron que "representar la lengua que hablaban, que, en este caso, podría ser doble: romance y vascuence". En cualquier caso, están convencidas de que "si los vasquismos se latinizan, de la misma manera debía ser latinizado el romance"¹⁸.

Toda esta interpretación ofrecida por Wright de la escritura y pronunciación se opone a la de la teoría tradicional al partir de un punto de vista diferente que ya hemos comentado en capítulos anteriores. En opinión de este autor la distinción entre romance y latín en la Península, con excepción de Cataluña, no empezó desde la caída del Imperio Romano (siglo V), sino mucho más tarde, a partir del año 1100 aproximadamente, y se aceptó a partir del siglo XIII cuando el latín medieval impuesto por las reformas carolingias se asentó definitivamente¹⁹.

Defiende, por tanto, la existencia de única habla en una comunidad de gran diversidad, versatilidad y vitalidad²⁰, es decir, un monolingüismo complejo sin distinciones

¹⁸ ECHENIQUE ELIZONDO, M. T. y QUILIS MERÍN, M., *art. cit.*, p. 629. M. T. Echenique explica en otra ocasión que incluso el vasco cuando realizó su conversión en grafolecto, aunque claro en una época muy posterior a la que nos estamos refiriendo, lo hizo "tomando como pauta las *scriptae* románicas que había en su entorno" (ECHENIQUE ELIZONDO, M. T., "El latinismo en escritores vascos de los siglos XVI y XVII", *Actas del XIX Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas (Universidad de Santiago de Compostela, 1989)*, Vol. V, Fundación "Pedro Barrié de la Maza, Conde de Fenosa", La Coruña, 1993, p. 357).

¹⁹ WRIGHT, R., *op. cit.* en la n. 9, p. 220. La causa de que en España, a excepción de Cataluña, "la lenta absorción del latín medieval y la necesidad consecuente de un romance español escrito" duraran "dos siglos más", se debe a que la cultura europea no empieza a hacerse sentir hasta finales del siglo XI", o lo que es lo mismo, "el nivel general de latinidad" no mejoró hasta mucho tiempo después de decretarse las reformas del Concilio de Burgos (WRIGHT R. *op. cit.* en la n. 9, pp. 309 y 310).

²⁰ WRIGHT, R., *art. cit.* en la n. 9, p. 383.

metalingüísticas entre latín y romance, que implicaba la existencia de una sola comunidad de habla románica occidental hasta finales del siglo VIII, de gran complejidad pero sin diferencias geográficas o estilísticas que impidieran la comunicación, con "a mosaic of old and new linguistic usages"²¹. Es más, la distinción conceptual latín/romance no se había inventado aún en la corte de Alfonso III, en la que se creía disponer de una lengua única. La distinción surgió como resultado de una innovación²².

Las propuestas de Wright no sólo han invitado a la reflexión en la historia de la lengua, sino que también han sido tomadas como punto de partida por algunos estudiosos que se muestran, por tanto, partidarios de la teoría que defiende este autor.

Así, por ejemplo, la existencia del monolingüismo en época precarolingia la comparten autores como Lloyd²³ o Janson²⁴, al tratar de los nombres de las lenguas desde un planteamiento totalmente teórico.

²¹ WRIGHT, R., *art. cit.* en la n. 14, pp 207 y 220.

²² Wright explica que "the conceptual distinction between Latin and the contemporary Romance languages of the Early Middle Ages can only have been the result of an innovation made on purpose in a particular historical context, that of the Carolingian renewal of Christian intellectual life, rather than the inevitable result of a gradual evolution". (WRIGHT, R., "The conceptual distinction between Latin and Romance: invention or evolution?", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Language in the early Middle Ages*, London and New York, Routledge, 1991, p. 104.

²³ LLOYD, P. M., "On the names of languages (and other things)", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Language in the early Middle Ages*, London and New York, Routledge, 1991, pp. 9-18. Lloyd está convencido de la inexistencia en los hablantes de aquella época de un "sentimiento" de que latín y romance fueran dos idiomas diferentes.

²⁴ JANSON, T., "Language change and metalinguistic change: Latin to Romance and other cases", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Language in the early Middle Ages*, London and New York, Routledge, 1991, pp. 19-28. Janson, partiendo de la aclaración de que no hay que confundir los cambios de lengua con los cambios de los nombres de lenguas, sostiene que no hubo un cambio de lenguas, sino un cambio de actitud hacia la lengua por parte de los hablantes, de forma que, aunque se llamara latín, sólo se hablaba romance antes del siglo IX. "Latín" era únicamente, por lo tanto, una denominación usada para el lenguaje escrito que suponía una estandarización de la diversidad lingüística o dialectalización de la lengua hablada. El proceso de poner nombres a las lenguas está relacionado con la creación de las formas escritas y su estabilización ocurrió con posterioridad al período carolingio.

A. Varvaro²⁵ no sólo se detiene en esta cuestión también, aunque desde consideraciones sociolingüísticas actuales, sino que entiende el latín como un disfraz bajo el que se pueden detectar las formas romances²⁶.

Por lo que atañe a la Península Ibérica, Stengaard²⁷ parte también de la idea del "monolingüismo" para analizar desde esta perspectiva las diferentes clases de Glosas Emilianenses.

Otra de las hipótesis de Wright²⁸, la que aboga por la distinción conceptual del latín y del romance como dos lenguas

²⁵ VARVARO, A., "Latin and Romance: fragmentation or restructuring?", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Language in the early Middle Ages*, London and New York, Routledge, 1991, pp. 44-51. En su opinión el lenguaje escrito empezó a mostrar signos marcados de divergencia geográfica a partir del siglo XI, aunque las evoluciones romances hubieran empezado mucho antes. Las variaciones geográficas, sociolingüísticas y estilísticas de cada comunidad facilitan la inserción de los nuevos fenómenos lingüísticos. Así no puede defenderse la existencia de un período de diglosia anterior a esta fecha, basándose sólo en el conservadurismo que parece existir en los textos escritos.

²⁶ VARVARO, A., "Sull'origine della polimorfia nella scripta", *Actes du XVIIIe Congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes (Trier, 1986)*, t. III, Tübingen, Niemeyer, 1988, pp. 710-715. Varvaro explica que ese romance que aparece bajo el disfraz latino no es un romance homogéneo. Ha de tenerse en cuenta al estudiar la escritura que la polimorfia y la heterogeneidad son características intrínsecas y constitutivas de los sistemas lingüísticos, tanto en las formas orales como en las escritas, de ahí que las formas alternativas de cada idiolecto puedan aparecer en sus usos escritos.

²⁷ STENGAARD, B., "The combination of glosses in the *Códice Emilianense 60* (Glosas Emilianenses)", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Language in the early Middle Ages*, London and New York, Routledge, 1991, pp. 177-189. Considera que tanto las glosas fonéticas como las gramaticales servirían para leer los textos en voz alta, es decir, se trataba de glosas silenciosas de las que sólo se percibía su efecto.

²⁸ WRIGHT, R., "El latín y el ladino (siglos XI y XII)", *Actas del XIX Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas (Universidad de Santiago de Compostela, 1989)*, Vol. V, La Coruña, Fundación "Pedro Barrié de la Maza, conde de Fenosa", 1993, pp. 61-70. Con respecto a la distinción conceptual del latín y romance o ladino, Wright establece que se trata de "una invención de los eruditos de la Corte carolingia de finales del siglo octavo", originando una situación diglósica que no pudo surgir por sí sola sino que fue establecida y mantenida "por sistemas educativos y sociales" (p. 61). En Castilla se sintió la distinción entre dos lenguas a partir de la segunda mitad del siglo XIII. Sin embargo, en su opinión, en el siglo XII debió haber existido una confusión. Cree que Lapesa está en lo cierto, por tanto, al señalar que "el Fuero de Valfermoso de las Monjas" no representa una mezcla de latín y romance, sino "la realidad viva del habla" romance, dotada de un "barniz latín superpuesto", a pesar de que Lapesa sea partidario de que latín y romance fueran dos lenguas diferentes, en lugar de dos registros de una misma lengua como sostiene Wright. No había personas bilingües, aunque sí distinciones de registro y de formalidad, únicamente había "una sola manera formal de escribir" en el siglo XII. "Los documentos atestiguan "romance escrito", es decir, escrito de la única manera que existía, más bien que "latín arromanzado", (como creía Menéndez Pidal). Los notarios, al escribir "trataban de formalizar su vernáculo con un "barniz" superpuesto de una pocas reglas provisionales y prácticas" (p. 65). Con posterioridad a 1250, los notarios sí pueden elegir entre dos tipos de escritura que ya podían corresponder a dos lenguas, pero no antes. Así, a partir del siglo XIII en España, las normas escritas disfrazan otra vez la versatilidad del habla, cuando Alfonso X sintió la necesidad de imponer límites artificiales en la escritura

separadas a partir de la introducción del latín medieval como un nuevo método de lectura en voz alta, pronunciando un sonido para cada letra escrita, también la comparten otros autores. Sólo a partir de ese momento empieza la situación diglósica romance-latín y no con anterioridad, es decir, la distinción consciente de las dos lenguas la llevan a cabo los eruditos carolingios como un desarrollo metalingüístico y en ese momento empiezan también, en opinión de Wright, las distinciones diatópicas²⁹.

De esta misma opinión es Heene al estudiar los cambios que se producen en los textos hagiográficos entre los siglos VIII y IX en Francia, presentándose gradualmente más formalizados y de uso exclusivos de los clérigos³⁰.

En cuanto a la Península Ibérica, Blake intenta apoyar esta hipótesis de Wright en algunos de sus estudios. En uno de ellos se basa en el punto de vista sintáctico para llevar a cabo el análisis de unos cuantos documentos notariales de los siglos IX, X y XI, redactados en lo que tradicionalmente se pensaba que era latín atendiendo a su ortografía y morfología. El patrón sintáctico de estos documentos no es el propio del latín, con el verbo detrás de sus complementos, sino el del romance, verbo + complementos, por lo que, sin duda, estos documentos son reflejo del romance³¹. En otro trabajo, este autor establece que,

para alcanzar una normalización de la forma escrita (WRIGHT, R., *art. cit.* en la n. 14, p. 212).

²⁹ WRIGHT, R., *art. cit.* en la n. 9, p. 377.

³⁰ HEENE, K., "Audire, legere, vulgo: an attempt to define public use and comprehensibility of Carolingian hagiography", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Language in the early Middle Ages*, London and New York, Routledge, 1991, pp. 146-163. Heene observa en su estudio como se dio una evolución, a partir del siglo IX, en Francia hacia un latín escrito más formalizado, que se convirtió en lengua de comunicación para un grupo restringido, a la vez que era incomprensible para el hombre de la calle.

³¹ BLAKE, R., "Syntactic aspects of Latin text of the Early Middle Ages", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Language in the early Middle Ages*, London and New York, Routledge, 1991, pp. 219-232. Blake está de acuerdo con Wright en que la abundante aparición de documentos aparentemente romances después del siglo XI es resultado de la nueva adhesión al principio ortográfico carolingio de una letra, un sonido, que fue uno de los objetivos de la reforma educacional para mejorar la destreza en latín (p. 219). En este trabajo Blake cuestiona, además, los postulados tradicionales que no explican la rápida desaparición de la diglosia latín/romance mantenida durante tres siglos, tras la implantación de las prácticas de escritura carolingias. Asimismo, tampoco está de acuerdo con que los escribas usaran principios fonéticos para escribir el latín tardío, ya que necesitaron al menos tres siglos para aprender a utilizar ese mismo sistema con la lengua vernácula, es decir, "why should scribes take so long to consolidate Romance orthographic

en lugar de interpretar los documentos anteriores al siglo XII escritos con apariencia semilatinizante como muestra del bajo nivel de la enseñanza del latín de este período, es preferible considerarlos escritos en romance, pero con las únicas convenciones ortográficas de las que se disponía, las de la escritura tradicional latina³². Más recientemente, Blake sigue mostrándose partidario de esta hipótesis que estamos analizando. Insiste en que no debe hablarse de una situación de diglosia con anterioridad al siglo XIII. La escritura latinizante no se basaba en principios fonéticos, sólo se trataba de una convención ortográfica para representar la lengua hablada romance, y las fórmulas latinas de los documentos notariales de los siglos XII y XIII no deben dar lugar a confusiones, son propias de la labor legalista del escriba y no señales de bilingüismo³³. A

conventions after the eleventh century, if phonetic writing were already commonplace?" (p. 228). Todas estas consideraciones le permiten llegar a la conclusión de que la variedad entre los registros y dialectos del español antiguo no es suficiente para explicar las variaciones que plagaron los primeros intentos de escribir en romance incluyendo las Glosas de San Millán y de Silos. Además, insiste en que el hecho de que algunos escribas de la temprana Edad Media escribieran en impecable latín, no implica que los textos latinos se leyeran en latín, sino que eran leídos y entendidos por gente que sólo hablaba hispano-romance. Asimismo, aunque la apariencia ortográfica de estos textos no parece indicar base vernácula, la sintaxis es claramente romance (p. 229).

³² BLAKE, R., "New Linguistic Sources for Old Spanish", *Hispanic Review*, Vol. 55, 1, Philadelphia, University of Pennsylvania, 1987, p. 3. Continúa diciendo Blake, una vez más, que las normas ortográficas dan al romance apariencia latina pero sólo representan eso, una "apariencia" latina, ya que las estructuras sintácticas son totalmente romances y no latinas (p. 3). Además, coincide con Wright en la idea de que la aparición de la ortografía vernácula, que para este último es posible que se produjera de una manera imprevista, teniendo en cuenta que los reformistas carolingios sólo se preocuparon del restablecimiento de las antiguas normas del latín imperial escrito, supone una "reforma ortográfica que reconoce los cambios que habían venido ocurriendo desde hacía mucho en el habla de todo el mundo" (WRIGHT, R. *op. cit.* en la n. 9, p. 88). Así Blake dice: "Out of necessity, the technique was fortuitously extended to writing Romance as well, and the medieval documents -not so amazingly- began to be rendered in what we recognize as the Romance vernacular of the period and locality in question" (p. 6). Como conclusión propone, puesto que las reglas de escritura no se establecieron por lo menos hasta finales del siglo XIII, que no seamos demasiado duros con los escribas de los siglos XI, XII y XIII, sea cual fuera su particular nivel de experimentación con las correspondencias sonido-letra, su recuerdo de las antiguas normas ortográficas, o su olvido de ellas (p. 4).

³³ BLAKE, R., "El latín notarial de un escriba bilingüe o "bígrafo" del siglo XIII", en M. Pérez González (coord.), *Actas del I Congreso Internacional de Latín Medieval (León, 1-4 de diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 1995, pp. 463-468. Blake al examinar aquí el latín medieval de un documento notarial leonés, de comienzos del siglo XIII con dos partes diferenciadas, una, la más extensa, escrita en prosa latinizada, y otra, de dos líneas, con ortografía romanceada, se plantea si está ante un hablante bilingüe de latín y romance, o, por el contrario, ante un escriba "bígrafo" que utilizara dos tipos de escritura, una oficial con ortografía tradicional latinizante y otra experimental, la escritura romanceada. Llega a la conclusión de que esa escritura de apariencia latinizante no era

finales del siglo XIII se produjo el total cambio ortográfico, de forma que la modalidad latinizante dejó de usarse, sin afectar a los hablantes que eran monolingües.

A. Emiliano³⁴ se muestra partidario también de la propuesta de Wright al equiparar el latín notarial con el romance, en lugar de considerarlo una variedad vernácula del latín medieval como había establecido Menéndez Pidal. En su opinión, la mezcla de latín y romance en los documentos de los

más que una convención ortográfica, basada en la tradición latina, y la única aceptada para escribir formalmente el habla romance. Así el latín medieval del texto que analiza se acerca, por la mezcla de formas y usos que presenta, al romance, esto es, no se trata de un texto latino por su manera tradicional de escritura, sino que representa la lengua hablada.

³⁴ EMILIANO, A., "Latin or Romance? Graphemic variation and scripto-linguistic change in medieval Spain", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Language in the early Middle Ages*, London and New York, Routledge, 1991, pp. 233-247. Este autor, tras estudiar algunos textos hispánicos notariales latinizados de los siglos XII y principios del XIII, y su traducción al romance en el siglo XIII, establece que el latín notarial es un sistema complejo para representar por escrito el romance, y no debe confundir el hecho de que la escritura romance haya tenido como base la ortografía tradicional latina. Explica que "as a consequence of its conservatism, Latin spelling, which was originally a phonographic system of writing, became increasingly opaque and logographic: morphological categories which had become obsolete in the spoken language were fully represented and preserved in the written code; the same happened to word forms, idioms, and formulae that survived only in their written form. In other words, Latin spelling, which had been conceived as an orthography based on grapheme-phoneme correspondence (GPC), had by Late Antiquity and the Early Middle Ages become a mixed system, where some sequences of graphemes could relate directly to morphemes and meaning, rather than being mapped to an intermediate phonic level" (pp. 234-235). Continúa diciendo que antes de la creación de la escritura romance hubo una lengua intermedia entre latín y romance que surgió como consecuencia de las innovaciones, desviaciones y reelaboraciones originadas a partir del proceso de reconversión que llevaron a cabo los notarios medievales al enfrentarse con los problemas de transcribir formas romances inexistentes en el latín y de leer en voz alta en romance las formas escritas arcaicas. Así pues, en la tradición notarial escrita habían convivido durante siglos latín y romance como dos repertorios bibliográficos, es decir, tanto las formas romances como las latinas formaron parte de la tradición escribana, sin diferenciarse conceptualmente. El sistema de escritura permitía la intercambiabilidad de formas latinas y romances. El escriba podía elegir entre diferentes formas gráficas para representar una misma palabra, quedando al margen el grado de latinidad o de romanceamiento del lenguaje del documento. Explica, además, que la variación podía representar alternancias tanto en la representación escrita de los fonemas (*iudicare*, *iudgare*, *iuzgare*), como de los morfemas (*andauerit*, *andaret*, *andare*), o de los lexemas (*percusserit*, *ferire*). Advierte que la existencia del último caso es el que ha hecho pensar a la teoría tradicional en la existencia de dos normas diferenciadas. Así, tanto las formas latinas con equivalentes léxicos en romance como las que no los tenían se sustituyeron, es decir, sufrieron una conversión fonemática, aunque las últimas tuvieron más problemas. Para más detalles *vid.* p. 242 y ss. Concluye con la idea de Wright: "The 'conciencia linguistica del volgare', to use Sabatini's expression, probably did not arise before the completion of a complex and protracted process of orthographical restructuring and experimentation, which finally gave the vernacular a distinct written appearance. The introduction of Medieval Latin in Spain contributed from the late eleventh century on to this process of vernacularization of the written code, accelerating the establishment of the awareness of the vernacular and consequently the distinction between Latin and Romance as different languages, each with its own written medium. When the vernacular orthographies emerge Notarial latin disappears: only pure Latin and pure Romance orthographies exist" (p. 246).

siglos XII y XIII no indica una mezcla de dos lenguas diferentes, sino el reflejo de una ortografía variable y en proceso de cambio que llevó a la sustitución del latín por el romance. La imposición de la escritura romance en el siglo XIII en la Península Ibérica fue un proceso gradual basado en dos principios, los de fonematización y deslatinización. Los escribas fueron quienes permitieron el cambio, extendieron las variantes romances mientras iban abandonando las latinas. De esta forma, el lenguaje escrito de los documentos fue diferenciándose de la escritura tradicional latina hasta poder ser considerados dos lenguas diferentes. Todo este marco le sirve a Emiliano para proponer una hipótesis que explique la presencia de algunas palabras, en los documentos notariales, que no han dejado descendencia en el léxico romance. Esta hipótesis es la del principio de conversión grafo-lexémica que permitía, por ejemplo, que una palabra como *voluerit* se sustituyera por *quisierit* en principio y después que tanto una como la otra se leyeran como [kizjere].

Sin embargo, a Dworkin³⁵ no le convence esta hipótesis de Emiliano a la que califica de ingeniosa. No está de acuerdo con él en que la antigua ortografía latina se hubiera convertido en un sistema parcialmente logográfico que tuviera como signos pertinentes la palabra entera, no las letras individuales.

Del latín medieval y del desarrollo a partir del siglo XIII de las ortografías romances en la Península Ibérica, así como de las tendencias romanizadoras que aparecen en los documentos notariales entre los siglos IX y XIII se han ocupado recientemente diversos autores. Algunos de ellos se muestran partidarios de las propuestas de Wright y otros se sitúan en posiciones opuestas, más cercanas a las de la teoría tradicional.

³⁵ DWORKIN, S. N., "Latín tardío y romance temprano: implicaciones léxicas de una hipótesis controvertida", en M. Pérez González (coord.), *Actas del I Congreso Internacional de Latín Medieval* (León, 1-4 de diciembre de 1993), Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 1995, p. 492.

En primer lugar, uno de los que coinciden con alguna de las hipótesis de Wright es Díaz y Díaz al tratar la lengua latina medieval como una lengua escrita que se sobrepone "como superestructura a las lenguas comunes de las regiones europeas"³⁶. En esta situación no sólo no había conciencia del latín clásico, sino que la lengua ordinaria ejercía un poderoso influjo sobre el latín medieval. Este autor insiste en que la lengua ordinaria o materna no era el latín en ningún caso, ni siquiera algo parecido al latín³⁷.

A. Emiliano³⁸ de nuevo, siguiendo la teoría de Wright, parte de dos planteamientos previos. El primero es el del establecimiento definitivo de la oposición entre latín y romance en la Península hacia el siglo XIII. El segundo considera que las formas romanizadas de los documentos notariales latinizados no resultan de reformas ortográficas, sino que son el resultado de un esfuerzo por adaptar la tradición latina a las necesidades comunicativas y expresivas del momento presente, de modo que convivieron formas nuevas y tradicionales en la comunicación escrita, lo cual no presupone "hasta el surgimiento de las ortografías romances, una distinción conceptual entre latín y romance. Además está convencido de que esta distinción a nivel representacional que llegó en el siglo XIII con la aparición de las ortografías romances en la Península no fue un proceso natural, pero tampoco una verdadera invención, ya que no hubo una ruptura con el pasado lingüístico escrito ni oral. La consecuencia

³⁶ DÍAZ Y DÍAZ, M. C., "Problemas y perspectivas del latín medieval hispano", en M. Pérez González (coord.), *Actas del I Congreso Internacional de Latín Medieval (León, 1-4 de diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 1995. p. 17.

³⁷ *Ibid.*, p. 18.

³⁸ EMILIANO, A., "Tradicionalidad y exigencias de realismo en la lengua notarial hispánica (hasta el siglo XIII)", en M. Pérez González (coord.), *Actas del I Congreso Internacional de Latín Medieval (León, 1-4 de diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 1995, pp. 511-518. En esta nueva ocasión, este autor habla de un proceso de cambio gráfico-lingüístico continuo de deslatinización, romanización y vulgarización de la tradición escrita. La grafía es un reflejo de la presión que ejerce la oralidad en el proceso de escritura. Considera que los textos anteriores al siglo XIII son "actos de lengua escrita" y el polimorfismo gráfico es "una propiedad intrínseca de la escritura" y no "el resultado de factores extraños a la escritura" (p. 512). Además, el cambio hacia un latín más correcto con posterioridad a la reforma cluniacense, no trata de restaurar la latinidad sino de implantar "un isomorfismo mayor entre modelos de corrección y prácticas escribales" (p. 516).

de esta distinción fue la ruptura entre lengua escrita y lengua oral, esto es, una relación diferente entre escritura y oralidad³⁹.

Otros autores también defienden una situación de bilingüismo o de diglosia de latín y romance en la Península Ibérica tras la introducción de la liturgia romana.

Así lo hace, por ejemplo, G. Lopetegui⁴⁰, después de analizar algunos documentos notariales del siglo XII con el fin de conocer la presencia de elementos de la lengua hablada en la escrita. Su objetivo es abordar, a través del estudio del latín cancilleresco, la relación entre lengua hablada y lengua escrita, profundizando así en el latín medieval y en su relación con los diferentes romances. Concluye estableciendo que la situación lingüística posterior a la introducción de la liturgia romana es la de bilingüismo con diglosia. Además, ese bilingüismo de los escribas influyó en su uso del latín cancilleresco⁴¹.

M^a D. Castro⁴² también se plantea si en el siglo XII había una situación de diglosia de dos lenguas con diferentes fines comunicativos y sociales o, por el contrario, sólo tendría que hablarse de diferentes variedades diastráticas de un mismo código. En su opinión, los escribas eran conscientes de la existencia no sólo de dos lenguas, latín y romance, por la necesidad que parece que tenían de traducir el latín, sino de tres, es decir, también el árabe, aunque los préstamos lingüísticos de esta última lengua introducidos en el romance ya no se entendían como préstamos, sino que se habían integrado totalmente. Defiende, por lo tanto, una situación de coexistencia de dos lenguas, romance y latín⁴³, a partir del siglo XII.

³⁹ *Ibid.*, p. 516.

⁴⁰ LOPETEGUI SEMPERENA, G., "Interferencias morfosintácticas en documentos navarros del siglo XII", en M. Pérez González (coord.), *Actas del I Congreso Internacional de Latín Medieval (León, 1-4 de diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 1995, pp. 559-566.

⁴¹ *Ibid.*, p. 559.

⁴² CASTRO JIMÉNEZ, M. D., "Léxico romance en la *Chronica Adefonsi Imperatoris*", en M. Pérez González (coord.), *Actas del I Congreso Internacional de Latín Medieval (León, 1-4 de diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 1995, pp. 469-474.

⁴³ *Ibid.*, p. 473.

Por otro lado, algunos autores sólo atienden a las influencias del romance en la escritura latina de los documentos notariales, sin plantearse si están o no ante hablantes bilingües o simplemente "bígrafos" como decía Blake. Sin embargo, con esta postura parecen aproximarse más al punto de vista tradicional, ya que, de seguir la tesis de Wright, no hablarían de rasgos "vulgares" para referirse a los reflejos de la influencia de la lengua hablada en la escrita, sino de rasgos propios y comunes de una sola lengua.

Así, por ejemplo, J. M. Escolà⁴⁴ observa la interrelación del latín medieval y la lengua romance catalana en documentos notariales medievales latinos de Cataluña de la segunda mitad del siglo XII y, sobre todo, los asomos del romance en textos redactados en principio en latín. Se pregunta si los términos que por su representación escrita dejan entrever las interferencias entre latín y romance son vocablos latinos que se aproximan al romance, o son vocablos romances latinizados por el escribano. Llega a la conclusión no sólo de que el escribano traduce al latín las estructuras y elementos romances, sino de que los documentos que estudia reflejan la pugna entre "un formalismo expresado mediante una lengua aprendida, el latín medieval, y la realidad de la vida cotidiana, hecha manifiesta a través de la lengua habitual de comunicación, el romance, en este caso la lengua catalana"⁴⁵.

Del mismo modo, M^a P. Álvarez⁴⁶, al atender a la práctica escrituraria de notarios medievales y al reflejo del romance

⁴⁴ ESCOLÀ TUSET, J. M., "¿Latín romanceado o romance latinizado? (estudio sobre el léxico de documentos de la segunda mitad del siglo XII de Poblet y de Santes Creus)", en M. Pérez González (coord.), *Actas del I Congreso Internacional de Latín Medieval (León, 1-4 de diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 1995, pp. 527-531.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 530.

⁴⁶ ÁLVAREZ MAURIN, M. P., "El léxico latino-romance de los documentos notariales asturleonenses", en M. Pérez González (coord.), *Actas del I Congreso Internacional de Latín Medieval (León, 1-4 de diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 1995, pp. 441-446.

hablado en sus documentos, habla de la presencia viva del romance, ocultada en la escritura por un disfraz latinizante⁴⁷.

Otros autores, sin embargo, abogan por la coexistencia del latín y el romance a nivel oral en los siglos XI y XII, difiriendo así de la propuesta de Wright.

I. Aranzabe⁴⁸ considera que en estos siglos el latín hablado era la lengua que permitía la comunicación distinguida entre personas cultas, mientras que el romance era más familiar y sólo lo hablaban los indoctos. Esta autora sigue, por tanto, planteamientos tradicionales, tal como parece desprenderse de su afirmación, a propósito de dos textos escritos en latín notarial leonés y aragonés de los siglos XI y XII, de que los escribas de estos documentos "aunque pretender emplear el latín, insertan por descuido, ignorancia o necesidad de hacerse entender, formas, voces y construcciones en lengua vulgar"⁴⁹.

En nuestra opinión, necesidad de hacerse entender sí debía haberla, pero no ignorancia o descuido, como dice esta autora, mezclando así aspectos diferentes. Es partidaria de la existencia del latín vulgar leonés, del que hablaba Menéndez Pidal, o latín arromanzado, y, por tanto, de la convivencia de normas lingüísticas en estos siglos, no de la ausencia de una de ellas, la del latín, como cree Wright. Sin embargo, la conclusión a la que llega tras el análisis de las grafías de los documentos no parece contraponerse a la concepción de Wright, ya que habla de la existencia de "una lengua escrita latina con pronunciación romance", sin respetar "el uso de los casos latinos" y con claras manifestaciones romances en el uso de las preposiciones, de los verbos y de la sintaxis, aunque explica esta situación diciendo

⁴⁷ *Ibíd.*, p. 444.

⁴⁸ ARANZABE-PÉREZ, I., "Textos romances e interpretación", en M. Pérez González (coord.), *Actas del I Congreso Internacional de Latín Medieval (León, 1-4 de diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 1995, pp. 447-454.

⁴⁹ *Ibíd.*, p. 450.

que no se trata "de una lengua natural, sino de una lengua escolar mal aprendida"⁵⁰.

En esta misma línea, J. A. Puentes⁵¹ no sólo se adscribe a la teoría tradicional, sino que considera los supuestos de Wright no válidos para explicar la realidad de estos siglos. Sus reflexiones le llevan a descartar la suposición de un sistema gráfico basado en la transcripción del sistema fonológico romance, siguiendo una serie de reglas aprendidas, puesto que "si no existe una clara conciencia de ese sistema, mal se puede tratar de reproducirlo con exactitud"⁵². En su opinión, lo que en realidad se pretende en los documentos altomedievales es escribir la lengua culta, es decir, el latín, con más o menos interferencias de la lengua hablada.

Se trata, por tanto, de un punto de vista opuesto a las concepciones de Wright. De él participan también las consideraciones de otros autores, tal como tendremos la ocasión de comprobar más adelante.

⁵⁰ De esta forma, "este latín medieval no pudo ser una lengua de comunicación ni entre los semidocos ni entre otras gentes de otras clases, debido a la enorme mezcla de formas latinas y romances" (ARANZABE PÉREZ, I., *art. cit.*, p. 453).

⁵¹ PUENTES ROMAY, J. A., "Representación gráfica de palatales en documentos altomedievales del noroeste peninsular: tradición e innovación", en M. Pérez González (coord.), *Actas del I Congreso Internacional de Latín Medieval (León, 1-4 de diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 1995, pp. 619-625. En primer lugar, cree este autor que no puede sostenerse que todo texto anterior a las reformas carolingias se identifique con el romance y se explique así por el mantenimiento de grafías conservadoras, ya que hay abundantes elementos morfológicos, sintácticos y léxicos que no son propios del romance. En segundo lugar, considera apropiado distinguir el nivel culto, fiel a las reglas gramaticales y de realización fundamentalmente escrita, de la lengua hablada por todos, transgresora de esas normas y mantenida en el plano oral. En tercer lugar, en cuanto a la pronunciación del latín, éste se leería usando el sistema fonológico del romance hablado en cada área geográfica. Este modo de lectura acercaría latín y romance, identificando muchas formas y palabras pero no todas puesto que se mantendrían lexemas y morfemas ajenos al romance, aunque se pronunciaran con su sistema morfológico (pp. 619-620). Para conocer las consecuencias que se derivan, a su entender, de este modo de pronunciación en latín, *vid.* pp. 620-621. El resumen de estas consecuencias lo ofrece el mismo autor más adelante al señalar las siguientes: "1.- formas vivas en el habla, coincidentes con formas latinas, tenderían a leerse aproximadamente en su forma romance; 2.- en esto estaría la fuente para buscar el modo de representación de palabras del habla no coincidentes con el latín; 3.- especialmente para algunos nuevos sonidos no hay una clara diferenciación fonemática o, más rigurosamente, no existe una conciencia de fonemas para ellos, carencia basada probablemente en la fuerza de la tradición gramatical y, especialmente, de la ortografía, con su consiguiente y nada improbable interpretación como vulgarismos o corruptelas" (p. 624).

⁵² *Ibid.*, p. 624.

En cualquier caso, sin duda alguna, la propuesta de Wright es, como dice Dworkin⁵³, estimulante y provocadora. Sin embargo, no podemos pasar por alto algunas imprecisiones o puntos débiles que a nuestro juicio presenta, apuntadas ya por varios estudiosos.

Además, la cuestión es mucho más compleja de lo que parece a primera vista, según demuestran aportaciones recientes como la de Bustos Tovar, en la búsqueda de nuevos datos e interpretaciones que faciliten la explicación de la oralidad y la escritura medievales.

Ocupémonos, en primer lugar, de las imprecisiones que, a nuestro entender, presenta la tesis de Wright.

Incluso algunos partidarios suyos como Van Vytfanghe y McKitterick discrepan de la idea de que se hiciera una distinción entre el latín y el romance en la Francia del siglo IX por parte de los eruditos carolingios.

Van Vytfanghe⁵⁴ está convencido de que estos eruditos no llegaron a hacer ninguna distinción clara de las dos lenguas en esa fecha. McKitterich⁵⁵ acepta los argumentos propuestos por Wright para explicar que los textos escritos en latín merovingio representan una lengua que debía haberse pronunciado de forma diferente a lo que se ha creído hasta ahora. Sin embargo cuestiona que el latín, en los siglos VIII, IX y X, fuera una lengua extranjera en Francia, reservada para la élite clerical, aunque sin duda ha sido así en época posterior, durante los siglos XI y XII.

⁵³ DWORKIN, S. N., *art. cit.*, p. 490.

⁵⁴ VAN UYTFANGHE, M., "The consciousness of a linguistic dichotomy (Latin-Romance) in Carolingian Gaul: the contradictions of the sources and of their interpretation", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Language in the early Middle Ages*, London and New York, Routledge, 1991, pp. 114-129. Este autor sostiene que "we can affirm already that the consciousness of the linguistic dichotomy, Latin-Romance, and of the transition from diglossia to bilingualism in Gaul, has known a rather different evolution according to individuals, regions, and sociolinguistic situations" (p. 123).

⁵⁵ MCKITTERICK, R., "Latin and Romance: an historian's perspective", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Language in the early Middle Ages*, London and New York, Routledge, 1991, pp. 130-145. En su opinión "the point (...) that the arrival of the ninth century cannot be heralded as the solution to linguistic problems, in which Latin emerges triumphantly purified in its written form by the scholars of the Carolingian Renaissance, and the vernacular or spoken form can now be safely labelled 'Romance' (p. 131).

M^a Teresa Echenique considera que las apreciaciones de Alarcos referidas a la confusión, propia de los siglos X a XIII, entre dos oposiciones, a saber, lengua escrita/lengua hablada, y latín/romances, podrían aplicarse también a los siglos remotos⁵⁶. De esta forma, no descarta la tesis de Wright, según la cual los escritos anteriores al siglo X en la Península Ibérica no representan el latín, sino el antiguo romance hablado, aunque hace notar a este autor que "no todo el latín medieval escrito es forma escrita del antiguo romance"⁵⁷.

Por otro lado, también József Herman, aunque comparte las hipótesis de Wright, advierte que este autor se precipita un poco en las citas que utiliza para demostrar su teoría y, por lo tanto, en alguno de sus argumentos⁵⁸. Señala que los ejemplos más importantes que cita Wright de Casiodoro, en apoyo de su teoría, los copió éste de Annaeus Cornutus, un gramático de la época de Nerón.

Thomas J. Walsh hace algunas advertencias interesantes acerca de la teoría de Wright al darse cuenta de que hay problemas serios que quedan sin respuesta⁵⁹.

Coincide con Wright en que la lectura del latín en época precarolingia debió hacerse con fonética vernácula, dado que los

⁵⁶ ECHENIQUE ELIZONDO, M. T., "Protohistoria de la lengua española", en J. A. Lacarra (ed.), *Memoriae L. Mitxelena Magistri Sacrum*, Anejos del ASJU, XIV, San Sebastián, Diputación Foral de Guipúzcoa, 1991, p. 37. Esta autora sostiene que "entre los textos de escritura visigótica que conservamos, algunos parecen claro reflejo de la lengua romance hablada en épocas pasadas" (p. 38).

⁵⁷ *Ibid.*, p. 37.

⁵⁸ HERMAN, J., "Spoken and written Latin in the last centuries of the Roman Empire. A contribution to the linguistic history of the western provinces", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Language in the early Middle Ages*, London and New York, Routledge, 1991, p. 43, nota 6.

⁵⁹ WALSH, T. J., "Spelling lapses in Early Medieval Latin documents and the reconstruction of primitive Romance phonology", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Language in the early Middle Ages*, London and New York, Routledge, 1991, pp. 205-218. Considera que algunos de los problemas que quedan ocultos en la teoría de Wright son por ejemplo el del anticuado orden de palabras, sin importancia para Wright, o la consideración como letras mudas de las inflexiones latinas, lo que originaría una gran confusión al leer en voz alta el latín correcto sin sufijos de la declinación.

hablantes de ese tiempo no tendrían acceso a la pronunciación del siglo I d. C. Sin embargo cree conveniente añadir que, aunque el latín se pronunciara a través del sistema fonológico romance, no dejaba de ser latín, de ahí que la generalización de Wright le parezca injustificable⁶⁰.

Walsh opina que existió el latín hablado, aunque debió limitarse a las celebraciones litúrgicas. Así, algunos miembros de la comunidad alfabetizada fueron conscientes de que latín y romance eran lenguas distintas. Siguiendo la teoría de Walsh no puede defenderse, por tanto, el monolingüismo complejo del que habla Wright, entendido como la ausencia de distinciones metalingüísticas entre latín y romance⁶¹ antes del siglo IX.

Tampoco convence la idea de Wright de hablar de romance sin precisar más, como él mismo dice sin "que valga la pena hacer precisiones geográficas antes del siglo trece"⁶². No hubo, por tanto, en su opinión, fronteras claras entre las lenguas romances, es decir, defiende la inexistencia de diferencias geográficas⁶³; vuelve a insistir en esta creencia en otra ocasión,

⁶⁰ Walsh cree, igual que Wright, que el latín clásico no convivió con el romance como un medio normal de discurso informal en los monasterios, pero avanza un poco más al señalar, tras distinguir entre latín notarial y eclesiástico, que mientras el primero requería un conocimiento superficial de la gramática latina y del vocabulario (frases hechas sobre todo), y en él la dependencia de la memoria era destacada, y sería la causa de la aparición de las abundantes palabras romances en los documentos, el segundo indica que los clérigos alfabetizados, al estar en contacto con escritos en el bajo latín de siglos anteriores, debieron ser conscientes de hablar un lenguaje, el romance, y escribir en otro más antiguo y distinto del anterior, el latín. Walsh ejemplifica su hipótesis con el estudio de los documentos que Menéndez Pidal creía escritos en latín vulgar leonés, y que él considera, coincidiendo con Wright, escritos a modo de la vernácula local hablada con un barniz de latinidad superpuesto, es decir, estos textos, que se incluyen en el grupo de los documentos notariales, diferente al de los eclesiásticos, reflejan aspectos del habla del siglo X, mientras intentaban representar gráficamente el correcto bajo latín escolástico. La explicación que encuentra a la mezcla de gramática y léxico latino con una escritura alejada de la ortografía latina reside en que los escribas habían estudiado la morfología, sintaxis y léxico del latín clásico de forma oral, "Their language learning experience must have consisted largely of rote repetition of paradigms and word lists" (p. 211). En cualquier caso, anarquía gráfica como resultado de la pronunciación romance, pero solamente en los documentos notariales en latín, que son los únicos a los que se puede aplicar la tesis de Wright. Los escritos en latín eclesiástico se alejan de ella y dejan entrever las inconsistencias de la teoría de este autor, que permiten a algunos estudiosos seguir defendiendo la teoría tradicional de "las dos normas".

⁶¹ WRIGHT, R., *art.cit.* en la n. 13, p. 24.

⁶² WRIGHT, R., *art.cit.* en la n. 13, p. 23.

⁶³ WRIGHT, R., *art.cit.* en la n. 11, p. 12.

cuando, a propósito de la lengua que Carlomagno debía de hablar con los eruditos italianos en su corte en el año 780, considera que todos hablaban de una manera muy similar, en romance⁶⁴. Así, M^a T. Echenique especifica muy acertadamente que "en el siglo XI estamos ya en época de lengua hablada castellana, por más que la escrita aparente ser más o menos latina".

Por otro lado, Dworkin, siguiendo a Blake, Emiliano y Walsh, considera útil distinguir entre dos tipos de textos, los redactados para ser leídos a un público iletrado y los que se escribían para leerse en privado a una élite culta conocedora de los recursos lingüísticos y estilísticos propios de los textos antiguos. Entre los primeros podrían incluirse los documentos notariales de compra y venta, de donaciones, testamentos y los que trataban de vidas de santos con una función litúrgica importante, en ellos no es imposible que el notario reemplazara algunas palabras latinas por sus correspondientes romances⁶⁵.

Aun a pesar de las grietas que presenta la teoría de Wright, no cabe duda de que ha abierto una nueva perspectiva de análisis y ha dado lugar a nuevas reflexiones al sostener que la época de orígenes en la Península Ibérica no fue un período de "total barbarismo intelectual", sino "una época de cultura esencialmente oral", en la que iban acentuándose cada vez más las diferencias entre habla y escritura⁶⁶.

⁶⁴ WRIGHT, R., *art.cit.* en la n. 22, p. 108.

⁶⁵ DWORKIN, S. N., *art. cit.*, p. 490. Con respecto a todas las palabras (sustantivos, adjetivos y verbos latinos) que aparecen en los documentos notariales de los siglos IX-XI y "que no han dejado huellas en lo que suele entenderse como el hispanorromance medieval", cree que no hay que descartar la posibilidad de que alguna de estas palabras "hubiera formado parte del léxico hispanorrománico del altomedioevo y que hubiera caído en desuso en fecha temprana, antes de los primeros textos redactados con ortografía romance. Tampoco se puede rechazar la posibilidad de que, al leer en voz alta estos documentos, el notario se viera obligado a reemplazar vocablos como *domus*, *hebdomada*, *puer*, *uxor*, etc. con sus equivalentes semánticos corrientes en la lengua hablada cotidiana" (p. 492). Llega a la conclusión de que, de aceptar la tesis de Wright habría que "reconocer la presencia en el hispanorromance de los siglos IX-XI de vocablos que, según se creía, no habían entrado en el romance, y cuya desaparición de la lengua medieval parece coincidir con una reforma ortográfica de gran envergadura cuyo fruto es la scripta hispanorrománica que constituye los primeros textos redactados sin lugar a dudas en romance" (p. 493).

⁶⁶ WRIGHT, R., *art. cit.* en la n. 13, p. 30.

7.1.4. OTRAS PROPUESTAS

A esta misma conclusión parecen llegar otros estudiosos, aunque partiendo de supuestos diferentes. Así, a pesar de no ser partidarios de la indistinción entre latín y romance antes de la época carolingia, observan no sólo que no ha confundirse en la Alta Edad Media la oposición entre lengua escrita y hablada con la de latín y romance, tal como sostiene Alarcos⁶⁷, sino también que en esta época se hablaba romance pero se escribía latín, intuición válida para F. Gimeno, aunque el latín medieval, en su opinión, "nunca ha sido una simple lengua escrita"⁶⁸, por su función social.

F. Gimeno se encuentra más próximo a los supuestos tradicionales al considerar que antes de finales del siglo XI la situación lingüística era la de una diglosia con diversos tipos y grados, por las variedades lingüísticas que coexistían. La estándar, el latín medieval⁶⁹ escrito y hablado, se usaba como variedad formal unificadora y de prestigio, y los romances, además del euskera, como variedades informales solamente hablados⁷⁰. Por ello está convencido de que las Glosas Emilianenses y Silenses evidencian que el latín y el vernáculo eran en esas fechas variedades diferentes, y que en ellas el romance castellano se usó ya "con plena conciencia

⁶⁷ ALARCOS LLORACH, E., *El español, lengua milenaria (y otros escritos castellanos)*, Valladolid, Ámbito, 1982, p. 23.

⁶⁸ GIMENO MENÉNDEZ, F., "Aproximación sociolingüística a los orígenes del español", en M. Ariza, A. Salvador y A. Viudas (eds.), *Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española (Cáceres, marzo-abril de 1987)*, Madrid, Arco-Libros, 1988, p. 1191.

⁶⁹ Del latín medieval dice que es un latín escrito, aprendido, y hablado sólo en ocasiones concretas "a partir del momento en que la lengua materna -diasistema primario- de los hablantes no es ya latín, sino una variedad distinta". Asimismo, "la desviación y variación de los textos latinos bajo la influencia de los romances" le permiten distinguir, dentro del latín medieval, varios estilos, literario, cancilleresco, notarial y foral; y en el latín notarial distingue los "usos y estructuras que se remontan al latín vulgar imperial o tardío de aquellos otros que constituyen propiamente una innovación románica" (*Ibíd.*, pp. 1185 y 1186 respectivamente).

⁷⁰ GIMENO MENÉNDEZ, F., *Sociolingüística Histórica (Siglos X-XII)*, Universidad de Alicante, Madrid, Visor Libros, 1995, p. 287.

lingüística"⁷¹. Las GLOSAS son ejemplo del sociolecto romance latinizado, que presentaba diversos grados de interferencia.

Así pues, con respecto a la escritura, señala que los documentos latinos y romances de los siglos IX al XIII muestran "el origen y desarrollo de la normalización escrita del romance castellano"⁷². Concretamente este autor observa que en los siglos IX, X y XI el latín de los documentos notariales presenta interpretaciones erróneas de fórmulas y construcciones artificiales alejadas de la lengua hablada y del latín escolástico. Está convencido de que la lengua que utilizan los notarios para escribir no es un reflejo del vernáculo, aunque informa sobre la lengua hablada más que los textos literarios. Además, lo más conveniente no es considerar que desde principios del siglo XI el romance es una mera influencia en los documentos redactados en latín, sino que penetra fuertemente en estos documentos de forma inconsciente e involuntaria. Las ultracorrecciones y otras desviaciones de los documentos aparecen por la ignorancia del escriba en su afán de hacer uso de las reglas más cultas y porque escribir en vernáculo era más difícil "que hacerlo en mal latín y suponía un esfuerzo considerable". Por lo tanto, el latín notarial, junto con el foral "no sólo a duras penas pueden considerarse latín, sino que ni siquiera pretenden serlo"⁷³. Por todo ello, considera que Wright no está en lo cierto al sostener que hasta la implantación del latín medieval reformado del Renacimiento Carolingio sólo existieron romances⁷⁴.

⁷¹ GIMENO MENÉNDEZ, F., *art. cit.*, p. 1192 y *op. cit.* p. 228.

⁷² GIMENO MENÉNDEZ, F., *art. cit.*, p. 1192. Habla de "un estilo literario-notarial de documentos y textos literarios indistintamente, en contraposición al vernáculo de las diversas localidades" (p. 1185).

⁷³ GIMENO MENÉNDEZ, F., *art. cit.*, p. 1186.

⁷⁴ GIMENO MENÉNDEZ, F., *op. cit.*, p. 291. A esta misma conclusión parece llegar en GIMENO MENÉNDEZ, F., "Sociolingüística del español en los siglos X al XII", *Actas del Congreso de Historia de la Lengua Española en América y España (Universitat de València, noviembre de 1994-febrero de 1995)*, Valencia, Universitat de València y Tirant lo Blanch, 1995, pp. 281-292.

En esta línea también se encuentra una aportación reciente de gran interés. Nos referimos a las consideraciones de Bustos Tovar acerca de la presencia de la oralidad en los textos romances primitivos⁷⁵. Sus explicaciones del bilingüismo en este período cronológico y, por lo tanto, de la coexistencia de latín y romance antes de la fecha propuesta por Wright de finales del siglo XI, así como de la creación de las nuevas ortografías romances, aun sin apartarse del punto de vista tradicional, resultan muy reveladoras. Permiten interpretar los datos lingüísticos existentes de los documentos notariales en general y de los leoneses de los siglos X y XI en particular, al igual que las Glosas Silenses y Emilianenses, desde una perspectiva no menos sugerente que la de Wright. En su opinión los documentos lingüísticos han de valorarse atendiendo tanto a la cronología, como al tipo de texto y sobre todo a su carácter mediato o inmediato para ser transmitido, es decir, al "contexto comunicativo al que pertenece"⁷⁶ cada escrito.

Para este autor⁷⁷ se hace patente la correspondencia entre el sistema grafemático y el fónico en la historia de la ortografía del español, aunque reconoce la inexistencia de una escritura totalmente fónica⁷⁸, ya que, a propósito de la creación de la ortografía romance, observa tanto la proximidad de los sistemas grafemático y fonético en español, como su falta de correspondencia y, como consecuencia, la búsqueda de esa correspondencia unívoca entre sonidos y grafías. Sin embargo, lo

⁷⁵ BUSTOS TOVAR, J. J. de, "La presencia de la oralidad en los textos romances primitivos", *Actas del Congreso de Historia de la Lengua Española en América y España*, (Universitat de València, noviembre de 1994 y febrero de 1995), Universitat de València, Tirant lo Blanch, 1995, pp. 219-235.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 231.

⁷⁷ Bustos Tovar establece algunos principios fundamentales; uno de ellos es que la oralidad no equivale a la lengua hablada, la oposición se establece entre oralidad y escritura, las dos formas básicas de establecer la comunicación. Otro punto de partida de este autor es que la escritura no es una simple traducción de los sonidos en signos gráficos. Además, también señala que las relaciones entre oral/escrito y romance/latín deben situarse en dos aspectos, a saber, la situación comunicativa y la tradición textual (BUSTOS TOVAR, J. J. de, *art. cit.*, pp. 219-220).

⁷⁸ BUSTOS TOVAR, J. J. de, "Spanisch: Graphetik und Graphemik. Grafética y Grafémica", en *Lexikon der Romanistischen Linguistik*, Vol. VI, 1, Tübingen, Max Niemeyer, 1992, p. 70.

más destacado en todo este proceso es la creación de diferentes tipos de discurso desde los orales a los escritos, de ahí que cada discurso presente unos signos de oralidad propios y diferentes a los de otros discursos.

Esta precisión le permite afirmar que algunos letrados no aprendieron latín, sino "determinados tipos de discurso en latín"⁷⁹, es decir, algunos escribas no sabían latín, sólo lo utilizaban para escribir un tipo de documentos, los jurídicos, y, además, no todos leían del mismo modo, ni tenían que entender lo que se leía haciendo corresponder a cada letra un sonido. Sin embargo, por todo ello hay que entender que hasta el siglo XII había dos lenguas, o, más exactamente, dos variedades que corresponden a la oralidad y a la escritura.

Bustos Tovar, por lo tanto, a diferencia de Wright, defiende una situación lingüística de bilingüismo⁸⁰ en la época de orígenes, siglos IX-XII, aunque haciendo algunas matizaciones fundamentales a la teoría tradicional. La distinción entre latín y romance durante los siglos IX al XIII no implica una "disociación tajante entre ambas lenguas", se trata, por el contrario, de "dos instrumentos de comunicación bien diferenciados". Además, este bilingüismo no significa una situación de diglosia, tal como la entiende hoy la sociolingüística moderna, ya que no se dio una

⁷⁹ BUSTOS TOVAR, J. J. de, *art. cit.* en la n. 75, p. 222.

⁸⁰ El bilingüismo supone una mutua influencia del latín sobre el romance, y ha de ser interpretado como "manifestación de una creciente conciencia romance frente a la conciencia lingüística latina que dominaba al redactor" (BUSTOS TOVAR, J. J. de, *art. cit.* en la n. 75, p. 227). Concretamente, el bilingüismo es un caso de contienda lingüística manifestada de dos maneras "una, en forma de distinción entre dos lenguas bien diferenciadas; otra, en forma de influencia mutua entre ambas cuya manifestación más frecuente es, bien la contaminación del latín (popularismos en el latín notarial hasta invadir el discurso escrito y acabar sustituyéndolo a partir del siglo XIII), bien los préstamos del latín al romance" (p. 228). Estas indicaciones servirán para dar una nueva interpretación, distinta a la de Wright, tanto de los documentos religiosos y jurídicos, como de las Glosas. Los primeros permiten la aparición de la oralidad romance para facilitar la comunicación con los no letrados. Las segundas atestiguan la distinción entre dos lenguas y son prueba de la existencia de una necesidad lingüística distinguidora cuya peculiaridad no es la hibridación latino-romance, sino una clara distinción o manifestación de plurilingüismo es decir, son producto del bilingüismo manifestado como distinción entre dos lenguas diferenciadas.(p. 228).

"convivencia lingüística de naturaleza opositiva, sino complementaria"⁸¹ entre latín, romance y otras lenguas.

Señala, por lo tanto, la existencia de una situación lingüística bilingüe desde el siglo IX, o más concretamente de un plurilingüismo, si se atiende a las glosas en vascuence de carácter oral. Así pues, no es partidario del monolingüismo como continuidad lingüística o lineal, que defiende Wright. En su opinión, lo que ocurrió no fue más que la aparición de la oralidad en la escritura de forma progresiva y cronológicamente uniforme, es decir, el avance del romance oral respecto del latín escrito trajo consigo tanto el deslizamiento de la oralidad hacia la escritura como la progresiva sustitución del latín por el romance. De este modo, para explicar como el romance sustituyó al latín como lengua escrita y de cultura, propone la existencia de dos planos de oposición, a saber, la tensión entre oralidad y escritura, y la imbricación mutua de romance y latín.

En la época de orígenes había, pues, dos tipos de lengua o, más exactamente, dos variedades que corresponden respectivamente a la oralidad y a la escritura (el hecho de llamarlas romance y latín es únicamente una cuestión nominalista). Una de estas lenguas o variedades se presentaría sin tradición escrita y se utilizaría solamente en contextos comunicativos inmediatos, siguiendo la terminología usada por Bustos, esto es, en contextos próximos al hablante en los que se hablaba como se escribía. La otra lengua o variedad tendría no sólo tradición escrita, sino que admitiría también ser utilizada oralmente en actos comunicativos no inmediatos, es decir, que no reflejan la manera de hablar del escriba, en documentos jurídicos y científicos, textos sagrados y litúrgicos, etc. De esta forma, el deslizamiento de la oralidad hacia la escritura comenzó

⁸¹ BUSTOS TOVAR, J. J. de, *art. cit.* en la n. 75, p. 234. Esta es la razón de que las fronteras lingüísticas sean quebradizas en numerosos documentos altomedievales, es decir, que se califiquen como textos castellano-mozárabes, castellano-leoneses, castellano-aragoneses, castellano-provenzales, etc.

en los escritos que hacían referencia a la realidad comunicativa inmediata hasta ampliarse a otros más distanciados de ella.

Con estas consideraciones, Bustos consigue conciliar los dos planteamientos, el defendido tradicionalmente y el de Wright, al aportar una explicación que convence por la reflexión que conlleva y que le permite, además, explicar la "contienda entre formas coexistentes"⁸², las vacilaciones léxicas, morfológicas, sintácticas y el polimorfismo de los documentos medievales. Así, los errores de los escribas y las alteraciones de los documentos en latín son reflejo, en opinión de este autor, de la ignorancia de los escribas y de la degradación del modelo y sirven, además, para testimoniar la evolución de la lengua. Esta explicación no significa que los notarios de León hablaran tal como escribían, sino que "seguían un modelo de escritura menos alejado de la oralidad y, por ello mismo, constituye un testimonio valioso para conocer la situación lingüística"⁸³. El romance se deslizó a la escritura porque lo inmediato comunicativo tenía que ser entendido y, por ello, se creó también una ortografía nueva, con el objeto de eliminar el polimorfismo de los escritos anteriores y "alcanzar un grado notable de nivelación lingüística"⁸⁴. De ahí que interprete las

⁸² BUSTOS TOVAR, J. J. de, *art. cit.* en la n. 75, p. 226. Este autor entiende que lo común en todos los documentos es que "la oralidad está subordinada a la tradición escrita, lo que se traduce en que el romance está subordinado al latín" y de ello es reflejo "la existencia de formas híbridas latino-romances", gráficas, léxico-semánticas (latinismos plenos, formas léxicas cultas), y sintácticas (pp. 226-227). De este modo, una de las tensiones lingüísticas surge cuando "la escritura tiende a estabilizar la lengua, esto es, a fijar una forma en detrimento de otras con las que contiene". Bustos atiende a la situación lingüística inestable, en la que las principales tendencias evolutivas estaban sin consumar y, por tanto, eran actuantes", para explicar las numerosas vacilaciones de los documentos escritos "en los que se manifiesta la oralidad" (p. 229).

⁸³ BUSTOS TOVAR, J. J. de, *art. cit.* en la n. 75, p. 226. La "nodizia de kesos" serviría para ejemplificar uno de los supuestos de Bustos, el que atiende a la situación comunicativa y a la tradición textual, ya que como lista que es no se trata de un tipo de texto, sino de un contexto comunicativo perteneciente al mundo de la oralidad que se inserta en un texto. Este contexto comunicativo metido en el texto se esfuerza por "transcribir gráficamente el código fónico. De ahí las frecuentes vacilaciones y la utilización de signos que no representan fonemas sino rasgos distintivos". Bustos deduce de todo esto que "el primer esfuerzo para trasladar la oralidad a la escritura no es sólo una cuestión de latín/romance, sino que atañe al proceso de creación de una técnica que permitiera la transcodificación". Así, puede advertirse en documentos de este tipo que sólo hay una lengua hablada y que ésta carece de tradición escrita, que, en cambio, sí poseía el latín" (p. 225).

⁸⁴ BUSTOS TOVAR, J. J. de, *art. cit.* en la n. 75, p. 234.

Glosas Emilianenses, coincidiendo con Carrera de la Red, como "los primeros testimonios de la oralidad que trata de convertirse en escritura en un contexto latino", con todas las dificultades que supone la creación de un "código escrito que corresponda a la oralidad romance"⁸⁵.

Todas estas consideraciones le permiten, asimismo, dar explicación a uno de los aspectos dejados de lado por Wright, el de las diferenciaciones diastráticas, esto es, que "existan características gráficas propias para cada tradición lingüística" y "distintos núcleos de irradiación de técnicas escriturales con rasgos diferenciales"⁸⁶.

Como conclusión, este autor insiste en la necesidad de no interpretar los testimonios de la escritura en su linealidad cronológica, ya que los cambios lingüísticos que van apareciendo en la oralidad no pasan a los documentos escritos de modo uniforme, es decir, "lengua hablada y lengua escrita siguen caminos paralelos, pero no a la misma velocidad y, por tanto, no siempre puede establecerse una correspondencia unívoca entre ambas"⁸⁷.

⁸⁵ BUSTOS TOVAR, J. J. de, *art. cit.* en la n. 75, pp. 227-228. Por lo tanto, las Glosas tratan de "crear un código gráfico que corresponda al código fónico en aquellos contextos relacionados con la inmediatez comunicativa" (p. 228). Así, la finalidad de los glosarios es la de "permitir el acceso al latín de gentes no suficientemente letradas y de letrados que reciben la información a través de la oralidad" (p. 228). Carrera de la Red, a propósito de las Glosas Emilianenses romances y vascas, señala que "constituyen unos primeros tanteos por parte del glosador en la adopción de un sistema de escritura para su lengua vernácula (romance o, en su caso vasca) en los albores del segundo milenio de nuestra era" (CARRERA DE LA RED, M. "De nuevo sobre las Glosas Emilianenses", *Actas del II Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española* (Sevilla, 1989), t. II, Madrid, Pabellón de España, 1992, p. 594).

⁸⁶ BUSTOS TOVAR, J. J. de, *art. cit.* en la n. 75, p. 228.

⁸⁷ BUSTOS TOVAR, J. J. de, *art. cit.* en la n. 75, p. 235. A esta misma conclusión parece llegar al estudiar las relaciones entre oralidad y escritura desde otras ópticas. *Vid.* para ello BUSTOS TOVAR, J. J. de, (1) "Algunos aspectos de las formas de enunciación en textos medievales", *Actas del II Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española* (Sevilla, 1989), t. II, Madrid, Pabellón de España, 1992, pp. 562-577. (2) "Construccional oracional y organización del discurso", en *Actas del IV Simposio de actualización científica y didáctica de Lengua Española y Literatura*, Sevilla, Asociación andaluza de profesores de español "Elio Antonio de Nebrija", 1993, pp. 35-44. (3) "De la oralidad a la escritura", en L. Cortés Rodríguez (ed.), *El español coloquial, Actas del I Simposio sobre análisis del discurso oral* (Almería, 23-25 de noviembre de 1994), Universidad de Almería, Servicio de Publicaciones, 1995, pp. 11-28. (4) "La imbricación de la oralidad en la escritura como técnica del discurso narrativo", en *Coloquio Internacional sobre "El español hablado y la cultura oral en España e Hispanoamérica"* (Berlín, 23-25 de septiembre de 1993), en prensa. (5) "Algunos factores semánticos y pragmáticos en la transmisión oral", *II Simposio de*

7.2. ANÁLISIS LINGÜÍSTICO EN RELACIÓN CON LA ESCRITURA Y PRONUNCIACIÓN

Así pues, además de las explicaciones que pueden darse de los documentos hispánicos redactados en romance, los documentos redactados en latín medieval también pueden interpretarse de diferentes formas. Según Wright, se trata de una aproximación a la realidad romance, si lo escrito no es propiamente románico, con vacilaciones gráficas que reflejan la oralidad ya que hasta la primera parte del siglo XIII podía escribirse en un estilo más o menos oral y alejado de lo estándar. En cambio, en opinión de Bustos, estos documentos no están redactados en romance, sino en el latín propio de su tiempo que, más que una lengua en situación de diglosia, con el significado actual del término, ha de verse como una variedad con tradición escrita y utilizada únicamente en contextos determinados como por ejemplo los notariales. De este modo, las alteraciones en la redacción, las vacilaciones gráficas, etc., no deben entenderse como un intento por parte de los escribas de reflejar su manera de hablar, sino que son errores debidos a su ignorancia.

En cualquier caso, antes del siglo XIII la conciencia de distinción en la Península Ibérica entre latín y lenguas romances no era aún totalmente patente en los escritos. Se intentaba utilizar el latín en la redacción de los documentos notariales por considerar que se trataba de un estilo más apropiado para este tipo de contexto comunicativo; sin embargo, como lo escrito debía ser inteligible para los participantes en el acto de escrituración, este latín se plagaba de abundantes rasgos o características romances. Parece tratarse, por tanto, de latín, como una lengua, variedad, o registro escrito diferente del

romance, como señala Bustos Tovar, pero este latín estaba fuertemente influido por el romance hablado, según cree Wright, aunque tal vez sin llegar a ser totalmente románico, encubierto por una capa latinizante o de latinidad, tal como sostiene este autor.

Vistas algunas de las opiniones más destacadas acerca de la escritura y la pronunciación u oralidad, y las posibles conclusiones que pueden extraerse de ellas, nos proponemos abordar el análisis lingüístico con el objeto de comprobar si las voces extraídas de la documentación que hemos elegido como corpus de estudio permiten hablar de una continuidad gráfica evolutiva, o por el contrario no puede defenderse tal continuidad.

De producirse el primer caso, la cronología de los textos señalaría que la lengua escrita se fue adaptando a la oralidad, tal como indican las consideraciones de Bustos. Sin embargo, si el caso que se comprueba es el segundo, lengua hablada y lengua escrita irían por caminos diferentes, según sugiere la tesis de Wright, por un lado, es decir, no podría hablarse de isomorfismo entre habla y escritura, o habría disminuido mucho desde el latín del Imperio Romano, en el que la ortografía sí debía ser isomórfica con la fonología⁸⁸, o, por otro lado, la de L. Contreras, según la cual la escritura no ha de verse como una simple transcripción de la lengua hablada⁸⁹.

Proponer una cronología de la historia de la lengua supone reconstruirla a partir de la cronología de los documentos, tal como sugirió Michelena⁹⁰, de modo que pueda

⁸⁸ WRIGHT R., *art. cit.* en la n. 8, pp. 227-228.

⁸⁹ CONTRERAS, L., *op. cit.*, pp. 134-143.

⁹⁰ De "la cronología de los textos" dice Michelena que esta denominación acuñada por M. G. Bartoli hace referencia al "método para distinguir entre lo más antiguo y lo más reciente en las variantes (fónicas, morfológicas, léxicas o sintácticas) documentadas a lo largo de la historia de una lengua (...). Considerando las formas atestiguadas en los textos -siempre escasas comparativamente- como muestra de la población formada por la totalidad de las formas en uso en la lengua, hablada o escrita, por determinadas fechas, es razonable postular que su orden de aparición en los textos guarde cierta relación con su orden de

comprobarse si las formas más antiguas son las más cercanas al latín, y las más tardías se presentan más evolucionadas. De demostrarse este principio en nuestra documentación, podremos hablar de la existencia de una evolución cronológica.

Por el contrario, si en lugar de documentarse tal cronología de los textos, se percibe más claramente una distribución geográfica, esto es, que algunas zonas se decantan por la utilización en los documentos redactados en ellas de formas más antiguas, mientras que otras áreas prefieren formas más recientes o evolucionadas, será necesario hablar de una distribución diatópica, no de evolución cronológica.

Si se produce esta última posibilidad, estudiaremos las diferencias entre el castellano y otros romances, como el navarro por ejemplo, a través del análisis gráfico de los documentos capaz de delatar el progreso de algunas grafías, frente a otras más anticuadas. Todo este análisis comparativo permitirá, a su vez, conocer si la reforma ortográfica fue general en todas las zonas lingüísticas, o sólo en algunas de ellas.

Así pues, el análisis de una evolución cronológica o una distribución diatópica será el marco en el que se estudien las formas que hoy se entienden como "cultismos" y "latinismos", es decir, en la repartición de variantes examinaremos si predomina una preferencia geográfica o una preferencia cronológica.

Todo este estudio tiene como fondo la cuestión última de averiguar si la lengua hablada se va reflejando en la lengua escrita, o, por el contrario, la lengua escrita sigue unos cauces distintos a la lengua hablada. Veamos que dicen las voces que hemos extraído de la documentación notarial estudiada.

Primeramente atenderemos a cada una de las voces seleccionadas para llevar a cabo el estudio lingüístico por separado con el propósito de observar si en la repartición de las variantes destaca una preferencia geográfica o cronológica, que

contribuya, junto a otras explicaciones, a clarificar el concepto de "cultismo" actual. Por ello se tendrá muy en cuenta la distribución diatópica o evolución diacrónica para extraer a continuación las conclusiones que se desprendan de la conjunción de los datos de todas las palabras.

Advertimos que la entrada de cada palabra va a hacerse de acuerdo con la forma actual y en la ordenación de variantes se separarán las romances o evolucionadas de las propiamente latinas, lo cual permitirá comprobar cuáles son más abundantes, en qué fechas y en qué áreas lingüísticas. Además, también se señalarán los casos de sustitución de un significante por otro con el mismo valor, por ejemplo, en el caso de la palabra *tío*, en el que también tendrá que atenderse a la voz latina AVUNCULUS. En el estudio de cada una de las palabras seleccionadas se incluirán sus derivados o las voces de la misma familia léxica.

Por otro lado, tras el análisis espacio-temporal llevado a cabo en capítulos anteriores que ha permitido fijar las datas crónico-tópicas de todos los documentos estudiados, conviene advertir, en primer lugar, que con respecto a las localizaciones de los diplomas escritos en algún lugar de Francia durante las estancias de Teobaldo I o Teobaldo II en sus dominios champañeses, o en sus viajes al país vecino por el que sentían una gran predilección, se considerarán como propios del área lingüística navarra; además, estos diplomas se deben en su mayor parte a escribas o notarios de origen navarro, pertenecientes a las cancillerías reales de estos monarcas. Así, distinguiremos entre las variantes gráficas propias de documentos escritos en Francia, por notarios navarros y por notarios franceses, y las que aparecen en diplomas redactados también en Francia, pero de las cancillerías reales de Teobaldo I y Teobaldo II, al igual que las del documento localizado en Túnez, concretamente en Cartago. De las primeras no será

preciso hacer ninguna indicación. Se encuentran preferentemente en los documentos del "Libro Becerro" del Monasterio de La Oliva, lo mismo que las que aparecen en documentos cuya datación tópica pertenece a Italia.

Asimismo, a propósito de las dataciones espaciales advertimos que se considerarán pertenecientes al área lingüística navarra los documentos y, por tanto, las variantes gráficas que aparecen en ellos, de la Navarra de Ultrapuertos. En el caso de encontrarse alguna variante en un escrito que lingüística y extralingüísticamente presenta características occitanas, además de las navarras, se hará notar.

En algunas ocasiones, aunque los documentos en los que se encuentren las variantes estudiadas no presenten datas tópicas, atendiendo al análisis diatópico y diacrónico llevado a cabo en capítulos anteriores, se señalará al menos el área lingüística en la que se inscriben. Muy numerosos serán los que puedan vincularse al Reino de Navarra y otros al de Castilla o al de Aragón principalmente.

En segundo lugar, ha de tenerse en cuenta que las voces extraídas de los documentos redactados en Francia e Italia por notarios vinculados a las cortes papales, y que forman parte del "Libro Becerro" del monasterio cisterciense navarro de La Oliva, no han de entenderse como suficientemente reveladoras de la situación lingüística de los romances en Francia e Italia, ya que estos escribas o notarios papales se caracterizan por utilizar un latín medieval muy próximo o fiel al latín clásico, esto es, recurren a un latín artificial⁹¹. En las cortes de los papas de la

⁹¹ Así, las características gráfico-lingüísticas de los documentos redactados en diferentes puntos geográficos de Italia por notarios de origen posiblemente itálico, pero cuya característica esencial es la de pertenecer a las cortes papales son las siguientes. Los ejemplos están extraídos de los documentos incluidos en el "Libro Becerro" (MUNITA LOINAZ, J. A., *"Libro Becerro" del Monasterio de Sta. María de La Oliva (Navarra): Colección documental (1132/1500)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza/ Sociedad de Estudios Vascos, 1984), siguiendo la numeración que aparece en él, y que presentan datas tópicas itálicas: 1. Son muy limitados y casi insignificantes los casos que no se ajustan a la correcta utilización de las grafías latinas: *constitucion*i (doc. 8), *iusticiam*, *ulcioni* (doc. 10), *sentencias*, *nunciis*, *januarii* (doc. 26). Estos cambios de grafías podrían explicarse, siguiendo a Bastardas, como "particularidades propias de la pronunciación escolástica del latín" (BASTARDAS PARERA, J., "El latín

medieval", en *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, Madrid, CSIC, 1960, p. 279). Por el contrario, llama la atención la perfecta utilización que se hace de las grafías latinas, incluso en algunos casos en los que podrían esperarse vacilaciones o confusiones. Se ajustan, por ejemplo, a la norma latinizante las siguientes palabras: *perpetuum*, *protectione*, *possessiones*, *concessione*, *largitione*, *successoribus*, *pertinentiis*, *sumptibus*, *prefactum*, *gubernatione*, *conmonita*, *auctoritate*, *satisfactione*, *iudicio*, *redemptoris*, *fructum*, *districtum*, *professis*, *licentia*, *iudicem*, *affectum*, *petitio*, *exemptis*, *afluentiam*, *servantibus*, *thesaurario*, *pascua*, *proprietatem*, *appellatione*, *prohibere*, *renuntiationibus*, *gratia*, *effectum*, *propitio*, *sustentatione*, etc. 2. Tampoco son frecuentes las vacilaciones gráficas en un mismo documento. Por ejemplo aparecen las de *diachonus-subdiaconi* (doc. 8), *violentiam-violenciam* (doc. 10), *nuntii-nunciis* (doc. 26), *literis-litteris-litteras* (doc. 31). 3. Ultracorrecciones o errores al escribir las grafías latinas podrían ser las de *suffraginum*, *chatolice*, *proffesis* (doc. 8), *subcessoribus* (doc. 10), *actemptare* (doc. 26). 4. Apenas pueden señalarse falsas diptongaciones, reducciones gráficas de diptongos latinos, pérdida de vocales pretónicas o postónicas, eliminación de consonantes latinas, vacilaciones vocálicas o apócope. Sólo se encuentran los siguientes casos: *presentibus* (docs. 8, 10), *presumptionem*, *cenobio*, *serviantibus* (doc. 8), *servientibus* (doc. 10), *domni* (doc. 8, 10), *distructum* (doc. 10), *distracta* (doc. 31), *prefatum* (doc. 10), *iuridictiones* (doc. 31) y la reducción del genitivo latino -AE > -e, en topónimos principalmente como en el caso de *monasterium Sancte Marie* (doc. 10). 5. La sintaxis y el vocabulario de estos documentos están mucho más próximos al latín que en los documentos hispánicos. En cuanto a la primera sólo llama la atención la sustitución del genitivo latino por la construcción *de*+ablativo, pero únicamente en los topónimos como complementos de algún nombre: *monasterii de Oliva*, *grangiam de Ficarolia*, *terram de Caracastello* (doc. 8), *locum de Ficarola*, *grangiam de Ancisa* (doc. 10). Esta característica, al igual que la reducción del genitivo -AE > -e, podría interpretarse, siguiendo a Bastardas, como casos particulares de la pronunciación escolástica del latín medieval, o tal vez se deban a las intervenciones posteriores del escriba del siglo XVI, o del notario del siglo XVII, para aclarar o facilitar la inteligibilidad de algunas construcciones que, además, son las de toponimia. En el vocabulario sólo se aprecian cambios de significado de algunas palabras latinas, pertenecientes al contexto eclesiástico, al adaptarse a la nueva realidad medieval, pero, sin duda, todas propias del latín medieval. Son por ejemplo *episcopus*, *abbati* (docs. 8, 10, 26, 31), *coabbatibus*, *conventibus*, *benditionem*, *archiepiscopi*, *prelati*, *legati*, *nuntii* (doc. 26), *thesaurario* (doc. 31). También se encuentra en algunos de estos documentos la palabra *grangia* (docs. 8, 10, 31). Las características gráfico-lingüísticas de los documentos itálicos, podrían aceptar diversas interpretaciones, atendiendo a las opiniones de algunos destacados lingüistas. Llama la atención el hecho de que el latín medieval utilizado en ellos difiere llamativamente del que parece ser común en los hispánicos. Así, aunque M. Carrera, desde un punto de vista diacrónico, hable del mayor grado de "inmovilidad" y del carácter más conservador de los romances itálicos en general, y del italiano, formado sobre la base del florentino, en particular, en comparación con el español, por la cercanía de aquellos al latín (CARRERA, M., "Italiano y español: elementos para una comparación", *Italiano y español -estudios lingüísticos-*, Sevilla, Publicaciones de la Universidad, 1984, pp. 187-188), la explicación de esta divergencia se presenta de forma diferente. Si se tratara de documentos redactados fuera de las cortes papales podría pensarse siguiendo la teoría de Wright, que dado que el latín medieval penetró en Italia antes que en España, debía haber en el siglo XIII en Italia una clara conciencia de distinción entre latín y romances itálicos, mientras que en España en esa misma fecha se estaba empezando a tomar conciencia de la distinción. Para este autor en Italia durante el siglo X ya puede apreciarse la distinción en documentos legales, al menos en la Italia septentrional, al estar bajo la influencia carolingia (WRIGHT, R., *op. cit.* en la n. 8, pp. 220-221). Sabatini, por el contrario, cree que el latín medieval no entró en Italia al mismo tiempo que en Francia, sino más tardíamente, ya que habla del retraso de la conciencia vulgar en Italia respecto a Francia (SABATINI, F., "Lingua parlata, scripta e coscienza linguistica nelle origini romanze", en *Atti di XIV Congresso Internazionale di Linguistica e Filologia Romanza* (doc. Napoli, 1974), Vol. I, Nápoles, 1979, pp. 445-453). En cambio otros autores como Bonfante o Avalle presentan teorías opuestas a la de Wright. El primero establece que la fecha de la distinción entre latín e italiano empieza ya en el siglo I d. C., o como máximo en el II (BONFANTE, G., "Quando si è cominciato a parlare italiano?", *Festschrift für W. von Wartburg*, Vol. I, Tübingen, 1968, pp. 21-46). Avalle no acepta que la formación de las lenguas romances estuviera separada del latín, por el contrario defiende una continuidad en el lenguaje escrito entre la scripta latina de los siglos

Península Itálica se estaba viviendo en el siglo XIII un renacimiento de la cultura latina, con una nítida conciencia de separación entre latín y romance, de ahí que la redacción de estos documentos italianos esté más cercana a lo que entendemos por latín clásico. En cualquier caso, servirá para comparar las variantes entendidas como "cultas" dentro y fuera de la Península Ibérica, por las implicaciones que puedan desprenderse de esta comparación o contraste.

Atención especial merece el documento nº 4 del "Libro Becerro", de 1152, ya que, al presentarse sin indicación diatópica y sin intitulación notarial, y atendiendo a circunstancias extralingüísticas, parece que podía haber sido redactado en algún lugar de Italia. Esta suposición se basa tanto en que el otorgante de la concesión del privilegio de salvaguarda concedido al abad de La Oliva sea un papa y en que la lista de testigos esté formada por obispos, presbíteros y diáconos de cardenales, como en sus características lingüísticas⁹², que no difieren de las que presentan los documentos redactados en la

VII y VIII y la scripta romance (AVALLE, D. S., *Protostoria delle lingue romanze*, Turin, G. Giappichelli, 1965. *Latino 'circa Romanum' e 'rustica Romana lingua'. Testi del VII, VIII e IX secolo*, Padua, Antenore, 1983. *Bassa latinità*, Vol. 3, Turin, Giappichelli, 1971). En cualquier caso esta divergencia entre documentos hispánicos e itálicos y las características gráfico-lingüísticas de estos últimos parecen tener explicaciones diferentes y más sencillas que las señaladas arriba. La explicación no es otra que la de entender que se trata de documentos redactados por escribanos o notarios vinculados a las curias eclesiásticas que hacían uso de un latín medieval caracterizado por la presencia de la norma latinizante purista, sin apenas incorrecciones sino ajustado a la gramática y al vocabulario latinos, y, por lo tanto, no puede hablarse de influencias de los romances en el latín medieval escrito de los documentos itálicos de los siglos XII y XIII, relacionados con las cortes papales. Así pues, los pocos casos de vacilaciones gráficas, ultracorrecciones y desviaciones en general de la norma latinizante pueden explicarse de diversas maneras, pero de ningún modo han de verse como un intento por parte de los escribas de reflejar la oralidad en la escritura. Además, estos resultados extraños también podrían interpretarse como posibles modificaciones que pudo realizar el escribano del siglo XVI a quien se debe el "Libro Becerro", o el notario que lo revisó en el siglo XVII e hizo correcciones y arreglos, e incluso ha de tenerse en cuenta, siguiendo las indicaciones de Bastardas, que algunos errores pueden ser de carácter formal, manual, o de copia (BASTARDAS PARERA, J., *art. cit.*, pp. 273-274).

⁹² En este documento notarial no aparecen apenas signos de vacilaciones gráficas, ultracorrecciones u otro tipo de errores. Únicamente puede señalarse la reducción del genitivo latino -AE > -e, y la presencia de la construcción *de+ablativo* (por genitivo) en *monasterii Sancte Marie de Oliva* y *locum de Ficarolia*. La preposición *cum* está escrita como *cun*, tal vez por error gráfico, y la palabra *bonne* parece ser un caso de ultracorrección y de reducción vocálica. Otras de sus particularidades, tales como *presentibus* o *grangiam de Ancisa*, aparecen también en alguno de los documentos que presentan como data tópica un lugar de la Península Itálica.

Península Itálica. Aún es más, por su gran parecido formal y de significado con los documentos número 8 y 10 de este "Libro Becerro", podría pensarse que éstos últimos se redactaron teniendo como modelo al 4, o copiaron de él, ya que fue el primero que se escribió. Los tres protocolos son casi idénticos, sino totalmente. Así pues, el documento número 4 se redactó con toda seguridad en la Península Itálica, tal como informan sus características extralingüísticas y lingüísticas, así se considerará en el estudio lingüístico.

En tercer lugar, atendiendo al análisis del notariado llevado a cabo en el capítulo cuarto, en el que ha podido comprobarse como el origen del escriba coincidía con el lugar de redacción del documento, excepto en algunas ocasiones, sólo precisaremos con respecto a los escribas y notarios encargados del acto de escrituración aquellos casos en los que el origen de éstos difiera de la data tópica de redacción del diploma, por las implicaciones lingüísticas que puedan derivarse de todo ello.

No forma parte de nuestro objetivo, en cuarto lugar, llevar a cabo un estudio lingüístico morfosintáctico y, por esta razón, prescindimos de cuestiones que excedan el campo de la morfología nominal. No atenderemos en todos los casos, por tanto, de forma exhaustiva a la correcta utilización sintáctica de las variantes gráficas latinas, es decir, a la correspondencia entre el caso latino y la función que desempeña, o a la ausencia de esta correspondencia, así como tampoco al análisis de los sintagmas formados por artículo y nombre, aunque no descartamos la posibilidad de hacer algunas precisiones siempre que resulten reveladoras o contribuyan al estudio morfológico, como sería el caso de posibles aglutinaciones del artículo con el nombre siguiente hasta el punto de acabar formando una palabra, o que una palabra se presentara con una forma latina sin vacilaciones o alteraciones gráficas, pero sin desempeñar sintácticamente la función señalada por su desinencia casual.

En quinto lugar, hemos hecho algunas calas en los Archivos del *Diccionario Histórico* de la R. A. E.⁹³ con el propósito de conocer otras variantes gráficas de algunas palabras, diferentes a las encontradas en nuestro corpus, primeras documentaciones, etimología, etc. que sirvan para poder comparar datos, aclarar alguna cuestión y, sobre todo, extraer las conclusiones que se desprendan de la conjunción de los datos de nuestro corpus y los proporcionados por las fichas consultadas del *Diccionario Histórico* de la Academia, siempre que sea posible. Conviene advertir, sin embargo, que la mayor parte de los datos de este *Diccionario Histórico* de la Academia se tomará únicamente como una referencia, ya que buena parte de ellos está basada en escritos de carácter literario, a diferencia de nuestro corpus extraído de documentación notarial fundamentalmente.

Hay que advertir también, en sexto lugar, que al indicar que los documentos están redactados en latín o en romance tenemos en cuenta la apariencia escrita que presentan. Tal como se ha podido comprobar en la primera parte de este capítulo, algunos autores equiparaban el latín y el romance, es decir, el latín era sólo una posibilidad de escritura que encubría el romance. Otros autores consideraban el latín como una lengua diferente en un contexto comunicativo específico, el del ámbito notarial, sobre todo a nivel escrito. Por nuestra parte, conjugamos ambas propuestas al entender que la primera sirve para tratar algunos documentos, principalmente los que creía Menéndez Pidal redactados en latín vulgar leonés, además de otros localizados en el área castellana en la época de orígenes también; en algunos de ellos el latín sólo es un sistema gráfico de escritura de la realidad romance. En cambio, en algunas ocasiones sí puede sostenerse la segunda propuesta, esto es, no todo el latín escrito encubría el romance. Por lo tanto, algunos documentos están

⁹³ Toda la información que presentamos procedente de la Real Academia Española ha sido extraída de sus archivos, consultados *in situ*. Formaba el material revisado una extensa serie de fichas. En cada una de ellas estaba anotada una variante de la palabra consultada, con su fecha y lugar de documentación. El estudio cronológico que llevamos a cabo ha sido hecho por nuestra parte.

redactados en romance y otros en latín en este ámbito o contexto comunicativo jurídico o notarial. Así pues, en la época de orígenes, concretamente en los siglos X y XI, hay que distinguir igualmente entre dos modalidades de redacción, una intencionadamente latina, como por ejemplo el texto de las Glosas Emilianenses y Silenses y algunos documentos notariales, y otra romance encubierta por el sistema de escritura latino, en la que están escritos la mayoría de documentos notariales.

Además, al hablar de "latín clásico" como fuente de una variante de alguna palabra, no pretendemos demostrar la pervivencia del latín imperial hablado y escrito, reflejado en algunas voces utilizadas por los sectores cultos sociales, tal como hace la teoría tradicional, sino que nos estamos refiriendo a una norma latinizante purista, establecida bien en el latín medieval y, por lo tanto, posible fuente de cultismos, latinismos y semicultismos, bien en los formularios notariales latinos antiguos utilizados muy tempranamente y que sería la fuente de arcaísmos lingüísticos, tal como tendremos la ocasión de comprobar.

Estas son algunas de las precisiones que, junto a otras que iremos señalando en el estudio concreto de cada una de las palabras que forman el corpus, han de tenerse en cuenta.

Analicemos a continuación los datos que que pueden extraerse del estudio de las diversas variantes de cada una de las palabras que forman el corpus.

7.2.1. **Abad, Abadía**

Esta palabra, que procede de la latina ABBAS, -ATIS, aparece en los documentos en ciento noventa y cinco ocasiones y sus derivados *coabad*, *abadía* y *abadesa* dieciséis veces. En total doscientas once apariciones de esta voz distribuidas como sigue. El número entre paréntesis será a partir de este momento el del número de apariciones.

Con forma latina, es decir, con mantenimiento de la dental sorda y con las grafías geminadas *-bb-*, y *-ss-* en el caso del femenino, así como con variaciones casuales, se presenta en ciento cinco ocasiones, incluidos los derivados, concretamente: *abbas* (17), *abbate* (7), *abbatem* (7), *abbates* (2), *abbati* (32), *abbatibus* (4), *abbatis* (23) y *abbatum* (1); *coabbates* (1), *coabbatibus* (6), *abbatiam* (1), *abbatissa* (3) y *abbatissam* (1). El prefijo *co-* es uno de los rasgos léxicos propios de la documentación en romance navarro en el siglo XIII, según C. Pérez-Salazar⁹⁴, aunque en nuestro corpus, también aparece formando parte de la variante latina, tal vez por influencia del romance. Además han de incluirse en la forma latina las variantes *abba* (4), que se presenta con pérdida de *-s* final, y *abbatie* (1) con reducción vocálica de la terminación del genitivo femenino singular, debido a la influencia de la pronunciación escolástica del latín medieval, según explica Bastardas⁹⁵, en la representación escrita.

Con forma romance o algún indicio de evolución se encuentra en cien ocasiones: *aabat* (1), *abat* (3), *abbat* (91), *abad* (3). En el caso de *aabat*, la reduplicación escrita de la vocal átona inicial no ha de entenderse como una aglutinación del artículo femenino con el nombre que se utiliza como masculino en la frase en que se encuentra. Parece tratarse únicamente de un reforzamiento de la vocal átona inicial en la escritura.

Algunas variantes presentan una parte en romance y otra en latín como *abbadia* (2) y *abbadessa* (1), que parecen estar a medio camino entre latín y romance, de hecho la primera se encuentra en un documento redactado en latín y en otro escrito en romance, ambos del siglo XIII, y la segunda en un escrito en romance del siglo XIII también.

En cuanto a las fechas de aparición de las variantes, las latinas tienen documentaciones más antiguas que las romances,

⁹⁴ PÉREZ-SALAZAR RESANO, C., "Rasgos morfosintácticos y léxicos del romance navarro (primer tercio del siglo XIII)", *Príncipe de Viana*, 198, Pamplona, 1993, p. 172.

⁹⁵ BASTARDAS PARERA, J., *art. cit.*, p. 279.

ya que se encuentran desde el siglo XI o, si se tiene en cuenta la variante *abba*, desde el siglo X, aunque sin dejar de hacerlo hasta el XIII. Las del siglo XI se hallan en documentos redactados en Castilla y León principalmente y también en Francia. Las de los siglos XII y XIII se distribuyen por Navarra principalmente, Francia, y en menor número por Castilla, por el Reino y Corona de Aragón y por Italia⁹⁶. Las variantes romances se localizan, sobre todo, en el siglo XIII y algunas en el XII, éstas últimas en documentos vinculados al área de Castilla, mientras que las primeras están en el área navarra sobre todo y en menor número de ocasiones en la de Castilla.

Los datos parecen indicar que con respecto a la palabra que estamos analizando, la utilización de las variantes latinas y de las romances está casi equiparada, no puede hablarse, por lo

⁹⁶ *Abbas* (17) aparece en el siglo XI (años 1013 y 1063) en Castilla, en el siglo XII (años 1132 y 1150), en Francia y en Castilla, y en el siglo XIII, de 1230 a 1288, en Navarra, posiblemente en Navarra, en Castilla, en Francia y en Italia. *Abbate* (7) se documenta a mediados del siglo XI (año 1050), en tierras de León, y en el siglo XIII (de 1230 a 1298) en Barcelona, Navarra, en Francia durante la cancellería de Teobaldo I, es decir, que el documento cuya data típica es un lugar de Francia ha de considerarse lingüísticamente como navarro también al haber sido redactado en la cancellería de Teobaldo I por un escriba navarro, tal como hemos explicado en capítulos anteriores. *Abbatem* (7) en el siglo XII (año 1132) en Francia, y en el siglo XIII (de 1225 a 1298), en el Reino y Corona de Aragón, y en Francia. *Abbatem* (2) aparece en el siglo XIII (años 1249 y 1266), en Francia y en Navarra. *Abbatem* (32) entre los siglos XI y XIII. Así, en el año 1063 se encuentra en Castilla, de 1132 hasta 1188 en Francia, Navarra, Aragón e Italia, y de 1210 a 1270 en Aragón, Navarra, Francia, en algunas ocasiones durante las cancellerías navarras de los reyes champañeses y en Italia. *Abbatibus* (4) se documenta únicamente en el siglo XIII y en Francia, en documentos del año 1249 con grandes semejanzas lingüísticas, formales y de estilo entre ellos. *Abbatis* (23) aparece en los siglos XII y XIII. De 1154 hasta 1188 se encuentra en Aragón, Navarra e Italia; y de 1236 hasta 1298 en Navarra, en Francia durante la cancellería de Teobaldo II, propiamente en Francia, y en la Corona de Aragón. *Abbatum* (1) se encuentra en el siglo XII en Francia también. En cuanto a los derivados, *coabbates* (1) se documenta igualmente en Francia, pero en el siglo XIII, y *coabbatibus* en el siglo XIII también, en Francia y en Italia. *Abbatiam* (1) aparece en una ocasión en el siglo XII (1134) en Navarra. Los femeninos latinos *abbatissa* (3) y *abbatissam* (1) se encuentran el primero en el siglo XIII en Navarra en un mismo documento que presenta la particularidad de estar redactado en romance; y el segundo, del siglo XIII también y del área de Navarra, está en un documento escrito en latín. Otras variantes latinas con algunas particularidades son *abba* (4) que se encuentra en el año 938 en León, y en el 1063 en Castilla, y *abbatie* (1) en el siglo XIII, en Navarra. *Abbadia* (2) se documenta en el siglo XIII en Navarra, y *abbadessa* (1) en Navarra en el siglo XIII en un escrito en romance. Entre las variantes romances se encuentra *aabat* (1) que aparece en 1236 en un documento redactado en Navarra, *abat* (3) de 1248 a 1269 en dos documentos escritos en Navarra y en otro redactado posiblemente en esta área lingüística igualmente. *Abbat* (91) se documenta entre el siglo XII y XIII, concretamente desde 1174 hasta 1191 en Castilla y desde 1220 hasta 1299 se distribuye por Castilla, Navarra y posiblemente por esta misma área lingüística. *Abad* (3) es la variante romance que se encuentra en menor número de ocasiones, y únicamente en el Reino de Castilla, en el año 1186 y en el siglo XIII.

tanto, de preferencia de formas latinas o romances, aunque de forma progresiva los escribanos se vayan decantando por las últimas, sobre todo desde mediados del siglo XIII. La variante latina se encuentra preferentemente en documentos escritos en latín en los que suele haber correspondencia entre el caso en el que aparece y la función sintáctica desempeñada, principalmente en las documentaciones más tardías, pero también destacan otras en las que no se da tal correspondencia, y que resultan ser las más antiguas, aunque no de forma exclusiva. Todas las variantes romances se localizan en escritos redactados en romance exclusivamente, excepto en el caso de *abad* que en las tres ocasiones en que se documenta aparece en escritos que conjugan el romance y el latín.

Esta convivencia de variantes latinas y romances, sin llegar a producirse el desplazamiento de unas u otras, y la aparición más temprana de las primeras parece indicar una cronología textual. Sin embargo, teniendo en cuenta que se trata de un término eclesiástico, no es de extrañar que se intentara mantener una forma más fiel al latín en los documentos redactados con escritura latinizante en los siglos X y XI y, además, contribuiría a ello la presencia de esta forma latina en los libros litúrgicos, por lo que podría verse como un arcaísmo gráfico que empezó a ser desplazado en la escritura por las formas romances sobre todo a partir del siglo XIII, pero que aún seguía estando presente en la documentación en esa fecha. La evolución no se percibe, por lo tanto, en los siglos X y XI, sino con posterioridad, cuando ya, plenamente asentada esta palabra en la escritura, dejó de recurrirse a los libros litúrgicos para escribirla y empezó a reflejar la pronunciación romance que, sin duda, sería la única existente desde sus primeras documentaciones. De este modo, se trata de un arcaísmo únicamente gráfico en convivencia con las variantes romances en los siglos XII y XIII, no con anterioridad. La pérdida de la -s final de *abba* en el documento del siglo X y las faltas de correspondencia entre el caso latino y la función sintáctica en

los escritos del siglo XI no son razones suficientes para dejar de considerar a esta variante latina como arcaica, ya que sólo reflejan alteraciones en las desinencias casuales, aunque sí son señal de que se trata de un arcaísmo únicamente gráfico y no fonético, es decir, del deseo de mantenimiento en la escritura de la grafía geminada *-bb-*. Las formas *abbadessa* y *abbadia* parecen ejemplificar esta situación, puesto que reflejan la intención de los notarios de escribir en latín usando formas más cercanas a las latinas en el siglo XIII en el que la evolución romance se imponía, de ahí los claros rasgos romances, tal vez involuntarios, en estas dos formas.

No puede hablarse, por lo tanto, de evolución cronológica, pero sí se observa, por el contrario, una distribución diatópica, ya que mientras la variante *abad*, con sonorización de la consonante dental final, se encuentra únicamente en documentos de Castilla, las formas *aabat*, *abat* y *abbat*⁹⁷, con ensordecimiento de la consonante dental final, se documentan en Navarra. Concretamente, de las noventa y una ocasiones en que aparece la última, tan sólo once podrían pertenecer a Castilla, aunque algunas de éstas se encuentran en un documento del *Diplomatario de Salinas de Añana* (Álava) sin indicación tónica que, aunque podría haberse escrito en este lugar vinculado ya a Castilla, ha de tenerse la fuerte influencia que, por la proximidad geográfica, pudo ejercer el romance navarro en él. Distribución diatópica, por lo tanto, con respecto a las variantes de la palabra *abad*. Sin embargo, hay que advertir que, en opinión de algunos autores, el navarro se caracteriza por la sonorización de las oclusivas sordas intervocálicas latinas, coincidiendo en ello con el castellano y diferenciándose del aragonés, a diferencia de lo que creía Menéndez Pidal⁹⁸ para quien no

⁹⁷ Algunas de estas variantes podrían añadirse a las presentadas por Corominas y Pascual (COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *Diccionario crítico-etimológico castellano e hispánico*, Vol. I, Madrid, Gredos, 1991, p. 3 y ss.), concretamente *aabat*, *abat* y *abad*, además de los derivados *abbadessa* y *abbadia*.

⁹⁸ MENÉNDEZ PIDAL, R., *Orígenes del español. Estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI*, 10ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1986, pp. 250-251.

sonorizaban estas consonantes en la Rioja y en la Navarra colindante con el País Vasco, igual que en el Alto Aragón. Así lo considera por ejemplo C. Pérez-Salazar quien incluso explica la *t* de *abbatissa* como un caso concreto en "el sufijo de femenino se ha añadido sobre un masculino *abbat*, con *-t* final ensordecida"⁹⁹.

7.2.2. Abuelo, Bisabuelo

Corominas explica que *abuelo* (< latín vulgar *AVIOLUS) deriva de la forma femenina procedente también del latín vulgar AVIOLA 'abuelita', diminutivo, a su vez, de AVIA 'abuela'¹⁰⁰. AVUS era el masculino correspondiente a AVIA, y de él derivan algunas de las variantes de esta palabra que se encuentran en nuestro corpus de estudio.

Esta palabra aparece utilizada en veinte ocasiones, incluidos sus derivados. De ellas, siete con forma latina y trece con formas romances.

Entre las formas latinas, el masculino presenta las siguientes variaciones casuales: *avo* (1), *avorum* (1), *proauo* (1), *proauus* (2) y *proaui* (1). Además, también se documentan *abolos* (3) y el femenino *avola* (1) procedentes de las formas latinas vulgares AVIOLUS y AVIOLA. La aglutinación de la preposición latina en *proauo*, *proauus*, *proaui* no produce un cambio en el significado de la palabra. Se utiliza en los escritos de Teobaldo II para hacer referencia a su antecesor y abuelo Sancho VI de Navarra.

Entre las variantes romances aparecen dos formas. La primera con algunas variaciones gráficas, como la alternancia de la grafías *u/v* para representar la bilabial fricativa en los casos de *auuelo* (6) y *avuelo* (1), desde mediados del siglo XIII, y *bisabuelo*, con el prefijo BIS- 'dos veces'. La segunda variante es

⁹⁹ PÉREZ-SALAZAR RESANO, C., "Aportación al estudio gráfico y fonético del romance navarro. Primer tercio del siglo XIII", *Príncipe de Viana*, 197, Pamplona, 1992, p. 775.

¹⁰⁰ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. I, p. 24, y Vol. V, p. 605 y ss.

aguelo (1), con cambio de bilabial por velar, como sigue ocurriendo en la actualidad en un nivel no estándar del español, sino vulgar. Por lo tanto, este fenómeno considerado hoy como vulgar se documentaba ya en la Edad Media, concretamente aparece en nuestro corpus a finales del siglo XIII y en el área de Castilla. Romance también parece ser la forma *auuolorio* de la misma familia léxica que "abuelo", considerada por Corominas tan antigua como *abolengo*¹⁰¹ y con el mismo significado. En occitano existe también la forma *avolori*¹⁰². La reduplicación escrita de la consonante en *auuolorio* únicamente representa una vacilación gráfica.

En cuanto a las fechas y lugares de aparición de todas estas variantes¹⁰³, las latinas se documentan desde mediados del siglo XI, pero únicamente en tierras de León, hasta mediados del XIII, en los Reinos de Aragón y Navarra, y las romances únicamente en el siglo XIII, en Castilla y Navarra. Más significativa que la cronología parece ser la distribución diatópica, si se tiene en cuenta que las variantes latinas con la preposición aglutinada aparecen sólo en el área de Navarra, dos de ellas en Francia pero debidas a notarios de la cancillería real de Navarra. Entre las formas romances, la variante *aguelo* es castellana y convive en el mismo documento con *avuelo*,

¹⁰¹ Por esta razón consideran que "es posible que *abolengo* sea secundario y esté modelado según *realengo* y *abadengo*, que se hallan ya en los ss. XII y XIII y que vendrían del bajo latín, teniendo en cuenta su sufijo, poco vivaz en castellano; los tres vocablos se emplearon inicialmente con referencia a los bienes" (COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. I, p. 24).

¹⁰² CIÉRBIDE MARTINENA, R., *Estudio lingüístico de la documentación medieval en lengua occitana de Navarra*, Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 1988, p. 213.

¹⁰³ *Avorum* (1) se documenta en el año 1097 en los condados de Carrión, Monzón y Liébana. *Avo* (1) en 1210 en el Reino de Aragón. *Proauus* (2), *proavi* (1) y *proauo* (1) entre 1255 y 1259, la primera en Navarra, y las otras en Francia en la cancillería de Teobaldo II. *Abolos* (3) aparece en 1055 en los condados de Carrión, Monzón y Liébana también, y *avola* (1) en el año 1078 en tierras de León. Todas estas variantes se hallan en documentos escritos en latín. *Auuelo* (6) se encuentra entre 1237 y 1282, en Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia durante la cancillería de Teobaldo II, *avuelo* (1) en 1299 en Castilla, *bisauuelo* (1) en 1259 en Francia en la cancillería de Teobaldo II, *aguelo* (1) en 1299 en Castilla, y *auuolorio* (1) en 1264 en Navarra. Todas estas variantes se encuentran en documentos escritos en romance.

mientras que *auuelo* (y *bisauuelo*) se localizan tanto en Navarra como en Castilla.

A la explicación de Corominas de que *abolos* y *avola*, procedentes del latín vulgar AVIOLUS, eran las formas utilizadas en el siglo XI en lugar de *avo*, podemos añadir algunas precisiones. En primer lugar, *abolos* y *avola*, más que formas latinas, podrían interpretarse como formas escritas con grafías latinas, es decir, con apariencia latinizante, encubridora de la pronunciación romance, a diferencia de lo establecido por la teoría tradicional representada en este caso, por ejemplo, por Aranzabe Pérez¹⁰⁴, para quien *abolos* es un caso claro de latinización. En segundo lugar, *avo* era la forma que debía utilizarse para la redacción intencionada en latín en el siglo XI, ya que mientras en algunos documentos se utiliza la escritura latina, aunque la intención fuera la de escribir de forma más próxima a la oralidad romance, en otros sí se pretendía redactar en latín. Así *avo* se utilizaba en éstos últimos escritos durante el siglo XI y se siguió utilizando en la redacción en latín medieval de los siglos posteriores, de ahí que aparezca en los diplomas del siglo XIII, por el interés latinizante de los escribas.

7.2.3. Acequia

Esta palabra, que procede del árabe *saqiya*, participio activo del verbo *sáqā* 'regar', según Corominas¹⁰⁵, se presenta en nuestra documentación con dos variantes gráficas. La primera, a su vez, con variaciones en la forma de representar la predorso-dento-alveolar africada sorda *c/ç*: *acequia* (2) y *açequia* (1). La segunda se presenta sin la aglutinación del artículo árabe en *cequia* (2). De esta última variante dice Corominas que existió en castellano y fue usual sobre todo en Aragón y Murcia, donde

¹⁰⁴ ARANZABE PÉREZ, I., *art. cit.*, p. 453.

¹⁰⁵ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. I, p. 33.

aún hay derivados de ella¹⁰⁶. Todas se documentan en el siglo XIII. *Acequia* y *cequia* se encuentran en Navarra por lo que habría que añadir a la información de Corominas, con respecto a la forma sin el artículo aglutinado, que también puede aparecer en área navarra. En Castilla aparece *açequia*¹⁰⁷. Todas estas formas se hallan en documentos escritos en romance y en el caso concreto de *cequia* se presenta una vez en el título en latín de uno de los diplomas, lo que parece demostrar el afán de latinización de los escribas, incluso tratándose de un arabismo, y su deseo de adaptación de los sonidos árabes al romance, tanto oral como escrito.

El hecho de que se documente toda una variedad de formas para una palabra como ésta y otras que iremos analizando, sin ajustarse a un patrón latino, del que, en principio, podría suponerse que esas variantes son deformaciones de una época anterior, implica una serie de reflexiones.

Autores como Wright o Echenique sostienen, cada uno por un lado, que ni los arabismos tienen un modelo antiguo, ni los vasquismos tampoco, de manera que no ha de hablarse de deformaciones gráficas en el caso de que aparezcan variantes de palabras que proceden del árabe o del vasco, puesto que no había una forma "correcta" establecida para transcribir los nombres de personas árabes y los arabismos, según ha señalado Wright¹⁰⁸ a propósito del estudio lingüístico de textos asturianos de los siglos IX y X al que ya nos habíamos referido. Del mismo modo, estarían latinizados también y no "deformados", como creía Luis Michelena, los topónimos y antropónimos vascos que aparecen en el *Cartulario de San Milán de la Cogolla* del siglo X, según

¹⁰⁶ *Ibid.*

¹⁰⁷ *Acequia* (2) se documenta en 1236 en Navarra, *açequia* (1) en 1272 en Castilla (Murcia) y *cequia* en 1236 y 1253 en Navarra. Todas en documentos escritos en romance, y en uno de los casos en que aparece *cequia* (2) ésta lo hace en el título del diploma escrito en latín, así: *De cequia et presa facere concilium de Miranda* (MARTÍN GONZÁLEZ, M., *Colección diplomática de los reyes de Navarra de la dinastía de Champaña. 1. Teobaldo I (1234-1253)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza/Sociedad de Estudios Vascos, 1987, p. 78).

¹⁰⁸ WRIGHT, R., *art. cit.* en la n. 13, pp. 30-31.

Echenique. Estos vasquismos que no pueden hacer referencia a "un patrón más correcto" están "barnizados de ese latín que no es más que una forma de escribir", dado que, tal como continúa diciendo esta autora, "hay que pensar que los amanuenses tan sólo han aprendido a escribir latín y en él tienen que representar la lengua que hablan: romance y vascuence"¹⁰⁹.

De este modo, tanto los arabismos como los vasquismos se escribían latinizándolos, según sugieren Echenique y Wright en sus respectivos trabajos.

7.2.4. Acostumbrado

*Acostumbrado*¹¹⁰ se presenta seis veces con dos variantes romances: *acostumbrado* (4) y *acostumpnado* (2). Aparecen a partir de la tercera década del siglo XIII en Navarra, la primera presenta la solución *-mbr-* para el grupo interior romance *-M'N-*, coincidiendo en ello con el castellano, y la segunda *-mpn-* en la que la *-p-* puede entenderse como señaladora de los márgenes consonánticos silábicos. Esta consonante epentética es propia de la scripta navarra y de la aragonesa.

7.2.5. Agua

De las noventa y dos ocasiones en que aparece la palabra *agua* escrita con diferentes variantes gráficas, treinta y seis son latinas y cincuenta y seis romances.

La variante latina se presenta con variaciones casuales como las de *aqua* (11), *aquam* (1), *aquas* (1), *aquarum* (4) y *aquis* (18), todas en documentos redactados en latín.

¹⁰⁹ ECHENIQUE ELIZONDO, M. T. y QUILIS MERÍN, M., *art. cit.*, pp. 618-629.

¹¹⁰ *Acostumbrado* (4) se documenta entre 1270 y 1299, y *acostumpnado* (2) en 1264 y 1269, en Navarra.

Las variantes romances son las siguientes: *agua* (8) y su plural *aguas* (6), *agoa* (16) y su plural *agoas* (20), *aguoa* (4), *augua* (1) y *auga* (1). Se encuentran en documentos escritos en romance, excepto en un caso en que *agua* aparece en un documento del siglo XI escrito con grafías latinizantes.

Algunas de estas grafías son propias de la scripta navarra medieval para representar el sonido de la consonante velar. Así, la grafía *guoa* (*aguoa*) refleja el sonido [gwa] y aunque esta grafía no sea la más frecuente en el romance navarro en cuanto al número de apariciones, según Pérez-Salazar¹¹¹, sí es propia casi exclusivamente del romance de esta área peninsular, al igual que las grafías *goa* (*agoa*) y *ga* (*auga*) que representan el mismo sonido anterior. En éste último caso puede entenderse que la grafía *ga* reproduce el sonido [gwa], tal como hemos dicho, o que se ha producido una metátesis, aunque la existencia de la variante *augua*¹¹², con propagación de la *u*, parece confirmar que en el caso de *auga*, la grafía *ga* representa el sonido [gwa].

Por lo que respecta a las dataciones crónicas y tópicas de todas las variantes de la palabra que nos ocupa¹¹³, las latinas aparecen desde el siglo VIII, concretamente en una pizarra visigoda del año 750, y también durante los siglos X, XI, XII y XIII, en documentos redactados en los reinos castellano, navarro y en el Reino y Corona de Aragón. Las variantes romances

¹¹¹ PÉREZ-SALAZAR RESANO, C., *art. cit.* en la n. 99, p. 756.

¹¹² Corominas dice que la variante *augua* está muy difundida en leonés y aragonés "y de ella pueden salir por disimilación las formas cat. *aigua* y oc. *aiga*, por otra parte gall. *auga*" (COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. I, p. 79).

¹¹³ *Aqua* (11) se documenta desde el año 750 en una pizarra visigoda, pasando por el siglo XI, en Navarra a principios de ese siglo y en Castilla a mediados, hasta 1210 en Aragón. *Aguas* (1) y *aquam* (2) a principios del siglo XI en Navarra también, y la última además en 1298 en la Corona de Aragón. *Aquarum* (4), en el siglo XII (años 1162, en Navarra y 1164 en Aragón) y a principios del siglo XIII, de 1210 a 1225, en Aragón. *Aquis* (18) se distribuye entre los siglos XII, desde 1154 hasta 1194, por Aragón, Navarra y Castilla y XIII, desde 1210 hasta 1269, también por Aragón, Navarra y Francia. Entre las variantes romances, *agua* (8) aparece en el siglo XI en las Glosas Silenses y en el siglo XIII, de 1236 a 1270, en Navarra, Francia durante la cancellería de Teobaldo II y Castilla. El plural *aguas* (6) sólo aparece en el siglo XIII, entre 1237 y 1264, en Navarra y Castilla también. Igualmente del siglo XIII, de 1236 a 1269, son las variantes *agoa* (16) y su plural *agoas* (20), *aguoa* (4), *augua* (1) y *auga* (1), todas localizadas en Navarra, en Francia durante la cancellería de Teobaldo II, y en una ocasión en Aragón pero en un escrito cuyas características lingüísticas se inscriben en la scripta navarra.

también se documentan desde el siglo XI, al menos la forma *agua*, y las otras son todas del siglo XIII. *Agua(s)* se encuentran tanto en Castilla como en Navarra¹¹⁴, mientras que *agoa(s)*, *aguoa*, *augua* y *auga* sólo se encuentran en documentos redactados en Navarra o en Francia por notarios de la cancellería regia de Teobaldo II, excepto en un caso en el que *agoas* aparece en un diploma escrito en Aragón, aunque por un notario que bien podría ser de origen navarro, el capellán y canciller del obispo Gil llamado Esteban, o que actuó como autor de la *iussio* notarial, dando la orden de redactar el documento a un escriba navarro, ya que las características lingüísticas del escrito indican que está redactado en la variedad romance navarra, tal como habíamos explicado en el capítulo del notariado.

La presencia de la variante latina desde mediados del siglo VIII en las pizarras visigodas se debe a la utilización de la escritura latina, que era la única conocida en estas fechas y durante el siglo XI. No hay que considerar, por lo tanto, que se trata de una forma gráfica arcaica mantenida a lo largo de los siglos, ya que las variantes romances empiezan a aparecer tempranamente, en el siglo XI, y de forma progresiva acaban imponiéndose en el siglo XIII en la redacción de los documentos en romance, reservándose únicamente la variante latina para la redacción de los escritos en latín. Así pues, teniendo en cuenta que las variantes romances ya se documentan en el siglo XI, no se trata, en el caso de esta palabra, de una evolución cronológica o continuidad gráfica evolutiva, sino de la presencia de las grafías latinas desde el siglo VIII, por ser las únicas que se conocían, hasta el siglo XIII para la redacción en latín medieval. Sin embargo, sí destaca una clara distribución diatópica en el uso de las variantes de *agua*, ya que mientras algunas son propias de los romances castellano y navarro, otras son exclusivas de éste

¹¹⁴ La graffa *gua* con valor de [gwa] no es exclusiva de Castilla, sino que aparece también en Navarra, aunque en menor número de casos que *goa*, presentándose incluso a veces con metátesis, según observa también Pérez-Salazar (PÉREZ-SALAZAR RESANO, C., *art. cit.* en la n. 99, pp. 756-757).

último. M. T. Echenique, a propósito de la grafémica vasco-románica del primer texto que intencionadamente se presenta escrito en vasco del siglo XVI¹¹⁵, descarta la filiación occitana de la grafía *goa* para representar el sonido [gwa], propia, por lo tanto, de la scripta navarra.

7.2.6. Ajeno, Enajenado, Enajenación, Alienado, Alienación

Esta palabra, que procede del latín ALIENUS, derivado de ALIUS, se presenta en el corpus junto con sus derivados o palabras de la misma familia léxica en treinta y tres ocasiones¹¹⁶, de las cuales once son variantes latinas y veintidós romances.

En cuanto a las variantes latinas destaca *aliena* (5), *alienatio* (1), *alienata* (1) y *alienationes* (2). La primera y la última localizadas en los siglos XII y XIII. *Aliena* cuatro veces en el siglo XII en Francia, Italia y posiblemente Italia y una vez en el siglo XIII en Francia, y *alienationes* en una ocasión en el siglo XII en Italia también y otra en el siglo XIII en Francia. Las restantes son del siglo XIII, *alienatio* aparece en Navarra y *alienata* en Italia. Todas se encuentran en documentos redactados en latín.

Las variantes romances son las siguientes. En primer lugar, *aieno* (1), *ajeno* (2) y *enagenados* (1); en segundo lugar, *allenas* (1) y *allenos* (1); en tercer lugar, *aillenada* (1) y *aillenos* (7), también escrita *ayllenas* (4), *ayllenos* (1) y *ayllenada* (2), es decir, se trata de una simple variación gráfica con respecto a la anterior. Estas variantes se encuentran en escritos en romance

¹¹⁵ ECHENIQUE ELIZONDO, M. T., "Grafémica vasco-románica. Implicaciones mutuas", *Caplletra. Revista de Filología*, 6, 1989, pp. 89-93.

¹¹⁶ *Aliena* (5) se documenta desde 1132 hasta 1188 en Francia e Italia, y en 1249 en Francia también. *Alienatio* (1) en 1238 en Navarra, *alienata* (1) en 1288 en Italia y *alienationes* (2) en 1188 y en 1249 en Italia y Francia respectivamente. *Alienados* (1) en 1245, *alienacion* (1) en 1270, y *allienadas* (1) en 1238, las tres en Navarra. *Aieno* (1) en 1238 en Navarra, *ajeno* (2) en 1237 y 1259 en Navarra, y en Francia, durante la cancillería de Teobaldo II, *enagenados* (1) en 1299 en Valladolid, *allenas* (1), *allenos* (1), *aillenada* (1), *aillenos* (7), *ayllenada* (2), *ayllenas* (4), *ayllenos* (1), todas en el siglo XIII en Navarra, posiblemente en Navarra o en Francia durante la cancillería de Teobaldo I.

del siglo XIII localizados en Navarra en todas las ocasiones, excepto el documento en el que está *enagenados* hallado en el área castellana, más concretamente en Valladolid, un lugar perteneciente a Castilla en el siglo XIII. En el caso de *aieno* y *ajeno* se trata de una misma variante con alternancia gráfica *i/j* para representar la prepalatal fricativa sonora, resultado centralizado de *Ly* latina, igual que en el romance del área castellana, tal como demuestra el derivado *enagenados*, también con grafía de la prepalatal fricativa sonora. Corominas dice, con respecto a esta variante, que es frecuente en toda la Edad Media, concretamente la forma verbal *enajenar* y *ajenar*¹¹⁷. En las otras variantes hay diferentes grafías para representar la palatal lateral sonora: *-ll-/-ill-/-yll-/-lli-*. De estas grafías, la *-ll-* es propia tanto del castellano, como del navarro en el que se presenta como la más frecuente. De hecho, *allenas* y *allenos* se documentan en Navarra. Las grafías que anteponen la vocal palatal *i/y* a la *ll* son propia de la scripta navarra, tal como demuestran *aillenada*, *aillenos*, *ayllenada*, *ayllenas* y *ayllenos*, todas documentadas en Navarra y la primera en Francia, durante la cancillería de Teobaldo I, de modo que debió utilizarla un escriba navarro. En estas formas se observa la evolución propia de la scripta navarra de *Ly* latina a la palatal lateral, como en aragonés. Sin embargo, este resultado no es exclusivo en Navarra, puesto que también aparece alguno de centralización de la consonante palatal, tal como hemos señalado arriba.

Especial atención merecen otras formas como *alienacion* (1), *alienados* (1) y *allienadas* (1) por presentar una parte latina *-li-* y otra en la que se aprecia la evolución romance en la sonorización de la dental y la reduplicación de la lateral fricativa sonora en la escritura únicamente, no en la pronunciación. Se localizan en el siglo XIII en Navarra en documentos redactados en romance.

¹¹⁷ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. I, p. 95.

En el caso de esta palabra, no puede hablarse de evolución cronológica, ya que las variantes latinas no se documentan con anterioridad al siglo XIII, en el XII son muy escasas y no se localizan en la Península Ibérica, sino en lugares extrapeninsulares de Francia e Italia en los que el latín medieval del que hacían uso los escribanos adquiere características especiales por tratarse del que se utilizaba en las curias o cortes papales, tal como habíamos adelantado. Por el contrario, en el siglo XIII en áreas hispánicas, sobre todo en la de Navarra, aparecen tanto las variantes romances como las latinas. Las primeras permiten señalar una distribución diatópica, ya que el romance utilizado en el área navarra parece decantarse por la forma *alleno* y sus derivados, con diferentes grafías propias de la scripta navarra y, en menor frecuencia, por *ajeno*, a diferencia de Castilla donde la única solución de la Ly latina es la prepalatal fricativa, representada por la variante *enagenados* en las mismas fechas.

Las documentaciones tardías de la variante latina, en el siglo XII en Francia e Italia y en el XIII en la Península Ibérica, permiten considerar que debió introducirse tardíamente debido a la intención latinizante de los escribanos. Por otro lado, *alienados*, *alienacion* y *allienadas*, con marcados rasgos de la variante latina y otros de adaptación al romance, al localizarse tardíamente en documentos redactados en latín, deberían considerarse formas cultas introducidas tardíamente y que, por presentar una solución lingüística caracterizada por la combinación de latín y romance, debieron penetrar por vía oral constituyéndose como semicultismos. Corominas considera a *alienar* variante culta de *enajerar* y a *alienación* tecnicismo médico en lugar de *enajenación*. Esto mismo parece indicar nuestra documentación, pero trasladando la cuestión ya a la época medieval, según se desprende de nuestro corpus.

7.2.7. Alcalde, Alcaide

Más variantes presenta la palabra *alcalde* que procede del árabe *al-qâdî* 'el juez'. Badía Margarit, siguiendo a Steiger, explica la presencia de *l* en sílaba tónica, como una consonante que se debe a la resolución de un sonido velarizado oclusivo árabe [d] en *ld* en posición final, en vez de *d*, *t* o *z*, que hubiera sido lo más frecuente, "aunque también podría tratarse de contaminación de la *l* del artículo *al-*". Añade, además, que "el resto de la evolución no tiene dificultades: el artículo aglutinado, la conservación de *A*, la *-e* final de apoyo, etc."¹¹⁸ Pero esta palabra no aparece escrita en los documentos con una única forma, sino que participa de la variabilidad ortográfica que caracteriza a la mayoría de voces romances, tanto las que estamos analizando como otras muchas.

En nuestro corpus aparece un total de ciento setenta y dos utilizaciones en las que hay que distinguir, en principio, entre las variantes que corresponden a *alcaide* y las de *alcalde*. De entre las variantes encontradas, algunas las presentan

¹¹⁸ BADÍA MARGARIT, A. M., "'Alcalde', difusión de un arabismo en catalán", *Homenaje a Millàs Villacastrán*, 1954, pp. 67-68.

también la Academia¹¹⁹ o Corominas¹²⁰, como *alcalde(s)*, *alcalde(s)*, *alcaldia* y *alcaldio* y otras no, de forma que podemos aportar nuevas variantes hasta ahora desconocidas como *alcald*.

En primer lugar, en cuanto a las variantes gráficas de *alcalde* y su número de apariciones encontramos: *alcalde* (87) y su plural *alcaldes* (12), sin duda, tal como dice la R.A.E. la variante más utilizada en la Edad Media. Las otras son menos numerosas, así *arcalde* (1), *alcalde* (5) y su plural *alcalles* (11), *alcaldia* (2) y *alcaldio* (2). En cuanto a *alcald*, la Academia no recoge esta forma en la enumeración de todas las variantes de *alcalde*. No obstante, revisando detenidamente las numerosas fichas dedicadas a cada una de las diferentes formas gráficas de esta palabra, se encuentra una que incluye la variante *alcald* procedente, según Neuvonen, del *Calila e Dimna*. Pero, en realidad, el autor de dicha ficha comenta que este *alcald* debe

¹¹⁹ En los archivos del *Diccionario Histórico* de la R.A.E. las variantes recogidas son las siguientes. La forma más antigua es *alcaldi*, registrada una sola vez en la Edad Media en un documento riojano del año 1035. *Alcalde* (con variaciones escritas como *alchalde*, *alqualde*) atestiguada desde el año 1069 y de aparición frecuentemente a partir del siglo XIII, se convierte en la forma más generalizada. Gonzalo Correas escribe *alkalde*. En el siglo XII se encuentra también *arcalde* (y la variante gráfica *arkalle*), *arcalt* y *arcalde* (junto a *archalde*), en documentos navarros y riojanos desde el año 1123 al 1181, y *alcaldde* en el *Fuero de Soria*. Todas estas variantes se registran una única vez, salvo *alcaldde*, de la que hay testimonios hasta principios del siglo XVI, y *arcalde*, que se mantiene hasta la actualidad considerada como vulgarismo en algunas zonas (vulgarismo salmantino desde 1915). Según la Academia, *alcalt*, *alqalde*, *alcald*, *alcade*, *allcalde*, *alcalde*, *alcald*, *alcall*, *alcal* son medievales, y se documentan entre los siglos XIII y XV. Frente a estas variantes medievales, son posteriores las formas *allcalde*, que aparece en *Cortes de Valladolid* (1544), *calde*, con una única documentación en *Relaciones de los pueblos de España* (1576), y *arcarde*, tomada como un vulgarismo moderno. En cuanto al derivado femenino, *alcaldesa*, también escrito *alcaldessa*, se registra por primera vez en un documento latino de Calahorra del año 1169. Se citan, además, las variantes *arcaldi*, *alcald* y *alcude*, sin señalar sus fechas ni lugares de documentación.

¹²⁰ Este autor distingue dos entradas: *alcalde* y *alcaide*. De la primera palabra señalan la fecha aportada por Oelschläger, los años 1062-1063 como primera documentación (OELSCHLÄGER, V., *A Medieval Spanish Word-List. A preliminary dated vocabulary of first appearances up to Berceo*, Univ. de Wisconsin, 1940). Indica como variantes de esta palabra las de *alcalde*, *alcall* y *alcade*, coincidiendo con la R.A.E. Las dos primeras las explica por asimilación, como Menéndez Pidal, y de la última sólo dice que es rara. Añade también *alcate*, con presencia de consonante sorda intervocálica, tal vez, en opinión nuestra por influencia del vasco, si se tiene en cuenta que en esta lengua la alternancia sordo/sonoro no es pertinente. Como derivados presenta *alcaldesa*, *alcaldía* (1219), la variante medieval *alcaldio* y la documentada más tardíamente, en 1605, *alcaldada*. De *alcaide* señala como primera documentación el año 1076. Las variantes que presenta son *alcáed* (1118), la originaria, de la que proceden *alc(h)áied* (en un fuero navarro), con -y- antihiática, y *alcayad*, por asimilación, con las variaciones *alcayat* y *alcayaz* (Cid). Ello le lleva a admitir que esta palabra debió acentuarse en la penúltima sílaba. Los derivados que señala son *alcaldesa* y *alcaldía* (del año 1480 y h. 1500) (COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. I, pp. 126-127).

ser en Neuvonen una errata por *alcalld*, porque tras revisar el *Calila* no lo ha encontrado una sola vez. En cualquier caso, en nuestro corpus se encuentra la variante *alcald* (29) en numerosas ocasiones. Aportamos, pues, a las variantes gráficas de *alcalde*, mencionadas por la R.A.E., la de *alcald*.

En segundo lugar, las variantes de *alcaide* son *alcaet* (1), *alcait* (1), escrito también como *alcajt* (1) y *alcayt* (17), *alcaidi*, *alcayda* y *alcaidia* (1). Sólo ésta última coincide con una de las señaladas por Corominas. *Alcayda* se encuentra en el mismo documento en que está *alcaidia* y parece utilizarse como sinónima de ésta. Tal vez la ausencia de *i* en la forma *alcayda* se deba a un olvido del escriba, pero esto es tan sólo una suposición; si nos ajustamos a lo que está escrito en el diploma, y teniendo en cuenta el polimorfismo gráfico propio de la documentación notarial medieval, debemos añadir la forma *alcayda*¹²¹ a la lista de variantes de *alcaide*. La variante *alcaet* se parece a una de las que presenta Corominas, pero sin el ensordecimiento de la consonante final, es decir, *alcáed*, "con abertura de la *i* por influjo del hamza arábigo". *Alcait*, *alcayt* y *alcajt* son tres formas alternantes de una misma variante, con variaciones gráficas medievales en cuanto a la representación de la *i*. Cejador¹²² también recoge *alcayt* y *alcaid* como variantes de *alcaide*. Por último, la presencia de la *-i* final en *alcaidi* tal vez se explique por analogía con una de las palabras a las que acompaña en la frase en que aparece: *Johanne Petri de la Tabla, alcaidi Stelle*. El hecho de que el escatocolo en el que se encuentra esta variante esté escrito en latín no es motivo suficiente para que el

¹²¹ Las frases en las que se encuentran ambas variantes son las siguientes: "Et similiter in colligenda panis de directis quos donant, pro unoquoque kafiç mensure Tutele, I q(uartal) de aluaq(ila) et I q(uartal) de alcayda et I q(uartal) de scriuania de parte mauri". "Istos directos supradictos donant mauros domini regis de Cortes mediateros et quarteros. Ad si cum donant mediateros aluaq(ui)la et alcaidia et scriuania et criua, ad illam raçonem donant los quarteros foras de peça de Mula que uocatur, que non donat aliis directis si non aluaq(ui)la". Este documento trata de la "Memoria de las pechas que suelen pagar al rey los moros de Cortes" (MARTÍN GONZÁLEZ, M., *op. cit.*, pp. 44-45).

¹²² También señala las variantes *alcayt*, *alcayad*, *alcayaz*, *acayaz*, *alcaed* y *acayad* (CEJADOR y FRAUCA, J., *Vocabulario Medieval Castellano*, Madrid, Visor Libros, 1990, p. 22).

escriba, intentando latinizar la palabra, la presentara con apariencia de genitivo latino, ya que funciona como aposición del sujeto y no como complemento del nombre, lo mismo que en la siguiente frase: *E Gonzalvo de Morentin, alcalde in terra Stelle. Alcaidi* debe tratarse, por lo tanto, como *alcaide*.

En cuanto a las dataciones crónicas y tópicas de las variantes¹²³, en el caso de *alcalde* sus fechas de aparición abarcan de 1186 a 1299, por lo que estamos de acuerdo con Corominas cuando afirma que esta palabra así escrita "empieza a aparecer a fines del S. XI y no se hace frecuente hasta el XII"¹²⁴. Se distribuye sobre todo por los Reinos de Navarra y de Castilla. Aparte de los notarios navarros y castellanos que hacen uso de esta variante, destaca un escribano llamado Pedro Juan, tanto por pertenecer a una cancillería diferente, la del rey aragonés Jaime I, como por escribir la palabra con apariencia latinizante, ya que la presenta en caso dativo o ablativo plural, como si se tratara de una palabra propiamente latina: *alcaldibus*. *Arcalde*, *alcalle*, *alcalles*, *alcaldia* y *alcaldio* y *alcald* son todas del siglo XIII. De ellas, *arcalde* y *alcald* se documentan en Navarra, mientras que *alcalle(s)* aparece únicamente en Castilla. Con respecto a *alcaldia* y *alcaldio*, coincidimos con Corominas en que la última es una variante medieval, pero podemos añadir que *alcaldia* también lo es, tal como se desprende del análisis del corpus.

Por otra parte, *alcaet* se encuentra en el siglo XII en Castilla. *Alcalt*, *alcayt*, *alcaidi*, *alcayda*, *alcaidia* y *alcajt* son del

¹²³ *Alcalde* (87) abarca de 1230 a 1298 y *alcaldes* (12) de 1186 a 1299, en Navarra o posiblemente en Navarra en algunos casos, durante la cancillería de Teobaldo II, y en Castilla. *Alcaldibus* (1) aparece en Aragón en 1233. *Arcalde* (1) es de 1252, posiblemente de Navarra, *Alcalle(s)* (16) son tardíos, aparecen desde 1269 hasta 1282, siempre en documentos redactados en Castilla, excepto una vez en que *alcalle* está en un documento relacionado con la cancillería de Teobaldo II sin indicación de lugar. *Alcald* (29), de 1230 a 1244 en Navarra, veintiseis veces está en el mismo documento. *Alcaldia* (2) aparece en 1281 en Navarra y en 1293 en Castilla, y *alcaldio* (2) en 1281 en Pamplona. *Alcaet* (1) se documenta en 1186 en Castilla. *Alcalt* (1) aparece en un documento de 1237 de Navarra. *Alcayt* (17) se halla en un mismo diploma, de 1270, redactado en Navarra. *Alcajt* es de 1225 y se localiza en en Molina (Guadalajara) que en esa fecha era un señorío independiente de Aragón y Castilla, aunque lingüísticamente pueda inscribirse en el área castellana. *Alcaidi* (1) es de 1236, y se localiza en Navarra. *Alcayda* (1) y *alcaidia* (1) de 1234 y posiblemente de Navarra.

¹²⁴ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. I, p. 127.

siglo XIII. Las tres primeras aparecen en Navarra y conviene señalar que todas las documentaciones de *alcayt* están en el mismo escrito. *Alcayda* y *alcaidia* se localizan en un documento que también debió redactarse en Navarra. *Alcajt* se halla en un escrito vinculado lingüísticamente al área castellana.

Por lo que respecta a la frecuencia de aparición y uso de las variantes que hemos analizado, resalta la mayor utilización de *alcalde* con respecto a *alcaide*. Además, la variante gráfica más utilizada en el siglo XIII, tal como dice la R.A.E., es *alcalde*, aunque puede señalarse una distribución geográfica si se tiene en cuenta que mientras *alcalde* se documenta preferentemente en Navarra, en Castilla esta variante alterna con *alcalle*, que parece ser la preferida y más utilizada en esta área. Puede hablarse, por lo tanto, de una distribución diatópica.

Hay que destacar también que algunas de las variantes que hemos analizado no sólo se encuentran en documentos redactados en romance, sino incluso en latín y se tratan en ocasiones como voces de etimología latina en lugar de árabe (*alcaldibus*).

Para la explicación de esta palabra, *vid.* 7.2.3. ACEQUIA.

7.2.8. Alfonsino, Alfonsí

Esta palabra tiene dos variantes, una próxima al latín, *alfonsino*, con el sufijo derivativo *-ino*, y otra cercana al árabe, *alfonsí*, por el sufijo derivativo *-í*, para hacer referencia a una moneda medieval en todos los casos.

Por un lado, la variante de origen latino que sólo aparece en plural, *alfonsinos* (3), se encuentra con esta forma en dos documentos escritos en romance y en uno redactado en latín. La variante *alfonsines* (2) debe considerarse junto a la anterior como derivada de la forma latina y la marca de plural *-es* debe tratarse únicamente de una vacilación vocálica más dentro del polimorfismo gráfico que caracteriza la documentación notarial

medieval. Sin embargo, no ha de descartarse totalmente la posibilidad, sino de un cruce entre la variante con sufijo latino y la que presenta el sufijo árabe, sí de una posible influencia de ésta última en la primera, atendiendo a sus fechas y lugares de documentación que hubieran podido facilitar la analogía.

Por otro lado, la variante con el sufijo *-í*, uno de los escasos rasgos morfosintácticos que el árabe ha dejado en el romance, se presenta de dos modos para expresar el plural, *alfonsis* (6) y *alfonsies* (1). La primera añade únicamente la *-s*, mientras que la segunda agrega *-es* a la terminación vocálica tónica, tal como quedará posteriormente en el español para éstas y otras palabras con las mismas características morfológicas.

En cuanto a las dataciones tópicas y crónicas de estas variantes¹²⁵, hay que señalar que todas se localizan en Navarra, excepto en el caso de *alfonsines*, que se utilizó una vez en un documento escrito en Francia durante la cancillería de Teobaldo II, y *alfonsis* que también en una ocasión también se desconoce el lugar en que se redactó el diploma en que se encuentra, pero que puede aventurarse atendiendo al oficial que llevó a cabo su escrituración. Este oficial era Pedro Cadel, escribano de Pedro Cornel, mayordomo de la curia regia de Jaime I de Aragón, de posible origen tanto aragonés como navarro por las características lingüísticas del documento que redacta. Todas las variantes y sus diversas apariciones son del siglo XIII, *alfonsinos* es la primera en documentarse, seguida de *alfonsis*, *alfonsines* y *alfonsies*, ésta última la más tardía. Esta delimitación cronológica permite varias observaciones, la primera que *alfonsinos*, la forma más fiel al latín, es la más antigua, la segunda que en el caso de *alfonsis* / *alfonsies* la última se documenta con posterioridad y la tercera que *alfonsines* se encuentra a medio camino entre

¹²⁵ *Alfonsinos* (3) y *alfonsis* (6) se encuentran en Navarra y posiblemente en Navarra también, entre 1236 y 1238 la primera y entre 1244 y 1249 la segunda. *Alfonsines* (2) se halla en 1249 y 1254 en Navarra y en un lugar de Francia, durante la cancillería de Teobaldo II, y *alfonsies* (1) aparece en 1264 en Navarra. Todos los documentos están escritos en romance, excepto uno redactado en latín en el que está *alfonsinos*.

ambas, por lo que queda de manifiesto la evolución cronológica que parece reflejar como la lengua escrita va adaptándose a la oralidad. Sin embargo, estas consideraciones afectan únicamente al siglo XIII de modo que sólo puede sostener esta evolución en este siglo, no con anterioridad, tal como demuestra el hecho de que en los Archivos del *Diccionario Histórico* de la R.A.E. se encuentre recogida la variante con sufijo árabe ya en el siglo XII¹²⁶. De este modo, la variante con sufijo árabe se halla con anterioridad a la variante latina encontrada en nuestra documentación, por lo que no puede sostenerse la evolución cronológica apuntada de forma general, sino sólo con relación a nuestra documentación y, además, tampoco permite establecer una distribución diatópica en el uso de estas variantes.

7.2.9. Amparanza

De las palabras *amparanza* y *amparamiento*, dice la R.A.E. que son anticuadas, es decir, propias de la Edad Media y, además, que la primera se entiende aún en Aragón¹²⁷. Corominas también considera que estas palabras son anticuadas, y de la familia de *emparar/amparar*, el primer verbo aparece en el *Cid* y también Berceo lo utiliza, y el segundo es de hacia 1200 y se encuentra igualmente en textos bajo-latinos del siglo XII, según este autor¹²⁸.

Amparo es la palabra actual y no se halla en nuestra documentación. Por el contrario, sí se encuentra *amparanza*¹²⁹ con dos variantes y algunas variaciones gráficas en dieciocho

¹²⁶ En los Archivos del *Diccionario Histórico* de la R.A.E. aparece la variante *alfonsí* como adjetivo ya en 1166 en Toledo (Argüellos, Alfonso X) y "como moneda" en 1206 en *Documentos de Madrid*. También aparece en 1186 en Cuenca y en 1199 en Logroño, ambas en *Documentos de Logroño*.

¹²⁷ REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la Lengua Española*, 21ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1992, Vol. I, pp. XXVII y 131.

¹²⁸ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. IV, p. 394 y ss.

¹²⁹ Según J. Cejador, *emparanza* y *emparamiento*, pueden tener también en la Edad Media los significados de 'embargo' y de 'obstáculo', además del de 'defensa y amparo' (CEJADOR Y FRAUCA, J., *op. cit.*, p. 162).

ocasiones, de las cuales la mayoría está escrita en romance *amparança* (1), *amparanza* (1), *emparança* (4) y *enparança* (10), y sólo dos en latín *emparantia* (1) y *emparanciis* (1).

Si etimológicamente estos derivados verbales procedieran del latín vulgar *ANTEPARARE, con el significado de 'prevenir de antemano', 'disponer un parapeto', como dice Corominas, estaría justificada la existencia de la vocal átona *a* en la sílaba inicial de *amparança* y *amparanza* y podría entenderse un cambio entre vocales átonas en *emparança*, *enparança*, *emparantia* y *emparanciis*. De forma parecida, en dos fichas del Archivo del *Diccionario Histórico* de la R.A.E. se señala que *amparança* procede de *amparar* + *-anza* (cf. lat. med. *amparantia*) en una de ellas y en la otra que *amparantia* es un derivado de *amparare*. Sin embargo, otros autores como Cejador proponen como origen la forma latina IMPARARE, 'amparar', 'defender' de la que debió derivarse la forma con vocal átona inicial etimológica *e-*. Por todo ello la documentación de unas variantes con *a-* y otras con *e-* puede tener implicaciones relevantes.

La variante latina¹³⁰ aparece en una ocasión con la forma *emparantia* y se presenta en otra como *emparanciis* con una vacilación o adaptación gráfica al romance representada por la grafía *c* en lugar de la *t* latina. Se trata de dos intentos de reflejar lo más fielmente posible el latín en la escritura a principios del siglo XIII, en Aragón la primera, y en Navarra la segunda. Ambas se encuentran en documentos escritos en latín. De las variantes romances, una es *emparança*, escrita también como *enparança*, y la otra *amparança* o *amparanza*, que es la más antigua, ya que estas dos formas se documentan a mediados del siglo XII en los Reinos de Navarra y Aragón respectivamente y aparecen en escritos en latín, mientras que las dos formas de la primera variante son más tardías, se localizan a partir de finales de la

¹³⁰ *Emparantia* (1) se documenta en 1225 en Aragón y *emparanciis* (1) en 1234 en el de Navarra. *Amparança* (1) y *amparanza* (1) son del siglo XII, la primera de 1157 y la segunda de 1154, una se encuentra en un documento redactado en Navarra y la otra en una de Aragón. *Emparança* (4) aparece entre 1249 y 1269 y *enparança* (10) entre 1237 y 1259, ambas en Navarra y Francia durante la cancillería de Teobaldo II.

tercera década del siglo XIII, todas en el Reino de Navarra o en algún lugar de Francia, durante la cancillería de Teobaldo II y se encuentran en diplomas escritos en romance, excepto en un caso, el de un diploma localizado en Francia y redactado en latín por el escribano y clérigo de Teobaldo II, Gimeno García de Aibar, en el que se recoge un escrito anterior de 1176, obra de un vicecanciller de Sancho VI llamado Fernando y en el que aparece la palabra *emparança*. Estas variantes romances vacilan no sólo en cuanto a la vocal inicial, sino también en cuanto a las grafías *ç/z* de las predorso-dento-alveolares africadas sorda y sonora respectivamente, tal como es propio de la scripta navarra, es decir, caracterizada por la indistinción gráfica para representar estos fonemas¹³¹.

No puede hablarse exactamente de una distribución diatópica en el uso de estas variantes, ya que se documentan tanto unas como otras en el Reino de Navarra y en Aragón. Tampoco puede pensarse en la posibilidad de diferencias de significado entre unas y otras variantes. Tal vez, en todo caso, deba entenderse que se trata de un simple ejemplo del polimorfismo gráfico medieval que caracteriza la documentación notarial en la Edad Media, o de una preferencia en época más tardía de la variante romance *emparança/enparança*, utilizada incluso con forma latina también en documentos redactados en latín. No sería significativo en este caso el hecho de que *emparança* se documentara, asimismo, a finales del siglo XII, ya que por aparecer en una carta confirmatoria en la que el oficial de Teobaldo II copia la escrita por el notario de Sancho VI, puede suponerse que el escriba de Teobaldo pudo realizar alguna modificación, de ahí que sea más conveniente fechar esta utilización de *emparança* a mediados del siglo XIII.

Dejando a un lado las propuesta etimológicas de Corominas por un lado y de Cejador por otro, destaca, con respecto a esta palabra, la escasa presencia de la variante

¹³¹ PÉREZ-SALAZAR RESANO, C., *art. cit.* en la n. 99, pp. 757-758.

amparanza que, a diferencia de *emparanza*, se documenta en un mayor número de ocasiones en el siglo XIII por lo que queda de manifiesto la preferencia por esta variante, al menos en el área de Navarra. Además, el hecho de que la variante latina *emparantia* también presente como vocal inicial la *e-* puede significar o bien que su introducción afectó a las variantes romances que optaron por la forma con *e-*, o bien que fue la variante romance la que influyó en la presencia de la *e-* inicial en la forma latina. Sin embargo, hay que entender en este caso que la forma latina es la que influye en la romance por dos razones. En primer lugar, porque la variante latina se documenta con anterioridad y, en segundo lugar, porque normalmente es la forma latina la que influye en la romance en casos de vacilación, ya que se considera como forma de prestigio al introducirse en muchas ocasiones gracias al contexto eclesiástico o jurídico como podría haber ocurrido en este caso. De cualquier modo, la aparición tardía de la variante latina parece indicar que su utilización en el siglo XIII se debe al deseo de latinización por parte de los escribas al recurrir a la redacción en latín medieval.

7.2.10. Año

De las quinientas cincuenta y seis ocasiones en que aparece la palabra *año* con diversas variantes gráficas, las que presentan forma latina son las más numerosas, debido a su presencia en las fórmulas de protocolo o escatocolo de los documentos notariales.

Con forma latina se encuentra cuatrocientas treinta y dos veces, distribuidas en diferentes casos latinos, así *annum* (15), *anni* (3), *annorum* (1), *anno* (319) y *annos* (48), aunque éstas dos últimas también podrían entenderse en algunos casos como variantes romances con la grafía medieval *-nn-* de la palatal nasal. Con formas romances aparece en ciento veintiuna ocasiones, exceptuando las de *anno(s)* que podrían ser romances también,

o en ciento veinticinco, si a las variantes *ainno* (8) / *ainnos* (5), *ayno* (26) / *aynos* (5), *aynno* (69) / *aynnos* (8) se le añaden las variantes *ano* (2), su plural *anos* (1) y *ans* (1), a pesar de que en alguno de estos casos, tal vez será más conveniente considerar que se trata de variantes latinas con alguna ultracorrección o alteración en su forma, tal como veremos a continuación.

Las formas latinas¹³² *annum*, *anni*, *annorum* y *annis* se documentan desde principios del siglo XI y, sobre todo, en el XIII, en las Glosas Emilianenses y Silenses, en el Reino de Castilla, así como en el de Navarra, y también en Francia durante la cancillería de Teobaldo II. Todas aparecen en documentos redactados en latín.

El caso de *anno(s)* resulta más complicado, ya que puede representar una variante latina o, por el contrario, una romance. Se documenta en los siglos XI, XII y XIII. De las ocho ocasiones en que se encuentra en el siglo XI, siete en el Reino de Castilla y una en el de León, puede entenderse que representa a la variante latina en todos los casos, excepto en el de una de las Glosas Silenses en que aparece glosando en romance el texto latino [*por lo anno pleno*]. Se encuentra seis veces en el siglo XII en Francia, en Italia y en el Reino de Aragón, siempre como variante latina. En el siglo XIII es mucho más numerosa. Aparece trescientas diecinueve veces, de las cuales es variante latina en doscientas veintitrés ocasiones y variante romance en ochenta y

¹³² *Annum* (15) se encuentra once veces hacia 1050 en las Glosas Silenses y cuatro en 1255 en Navarra. *Annorum* (1) en las Glosas Silenses también. *Anni* (3) en los años 1031, 1050 aproximadamente y 1264, la primera posiblemente en Castilla, la segunda en las Glosas Silenses y la tercera en Navarra. *Annis* (46) se documenta en el siglo XI, desde el año 1000-1020 en las Glosas Emilianenses en una ocasión, a principios del siglo XI, en el año 1050 en las Glosas Silenses, y en el siglo XIII, desde 1234 hasta 1269 en Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia durante la cancillería de Teobaldo II. En el caso de *anno* (319) hay que distinguir entre las variantes en latín y las romances. Como variante latina aparece en el siglo XI (7), desde 1030 hasta 1078, en Castilla y León. En el siglo XII (6), desde 1132 hasta 1188 en Francia, Italia y Aragón. En el siglo XIII (223), desde 1210 hasta 1299, por la geografía peninsular y extrapeninsular. Como variante romance aparece una vez en el siglo XI en las Glosas Silenses, y en el siglo XIII, desde 1218 hasta 1299 en Castilla, Navarra y Túnez en la cancillería de Teobaldo II. *Annos* (48) se documenta como variante latina (12) en las Glosas Silenses, y desde 1238 a 1255 en Navarra, y como variante romance, una vez en las Glosas Silenses y desde 1237 hasta 1299 principalmente en Castilla, en Navarra y Cartago. *Ainno* (8) desde 1236 hasta 1264, *ainnos* (5) en 1253, *ayno* (26) desde 1248 hasta 1281, *aynos* (5) de 1253 a 1270, *aynno* (69) desde 1234 hasta 1269 y *aynnos* (8) de 1254 a 1299. Todas estas últimas variantes aparecen en el Reino de Navarra.

dos. Muchas de las variantes latinas se encuentran, como ya hemos dicho, en las fórmulas redactadas en latín, aunque el resto del documento lo esté en romance. En otros casos, la fórmula presenta una parte en romance y otra en latín en la que se halla *anno* para expresar la datación crónica del diploma. Las variantes latinas se reparten por los reinos hispánicos de Navarra, Castilla, Aragón y por enclaves extrapeninsulares de Francia, algunos relacionados con las cancillerías de Teobaldo I y II, Italia y Túnez, concretamente Cartago, donde Teobaldo II antes de morir ordenó redactar su testamento a algún escriba de su cancillería de origen navarro, según indican las características lingüísticas del texto, por lo que puede incluirse entre los diplomas escritos en Navarra. A partir de ahora puede aplicarse esta aclaración a todas las dataciones de Túnez. Las variantes romances se distribuyen por Castilla, Navarra y Cartago de nuevo. Con el plural *annos* ocurre algo similar, ya que en unas ocasiones se presenta como variante latina y en otras como romance. Como variante latina se localiza quince veces, de las cuales doce pertenecen a las Glosas Silenses, de mediados del siglo XI, y tres al siglo XIII en Navarra. Como variante romance aparece una vez en el siglo XI en una de las Glosas Silenses [*u. annos*], y treinta y dos veces en el siglo XIII en Castilla, Navarra y Cartago (Túnez).

En cuanto a las variantes romances de la palabra *año*, todas son del siglo XIII y se localizan principalmente en el antiguo Reino de Navarra. Así *ainno* y su plural *ainno* se documentan en Navarra o posiblemente en Navarra. *Ayno* y *aynos* en Navarra o en algún lugar de Francia durante la cancillería de Teobaldo II. Ha de tenerse en cuenta que dos de las ocasiones en las que se localiza esta variante en Navarra se deben a *Per Andreu*, un notario de la cancillería de Jaime I de Aragón. *Aynno* y su plural *aynnos* es la variante romance más frecuente. Se localiza, igual que las anteriores, en el Reino de Navarra, excepto en una ocasión en que aparece en un diploma escrito en Francia, pero, de nuevo, durante la cancillería de Teobaldo I.

Todas estas variantes romances se caracterizan por presentar grafías propias de la scripta medieval navarra para representar la palatal nasal sonora. Se trata de las grafías que anteponen *y* o *i* a *n* o *nn*, esto es, *-inn-*, *-yn-* e *-ynn-* en estos casos.

Por otro lado, destacan otras variantes que, como hemos dicho antes, podrían ser bien romances, bien latinas con ciertas vacilaciones o ultracorrecciones gráficas. Concretamente son las siguientes: *ano*, su plural *anos* y *ans*. Son todas del siglo XIII. La primera se encuentra una vez en Navarra en un escrito en latín y otra en Castilla en un documento en romance, lo mismo que *anos*, en Castilla también y en romance, ya que aparece en el mismo documento que *ano*. *Ans* aparece en un diploma escrito en latín por un escriba de la cancellería de Teobaldo II de origen francés, Odón de Château-Thierry. Teniendo en cuenta todas estas precisiones, entendemos que *ano* se presenta en un caso como variante latina con pérdida o reducción consonántica, tal vez por ultracorrección, es decir, por el deseo del escriba de que no se pronunciara palatalizada, como podría ocurrir de escribirse con grafía *-nn-*. Esta última grafía es, además, muy frecuente también para representar la palatal nasal en el romance del área de Navarra, aunque no exclusiva de su scripta, sino común a otras. En el otro caso, *ano*, lo mismo que *anos*, ambas localizadas en el Reino de Castilla, si han de considerarse variantes romances, ya que la grafía *-n-* también servía para representar la palatal nasal en la scripta castellana. Por último, la variante *ans*, más cercana al romance que al latín, parece ser en cualquier caso una particularidad de este notario de origen francés.

Analizadas todas las variantes con sus fechas y lugares de aparición, puede hablarse en primer lugar de una distribución diatópica, por la presencia de variantes romances con grafías propias de la scripta navarra en esta área lingüística (*-inn-*, *-yn-* e *-ynn-*), mientras que en Castilla predomina la grafía *-nn-* y hay algunos casos de grafía *-n-*, que en Navarra se utiliza en una

ocasión como grafía latina con reducción consonántica. Por otro lado, en lugar de hablar de una evolución cronológica, sería más conveniente establecer una preferencia por fechas de variantes latinas y romances. Las latinas aparecen en el siglo XI y también en el XIII, mientras que las romances son muy escasas en el siglo XI y abundan en el XIII.

La aparición temprana de la variante latina ya a principios del siglo XI, continuando a lo largo de los siglos XII y XIII y su presencia principalmente en las fórmulas de datación de los escritos, con objeto de otorgarles un mayor grado o apariencia de legalidad, autenticidad o solemnidad parece indicar que debió tomarse de los formularios antiguos a los que acudían los escribas para copiar los modelos de datación en este caso establecidos en ellos y escritos en latín. Por ello, esta variante latina ha de considerarse un arcaísmo ya en el siglo XI, si se tiene en cuenta que junto a esta forma escrita en latín en las fórmulas ya aparecían en las mismas fechas e incluso a veces en los mismos documentos algunas variantes romances de esta palabra, aun cuando se utilizaban las grafías latinas, es decir, la escritura latinizante para redactar los textos notariales. Este arcaísmo siguió vigente durante los siglos siguientes en las fórmulas de datación, aunque en manifiesta convivencia ya con las variantes romances, que aparecían no sólo en el texto documental, sino incluso en las fórmulas de fechación también desplazando o, mejor aún, coexistiendo, con el arcaísmo. A ello debió contribuir que una de las variantes romances, la de *anno*, presentara la misma forma gráfica que la variante arcaica, de modo que al empezar a pronunciarse esta forma en romance, allanó el camino y facilitó la entrada en las dataciones documentales de las otras variantes romances.

La variante latina es, por lo tanto, un arcaísmo, en muchas ocasiones tan sólo gráfico, ya que, mientras en algunos documentos es posible que se pronunciara sin palatalización, es decir, de una forma más cercana al latín, sobre todo en el siglo XIII cuando la pronunciación del latín medieval debía estar más

establecida, en la oralidad, sin duda, la pronunciación romance palatal era la predominante, hasta el punto de invadir en el siglo XIII en algunos casos el contexto comunicativo latino escrito de las fórmulas de datación de los documentos notariales, desplazando a la forma en latín, es decir, al arcaísmo, si los documentos estaban redactados en romance.

7.2.11. Apóstol, Apostólico

Esta palabra y sus derivados se presentan en noventa y seis ocasiones en el corpus de estudio. Las variantes más frecuentes son las latinas, con variaciones casuales como las de *apostolus* (1), *apostolum* (1), *apostoli* (11) y la forma con ultracorrección o vacilación gráfica *aposttoli* (4), *apostolos* (1), *apostolorum* (13), y los adjetivos derivados *apostolicum* (2), *apostolicis* (1), *apostolicorum* (1), *apostolica* (16), *apostolicam* (13) y *apostolice* (16), con reducción de la terminación del genitivo latino -AE > -e, debida posiblemente a la pronunciación escolástica del latín medieval. Con algunos rasgos de evolución romance se encuentra *apostol* (3), *apostoles* (1) y *apostoligo* (11) que pertenece a la misma familia léxica y actúa preferentemente como sustantivo referido al Papa.

La teoría tradicional considera que se trata de un semicultismo por la conservación de la vocal póstonica, ya que, según la regla evolutiva tradicional, la síncopa de la vocal interior postónica debía tener lugar antes de la apócope de la -o, en este caso, y de la -e en otros como el de *árbol*, que veremos a continuación.

Algunas de estas formas, sobre todo las plenamente latinas desde el punto de vista gráfico, se incluyen en las dataciones crónicas de los documentos para hacer referencia a un día concreto a través de la mención de una festividad religiosa relacionada con algún apóstol. En cuanto a las

dataciones de tiempo y lugar¹³³, las variantes latinas aparecen desde el siglo XI hasta el XIII. Las de los siglos XI y XII se localizan todas en el área de Castilla, incluida la forma ultracorrecta *aposttoli*, excepto algunos derivados que aparecen en documentos redactados en Italia en el XII. Las del siglo XIII se reparten por el área de Navarra y los derivados también por Italia y Francia preferentemente, además de Castilla y Navarra. Un caso resulta llamativo, la aparición de la forma latina *apostolorum* en un documento castellano redactado en romance a finales del siglo XII, cuya fórmula de datación combina romance y latín, reservando éste último para la expresión propiamente temporal en la que se encuentra la forma latina que nos ocupa en genitivo plural: *Fegga fue esta pesquirda in era M.CC.XXVIII. in uespera apostolorum Philippi & Jacobi*.

Por otro lado, los derivados latinos *apostolica*, *-am*, *-icis*, *-icum* hacen corresponder fielmente el caso latino en el que aparecen con la función sintáctica que desempeñan. *Apostolice* (por *apostolicae*) es la única excepción al alterar la desinencia casual latina de genitivo femenino aunque, como ya hemos adelantado, se trataría de una particularidad debida a la pronunciación escolástica del latín.

Las variantes adaptadas al romance, es decir, con algún rasgo de evolución, sobre todo la pérdida de las desinencias casuales por lo que la teoría tradicional las consideraría semicultismos, se documentan todas en el siglo XIII, excepto en un caso, el de *apostolo*, del siglo XI porque se trata de una de las

¹³³ *Apostolus* (1) y *apostolum* (1) se documentan a principios del siglo XI en las Glosas Emilianenses, *apostoli* (11) entre 1025 y 1269 posiblemente en Castilla, y en Navarra, *aposttoli* (4) en el 1030 posiblemente en Castilla también, *apostolos* (1) en 1266 en Navarra y *apostolorum* (13) desde mediados del siglo XI en las Glosas Silenses, en el 1191 en Castilla y en el siglo XIII, de 1237- 1266 en Navarra, Francia e Italia. *Apostolica* (16) en 1187 en Italia en una ocasión y en el siglo XIII desde 1234 hasta 1238 en Castilla, Francia e Italia; *apostolice* (16) en 1162 y 1188 en Italia, y desde 1249 hasta 1266 en Francia e Italia y una vez en Navarra; *apostolicis* (1) y *apostolicorum* (1) en 1249 en Francia, *apostolicam* (13) desde 1249 hasta 1288 en Francia, Italia y una vez en Navarra y *apostolicum* (2) en 1188 y en 1249 en Italia y en Francia respectivamente. *Apostol* (3) desde 1252 hasta 1266 en Navarra y posiblemente en Navarra, *apostoles* (1) en 1269 en Francia durante la cancillería de Teobaldo II, *apostolo* (1) a principios del siglo XI en las Glosas Emilianenses y *apostoligo* (11) desde 1238 hasta 1253 en Navarra.

Glosas de San Millán *-[zerte dicet Paulo apostolo]-*, glosando a *apostolus* y con mantenimiento de la *-o* final. La pérdida de *-us* considera Corominas que no es regular en castellano y que no se trata de un provenzalismo religioso, sino de una forma apocopada por aparecer normalmente en sintagmas compuestos por el sustantivo *apóstol* más un nombre propio precedido de *San/Santi*, etc.¹³⁴ Sin embargo, en nuestra documentación abundan los casos de posposición de *apóstol* al nombre, tanto en los ejemplos del siglo XIII (*el dia de Sant Andreo l'apostol*, *Sant Matheo apostol*, *San Simeon y Judas apostoles...*) como en el del siglo XI recogido arriba. Por ello, no puede interpretarse que la apócope se debe a la anteposición de esta palabra.

Además, el hecho de que no se encuentren variantes romances con pérdida de la vocal postónica parece indicar que ésta debió ser la única forma derivada de la palabra latina. Algunos autores, con la intención de evitar el calificativo de semicultismo para esta palabra, buscan una explicación fonética de este mantenimiento de la postónica. Por ejemplo, Badía Margarit considera que el contexto fónico condiciona la vocal postónica conservada al encontrarse "entre dos consonantes afines desde el punto de vista articulatorio", es decir, que está en contacto con una sonante siguiente, en este caso una *l*¹³⁵.

Sin embargo, parece que a este factor fonético se le podrían añadir otros datos para dejar de entender esta palabra como un semicultismo.

Atendiendo a las dataciones crónicas podría establecerse una cronología evolutiva si se tiene en cuenta que únicamente las formas plenamente latinas aparecen en el siglo XI, aunque éstas no se sustituyen por las que presentan algunos rasgos de evolución o adaptación al romance progresivamente, como sería lo esperable, sino que continúan apareciendo con frecuencia en el siglo XIII, junto a las adaptadas al romance que son menos

¹³⁴ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. I, p. 300.

¹³⁵ BADÍA MARGARIT, A. M., "Por una revisión del concepto de «cultismo» en fonética histórica", *Studia Linguistica in honorem R. Lapesa*, I, Madrid, 1972, pp. 144-145.

numerosas. La explicación reside una vez más en que, al ser una palabra propia del ámbito eclesiástico medieval, y de aparición frecuente en las fórmulas de datación, saludos o encabezamientos de los documentos que son cartas de donación, confirmación, etc. podría tratarse de un arcaísmo que los notarios escriben en latín, sin apenas vacilaciones. El contexto eclesiástico y las fórmulas modelo de los formularios antiguos proporcionan, sin duda, las suficientes garantías para que se recurra a la forma latina al redactar los escritos ya desde principios del siglo XI y manteniéndose a lo largo de los siglos siguientes tal como parece demostrar concretamente el caso de *apostolorum*, encontrado en un documento redactado incluso en romance en 1191 en Anero (Castilla). Además, el interés por escribir esta palabra con grafías latinas lleva a algunos casos de ultracorrección como el de *aposttoli*.

En el caso de los derivados de *apóstol*, que ajustan forma o caso latino y función sintáctica, son interesantes principalmente los localizados en la Península Ibérica, ya que los que aparecen en documentos redactados en Francia o en Italia responden a circunstancias diferentes, tal como hemos señalado con anterioridad, es decir, a un uso fiel del latín "clásico" en las cortes papales de Italia y Francia. De los ejemplos hispánicos nos interesan los de *apostolica*, documentado en Castilla en los siglos XII y XIII, así como *apostolicam* y *apostolice* en Navarra en el siglo XIII, ya que se trata de formas que mantienen la velar sorda intervocálica, frente a *apostoligo*, cuya sonorización es señal de la pronunciación romance que en este caso no se impuso en favor de la forma *apostolica* ni en la oralidad ni en la escritura.

Por lo tanto, además del factor fonético o contexto fónico, que considera Badía Margarit imprescindible para interpretar la palabra *apóstol*, también debió influir en el mantenimiento de la vocal postónica, sin duda, la fuerte presencia de la variante latina *apostolo* como arcaísmo.

Por otro lado, en cuanto a *apostolica*, sus dataciones tardías parecen indicar que el mantenimiento de la vocal

postónica y de la velar oclusiva sorda intervocálica sin sonorizar, en convivencia con la forma romance *Apostoligo*, se explican por tratarse de una forma culta que, al presentarse sin vacilaciones gráficas en la escritura, debió utilizar como vía de introducción la escrita, por lo que se constituye en un latinismo ya en el siglo XIII que ha llegado hasta la actualidad.

7.2.12. *Árbol*

Esta palabra sólo se encuentra en quince ocasiones, con dos formas, una próxima a la latina y otra con rasgos de evolución romance. Una vez más, son más numerosas las ocasiones en que está escrita en latín¹³⁶. Esta es otra de las palabras que la teoría tradicional pone como ejemplo de semicultismo por la conservación de la vocal postónica, tal como habíamos dicho en el caso de la palabra *apóstol*.

En nuestro corpus, por un lado, la forma similar a la latina *arbor* (5), que se documenta desde mediados del siglo XIII en Navarra, presenta la peculiaridad de aparecer en diplomas redactados en romance en todos los casos en que se encuentra, a diferencia de *arboribus* (5) que únicamente está en escritos en latín y se documenta tres veces a partir del último tercio del siglo XIII, una en Navarra, otra Francia, en la cancillería de Teobaldo II, y la tercera posiblemente en Navarra también. Además, *arboribus* se presenta dos veces más a mediados del siglo VIII, ya que aparece en una pizarra visigoda. Es de destacar la perfecta utilización que se hace de *arboribus* en esta pizarra puesto que funciona como dativo plural. La presencia en nuestro corpus de esta palabra localizada ya en el siglo VIII permite

¹³⁶ *Arbor* (5) se encuentra entre 1256 y 1269 en Navarra y *arboribus* (5), dos veces en el año 750 en una pizarra visigoda y tres en 1269 en Navarra, posiblemente en Navarra, y en Francia en la cancillería de Teobaldo II. *Arbol* (2) aparece en 1264 y 1270 en Navarra y en Francia durante la cancillería de Teobaldo II y *arboles* (3) en 1269 y 1299 en Navarra y posiblemente en Navarra también.

adelantar la fecha de la primera documentación que ofrece Corominas¹³⁷, el año 1197.

Por otro lado, la forma *arbol* (2), con la vocal postónica conservada y con disimilación de líquidas, se encuentra asimismo en el siglo XIII en Navarra y Francia durante la cancillería de Teobaldo II y su plural *arboles* (3), aparece igualmente desde el último tercio del siglo XIII en Navarra una vez y posiblemente otras dos en Navarra también.

La escasez de apariciones de esta palabra no da lugar a hablar de distribución diatópica, ni de evolución cronológica, aunque sí permite establecer algunas precisiones. Su documentación temprana, con una forma caracterizada por el mantenimiento de la vocal postónica, y la ausencia de otras variantes romances diferentes a la de *arbol* en nuestra documentación, aunque la R.A.E. en sus Archivos del *Diccionario Histórico* señala otras como *aluol* (1289, *Primera Crónica General*) y *albor* (1239, *Col. Dipl. de San Salvador de Oña*), en cualquier caso todas con la vocal postónica conservada, parece indicar que esta solución debió ser la única en la evolución al romance de la palabra. Por ello, no habría que considerar, como hace la teoría tradicional, que se trata de una palabra culta. Presenta una evolución romance en la que el mantenimiento de la postónica se debe al contexto fónico. Esta explicación para *árbol*, basada en el punto de vista fonético, la tienen en cuenta autores como Bustos Tovar por un lado y Badía Margarit por otro. El primero considera que "el hecho, meramente indicativo, de haber conservado la vocal postónica se debe a una causa puramente fonética, sin mezcla de influjo cultural alguno, la pérdida anterior de la vocal final obliga al mantenimiento de la postónica como necesaria apoyatura fonética para pronunciar el grupo consonántico"¹³⁸, mientras que el segundo considera, igual que en el caso de *apóstol*, que el factor fonético que influye

¹³⁷ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. I, p. 313.

¹³⁸ BUSTOS TOVAR, J. J. de, *Contribución al estudio del cultismo léxico medieval*, Anejo XXVIII del BRAE, Madrid, 1974, p. 25.

en la conservación de la vocal postónica es el de que la vocal esté en contacto con una sonante siguiente, y a esto añade que la antigüedad y significación de la palabra no permiten seguir explicándola como semicultismo. Antigüedad, además, suficientemente demostrada en nuestra documentación por el hecho de encontrarse en una pizarra visigoda de mediados del siglo VIII la forma *arbor* en la que la grafía final *-r* puede deberse a un mantenimiento de las grafías latinas en la escritura bien por ser las únicas conocidas, bien porque la disimilación de líquidas aún no se había producido. En cualquier caso, *arbor* no puede considerarse como un semicultismo en el siglo VIII por los manifiestos rasgos de evolución romance encontrados en las pizarras, sino como la única forma romance derivada de la latina ARBOR.

7.2.13. Arcediano, Archidiácono, Subdiácono

Esta palabra presenta en la documentación una variante latina, con variaciones casuales y dos variantes romances¹³⁹. Además, perteneciente a la misma familia se encuentra *subdiácono* que sólo aparece con forma latina. En total hay catorce utilizaciones de esta palabra, incluyendo los dos casos de *subdiácono*.

En primer lugar, presenta forma latina en *archidiaconi* (1), *archidiaconis* (2), *archidiaconorum* (3) y en *subdiaconi* (2). Se documentan a mediados del siglo XIII, excepto la última que aparece en el siglo XII. En cuanto a sus localizaciones espaciales, *archidiaconi* y *archidiaconorum* se hallan en Navarra, mientras que *archidiaconis* y *subdiaconis* están en documentos escritos

¹³⁹ *Archidiaconi* (1) y *archidiaconorum* (3) se documentan en 1255 en Navarra, *archidiaconis* (2) en 1249 en Francia y *subdiaconis* (2) en 1162 y 1188 en Italia. *Arciagne* (3) y *arciagnes* (1) se encuentran de 1235 a 1237 en Navarra y posiblemente en Navarra, y *arçidiano* (2) en 1259 en Toledo, vinculado ya a las posesiones de los reyes castellanos en esa fecha.

en Francia e Italia respectivamente, aunque en fechas diferentes. Todas estas formas aparecen en diplomas redactados en latín.

En segundo lugar, las variantes romances o con signos de evolución romance son *arçidiano* (2), documentada a mediados del siglo XIII en área castellana, y *arciagne* (3) y su plural *arclignes* (1) un poco anteriores, de la tercera década del siglo XIII, y localizadas en Navarra. Todas se hallan en escritos en romance y conviene advertir que en dos ocasiones *arciagne* y su plural se encuentran en un diploma con características navarras y occitanas.

La presencia de la Dy sin palatalizar en *arçidiano* llevaría a la teoría tradicional a establecer que se trata de una forma culta, más concretamente de un semicultismo. Sin embargo, puesto que esta variante es propia de una de las áreas lingüísticas hispánicas, la castellana, según informa Corominas, junto a *arcediagno* y *arcediano*, y así lo demuestra su aparición en nuestro corpus en diplomas redactados en Toledo, convendría considerar que se trata de una de las posibles soluciones romances relacionadas con la distribución diatópica. Es decir, Badía Margarit recurre al criterio de la geografía fonética con respecto a las palabras que presenta B seguida de yod para distinguir zonas de *by* / zonas de *y*¹⁴⁰. Esto mismo podría aplicarse al caso que nos ocupa, ya que parece que la variante con *dy* es propia del área castellana, mientras que *arciagne* es una variante occitana, junto a *arcidiagne*, según Ciérbide Martinena¹⁴¹, que se documenta en la scripta navarra. Las características lingüísticas de uno de los documentos en que aparece escrita *arciagne* dejan entrever rasgos del occitano antiguo y, en el caso del otro diploma en que se también se encuentra, ha de pensarse en la influencia del léxico ultrapireniaco en el romance propio del área de Navarra.

¹⁴⁰ BADÍA MARGARIT, A. M., *art. cit.* en la n. 135, pp. 150-151.

¹⁴¹ CIÉRBIDE MARTINENA, R., *op. cit.*, p. 211.

Por lo tanto, la variante *arçidiano* ha de considerarse como romance, aunque con algunas particularidades basadas en la influencia que pudo recibir de la variante latina, en cuanto al mantenimiento de *dy*, y que contribuyó al asentamiento de *arcediano* como solución romance en el doblete con *archidiácono*.

Además, ha de atenderse al hecho de que esta palabra, perteneciente al ámbito eclesiástico y con una clara distribución diatópica, no presenta, sin embargo, una evolución cronológica, es decir, que la forma latina no es anterior a las variantes romances (*subdiaconi*, que se localiza en el siglo XII, no debe tenerse en cuenta ya que está en documentos redactados en Italia pertenecientes a las cortes papales y, por tanto, quedan al margen de las implicaciones lingüísticas que puedan extraerse del estudio de las variantes hispánicas). Por el contrario, la variante latina se documenta más tarde que las romances y, aunque sean poco numerosos los casos encontrados, esta preferencia por la forma latina con posterioridad a la utilización de las romances en la misma área lingüística, la de Navarra, parece indicar su entrada tardía, posiblemente por vía escrita, dado que se presenta sin vacilaciones gráficas en nuestra documentación por lo que se trataría de un latinismo, aunque si atendemos a las variantes que se encuentran en los Archivos del *Diccionario Histórico* de la R.A.E., como por ejemplo *harcidiaconus* (*Glosario Español Primitivo*), con vacilación en el uso de las grafías, habría que considerar que se introdujo por vía oral y, por lo tanto, sería un cultismo.

Este un ejemplo claro de aquellos dobletes en los que, a pesar de significar lo mismo, se aprecia, según Wright, que "la variante menos evolucionada se ha tomado prestada deliberadamente de la forma del latín antiguo en cierta fecha posterior a la llegada del renacimiento del siglo XII a España", es decir, que la forma más evolucionada existió en la lengua vernácula durante todo el tiempo y la otra es un préstamo más reciente, a diferencia de lo que creía la teoría tradicional, según

la cual la forma con evolución se usaba en la lengua vernácula, mientras que la que presentaba aspecto latino se debía a su utilización desde antiguo por los cultos en el latín que se creía que hablaban¹⁴². Además, esta suposición de Wright sirve para afirmar que es falsa la idea de que los términos eclesiásticos sean automáticamente más arcaicos desde el punto de vista fonológico que el vocabulario general.

7.2.14. *Argento, Arienzo*

Corominas considera que *argento* 'plata', tomado del latín ARGENTUM, es un "latinismo ocasional que no ha arraigado nunca", mientras que *arienzo* 'de plata', para referirse a la moneda y peso antiguos, es derivado popular de ARGENTEUS, que, a su vez, deriva del anterior. Las variantes que señalan son *argent*, *argén* (en Berceo y en Alex., tomado según los casos del fr., oc. o cat. *argent*) y *argente* (castellanización del anterior en Alex., etc.), como latinismos, y *arento*, *arente*, como populares de ARGENTUM, mientras que *arenzo* (930) y *arienzo* (965) son las variantes de ARGENTEUS¹⁴³.

De las quince ocasiones en que aparecen utilizadas estas dos palabras en nuestra documentación, la mayoría, trece, hace referencia a ARGENTUM y sólo dos a ARGENTEUS¹⁴⁴.

De la primera palabra hay una variante latina con variaciones de caso, *argentum* (1), de mediados del siglo XI localizada en las Glosas Silenses, y *argenti* (2), del siglo XIII en Navarra, ambas en documentos en latín, y tres variantes con algunos rasgos de evolución, dos de ellas, *argent* (5) y *argient*

¹⁴² WRIGHT, R. *op. cit.* en la n. 9, p. 46.

¹⁴³ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. I, pp. 329-331.

¹⁴⁴ Variantes de ARGENTUM son *argentum* (1) que se localiza en las Glosas Silenses de mediados del siglo XI, *argenti* (2) en 1247 y 1265 en Navarra y posiblemente en Navarra, en documentos redactados en latín, *argent* (5) y *argient* (3) en 1247 en Navarra en diplomas en romance, *ariento* (2) en 1061 en León en documentos en latín. Las variantes de ARGENTEUS son *argenteos* (1) y *argentos* (1) en las Glosas Silenses, y *arienzo* (2) en 1244 en Navarra en un diploma en romance.

(3), documentadas en el siglo XIII en Navarra en diplomas redactados en romance, y la tercera, *ariento* (2), localizada en el siglo XI en León en un documento redactado con grafías latinizantes.

De ARGENTEUS hay una variante latina y una romance. La primera, *argenteos* (1), se presenta también con reducción vocálica en *argentos* (1). Las dos se encuentran en las Glosas Silenses de mediados del siglo XI. La variante romance es *arienio* (1) y se localiza a mitad del siglo XIII en Navarra en un diploma escrito en romance. Corominas, atendiendo a la forma portuguesa *arenço*, observa que la *i* de *arienio* no puede proceder de la G latina que desapareció, sino de la diptongación de la E tónica, del mismo modo que debió ocurrir en el derivado de ARGENTUM, *ariento*, y "estando afectado el simple ARGENTUM, no podemos explicar el fenómeno por una disimilación en la etapa ARJENTJO"¹⁴⁵.

En el caso de estas palabras, la presencia de la forma *ariento* en el siglo XI, con señales de evolución romance a pesar de encontrarse en un documento redactado con escritura latinizante, indica que la variante latina escrita como *argentum* y *argenteos* en las mismas fechas se debe a la intención del amanuense de utilizar el latín en la escritura, es decir, de redactar en latín el texto de las Glosas Silenses en esta ocasión, aunque se aprecian algunas vacilaciones gráficas como la de *argentos* en el texto latino de las Glosas también, que dejan entrever que ha de considerarse únicamente como un modo de redacción, no de producción oral. El mantenimiento de esta variante latina en el siglo XIII parece indicar que se trata de un arcaísmo que ha quedado junto a la variante romance para la redacción de los documentos en latín. Sin embargo, la presencia de las variantes *argent* y *argient* en el siglo XIII¹⁴⁶ sirve para

¹⁴⁵ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. I, pp. 329-331.

¹⁴⁶ La R.A.E. en las fichas archivadas para el *Diccionario Histórico* también documenta la variante *argent* tardíamente (*Vida de Sto. Domingo*, Berceo, *Crónica General*, *Setenario*, Alfonso X...).

señalar que el arcaísmo invadió incluso el ámbito de los documentos redactados en romance escribiéndose con algunas vacilaciones o adaptaciones al romance propio en este caso del área de Navarra, por la apócope de la -o debida a la influencia occitana. Ello únicamente, sin embargo, en el caso de los derivados de ARGENTUM, ya que de ARGENTEUS sólo hay una variante romance en el siglo XIII, *arrienços*, en la misma área lingüística, la de Navarra. Cabría plantearse aquí si el mantenimiento de la forma latina, o arcaica por documentarse tempranamente, de ARGENTUM se debe tal vez a un intento de diferenciarse con claridad del derivado proveniente de ARGENTEUS que se escribe en romance. De ser así, la presencia de la variante latina tendría una explicación diferente a la fonética en la que se basa la teoría tradicional para considerarla un latinismo, tal como hace Corominas. Podría interpretarse como un deseo de evitar la homonimia. Autores como Wright no están de acuerdo en recurrir a la homonimia para explicar la falta de evolución de algunas palabras consideradas tradicionalmente cultismos; sin embargo, en este caso, parece que ha surgido la posibilidad de evitar la homonimia con el mantenimiento del arcaísmo. Wright comprende estos casos y explica que la difusión léxica permite conseguir la diferenciación, colocando uno de los términos al principio y el otro al final, y, dado que los significados están separados en la homonimia, semánticamente no se produce ningún problema. En cualquier caso la escisión de homónimos en romance no ha de explicarse "ni como divergencias condicionadas fonológicamente ni como resultado de préstamos interdialectales"¹⁴⁷.

Por lo tanto, los derivados de ARGENTUM son arcaísmos mantenidos en el siglo XIII, incluso en los documentos redactados en romance, aunque con algunas adaptaciones para evitar confusiones con los derivados romances de ARGENTEUS.

¹⁴⁷ WRIGHT, R. *op. cit.* en la n. 9, p. 50.

7.2.15. Autoridad

Esta palabra que se presenta en veintiocho ocasiones tiene una variante latina, que es la más frecuente, con alternancias de casos latinos, *auctoritate* (23) y *auctoritas* (1), y otra variante que presenta junto al diptongo AU latino sin monoptongar signos evolutivos romances y que aparece escrita con grafías representantes de la dental sonorizada en posición final en *autoridad* (1) y con las grafías de la dental sorda en *autoridat* (1). Asimismo, se halla otra variante *autoritate* (1), también escrita *authoritate* (1) como variación gráfica de la anterior, tal vez como un caso de ultracorrección por parte del escriba para proporcionar a la palabra una apariencia más latina. En estas formas puede apreciarse algún indicio de evolución romance, por ejemplo, la pérdida de la C del grupo -CT- al lado de la ausencia de evolución que parece representar tanto la grafía de la dental sorda en posición intervocálica, como la presencia del diptongo AU latino.

En cuanto a las fechas y lugares de documentación¹⁴⁸, la variante latina *auctoritate* se localiza desde el siglo XI hasta el XIII, concretamente en las Glosas Silenses en el XI, en Italia en el XII y en Francia, Italia y Navarra en el XIII, sobre todo en Francia. *Auctoritas* también es del siglo XIII y se encuentra en un diploma redactado en Francia durante la cancillería de Teobaldo II, en todas las ocasiones están en escritos en latín. Las variantes *autoridad* y *autoridat* son de finales del siglo XIII, la primera se documenta en Navarra y la segunda en Castilla en escritos en romance. *Autoritate* y *authoritate*, ambas en documentos

¹⁴⁸ *Auctoritas* (1) se localiza en 1256 en uno de los lugares de Francia relacionados con la cancillería de Teobaldo II y *auctoritate* (23) aparece una vez en el siglo XI en las Glosas Silenses, tres en el siglo XII, de 1162 a 1188, en Italia, y el resto en el siglo XIII, desde 1249 hasta 1269, principalmente en Francia, en trece ocasiones, también en Italia, dos veces, y en Navarra, cuatro. *Autoridad* (1) aparece en 1298 en Navarra y *autoridat* (1) en 1299 en territorio perteneciente a las posesiones castellanas en esa fecha, es decir, en Valladolid. *Autoritate* (1) en 1249 en Francia y *authoritate* (1) en 1266 en Navarra.

redactados en latín, son de mediados del siglo XIII, la segunda es un poco más tardía, de la sexta década del siglo, y se encuentra en Navarra, mientras que la primera aparece en un diploma redactado en Francia.

No puede sostenerse la evolución cronológica porque sólo hay una utilización de la variante latina en el siglo XI, que se repite, además, en el XIII, debida a la intención de redactar en latín que sentían algunos amanuenses como el que escribió el texto latino de las Glosas Silenses, o al que en el siglo XIII se le encargó la redacción de un diploma en latín. Por otro lado, las otras formas latinas que aparecen en los siglos XII y XIII quedan al margen de las conclusiones con respecto a esta palabra en las áreas hispánicas por encontrarse en documentos redactados en Italia en las cortes papales. Del siglo XIII son las otras variantes que manifiestan claros indicios de evolución romance junto a otros conservadores o latinos, es decir, la ausencia total de la C del grupo latino -CT-, junto a la pronunciación sin monoptongar del diptongo latino AU.

Es principalmente la documentación tardía de estas últimas variantes lo que parece indicar que los rasgos latinos que presentan podrían explicarse por tratarse de una forma culta introducida tardíamente tal vez para acabar con la vacilación reflejada en la existencia de múltiples variantes gráficas y posiblemente orales como las señaladas por la Academia¹⁴⁹, por un lado, y por Clavería Nadal¹⁵⁰, por otro. Esta introducción tardía debió hacerse por vía oral, teniendo en cuenta las vacilaciones gráficas con que se escriben estas formas, tanto *autoritate* y *authoritate*, halladas en escritos en latín y con las

¹⁴⁹ La vacilación gráfica entre variantes se observa en las que se incluyen en los Archivos del *Diccionario Histórico* de la R.A.E.: *atoridat* (Santoña, 1213), *actoridat*, *auctoridat* (Berceo), etc. Las dos primeras con eliminación de la segunda vocal del diptongo, lo que demuestra que su mantenimiento en otras variantes permite considerarlas como formas cultas.

¹⁵⁰ G. Clavería presenta las variantes *abtoridad*, *autoridad*, *auctoridad* y *actoridad*, posiblemente del siglo XIII, aunque no puede afirmarlo con total seguridad (CLAVERÍA NADAL, G., "En torno al cultismo: los grupos consonánticos cultos", M. Ariza, A. Salvador y A. Viudas (eds.), *Actas del I Congreso Internacional de la Lengua Española* (Cáceres, 30 de marzo-4 de abril de 1987), Madrid, Arco-libros, 1988, p. 96).

que los escribas intentaban aproximarse más a la forma latina representando la dental sorda intervocálica en las dos variantes y el grupo consonántico *-th-* con apariencia latinizante pero ultracorrecto en la segunda, como las más tardías *autoridad* y *autoridat*, escritas en documentos redactados en romance, indicando que se había asentado ya esta forma en el romance oral y escrito. *Autoridat* es sólo una variación de *autoridad*, ya que la vacilación gráfica *-d/-t* en posición final permite señalar únicamente la existencia del archifonema dental en posición final de sílaba o de palabra. De este modo, *autoridad* es un semicultismo tal como indica su utilización en la Edad Media, por motivos diferentes, por lo tanto, a los aducidos por la teoría tradicional.

7.2.16. Avenencia

Esta palabra que aparece en treinta ocasiones se presenta en forma de seis variantes, algunas con rasgos claramente romances y otras con una forma más latina; además, algunas de ellas se escriben también con variaciones gráficas¹⁵¹. Todas se localizan en Navarra en el siglo XIII y en documentos escritos en romance.

La primera variante es *avenencia* (1), plural *avenencias* (1), escrita también como *auenencia* (2), las dos primeras de finales del siglo XIII y la última de mediados de este siglo. La segunda variante, *aueniença* (2), plural *auenienças* (4), se encuentra en el mismo documento en todas las ocasiones en que aparece y se caracteriza por presentar una falsa diptongación de la vocal tónica que, aunque parece que podría deberse a metátesis o desplazamiento de la *i* de la última sílaba a la

¹⁵¹ *Auenencia* (2) se documenta en 1244, *avenencia* (1) y *avenencias* (1) en 1281, *aueniença* (2) y *auenienças* (4) en 1270, *auinença* (7) entre 1237 y 1264 y *avinença* (1) en 1281, *auinencia* (5) en 1266 y *avinencia* (2) y *avinencia* (1) en 1281, *auiniença* (2) en 1253 y *aviniença* (1) en 1237, y por último *avinienzia* (1) en 1238. Todas estas variantes se localizan en Navarra.

precedente, la existencia de una tercera variante *avinienzia* (1), con mantenimiento de la *i* en la sílaba final y también con diptongación de la vocal tónica, además del cierre de la vocal pretónica, indica que en este caso como en el anterior se pretendía representar la diptongación de la vocal tónica. La cuarta variante es *auinença* (7), escrita también como *avinença* (1), con cierre de la vocal pretónica y ausencia de la *i* de la sílaba final. La quinta variante es *auinencia* (5), escrita asimismo como *avinencia* (2) y *avinença* (1), con cierre de la vocal pretónica también pero con mantenimiento de la *i* en la última sílaba, y la sexta variante es *auiniença* (2), también escrita *aviniença* (1), con cierre de la vocal pretónica y diptongación de la tónica. Los notarios que se conocen encargados de las escrituraciones en que aparecen estas variantes son navarros, excepto en el caso de Per Andreu, escribano de Jaime I de Aragón que redacta en Navarra el escrito en el que se encuentra *auiniença*.

Esta palabra derivada de *avenir* < ADVENIRE vacila, por un lado, entre el mantenimiento como *e* de la vocal pretónica o su cierre *y*, por otro lado, entre la diptongación o no de la vocal tónica. Además, también vacila entre mantener la yod en la sílaba final o asimilarla a la consonante. En la actualidad puede observarse aún esta vacilación en algunos hablantes a la hora de utilizarla. La multitud de variantes gráficas para representar una misma palabra es reflejo del polimorfismo gráfico que caracteriza la escritura en la documentación notarial medieval y que acabó en muchas ocasiones con la introducción de una forma culta tomada del latín medieval. Por ello, podría interpretarse que *avenencia* o bien es una más de las variantes romances que acabó imponiéndose y, por lo tanto, no debería entenderse como un semicultismo, tal como hace la teoría tradicional, atendiendo a la presencia de la yod sin asimilarse a la consonante que, a su vez, se palatalizó antes de convertirse en predorso-dento-alveolar africada, o bien que se introdujo tardíamente tomada del latín medieval para acabar con la vacilación escrita de esta palabra y, en tal caso, se trataría de una forma culta que por

escribirse con una forma de adaptación oral y escrita al romance, representada por la grafía *c*, debió utilizar como vía de penetración la oral de modo que se constituiría en un cultismo.

7.2.17. Baile

Esta palabra es propia del aragonés y del occitano, tal como explica Corominas, y procede "del latín *BAJULUS* 'mozo de cuerda', por comparación del funcionario con un hombre que lleva una carga"¹⁵². Según G. Colón es una palabra navarro-aragonesa vinculada a la lengua foral proveniente, por lo tanto, del occitano antiguo ya que esta es la lengua de esos fueros y, además, "designa a una autoridad en un principio ultrapirenaica"¹⁵³. De las veintiséis utilizaciones de esta palabra, siete aparecen en latín y diecinueve en romance¹⁵⁴.

La variante latina presenta variaciones de caso en *baiuli* (2), *baiulo* (1), *baiulos* (1) y *baiulis* (2). Además, se encuentra escrita en otra ocasión como *bayulius* (1). Se documentan todas en el siglo XIII en Navarra y Aragón. La última se presenta con vacilación gráfica y como un caso de ultracorrección o falta de correspondencia con el caso latino.

Las variantes romances son *baile* (3), *baille* (3), *bayles* (2) y *baylle* (7), con su plural *baylles* (4). Aparecen también en el siglo XIII en Navarra, posiblemente en Navarra, o en Francia en documentos cuya redacción se llevó a cabo en la cancillería de Teobaldo II, por escribas de origen navarro por lo que pueden considerarse vinculados a la scripta navarra también. Se encuentran en diplomas redactados en romance y las grafías con

¹⁵² COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. I, p. 406.

¹⁵³ COLÓN, G., "Occitanismos", *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, t. II, Madrid, CSIC, 1967, p. 167.

¹⁵⁴ *Baiuli* (2) aparece en 1255, *baiulis* (2) en 1253 y 1298, en la Corona de Aragón, *baiulo* (1) en 1235, *baiulos* (1) en 1255 y *bayulius* (1) en 1248 en el Reino de Aragón. Las otras documentaciones se localizan en Navarra: *baile* (3) de 1256 a 1267, *baille* (3) de 1251 a 1256, *bayles* (2) en 1249 y 1264, *baylle* (7) entre 1251 y 1269 y el plural *baylles* (4) de 1254 a 1270, todas en Navarra, posiblemente en Navarra o en Francia durante la cancillería de Teobaldo II.

que aparecen estas variantes pueden interpretarse de dos formas. Por un lado, podría entenderse que son las propias de la scripta navarra para representar el sonido palatal lateral, ya que anteponen la *i/y* a la *l/ll* y, por otro lado, podría pensarse que únicamente se trata de vacilación gráfica a la hora de escribir la vocal como *i* o *y*, al igual que la consonante como *l* o *ll*, aunque la primera interpretación parece más posible.

Analizadas las variantes, se observa que se trata de una palabra cuya utilización queda restringida, sin duda, a Navarra y Aragón, tal como han explicado algunos autores atendiendo a su procedencia y significación. El uso de la variante latina, aun con vacilaciones gráficas, bien avanzado el siglo XIII para la redacción de los documentos en latín y junto a las variantes romances con las que convive en los mismos lugares y fechas parece indicar el deseo de latinización por parte de los escribas que debieron recurrir al latín medieval en busca de la forma latina que debió introducirse, por tanto, tardíamente.

7.2.18. Blanco

De esta palabra, que en nuestra documentación se encuentra utilizada en cinco ocasiones siempre como adjetivo (*torre blanca*, *bueyes blancos* y *boyes blanquos*), Corominas explica que procede "del germ. BLANK 'brillante', 'blanco'", y siguiendo a Cuervo añade que "la conservación del grupo consonántico inicial indica palabra entrada tardíamente, seguramente desde Francia. La vieja palabra española era *ALBO*, la más extendida en la toponimia"¹⁵⁵.

Sin embargo, esta palabra no resulta interesante únicamente por su probable introducción tardía, sino porque se

¹⁵⁵ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. I, p. 598.

presenta con dos variantes gráficas¹⁵⁶ que parecen demostrar que en *-quo* no se pronunciaba la *-u-*, es decir, no representaba el sonido [kwɔ], como creía González Ollé¹⁵⁷, sino [ko]. Las variantes a las que nos referimos encontradas en nuestra documentación son *blancos* y en femenino *blanca*, por un lado, y *blanquos*, por otro. Todas aparecen en el siglo XIII en documentos redactados en romance, en Castilla en el caso de *blanca* y en Navarra en los casos de *blancos* y *blanquos*. Además, conviene tener en cuenta que es característica de la scripta navarra las grafías *quo*, *qua* para reproducir en la escriutra los sonidos [ko] [ka], junto a las grafías *quoa* y *goa* para [kwa] y [gwa] respectivamente.

Puede hablarse, por lo tanto, en el caso de esta palabra de una distribución diatópica, ya que mientras *blanca*, con grafía *c* para [k], se documenta en Castilla, *blanquos*, con grafía *qu* para [k], aparece en el área de Navarra.

La localización de estas formas en el corpus bien avanzado el siglo XIII parece confirmar la idea de Corominas acerca de la introducción tardía de esta palabra. Las variantes gráficas con que se escribe, al menos en el área de Navarra, señalan que la vacilación o polimorfismo gráfico afectó no sólo a las palabras de etimología latina, sino a otras voces tomadas de otras lenguas, como en este caso del germánico.

¹⁵⁶ *Blanca* (1) se documenta en 1272 en Castilla (Murcia), *blancos* (3) entre 1248 y 1266 en Navarra y posiblemente en Navarra también durante las cancillerías de Teobaldo I y Teobaldo II, y *blanquos* (1) en 1266 en Navarra.

¹⁵⁷ Para más información acerca de los resultados de [kw] y [gw], *vid.* GONZÁLEZ OLLÉ, F., "Resultados castellanos de "kw" y "gw" latinos. Aspectos fonéticos y fonológicos", *Boletín de la R.A.E.*, t. LII, 1972, pp. 285-318.

7.2.19. Buey

Esta palabra que aparece en doce ocasiones, se intenta escribir en latín en tres, dando lugar a la variante latina y el resto se distribuye entre cuatro variantes romances¹⁵⁸.

La variante latina presenta dos formas *boue* (1) y *uobes* (2). La primera se localiza a mediados del siglo XI en un documento redactado en tierras de León, que, en opinión de Menéndez Pidal estaría escrito en latín vulgar leonés, pero que, en opinión de otros autores como Wright, se trataría de romance encubierto por una capa latinizante o, siguiendo las indicaciones de Bustos Tovar, de latín escrito en un contexto comunicativo específico, el jurídico-notarial. La forma *uobes* se encuentra en un documento redactado en Castilla en el primer tercio del siglo XI, que participa de esa misma modalidad de escritura a la que ahora no sería posible atribuirle la denominación de "latín vulgar leonés" porque el documento se inscribe en Castilla, pero sí podría entenderse como una redacción romance, reflejo de la oralidad, con apariencia latinizante, o como una redacción latina propia del contexto comunicativo del lenguaje notarial. En este caso la alteración gráfica para representar las labiales es señal de la pérdida de la labiodental y de la confusión entre la *b* y la *v* al pronunciarse la bilabial oclusiva como fricativa en posición intervocálica, dando lugar a vacilaciones como las de esta variante en la que la grafía de la fricativa *u* representa un sonido oclusivo y la grafía de la oclusiva *b* está representando el fricativo.

Las variantes romances que se documentan son todas del siglo XIII. Junto a *buey* (1) y su plural *bueyes* (2) se encuentran otras formas para escribir el plural como *boyes* (4) sin diptogación de la *O* breve latina. Esta característica es propia de

¹⁵⁸ *Boue* (1) se encuentra en 1050 en Bezdemarbán y *uobes* (2) en 1030 en Clunia o Coruña del Conde. *Bues* (1) en 1218 en Castilla, *buey* (1) en 1299 en Palenzuela y *bueyes* (2) en 1248 y 1252, *boyes* (4) en 1266, en Navarra y posiblemente en Navarra y *buies* (1) en 1237 en Navarra.

la scripta navarra y alterna en ella al lado de la diptongación también en *ué*, coincidiendo así con el romance castellano. A este respecto conviene señalar que C. Saralegui llega a la conclusión de que la diptongación en *ué*, *ié* es originaria y propia de Navarra y no importada del romance del área de Castilla, dada la aparición de estas diptongaciones desde los primeros documentos¹⁵⁹. Otras variantes romances son *bues* (1), con pérdida de la vocal final que quedaba en hiato con la tónica, y *buies* (1) que podría entenderse como un caso de metátesis con desplazamiento de la vocal final *i* a la sílaba anterior, colocándose entre las dos vocales del diptongo. Sin embargo, atendiendo a la existencia de la forma en singular *bui* de 1184 que recoge Oelschläger, según aparece en una ficha del Archivo del *Diccionario Histórico* de la R.A.E., además de *boy* y *boi* de principios del siglo XIII, y que también señala Cejador, escrita como *buy* en singular y como *buys* y *buyes* en plural¹⁶⁰, parece más conveniente entender que *buies* es el plural de la forma *bui*, con pérdida de la segunda vocal del diptongo, o con doble cierre de la vocal tónica, a la que se le añade la terminación *-es* propia del plural al terminar la palabra en vocal.

Estas variantes romances se distribuyen entre el Reino de Navarra (*boyes*, *bueyes* y *buies*) y el de Castilla (*bues* y *bueyes*), lo que permite hablar de una distribución diatópica si se tiene en cuenta que aunque la diptongación de la O breve latina ocurriera tanto en Castilla como en Navarra, en ésta última área también se mantenía sin diptongar como característica peculiar, tal como queda reflejado en la aparición de las variantes en el corpus.

La ausencia de la variante latina de esta palabra en el siglo XIII no sólo es señal de que no se produjo la entrada tardía de una forma latina, ya que en este siglo se encuentran únicamente variantes romances, sino de que en el XI ha de considerarse no como una variante latina propiamente, sino como una forma

¹⁵⁹ SARALEGUI, C., *El dialecto navarro en los documentos del Monasterio de Irache (958-1397)*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 1977, p. 113.

¹⁶⁰ CEJADOR Y FRAUCA, J., *op. cit.*, p. 80.

escrita con grafías latinizantes. Es decir, los documentos notariales del siglo XI están redactados con el único sistema de escritura conocido en esas fechas, el del latín, y el hecho de dejar entrever rasgos romances en la alteración de las grafías latinas, por ejemplo al escribir *uobes* en este caso¹⁶¹, indica que la supuesta forma latina no ha de verse, a mediados del siglo XI, como una variante latina, sino como una forma escrita con grafías latinizantes. De este modo, no puede defenderse una evolución cronológica en el caso de la palabra que nos ocupa. Sin embargo, conviene aclarar que esta generalización sólo puede aplicarse a la documentación que hemos revisado, y no puede descartarse la posibilidad de encontrar en otra documentación medieval la variante latina junto a las romances en el siglo XIII, lo cual daría lugar, tal vez, a una interpretación diferente.

7.2.20. Burgués

Se documenta esta palabra en catorce ocasiones, nueve en latín y cinco en romance¹⁶². Corominas explica que *burgués* procede del "b. lat. BURGENSIS", derivado de BURGO y, por lo tanto, es una forma readaptada, mientras que *burgés* y *burzés* son antiguas. La primera la considera cultismo y la segunda semipopular¹⁶³.

La variante latina presenta una forma fiel al latín, con variaciones de caso en *burgenses* (3), *burgensibus* (4) y

¹⁶¹ Sin embargo, no todo el latín escrito ha de verse, como dice M. T. Echenique, como forma escrita del romance antiguo, tal como ya habíamos comentado, puesto que junto a algunos documentos notariales, redactados con escritura latinizante encubridora del romance, el texto latino de las Glosas Emilianenses y Silenses y posiblemente otros documentos notariales debieron escribirse intencionadamente en latín por personas que lo habrían estudiado y lo conocían mejor.

¹⁶² *Burgenses* (3) se documenta en 1236 y 1267 en Navarra y en Francia durante la cancillería de Teobaldo I, *burgensibus* (4) entre 1236 y 1238, y *burgensis* (2) en 1236 y 1237, en Navarra y posiblemente en Navarra. *Borgeses* (2) en 1251, *borzes* (1) en 1237, *borzses* (1) en 1238 y *burzses* (1) en 1253, todas en Navarra.

¹⁶³ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. I, p. 700. Estos autores explican que BURGO, ant. 'arrabal, barrio', se tomó "del b. lat. *burgus*, y éste del germ. común *burgs* [con U breve] 'ciudad pequeña', 'fuerte', 1ª doc.: 1087".

burgensis (2), aunque no se da siempre una correspondencia exacta entre el caso y la función que desempeña. Se documentan todas estas apariciones en el siglo XIII en Navarra. Las variantes romances son *borgeses* (2) y *borzes* (1), también *borzeses* (1). Variante especial es *burzeses* (1). Se localizan todas igualmente en el siglo XIII en Navarra.

Algunas de estas variantes también las recoge Corominas, aunque con alguna variación gráfica, concretamente *borçes* y *burzes* en documentos sudnavarros de 1215 y 1288 como sobrenombres. Por un lado, *borzes* y *borzeses* constituyen una misma variante para indicar el plural (*leyales borzes*, *leiales borzeses*). La variante *borzes* parece confundir la desinencia o marca del plural con el sufijo *-es* que, según Pérez-Salazar, en el romance navarro tiene el significado de 'habitante de'¹⁶⁴.

Por otro lado, se observa una diferencia entre variantes con vocal inicial *o/u*. Corominas ofrece, de nuevo, una explicación para la presencia de la *u* de *burgo* que sirve también para su derivado *burgués*. Señala que mientras la *o* que presentan algunas variantes procede de la *u* breve germánica (en it., fr. y occ. ant.), la *u* de las otras formas (en cast., port. y cat.) es sorprendente, y de todas las explicaciones que ha recibido considera que lo más conveniente es entender que se ha impuesto "el iberorromance *burgo* como un cultismo ya antiguo, que reemplazó al vocablo popular *buergo* (...), procedente del gót. *baúrgs* (es decir *borgs* [con *o* breve]). El lat. *burgus* aparece hacia 400 d.C."¹⁶⁵

En las variantes con *o* de nuestra documentación debe verse la influencia del occitano antiguo *borc*, que da lugar a las formas populares *borzes*, *borzeses* e influye en una que combina este rasgo romance con el consonantismo de la forma latina, *borgeses*. En *burzeses*, en cambio, se conjuga la aparición de la *u* de la variante latina con la evolución consonántica romance.

¹⁶⁴ PÉREZ-SALAZAR RESANO, C., *art. cit.* en la n. 98, p. 174.

¹⁶⁵ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. I, p. 700.

Todo ello es muestra de la vacilación gráfica que existía para escribir la palabra que nos ocupa y que permite entender que estas variantes son romances en todos los casos sin tener que recurrir a la explicación por cultismo o semicultismo para algunas de ellas, tal como ha hecho la teoría tradicional.

Por otro lado, la aparición de la variante latina *burgenses*, para la redacción de los diplomas en latín, en fecha tardía, en convivencia con las variantes romances en el área de Navarra, que reflejan la influencia occitana en el vocalismo y en el consonantismo, y el hecho de ser utilizada esta forma latina por notarios de origen francés, como Roberto Delfin sobre todo y Juan de Asnières, es señal de la intención de estos notarios de redactar en latín medieval para acabar con las vacilaciones que ocasionaba la escrituración romance. Por ello, esta variante latina debió introducirse tardíamente, no es anterior a las variantes romances.

7.2.21. Caballero

No hay ninguna variante latina de esta palabra en la documentación de la que se ha extraído el corpus. Las setenta utilizaciones de esta palabra que procede del lat. tardío CABALLARIUS, según Corominas¹⁶⁶, se distribuyen entre diferentes variantes romances¹⁶⁷, algunas con variaciones gráficas también. Son las siguientes, la primera *caballero* (3), en plural *caballeros* (4), la segunda *cauallero* (7), *caualleros* (4) y el derivado *caualleria*, la tercera *cauaillero* (6), en plural *cauailleros* (19), la cuarta *cauayleros* (1), la quinta *cabaylleros* (1), la sexta

¹⁶⁶ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. I, p. 708.

¹⁶⁷ *Caballero* (3) se documenta entre 1237 y 1252 en Aragón y posiblemente en Navarra, *caballeros* (4) entre 1238 y 1243 en Navarra y Aragón, *cauallero* (7) entre 1237 y 1270 en Navarra, *caualleros* desde 1235 hasta 1299 en Navarra, posiblemente en Navarra y en Castilla, *caualleria* (1) en 1247 en Castilla, *cauaillero* (6) de 1244 a 1270, *cauailleros* (19) de 1237 a 1270, *cauayleros* (1) en 1249, *cabaylleros* (1) en 1269, *cauayllero* (11) de 1237 a 1266, *cavayllero* (1) en 1298, *cauaylleros* (8) entre 1251 y 1281, *cavalleiros* (1) en 1238 y *cavaylleros* (3) desde 1281 hasta 1299, todas éstas últimas variantes en Navarra, posiblemente en Navarra, o en Francia durante la cancillería de Teobaldo II.

cauayllero (11), en plural *cauaylleros* (8), también escrita *cavayllero* (1) y *cavaylleros* (3) en plural, y la última *cavalleiros* (1). Todos los documentos en que aparecen se redactaron en el siglo XIII en los Reinos de Castilla, Aragón y Navarra.

Se observa una clara distribución diatópica en el uso de estas variantes ya que algunas de ellas, concretamente las que presentan grafías propias del área navarra para escribir la palatal lateral con *i/y* antepuesta a *l/ll*, se encuentran únicamente en el Reino de Navarra, mientras que las que pertenecen tanto a la scripta navarra como a la aragonesa o castellana se localizan en diferentes lugares de estos reinos.

Grafías propias de la scripta navarra son las de las variantes *cauaillo(s)*, *cauayleros*, *cabaylleros*, *cauayllero(s)*, *cavayllero(s)*. Tanto en estas variantes como en las otras se observa también la vacilación gráfica que refleja la confusión de la *b* y de la *v*. En estos casos se utilizan las grafías *-b-*, *-v-* y *-u-* para representar por escrito la bilabial fricativa. Hay que señalar que todas estas variantes localizadas en Navarra aparecen en documentos redactados por oficiales navarros excepto en un caso, el de *Per Andreu*, escribano de Jaime I de Aragón. En el documento en que aparece su firma, datado en 1253 en Tudela, se encuentra en tres ocasiones la variante *cauaillo(s)*. Esta circunstancia unida a otras características lingüísticas de este diploma hace pensar que tal vez participó en su redacción un escriba de origen navarro, aunque sólo lo firmara *Per Andreu*, dado que se trata de una alianza entre Jaime de Aragón y Margarita de Navarra, y de ahí los rasgos lingüísticos propios del romance del área de Navarra que presenta.

Las variantes *caballero(s)*, *cauallero(s)* y el derivado *caualleria* se escriben con la grafía *-ll-* que es propia tanto del área de Castilla, como de la de Navarra y Aragón y así lo demuestran estas formas ya que se localizan en diferentes lugares de estos tres reinos.

Por último, aunque la variante *cavalleiros* parece encontrarse en una fase anterior de evolución en la que no se ha

completado aún la asimilación vocálica, atendiendo a su fecha de documentación, finales de la tercera década del siglo XIII, y al lugar en que se encuentra, Tudela, parece más conveniente interpretar que se trata de un caso de metátesis en el que la *i* de la grafía *-ill-* ha sido atraída por la vocal tónica de la sílaba siguiente.

En nuestra documentación no se aprecia, en el caso de esta palabra, la presencia de una variante latina, puesto que predominan en exclusividad las variantes romances. Sin embargo, no ha de descartarse totalmente la posibilidad de que la forma latina hubiera convivido con las romances si se atiende a que, en una de las fichas del Archivo del *Diccionario Histórico* de la R.A.E, se recoge la variante *cavallario* (F. de Av.), localizada en el año 1155, y presentada por Oelschläger. De cualquier modo, parece que esta palabra no se encuentra en la misma situación que otras de las ya analizadas, las cuales, al presentar multitud de variantes romances, parecían requerir la entrada de otra, la latina, que acabara con la vacilación y se utilizara en la redacción de los documentos en latín. Por el contrario, tras el análisis de las formas con que se presenta escrita *caballero* convendría hablar de variaciones gráficas más que de diversidad de variantes. En cualquier caso, estas variaciones sirven para establecer una distribución diatópica. Así pues, en el siglo XIII esta palabra había alcanzado una fase completa de evolución, por lo que no es posible observar la continuidad cronológica por la que debió pasar, y sólo puede apreciarse una distribución diatópica. La ausencia, en nuestra documentación, de una variante latina podría explicarse por no haber sido necesaria su entrada en fecha tardía.

7.2.22. Calumnia

Esta palabra se documenta en cuarenta y nueve ocasiones y presenta multitud de variantes que pueden recibir diferentes interpretaciones.

La variante latina *calumnia* (1) se presenta con algunas variaciones gráficas que la convierten en una variante diferente escrita como *calumpnia* (1), con variaciones casuales, además, en *calumpniam* (2), *calumpnias* (3) y *calumpniis* (3). La grafía *p* que se encuentra entre *m* y *n* puede interpretarse como señaladora de los márgenes consonánticos silábicos, para indicar que *m* y *n* pertenecen a sílabas diferentes y, por lo tanto, que deben pronunciarse separadas. Pérez-Salazar considera que "el hecho de que este resultado se encuentre preferentemente en textos latinos, corrobora la idea de que la epéntesis se debe a un afán cultista, como reacción a la asimilación de *m* y *n*"¹⁶⁸. Por otro lado, también podría entenderse que *-mpn-* es una única gráfica utilizada para representar el sonido palatal nasal, teniendo en cuenta que esta grafía se encuentra en otras variantes romances que señalaremos en los apartados siguientes. Corominas establece que *calumpnia* puede tratarse tanto de una variante latina (documentada en el siglo XI, según Oelschläger), como de una romance (la que se encuentra en el *Fuero de Avilés* en 1155). por lo que consideramos que de las que aparecen en nuestra documentación unas son latinas y otras romances tal como señala el cambio de la vocal *u* procedente de la *U* breve tónica latina en *o*.

¹⁶⁸ Además, en cuanto al posible valor fonético de la *-p-* resume las diferentes y principales opiniones diciendo que "Menéndez Pidal considera que la *-p-* no representa una oclusiva sorda, sino una pronunciación exagerada de la *-m-*. Se trataría de un realce de la articulación de los dos fonemas puesto que persistía el recuerdo de la vocal perdida. De la misma opinión participa M. Alvar, para quien *-p-* es mera grafía diferenciadora de las dos nasales. F. Ynduráin en cambio, que recoge y admite la tesis de Millardet -quien habla de una segmentación de la labial *-m-* en dos fonemas- piensa que *-p-* «representa verdaderamente un sonido». Para Pérez-Salazar, la presencia de la *-p-* responde a "una intención de señalar la frontera silábica o de enfatizar la labialidad en posición implosiva" (PÉREZ-SALAZAR RESANO, C., *art. cit.* en la n. 99, p. 782).

Las variantes romances a las que nos hemos referido con presencia de *-mpn-* son *calompnia* (6), en plural *calompnias* (3) y *callompnia* (1), que se diferencian únicamente en la representación del fonema alveolar lateral como *l* o *ll*. Otras variantes romances son *calopnia* (1), con ausencia de *m*, tal vez por omisión o descuido del escriba al pretender escribir *-mpn-*, *calona* (5) y su plural *calonas* (5), *calonnas* (2), *calonia* (6) y *calonias* (10). Todas ellas con diferentes grafías para representar el sonido palatal nasal: *-n-*, *-nn-*, *-ni-*, aunque en el caso de *calonia(s)* parece buscarse una solución intermedia entre el resultado romance y la variante latina, de modo que el dígrafo *-ni-* podría pronunciarse sin palatalización en algunos casos, tal como parece ocurrir sobre todo en una ocasión en que el documento está redactado en latín, o con palatalización, aproximando así esta variante a las romances en cuanto a la pronunciación y a la latina en cuanto a la escritura. Para Corominas *calonia* es una de las formas escritas con que puede presentarse la variante romance *caloña*, documentada así desde el año 1071. Este autor, además, interpreta la variante *calomia* como semiculta y como formas cultas *calumnia* y *calunia*, de escasa aparición en la Edad Media¹⁶⁹. En nuestra documentación podría entenderse que la representación escrita de las variantes *calompnia* y *calonia* refleja tanto el romance en el aspecto vocálico, como el latín en la ausencia de palatalización y mantenimiento de la yod latina, dando lugar a una alternativa de pronunciación diferente a la de la variante latina y también a la de las romances, aunque sin dejar de ser romances, escritas con una intención latinizante. Contribuye a esta suposición el hecho de que la variante *calonia* aparezca incluso en escritos en latín en fechas tardías (hasta 1299).

En cuanto a las dataciones tópicas y crónicas¹⁷⁰ de las variantes de nuestra documentación, puede observarse que tanto

¹⁶⁹ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. I, p. 769.

¹⁷⁰ *Calumnia* (1) se documenta en 1154 en Luesia, *calumpnia* (1) en 1259 en Francia durante la cancillería de Teobaldo II, *calumpniam* (2) en 1255 en Navarra, *calumpnias* (3)

las latinas como las romances se documentan en el siglo XIII, excepto *calumnia* que aparece a mediados del siglo XII. Las variantes romances se encuentran en los Reinos de Navarra, Aragón y Castilla, dando lugar a una clara distribución diatópica. *Calona(s)* y *calonnas* se documentan sólo en Castilla, mientras que *calompnia(s)*, *calopnia* y *callompnia*, por un lado, y *calonia(s)*, por otro, únicamente en Navarra. Las variantes latinas se hallan en escritos redactados en Aragón (*calumnia*), en Castilla y en Navarra sobre todo (*calumpnia*). El hecho de que *calumpnias* se documente también en Castilla, tal vez se deba a que el escrito en el que aparece y que forma parte de la colección diplomática de Teobaldo I es obra de un escriba navarro, dado que trata de unos convenios entre Fernando III de Castilla y Teobaldo I.

Teniendo en cuenta los datos anteriores pueden extraerse algunas conclusiones. La diversidad de variantes romances¹⁷¹, la utilización de la variante latina en las mismas fechas, sin observarse una continuidad gráfica evolutiva, y la presencia de las variantes *calompnia* y *calonia*, en cuyas representaciones escritas se ve reflejado el afán cultista del escriba, tanto por la introducción de una consonante epentética que, además, resulta ultracorrecta en la primera, como por el mantenimiento de la grafía *-ni-* en la segunda, podría establecerse que la variante latina debió introducirse tardíamente para acabar con la diversidad gráfica. Además, la variabilidad de grafías en el caso de esta variante latina parece indicar que se introdujo por vía oral por lo que la forma *calumnia* se trataría de un cultismo.

entre 1234 y 1237 en Castilla y Navarra, y *calumpniis* (3) de 1236 a 1237 en Navarra y posiblemente en Navarra. *Calona* (5) entre 1220 y 1299, *calonas* (5) en 1220 y *calonnas* (2) en 1293 y 1299, éstas tres últimas en Castilla. *Calompnia* (6) de 1251 a 1256, *calompnias* (3) entre 1244 y 1266, *calopnia* (1) y *callompnia* (1) en 1256, todas en Navarra o posiblemente en Navarra. *Calonia* (6) entre 1237 y 1266, y *calonias* (10) de 1234 a 1299, ambas en Navarra, posiblemente en Navarra y en Cartago (Túnez) durante la cancillería de Teobaldo II.

¹⁷¹ A las presentadas aquí pueden añadirse algunas de las que recoge Oeschläger como *callona*, 1218, *caloina*, 1219, *calomia*, 1190, *collonia*, 1129, etc. (según las fichas del Archivo del Dicc. Hist. de la R.A.E.), y también las que cita Cejador como *calomna*, *calompna*, *caloña*, *callonna*, *caloña*, etc. (CEJADOR Y FRAUCA, J., *op. cit.*, p. 87), etc.

7.2.23. Capellán, Capilla

Esta palabra que, según Corominas, procede del "b. lat. CAPPELLANUS" aparece documentada en veinticinco ocasiones¹⁷² de las que sólo tres corresponden a la variante latina, *capellani* (1), *capellanis* (1) y *capelle* (1), con reducción de la terminación del genitivo latino femenino singular -AE > -e, debido, sin duda, como en otras ocasiones a la pronunciación escolástica del latín medieval. Esta última variante, por lo tanto, representa la palabra de la misma familia léxica, *capilla*, de la que ha derivado *capellán*. La variante latina se localiza en nuestra documentación desde mediados del siglo XIII en Navarra.

Esta variante latina se escribe también con grafías romances que dan lugar a otras variantes, localizadas todas en el siglo XIII, excepto una en el siglo XII, en documentos redactados en romance. Son las variantes *capellano* (4), *capeillano* (2), *capeylan* (1) y *capeyllan* (1), *capellan* (10), en plural *capellanes* (1), *capelan* (1), *capeler* (1) y de la misma familia léxica *capellania* (1).

Hay una diferencia entre las variantes con -o final y las que aparecen sin -o. En opinión de Corominas, la ausencia de -o se debe a la traducción que dieron los monjes de Cluny a este galicismo, más que a la influencia mozárabe o al influjo de *sacristán*¹⁷³. Esta suposición parece confirmarla la variante *capelan* de nuestra documentación puesto que se encuentra en un documento redactado en romance con características de la scripta navarra y occitana (*lo capelan*). El diploma en el que

¹⁷² *Capellani* (1) se documenta en 1255, *capellanis* (1) en 1257 y *capelle* (1) en 1269, las dos primeras en Navarra y la tercera en Francia durante la cancillería de Teobaldo II. *Capellan* (10) entre 1221 y 1270 en Castilla y Cartago (Túnez) durante la cancillería de Teobaldo II, *capellanes* (1) en 1270 en Cartago, *capeylan* (1) en 1266, *capeyllan* (1) en 1251, ambas posiblemente en Navarra, *capeillano* (2) en 1251 y 1252 en Navarra y posiblemente en Navarra, *capellano* entre 1174 y 1266 en Castilla, Aragón y Navarra, *capellania* en 1270 en Cartago (Túnez), *capelan* (1) en 1235 en Navarra posiblemente, y *capeler* (1) en 1248 en Navarra.

¹⁷³ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. I, p. 833.

aparece *capeler* también presenta algunas características propias del occitano, aunque en menor medida. A esta palabra se le ha añadido el sufijo -ARIU > -er que en la documentación occitana se registra numerosas veces para indicar nombres de oficio¹⁷⁴, tal como ocurre en este caso. Por lo tanto, hay que considerar que las variantes *capelan* y *capeler* deben su forma a la influencia occitana. En cuanto a las otras variantes, ha de distinguirse, por un lado, entre las que mantienen la -o final (*capeillano*, *capellano*) y las que no la mantienen (*capellan(es)*, *capeylan*, *capeyllan*) y, por otro lado, entre las que aparecen con la grafía -ll- para representar la palatal lateral y las que presentan las grafías -ill-, *yl-*, -yll-. Éstas últimas son propias y características de la scripta navarra, tal como demuestra el hecho de que todos los diplomas en que se encuentran se redactaron en algún lugar del reino navarro, mientras que la grafía -ll-, no sólo es propia de Navarra, donde se utiliza también con frecuencia, sino sobre todo de Castilla, en cuya scripta es la grafía más usual, y de Aragón, y así aparece reflejado en nuestra documentación, ya que *capellan(es)* se localiza en Castilla y Navarra y *capellano*, además de encontrarse en Castilla y Navarra, también se halla en Aragón.

La datación tardía de la variante latina, que presenta la bilabial oclusiva sin sonorizar en todas las ocasiones sin ninguna vacilación y que, según Corominas, es un galicismo traducido por los monjes de Cluny demuestra que su introducción a través del contexto o ámbito eclesiástico se hizo tardíamente, por lo que se trata de una forma culta. Además, las alteraciones gráficas que presenta la forma latina, como la simplificación de la grafía geminada -pp- > -p-, la pérdida de la vocal final y una amplia gama de grafías romances para representar la palatal lateral en los escritos en romance, indican que utilizó como vía de penetración la oral por lo que se trataría de un cultismo.

¹⁷⁴ CIÉRBIDE MARTINENA, R., *op. cit.*, pp. 185-186.

7.2.24. Castillo

Esta palabra, que se documenta en ciento ochenta y una ocasiones¹⁷⁵, sólo se presenta como variante latina en veintiséis, con variaciones casuales: *castelli* (2), *castello* (2) y *castellum* (22), todas del siglo XIII y localizadas en el Reino de Navarra.

Las ciento cincuenta y cinco ocasiones restantes en que aparece esta palabra se distribuyen entre las siguientes variantes romances, algunas escritas con variaciones gráficas: *castiello* (76), en plural *castiellos* (19), *castieillos* (35), en plural *castieillos* (4), *castieyllo* (16), en plural *castieyllos* (3) y la última *castillo* (2). Por un lado, se diferencian en que las tres primeras presentan la E breve latina diptongada y la última reducción del diptongo (*ie* > *i*) y, por otro lado, en las grafías para representar la palatal lateral: -*ll*- (*castiello(s)* y *castillo*), e -*ill*- o -*yll*- (*castieillo(s)*, *castieyllo(s)*). Ello permite, de nuevo, hablar de distribución diatópica, ya que mientras -*ill*- e -*yll*- se documentan únicamente en Navarra, la grafía -*ll*- aparece tanto en Navarra como en Castilla. Todos los escritos en los que se encuentran se redactaron en el siglo XIII por lo que no puede hablarse de evolución cronológica, no sólo porque la variante latina conviva con las romances en las mismas fechas, sino, sobre todo, porque las formas con diptongación tampoco son anteriores a la que presenta reducción del diptongo.

La convivencia de la variante latina con las romances en las mismas fechas hace pensar una vez más en una introducción tardía de aquella variante para redactar los documentos en latín, debido al interés latinizante de los escribas, sin las vacilaciones gráficas que presentan las romances.

¹⁷⁵ *Castelli* (2) y *castello* (2) se documentan entre 1234 y 1238, y *castellum* (22) de 1234 a 1264 en Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia durante la cancillería de Teobaldo I. Se encuentran en documentos redactados en latín, excepto en un caso en que el diploma está escrito en romance, pero la forma en latín *castello* aparece en el Incipit redactado en latín. Las variantes romances son las siguientes: *castiello* (76) se localiza entre 1237 y 1270 en Navarra y posiblemente en Navarra, y *castiellos* (19) de 1221 a 1299 en Castilla y en Navarra, *castieillo* (35) desde 1234 a 1266, y *castieillos* (4) entre 1238 y 1269, *castieyllo* (16) de 1237 a 1266, y *castieyllos* (3) de 1237 a 1269 y, por último, *castillo* (1) entre 1237 y 1247 en Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia en las cancelerías de Teobaldo I y Teobaldo II.

7.2.25. Cementerio

Aunque son pocas las ocasiones en que esta palabra se halla en el corpus, parecen suficientes para sostener que, a mediados del siglo VIII, la evolución de esta palabra que procede del latín tardío COEMETERIUM era evidente ya que se utiliza en una pizarra visigoda encontrada en Carrio (Asturias) con dos formas: *cimeteri* (1) y *cineterius* (1). También se localiza a mediados del siglo XIII en Francia escrita como *cimiterii* (1), en un documento redactado en latín¹⁷⁶.

Cimeteri, con pérdida de la vocal final de la terminación del genitivo singular, y *cineterius*, con cambio de la terminación del nominativo, se caracterizan, además, por la vacilación o cambio de la vocal inicial átona y de la consonante etimológica -m- en -n- la segunda también. Por ello no pueden entenderse como variantes latinas, sino como dos variantes romances en coexistencia, o como una única variante con variaciones gráficas. En cualquier caso, no se trata de una forma culta, como tampoco lo es la variante del siglo XIII *cimiterii*, a pesar de encontrarse en un escrito en latín, puesto que presenta vacilación de la vocal inicial y de la pretónica al cerrarlas un grado cada una.

El hecho de que *cimeteri* y *cineterius* deban entenderse como variantes romances, implica que la pizarra en la que se encuentran no está escrita en latín, sino con las únicas grafías que se conocían, las latinas, pero deja entrever numerosos signos de evolución romance. Apariencia latinizante¹⁷⁷, por

¹⁷⁶ *Cimeteri* (1) y *cineterius* (1) aparecen en una pizarra visigoda del año 750 aproximadamente, encontrada en Carrio (Asturias) y *cimiterii* (1) se documenta en 1249 en Lyon.

¹⁷⁷ Wright, a propósito de las pizarras entiende claramente que "la fórmula vernácula evolucionada (...) es la que se usaba en la morfología del habla normal de los que prepararon el texto; a pesar de las largas listas con morfología antigua que se encontraban en todos los manuales de escritura "correcta", no fueron capaces de evitar su uso natural en cada ocasión. En contraste, los probables arcaísmos morfológicos, relativamente insignificantes, que aparecen en estos textos, tales como las formas de pasiva sintética y los imperativos en -to que los reconstruccionistas del proto-romance preferirían pensar que no existieron en el

tanto, en el caso de esta pizarra visigoda, al igual que en muchos documentos notariales escritos en los siglos X y XI principalmente. De este modo, hay que diferenciar las pizarras y estos documentos notariales de aquellos otros que en las mismas fechas se escribían intencionadamente en latín, aunque son los menos numerosos, como el texto latino de las Glosas Emilianenses y Silenses. En ellos el latín es propio de un contexto comunicativo, el de los documentos jurídicos o escritos eclesiásticos, que sólo puede entenderse como un registro principalmente escrito, no hablado, sino únicamente leído en voz alta.

7.2.26. Ciudad

Esta palabra, que aparece utilizada quince veces en la documentación, presenta una variante latina con alguna variación gráfica, como la alternancia de las grafías *v/u*, y diferentes acomodaciones a los casos latinos: *ciuitas* (1), *ciuitate* (1), *civitate* (2), *ciuitatem* (1), *civitatem* (2), *civitatis* (1) y *civitatum* (1).

Las variantes romances son *ciptat* (1), *ciudad* (2), en plural *ciudades* (1) y *ciudat* (2), ésta última con ensordecimiento de la consonante final. La primera se encuentra en un documento con algunas características gráficas occitanas junto a las navarras. En occitano antiguo los grupos romances *b't* y *v't* > *pt*, aunque al lado del resultado con vocalización de la labial trabada, por ello la solución *ciptat* es propia del occitano¹⁷⁸, con ensordecimiento de la labial y de las dentales en posición interior y final de palabra, y aparece en este documento en el

habla vernácula normal de esta época, son fáciles de explicar como resultado de la enseñanza más bien que como síntomas del uso propio de los escritores (WRIGHT, R. *op. cit.* en la n. 9, p. 121).

¹⁷⁸ CIÉRBIDE MARTINENA, R., *op. cit.*, pp. 107 y 221.

que se refleja la scripta navarra con influencias de la occitana también.

Las dataciones temporales y espaciales¹⁷⁹ son de gran interés, principalmente las primeras. Por un lado, las variantes romances se documentan todas en el siglo XIII en Navarra, aunque uno de los casos en que se utiliza *ciudat* se deba al notario *Per Andreu* de la cancillería de Jaime I de Aragón, quien posiblemente se limitó a firmar el documento redactado por algún escriba navarro. Haya o no escrito este notario el diploma en el que aparece esta variante no importa en este caso, ya que el ensordecimiento de la dental en posición final es una característica tanto del área de Navarra como de la de Aragón. Por otro lado, las datas tópicas de la variante latina se distribuyen entre Navarra, Aragón y Francia y, en cuanto a las datas crónicas, hay que hacer algunas precisiones. La mayoría se documentan en el siglo XIII, excepto tres, *civitatem* del siglo XII y *ciuitas* y *ciuitate* de mediados del siglo VIII, localizadas en la pizarra visigoda de la que nos hemos ocupado en el apartado anterior.

De estar en lo cierto al sostener que esta pizarra visigoda, por los rasgos de evolución romance que presenta sólo tiene apariencia latinizante, es decir, que está redactada con grafías latinas que eran las únicas que se conocían, no ha de pensarse que las formas *ciuitas* y *ciuitate* contradicen esta suposición, ya que, como explica Wright, en la escritura "las formas «correctas» son el resultado de un aprendizaje riguroso, en lugar de ser la simple transcripción fonética de una pronunciación arcaica"¹⁸⁰. Por el contrario, las otras utilizaciones de la variante latina sí intentan reflejar el latín escrito del contexto comunicativo jurídico-notarial.

¹⁷⁹ *Ciuitas* (1) y *ciuitate* (1) aparecen en una pizarra visigoda del año 750 localizada en Carrio (Asturias). *Civitate* (1) y *civitatum* (1) se documentan en 1249 en Francia, *ciuitatem* (1) en 1270 en Francia también pero durante la cancillería de Teobaldo II, *civitatem* (2) en 1164 en Zaragoza y en Navarra, y *civitatis* (1) en 1238 en Navarra. *Ciptat* (1) en 1235, *ciudad* (2) en 1254, *ciudades* (1) en 1253 y *ciudat* (2) en 1253 y 1264, todas en Navarra o posiblemente en Navarra.

¹⁸⁰ WRIGHT, R. *op. cit.* en la n. 9, p. 121.

Por tanto, la presencia de la variante latina se debe en la pizarra visigoda a la utilización del sistema de escritura latino, y en los diplomas del siglo XIII al deseo de los escribas de redactar en latín medieval sus escritos con la única variación gráfica en este caso de la alternancia *u/v*, constante en esa fecha.

7.2.27. Clérigo, Clerecía

Estos dos derivados de *clero* < del lat. tardío CLERUS proceden, a su vez, según Corominas, de formas "del lat. tardío" en el caso de *clérigo* < CLERICUS y del "b. lat." en el caso de *clerecía* < CLERICIA¹⁸¹.

De las treinta y cinco ocasiones en que aparecen¹⁸², sólo dos pertenecen a *clerecía*, escrita de una única manera, *clerzia*, de mediados del siglo XIII y localizada posiblemente en Navarra en un escrito en romance. Esta variante romance, con pérdida de la vocal pretónica, puede añadirse a las recogidas por Corominas (*clericía*, *clerezía*, *clerizía*, *clerezía*, ésta última más tardía).

De *clérigo* hay únicamente dos variantes, una latina y otra con algún rasgo de evolución romance. La primera aparece un mayor número de veces y presenta diferentes variaciones casuales: *clericus* (4), *clericum* (1), *clerici* (8), *clerico* (5), *clericos* (2), *clericorum* (2), *clericis* (2). La segunda es menos frecuente y la única señal del romance que presenta es la sonorización de la oclusiva velar intervocálica: *clerigo* (3) y en plural *clerigos* (6), junto a la presencia del grupo latino *cl-*

¹⁸¹ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. II, p. 100.

¹⁸² *Clerzia* (2) se documenta en 1253 posiblemente en Navarra. *Clerigo* (3) en 1050 en Bezdemarbán (León) y en 1259 y 1270 en Francia durante la cancellería de Teobaldo II y en Navarra. *Clerigos* (6) entre 1237 y 1253 en Navarra y posiblemente en Navarra. *Clerici* (8) en el siglo XI en las Glosas Emilianenses y Silenses y en el XIII de 1249 a 1259 en Francia, una vez durante la cancellería de Teobaldo II. *Clericis* (2) a mediados del siglo XI en las Glosas Silenses y en 1288 en Italia. *Clerico* (5) de 1234 a 1255, *clericorum* (2) en 1255 y *clericum* (1) en 1266, las tres en Navarra. *Clericos* (2) en 1244 y 1249 posiblemente en Navarra y en Francia. Y *clericus* (4) en 1188 en Italia y entre 1234 y 1255 en Navarra.

inicial y de la *i* postónica procedente de la *I* breve latina, que la convertirían en un semicultismo tradicional.

Badía Margarit considera que el mantenimiento del grupo inicial CL- en algunas palabras de clara significación romance no es razón suficiente para considerarlas como semicultismos. Propone el criterio de la cronología según el cual hubo una primera etapa de conservación de los grupos iniciales *cl-*, *pl-* y *fl-*, que "se mantienen inalterados en las voces populares" y una segunda etapa, posterior en el tiempo, "de palatalización de los grupos en la *ll-* inicial moderna". Así pues, "la primera época consagró la fijación del grupo" y la segunda aceptó la palatalización y simplicación en *ll-*", tanto en una como en otra época, "en voces bien populares"¹⁸³.

Teniendo en cuenta estos comentarios de Badía Margarit y la presencia en nuestra documentación de la variante latina desde principios del siglo XI, no puede sostenerse que sea una forma culta como establece la teoría tradicional, sino una palabra de la primera etapa cronológica en la que el grupo *cl-* se mantuvo inalterado. Sin embargo, es posible que en este caso, al tratarse de una palabra propia del ámbito eclesiástico, haya influido este contexto en el mantenimiento del grupo, que es, además, la única solución que se presenta en todas las ocasiones en que se documenta desde el siglo XI al XIII en Navarra, Castilla, Francia e Italia principalmente, en estos dos últimos lugares en escritos vinculados a las cortes papales.

Por lo tanto, estos datos parecen indicar que la variante latina pudo influir en la forma de la romance *clerigo*, que únicamente se diferencia de ella en la sonorización de la velar oclusiva sorda intervocálica y que se documenta ya a mediados del siglo XI en León. Ello demostraría, además, que este documento no está escrito en el "latín vulgar leonés" de Menéndez Pidal, sino con grafías latinizantes encubridoras del

¹⁸³ BADÍA MARGARIT, A. M., *art. cit.* en la n. 135, pp. 148-150.

romance. Las otras apariciones de esta variante son del siglo XIII y se localizan en Navarra principalmente.

Clérigo ha de entenderse, por lo tanto, como solución romance, tal vez fluida por la forma de la variante latina de considerable prestigio al pertenecer al ámbito eclesiástico, aunque no impidiera la sonorización de la velar oclusiva intervocálica. La variante *clerzia* de nuestra documentación también ha de considerarse romance y presenta, además, la pérdida de la vocal pretónica.

7.2.28. Colación

Esta palabra que, como explica Corominas, procede de COLLATIO, -ONIS¹⁸⁴, aparece en cinco ocasiones con dos variantes diferentes, una con signos de adaptación gráfica al romance, *collacion* (1), que se encuentra en Aguilar de Campó (Castilla) en 1174, en un documento redactado en romance, y otra latina *collatione* (4) documentada con posterioridad a la variante romance, dos veces en 1186 en Cuenca (Castilla) y otras dos en 1236 posiblemente en Navarra, en escritos en latín. Estas documentaciones son, por lo tanto, anteriores a las citadas por Corominas.

En opinión de Wright, las palabras terminadas en *-acion* y *-ancia* no son cultas, sino que presentan los resultados más corrientes en castellano medieval de -ATIONEM y -ANTIAM, es decir, que en el caso del primero es estadísticamente más normal en vernáculo la terminación *-cion* que *-zon*¹⁸⁵. Nuestra documentación así parece confirmarlo, a pesar de la escasez de apariciones de esta palabra. De este modo, no habría que entender que la variante *collacion* es un semicultismo, tal como hace la teoría tradicional, por la presencia de la yod sin

¹⁸⁴ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. IV, p. 632.

¹⁸⁵ WRIGHT, R., *op. cit.* en la n. 9, pp. 54-55.

asimilarse a la consonante, sino que se trata de una forma romance. Por otro lado, la documentación de la variante latina con posterioridad a la romance demuestra la ausencia de continuidad gráfica o evolutiva, es decir, que se introdujo tardíamente por los escribas para la redacción en latín medieval debido a su afán latinizante y, en este caso, la presentan con forma fiel gráficamente a la latina, es decir, sin vacilaciones ni ultracorrecciones.

7.2.29. Colgado

*Colgado*¹⁸⁶, derivado de 'colgar', que se encuentra en catorce ocasiones, se utiliza como adjetivo acompañando a *sello*, es decir, con el significado de 'colocado'. Sólo presenta, por tanto, una variante, *colgado* (12), en plural *colgados* (2), que parece indicar que en las fechas en las que se documenta, es decir, en el siglo XIII, se utilizaba como variante romance derivada del latín COLLOCARE, del que parece que no había variante latina, siguiendo los datos de nuestra documentación, al menos en el área de Navarra, que es donde se redactan los diplomas en los que se halla esta palabra, excepto en una ocasión en la que el documento se escribió en el área castellana, aunque es posible que el lugar de archivo, Salinas de Añana, haya podido influir en la utilización de *colgado* 'colocado' para referirse al *sello*.

Todo ello podría ser indicativo de que en el área lingüística navarra no había, por un lado, distinción entre *colgado-colocado* y, por otro, de que la existencia de la variante latina no puede documentarse en el siglo XIII, al menos en nuestro corpus, a pesar de lo extraño que resulta si se tiene en cuenta que se trata de una palabra utilizada, sobre todo, en las

¹⁸⁶ *Colgado* (12) se documenta entre 1239 y 1299, y *colgados* (2) en 1244 y 1266 en Navarra, excepto en una ocasión en que *colgado* aparece en un escrito redactado en Valladolid en 1299 y que forma parte del *Diplomatario de Salinas de Añana*.

fórmulas de escatocolo de los documentos, en las que se recurría al latín, incluso aunque el documento estuviera redactado en romance. Por ello es posible que se introdujera en una oleada más tardía de formas cultas, tal vez con la intención de diferenciar significados.

7.2.30. Collazo

Esta palabra se documenta en veintiuna ocasiones distribuidas entre las siguientes variantes: *coillaço* (2) y su plural *coillaços* (2), *coyllaços* (9) como variación gráfica de la anterior, *collaços* (6), *collazos* (1) y *collato* (1). Todas se localizan en Navarra en el siglo XIII, excepto *collato* que es de principios del XI y se localiza en Castilla¹⁸⁷.

Estas variantes se diferencian en dos aspectos gráficos. Por un lado, en la utilización de diferentes grafías para representar la palatal lateral: *-ll-*, *-ill-* e *-yll-*, éstas dos últimas propias de la scripta romance navarra, aunque la primera también es frecuente en esta scripta y así se demuestra en nuestra documentación. Por otro lado, en la representación de la predorso-dento-alveolar africada sonora no sólo con la grafía *z* de la sonora, sino también con la *ç* de la sorda. Esta indistinción gráfica para representar estos fonemas medievales es una característica propia del romance navarro, a diferencia del castellano en el que, según Menéndez Pidal, la distinción se manifiesta con claridad "desde los primeros años del siglo XIII" y se afianza y generaliza "desde hacia 1240"¹⁸⁸.

Es importante considerar los dos étimos que se han señalado para esta palabra¹⁸⁹. Corominas presenta el de

¹⁸⁷ *Coillaço* (2) y *coillaços* (2) se documentan en 1237, *coyllaços* (9) entre 1248 y 1269, *collaços* (6) desde 1236 hasta 1252, y *collazos* (1) en 1237, todas en Navarra, o posiblemente en Navarra. *Collato* (1) aparece en 1011 en Valpuesta (Castilla).

¹⁸⁸ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.*, p. 65.

¹⁸⁹ Para conocer todos los datos referentes al origen y significado de esta palabra, *Vid.* COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. II, p. 149.

COLLACTEUS que, en nuestra documentación, se emplearía con el significado aproximado en algunos casos de 'persona que ha de pagar un diezmo a cambio de las tierras que le ha dado un noble para que las labore para sí'. Sin embargo, Menéndez Pidal también propuso el étimo COLLATIO que en b. lat. se utilizaba para los casos que significan una clase de tributo o el nombre de propiedades. En nuestra documentación son más frecuentes los casos con este último significado. Teniendo en cuenta estos dos posibles étimos y el significado otorgado a cada uno de ellos, la variante *collato*, documentada en el año 1011 en Castilla en un escrito con apariencia latinizante y con el significado de propiedad o lugar, parece estar representando el sonido predorso-dento-alveolar africado sonoro con una grafía latina, aunque incompleta, que demuestra, a su vez, la vacilación gráfica en la escritura que en esa fecha recurría al sistema de representación escrita del latín para escribir los sonidos romances. *Collato*, por lo tanto, sería una variante romance también que reflejaría el modo de escribir con grafías latinas el romance, contribuyendo así a confirmar la suposición de que a principios del siglo XI buena parte de la escritura sólo era latinizante y encubridora del romance.

Por lo tanto, la ausencia de variante latina en el caso de la palabra *collazo* en nuestra documentación parece indicar que no se hizo necesaria para la redacción notarial documental medieval, ni siquiera en época tardía, aunque tal vez podría aparecer en algún escrito en latín de otra documentación, o incluso de la nuestra si alguno de los diplomas en los que se encuentra se hubiera redactado en latín.

7.2.31. Compañía, Compañia

Estas palabras se documentan diez veces en el siglo XIII y únicamente en Navarra¹⁹⁰, excepto en dos ocasiones en que aparecen en documentos que debieron redactarse en Francia, durante una de las estancias de Teobaldo II allí, por algún oficial de su cancillería navarra. Procede, según Corominas, de un abstracto del lat. vg. *COMPANIA, con I breve, del que derivó el antiguo y dialectal *compaña*. documentado con anterioridad a *compañía* que se encuentra en Berceo¹⁹¹ y que tradicionalmente se consideraría un semicultismo.

Sus apariciones se reparten entre las siguientes variantes romances: *companya* (1), *compayna* (3), *conpayna* (2) y su plural *compaynas* (1), *compaynnas* (1), y la variante especial *compainnia* (2). En primer lugar, se observa en ellas una alternancia gráfica entre *m/n* ante *p*, *y*, en segundo lugar, la mayoría presenta grafías propias de la scripta navarra para el sonido palatal nasal sonoro, caracterizadas por la anteposición de *i/y* a *n/nn*: *-yn-*, e *-ynn-*. La grafía *-ny-* de la variante *companya* puede entenderse como un caso de métatesis de la *-yn-* de la scripta navarra, o puede considerarse que se trata de la grafía propia de las scriptas aragonesa y catalana que se transformó de *-ni-* en la época de orígenes a *-ny-* con posterioridad a esta etapa, según Menéndez Pidal¹⁹², y, dado que en nuestra documentación aparece en la sexta década del siglo XIII, podemos establecer, casi con total seguridad, que es la grafía *-ny-*. Más complicado resulta el caso de *compainnia*, puesto que el sonido palatal ya está representado por *-inn-*, y aunque podría tratarse de la grafía *-inni-*, con un reforzamiento señalador de la palatalización, parece más conveniente entender que el notario que la escribió

¹⁹⁰ *Compayna* (3) se documenta entre 1248 en Navarra y 1267 o 1268 posiblemente en Francia, durante la cancelaría de Teobaldo II, ya que este rey residió en Francia en esos años, lo mismo que *companya* (1) en 1267-1268 también y, por lo tanto, en Francia posiblemente. *Conpayna* (2) en 1248 y 1270, *compaynas* (1) en 1270, *conpaynnas* (1) en 1266, todas en Navarra, al igual que *compainnia* (2) de 1244.

¹⁹¹ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. II, p. 161.

¹⁹² MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.*, p. 52.

así pretendía representar la pronunciación de la *i* tras la palatal. Esta suposición podría confirmarse con el comentario de Pérez-Salazar acerca de que la utilización de *-ia* como sufijo se debe a la intención de indicar 'colectividad'¹⁹³.

Por lo tanto, puede señalarse, por un lado, la utilización de grafías propias de la scripta navarra para representar la palatal nasal, lo que implicaría una distribución diatópica y, por otro, la existencia de una variante, *compainnia*, que, en el caso de pronunciarse la *i* junto a la palatal, tal como parece indicar su representación escrita, podría tratarse o bien de una más de las variantes romances utilizada para indicar colectividad, o bien de una forma culta tomada del latín tardíamente que, al presentar variación o vacilación gráfica con respecto a la forma latina, debió utilizar como vía de introducción la oral, por lo que se trataría de un cultismo que acabó imponiéndose a las otras variantes romances en conflicto gráfico en el siglo XIII, al menos en algunas áreas lingüísticas, y que en otras pasaría a formar doblete con la solución romance *compaña*.

7.2.32. Concejo, Concilio

De esta palabra se documentan ciento noventa y cuatro apariciones distribuidas entre la variante latina y las romances, que en este caso son las más frecuentes.

La variante latina se presenta en cuarenta ocasiones con variaciones casuales: *concilium* (6), *concilii* (19), *concilio* (12) y algunas variaciones gráficas debidas a la utilización de grafías romances, a ultracorrección, o a olvido por parte del escriba: *conçilii* (1), *concillium* (1) y *concilo* (1).

Las variantes romances son las siguientes, una *conceio* (19), *conçeio* (13) y sus plurales *conceios* (1) y *conçeios* (22), en esta primera variante podrían incluirse también las formas

¹⁹³ PÉREZ-SALAZAR RESANO, C., *art. cit.* en la n. 98, p. 174.

coçeio (1), que presenta pérdida consonántica, y *conceyo* (1), con grafía *y* alternante de la *i*. Otra variante es *concello* (51), *conçello* (1) y *concell* (1), ésta última con apócope de *-o*, una de las características de la scripta navarra, coincidente con la aragonesa y diferente de la castellana. Las variantes *conceillo* (22), *conceylo* (1) y *conceyllo* (19) con su plural *conceyllos* (1), difieren de la anterior únicamente en la forma de representar la palatal lateral con grafías propias de la scripta navarra en las que se antepone *i/y* a *l/ll*. Por último, destaca la variante *concieyllo* (1) que, además de la grafía navarra *-yll-* para la palatal lateral, presenta, posiblemente por ultracorrección, una diptongación romance no etimológica en la sílaba tónica, si se tiene en cuenta que esta palabra procede de la latina *CONCILIUM*, con *i* breve. Sin embargo, también es posible que la presencia de este diptongo se deba a una analogía con aquellas voces que en el romance del área navarra presentan la conservación del diptongo *-ie-* ante palatal lateral, como en aragonés y a diferencia de Castilla.

En cuanto a las dataciones temporales y espaciales¹⁹⁴, la variante latina se documenta entre los siglos XI y XIII, *concilio* se halla en el texto en latín de las Glosas Silenses, glosado, además, por la palabra *congregatione*, en el siglo XII se encuentra en Castilla únicamente con la particularidad de que aparece en dos ocasiones en un documento redactado en romance, *concilo* está en un escrito de 1061 en León, de apariencia latinizante encubridora del romance y no redactado en latín vulgar leonés, de ahí que no presente una forma fiel a la latina gráficamente, y *concillium* se localiza en el siglo XII en un

¹⁹⁴ *Concilium* (6) se documenta entre 1230 y 1249 en Navarra y Francia, *concilio* (12) entre 1050 y 1266, en el siglo XI en las Glosas Silenses, en el siglo XII, de 1102 a 1194, en Castilla y en el XIII, de 1235 a 1266 en Navarra y en Castilla, *concilii* (19) de 1230 a 1249 en Navarra y en Francia, *concilo* (1) en el año 1061 en León, *conçilii* (1) en 1235 en Navarra, y *concillium* (1) en 1132 en Francia. *Concell* (1) se documenta en 1237, *concello* (51) de 1237 a 1291, *conçello* (1) en 1254, *conceillo* (22) de 1235 a 1270, *conceylo* (1) en 1230, *conceyllo* (19) de 1251 a 1281, *conceyllos* (1) en 1254 y *concieyllo* (1) en 1281, todos en Navarra, posiblemente en Navarra o en Francia durante las cancelerías de Teobaldo I y Teobaldo II. *Coçeio* (1) en 1293, *conceio* (19) de 1220 a 1290, *conceios* (1) en 1286, *conçeio* (13) de 1220 a 1299, *conçeios* (22) entre 1296 y 1299 y *conceyo* (1) en 1221, todos en Castilla, o posiblemente en Castilla, excepto en cinco ocasiones (dos en Navarra y tres posiblemente en Navarra, en concreto en Peralta).

escrito redactado en Francia en el latín propio del ámbito eclesiástico. Todos los demás casos en que aparece la variante latina y las formas con variaciones gráficas son del siglo XIII. Las variantes romances son todas del siglo XIII y presentan una clara distribución diatópica. *Conceio* y sus variaciones se reparten por diferentes lugares de Reino de Castilla, esta es una razón también para entender que *coçeio* y *conceyo*, utilizados en el área castellana, son variaciones de esta variante, sólo en cinco ocasiones se documenta *conceio* en Navarra. Este resultado de centralización de la consonante palatal procedente de Ly latina es el propio de la scripta castellana, pero también puede aparecer, aunque en menor medida, en la de Navarra¹⁹⁵, donde lo más frecuente es la solución palatal lateral para reflejar la Ly y los grupos G'L, C'L y T'L, igual que en aragonés. Así ocurre en las variantes *concello* y *conceillo* con sus variaciones gráficas (*concell*, *conçello*, *conceillo*, *conceylo*, *conceyllo* y *concieyllo*). La grafía -ll- es propia de las scriptas navarra y aragonesa, mientras que -ill-, -yll-, -yl- son exclusivas de la navarra, aunque por ello la -ll- no deja de ser muy frecuente en esta scripta. A esta distribución diatópica contribuyen las variantes *concell* y *concieyllo* por presentar características propias de la scripta navarra (la apócope de -o y el diptongo -ie- ante palatal lateral).

La variante latina se encuentra ya en el siglo XI tanto en escritos intencionadamente redactados en latín, tal sería el caso del texto latino de las Glosas, como en documentos notariales de apariencia latinizante únicamente, de ahí las vacilaciones gráficas que presenta en estas documentaciones tempranas. La presencia de esta variante en los siglos XII y XIII también con

¹⁹⁵ Pérez-Salazar considera que este resultado centralizado de Ly en el área de Navarra tal vez se deba a que los documentos en los que aparece "se localizan en una zona geográfica que pudo ser más sensible al influjo castellano: la parte suroccidental del Reino y Pamplona" (PÉREZ-SALAZAR RESANO, C., *art. cit.* en la n. 99, p. 780). Teniendo en cuenta estas precisiones, podría considerarse que uno de los documentos en que *conceio* está escrito tres veces y que se presenta sin data tónica concreta, pero que por circunstancias extralingüísticas estaba relacionado con Navarra, es muy probable que se redactara, atendiendo ahora a circunstancias lingüísticas, en algún punto suroccidental de Navarra, como por ejemplo Peralta, a cuyo Concejo pertenece Sancho Pérez, el escribano público jurado a quien se debe el diploma.

vacilaciones gráficas o ultracorrecciones, como *conçilii* y *concillium*, ésta última incluso en un documento escrito en Francia, donde se seguía más fielmente la norma purista, podría señalar que se debe a la intención latinizante del escriba, sobre todo en el siglo XIII en el que convive con diversas variantes romances y se utiliza de forma indistinta tanto para las asociaciones religiosas como civiles, mientras que las variantes romances sólo hacen referencia a éstas últimas. Todo ello parece indicar que no puede hablarse de la existencia del doblete *concejo-concilio* desde antiguo, ya que las variantes romances no se localizan hasta el siglo XIII, y el uso de la variante latina no se restringía al ámbito eclesiástico. De este modo, el doblete debió formarse con posterioridad, cuando una de las variantes romances se utilizó para las asociaciones civiles, quedando la variante latina para las religiosas, aunque, sin duda, en una época posterior a la que ocupa nuestro objeto de estudio.

Por lo tanto, no puede otorgarse en esta fecha un calificativo especial a la variante *concilio*. Es decir, no se trata de un arcaísmo, aunque se localice desde antiguo, ya que se presenta escrito con numerosas vacilaciones gráficas que de ser una forma arcaica no se darían. Tampoco puede recibir el calificativo de cultismo o latinismo, ya que no se documenta tardíamente, sino desde principios del siglo XI. Su presencia se debe a su empleo, en algunos casos, los más antiguos, en la redacción intencionada o no en latín y, en otros, los de los siglos XII y XIII, al prurito latinizante de los escribas en este siglo.

7.2.33. Conde, Condado, Vizconde, Vizcondado

En el estudio de la palabra *conde* se incluyen los de otras palabras de la misma familia léxica o derivados como *condesa*, *condado*, *vizconde*, *vizcondesa* y *vizcondado* que aparecen en

trescientas sesenta y ocho ocasiones con múltiples variantes¹⁹⁶, cada una de considerable interés.

En el caso de *conde*, la variante latina, con algunas variaciones casuales y otras gráficas, se encuentra ciento veintidós veces, mientras que las romances aún son más numerosas, se utilizan en ciento sesenta y dos ocasiones.

La variante latina se presenta con las siguientes variaciones de caso: *comes* (57), *comitem* (2), *comitis* (19), *comiti* (7), *comite* (36) y *comites* (1); las variaciones gráficas de esta palabra, debidas probablemente a ultracorrección, son las de *comitte* (4) y *committes* (1). Como variantes romances se localizann *comte* (7), *commte* (1), *compte* (7), *conte* (7), *cuemde* (4), *cuende* (62), *cuande* (1), *comde* (38) y *conde* (36). Las primeras, por la presencia del grupo romance M'T, presentan una forma más próxima a la latina; además, en

¹⁹⁶ *Comes* (57) se documenta en el siglo XI en las Glosas Silenses y en León, entre el año 1078 y el 1097, en el siglo XII, de 1154 a 1164, en Aragón, y en 1194 en Toledo, y en el siglo XIII, de 1225 a 1298, en Castilla, en Aragón, en Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia en la cancillería de Teobaldo II. *Comite* (36) aparece en el siglo XI, de 1011 a 1050, en Castilla y en León, en el siglo XII, de 1150 a 1154, en Navarra y en Aragón, y en el siglo XIII entre 1210 y 1244 en Aragón, en Navarra, posiblemente en Navarra y en Castilla. *Comites* (1) en 1210 en Aragón, *comitem* (2) en 1225 en Navarra, *comiti* (7) de 1237 a 1245 en Navarra y posiblemente en Navarra, *comitis* (19) en el siglo XII (de 1154 a 1164) en Aragón y en el siglo XIII, entre 1210 y 1269, en Aragón, en Castilla y en Navarra. *Comitte* (4) en el año 1013 posiblemente en Castilla, y en el 1162 en Navarra, y *committes* (1) en el 1050 en León. *Comitissa* (3) en el año 1013 posiblemente en Castilla, *comitissa* (2) en 1244 en Navarra y posiblemente en Navarra, *comitisse* (1) en 1236 en Navarra, y *cometissa* (2) en el año 1011 en Castilla. *Uicecomes* (1) en 1237 en Navarra, *vicecomes* (2) en 1244 y 1265 en Navarra y posiblemente en Navarra, *uicecomite* (1) en 1247, *uicecomitem* (1) en 1247, *uicecomitis* (2) en 1244 y 1247, todos en Navarra, y *vicecomite* (1) en 1225 en Aragón. *Viçecomitis* (1) en 1164 en Aragón y *vicecommes* (1) en 1247 en Navarra. *Uicecomitisse* (1) y *uicecomitissa* (1) en 1244 en Navarra. *Comitato* (2) en el año 1030 en Castilla, *comitatum* (1) en 1265 posiblemente en Navarra, *comitatus* (4) y *comitatu* (3) entre 1234 y 1265 y *comittatu* (1) en 1234, en Castilla, *vicecomitatum* (2) en 1269 posiblemente en Navarra y *vicecomitatus* (1) en 1266 en Navarra. *Conde* (36) se documenta entre 1236 y 1269 en Navarra, posiblemente en Navarra, en Francia en la cancillería de Teobaldo II, posiblemente en Francia y en Castilla, *comde* (38) de 1234 a 1270 en Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia en las cancillerías de Teobaldo I y Teobaldo II, *compte* (7) entre 1237 y 1269 en Navarra y posiblemente en Navarra, *comte* (7) de 1237 a 1270 en Navarra, *commte* (1) en 1270 en Cartago (Túnez) en la cancillería de Teobaldo II, *conte* (7) de 1253 a 1264, *cuemde* (4) entre 1247 y 1266, *cuende* (62) de 1237 a 1270 y *cuande* (1) en 1253, todas en Navarra, en Francia en la cancillería de Teobaldo I y Teobaldo II, y posiblemente en Navarra. *Bizconde* (4) en 1259 en Toledo, *bizcuemde* (4) y *bizcuende* (9) en 1247, *ueçconde* (1), *veçconde* (2), *vezcomde* (2) y *vezconde* (2) en 1244, *viçcomde* (1) en 1234, *vizconde* (4) de 1244 a 1247, y *vizcuende* (2) en 1247, todos en Navarra o posiblemente en Navarra. *Comdessa* (6) de 1221 a 1252 en Castilla, en Navarra y posiblemente en Navarra, *comtessa* (1) en 1244 posiblemente en Navarra, *condessa* (2) en 1244 y 1253 posiblemente en Navarra y en Navarra, y *contessa* (2) en 1253 en Navarra. *Ueçcomdessa* (1), *uezcondessa* (1) y *vezcomdessa* (1) en 1244, posiblemente en Navarra y en Navarra.

compte la *p*¹⁹⁷ parece actuar como señaladora de los márgenes consonánticos silábicos y la misma intención podría reflejar la reduplicación de la *m* en *commte*. Estas dos soluciones, que se localizan en Navarra, permiten comprobar como la scripta de esta área tiene tendencia a intercalar en el grupo interior M'T la consonante epentética *-p-*, aunque ésta no es la solución más frecuente sino *-nd-* (o en ocasiones *-md-*), coincidiendo en ello con el castellano, tal como demuestran los resultados *comde*, *conde*, *cuemde*, *cuende* y *cuande*. Estas últimas variantes diptongadas, documentadas en Navarra preferentemente, muestran la tendencia del romance de esta área, en coincidencia también con el castellano, a diptongar la O breve tónica latina en *-ue-* y en un caso en *-ua-*, igual que en aragonés, aunque esta última solución es excepcional. El mantenimiento sin diptongación de la O breve latina es una característica peculiar del área de Navarra. Así, la scripta navarra vacila entre escribir los derivados de COMITE con diptongación, o sin diptongación, tal como indican todas estas variantes.

En cuanto a las dataciones temporales y espaciales, la variante latina se documenta desde el siglo XI en Castilla y León preferentemente. En el siglo XII se localiza sobre todo en Aragón y Castilla y escasamente en Navarra, mientras que en el siglo XIII, además de aparecer en Castilla y Aragón también lo hace con más frecuencia en Navarra. Las variantes romances son todas del siglo XIII y se documentan principalmente en Navarra y en algún caso en Castilla, donde se localiza sólo *conde*, todas las otras son propias, tal como hemos visto al atender a su representación gráfica, de la scripta navarra.

En cuanto a los derivados, *condesa*, en primer lugar, se encuentra en diecinueve ocasiones, de las cuales ocho se escriben con formas más próximas a la latina, caracterizadas por

¹⁹⁷ La *-p-* que el romance navarro tiene tendencia a intercalar se encuentra también en el grupo latino *-MN-* y en el romance *-M'N-*: *-mpn-*, aunque este último grupo coincide en su evolución con el castellano en otras ocasiones dando lugar a *-mbr-*.

vacilaciones gráficas debidas posiblemente a ultracorrección, a la influencia de las formas claramente romances y a la analogía con las variantes de *conde*. Así, aparece *committissa* (3) -en el mismo documento en que está *comitte-*, *comitissa* (2), *cometissa* (2) y *cometisse* (1), con la grafía -ss-, propia de la dento-alveolar fricativa sorda romance, con vacilaciones vocálicas, y en *cometisse* con reducción de la terminación -AE, en este caso del dativo singular femenino, en -e, probablemente debida, una vez más, a la pronunciación escolástica del latín medieval. Las variantes romances de esta palabra están muy próximas a algunas del masculino: *comtessa* (1), *contessa* (2), *comdessa* (6) y *condessa* (2), con la grafía medieval -ss-, con mantenimiento del grupo M'T en unos casos y en otros con el resultado -nd- (-md-). La variante latina se documenta a principios el siglo XI en cinco ocasiones en el área de Castilla y en el siglo XIII sólo en Navarra. Las variantes romances son del siglo XIII y aparecen en Castilla pero sobre todo en Navarra, igual que ocurría en el caso de *conde*, tanto con respecto a la variante latina como a las romances.

Condado se halla en once ocasiones, cuyas datas crónicas pertenecen todas al siglo XIII, excepto en un caso, y en cuanto a las datas tópicas se localizan principalmente en Castilla y sólo una vez en Navarra. Esta palabra presenta una única variante, la latina, con variaciones casuales y gráficas: *comitatus* (4), *comitatum* (1), *comitatu* (3), *comittatu* (1), con ultracorrección gráfica, y *comitato* (2) que refleja que el documento en el que se encuentra tempranamente, localizado en la tercera década del siglo XI en Castilla sólo está escrito con grafías latinas o apariencia latinizante.

Vizcondado sólo se halla en tres ocasiones con una variante latina que presenta dos variaciones de caso: *vicecomitatus* (1) y *vicecomitatum* (2), localizadas en la sexta década del siglo XIII en Navarra.

Vizconde (< del b. latín VICE COMITIS 'en lugar del conde'), que aparece en treinta y ocho ocasiones, presenta también una variante latina y diversas romances. La variante latina tiene variaciones casuales y gráficas: *uicecomes* (1) y *vicecomes* (2), *uicecomite* (1) y *vicecomite* (1), *uicecomitem* (1), *uicecomitis* (2) y *viçecomitis* (1), con vacilaciones gráficas propias de la escritura romance entre *u/v* y *c/ç* y, además, *vicecommes* (1) con geminación ultracorrecta *-mm-*. Las variantes romances son: *ueçconde* (1) y *veçconde* (2), *vezcomde* (2), *vezconde* (2), *viçcomde* (1), *vizconde* (4), *vizcuende* (2), *bizcuemde* (4), *bizcuende* (9) y *bizconde* (4). Por un lado, la segunda parte de la palabra sólo presenta algunas de las alternancias que aparecían en el caso de *conde*: *-nd/-md-* en el consonantismo y *o/ue* en el vocalismo, mientras que, por otro lado, en la primera parte de la palabra alternan las soluciones *viz-* (también escrita como *viç-* y *biz-*) y *vez-* (asimismo escrita como *ueç-*, *veç-*), todas ellas con vacilaciones gráficas entre *u/v* y *ç/z*; ésta última anternancia entre *ç/z* es propia de la scripta navarra, caracterizada por la indistinción gráfica para representar las predorso-dento-alveolares africadas sorda y sonora, tal como ya habíamos comentado. Además, los casos de *bizconde*, *bizcuemde*, *bizcuende*, *viçconde*, *viçcomde* y *vizcuende* también podrían deberse a analogía con las palabras que empiezan con el prefijo latino BIS-, 'dos veces', sobre todo las formas con *b-*, o a un intento de aproximación a la palabra latina VICE 'vez', principalmente las formas con *v-*, aunque, como ya hemos dicho, la aparición escrita de *u/v* sólo indica alternancia gráfica. En cualquier caso, la coexistencia de las variantes *bizconde*, *bizcuemde*, *bizcuende*, *viçcomde*, *vizconde* y *vizcuende* con las de *ueçconde*, *veçconde*, *vezcomde* y *vezconde* parece indicar que las primeras también son romances, aunque con otra solución diferente a la romance *vez-* pero también a la latina *vice-*. En cuanto a las datas de tiempo y lugar, la variante latina aparece una vez en la sexta década del siglo XII en Aragón

y todas las demás documentaciones son del siglo XIII y se encuentran en Navarra sobre todo y en Aragón. Las variantes romances también son del siglo XIII y se localizan en Navarra principalmente y en Castilla.

Vizcondesa, que se documenta cinco veces en Navarra a mediados del siglo XIII, presenta una variante latina y tres romances. La latina tiene algunas alteraciones gráficas: *uicecomitisse* (1), con reducción de la terminación del genitivo femenino, y *uicecomittissa* (1), con ultracorrección gráfica al escribir geminada la dental y con la grafía -ss- medieval de la dento-alveolar fricativa sorda. Las variantes romances son *ueçcomdessa* (1), *uezcondessa* (1) y *vezcomdessa* (1), con los grupos -nd-/ -md-, la grafía medieval -ss- y el resultado romance de VICE- > vez-/ueç- para la primera parte de la palabra, con las alternancias que también aparecían en las variantes de *bizconde* entre u/v, por un lado, y ç/z, por otro.

El análisis llevado a cabo muestra en primer lugar algunas preferencias diatópicas en la utilización de las variantes. En la scripta navarra, de forma particular, son frecuentes las soluciones con el grupo interior romance -mt- -mpt- y sin diptongación de la O breve latina, mientras que otras soluciones consonánticas como -nd-, -md- y la diptongación en -ue- aparecen tanto en la scripta navarra como en la castellana. Así pues, en el caso de estas palabras hay que hablar de distribución geográfica, no de mantenimiento la forma latina y, por lo tanto, de cultismo, tal como hace la teoría tradicional para explicar la ausencia de diptongación de la O breve tónica latina.

En segundo lugar, puede decirse que generalmente todas las variantes latinas de estas palabras se encuentran en documentos redactados en latín y las romances en escritos en romance, y éstas últimas sólo en los siglos XII y XIII, no en el XI, debido a la utilización de la escritura latina en los documentos de este siglo, aunque en muchas ocasiones sólo se trataba de apariencia latinizante, tal como parece demostrar el hecho de que frente a *comitatu*, que se localiza en el siglo XIII como

ablativo singular de la cuarta declinación latina, se presente *comitato* con anterioridad en el tiempo. Ello no ha de interpretarse como si *comitato* reflejara la transformación que se produjo al pasar las palabras de la cuarta a la segunda declinación en latín vulgar, sino como una utilización de las grafías latinas o del sistema de escritura del latín para representar otra realidad, la romance *condado*, a la que se le da una apariencia latinizante. Por lo tanto, las formas latinas de estas palabras en los documentos del siglo XI han de considerarse como producto del modo de redacción en latín en esa fecha. Además, si ya se escribía *comitato* en el siglo XI, la aparición de *comitatu* en el XIII es un claro reflejo la intención latinizante del escriba. La idea de que sólo puede hablarse de escritura latinizante en el siglo XI la demuestran también otros casos caracterizados por la ausencia de correspondencia entre el caso latino y la función sintáctica (como los de *comitte*, que en el año 1013 se utiliza como nominativo, o *cometissa*, que en el 1011 funciona como dativo). Lo mismo ocurrirá en algunas ocasiones en los siglos XII y XIII en los que esa falta de correspondencia, que se da muy escasamente (en casos como el de *comites*, de 1210, o el de *vicecomite* de 1225, localizados en Aragón, ambos en lugar de un nominativo singular), permite considerar a todos los demás casos, que son la mayoría, como formas que reflejan la intención de los escribas de redactar en el latín medieval de su época, con vacilaciones gráficas en la representación escrita de las variantes latinas.

7.2.34. Consejo, Consejero

Las cuarenta y tres ocasiones en que aparece esta palabra y su derivado *consejero* se distribuyen entre una variante latina (ocho veces) y cuatro romances (treinta y cuatro o treinta y cinco veces). La latina presenta variaciones casuales: *consilium* (1), *consilii* (1) y *consilio* (6). Destaca otra forma que debería

incluirse en la variante latina, se trata de *consiliu* (1), cuya forma no se ajusta a ningún caso latino, ya que únicamente está escrita con grafías latinas en un latín más inteligible teniendo en cuenta que es una de las Glosas Silenses. Las variantes romances son *consello* (1), *conseillo* (14), *conseyllo* (1), también escrita *consseyllo* (1), *conseio* (2), escrita igualmente *consseio* (2), y *consieillo* (1). El derivado *conseilleros* se incluiría en la segunda variante. Las explicaciones de la forma de estas variantes son muy parecidas a las aportadas en el caso de la palabra *concejo* (a la que remitimos para más detalles), ya que mientras *conseillo*, *consieillo*, *conseyllo* y *consseyllo* presentan grafías propiamente navarras para representar la palatal lateral -*ill-*, -*yll-* procedente de *Ly* latina, *consello* opta por la solución que comparte el navarro y el aragonés, -*ll-*, y en *conseio* y *consseio* el resultado centralizado es propiamente castellano y, en ocasiones, aunque con menor frecuencia aparece en el romance del área navarra, sobre todo en los documentos redactados en la parte suroccidental de este reino y en Pamplona, tal como habíamos visto. Característica también de la scripta navarra es la presencia del diptongo -*ie-* ante la palatal lateral en el caso de *consieillo*, aunque aquí ha de considerarse como una falsa diptongación, teniendo en cuenta que la voz latina tenía como vocal tónica una *I* breve, no una *E* breve que hubiera podido dar lugar a la diptongación. Se trata, por tanto, de una ultracorrección debida, tal vez, a la analogía con otras palabras del romance navarro que mantienen -*ie-* ante palatal lateral, e incluso la también ultracorrecta *concieyllo*, de gran parecido formal. Asimismo, hay vacilación en la representación de la dento-alveolar fricativa sorda con las grafías propias de la sorda y de la sonora: -*ss-/s-*, característica igualmente navarra.

En cuanto a las dataciones crónicas y tópicas¹⁹⁸, la variante latina se documenta desde el siglo XI en las Glosas

¹⁹⁸ *Consilium* se documenta en 1234 en Castilla (1), *consilii* (1) en 1236 en Navarra, *consilio* (6) en el siglo XI en las Glosas Silenses, en 1164 en Aragón y desde 1234 hasta 1265 en Navarra y posiblemente en Navarra. *Consiliu* (1), del siglo XI, es una Glosa Silense:

Silenses, en el siglo XII aparece en Aragón y en el XIII en Navarra y en Castilla. La glosa *consiliu* está escrita en un latín más inteligible. Las variantes romances se utilizan todas en el siglo XIII y en su uso se observa una clara distribución diatópica ya que mientras *conseillo*, *consello*, *conseylo*, *consieillo*, *consseylo* y *conseilleros* se encuentran en documentos redactados en el área de Navarra, *conseio* y *consseio* aparecen en escritos castellanos y en algunos navarros también.

Del mismo modo que en el caso de la variante latina *concilio*, la utilización de la variante latina *consilio* en el siglo XI en las Glosas Silenses, escrita incluso con variaciones gráficas, responde únicamente a la utilización del sistema latino de escritura, mientras que en el siglo XIII aparece por el interés del escriba de redactar en latín medieval, escribiéndola en este caso sin vacilaciones gráficas, aunque la escasez de ocasiones en las que se encuentra impide hacer extensiva esta generalización al resto de documentación notarial medieval, y sólo puede aplicarse a la que forma nuestro corpus de estudio.

7.2.35. Conveniencia

Las sesenta y una apariciones de esta palabra que, según la teoría tradicional, sería un semicultismo por el mantenimiento de la vocal *i* procedente de la yod latina y la evolución de la consonante a la predorso-dento-alveolar africada romance, que posteriormente se convertiría en interdental fricativa sorda, se distribuyen entre una variante latina y, al menos, siete

romances¹⁹⁹, todas de gran interés por las implicaciones lingüísticas que pueden desprenderse de su coexistencia.

La variante latina, con variaciones casuales y gráficas se documenta en muy pocas ocasiones, tan sólo en cuatro: *conuenientia* (1), *conuenientiam* (1), *conuenientiis* (1) y *conuenientiis* (1), con una alteración gráfica, debida tal vez a ultracorrección o analogía con las variantes romances que presentan esta grafía, o simplemente puede tratarse de una adaptación a la pronunciación escolástica del latín medieval. Se documenta únicamente desde mediados del siglo XIII y en Navarra.

La mayoría de las variantes romances tiene también variaciones gráficas, lo que da lugar a una extensa lista de formas en romance para esta palabra. *Conuenença* (1) y su plural *conuenenças* (16), *convenenças* (1) y *convenenzas* (2) sería la primera variante en la que podría incluirse también *conueneças* (1), con una pérdida consonántica, tal vez debida a error de escritura por parte del escriba. Las vacilaciones en esta variante se dan entre las grafías *u/v* para la bilabial y *ç/z* para la predorso-dento-alveolar africada sorda, esta última característica de la indistinción gráfica para representar esas sibilantes medievales sorda y sonora es propia del romance navarro, a diferencia del castellano, y así lo demuestran las datas tópicas de los diplomas en los que aparece esta variante, localizadas en Navarra. La segunda variante es *conuenencia* (1) y *convenencia* (1), con

"castigatore fueret consiliu dederit". *Conseillo* (14) aparece entre 1237 y 1264 en Navarra y posiblemente en Navarra, *conseio* (2) de 1253 a 1268 posiblemente en Navarra y posiblemente en Francia, ya que Teobaldo II residió allí entre 1267 y 1268, *consello* (1) en 1264 en Navarra, *conseylo* (5) de 1253 a 1270 en Navarra, posiblemente en Francia y en Cartago (Túnez) durante la cancillería de Teobaldo II, *consieillo* (1) en 1238 en Navarra, *consseio* (2) en 1296 y 1299 en Castilla, *consseylo* (1) en 1264 en Navarra y *conseilleros* (8) en 1253 en Navarra y posiblemente en Navarra.

¹⁹⁹ *Conuenientia* (1) se documenta en 1247, *conuenientiam* (1) en 1269, *conuenientiis* (1) en 1244 y *conuenientiis* (1) en 1236, todas en Navarra y posiblemente en Navarra. *Conuenença* (1) se localiza en 1244, *conuenenças* (16) entre 1244 y 1247, *conueneças* (1) en 1244, *convenenças* (1) en 1238, *convenenzas* (2) en 1247, *convenencia* (1) en 1236, *convenencia* (1) en 1237, *conueniença* (2) en 1248 y 1270, *conuenienças* (16) entre 1244 y 1247, *conuenienza* (1) en 1237, *conuenienza* (1) en 1238, *conuenienzas* (4) entre 1237 y 1247, *conuinenças* (2) en 1246 y 1253, *conuiniências* (2) en 1253 y 1254, *conuiniencias* (1) en 1291, *conuenienças* (1) en 1248, *conueniencias* (3) de 1238 a 1247 y *conueniencia* (1) en 1220, todas en Navarra o posiblemente en Navarra, excepto la última que aparece en Castilla.

alternancia gráfica *u/v*. La tercera variante es *conueniença* (2) y su plural *conuenienças* (16), *conuenienza* (1), *conuenienza* (1) y su plural *conuenienças* (4), también con las alternancias gráficas *u/v* y *ç/z*. La cuarta variante es *conuinenças* (2), la quinta *conuinienças* (2) y la sexta *conviniencias* (1).

Hay otra variante que por su forma más próxima al latín sería la considerada por la teoría tradicional como semicultismo, se trata de la variante que presenta las formas *conueniencia* (1), *conuenienças* (1) y *conueniencias* (3), con alternancia entre las dos grafías de la predorso-dento-alveolar africada sorda: *c/ç*.

En cuanto a las dataciones tópicas y crónicas de las variantes romances y de la considera culta desde el planteamiento tradicional, todas coinciden en su fecha de aparición documental, el siglo XIII, y en su lugar de redacción, el Reino de Navarra principalmente y sólo en un caso, el de *conueniencia*, el del Castilla.

Todas estas variantes que proceden de la forma latina *CONVENIENTIA* se distinguen por las vacilaciones que presentan en el vocalismo tónico y átono. Sólo la variante *conueniencia* sigue, como ya hemos dicho, la forma latina. La primera (*conuenença*), la segunda (*conuenencia*) y la cuarta (*conuinenças*) presentan pérdida de la segunda vocal del diptongo latino, por lo que se trataría de una ultracorrección por parte de los escribas con la intención de utilizar una forma más latina, sin un diptongo al que debían considerar propiamente romance. Otra vacilación vocálica consiste en cerrar la vocal pretónica en las variantes cuarta (*conuinenças*), quinta (*conuinienças*) y sexta (*conviniencias*), mientras en la primera (*conuenença*), segunda (*conuenencia*), tercera (*conueniença*) y la tradicionalmente considera culta (*conueniencia*) se mantiene la *e* sin alteraciones. La última vacilación que presentan estas variantes se manifiesta en el mantenimiento gráfico de la *yod* latina como *i*, tal como hacen la segunda (*conuenencia*), la sexta (*conviniencias*) y la calificada como semicultismo (*conueniencia*), o en la ausencia de la *i*, representando la *Ty* con

las grafías de las predorso-dento-alveolares africadas medievales en las variantes primera (*conuenença*), tercera (*conueniença*) cuarta (*conuinenças*) y quinta (*conuinienças*).

Teniendo en cuenta todos los datos anteriores, puede hablarse de una gran vacilación gráfica en la scripta navarra para representar en la escritura la palabra *conueniencia*, tal como demuestra incluso la aparición de la forma ultracorrecta *conuenencia* en un documento redactado en latín. En cambio, la única vez que se documenta esta palabra en Castilla presenta la forma más próxima al latín. Además, el análisis conjunto de las variantes romances y la variante que la teoría tradicional considera como semicultismo demuestra que ésta última podría tratarse de una más de las posibles soluciones romances, aunque también cabe otra explicación.

La coexistencia o vacilación entre un elevado número de variantes romances parece indicar que la variante latina debió introducirse tardíamente para acabar con la vacilación existente en la representación escrita de esta palabra. Esta vacilación puede constatare plenamente en Navarra en la segunda mitad del siglo XIII, mientras que en Castilla es posible que la vacilación fuera menor en esta fecha al hallarse ya en 1220 la variante con la forma más próxima al latín.

De este modo, la variante *conuenientia* sería una forma culta y la solución *conueniencia* representaría una alternancia gráfica o adaptación al romance que indicaría que la vía de introducción de la forma culta fue la oral, por lo que se trataría de un cultismo, aunque por razones diferentes a las aducidas por la teoría tradicional que la calificaba de semiculta.

7.2.36. Convento

Esta palabra, que aparece en ciento treinta y cinco ocasiones, se presenta con una variante latina, que tiene una fuerte presencia en la documentación, y dos o tres romances, si

la apócope de -o y la asimilación consonántica puede considerarse que dan lugar a variantes diferentes²⁰⁰.

La variante latina, una vez más, presenta variaciones de caso y alteraciones gráficas y casuales: *conuentus* (10) y *conventus* (9), *conuentum* (3) y *conventum* (1), *conuentui* (1) y *conventui* (4), y *conventibus* (7), con alternancia entre u/v. Los casos en los que aparecen *conuenti* (5) y *conuentis* (1) pueden tener diferentes explicaciones. La presencia de *conuenti* en las Glosas Emilianenses en lugar de explicarse por el paso de las palabras de la cuarta declinación a la segunda, se debe a la escritura en el latín eclesiástico del siglo XI, caracterizado por algunas adaptaciones, simplificaciones y alteraciones del sistema gráfico y casual latino, mientras que la aparición de *conuenti* en el siglo XIII se explica como pérdida o reducción vocálica de la terminación del dativo singular *conventui*, tal vez debida a ultracorrección por parte del escriba o a un error formal de escritura, lo mismo que *conuentis*. Todos los casos de la variante latina son del siglo XIII, excepto el de *conuenti* que es el siglo XI ya que se encuentra en el texto latino de las Glosas Emilianenses, y se distribuyen por el Reino de Navarra y por el Reino y Corona de Aragón, así como por Francia e Italia, en estos dos últimos enclaves en documentos cuya redacción está vinculada a las cortes papales y de ahí que se utilice un latín más próximo al clásico.

²⁰⁰ *Conuentus* (10) se documenta entre 1236 y 1255 en Navarra y posiblemente en Navarra, *conventus* (9) entre 1230 y 1298 en Navarra, en Barcelona (Corona de Aragón), en Francia y en Italia, *conuentum* (3) entre 1255 y 1269 en Navarra y en Francia, *conventum* (1) en 1298 en Barcelona, *conuentui* (1) en 1269 en Francia en la cancellería de Teobaldo II, *conventui* (4) de 1233 a 1269 en Aragón, en Navarra y en Francia, *conventibus* (7) de 1249 a 1259 en Francia y en Italia; *conuenti* (5) en el siglo XI en las Glosas Emilianenses, y de 1249 a 1270 en Navarra y en Francia en la cancellería de Teobaldo II, y *conuentis* (1) en 1244 posiblemente en Navarra. *Conuent* (14) de 1218 a 1266 en Castilla, en Navarra y posiblemente en Navarra, *conuento* (31) entre 1247 y 1270 en Castilla, en Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia, y en Cartago (Túnez) en la cancellería de Teobaldo II, *conuentos* (1) en 1270 en Cartago (Túnez) en la cancellería de Teobaldo II, *convento* (24) entre 1264 y 1299 en Navarra, posiblemente en Navarra y en Cartago (Túnez) en la cancellería de Teobaldo II, *conuiet* (1) en 1266 en Navarra, *conuiento* (17) de 1252 a 1269 en Navarra, posiblemente en Navarra y posiblemente en Castilla, *conviesto* (1) en 1264, *couiento* (4) en 1266, las dos en Navarra y *comiento* (1) en 1252, posiblemente en Navarra.

Todas las apariciones de las variantes romances son también del siglo XIII y se localizan tanto en Navarra como en Castilla de forma indistinta, por lo que no puede hablarse de distribución diatópica en el uso de estas variantes. Una de ellas es *conuiento* (17), también escrita *conviento* (1), en la que podrían incluirse *couiento* (4), con asimilación consonántica, a diferencia de lo más frecuente en el romance navarro que es el mantenimiento de los grupos -MB-, -NV- sin asimilar; otras variantes son *comiento* (1), que Pérez-Salazar explica como un caso en el que el grupo -NV- "se ha neutralizado con -MB- y ha sufrido asimilación"²⁰¹, y *conuient* (1), con apócope de -o, una característica propia de los romances navarro y aragonés, a diferencia del castellano. Algunas apócope de -e y -o del romance navarro se deben a influencia ultrapirenaica y también aragonesa, tal como señalan Alvar, Ynduráin, Saralegui y Pérez-Salazar. aunque se encuentra asimismo en la scripta navarra la conservación de estas vocales, igual que en castellano, según demuestran las variantes documentadas de esta palabra. La otra variante a la que consideramos romance por aparecer en documentos redactados en esta modalidad lingüística, pero que, atendiendo a su aspecto formal, la teoría tradicional consideraría un cultismo es la de *conuento* (31), su plural *conuentos* (1), escrita también como *convento* (24), y *conuent* si se incluye aquí la forma con apócope de la -o igualmente.

La diferencia entre las dos variantes se aprecia en la diptongación de la E breve tónica latina en la primera y en la falta de diptongación en la segunda, posiblemente por la fuerte influencia de la variante latina de esta palabra, que aparece en un buen número de ocasiones y es propia del ámbito eclesiástico.

Así, el hecho de que a principios del siglo XI ya se documente la variante latina, escrita sin variaciones o alteraciones gráficas por tratarse de una palabra usada por el latín de la iglesia, podría deberse a la consideración de ésta

²⁰¹ PÉREZ-SALAZAR RESANO, C., *art. cit.* en la n. 99, p. 778.

como arcaísmo. De ser así, pudo influir en que una de las evoluciones romances de esta palabra, la variante *convento*, tuviera esta forma más próxima a ella, de ahí su ausencia de diptongación y que acabara imponiéndose a la otra variante. Además, la preferencia por la variante *convento* queda demostrada por el mayor número de apariciones de ésta, frente al más escaso de la variante *conviento*.

7.2.37. Costumbre

Esta palabra, que aparece en veinticinco ocasiones, sólo presenta variantes romances, con variaciones gráficas: *costumne* (1) y su plural *costumnes* (9), de la misma familia léxica es el derivado *costumnada* (1). *costummes* (1), con una asimilación consonántica, *costumpnes* (1), con la consonante epentética -p- intercalada, tal como es propio de las scriptas navarra y aragonesa tanto para el grupo latino -MN-, como para el romance -M'N-, dando como resultado -mpn-, tal vez para marcar los márgenes consonánticos silábicos y, por último, *costumbre* (5), su plural *costumbres* (6) y *costunbres* (1), con el resultado -mbr- (escrito también como -nbr-), característico de la scripta castellana y que también puede aparecer en la de Navarra.

Todas las ocasiones en las que se encuentran estas variantes²⁰² son del siglo XIII por lo que no puede hablarse de una evolución cronológica; en cambio, sí es posible hablar de distribución diatópica si se tiene en cuenta que mientras *costumne(s)*, *costummes*, *costumnada* y *costumpnes* se localizan únicamente en Navarra, *costumbre(s)* y *costunbre* aparecen tanto en Navarra como en Castilla, lo que demuestra que de los resultados de -M'N- como grupo interior romance, -mn-, -mm- y

²⁰² *Costumne* (1) se documenta en 1264, *costumnes* (9) y *costummes* (1) en 1253, *costumnada* (1) entre 1236 y 1237 y *costumpnes* (1) en 1264, todas en Navarra. *Costumbre* (5) entre 1248 y 1299 en Navarra, *costumbre* (6) de 1254 a 1299 en Navarra y en Castilla y *costunbres* (1) en 1282 en Castilla.

-mpn- pertenecen a la scripta navarra, mientras -mbr- es propio tanto en la scripta navarra como de la castellana.

La ausencia de una variante latina puede significar que las formas romances están tan arraigadas y asentadas que no es necesario recurrir al latín como en otras ocasiones para acabar con las vacilaciones gráficas, que, en este caso, son poco numerosas. Sin embargo, la aparición de estas variantes romances sólo se da en documentos escritos en romance y no se utilizan en ninguno redactado en latín. Ello podría indicar que tal vez no se produjo la entrada de la forma latina de esta palabra, quedando así reservada únicamente para los textos escritos en romance, aunque esta consideración sólo puede afectar a nuestra documentación y no ha de tomarse como una generalización. La falta de relación formal entre la latina CONSUETUDO, -UDINIS y la más tardía de la que procede la romance, con alteración de la terminación²⁰³, y que Menéndez Pidal reconstruye como *CONS(UE)TUMINE²⁰⁴, hubiera podido influir también en la ausencia de la forma latina en la documentación.

Sin embargo, la presencia de una variante con la grafía -mpn- parece reflejar, igual que en el caso de la palabra *calumnia* escrita como *calompnia*, el prurito cultista o latinizante del escriba, al recurrir a una representación escrita con una forma que debía parecerle más próxima al latín.

²⁰³ Corominas señala que "la evolución de la terminación, seguramente debida a un proceso fonético, es una alteración común a todas las lenguas hermanas y a todos los casos del sufijo -TUDO (*certidumbre, mansedumbre, muchedumbre*, etc.)" (COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. II, p. 224).

²⁰⁴ MENÉNDEZ PIDAL, R., *Manual de Gramática Histórica Española* (18ª ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 1985, p. 154, § 54₁.

7.2.38. Coto

De esta palabra hay veinticinco apariciones que también se reparten entre dos variantes romances²⁰⁵: *coto* (15) y su plural *cotos* (8), y *quoto* (1), cuyo plural es *quotos* (1). Las dos únicas ocasiones en que aparece la variante *quoto*, que no recoge Corominas, sirven para ratificar la idea de que en el área de Navarra el dígrafo *qu-* era uno de los representantes de la velar oclusiva sorda /k/, igual que ocurría en el caso de la palabra *blanco*, a la que remitimos para ampliar esta explicación.

La primera variante se documenta desde finales del siglo XII hasta finales del XIII tanto en Castilla como en Navarra, mientras que la segunda variante sólo aparece en el siglo XIII en el área navarra. Distribución diatópica, por tanto, si se tiene en cuenta que mientras en la scripta castellana se utiliza la grafía *c-* para el fonema velar oclusivo sordo, en la de Navarra, además de la *c-*, se recurre también a *qu-* para reflejar en la escritura ese fonema.

La explicación de la aparición de esta palabra únicamente con formas romances tal vez se deba, igual que en el caso de la palabra anterior, a lo asentada que estaba esta palabra en el romance, sin muchas variantes y sin tener que recurrir a la forma latina ni para la redacción de los documentos en latín. Esta suposición parece confirmarla el hecho de que incluso la forma romance se utilice en los escritos en latín, lo cual, además, sólo ocurre curiosamente en el área castellana y no en la de Navarra. Ello podría explicar que en el caso de la palabra *costumbre* no se localizara ninguna aparición de las variantes romances en documentos redactados en latín, ya que todos tenían como data tónica algún lugar de Navarra.

²⁰⁵ *Coto* (15) se documenta desde 1194 hasta 1290, *cotos* (8) entre 1220 y 1266 en Castilla y en Navarra, *quoto* (1) en 1252 y *quotos* (1) en 1266, en Navarra y posiblemente en Navarra. Para conocer las diferentes acepciones con sus explicaciones de la palabra *coto*, vid. COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. II, pp. 226-227.

De cualquier modo, la ausencia de variante latina, junto a la presencia de la forma romance en documentos redactados en latín, confirma lo asentada que estaba la forma romance, hasta el punto de no tener que recurrir a la forma latina en la redacción de los documentos en latín. Sin embargo, no hay que descartar la posibilidad de que el dígrafo *qu-* que, sin duda, representaba el sonido romance [kw] podían utilizarlo los escribas con la intención de presentar una forma escrita con apariencia más latina.

7.2.39. Cuchillo

Esta palabra sólo aparece en cinco ocasiones²⁰⁶ pero con formas muy significativas, ya que junto a *cultello* (1), se encuentra también *cuchiello* (2), *cuchello* (1) y *cutieyllo* (1).

Podría pensarse que *cultello* se trata de una variante latina, pero en realidad hay que considerar que únicamente presenta aspecto latinizante ya que se localiza a mediados del siglo XI en un documento de tierras de León que no estaría escrito en "latín vulgar leonés", sino en el sistema de escritura latino que era el único conocido en esas fechas.

Cuchiello data de finales del siglo XIII y se halla en un diploma redactado en Castilla, en el que también está la variante *cuchello*, por lo tanto, con las mismas datas crónica y tópica. La primera forma presenta los dos elementos del diptongo procedente del sufijo latino *-ELLUS* > *-iello*, y en la segunda, en lugar de hablarse de reducción de este sufijo a *-e*, habría que hablar de eliminación de una de las vocales del diptongo, o de vacilación en la representación escrita de la palabra, tal vez en busca de una solución vocálica más próxima a la de la forma latina.

²⁰⁶ *Cultello* (1) se documenta en el año 1050 en Bezdemarbán (en tierras de León), *cuchello* (1) y *cuchiello* (2) en 1293 en Burgos, y *cutieyllo* (1) en 1237 en Tudela.

La variante *cutieyllo*, que se localiza en la tercera década del siglo XIII en Navarra, además de presentarse con una de las grafías propias de la scripta navarra para representar la palatal lateral sonora, es decir, la *-yll-*, y mantener el diptongo *-ie-* ante el sonido palatal, como es propio también del romance del área de Navarra, y el cierre de la vocal inicial por influencia de la yod cuarta, presenta, asimismo, una solución consonántica del grupo latino *-LT-* que no es la latina propiamente, ni tampoco la romance *-ch-*, sino un resultado diferente, con eliminación de la *l* y mantenimiento de la *t*, que ha de interpretarse como una más de las vacilaciones gráficas en la que se vieron envueltos los escribas con la intención de presentar la palabra en la escritura con una forma más próxima al latín.

Cuchello, por documentarse al lado de *cuchiello*, parece tratarse de un caso de vacilación vocálica, aunque no ha de descartarse tampoco la posible intención del escriba de buscar una solución más próxima a la latina, igual que en el caso anterior, reflejada aquí en el mantenimiento de la vocal tónica latina, a pesar de la solución consonántica romance.

7.2.40. Cuñado

Esta palabra²⁰⁷ sólo aparece cuatro veces con tres variantes distintas, pero todas romances: *cuinado* (2), el femenino *cuinnada* (1) y *cunado* (1). Sus datas crónicas son de mediados del siglo XIII y su data tónica es común, el Reino de Navarra, por lo que no es de extrañar que la palatal nasal sonora se represente con dos grafías propias de la scripta navarra: *-in-*, *-inn-*.

En el caso de *cunado* parece que lo más conveniente es entender que se utiliza una grafía simplificada *-n-* para

²⁰⁷ *Cuinado* (2) se documenta en 1236, *cuinnada* (1) en 1252 y *cunado* (1) en 1244, todas en Navarra y posiblemente en Navarra. Para las acepciones de la palabra *cuñado*, vid. COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. II, p. 294.

representar la palatal nasal como en las otras variantes. Esta grafía *-n-*, según Menéndez Pidal, es de uso frecuente y no exclusiva de un área lingüística. Además, la vocal inicial *u* es índice de que ha actuado la yod segunda en el cierre de la vocal y en la palatalización de la consonante.

En ese caso habría que hablar, por lo tanto, de ausencia, al menos en el siglo XIII, de variante latina de esta palabra, igual que en algunas palabras anteriores, debido a lo arraigado de las formas romances y a no ser una palabra propia del ámbito jurídico o eclesiástico. Sin embargo, esta generalización podría verse afectada en el caso de que se hubiera redactado algún documento en latín.

7.2.41. Daño, Dañado

La palabra *daño*, que procede de la neutra latina DAMNUM, y su derivado *dañado/-a* se encuentran setenta y una veces distribuidas entre diferentes variantes.

La variante latina se presenta con variaciones casuales y con alteraciones gráficas en veintitrés ocasiones, ya que junto a *damnum* (1) y *damno* (4), aparece también *dampnum* (8), *dampno* (3), *dampna* (2) y *dampnorum* (2); además se escribe como *dapnum* (2) y *dapnationem* (1). Las variantes romances son *danno* (17) y su plural *dannos* (2), *dainno* (1), *daynno* (17) y su plural *daynnos* (2), *dayno* (6) y su plural *daynos* (1); además, el derivado se presenta escrito como *dampnada* (1).

En primer lugar, en cuanto a la variante latina, la *-p-* intercalada entre *m* y *n* en algunas formas se utiliza para señalar los márgenes consonánticos silábicos, indicando que el grupo latino *-MN-* ha de pronunciarse sin palatalización, reflejándose así el afán cultista del escriba. El mismo significado podría tener en el derivado romance *dampnada*, en el que *-mpn-* aparece posiblemente por influencia de la variante latina y para representar la ausencia de palatalización. Por otro lado, las

formas con *-pn-* (*dapnum* y *dapnationem*) parecen ser ultracorrectas, esto es, el escriba en su intento de rectificar el grupo *-mpn-* para aproximarlos más a la forma escrita latina, eliminó un elemento, pero no la *-p-* intercalada, sino la primera consonante del grupo dando lugar al resultado ultracorrecto *-pn-*.

En segundo lugar, la diferencia entre las variantes romances reside en la utilización de diversas grafías para representar la palatal nasal. Así, junto a *-nn-* que es la propia del área castellana y posiblemente la más utilizada en la de Navarra, se encuentran también las específicas de la scripta navarra, es decir, las que anteponen *i/y* a *n/nn*, dando como resultados *-inn-*, *-ynn-* e *-yn-* en el caso de esta palabra. Una vez más, las localizaciones espaciales de los escritos en los que se encuentran estas variantes confirman esta distribución diatópica, ya que mientras *danno(s)* se documenta en Castilla sobre todo y en algún caso en Navarra, *dainno*, *daynno(s)* y *dayno(s)* lo hacen únicamente en Navarra.

En cuanto a las dataciones crónicas y tópicas²⁰⁸, la variante latina se documenta desde el siglo XI, es decir, *damno* aparece en las Glosas Silenses, formando parte del texto latino y también como una glosa; *damnum* se encuentra en el texto latino de estas Glosas también. *Dampnum* aparece igualmente en el siglo XI en una ocasión, y se repite en los siglos XII y XIII. Todas las otras formas de la variante latina son del siglo XIII y se distribuyen por los Reinos de Castilla y Navarra y por el Reino y Corona de Aragón. Las variantes romances son todas del siglo

²⁰⁸ *Damno* (4) se documenta en el siglo XI en las Glosas Silenses, en una ocasión como una glosa de: *tantoque annolioris [de damno]*, y en el XIII, en 1225 y 1248 en Aragón, *damnum* (1) en las Glosas Silenses también, *dampna* (2) y *dampnorum* (2) en 1255 en Navarra, *dampno* (3) de 1269 a 1298 en Navarra y en la Corona de Aragón, *dampnum* (8) en los años 1063 y 1194 en Castilla y de 1236 a 1269 en Navarra, en Francia en la cancillería de Teobaldo II, posiblemente en Navarra y en Castilla; *dapnum* (2) en 1264 y 1270 en Navarra y en Francia en la cancillería de Teobaldo II y *dapnationem* (1) en 1225 en Aragón. *Dampnada* (1) se documenta en 1239 en Navarra, *danno* (17) de 1236 a 1296 en Castilla y en Navarra, *dannos* (2) en 1296 en Castilla, *dainno* (1) en 1237, *daynno* (17) de 1251 a 1299, *daynnos* (2) en 1299, *dayno* (6) entre 1237 y 1270 y *daynos* (1) en 1237, todos en Navarra, posiblemente en Navarra o en Francia en las cancelerías de Teobaldo I y Teobaldo II.

XIII y se reparten entre Castilla y Navarra, tal como ya hemos señalado.

La presencia de las formas *damno* y *damnum* en el siglo XI para la redacción en latín del texto de las Glosas y para escribir una glosa aclaratoria en romance indica que el digrafo *-mn-* se utilizaba tanto para la redacción intencionada en latín dentro de un contexto comunicativo específico, en este caso el eclesiástico, como para reflejar el romance, con el único sistema gráfico que se conocía, el latino. Sin embargo, la pronunciación debía ser la palatal, tal como parece indicar la documentación de la forma ultracorrecta *dampnum* en un escrito del siglo XI y en fechas posteriores, sin duda, con la misma intención, esto es, la *-p-* servía de marca formal para señalar los márgenes consonánticos silábicos por el afán cultista de los escribas, que incluso utilizan en un documento redactado en romance la forma *dampnada*.

7.2.42. Deán, Decano

Las once apariciones de esta palabra²⁰⁹ se distribuyen entre una variante latina, con variaciones casuales: *decanis* (2), *decani* (1) y *decano* (1), y otra variante romance: *dean* (7).

La variante romance procede, según Corominas, del francés ant. *deien* que, a su vez, deriva del latín DECANUS. Señala, además, que *deán* "es una de las palabras eclesiásticas francesas introducidas por la reforma cluniacense" y *decano* es su "duplicado culto". Este autor utiliza la denominación de "duplicado castizo" para referirse al nombre antiguo del deán, anterior al influjo de Cluny y que debió ser *degano*²¹⁰, ausente en nuestra documentación, tal vez por lo tardío de las fechas de

²⁰⁹ *Decani* (1) se documenta en 1265 posiblemente en Navarra, *decanis* (2) en 1249 en Francia, y *decano* (1) en 1244 en Navarra. *Dean* (7) aparece entre 1243 y 1298 en Aragón, Castilla, Navarra y posiblemente en Navarra.

²¹⁰ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. II, p. 429. *Vid.* también para el significado.

aparición de esta palabra, ya que se documenta a partir de mediados del siglo XIII, cuando el galicismo *dean* debía ser el único utilizado, tal como parece demostrar el hecho de que se encuentre tanto en Aragón como en Castilla y en Navarra, junto a la forma latina *decano*, que se localiza en Navarra y en Francia en el corpus.

Sin embargo, no sólo *dean*, por ser un galicismo aportado por la reforma cluniacense, debió introducirse tardíamente en la Península, sino también la variante latina *decano*, ya que en nuestro corpus se documenta en fechas tardías. Este hecho unido a su pertenencia a un contexto particular, el eclesiástico, y al de presentarse sin vacilaciones o variaciones gráficas indica que su vía de introducción debió ser la escrita por lo que la forma latina sería un latinismo, esto es, el doblete culto de la forma romance *deán*.

7.2.43. Derecho, Directo

Esta palabra, procedente, según Corominas, del lat. vulgar DERECTUS (cl. DIRECTUS) y que la teoría tradicional considera como semicultismo por presentar una parte evolucionada, -CT- > -ch-, y otra sin evolucionar, el mantenimiento de la vocal tónica sin cerrarse un grado por influencia de la yod cuarta, aparece en nuestra documentación en ciento noventa y tres ocasiones y presenta un elevado número de variantes. Junto al semicultismo *derecho*, la forma *directo* ha recibido tradicionalmente el calificativo de cultismo o latinismo. Veamos que dice nuestra documentación.

La variante que mantiene la forma latina, con variaciones de caso y derivaciones, pero sin alteraciones o vacilaciones gráficas, se documenta veinticinco veces: *directa* (1), *directum* (2), *directo* (1), *directos* (5), *directis* (15) y la forma derivada *directuris* (1).

La otra forma, *derecho*, considerada por algunos representantes de la teoría tradicional como semicultismo, se halla escrita con un elevado número de variantes gráficas que, sin duda, representan variantes fonéticas también en ciento sesenta y ocho ocasiones que nos hacen considerar que se trata de variantes romances, aunque algunas reflejan la intención latinizante del escriba. Son las siguientes: la primera *dreito* (20) y su plural *dreitos* (33), en femenino *dreitas* (4), también escritos *dreyto* (18), *dreytos* (10) y *dreytas* (2), la segunda *dereyto* (1) y *dereytto* (1), la tercera *drecho* (19) y su plural *drechos* (11), la cuarta *derecho* (29) y su plural *derechos* (9), la quinta *dreycto* (2), femenino *dreycta* (1) y en plural *dreyctos* (4), y la sexta *dreychos* (2). Además, también se documentan las formas *dreitura* (1) y *dreitureros* (1) que podrían incluirse en la primera variante.

En estas formas se observan algunas características de la scripta navarra como la pérdida de la *e* pretónica (*dreito*, *dreyto*, *drecho*, *dreycto* y *dreychos*), la alternancia de las grafías *y/i* para representar la yod semivocal (*dreito*, *dreitura* y *dreitureros*, *dreyto*, *dereyto*, *dreycto* y *dreychos*) y la evolución del grupo latino -CT- a -it-, igual que en aragonés (*dreito*, *dreyto*, *dereyto*), aunque este resultado no es el único posible de la scripta navarra, dado que a veces -CT- > -ch- palatal, como en castellano (*drecho*, *derecho*), produciéndose la alternancia -it-/-ch- incluso en los mismos documentos con la misma palabra y con otras²¹¹. Además, algunas de estas variantes necesitan una mayor atención. Por un lado, *dreitura* y *dreitureros* son derivados del occitano antiguo *dreit*, con la solución -eit- procedente de -ECT-²¹², de ahí que aparezcan en documentos redactados en Navarra con algunas características de la scripta occitana. Por otro lado,

²¹¹ Con respecto a este hecho que ocurre en el romance navarro en el siglo XIII, Pérez-Salazar llega a la conclusión de que "se observa, por tanto, una convivencia de la solución dialectal originaria -que predomina- con la palatalización, convivencia que también ocurre en otros documentos romances no castellanos de época similar pero que -atención- no parece darse en el aragonés contemporáneo" (PÉREZ-SALAZAR RESANO, C., *art. cit.* en la n. 99, p. 778).

²¹² CIÉRBIDE MARTINENA, R., *op. cit.*, pp. 66 y 236.

las variantes *dreycto* y *dreychos* se caracterizan por la presencia de la *y*, procedente de la *C* del grupo latino *-CT-* y que evolucionó a una palatal representada por la grafía romance *-ch-*, con la *yod* aglutinada a la consonante, por lo que sería innecesaria la presencia de esta *y* en ambas variantes. Sin embargo, su aparición hace que nos planteemos cuál debía ser la pronunciación de *-yct-* e *-ych-*. Sin duda la romance; en el primer caso, el notario pretendería reflejar gráficamente la forma latina de la palabra escribiendo el grupo *-ct-*, aunque la *y* que lo antecedente hace sospechar que la pronunciación debía ser la romance, es decir, /it/ y no /ikt/, por lo que sólo ha de hablarse de escritura latinizante con vacilaciones provocadas por la pronunciación; el segundo caso debía estar influido por los dos resultados romances hasta el punto de que el escriba los presenta reunidos, de modo que sonaría la *y* al lado de la palatal africana.

En cuanto a las dataciones crónicas²¹³, todas las ocasiones en que aparece esta palabra son del siglo XIII, excepto dos de la variante latina, una de principios del siglo XI que ha de entenderse únicamente como escrita con grafías latinas y otra de finales del siglo XII, equiparable a las que se encuentran en el siglo XIII. En cuanto a las dataciones tópicas, las formas latinas se reparten por los Reinos de Navarra y Castilla, mientras que en las variantes romances se observa una distribución geográfica, ya que si las formas con *-it-/yt-* y las que se presentan sin la vocal pretónica se documentan únicamente en Navarra, las formas con la grafía de la palatal africana *-ch-* y con mantenimiento de la vocal pretónica aparecen en Castilla y también en Navarra,

²¹³ *Directis* (15) se documenta entre 1234 y 1238 en Navarra, posiblemente en Navarra y en Castilla, *directo* (1) en el año 1011 en Castilla, *directos* (5) en 1234 en Navarra, *directum* (2) en 1237 en Navarra, *directa* (1) en 1235 en Navarra y *directuris* (1) en 1194 en Castilla. *Derecho* (29) se documenta de 1236 a 1296 en Navarra y sobre todo en Castilla, *drechos* (9) de 1221 a 1295 en Castilla, Navarra y Aragón, *dereyto* (1) y *dereyto* (1) en 1256, *drecho* (19) de 1234 a 1299, *drechos* (11) de 1251 a 1299, *dreito* (20) entre 1237 y 1266, *dreitos* (33) de 1236 a 1266, *dreitas* (4) en 1253, *dreitura* (1) en 1235, *dreitureros* (1) en 1237, *dreycto* (2) en 1251, *dreyctos* (4) de 1238 a 1258, *dreycta* (1) en 1251, *dreychos* (2) en 1266 y 1269, *dreyto* (18) de 1237 a 1269, *dreytos* (10) entre 1234 y 1269, y *dreytas* (2) en 1269, todos en Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia en las cancillerías de Teobaldo I y II.

aunque en este último reino son más frecuentes las primeras. La presencia sin vacilaciones de la *e* inicial en algunas de estas variantes, junto a la ausencia en otras, indica que se trata de una alternancia romance, lo mismo que las vacilaciones consonánticas entre *-ch-* e *-it-*, de ahí que haya que hablar de variantes romances en todos los casos y no de semicultismos en algunos de ellos siguiendo a la teoría tradicional.

Además, sólo puede hablarse, por lo tanto, de distribución diatópica, no de evolución cronológica, si se tiene en cuenta también que la variante latina sigue apareciendo con frecuencia en el siglo XIII junto a las romances para la redacción de los documentos en latín. A este dato hay que añadir otros. En primer lugar, la presencia temprana, a principios del siglo XI, de la variante latina sin vacilación gráfica, aunque sólo se localice en una ocasión, pero en un documento notarial en el que las grafías latinas dejan entrever los rasgos del romance. En segundo lugar, se trata de una palabra de aparición frecuente en el ámbito jurídico, sin duda con un significado diferente al de las formas romances. Y en tercer lugar, si como dice Corominas la *i* inicial de la variante latina procede de la forma del latín clásico, mientras que la *e* de las variantes consideradas tradicionalmente semicultas procedería de la forma del latín vulgar, hay que considerar que se trata de un arcaísmo tomado de los libros de derecho o notariales antiguos que ha mantenido su forma sin ningún cambio gráfico ni fonético. La constitución del doblete queda de manifiesto en nuestra documentación a partir del siglo XIII con la presencia de las variantes latinas.

7.2.44. Deuda, Deudor, Débito

Estos derivados de *deber* aparecen en dieciocho ocasiones con formas latina y romance²¹⁴, cada una nueve veces.

La variante latina se presenta con formas procedentes del singular DEBITUM en *debito* (2) y del plural DEBITA en *debita* (2) y *debitis* (2), y la forma *debite* (1) es una ultracorrección debida posiblemente a la consideración de DEBITA por parte del escriba como voz de la primera declinación que, además, se presenta con reducción del genitivo femenino singular. Se encuentra también el derivado *debitor* (1) y su plural *debitores* (2). Estas formas latinas se documentan únicamente en el siglo XIII en Navarra, Francia, algunas en la cancellería de Teobaldo II, y en la Corona de Aragón.

Las variantes romances presentan dos formas: *deudas* (2), *deudor* (1) y su plural *deudores* (2) con el resultado del grupo romance BT > -ud- y *deutors* (3), en ésta última el grupo BT > -ut- con consonante dental oclusiva sorda intervocálica y, además, con apócope de la vocal en final no absoluto por hallarse en un documento redactado en romance con influencia de la scripta occitana antigua²¹⁵. Todas las documentaciones son del siglo XIII y se localizan en Navarra.

Que las formas latinas aparezcan el mismo número de ocasiones que las romances en el siglo XIII es señal de la intención latinizante del escriba en la redacción de los documentos en latín. Pero, además, por ser *debito* una forma latina utilizada principalmente en contextos jurídicos e incluso eclesiásticos y por documentarse tardíamente hay que pensar

²¹⁴ *Debita* (2) se documenta en 1249 y 1269 en Francia y en Navarra, *debite* (1) en 1256 en Francia en la cancellería de Teobaldo II, *debitis* (2) en 1249 y 1298 en Francia y en la corona aragonesa, *debito* (2) en 1244 y 1270 en Navarra y en Francia en la cancellería de Teobaldo II, *debitor* (1) en 1236 en Navarra, y *debitores* (2) en 1248 y 1298 en la Corona de Aragón. *Deuda* (2) se documenta en 1237 y 1270, *deudor* (1) en 1251, *deudores* (2) en 1251 y 1270, y *deutors* (3) en 1235 en Navarra, posiblemente en Navarra y en Cartago (Túnez) en la cancellería de Teobaldo II.

²¹⁵ CIÉRBIDE MARTINENA, R., *op. cit.*, pp. 84 y 118.

que se introdujo en el latín medieval documental en fecha tardía y por vía escrita, ya que no presenta alteraciones o vacilaciones gráficas. Por lo tanto, se trataría de un latinismo.

7.2.45. Diciembre

De esta palabra, que se localiza en dieciséis ocasiones, se documenta preferentemente la variante latina ya que se encuentra doce veces: *decembris* (11) y *decembrii* (1), con una alteración de la terminación casual de genitivo. Las variantes romances sólo aparecen en cuatro ocasiones: *deziembre* (3) y *detzembre* (1), la primera con grafía -z- representante de la predorso-dento-alveolar africada sonora y la segunda con un dígrafo característico del occitano, -tz-, utilizado en la scripta navarra para reflejar en la escritura la predorso-dento-alveolar africada sorda, con lo que queda patente, una vez más, la indistinción gráfica en el área de Navarra para representar ambos fonemas. También se diferencian estas dos variantes romances en la representación de la E breve tónica latina, con diptongo -ie- la primera y sin diptongar la segunda, del mismo modo que en occitano antiguo.

La variante latina se documenta una vez a finales del siglo XII y el resto en el XIII en Castilla y Navarra, mientras que las variantes romances son del siglo XIII y se localizan en Navarra²¹⁶.

La preferencia por la forma latina se debe al afán latinizante de los escribas y al hecho de que ésta aparezca en las fórmulas de datación temporal que solían redactarse en latín aunque el texto del escrito estuviera en romance.

²¹⁶ *Decembris* (11) se documenta entre 1234 y 1265 en Navarra, posiblemente en Navarra y en Castilla, *decembrii* (1) en 1194 en Castilla, *deziembre* (3) en 1299 en Navarra y *detzembre* (1) en 1252 posiblemente en Navarra.



7.2.46. Dueño, Don

Las dos mil doscientas ochenta y nueve ocasiones en que se escribe esta palabra se distribuyen entre diferentes variantes latinas y romances²¹⁷, debido a su frecuente aparición en las fórmulas tanto de protocolo como de escatocolo, en las que se incluyen las intituciones notariales y, en muchos casos, el sistema de datación medieval de la era cristiana. Este sistema utiliza para la expresión del año el estilo "de Pascua de Resurrección", el de la "Encarnación" o el de la "Anunciación del Señor", con fórmulas tales como, por ejemplo, *Anno ab Incarnatione Dominis*, o la ambigua *Anno Dominis*. De esta palabra sólo vamos a analizar el aspecto morfológico, no el

²¹⁷ *Dominus* (57) se documenta en el año 750 en una pizarra visigoda, en el siglo XI en las Glosas Emilianenses y Silenses, en 1186 en Castilla y desde 1225 a 1269 en Aragón, Castilla, Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia. *Domine* (12) aparece en el año 750 en una pizarra visigoda, en el siglo XI en las Glosas Silenses, y de 1234 a 1265 en Castilla, Navarra y posiblemente en Navarra. *Dominum* (27) en el año 750 en una pizarra visigoda, en el siglo XI en las Glosas Emilianenses y Silenses y desde 1234 a 1269 en Castilla, Navarra y posiblemente en Navarra. *Domini* (309) en el año 750 en una pizarra visigoda, en el año 938 en León, en el siglo XI en las Glosas Emilianenses y Silenses, en Castilla y posiblemente en Castilla, de 1132 a 1194 en Francia, Aragón, Navarra, Italia y Castilla, y de 1210 a 1299 en Aragón, Castilla, Navarra, Francia, posiblemente en Navarra y en Cartago (Túnez) en la cancillería de Teobaldo II. *Domino* (115) en el siglo XI en las Glosas Emilianenses y Silenses, en León y posiblemente en Castilla, de 1109 a 1188 en Castilla, Navarra, Francia, Aragón, Italia y posiblemente Italia, y de 1210 a 1269 en Aragón, Navarra, Castilla, Italia y posiblemente Navarra. *Dominorum* (2) en 1255 y 1266 en Navarra. *Dominos* (1) en 1265 posiblemente en Navarra. *Dominibus* (2) en 1238 y 1255 en Francia y en Navarra, y *dominis* (1) en 1194 en Castilla. *Domina* (6) en el año 1013 posiblemente en Castilla y de 1234 a 1244 en Navarra y posiblemente en Navarra, *dominas* (2) en 1102 y 1266 y *dominam* (2) en 1234, ambas en Castilla y en Navarra, *domicella* (1), *domicellam* (4) y *domicelle* (9) en 1234 en Castilla. *Domno* (32) del 580 al 620 en una pizarra visigoda, del 1025 al 1097 en Castilla, León y posiblemente en Castilla, en 1134 y 1194 en Navarra y Castilla y de 1234 a 1259 en Castilla, Navarra y posiblemente en Navarra; *domne* (2) del 580 al 620 en una pizarra visigoda, y en 1238 en Navarra; *domna* (12) del 1011 al 1078 en Castilla y León, en 1102 en Castilla y en 1234 posiblemente en Navarra. *Dompnus* (28) de 1230 a 1236 en Navarra, *dompnus* (1) en 1220 en Castilla, *dompno* (20) en 1152 en Castilla y de 1235 a 1244 en Navarra, *dompni* (3) en 1132 en Francia y en 1238 en Navarra, *dompnum* (1) en 1236 posiblemente en Navarra, *dompnos* (1) en 1230 en Navarra, *dompne* (2) en 1237 y 1238 en Navarra, *dompna* (6) de 1221 a 1237 en Castilla y Navarra, y *dompna* (1) en 1235 en Navarra. *Don* (1242) en el siglo XI en las Glosas Emilianenses, y en el año 1030 en Castilla, de 1134 a 1191 en Navarra, Aragón y Castilla, y de 1218 a 1299 en Castilla, Aragón, Francia, Navarra, posiblemente en Navarra, en Cartago (Túnez) en la cancillería de Teobaldo II, y posiblemente en Castilla, *den* (1) en 1237 en Navarra, *dona* (141) en el año 1025 posiblemente en Castilla, de 1218 a 1298 en Castilla, Navarra y posiblemente en Navarra, *doña* (3) en 1243 en Aragón, y *donna* (11) entre 1259 y 1299 en Castilla y Navarra. *Duennas* (6) en 1102 en Castilla y en 1270 en Cartago (Túnez) en la cancillería de Teobaldo II, *duenno* (1) y *dueno* (3) en el siglo XI en las Glosas Emilianenses, *dueyna* (2) en 1251 y 1270 en Navarra y posiblemente en Navarra y *dueynnas* (1) en 1269 en Navarra.

fonético que lleva a la distinción entre formas tónicas que actúan como sustantivo y formas átonas usadas como adjetivo-título.

La variante latina presenta las siguientes variaciones y alteraciones casuales: *dominus* (57), *domine* (12), *dominum* (27), *domini* (309), *domino* (115), *dominos* (1), *dominorum* (2), *dominis* (1), *dominibus* (2). En femenino aparece como *domina* (6), *dominam* (2), *dominas* (2), y el derivado *domicella* (1), *domicellam* (4) y *domicelle* (9). Esta variante tiene algunas particularidades. En primer lugar, no siempre hay correspondencia entre el caso latino y la función sintáctica que desempeña la palabra; esta falta de correspondencia se observa, sobre todo, en los escritos redactados antes del siglo XII. En segundo lugar, algunos de estos usos son ultracorrectos como el de *dominibus*, declinado como si fuera una palabra de la tercera o cuarta declinación, o *dominis* como si se tratara de un genitivo de la tercera. En tercer lugar, con *domine* no sólo se representa el vocativo masculino de la segunda, sino también el genitivo o dativo femenino con reducción de la terminación casual (-ae > -e), lo mismo que *domicelle*. Además, *domine* es también una de las Glosas Silenses que se utiliza en este caso para aclarar la significación de un grecismo eclesiástico: "*kirieleison [o domine miserere mici]*". Esta variante latina se documenta desde el siglo VIII, tanto *dominus* como *domine*, *dominum* y *domini* aparecen en una pizarra visigoda del año 750. También en el siglo X se localiza *domini* en León y en el XI *dominus*, *domine*, *dominum*, *domini*, *domino* y *domina* en las Glosas Emilianenses y Silenses preferentemente y en documentos redactados en Castilla y León. En los siglos XII y XIII aparecen todas las variantes de forma muy frecuente en diplomas escritos en Castilla, Aragón, Navarra, Francia e Italia.

Otra variante es la que se presenta con pérdida de la vocal postónica: *domno* (32), *domna* (12) y *domne* (2). *Domno* aparece en una pizarra visigoda de finales del siglo VI o principios del VII, también en el siglo XI en documentos de Castilla y León y en los siglos XII y XIII en Castilla y Navarra, igual que *domna*,

documentada desde el siglo XI hasta el XIII en los mismos lugares; *domne* se encuentra en la misma pizarra visigoda en la que está *domno*, funcionando como vocativo masculino, y en el siglo XIII como genitivo femenino con reducción de la terminación. En el caso de esta variante, que aparece más frecuentemente con anterioridad al siglo XII, se ve con más claridad que en la anterior que los escritos en los que se encuentra no están redactados en latín, sino que únicamente hacen uso de las grafías latinas y de ahí las vacilaciones gráficas o pérdidas vocálicas de esta variante, cuya expresión formal escrita parece indicar una posible pronunciación palatal.

Otra variante es la que tras la pérdida de la vocal postónica intercala la grafía *-p-* en el grupo M'N con el propósito de marcar los márgenes consonánticos silábicos. Así: *dompnus* (28) y *dompnvs* (1), con alternancia *u/v* para la vocal, *dompnum* (1), *dompni* (3), *dompno* (20), *dompnos* (1), forma de plural pero utilizado como singular: "*ad vos dompnos abbas*", *dompna* (6), también con vacilación gráfica en *donpna* (1) y *dompne* (2), que no se utiliza como vocativo. Esta variante se documenta en el siglo XIII en todas las ocasiones, excepto en dos del siglo XII, y se localiza en Navarra y Castilla y una vez en Francia. Aparece en documentos redactados en latín, menos en dos o tres ocasiones en las que el documento está escrito en romance y pertenece al área castellana.

Otra variante romance es la de *don* (1242), escrita con vacilación vocálica en una ocasión, *den* (1), y cuyo femenino es *dona* (141). Aparece desde el siglo XI como una de las Glosas Emilianenses y en documentos redactados en Castilla con grafías latinas encubridoras de la realidad romance. En el siglo XII se documenta sólo *don* en Castilla, Aragón y Navarra en documentos redactados en romance y en el XIII se produce la aparición más frecuente tanto de *don* como de *dona* en Castilla, Navarra, Aragón y Francia, preferentemente en documentos redactados en romance y en muy pocas ocasiones, tan sólo seis, en escritos en latín (en un caso aparece *don* en un Incipit en latín mientras

que el resto del documento está en romance). Por ello es posible que, como variante romance, *dona* se pronunciara con palatalización y, en caso de no pronunciarse palatalizada, se debería a la analogía con el masculino *don*.

Romances también y con manifestación clara de pronunciación palatal serían las variantes *doña* (3), escrita con la grafía ñ, y *donna* (11), que aparece en una ocasión junto a *dona*, lo que justificaría que ésta se pronunciara con palatalización. Son del siglo XIII, la primera se localiza en Aragón y la segunda en Castilla y Navarra, en documentos redactados en romance.

Destacan, asimismo, otras variantes romances: *duenno* (1), y *duennas* (6), *dueno* (3), con grafía palatal simplificada, *dueyna* (2) y *dueynnas* (1), éstas dos últimas con las grafías propias de la scripta navarra. *Duenno* y *dueno* se hallan en el siglo XI en las Glosas Emilianenses y en documentos de aspecto latinizante redactados con el sistema de escritura latina, tal como demuestran estas variantes, *duennas* se localiza una vez a principios del siglo XII en Castilla y el resto en el siglo XIII en la cancillería de Teobaldo II; del siglo XIII también y de Navarra son *dueyna* y *dueynnas*. Atendiendo al número de apariciones de estas variantes, esta forma se utiliza, sobre todo, para el femenino tanto en Castilla como en Navarra.

De todos los datos presentados se pueden extraer algunas conclusiones. En primer lugar, la presencia de la variante con plena forma latina (*dominus*) desde el siglo VIII en pizarras visigodas se debe a la utilización del sistema gráfico de escritura latina, aunque en pizarras anteriores ya se dejan entrever rasgos de evolución romance en la escritura (*domne*, *domno*). Ello, unido a las alteraciones casuales-sintácticas, vacilaciones gráficas, etc. con que se documenta la variante latina desde fechas tempranas, es señal de que se mantenía en la escritura por hacer uso del sistema gráfico latino, en unos casos para redactar intencionadamente en latín y en otros por tener que recurrir a las grafías latinas que eran las únicas de que se disponía, aunque la intención fuera la de reflejar la

pronunciación romance. En cualquier caso, debía de tratarse de una palabra frecuente en los formularios latinos antiguos y en las invocaciones o plegarias de los libros litúrgicos, de ahí que se utilizara la variante latina en las escrituraciones. Sin embargo, esta variante latina no ha de verse como un arcaísmo, debido a las numerosas alteraciones casuales con que se escribía (*dominibus*, *dominis*, etc.) y por las vacilaciones o alteraciones gráficas que daban lugar a otras variantes con marcados signos de evolución romance desde las primeras documentaciones, en las pizarras del siglo VI (*domno*, *domne*...), aunque algunas de esas variantes pretendían presentar una forma gráfica fiel a la latina, como la variante *dompnus* que para señalar los márgenes consonánticos latinos introduce un elemento epentético, y otras utilizan grafías propiamente romances (*doña*, *donna*, *duenno*, *dueyn(n)a*...). El deseo latinizante de los escribas de los siglos XII y XIII les lleva a seguir recurriendo a los formularios notariales para redactar las fórmulas de datación en latín, utilizando, por tanto, las formas latinas de esta palabra, junto a las variantes que emplezan escribiéndose en los textos y acaban presentándose también en las fórmulas, aunque sin desplazar totalmente a las latinas. Por último, la presencia de las variantes romances desde las primeras documentaciones impide hablar de evolución cronológica, sólo se percibe una distribución diatópica en el uso de estas variantes, ya que las documentadas en Navarra se presentan con grafías propias de su scripta (*dueyna*, *dueynnas*).

7.2.47. Enero

Las seis variantes de esta palabra, incluidas en algunas de ellas alternancias gráficas, se reparten entre treinta y tres apariciones de la siguiente forma²¹⁸. Hay dos variantes latinas,

²¹⁸ *Ianuarii* (3) se documenta en 1164 y en 1237 en Aragón y Navarra, *ianuario* (2) en 1157 y 1162 en Navarra, *januari* (1) en 1238 en Navarra, *januarii* (10) entre 1236 y 1254 en Navarra e Italia, *januarias* (1) a mediados del siglo XI en las Glosas Silenses, y *jenuarias* (1) en el año

una, la forma *jenuarias* (1), procedente del latín vulgar JENUARIUS y otra, procedente del latín clásico JANUARIUS, con variaciones y vacilaciones gráficas y casuales en *januarias* (1), *januarii* (10), *januari* (1), utilizado como genitivo singular en una datación, *ianuarii* (3), y *ianuario* (2). Las variantes romances son *jenero* (3), *genero* (10), *ennero* (1) y *enero* (1).

En el caso de las variantes romances, *jenero*, que se localiza en el área de Navarra en el siglo XIII, presenta la consonante inicial característica de todos los romances, incluidos los peninsulares con excepción del castellano, según señala Menéndez Pidal²¹⁹. Es característica, por tanto, de la scripta navarra la conservación de G-, J- iniciales latinas ante cualquier vocal, excepto ante vocal palatal en GERMANUS y sus derivados, igual que en aragonés. De esta manera, *genero*, que considera Corominas forma dialectal aragonesa²²⁰, no es de extrañar que aparezca en nuestra documentación localizada en Navarra a mediados del siglo XIII, sin embargo sí lo es que presente *g-* inicial en lugar en *j-*. La explicación tal vez pueda proporcionarla la presencia de esta variante documenta en una ocasión en el siglo XIII y en Navarra con el significado de 'yerno', con *g-* inicial < G- latina ante vocal anterior acentuada, ya que permite considerar la posibilidad de una analogía en el caso de *genero* 'enero'. Es decir, si *genero* 'yerno' debía utilizarse como forma escrita latinizante, es posible que por analogía con ella se escribiera también *genero* 'enero', con la intención de aproximarse más al latín. Las variantes *enero* y *ennero*, procedentes de la variante latina reducida JENARIU y consideradas por la mayoría de autores como propias del castellano, se documentan en el área de Navarra la primera y en la de Castilla la segunda, ambas en el siglo XIII. Además, en

1061 posiblemente en León. *Jenero* (3) se encuentra entre 1237 y 1269 en Navarra, *genero* (10) en 1244 en Navarra y (1) en 1230 en Navarra con el significado de 'yerno', *ennero* (1) en 1218 en Castilla y *enero* (1) en 1256 en Navarra.

²¹⁹ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 98, pp. 432, § 90₁.

²²⁰ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. II, p. 611.

ennero la grafía geminada parece tratarse de un caso de ultracorrección y no de una posible palatalización.

En cuanto a localizaciones espacio-temporales, hay que indicar junto a las de las variantes romances ya señaladas, algunas precisiones con respecto a las latinas. Formas como *jenuarias*, documentada a mediados del siglo XI en León, hicieron establecer a Menéndez Pidal la existencia de un latín vulgar leonés. Sin embargo, ha de pensarse en la posibilidad de que esta variante, lo mismo que *januarias*, localizada en las Glosas Silenses, al encontrarse en fórmulas de datación, debió copiarse de los formularios notariales existentes con esa finalidad. De este modo, su presencia no implica la existencia del latín como una variedad oral en convivencia con la romance, ni tampoco la del latín vulgar leonés, sino la utilización del sistema gráfico latino para representar por escrito en estos casos una palabra cuya presencia a lo largo de los siglos XII y XIII (con las formas de *ianuarii*, *ianuario*, *januarii* y *januari*, localizadas en Navarra, en Aragón y en Italia) se debe, una vez más, a la intención latinizante de los escribas que recurren para su escritura en las dataciones crónicas de los documentos a los formularios notariales.

7.2.48. Engaño, Engañado

La palabra *engaño* y su derivado, que aparecen en cuarenta y ocho ocasiones²²¹, sólo se presentan con variantes romances que indican una clara distribución diatópica. Son las siguientes *engainno* (4), *engaino* (2) y *engainada* (1), *engaynno* (8), *engayno* (15), *engano* (3) y *enganado* (2), y *enganno* (13).

²²¹ *Engainno* (4) se documenta entre 1238 y 1244, *engaino* (2) de 1238 a 1244, *engaynno* (8) de 1235 a 1252, *engayno* (15) entre 1237 y 1270, *engainado* (1) en 1247, *engano* (3) en 1254 y *enganado* (2) en 1247, todas en Navarra, mientras que *enganno* (13) aparecida entre 1235 y 1296 se localiza tanto en Navarra como en Castilla.

Todas aparecen en el siglo XIII y preferentemente en Navarra, sobre todo las que para representar la palatal nasal sonora anteponen *y/i* a *n/nn*, dando como resultados gráficos *-in-*, *-inn-*, *-ynn-* e *-yn-*. La grafía *-nn-* propia de la castellana y de frecuente aparición en la scripta navarra también se documenta tanto en Castilla como en Castilla y la reducida *-n-* aparece sólo en Navarra en el caso de esta palabra. Además, en el área de Navarra debía utilizarse únicamente en el siglo XIII la variante *engaño*, escrita de diversas formas, y no las de *engañamiento* ni *engañanza* que Corominas presenta como antiguas²²².

Atendiendo a nuestra documentación, no puede hablarse en el caso de esta palabra procedente del latín vulgar *INGANNARE de una variante latina, tal vez por su inexistencia en el latín medieval, únicamente aparecen formas romances en documentos redactados en romance en el siglo XIII.

7.2.49. Escritura, Escrito, Escrita, Escritor

De las cuarenta y siete ocasiones en que se documentan estas palabras²²³, veinticinco se refieren a *escrito*, cuatro a *escritura* y dieciocho a *escritor*. De la primera aparecen tres variantes, una propiamente latina *scriptum* (4), *scripto* (3), *scripti* (5), *scripta* (5), y otras dos en documentos redactados en romance: *escriptas* (3), *escripto* (4) y *escriutas* (1). Las variantes de la segunda son *scriptura* (2), *iscriptura* (1) y *escriptura* (1), y de la tercera la variante latina *scriptor* (17), *scriptoris* (1).

Las formas propiamente latinas se documentan desde principios del siglo XI (*scripta*, *scriptura*), durante el XII

²²² COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. II, p. 618.

²²³ *Scripta* (5) se documenta desde el año 1013 hasta el 1288 en Castilla, Aragón, Francia e Italia, *scripti* (5) de 1162 hasta 1266 en Francia, Italia y Navarra, *scripto* (3) en 1188 y en 1210 y 1299 en Italia, Aragón y Navarra; *scriptum* (4) de 1150 hasta 1264 en Navarra, Castilla, Aragón y posiblemente en Navarra, *scriptura* (2) en 1011 en Castilla y a mediados del siglo XI en las Glosas Silenses, *scriptor* (17) de 1230 a 1237 en Navarra, *scriptoris* (1) en 1233 en Aragón, e *iscriptura* (1) en el año 1011 en Castilla. *Esriptas* (3) se encuentra entre 1244 y 1270 en Navarra y posiblemente en Navarra, *escripto* (4) de 1238 a 1254, *escriutas* (1) en 1253, y *escriptura* (1) en 1266, todas en Navarra.

(*scripti, scripto, scriptum*) y el XIII en el que aparecen abundantemente (*scripta, scripti, scripto, scriptum, scriptor y scriptoris*). En el siglo XI se encuentran en documentos redactados en Castilla y en las Glosas Silenses, concretamente *scriptura* es, en una ocasión, una glosa: "*Item in libro colationum in libro XVIII^o et titulo (scriptura) U^o,...*" y, en otra, convive en el mismo documento con *iscriptura*, con prótesis de vocal inicial *i*- tal vez por considerar que así está más próxima al latín. En los siglos XII y XIII estas formas latinas se encuentran en documentos redactados en latín en Italia, Francia, Aragón, Castilla y Navarra. Las variantes que aparecen en los documentos redactados en romance se caracterizan por presentarse con vocal protética *e*-, excepto en una ocasión en que se encuentra *scripto* en un diploma en romance. Todas estas formas con *e*- inicial son del siglo XIII y se documentan en Navarra, lo mismo que *escriutas*.

La aparición de esta palabra de aspecto latinizante por la presencia de la *-p-* desde principios del siglo XI en la documentación y su mantenimiento en los textos redactados en los siglos XII y XIII en latín y en romance con alguna modificación gráfica como la de la prótesis de la *e*-, o el cambio de *-p-* por *-u-* en *escriutas* debido posiblemente a ultracorrección, hace pensar que se trata de una forma gráfica arcaica que, por su significado y el lugar que ocupa en los documentos, incluida en las fórmulas de datación y en las intituciones notariales preferentemente, debió tomarse de los formularios antiguos latinos y, en lugar de considerar la prótesis vocálica como una señal de evolución, convendría tratarla únicamente como una adaptación del arcaísmo gráfico a la escritura romance en el siglo XIII. Así parece considerarlo también M. Morreale para quien la grafía *escripto*, que se encuentra en el Manuscrito que estudia y está "generalizada en la Edad Media y más allá, no es fonética y debe su difusión en

parte a la abreviatura latina que los copistas trasladaban de bulto"²²⁴.

7.2.50. Estrecho, Estricto

A pesar de la escasez de documentaciones de estas palabras en el corpus²²⁵, queda demostrada su temprana evolución. Y la presencia de la forma fiel a la latina en el siglo XIII podría deberse a la entrada tardía de la variante culta. La teoría tradicional considera a *estricto* como cultismo y a *estrecho* como semicultismo por la evolución romance del grupo -CT- latino, junto al mantenimiento de la *e* procedente de la *i* breve tónica sin cerrarse un grado por influencia de la *yod* cuarta.

Las tres ocasiones en que se localiza esta palabra en nuestra documentación se corresponden con tres variantes diferentes: *astritas* (1), localizada en una pizarra visigoda de finales del siglo VI-principios del VII, *streitas* (1), una de las Glosas Silenses, de mediados del siglo XI, y *astrictus* (1), de mediados del siglo XIII y presente en un documento redactado en Francia y vinculado a la corte papal.

La presencia o ausencia de la vocal inicial en estas formas podría explicarse desde un punto de vista etimológico, es decir, atendiendo a posibles orígenes diferentes, ya que mientras *astritas* y *astrictus* parecen proceder de *ASTRICTUS*, -A, -UM, pp. de *ASTRINGO*, *streitas* provendría de *STRICTUS*, -A, -UM, pp. de *STRINGO*, con los mismos significados de 'estrecho', 'apretado', 'rígido', 'severo', 'conciso', 'sobrio', 'severo', etc. En

²²⁴ MORREALE, M., "Grafías latinas y grafías romances: a propósito de los materiales «ortográficos» en el último tomo de la edición crítica de La Vulgata", *EMERITA*, t. XLII, Madrid, 1974, p. 41.

²²⁵ *Astrictus* (1) se documenta en 1249 en Lyon, *astritas* (1) entre el 580 y 620 en una pizarra visigoda encontrada en El Barrado: "... et uide (il)las tegolas car *astritas* sunt de fibola, quo(m)odo ego ipsas demisi". Y *streita* (1) aparece como glosa a mediados del siglo XI en las Glosas Silenses: *forsitan [alquieras cierto] si penitentiam legitimam [streita] habuerit, post XIII annos accipiat communionem*".

cualquier caso, como hemos adelantado, la evolución romance de esta palabra queda demostrada con la presencia ya entre los años 580 y 620 de la forma *astritas*, con reducción del grupo latino -CT-, y a mediados del siglo XI con *streita*, con la evolución de -CT- > -it-. Por ello, la variante *estrecho* deberá ser considerada como romance y no como semicultismo. Además, la aparición de *astrictus* en el siglo XIII parece demostrar la introducción tardía de esta variante culta posiblemente por vía oral, teniendo en cuenta la alternancia de la vocal inicial hasta que la palabra debió acabar convirtiéndose en *estricto* que, aunque no se encuentra en nuestra documentación así escrita, la forma *astrictus* parece indicar que debe considerarse como cultismo, al menos en las cortes papales en las que el latín medieval se caracterizaba por seguir una norma latina purista.

7.2.51. Extraño

Las cinco ocasiones en que aparece esta palabra se reparten entre cuatro variantes diferentes: *estrayno* (1), *estranio* (1), *extraneo* (2) y *straneo* (1), las dos primeras en documentos redactados en romance y las dos últimas en escritos en latín. Se localizan tardíamente, en los siglos XII y XIII, en Navarra y Aragón²²⁶.

Esta palabra, que procede de la latina EXTRANEUS, considera Corominas que, "como se trata de vocablo popular y hereditario, sólo está justificada la grafía con s, que fue general (...) hasta fines del siglo XVIII"²²⁷. Sin embargo, a partir de estas indicaciones se podrían extraer algunas conclusiones atendiendo a las formas encontradas en nuestra documentación. Por un lado,

²²⁶ *Estranio* (1) se documenta en 1266, y *estrayno* (1) en 1248 en Navarra, *straneo* (1) en 1154 en Aragón, y *extraneo* (2) en 1157 y en 1259 en Navarra y en Francia, en la cancellería de Teobaldo II, aunque es posible que se escribiera antes de 1259 ya que aparece en un documento compuesto, concretamente incluido en la carta cuya redacción ordenó Sancho VI en 1176 a su vicescanciller Fernando.

²²⁷ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. II, p. 829.

la presencia de *estrayno*, que presenta la grafía *-yn-* propia de la scripta navarra para la palatal nasal, y *estranio*, escritas con *s*, demostrarían el uso general de estas formas de las que habla Corominas, lo mismo que la variante latina *straneo*, en la que, además, por ultracorrección el escriba elimina la vocal inicial tal vez porque la *s-* líquida debía parecerle gráficamente "más latina". Del mismo modo, en *estranio* el dígrafo *-ni-* debió utilizarlo el escriba con intención latinizante, es decir, para escribir la palabra con apariencia latina. Igualmente, la aparición de *extraneo* con forma totalmente latina, tanto por la grafía *x* como por el hiato latino, y documentada desde el siglo XII, además de deberse posiblemente también al deseo latinizante del escriba de redactar en latín, parece indicar que habría que considerar asimismo la presencia de la grafía *x* para escribir esta palabra, al menos desde el siglo XII.

7.2.52. Febrero

Esta palabra se localiza en veinte ocasiones distribuidas entre diferentes variantes con vacilaciones o variaciones gráficas: *februarii* (2), *febrruarii* (1), *febroyarii* (10), *febreris* (1), *febrero* (5) y *febrey* (1), las primeras latinas y las últimas romances. En la terminación en *-y* de *febrey* se aprecia la influencia de las scriptas navarra y occitana antigua²²⁸.

Siguiendo las indicaciones de Corominas, las variantes romances procederían de la forma vulgar latina FEBRARIUS, mientras que las variantes latinas habrían derivado de FEBRUARIUS. Las documentaciones de esta palabra²²⁹ se localizan principalmente en el área de Navarra y son tardías en

²²⁸ CIÉRBIDE MARTINENA, R., *op. cit.*, pp. 76-77.

²²⁹ *Februarii* (1) se documenta en el año 1078 en León y en 1256 posiblemente en Navarra, *febrruarii* (1) en 1254 en Navarra, *febroyarii* (10) de 1236 a 1256 en Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia en la cancillería de Teobaldo II, *febrero* (5) entre 1132 y 1266 en Francia, en Navarra y posiblemente en Navarra, en la cancillería de Teobaldo II, *febreris* (1) en el año 1013 posiblemente en Castilla y *febrey* (1) en 1264 en Navarra.

su mayor parte, de los siglos XII y XIII, excepto en dos casos, el de *febreris*, del año 1013 localizado posiblemente en Castilla, y *februarii*, del 1078 en León.

La documentación temprana de *februarii* en el 1078 se debe al sistema de escritura gráfico latino utilizado en el documento, escrito, por lo tanto, con apariencia latinizante. Y la presencia de esta forma en el siglo XIII, escrita con variaciones gráficas (*februarrii*, *febrouarii*) se debe a la intención latinizante de los escribas, constante en toda la documentación notarial medieval. Además, esta variante debía formar parte de las fórmulas de datación de los documentos, de las listas de testigos o de las intituciones notariales, por lo que no les habría resultado difícil a los oficiales presentarla en sus escrituraciones con esa forma.

Por otra parte, la falta de evolución que supuestamente presenta *febrero* no es razón suficiente para considerarla como un semicultismo, tal como hace la teoría tradicional y así lo recoge Corominas. La temprana documentación de *febreris* demostraría que se trata de una palabra romance, influida posiblemente por la forma que se encuentra en las fórmulas de datación de los escritos. Además, *febreris*, localizado en un documento notarial de principios del siglo XI, no puede decirse que intente ser un fiel reflejo del latín, ya que no se ajusta a la forma del caso latino genitivo, como sería de esperar en el caso de que se hubiera escrito teniendo como modelo algún formulario antiguo.

7.2.53. Firma

En el corpus aparece la palabra *firma* utilizada como femenino de *firme* en dieciocho ocasiones: *firma* (11) en singular y *firmas* (7) en plural, documentadas en los siglos XII y

XIII en los reinos aragonés y navarro, en Italia y en Francia²³⁰. Además, se hallan tanto en documentos redactados en latín como en romance.

Si como dice Corominas la palabra de la que procede *firme* (masculino y femenino) es la del latín vulgar FIRMIS, el femenino *firma* indudablemente no procede del latín vulgar, sino de la forma latina más antigua FIRMA. Sus documentaciones tardías no demuestran que haya permanecido así desde los tiempos remotos de los que habla Menéndez Pidal, sino que se ha introducido tardíamente, tomada de la norma latinizante en la que se basa el latín medieval. Además, si su entrada se produjo por vía escrita, como parece indicar su presencia en la documentación sin alteraciones ni vacilaciones gráficas, hay que considerarla como un latinismo.

Por lo tanto, sólo será forma culta la variante femenina *firma* y no la forma *firme* que, en opinión de Corominas, aunque no puede considerarse un verdadero cultismo, puesto que procede del latín vulgar, "la conservación de la F- se explica por un predominio de la pronunciación de las clases educadas en esta voz de significado moral, ayudada por el gran uso de *firmar* y de *firme* 'testigo o fiador' en el lenguaje notarial y jurídico"²³¹.

En opinión nuestra sí es posible que se dejara sentir la influencia de estas dos palabras en el adjetivo *firme*, pero en ningún caso puede considerarse como un pseudo-cultismo atendiendo a la pronunciación de las clases educadas. *Firme* es una palabra plenamente romance con una posibilidad de evolución que no la convierte en culta.

²³⁰ *Firma* (11) se documenta entre 1152 y 1255 en Italia, posiblemente en Italia, en Aragón, en Francia, y en el Reino de Navarra, y *firmas* (7) entre 1220 y 1254 en Francia, y Navarra.

²³¹ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. II, pp. 902-903.

7.2.54. Fraile, Fraternidad, Cofrade, Cofradía

La palabra *fraile*, de la que derivan *cofrade* y *cofradía*, procede del occitano *fraire* y éste del lat. FRATER, -TRIS.

En primer lugar, *fraile*, junto a una palabra de la misma familia léxica, *fraternidad*, se documentan ciento setenta y cuatro veces, de las cuales ochenta y ocho se corresponden con la variante latina, que presenta las siguientes variaciones casuales: *frater* (15), *fratrem* (1), *fratris* (7), *fratri* (9), *fratre* (8), *fratres* (15), *fratribus* (32) y el derivado *fraternitatis* (1). Además, la variante latina presenta también vacilaciones o alteraciones gráficas en algunas formas: *fratrum* (17), *fratis* (1), *frates* (1) y *frattes* (1), caracterizadas por la ausencia de alguna grafía y la última también por la presencia de una geminación inexistente en latín, tal vez por ultracorrección. Por lo tanto, *fraile* aparece con forma latina en ciento ocho ocasiones. Menos numerosas son las veces en que se escribe con forma romance, concretamente sesenta y seis distribuidas entre las siguientes variantes, con variaciones gráficas también: una es *fraire* (3), *frayre* (6) y su plural *frayres* (17), *ffrayres* (4) y la forma apocopada *fray* (1), otra variante es *frere* (4) con su plural *freres* (1), una tercera variante es *frares* (1), una cuarta *freires* (2), *freyre* (4) y su plural *freyres* (19), *ffreyres* (1), el femenino *freira* (4) y la forma apocopada *frey* (5), y la última variante es *fre* (1), que tal vez podría incluirse en la anterior.

La ausencia de la variante romance más antigua (*fradre*, *frade*) y la abundancia de variantes de origen foráneo ratifican la idea de Corominas de que "desde fines del siglo XI, con la reforma cluniacense y la afluencia de monjes franceses, se extienden en castellano formas extranjeras"²³². Así, *fraire* es de origen occitano, *frere* procede del francés, *frare* del catalán y *freire* parece deberse a la mezcla de la forma occitana con la

²³² COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. II, p. 942. Vid. también para el significado y las sustituciones por HERMANO.

francesa. Las formas apocopadas (*fray, frey*) se deben a su empleo proclítico ante el nombre propio. La forma *fre* con ausencia de la vocal final puede explicarse como un caso de pérdida de la *-y*, o como una asimilación (*-ai > -e*) excepcional.

En cuanto a las dataciones de tiempo y lugar²³³, la variante latina se documenta desde el siglo VIII en el que aparece en una pizarra visigoda, en el siglo X se encuentra en un documento famoso escrito en León, el de la "Nodicia de Kesos", en el que la escritura latinizante encubre el romance claramente, en el siglo XI se documenta en las Glosas Emilianenses y Silenses y en un escrito que debió realizarse posiblemente en Castilla, y sigue utilizándose en los siglos XII y XIII, concretamente en el XII se distribuye por Navarra, Aragón, Castilla, Francia e Italia, enclaves, éstos dos últimos, en los que

²³³ La variante latina aparece como: *fratrem* (1) que se documenta en 1265 posiblemente en Navarra, *frater* (15) del siglo X al XIII, en el año 980 en León una vez, de 1134 a 1186 en Navarra, Aragón y Castilla, tres veces, y en de 1230 a 1249 once veces en Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia, *fratre* (8) de 1234 a 1259 en Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia durante la cancellería de Teobaldo II, *fratres* (15) del siglo X al XIII, en el siglo X una vez en León, en el siglo XI seis veces en las Glosas Emilianenses y en el año 1013 posiblemente en Castilla, ya que aparece en un escrito archivado en Elorrio, en el siglo XII tres veces en 1132 en Francia e Italia, y en el siglo XIII, de 1225 a 1270, cinco veces en Aragón y Francia, en dos ocasiones durante la cancellería de Teobaldo II en el caso de Francia, *fratri* (9) en el XI en las Glosas Silenses y de 1234 a 1270 en Castilla, en Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia durante la cancellería de Teobaldo II, *fratribus* (32) del siglo VIII al XIII, en el año 750 en una pizarra visigoda encontrada en Carrio una vez, de 1150 a 1188 en Navarra, posiblemente en Italia, en Aragón, e Italia diez veces, y de 1210 a 1270 veintiuna veces en Aragón, Navarra, posiblemente en Navarra, en Francia y en Túnez, durante la cancellería de Teobaldo II, *fratris* (7) del siglo XI al XIII, en el siglo XI dos veces en las Glosas Silenses, en 1154 y 1157 dos veces también en Aragón y Navarra, y en 1259 tres veces en Francia en la cancellería de Teobaldo II. La variante latina aparece escrita con alteraciones en *fratum* (17) del siglo XI al XIII, en el siglo XI una vez en las Glosas Silenses, de 1162 a 1188 seis veces en Navarra, Italia y Aragón, y de 1236 a 1269 en Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia, diez veces, *frates* (1) en 1264 en Navarra. *fratis* (1) en el 1025, y *frattes* (1) en el año 1013, ambos posiblemente en Castilla. *Fraternitatis* (1) se localiza en el siglo XI en las Glosas Silenses. Las variantes romances son las siguientes: *fraire* (3) se documenta de 1237 a 1243 en Navarra y posiblemente en Navarra, *frayre* (6) de 1264 a 1270 en Navarra y Túnez, *frayres* (17) de 1253 a 1270 en Navarra, posiblemente en Navarra y en Túnez, *fray* (1) en 1270 en Túnez, y *ffrayres* (4) en 1247 en Castilla. *Frere* (4) y *freres* (1) en 1244 en Navarra. *Frares* (1) en 1218 en Castilla. *Freires* (2) de 1266 a 1270 en Navarra y Túnez, *freyre* (4) de 1237 a 1281 en Navarra y Francia en la cancellería de Teobaldo II, *freyres* (19) de 1237 a 1270 en Navarra, en Francia en la cancellería de Teobaldo II y en Túnez, *ffreyres* (1) en 1247 en Castilla, *freira* (1) en 1218 en Castilla, *frey* (1) en 1259 en Francia durante la cancellería de Teobaldo II y *fre* (1) en 1218 en Castilla. En cuanto a los derivados: *Confratres* (1) se documenta en 1249 en Francia, *confradre* (3) en 1254, *confradres* (12) de 1254 a 1269 y *confrades* (2) en 1254 y 1266, todos en Navarra. *Cofradria* (1) se documenta en 1244, *conffradria* (3) en 1269, *confradria* (11) de 1254 a 1269, *confradrias* (6) en 1266, *confraria* (1) en 1264, *confrarias* (2) en 1246 y *confreria* (1) en 1270, todos en Navarra, excepto el último que se localiza en Cartago (Túnez) pero en un escrito redactado por un oficial de la cancellería navarra de Teobaldo II.

se utilizaba el latín propio de las cortes papales, y en el XIII es cuando aparece con más frecuencia en Navarra, Aragón, Castilla, Francia y Túnez. La variante latina se utiliza la mayoría de las ocasiones en escritos redactados en latín, aunque la correspondencia caso latino-función sintáctica no se da siempre. También se halla en algunos documentos redactados en romance en el siglo XIII (*fratres* en uno de Aragón, *fratribus* en el de Túnez y la forma ultracorrecta o desviada de la latina *frates* en Navarra).

Todo ello parece indicar que la apariencia de arcaísmo, al menos gráfico, que presenta la forma latina de esta variante que se ha utilizado en los escritos desde "los tiempos más remotos", se debe tanto a la utilización del sistema gráfico de escritura latino, que era el único conocido, como al hecho de tratarse de una palabra propia del ámbito eclesiástico. Sin embargo, las vacilaciones gráficas con que se escribe en el siglo XI (*fratis*, *frattes*, *fratrum*) impiden que haya que considerarla como tal. Su presencia en los escritos de los siglos posteriores, siglos XII y XIII, la origina el deseo de latinización que caracterizaba a los que tenían que escriturar en latín los documentos que se les encargaban, aunque la utilización de este latín medieval por parte de los escribanos les llevaba a cometer alteraciones o vacilaciones gráficas de la forma latina e incluso a utilizar éste en la redacción de los documentos en romance.

Las variantes romances se documentan todas en el siglo XIII, las de procedencia occitana, francesa y mezcla de ambas se localizan en Navarra en algún escrito con características navarras y occitanas, y en Francia, pero también en Castilla (*ffrayres*, *ffreyres*, *freira* y *fre*), donde se encuentra incluso la variante propiamente catalana *frares*.

Todo ello parece tener varias implicaciones. Por un lado, queda justificada la utilización de variantes procedentes del occitano y del francés en el área de Navarra. Por otro lado, sin embargo, la aparición de algunas de estas variantes en Castilla, junto con la de origen catalán, demuestra que no puede

hablarse, en el caso de esta palabra, de una distribución diatópica, sino de la utilización y preferencia por las formas romances extranjeras, que Corominas justifica por la entrada de monjes franceses a partir de la reforma cluniacense desde finales del siglo XI.

En segundo lugar, los derivados *cofrade* y *cofradía* se localizan en cuarenta y tres ocasiones distribuidas como sigue:

Dieciocho corresponden a *cofrade*, de las cuales una es la variante latina *confratres* (1) y las romances son dos, *confradre* (3) y su plural *confradres* (12), de la que dice Corominas que es "la antigua forma genuina", y *confrades* (2) con disimilación de líquidas. Estas formas, según este autor²³⁴, se perdieron en Castilla y se refugiaron en el área occidental. Se documentan a partir de mediados del siglo XIII, las romances en Navarra y la latina en Francia en un escrito en cuya redacción se ha utilizado el latín propio de las cortes papales,

Las veinticinco ocasiones en que aparece *cofradía* se distribuyen entre las siguientes variantes, todas romances: *confradria* (11), su plural *confradrias* (6) y *conffradria* (3), *cofradria* (1), *confraria* (1) y su plural *confrarias* (2) y, por último, *confreria* (1). La ausencia de la *d* en éstas últimas variantes tal vez se deba a la analogía con las variantes de *fraile* que ya hemos comentado, todas sin la presencia de este elemento; del mismo modo, la *e* en *confreria* es probable que aparezca por influencia de las variantes de *fraile* que la presentan (*freire*, *frere*...). Todas estas variantes romances se documentan desde mediados del siglo XIII en Navarra también.

Teniendo en cuenta las dataciones temporales y espaciales de estos dos derivados, no puede hablarse ni de distribución diatópica ni de evolución cronológica en nuestra documentación. Únicamente puede ratificarse la idea de Corominas de que las variantes que mantienen las formas más

²³⁴ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. II, p. 942.

antiguas (*fradre*, *frade*) se perdieron en Castilla y quedaron relegadas al área occidental, ya que no aparece ninguna de estas variantes en los documentos redactados en Castilla, sino únicamente en los localizados en Navarra (*confrades*, *confradre(s)*, *con(f)fradria(s)*, *cofradria*, y también *confraria(s)* y *confreria*). La variante latina *confratres*, que se localiza en fecha tardía en un documento redactado en el latín utilizado en las cortes papales, basado en una norma purista latina, aparece, al igual que *fratre*, por el prurito cultista del escriba.

7.2.55. Fruto

Las veintiuna ocasiones en que se documenta esta palabra se distribuyen entre diferentes variantes²³⁵, una latina, con variaciones de caso: *fructus* (1), *fructum* (6), *fructu* (1), *fructuum* (1), *fructibus* (1), y una romance con alternancias gráficas: *fruito* (2), plural *fruitos* (3), femenino *fruta* (1), también escrito *fruyta* (1), y *fruitu* (1). Variantes especiales serían *fruto* (1) y *fruycto* (2), ésta última con rasgos romances y latinos, al menos en la escritura.

La variante latina se documenta desde principios del siglo XI en las Glosas Emilianenses y a mediados de ese mismo siglo en las Glosas Silenses, y sigue apareciendo en los siglos XII y XIII, aunque de forma más escasa que las variantes romances y en Francia e Italia en todas las ocasiones, excepto en una que se localiza en Navarra.

La variante romance es del siglo XIII y presenta como data tópica la del Reino de Navarra, menos en el caso de *fruitu* que aparece glosando el texto en latín de las Glosas Silenses y,

²³⁵ *Fructus* (1) se documenta en 1238 en Navarra, *fructum* (6) desde principios del siglo XI en las Glosas Emilianenses, hasta 1249 en Francia, Italia y posiblemente en Italia, *fructu* (1) a mediados del siglo XI en las Glosas Silenses, *fructuum* (1) en 1249 en Francia y *fructibus* (1) a principios del XI en las Glosas Emilianenses. *Fruitu* (1) se encuentra a mediados del siglo XI en las Glosas Silenses, *fruito* (2) en 1236 y 1266, *fruitos* (3) en 1266, *fruta* (1), *fruyta* (1), y *fruto* (1) en 1237, y *fruycto* (2) en 1251 y 1256, todos en Navarra.

por lo tanto, es de mediados del siglo XI. La variante *fruito* (-os, -a, *fruyta*) muestra el resultado del grupo latino -CT- > -it- propio de la scripta navarra.

En la variante *fruycto*, que también se localiza en el siglo XIII en Navarra, puede verse la intención del escriba de reflejar en la escritura las grafías latinizantes mediante la presencia del grupo latino -ct- pero manteniendo la -i- de la pronunciación, procedente de la vocalización de la [k] del grupo latino, por lo que no ha de pensarse en una posible pronunciación [ikt].

Por último, la variante *fruto*, que se encuentra también en el siglo XIII en Navarra en nuestra documentación, considera la teoría tradicional que se trata de un semicultismo atendiendo a su forma, es decir, por presentar una solución que, aunque no sea la latina, tampoco es la esperada en romance de vocalización de la [k], o de palatalización del grupo latino -CT-.

El análisis morfológico temporal y espacial llevado a cabo puede tener diversas implicaciones. Por un lado, la variante latina, que en la Península Ibérica se documenta casi exclusivamente en el siglo XI en los textos de las Glosas Emilianenses y Silenses, ha de verse como un ejemplo más de utilización de la escritura latina en el siglo XI en este caso para la redacción intencionada en latín, mientras que cuando se intenta escribir de manera más inteligible en las Glosas se introduce la forma *fruitu* con indicios de evolución romance. La presencia de la variante latina en los siglos XII y XIII es consecuencia del renacimiento de la lengua y cultura latina que se estaba viviendo en Francia e Italia en esos siglos y se refleja en las cortes papales en la redacción de los documentos en un latín medieval basado en la norma escrita purista. La intención latinizante del escriba se refleja también la variante *fruycto*.

En cuanto a *fruto*, la conclusión es diferente. Si como dice Corominas²³⁶ esta variante se documenta por primera vez en 1192, y en nuestro corpus se localiza en el siglo XIII, sus

²³⁶ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. II, pp. 967-968.

dataciones tardías parecen indicar que debió introducirse en fecha tardía, al menos a finales del siglo XII. Además, se utilizó para la redacción en romance, lo que permitiría interpretar que pudo introducirse para acabar con la vacilación gráfica y oral causada por la coexistencia de otras variantes romances con las que convivió antes de desplazarlas. Asimismo, hay que tener en cuenta que su forma se caracteriza por presentar una solución, la de la reducción del grupo consonántico latino, que no es ni la proplamente latina, ni la esperada en romance, y que convive con otros resultados provenientes del mismo grupo latino en esta y en otras palabras. Por todo ello, ha de considerarse que se trata de una forma culta introducida por vía oral y más concretamente de un semicultismo, aunque por las razones que acaban de analizarse, no por las ofrecidas por la teoría tradicional. Sin embargo, hay que advertir que por aparecer una única vez en la documentación no puede concedérsele a ésta total valor probatorio.

7.2.56. Habitación

Esta palabra se documenta sólo cuatro veces pero con formas muy relevantes y en fechas significativas²³⁷. Aparece en una pizarra visigoda de mediados del siglo VIII escrita como *auitaciones* (1), también se encuentra en el texto en latín de las Glosas Emilianenses escrita como *abitaciones* (1) y *habitationes* (1) y, por último, se presenta con la forma *auitacione* (1) en un documento redactado en el año 1078 en León.

La evolución romance de esta palabra se observa tempranamente, ya que en la variante *auitacione(s)* de la pizarra visigoda y del documento leonés del año 1078 el grupo latino

²³⁷ *Auitaciones* (1) se encuentra en una pizarra visigoda del año 750 localizada en Carrio (*ediciantur de uila e de ilas auitaciones*). *Abitaciones* (1) y *habitationes* (1) aparecen en las Glosas Emilianenses fechadas entre el 1000 y el 1020 aproximadamente, y *auitacione* (1) está en un documento escrito en el año 1078 en León o Monzón de Campos.

-Ty- presenta una adaptación escrita (-ci-) y la bilabial se representa con la grafía u, además de omitir la H- inicial latina. De sostenerse la teoría de Menéndez Pidal con respecto al "latín vulgar leonés" en el que, según él, estaría redactado este documento leonés del 1078, habría que pensar que se trata de errores por parte de los escribas al utilizar el latín, lo mismo que en el caso de la pizarra visigoda. Sin embargo, la realidad parece ser otra, es decir, tanto el documento leonés como la pizarra reflejan la oralidad romance a través de la utilización del único sistema de escritura conocido en esas fechas, el latino. Por lo tanto, no hay que hablar de errores, ni de vulgarizaciones del latín, sino de romance escrito con apariencia latinizante. En las variantes de las Glosas Emilianenses, *abitationes* y *habitationes*, se mantiene la grafía del grupo latino -Ty-, y de la bilabial, y la única diferencia entre ellas es la vacilación al escribir la H- inicial. Ello demuestra, además, que a diferencia de los casos anteriores, también se intentaba redactar en latín en algunos casos, como éste del texto latino de las Glosas, en el que se utilizan más fielmente las grafías latinas, porque la intención no era reflejar el romance al escribir, sino escribir en latín.

Por lo tanto, si ya en los primeros documentos en los que se aprecian signos de evolución romance aparece esta palabra escrita con el mantenimiento de la yod del latín, conviene considerar que esta palabra no es un semicultismo tal como ha establecido la teoría tradicional, sino que presenta una solución romance que parece ser, además, la única que se ha dado y que ha ido evolucionando a partir del grupo latino -Ty-, desde el resultado palatal consonántico con el mantenimiento de la i, pasando por el predorso-dento-alveolar africado medieval, hasta el velar oclusivo sordo actual. Por ello se trata de una palabra plenamente romance y no es necesario recurrir a la explicación por cultismo. Aquí podría aplicarse la consideración de Wright cuando dice que "si una forma, por la razón que sea, se libra de un cambio que era de esperar que sufriera, esta forma, como un garbanzo negro, puede saltar a la vista de los filólogos modernos,

pero a los hablantes de la época (...) no es probable que les pareciera nada de particular"²³⁸.

7.2.57. Hecho, Factor

Las palabras *hecho*, *hecha* se documentan en ciento cuarenta y nueve ocasiones utilizadas bien como participios, bien como sustantivos en el caso de *hecho*.

La variante latina es la más frecuente, aparece en ochenta y seis ocasiones y se presenta no sólo con variaciones de caso, sino también con alteraciones o vacilaciones gráficas. La forma femenina se escribe como *facta* (62), *factam* (4), *factas* (2), *factis* (2), *ffacta* (1), *fatta* (1), *facte* (2), ésta última utilizada como genitivo femenino con reducción del diptongo -AE > -e, que, por aparecer en el siglo XIII, puede pensarse que se debe a la pronunciación escolástica del latín medieval. La forma masculina se presenta como *factus* (1), *factum* (7), *facti* (1), *facto* (1), *factu* (1) y también se encuentra el derivado *factores* (1).

Variante especial es *feyto* (1), que refleja el romance en la pronunciación mediante la representación de la *y* y el latín en la escritura con la presencia del grupo -ct-, aunque, igual que en el caso de *fruycto*, hay que considerar que se trata de una variante romance escrita con intención latinizante. Es decir, en la variante *feyto*, la presencia del grupo -ct- señala la intención del escriba de aproximarse a la forma latina, aunque sólo en el aspecto gráfico, ya que la presencia de la grafía *y* parece indicar que lo que se pronunciaba era esta vocal y no el grupo -ct-.

Las variantes romances del femenino y del masculino, que se localizan en sesenta y dos ocasiones, son tres, la primera *fecha* (14), plural *fechas* (2), *fecho* (15), plural *fechos* (1), la segunda *feita* (2), *feito* (11), también escritos *feyta* (10), en

²³⁸ WRIGHT, R., *op. cit.* en la n. 9, p. 35.

plural *feytas* (1), *feyto* (4) y en plural *feytos* (1), y la tercera *fait* (1).

Feito se presenta con la solución gráfica propia de la scripta navarra para el grupo latino -CT-, es decir, -it-²³⁹, coincidiendo en ello con la de Aragón, tal como confirman las documentaciones de esta variante, localizadas todas en el área de Navarra. Sin embargo, éste no es un resultado exclusivo en el romance navarro para -CT-, ya que también puede encontrarse la grafía -ch- representante de la solución palatal africada sorda, igual que en Castilla, donde esta grafía es la que predomina por ser la representante de su scripta, y así aparece en nuestra documentación, esto es, la variante *fecho* se localiza tanto en Castilla como en Navarra y en una ocasión incluso en Aragón, aunque utilizada por un escriba del que habíamos adelantado su posible origen navarro, en lugar de aragonés, el oficial Esteban. La variante *fait* se debe a la influencia del romance occitano, en el que el grupo -ACT- > -ait- se halla de forma constante sin excepciones²⁴⁰.

Por un lado, se observa una diferencia entre la forma femenina y la masculina, no sólo por el mayor número de apariciones de la primera, ciento tres en total, frente a la segunda, que sólo se documenta cuarenta y seis veces, sino también porque las variantes femeninas, tanto latinas como romances, se utilizan principalmente acompañando a los sustantivos *littera* (más exactamente *literis*), *carta* (*karta*, *kartula*, y otras variantes como *cartta*, etc.), *cosas*, *enparança*, *fuerças*, *conffirmacion*, etc., y en pocas ocasiones como

²³⁹ Pérez-Salazar hace algunas apreciaciones con respecto a la evolución de este grupo latino en romance navarro. Señala, en primer lugar, que cuando le precede otra *i*, ésta absorbe a la semivocal, sería el caso de nuestro *feito*; y, en segundo lugar, precisa también que la palatalización aparece siempre que alterna "en el mismo documento con el resultado dialectal sin palatalización" y así ocurre a veces en nuestra documentación (por ejemplo *feyta-fecha* en un doc. de marzo de 1237 escrito en Tudela durante la cancillería de Teobaldo II, etc.). La conclusión a la que llega esta autora es la de que "se observa, por tanto, una convivencia de la solución dialectal originaria -que predomina- con la palatalización, convivencia que también ocurre en otros documentos romances no castellanos de época similar pero que -atención- no parece darse en el aragonés contemporáneo" (PÉREZ-SALAZAR RESANO, C., *art. cit.* en la n. 99, p. 777).

²⁴⁰ CIÉRBIDE MARTINENA, R., *op. cit.*, p. 66.

componentes de los tiempos compuestos verbales, mientras que las masculinas se utilizan, sobre todo, como sustantivos y en muy pocas ocasiones como participios verbales o acompañando a los sustantivos *privilegio*, *dayno* y *desafidamiento*.

Por otro lado, en cuanto a las dataciones espacio-temporales²⁴¹, las variantes latinas se documentan desde el siglo X y también se encuentran en el XI, principalmente en León y Castilla, sin dejar de aparecer de forma abundante en los siglos XII y XIII en Castilla, Aragón y Navarra, además de Italia, debido a su presencia constante en las fórmulas del escatocolo de los documentos. Ha de tenerse en cuenta que en el siglo XI la variante con forma latina se utiliza incluso para glosar el texto en latín de las Glosas Silenses, concretamente *factu* y *factus*, por lo que hay que hablar de utilización de grafías latinas en estas ocasiones, y otras veces presenta vacilaciones gráficas, como *fatta* del año 1013, en un documento redactado posiblemente en Castilla, o *factas*, del 1061 en un escrito de León, utilizado como singular.

Las variantes romances se documentan en el siglo XIII, excepto en dos ocasiones en las que *feito* aparece como una de las Glosas Emilianenses que acompañan al texto en latín. En

²⁴¹ *Facta* (62) se documenta en el año 938 en León, en 1011, 1025, 1063, 1078 y 1097 en Castilla, posiblemente en Castilla y en León, de 1102 a 1194 en Castilla, Navarra y Aragón, y de 1221 a 1291 en Navarra, posiblemente en Navarra, en Castilla, posiblemente en Castilla y en Francia, durante la cancellería de Teobaldo II. *Factam* (4) de 1162 a 1188 en Italia y en 1255 en Navarra, *factis* (2) en 1236 y 1288 en Navarra e Italia, *factas* (2) en el año 1061 en León y en 1259 en Francia durante la cancellería de Teobaldo II, *fatta* (1) en el 1013 posiblemente en Castilla, *ffacta* (1) en 1247 en Castilla, y *facte* (2) en 1255 en Navarra. *Factus* (1) y *factu* (1) aparecen en el siglo XI en las Glosas Silenses glosando el texto en latín: [*quale factu fuerit que gerranza fueret*], y *quattuor igitur [de jnde] capitulis in actibus [factus uel dictus] apostolorum precipimur [nos mandamus] abstinere...*, *factum* (7) en el año 938 en León, en el siglo XI en las Glosas Silenses y de 1230 a 1238 en Navarra, Francia en la cancellería de Teobaldo I y Castilla, *facto* (1) en 1266 en Navarra, *facti* (1) en 1234 en Castilla y *factores* (1) en las Glosas Emilianenses. *Fecha* (14) se documenta de 1218 a 1299 en Castilla, Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia, *fechas* (2) en 1270 en Navarra, *fecho* (15) de 1236 a 1299 en Castilla, Navarra y Aragón, *fechos* (1) en 1253 posiblemente en Navarra, *feita* (2) en 1239 y 1244 en Navarra, *feyta* (10) de 1237 a 1270 en Navarra, Francia y Túnez en la cancellería de Teobaldo II, *feytas* (1) en 1254 en Navarra, *feito* (11) en el siglo XI en las Glosas Emilianenses, glosando al texto en latín: *jta dominauitur [feito je]*; y *ad portum plausto [feito] nostro Satane*-, y de 1234 a 1270 en Navarra, posiblemente en Navarra y en Túnez en la cancellería de Teobaldo II, *feyto* (4) de 1245 a 1254 en Navarra, en Francia, durante la cancellería de Teobaldo II, y posiblemente en Navarra, *feytos* (1) en 1237, *feyto* (1) en 1234 y *fait* (1) en 1248, los tres en Navarra.

cuanto a sus dataciones espaciales ya hemos adelantado que se reparten por Navarra, Castilla y en una ocasión Aragón, aunque, atendiendo al posible origen navarro del escriba, el documento cuya data tónica es Santa Eulalia (Aragón) podría incluirse entre los pertenecientes al área de Navarra.

La presencia de la variante latina en textos del siglo X y de inicios del XI, se debe tanto a la utilización del sistema gráfico del latín, como al hecho de tratarse de una palabra muy frecuente en los formularios latinos antiguos. Por ello, si no puede hablarse de arcaísmo fonético, dado que se escribe con vacilaciones o alteraciones gráficas desde sus primeras documentaciones y junto a ella aparecen ya formas con claros signos de evolución romance (como *feito* en una de las Glosas, reflejo en este caso del romance en la escritura), sí puede considerarse como un arcaísmo gráfico, al menos cuando se utiliza como participio acompañando a un sustantivo sobre todo en las fórmulas de datación. Su continuada aparición hasta el siglo XIII, en el que se utiliza incluso con más frecuencia que las variantes romances, se debe, una vez más, al deseo latinizante de los escribas que les lleva a recurrir a los formularios antiguos y a presentar esta forma latina hasta en los escatocolos o en el Incipit de los documentos redactados en romance. El afán del escriba de utilizar una solución gráfica lo más parecida posible a la latina le lleva a cometer en diversas ocasiones ultracorrecciones, alteraciones o vacilaciones gráficas en la representación escrita de esta palabra y también a latinizar en la escritura algunas variantes romances como *feyto* que, en el siglo XIII, no pretendía representar la pronunciación de [kt] mediante el dígrafo -ct-, sino [t].

La distribución diatópica se aprecia más fácilmente que la evolución cronológica en el caso de esta palabra si se tiene en cuenta que mientras en Castilla únicamente se documentan las variantes con la solución romance -ch- < -CT-, en el área de Navarra aparecen tanto estas variantes como las propias de su

scripta que son las que, como resultado del grupo latino, tienen el dígrafo *-it-*.

7.2.58. Hermano, Hermandad

Estas palabras se documentan en setenta y nueve ocasiones mediante cinco variantes entre las que incluimos el derivado *cormano* de la misma familia léxica y procedente de CO(N)-GERMANUS.

Hay una variante latina, escrita como *germano* (1), *germana* (1) y *germanos* (1), que se documenta escasamente, ya que sólo aparece en tres ocasiones.

La variante romance es *iermano* (1), *iermana* (1) y *jermano* (2), con la presencia del sonido palatal derivado de la africada procedente de la G- inicial latina.

Por otro lado, las formas *ermana* (3), *ermanas* (2), *ermano* (15), *ermanos* (3) y el derivado *ermandat* (1) de la misma familia léxica, escritas también como *hermana* (2), *hermanas* (2), *hermano* (20), *hermanos* (3) y *hermandat* (18), se consideran tradicionalmente como cultas. Estas formas se caracterizan por la pérdida de la consonante latina y alternan entre la representación o no de la *h-* inicial. Si esta pérdida consonántica latina sólo se produce, según Menéndez Pidal, ante vocal anterior acentuada, que queda así "absorbida en la vocal palatal"²⁴², *(h)ermano* ha de entenderse como culta, ya que la evolución esperada hubiera sido que la africada se redujera a una palatal delante de la vocal anterior.

En nuestra documentación, la variante latina²⁴³ *germano* se localiza tempranamente, en el siglo XI, en un documento

²⁴² MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 204, p. 124, § 38₃.

²⁴³ *Germano* (1) se documenta en el año 1013 posiblemente en Castilla, *germana* (1) en las Glosas Silenses, *germanos* (1) en el año 1097 en León, *iermano* (1) en el año 938 en León, *iermana* (1) en 1152 en Castilla, y *jermano* (2) en el año 938 en León y en el siglo XI como una de las Glosas Silenses: *...et fraternitatis consortio [ad un kaza jermano...]*. *Ermana* (3) aparece de 1221 a 1254 en Castilla y Navarra, *ermanas* (2) en 1249 posiblemente en Navarra,

castellano, en otro leonés y en el texto latino de las Glosas Silenses, pero la variante romance *iermano* aún aparece con anterioridad, ya que se encuentra en un documento del siglo X, escrito no en latín vulgar leonés, sino con grafías latinizantes encubridoras del romance y como una de las Glosas Silenses con la forma *jermano*. Ello parece indicar que la aparición de la variante latina *germano* se debió únicamente a la utilización del sistema gráfico latino en el siglo XI y que la evolución romance se aprecia muy tempranamente. La variante *(h)ermano* se documenta en época posterior, en el siglo XIII, en Castilla y en Navarra, por lo que no se aprecia ninguna distribución diatópica. Destaca sólo la preferencia en época tardía por esta forma, aunque en el XII aparece una vez *iermana* en un documento redactado en Castilla.

Todos estos datos parecen demostrar la hipótesis de Wright de la tendencia castellana medieval, que podría aplicarse a otros romances también, de evitar diptongos en posición pretónica. Añade este autor que por la inestabilidad de la [j] pretónica en la forma transitoria [jermano] ésta nunca fue la forma estándar, pasando a convertirse pronto en [ermano]²⁴⁴. De este modo, no hay que recurrir a la explicación por cultismo en el caso de la palabra *hermano*. De ella sólo se documentan en nuestro corpus, por lo tanto, variantes romances y la latina *germano* se debe al uso del sistema de escritura latino en el siglo XI, representando en algunas ocasiones la pronunciación romance. En cualquier caso, no hay que descartar la posibilidad de que esta variante latina se utilizara con posterioridad al siglo XI, pero atendiendo a los datos de nuestra documentación parece que a partir de esa fecha sólo se utiliza la forma romance

ermano (15) de 1236 a 1270 en Navarra, posiblemente en Navarra, en Castilla y en Francia en la cancillería de Teobaldo II, *ermanos* (3) de 1236 a 1254 en Navarra, obra del notario *Per Andreu*, *ermandat* (1) en 1264 en Navarra, *hermana* (2) en 1266 y 1298 en Navarra, *hermanas* (2) en 1249 y 1298 posiblemente en Navarra y en Navarra, *hermano* (20) de 1264 a 1296 en Navarra, posiblemente en Navarra, probablemente en Francia porque el rey vivió allí en la fecha en que se redactó el documento, y en Castilla, *hermanos* (3) en 1296 en Castilla, *hermandat* (18) en 1269 en Navarra y en 1296 en Castilla, y *cormano* (3) de 1237 a 1244 en Navarra y posiblemente en Navarra.

²⁴⁴ WRIGHT, R., *op. cit.* en la n. 9, pp. 32-33.

y, aún es más, únicamente en documentos redactados en romance, tal vez porque en los escritos en latín se recurría a las formas derivadas de FRATER, según lo señalado anteriormente.

7.2.59. Hidalgo, Hijodalgo

De estas palabras, que aparecen en doce ocasiones, sólo hay variantes romances, concretamente tres: *fillo d'algo* (2), en plural *fillos d'algo* (1), *fijos d'algo* (3) y *fidalgo* (6).

Todas son del siglo XIII y la diferencia entre ellas se debe a su localización diatópica²⁴⁵, ya que mientras *fillo(s) d'algo* se documenta en Navarra o posiblemente en Navarra, *fijos d'algo* se encuentra en área perteneciente ya a Castilla. Es decir, en el caso de la primera variante, la palabra *fillo* se escribe con la grafía propia de la scripta navarra, coincidente en ello con la aragonesa, para representar la pronunciación palatal procedente de la Ly latina, mientras que, en la segunda variante, *fijos* se escribe con la grafía representante de la prepalatal fricativa sonora propia del castellano. El mantenimiento de la grafía *f-* inicial no es de extrañar en las variantes documentadas en el área navarra, donde es lo normal en todos los casos, coincidiendo en ello con todos los romances peninsulares, excepto con el castellano, de ahí que la presencia de la *f-* en la variante documentada en el Reino de Castilla pueda deberse o bien a su localización, ya que Vitoria, aunque perteneciente a Castilla a finales del siglo XIII, por la proximidad al área navarra podría haber recibido algún tipo de influencia gráfico-lingüística de ésta, o bien se trata de un mantenimiento general de la grafía en esta palabra en concreto con la intención de aproximarla al latín, es decir, de latinizarla en la escritura, aunque la segunda

²⁴⁵ *Fijosdalgo* (3) se documenta en 1290 en Vitoria (Reino de Castilla), *fillos d'algo* (1) en 1237 en Navarra, y *fillo d'algo* (2) y *fidalgo* (6) entre 1234 y 1253 posiblemente en Navarra. Para el significado y etimología de *hidalgo*, vid. COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. III, p. 359.

parte de la palabra sea totalmente romance. En la variante *fidalgo* no sólo se aprecia la ausencia de apócope en la preposición *de*, o la aglutinación con la palabra siguiente, sino la aféresis de la segunda sílaba. La abreviación de *fijo* en *fi* es muy antigua, según Corominas, "en ciertas expresiones compuestas donde va seguido de un complemento unido mediante la preposición *de*"²⁴⁶. En cualquier caso, esta variante aparece en el mismo documento en el que se encuentra *fillo d'algo*, lo que no sólo indica la vacilación gráfica medieval, sino que también parece explicar la presencia de la *f*- inicial.

Se trata de una palabra de creación romance, de ahí que no aparezca la variante latina, ni se utilice en documentos redactados en latín, únicamente en los escritos en romance, aunque la presencia de la *f*- inicial tal vez se deba al afán latinizante de los escribas. Sin embargo, el hecho de que se trate de una palabra de creación romance no es suficiente para la inexistencia de variantes latinas, es decir, en algunos documentos se latinizan diversas palabras, incluidas las de creación romance, dándoles una apariencia latina, sobre todo las utilizadas para designar cargos públicos surgidos en la Edad Media y que están formadas, algunas de ellas, a partir de una base léxica latina como *pedagiariis*, *lezdariis*, *maior domus*, *merinis*, *justiciis*, *adenantariis*, *operarius*, *portarius*, *cellerarius*, *mayoral*, *baiulis*, *iuratis*, *repositariis*, *anmiratus*, *capitaneus*, *senescalius*, incluso hay palabras de etimología no latina que aparecen latinizadas, principalmente las procedentes del árabe tales como *alcaldibus*, *morabetinorum*, *morabertinis* o *morabetiorum*, *kahices*, *çalmedinis*, etc.²⁴⁷

²⁴⁶ *Ibid.*

²⁴⁷ Estos ejemplos están extraídos de algunos documentos de "El Libro Becerro" del monasterio navarro de La Oliva, concretamente de los documentos número 11, 12, 13, 14, 15 y 34 (MUNITA LOINAZ, J. A., *op. cit.*, p. 57 y ss.).

7.2.60. Hombre, Ricohombre

Estas palabras aparecen en cuatrocientas ochenta ocasiones. La palabra *hombre* es mucho más numerosa, se presenta cuatrocientas cincuenta y cuatro veces y el compuesto *ricohombre* veintiséis.

De la primera palabra hay numerosas variantes repartidas entre una latina, con variaciones casuales y alteraciones o vacilaciones gráficas y doce variantes romances, o seis si la presencia-ausencia de la *h-* inicial se considera como alternancia gráfica de una misma variante.

La variante latina aparece escrita con variaciones casuales como *homo* (15), *homine* (2), *hominem* (16), *homines* (33), *hominibus* (59), *hominis* (3), *hominum* (25); las variaciones gráficas que presenta son las de *omo* (3), *omine* (2), *omines* (1), con ausencia de *h-* inicial, *hominjbus* (1), *hominubus* (1), y *hominium* (2) que también podría considerarse como un caso de ultracorrección de la variante latina.

Las variantes propiamente romances son *huamne* (1), *uamne* (1), *huemnes* (1), *uemne* (1). Se caracterizan por la diptongación de la O breve tónica latina y por la alternancia de la presencia o ausencia de la *h-* inicial, mientras que sólo presentan una solución para el grupo romance M'N, la de *-mn-*.

Además, añadimos como variantes romances las que se presentan sin diptongación de la O breve tónica latina, debido a la influencia de la nasal seguida de consonante, según Menéndez Pidal²⁴⁸. Las variantes son *home* (1) y su plural *homes* (3), *ome* (11), plural *omes* (22), *homne* (20), plural *homnes* (27), *omne* (43), plural *omnes* (92), *homme* (1), plural *hommes* (4), *omme* (13), plural *ommes* (16), *hombre* (4), plural *hombres* (19), y *ombre* (7), plural *ombres*. En estas variantes, coincidentes en la ausencia de diptongación para representar la vocal tónica que

²⁴⁸ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 98, pp. 63-64, § 134.

procede de una O breve latina, además de la alternancia de la representación o no de la *h-* inicial, se observan diferentes soluciones del grupo interior romance -M'N-: -*mn-*, la asimilada -*mm-*, que no recoge Corominas entre las variantes que presenta, la simplificada -*m-* y -*mbr-*, que intercala *b* transformando la segunda en *r*.

La documentación de todas estas variantes parece confirmar la idea de Corominas de que "las formas diptongadas son poco comunes ya en español antiguo" y "sin embargo, las formas con *o* predominan ampliamente desde los documentos más arcaicos"²⁴⁹.

En cuanto a las datas crónicas y tópicas²⁵⁰ de las variantes de esta palabra, se aprecia la presencia tanto de las latinas como de las romances desde el siglo XI. La variante latina aparece en las Glosas Emilianenses y Silenses y en documentos de principios del XI localizados principalmente en Castilla y, en

²⁴⁹ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. III, pp. 379-380. *Vid.* también para las explicaciones que recogen de la presencia de la *o*, en lugar de la diptongación.

²⁵⁰ *Homine* (2) se documenta en el año 1013 en Castilla, *hominem* (16) en el siglo XI en las Glosas Emilianenses y Silenses, en 1188 en Italia y de 1234 a 1264 en Navarra, posiblemente en Navarra, en Francia y en Castilla, *homines* (33) en el año 1030 en Castilla, en 1154 y 1157 en Aragón y Navarra, y entre 1225 y 1298 además de en Aragón y Navarra, también posiblemente en Navarra, en Francia y en Castilla, *hominibus* (59) en el siglo XI en las Glosas Silenses, en 1186 en Castilla y de 1210 a 1298 en Castilla, Aragón, Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia, *hominibus* (1) en 1225 en Castilla, *hominibus* (1) en 1236 en Navarra, *hominis* (3) en el siglo XI en las Glosas Emilianenses y Silenses y en 1234 en Navarra, *hominum* (25) en el siglo XI en las Glosas Silenses, de 1132 a 1188 en Francia, Italia y posiblemente en Italia, y de 1234 a 1298 en Castilla, Navarra, Aragón, Francia e Italia, *hominium* (2) en 1236 posiblemente en Navarra, *homo* (15) en el siglo XI en las Glosas Emilianenses y Silenses, y en el año 1013 posiblemente en Castilla, de 1152 a 1157 posiblemente en Castilla, en Aragón y en Navarra, y de 1234 a 1264 en Navarra, Francia y posiblemente en Navarra; *omo* (3) en el año 1011 en Castilla y en el 1061 en León, *omine* (2) en el 1011 en Castilla y en el 1097 en León, y *omines* (1) en el 1055 en León también. *Huamne* (1), *uamne* (1), y *uemne* (1) se documentan en el siglo XI en las Glosas Emilianenses, y *huemnes* (1) en 1220 en Castilla; *home* (1) entre 1267 y 1268 en una de las estancias de Teobaldo II en Francia, *homes* (3) de 1245 a 1299 en Navarra, posiblemente en Francia y en Castilla, *ome* (11) de 1251 a 1299, *omes* (22) de 1235 a 1299, y *homne* (20) de 1220 a 1269 en Navarra, posiblemente en Navarra y en Castilla, *homnes* (27) entre 1237 y 1269 en Navarra y posiblemente en Navarra, *omne* (43) en 1174 en Castilla, y de 1234 a 1270 en Navarra, posiblemente en Navarra, en Francia, posiblemente en Francia y en Castilla, *omnes* (992) de 1234 a 1267-1268 en Navarra, posiblemente en Navarra, Castilla, Francia y posiblemente Francia, *homme* (1) en 1220 en Castilla, *hommes* (4) de 1238 a 1270 en Navarra y Túnez en la cancillería de Teobaldo II, *omme* (13) de 1234 a 1269 en Navarra, posiblemente en Navarra, posiblemente en Castilla y en Francia, *ommes* (16) entre 1234 y 1299 en Navarra, Castilla, posiblemente en Castilla, y en Túnez, en la cancillería de Teobaldo II, *hombre* (4) de 1237 a 1270 en Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia, *hombres* (19) de 1234 a 1299 en Navarra, Francia y Túnez, *ombre* (7) entre 1237 y 1281, y *ombres* (4) entre 1236 y 1264, en Navarra.

el caso de *omo* y *omine*, tanto en Castilla como en León. En los siglos XII y XIII se encuentra en escritos redactados en Aragón, Navarra, Castilla, Francia e Italia. De las variantes romances, tres de las formas con diptongación son del siglo XI y se encuentran formando parte de las Glosas Emilianenses, pero en una ocasión otra de estas formas con diptongación (*huemnes*) aparece en un escrito del siglo XIII localizado en Castilla. Las formas romances sin diptongación, es decir, con la solución *o*, son todas del siglo XIII y aparecen en Navarra, en Castilla y en Francia, sin indicar ninguna preferencia diatópica.

La presencia de la variante latina desde principios del siglo XI, con falta de correspondencia en algunas ocasiones entre el caso latino y la función sintáctica y en otras con alteraciones gráficas, como las de *omo*, *omine*, *omines*, parece indicar que se debe únicamente a la utilización de la escritura latina, no al mantenimiento de esta palabra desde el latín clásico. Asimismo, la fuerte presencia de esta variante latina en los siglos XII y XIII en los documentos redactados en latín e incluso en alguno escrito en romance, alternando con una gran cantidad de variantes romances, se debe a la intención latinizante de los escribas, es decir, al deseo de reflejar el latín en la escritura, aun con vacilaciones o alternancias de grafías e incluso con alguna ultracorrección.

Además, la aparición desde las primeras documentaciones de variantes sin diptongación, ya escritas con intención de redactar en latín, ya escritas únicamente con apariencia latinizante, junto a variantes diptongadas, permite considerar que la ausencia de diptongación fue una de las posibles soluciones romances, probablemente por la razón fonética señalada por Menéndez Pidal. Asimismo, es posible que recibiera la influencia de las variantes escritas sin diptongación, primero a nivel gráfico y posteriormente a nivel oral.

Algunas de las variantes romances de la palabra que acabamos de analizar van acompañadas de una especificación que

en ocasiones puede convertir a la palabra *hombre* en una palabra diferente, es decir, en un compuesto con un significado particular. Estas palabras que acompañan a *hombre* son *rico*, *bono* y *lige* preferentemente, con algunas variaciones que dan lugar a los compuestos *ricos omes*, *richos homnes*, *ricos homnes*, *bonos omnes*, *bonos omnes*, *omne lige*, *ric omne*, *ricos hommes*, *omme lige*, *ricos ommes*, *hombre lige*, e incluso con la variante latina *homo ligius*. Estos casos, aun tratándose de compuestos, se han estudiado incluidos en el análisis de la palabra *hombre* por ir separados en la escritura. Sin embargo, hay otros que al aparecer unidos pueden estudiarse de forma independiente, aunque siempre en relación con la palabra *hombre*. Nos referimos a las cinco variantes que se hallan de *ricohombre*, concretamente *ricomne* (4), *ricombre* (4), *richomne* (13), *richombre* (4) y *richos-homnes* (1)

Se trata de una palabra de creación romance para referirse, tal como explica Corominas, al 'individuo correspondiente a la primera clase de la nobleza', o al 'poderoso' o 'noble' en general. Esta palabra formada, según este autor, a partir "del gót. REIKS 'poderoso' (pron. *riks*)"²⁵¹, unido a la palabra de etimología latina que presenta algunas de las variantes romances analizadas arriba (*omne*, *homnes*, *ombre*, *hombre*) y documentadas en las mismas fechas, durante el siglo XIII, y en el área de Navarra en este caso²⁵². En la primera parte de la palabra la alternancia en el uso de la grafía *-c-* y del dígrafo *-ch-* es propia de la scripta del área de Navarra y, en ocasiones, es difícil saber, según Pérez-Salazar²⁵³ si el escriba pretendía representar con *-ch-* la palatal africada o la velar oclusiva, al igual que en otras palabras de la documentación de la cancillería de Teobaldo II como, por ejemplo, *Canpanna* (doc. 152), *Champaynna* (doc. 151), *Campainna* (docs. 26, 76, 118 y 140),

²⁵¹ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. V, pp. 10-11.

²⁵² *Ricomne* (4) se documenta entre 1234 y 1249, *richomne* (13) de 1237 a 1254, *richos-homnes* (1) en 1254, *ricombre* (4) entre 1236 y 1270 y *richombre* (4) de 1236 a 1266, todos en Navarra.

²⁵³ PÉREZ-SALAZAR RESANO, C., *art. cit.* en la n. 99 p. 757.

Champayna (doc. 53), etc., aunque en el caso de *richomne*, *richombre* y *richos-homnes* parece que la *-ch-* representa la [k].

La variación gráfica de la escritura romance también se refleja en esta palabra, aunque no se recurre en este caso a ninguna variante latina o, al menos, más próxima al latín en la forma. Sin embargo, la utilización del dígrafo *-ch-* parece reflejar esa pretensión por parte del escriba. Además, la inexistencia de la variante latina se comprueba también en el hecho de que las variantes romances se encuentran incluso en dos escritos en latín, concretamente *ricomne* y *richomne*.

7.2.61. Homicidio

Esta palabra, junto a un derivado suyo, se halla en treinta ocasiones y presenta una variante latina con variaciones de caso, *homicidium* (2) y *homicidiorum* (1), y diversas variantes romances, algunas con alternancias o vacilaciones gráficas: *omeziello* (2), *omezilo* (3) y *omesillos* (1). El derivado es *omiclero* (1), con el significado de 'persona que lleva a cabo un homicidio', tal como parece desprenderse de la glosa en la que aparece. Una variante que merece especial atención por presentar forma latina y aparecer siempre en documentos redactados en romance es *homicidio* (2), en plural *homicidios* (3) y con grafías alternantes o vacilantes en *homiçidios* (1), *homizidio* (10), en plural *homizidios* (1), *omicidio* (1) y *omizidio* (1). Por otro lado, la variante *omezidio* (1) parece presentar, siguiendo las explicaciones de la teoría tradicional, una parte con evolución romance y otra con mantenimiento del latín.

Las variantes romances presentan diferentes evoluciones. Todas coinciden en la transformación de la I breve pretónica en *e*; omiten la *h-* inicial latina y representan el resultado palatal de la Dy latina con las grafías *-ll-* (*omesillos*, *omeziello*) y *-l-* (*omezilo*). En *omeciero* se aprecia la adición del sufijo *-ero*. Se distinguen en la diptongación ultracorrecta de la I larga latina en

-ie- en *omeziello*; si esta variante se localizara en el área de Navarra podría pensarse en la influencia analógica de las palabras que mantienen diptongada la E breve tónica latina ante un sonido palatal en esta área, pero *omeziello* se encuentra en un documento redactado en Burgos y, aunque no hay que descartar las posibles influencias lingüísticas que pudo proporcionarle su lugar de archivo, el Diplomatario de Salinas de Añana, conviene entender que se trata de una diptongación ultracorrecta o vacilación por parte del escriba. En *omesillos* parece darse un caso de seseo, representado por el cambio de las grafías propias de las predorso-dento-alveolares africadas, vacilantes, además, entre la de la sorda -c- y la de la sonora -z-, por la grafía de la dento-alveolar fricativa, en este caso sonora, -s-. Este seseo tal vez se deba al influjo lingüístico que el lugar de archivo documental, la villa de Plencia, pudo ejercer, es decir, en la zona vasca, del mismo modo que la s tras l y r se convierte en africada, según explica L. Michelena²⁵⁴, por reconstrucción incorrecta puede darse el caso contrario, tal como parece haber ocurrido en esta variante, que reflejaría así un cambio de sibilantes, aunque no detrás de l o r. *Omezidio* presenta equivalencias con estas variantes romances y sólo se diferencia de ellas en el supuesto mantenimiento de -di- de la forma latina.

En cuanto a las dataciones espacio-temporales²⁵⁵, las variantes romances se documentan en el siglo XIII, en el área lingüística castellana, excepto *omecierno* que aparece en el siglo XI como una Glosa Silense. A principios del siglo XI se sitúa *omezidio*, en un documento redactado con apariencia latinizante.

²⁵⁴ MICHELENA, L., *Fonética histórica vasca*, 3ª ed., San Sebastián, Publicaciones de Seminario Julio de Urquijo, 1985, p. 290.

²⁵⁵ *Homicidium* (2) se documenta en las Glosas Silenses, a mediados del siglo XI, y en 1234 en Navarra, y *homicidiorum* (1) en las Glosas Silenses también. *Omesillos* (1) en 1299 en Palenzuela (Palencia) y se recoge en la colección documental de la Villa de Plencia, *omezidio* (1) en el año 1011, *omeziello* (2) en 1293, *omezilo* (3) en 1220, todos en Castilla, y *omecierno* (1) hacia 1050 en las Glosas Silenses, es una de las glosas: *qui autem ad homicidium faciendum [por fere ke faciat, omiciero]*. *Homicidio* (2) en 1270, *homicidios* (3) de 1266 a 1270, *homicidios* (1) en 1270, *homizidio* (10) entre 1256 y 1266, *homizidios* (1) en 1269, *omicidio* (1) en 1266 y *omizidio* (1) en 1264, todos en Navarra y Francia en la cancillería de Teobaldo II.

La variante escrita con forma totalmente latina se documenta a mediados del siglo XI en el texto latino de las Glosas Silenses redactado intencionadamente en latín, de hay que se mantenga fielmente la forma latina, y en una ocasión en el siglo XIII en Navarra en un escrito en latín, mientras que *homicidio* y sus formas gráficas alternantes aparecen bien avanzado el siglo XIII y en documentos localizados en el área de Navarra con la característica de estar redactados en romance.

La documentación tardía de esta última variante haría pensar en una introducción tardía, sin duda por vía oral, teniendo en cuenta las vacilaciones gráficas con que se presenta escrita, por lo que se trataría de un cultismo, utilizado incluso en los documentos redactados en romance, al menos en el área de Navarra.

Otra posible explicación podría tener como base la geografía fonética de la que hablaba Badía Margarit y de la que ya nos hemos ocupado al tratar la palabra ARCEDIANO, a la que remitimos para más información. Atendiendo a que la variante *homicidio* sólo se documenta en el área de Navarra (escrita en latín aparece en las Glosas Silenses y en un documento localizado en Navarra también), mientras que en el área castellana se documentan las variantes con evolución romance, incluida *omezidio* que, aunque está escrita con el sistema gráfico del latín ya deja entrever rasgos evolutivos romances, podría establecerse la posibilidad de una distribución geográfica, es decir, zonas en las que se hubiera mantenido la variante latina, tal vez como un arcaísmo en este caso, utilizado incluso en la redacción de los documentos en romance, tal vez por tratarse de una voz propia del lenguaje jurídico, y zonas en las que la palabra hubiera evolucionado a diversas soluciones romances, aunque con características comunes. Así, en el área de Navarra se habría mantenido el arcaísmo mientras que en el área castellana se habría producido la evolución al romance.

7.2.62. Huerto

Huerto, que aparece en veinticinco ocasiones, presenta cuatro variantes con alternancias o vacilaciones gráficas: *uerto* (1), en plural *uertos* (1), también escrita *uerto* (5), en plural *vertos* (2), *uherito* (1), *vuerto* (2) y *huerto* (7), en plural *huertos* (5) y en femenino *huerta* (1) como derivado aumentativo o colectivo.

Todas estas variantes presentan como característica común la diptongación de la *O* breve tónica latina, unas mantienen la *h-* inicial del latín, *huerto(s)* y en otras se omite. En *uerto(s)* y *uerto(s)* sólo se aprecia una alternancia gráfica para representar la vocal en este caso, escrita con *u* o con *v*. *Vuerto* presenta un reforzamiento labial inicial, por lo que podría verse, por tanto, como el antecedente de un fenómeno que ocurre hoy en día y al que se considera vulgar. La *-h-* que aparece en *uherito* puede tener dos explicaciones, en primer lugar, no puede considerarse antihiática, puesto que se trata de un diptongo; tal vez se deba a un intento por parte del notario de escribir la palabra con una forma más parecida al latín, aunque la vacilación le lleva a colocar la *-h-* en medio del diptongo y la ruptura se produciría en la representación gráfica, no en la pronunciación; en segundo lugar, podría pensarse también que la *-h-* intenta señalar que la grafía inicial debe pronunciarse como vocal y no como consonante, como podría ocurrir en el caso no sólo de *uerto*, sino también de *uerto*, por la indistinción de las grafías *u/v* en la escritura que puede llevar a vacilaciones en la pronunciación.

Todas estas variantes se documentan en el siglo XIII y en el área de Navarra²⁵⁶, excepto *huerta* que se localiza en la de Castilla, concretamente en Murcia.

²⁵⁶ *Uerto* (1) se documenta en 1236, *uertos* (1) en 1237, *uherito* (1) en 1270, *uerto* (5) en 1236, *vertos* (2) en 1252, *vuerto* (2) en 1248, *huerto* (7) de 1247 a 1299, *huertos* (5) entre 1245 y 1299, todas en Navarra, posiblemente en Navarra, y en Cartago (Túnez) en la cancellería de Teobaldo II, y *huerta* (1) en 1272 en Murcia.

El hecho de que esta palabra sólo se halle en documentos redactados en romance no permite conocer la variante que se utilizaría en un documento redactado en latín. El único rasgo culto que aparece es la presencia de la *h-* inicial en la variante *huerto*, pero sin dejar por ello de ser romance. No puede hablarse, por tanto, de una introducción tardía de la variante latina, a pesar de las vacilaciones gráficas que presenta esta palabra, únicamente puede sostenerse que se trata de una voz plenamente romance.

7.2.63. *Infante*, *Infanzón*

La palabra *infante* aparece en nuestra documentación en veintiocho ocasiones y su derivado *infanzón* en cincuenta y tres. Las dos se presentan con algunas variantes.

En primer lugar, las variantes de *infante* < del latín INFANS -TIS 'niño pequeño' son las siguientes: *enfanç* (1), *ifant* (1), *inffant* (2), *inffante* (7), *infante* (8), *infans* (5), *infantem* (1) e *infanti* (3). Algunas de estas variantes mantienen el significado latino de 'niño' y otras el romance de 'hijo de rey', tal como Corominas considera común en el siglo XIII, mientras que con el significado de 'niño' pasa a ser "vocablo culto"²⁵⁷, sobre todo por la presencia del grupo *-nf-* sin asimilar que convierte a la palabra en semicultismo, según la teoría tradicional.

Las variantes²⁵⁸ que se documentan en el siglo XI, concretamente en el texto latino de las Glosas Silenses, presentan el significado de 'niño': *infans*, *infante*; en cambio, las documentadas en el siglo XIII tienen el significado de 'hijo del rey', no sólo *infans* e *infante*, sino *ifant*, *infantem*, *infanti*, *inffant*

²⁵⁷ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. III, pp. 449-450.

²⁵⁸ *Infans* (5) se documenta a mediados del siglo XI en las Glosas Silenses y de 1225 a 1248 en Aragón, *infante* (8) en las Glosas Silenses también y entre 1259 y 1290 en Castilla y Navarra, *infantem* (1) e *infanti* (3) en 1234 en Castilla, *inffant* (2) en 1266 en el área de Navarra, *inffante* (7) de 1259 a 1299 en Castilla, *ifant* (1) en 1253 en Navarra, obra de *Per Andreu*, escribano de Jaime I de Aragón, y *enfanç* (1) en 1248 en Navarra.

e *inffante*. De entre estas variantes, *infans*, *infantem* e *infanti* aparecen en documentos escritos en latín, mientras que *infante*, *inffant* e *inffante* están en diplomas redactados en romance. Sólo se encuentra en una ocasión en el siglo XIII esta palabra con el significado de 'niño' o, más exactamente, de 'hijo' y, en este caso, se presenta con la variante *enfanç* que también presenta el grupo *-nf-* sin asimilar. En cuanto a las localizaciones espaciales, no se observa ninguna distribución diatópica especial, *ifant*, *enfanç* e *inffant* se localizan en Navarra, *infans* en las Glosas Silenses y en Aragón, *infante* en las Glosas Silenses también, en Castilla y en Navarra, y por último *infantem*, *infanti* e *inffante* en Castilla.

La consideración de esta palabra como semicultismo por parte de la teoría tradicional por la presencia de *-NF-* sin asimilar ha sido rebatida por Badía Margarit, basándose en el criterio de "la frecuencia de un rasgo". En su opinión, no puede establecerse que el caso del mantenimiento de *-nf-*, en lugar de la asimilación a *-f-*, se deba explicar por cultismo, ya que, aunque "es evidente que las palabras que tenían NF estuvieron sujetas a la fuerza de simplificación articulatoria que las iba a llevar a la solución asimilada *f*", tal como demuestra también alguna variante en nuestra documentación (*ifant*), es, asimismo, "evidente que el grupo consonántico NF es poco frecuente (...) por eso el intento de asimilación no prospera y fracasa", esto se percibe igualmente en nuestra documentación, dado que son mucho más abundantes las variantes con *-nf-*, por lo tanto, "las formas no asimiladas fueron siempre las más corrientes, las habituales, de modo que su presencia en las palabras no podía sugerir para éstas indicación de cultismo", es decir, "el tener en cuenta la base numérica de datos en que se asienta la formulación de una ley fonética es importante"²⁵⁹.

Por todo ello, teniendo en cuenta que en nuestro corpus son más abundantes las variantes con *-nf-* desde las primeras

²⁵⁹ BADÍA MARGARIT, A. M., *art. cit.* en la n. 135, pp. 147-148.

documentaciones, consideramos que en el caso de la palabra *infante*, hay que hablar de forma romance y no de semicultismo como hace, por ejemplo, Corominas basándose en la pertenencia "del vocablo a las clases altas" y, además, tampoco estaría en lo cierto al afirmar que "en cuanto a la conservación de la *i-* (...) debe mirarse como debida a la prolongación de la *I* a causa del carácter evanescente de la *N* ante *F*"²⁶⁰.

En segundo lugar, la palabra *infanzón*, derivada de *infante* y proveniente del latín vulgar *INFANTIO, -ONIS, utilizada en la Edad Media para referirse al individuo de la segunda clase de la nobleza, presenta las siguientes variantes. Una latina con vacilaciones gráficas *jnfantjones* (2), *jnfanciones* (5) e *infanconibus* (1), y otras que consideramos romances, atendiendo a la explicación de Corominas, con variaciones gráficas también, *infançon* (8), en plural *infançones* (25) y en femenino *infancona* (1), también escrita *infanzones* (3), *inffançones* (2), *yfançon* (4) y en plural *ifançones* (1). *Infançonte* (1) parece que debe interpretarse como una aglutinación de *infançon* con la conjunción *et* transformada en *te*. Esta interpretación se basa en que *infançonte* aparece en el mismo documento en el que se encuentra *infancona*, con una construcción similar en la que *et* es la conjunción copulativa: *dona Frontina infancona et uezina de la uilla de Muruçaua*, del mismo modo que parece serlo en *Johan Periz, infançonte uezino de Muruçaua*, tal vez por error de copia del oficial de la cancillería de Teobaldo II, Fernando Pérez, quien no sólo firmó el documento, tras la adición del monarca navarro de confirmación del reparto de tierras llevado a cabo, sino que debió copiar el texto para que quedara incluido este documento notarial entre los de la cancillería real.

²⁶⁰ Además, añade que "a la larga actuó el influjo del prefijo *IN-*, restituyendo parcialmente la *N* en romance, pero sin llegar a modificar en todas partes el timbre de la *I*" (COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. III, pp. 449-450).

Las formas²⁶¹ *jnfantjones* e *jnfanciones*, documentadas en la tercera década del siglo XI en Castilla, que parecen corresponder a la variante latina, están reflejando una vez más o bien un intento por parte del escriba de redactar en latín, o bien el deseo de escribir el documento notarial de forma más parecida a la variedad romance que utilizaba, aunque haciendo uso del único sistema de escritura conocido, el del latín. Todas las variantes romances se encuentran en documentos redactados en el siglo XIII en el Reino de Navarra, excepto en una ocasión en que *infanzones* se documenta a mediados del siglo XI en el área lingüística leonesa, como forma con marcados rasgos de evolución romance en la presencia de la grafía -z- y no como un semicultismo utilizado, en este caso, en el latín vulgar leonés, por la presencia de -*nf*-, que ya hemos visto que ha de interpretarse como una solución romance. Estas variantes romances también presentan vacilaciones gráficas o alternancias primero entre la utilización de las grafías de las predorso-dento-alveolares africadas sordas y sonoras, ç, z e incluso c, tal como es propio de la scripta navarra, segundo entre *f* y *ff* y tercero en cuanto al mantenimiento de -*nf*- o la simplificación en -*n*-. Además, la variante latina sólo aparece una vez como *infanconibus* en el siglo XIII en un documento escrito en latín, pero con vacilación gráfica, por lo que podría entenderse como un caso forzado de escritura latizante.

La presencia de la variante romance *infanzones* desde el siglo XI, unida al hecho de considerar que *jnfantjones* e *jnfanciones* únicamente son reflejo de la escritura latina, sirve para señalar que se trata de una palabra romance, no de un semicultismo por el mantenimiento de -*nf*-. Las alteraciones gráficas que presenta pueden deberse tanto a la vacilación

²⁶¹ *Jnfantjones* (2) e *jnfanciones* (5) se documentan en el año 1030 en Castilla, *infanconibus* (1) en 1238, *infançon* (8) de 1237 a 1281, *infancona* (1) e *infançonte* (1) en 1266, *infançones* (25) de 1236 a 1298, *infanzones* (3) en el año 1050 en León, y en el 1238 y 1252, *inffançones* (2) en 1264, *yfançon* (4) en 1266, e *ifançones* (1) en 1253, en Navarra y posiblemente en Navarra.

gráfica medieval como a la analogía con las variantes de la palabra *infante*.

7.2.64. Juez, Juicio

En nuestra documentación *juez* aparece en treinta y dos ocasiones y su derivado *juicio* en cuarenta y dos. Cada una de estas palabras presenta diversas variantes.

En primer lugar, *juez* se escribe principalmente con una variante latina con variaciones casuales, que es la más numerosa, y dos con marcados rasgos de evolución romance, que sólo aparecen en tres ocasiones. Las formas latinas son *judice* (2), *judices* (1), y con alteraciones gráficas *iudex* (1), *iudicem* (13), *iudici* (2), *iudice* (7), *iudices* (1) y *iudicibus* (2). Las variantes con signos de evolución romance son *judez* (2) y *hyuez* (1).

La variante latina²⁶² se encuentra ya en el siglo X, *iudice* aparece en un documento del año 938 redactado en León, del XI es *iudex* que está en un escrito del año 1025, localizado posiblemente en Castilla, y sigue apareciendo con frecuencia en los siglos XII y XIII en Aragón, Navarra, Francia e Italia. El cambio gráfico de la *j*- inicial latina por *i*- semiconsonante es poco relevante, tal vez se deba a la forma de escribir el latín medieval.

Las variantes con rasgos evolutivos romances se documentan en los siglos XII y XIII en Castilla. *Judez*, con el mantenimiento de la -d- intervocálica, se encuentra en un escrito de finales del siglo XII redactado en latín y en otro del siglo XIII en romance. En *hyuez*, que aparece en un documento escrito en romance en la segunda década del siglo XIII, el

²⁶² *Judice* (2) se documenta en 1243 y 1266 en Navarra, *judices* (1) en 1234 en Navarra, *iudex* (1) en el año 1025 posiblemente en Castilla, *iudice* (7) en el 938 en León y de 1236 a 1255 en Navarra, *iudicem* (13) de 1132 a 1188 en Francia, posiblemente en Italia y en Italia, y entre 1249 y 1255 en Francia, y Navarra, *iudices* (1) en 1154 en Aragón, *iudici* (2) en 1225 en Navarra, *iudicibus* (2) en 1233 y 1236 en Aragón y Navarra. *Judez* (2) en 1186, y en 1225, y *hyuez* (1) en 1220, en Castilla.

escriba parece tener la intención de buscar una solución gráfica más parecida al latín para una forma cuya pronunciación romance se percibe por la pérdida de la *-d-* intervocálica y por la grafía de la predorso-dento-alveolar africada sonora final, *-z*. La *h-* inicial, por tanto, parece tener la finalidad de aproximarse al latín.

El análisis de las variantes de la palabra *juez*, en relación con las dataciones tópicas y, sobre todo, crónicas con que aparece en nuestro corpus, parece indicar que, en lugar de hablar de un semicultismo como hace Corominas²⁶³, conviene tratar a algunas variantes como romances, mientras que la variante latina de esta palabra sería un arcaísmo, únicamente gráfico, atendiendo no sólo a su presencia en documentos tempranos, ya que podría deberse al uso del sistema gráfico latino, sino, sobre todo, al hecho de presentar en ellos una correspondencia exacta entre el caso en el que se halla escrita y la función sintáctica que representa. El mantenimiento de este arcaísmo durante los siglos XII y XIII posiblemente se deba a que se trata de una palabra del ámbito jurídico-notarial presente en los formularios notariales antiguos a los que debían acudir los notarios para escribirla con una forma lo más fiel posible al latín. Además, en los documentos de los siglos X y XI en los que el romance está encubierto por una apariencia latinizante, se mantiene la variante latina sin vacilaciones de caso, sólo con la alternancia ortográfica de *i* en lugar de *j*, de poca importancia. Por otro lado, la escasa presencia de variantes romances parece confirmar esta suposición de la presencia de un arcaísmo que impedía la variabilidad ortográfica. Además, la aparición de *judez* con un claro rasgo de escritura latina, que, en cierto modo, también parece presentarlo *hyuez*, contribuye a sostener la idea de que la variante latina debía utilizarse como un arcaísmo

²⁶³ Lo considera un semicultismo, aunque advierte algunas particularidades como "la pérdida de la *-D-*" que explica "por la pronunciación rápida y débil de los elementos postónicos en los esdrújulos". Además, para conocer las divergencias de opinión en cuanto a la procedencia de esta palabra, bien del caso nominativo JUDEX, bien del acusativo JUDICEM, *vid.* COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. III, p. 536.

gráfico, no fonético, y que pudo influir en el mantenimiento de la *e*, sin convertirse por ello la variante romance en culta. Sin embargo, el hecho de que las variantes romances se documenten sólo en Castilla podría estar indicando también que este arcaísmo era propio principalmente del área de Navarra, más que de la castellana, por la tendencia a utilizar en ésta última área lingüística las variantes romances, aun con vacilaciones.

En segundo lugar, la palabra *juicio* presenta las siguientes variantes. Una latina, que es la más frecuente, escrita también con variaciones casuales y alteraciones gráficas, *judicii* (1), *iudicii* (1), *iudicium* (7) y *judicum* (1), ésta última al funcionar como genitivo plural puede entenderse como una ultracorrección de *judicium*. Las formas *judicios* (1), *judicio* (1), *judizio* (1) y *iudizio* (1) han de considerarse como variantes especiales por presentar apariencia gráfica latina, aunque con vacilaciones de grafías, y encontrarse en documentos escritos en romance. *Judicio* (7) y *iudicio* (10) forman parte tanto de la variante latina, cuando se hallan en escritos redactados en latín, como de las variantes que consideramos especiales por tener forma latina y encontrarse en escritos en romance. Variantes romances son *iuycio* (6), *juicio* (1), *juizio* (3) y *juycios* (1), a pesar de la presencia de la *yod* sin asimilarse a la consonante por la que la teoría tradicional las considera como semicultismo.

En las formas latinas, la única alteración gráfica es el cambio de la *j-* por la *i-*. En las variantes romances, la pérdida de la *-d-* intervocálica es la característica que las une; en ellas, además, se aprecia una vacilación gráfica al escribir la segunda vocal del diptongo (*ui*, *uy*), la representación de la prepalatal fricativa inicial con las grafías *j-* e *i-*, y la indistinción gráfica para representar la predorso-dento-alveolar africada sonora con grafías propias de la sonora y de la sorda (*c*, *z*), estas dos últimas características son propias de la scripta navarra. La variante que consideramos particular por presentar forma latina y aparecer en documentos redactados en romance presenta alternancia

tanto al escribir la prepalatal fricativa inicial con *j-* e *i-*, como en la representación de la predorso-dento-alveolar africada sonora con las grafías *ç*, *c* y *z*. Estos rasgos hacen que coincida en parte con la variante latina y en parte con las romances.

En cuanto a las dataciones crónicas y tópicas²⁶⁴, la variante latina se documenta desde el siglo XI en el texto latino de las Glosas Emilianenses y de las Glosas Silenses, también aparece en el siglo XII en los Reinos de Aragón y Navarra y en Italia en el siglo XIII sigue utilizándose con frecuencia en Navarra y Francia. Las variantes romances y las consideradas como particulares son del siglo XIII y se localizan en Navarra.

El análisis llevado a cabo permite extraer como conclusión que la variante latina de esta palabra es también un arcaísmo gráfico por su temprana aparición en la documentación y por encontrarse de forma más frecuente que las variantes romances en los documentos de los siglos XII y XIII. La variante *judicio*, cuya presencia se hace patente hasta en los documentos redactados en romance, debe su forma a la influencia de este arcaísmo gráfico, ya que mantiene la forma latina aunque su pronunciación debía ser romance, tal como indican algunas de las grafías con que se escribe²⁶⁵. La documentación de *judicum* en el siglo XIII debe entenderse como un caso de ultracorrección, esto es, la escritura y pronunciación de la *i* debía parecerle al escriba demasiado familiar o próxima al romance y, por ello, optó por eliminarla de la representación escrita de esta forma en función de genitivo plural para darle una apariencia más latinizante. Conviene señalar, además, la

²⁶⁴ *Judicii* (1) y *iudicii* (1) se documentan en el siglo XI en las Glosas Silenses, *iudicio* (10) en el siglo XI en las Glosas Silenses, en 1162 y 1188 en Italia, y de 1233 a 1270 en Navarra, Francia, posiblemente en Navarra y en Túnez en la cancillería de Teobaldo II, *iudicium* (7) de 1154 a 1157 en Aragón y Navarra, y entre 1235 y 1259 en Navarra y Francia, *judicum* (1) en 1234 en Navarra, *judicio* (7) en el siglo XI en las Glosas Emilianenses y de 1234 a 1256 en Navarra, *judicio* (1) en 1254, *judicios* (1) en 1264, *judizio* (1) y *iudizio* (1) en 1266, en Navarra, *iuycio* (6) de 1237 a 1259 en Navarra y Francia en la cancillería de Teobaldo II, *juicio* (1) en 1281, *juizio* (3) entre 1256 y 1299 y *juycios* (1) en 1281, en Navarra.

²⁶⁵ *Judicio* y *iudicio* por ejemplo, se usan indistintamente en el siglo XIII en diplomas escritos en latín y en romance. La alternancia gráfica se debe tanto a la forma de escribir el latín medieval, usando a veces grafías propiamente romances, como a la vacilación gráfica medieval que llega incluso a afectar a palabras existentes desde muy antiguo en la lengua.

posibilidad de que este arcaísmo gráfico fuera propio únicamente de las scriptas aragonesa y, sobre todo, navarra en el siglo XIII, al atender a las localizaciones espaciales de los documentos en los que se encuentra y a las características gráficas que presenta propias de esta scripta como, por ejemplo, la indistinción en la representación de las predorso-dento-alveolares africadas con las grafías de la sorda y de la sonora.

En cualquier caso, este arcaísmo gráfico debió influir en el mantenimiento de la *yod* incluso en las formas en romance. De ahí que en lugar de considerarlas como semicultismos, tal como hace la teoría tradicional, parece más conveniente tratarlas como variantes romances en cuya evolución influyó el arcaísmo gráfico de fuerte presencia al menos hasta el siglo XIII, según se desprende de nuestra documentación.

7.2.65. *Leal*, *Legal*, *Lealtad*, *Legalidad*

Estas palabras, derivadas de *ley*, aparecen en veinticinco ocasiones en el corpus. La primera palabra presenta una variante latina, *legalis* (1) y dos romances: *leal* (9), en plural *leales* (1) y *leyal* (7), en plural *leyales* (3), también escrita *leiales* (1). Hay tres variantes de la segunda palabra, una latina *legalitate* (1) y dos romances *lealdat* (1) y *lealtad* (1).

Todas estas variantes se documentan²⁶⁶ en el siglo XIII en el área lingüística de Navarra, o en Francia durante alguna de las estancias de Teobaldo II allí. Por ello, no es de extrañar que aparezca una forma influida por el occitano, la que presenta *i* o *y* antihiática, *leiales*, *leyal(es)*.

La escasa y tardía presencia de las variantes latinas *legalis*, *legalitate*, sin vacilaciones gráficas y con una correspondencia

²⁶⁶ *Legalis* (1) se documenta en 1237 y *legalitate* (1) en 1265, posiblemente en Navarra. *Leal* (9) aparecen entre 1237 y 1298, *leales* (1) en 1266, *leiales* (1) en 1238, *leyal* (7) de 1237 a 1253, en Navarra, *leyales* (3) en 1237 en Navarra y en 1267 o 1268 en Francia durante una de las estancias de Teobaldo II en ese país, *lealtad* (1) también en 1267 o 1268 en Francia, y *lealdat* (1) en 1238 en Navarra.

exacta entre el caso latino en el que aparecen y la función sintáctica que desempeñan, parece indicar que estas formas se introdujeron tardíamente y por vía escrita, por lo que se trataría de dos latinismos en el siglo XIII, utilizados al redactar en latín los documentos en los que se hallan y para evitar las vacilaciones gráficas que se producen al hacer uso de las formas romances tanto en el caso de *leal/leial*, como en el de *lealtad/lealdat*. En éstas dos últimas no sólo se vacila entre el ensordecimiento o no de la dental final, tal como era propio de la scripta navarra, sino también de la interior. Su presencia en las mismas fechas, en las que, además, ya se habría producido la pérdida de la vocal pretónica, impide considerar que *lealdat* sea de una etapa anterior en la que la presencia de la vocal pretónica, antes de su desaparición, produjera la sonorización de la dental, a diferencia de *lealtad*, en la que cayó la vocal antes de producir la sonorización de la dental. Únicamente puede hablarse en estos casos de vacilaciones gráficas en la escritura de las formas romances.

Corominas también observa que la variante romance se documenta con anterioridad a la latina, es decir, en los orígenes del idioma. Considera que *legal* es un duplicado culto, al que encuentra documentado hacia el año 1520²⁶⁷. Sin embargo, la presencia en nuestra documentación de las formas *legalis* y *legalitate* no sólo adelanta la fecha de aparición presentada por Corominas, sino que permite considerar que se trata de latinismos introducidos por vía escrita al menos desde el siglo XIII.

7.2.66. Limosna

Esta palabra, que se localiza en diez ocasiones, presenta dos variantes en nuestra documentación, una latina con

²⁶⁷ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. III, p. 639.

variaciones de caso y vacilaciones gráficas, *elemosinas* (1), *elemosinam* (3) y *helemosinam* (1), y una romance, *almosna* (5).

La variante latina se documenta desde mediados del siglo XI, ya que aparece en el texto en latín de las Glosas Silenses, también se encuentra en el siglo XII en Francia y en el XIII en Navarra. La variante romance es del siglo XIII y se localiza en Navarra²⁶⁸.

Si como dice Corominas esta palabra procede de la forma escrita latina ELEEMOSYNA, que, según explica, debía pronunciarse *elimosyna*, resulta que la variante *elemósina* es una forma culta, en su opinión, y no tan usual como las que califica de semicultas, *elimosna* y *alimosna*, por la conservación de la pretónica interna, o la romance *almosna* que es la más habitual²⁶⁹. Sin embargo, atendiendo a la aparición de esta palabra en nuestra documentación, parece que podrían extraerse unas conclusiones diferentes. En primer lugar, tan usual es la variante romance como la latina, la primera se halla en los diplomas redactados en romance y la segunda en los escritos en latín. En segundo lugar, la temprana documentación de la variante latina, escrita como *elemosina*, es decir, no con la forma que sería de esperar si EE se pronuciaba como [i], esto es, *elimosyna*, sino con una forma gráfica que, aunque simplifica la doble EE, la mantiene en la escritura en lugar de la *i* de la pronunciación. Ello parece indicar que *elemosina* no es un cultismo, sino un arcaísmo gráfico, adaptado, claro está, a la escritura del latín de mediados del siglo XI y que se mantiene en los escritos redactados en latín de los siglos XII y XIII, en los que puede llegar a escribirse incluso con alguna vacilación gráfica, como es el caso de *helemosinam*, tal vez por el afán del escriba de presentar esta forma con una apariencia más latinizante si cabe. Además, también confirma la creencia de que

²⁶⁸ *Elemosinas* (1) se localiza a mediados del siglo XI en el texto en latín de las Glosas Silenses, *elemosinam* (3) aparece en 1132 en Francia, y en 1236 y 1253 en Navarra, *helemosinam* (1) en 1269 en Francia, durante la cancillería de Teobaldo II, y *almosna* (5) de 1254 a 1281 en Navarra y posiblemente en Navarra.

²⁶⁹ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. III, p. 658.

se trata de un arcaísmo el hecho de tratarse de una voz que con frecuencia debía de utilizarse en el ámbito eclesiástico y que es posible incluso que apareciera en los libros antiguos, sino en los formularios.

7.2.67. Luengo

Luengo aparece en nueve ocasiones en la documentación, con dos formas: *luengo* (8) y *luango* (1), que reflejan una vacilación en la diptongación de la O breve tónica latina.

Se documentan en el siglo XIII en Navarra²⁷⁰, de ahí que la vacilación en los diptongos *ue/ua* resulte extraña si se tiene en cuenta que el romance navarro coincide con el castellano en la solución *ue*, a diferencia del aragonés que vacila entre los diptongos *ue*, *ua*, e incluso *uo*. Sin embargo, el hecho de que la forma *luango* aparezca en una sola ocasión y sea obra del mismo oficial que utiliza repetidamente la forma *luengo*, el notario público jurado de la Corte de Navarra, Juan Giménez, y se utilicen ambas como sobrenombre de un tal *Martin Semeniz "el luengo"*, o "*el luango*", hace pensar que se trata de una vacilación gráfica particular del escriba que no ha de entenderse como propia de la scripta navarra en general.

Sólo se utiliza en documentos redactados en romance y no aparece variante latina de esta forma por lo que no podemos hablar de la introducción de una forma culta en el caso de esta palabra, pero tampoco de otras variantes romances en convivencia con ella, dando lugar a vacilaciones gráficas en la escritura de esa palabra, del mismo modo que en otras, por lo que es posible que no se hiciera necesaria la llegada de la variante latina como forma culta en la Edad Media en el caso de *luengo*.

²⁷⁰ *Luengo* (8) se documenta una vez en 1252 posiblemente en Navarra, y el resto en 1299 en Navarra, lo mismo que *luango* (1).

7.2.68. Mayordomo, Mayordomía

La palabra *mayordomo*²⁷¹ aparece utilizada en nueve ocasiones en nuestra documentación y el derivado *mayordomía* en dos. La primera, que procede, según Corominas, del "b. lat. *majordomus*"²⁷², como forma compuesta de MAIOR y DOMUS, presenta una variante latina *maiordomus* (4) y varias romances, algunas de las cuales pueden interpretarse como alternancias gráficas de una misma forma, *maiordomo* (1), *majordomo* (1), *mayordomo* (1) y *maiordompno* (1). *Mayordomía* (2) no presenta variaciones gráficas.

Todas estas formas se documentan²⁷³ en el siglo XIII, a excepción de *maiordomus* que se localiza dos veces a finales del siglo XII. La data tópica más frecuente es la de Castilla, área en la que se inscriben formas que alternan en la representación gráfica de la palatal central entre *j*, *i* e *y*, es decir, *majordomo*, *mayordomo*, *mayordomia* y *maiordomus*. Esta última variante también se localiza en Aragón. *Maiordompno* se encuentra en Navarra, de ahí que aparezca la grafía *-mpn-*, propia de la scripta de esta área, y *maiordomo* bien en Aragón, bien en Navarra, atendiendo al origen del oficial a quien se debe el escrito, ya que, tal como se ha señalado, el origen de Pedro Cadel podría ser tanto aragonés como navarro.

Esta palabra, utilizada para designar uno de los cargos públicos surgidos en la Edad Media, se localiza tardíamente no sólo en nuestro corpus, sino también en la documentación revisada por Corominas²⁷⁴, en la que se halla en un escrito de 1120. Ello hace pensar que este compuesto debió formarse en

²⁷¹ Para el significado de esta palabra *vid.* PÉREZ GONZÁLEZ, M., *op. cit.*, p. 201.

²⁷² COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. III, p. 891.

²⁷³ *Maiordomus* (4) se documenta en 1194 en Castilla y en 1233 en Aragón, *maiordomo* (1) en 1249 posiblemente en Navarra o Aragón, *majordomo* (1) en 1225 y *mayordomo* (1) en 1220 en Castilla, *maiordompno* (1) en 1238 en Navarra, y *mayordomia* (2) en 1259 en Castilla.

²⁷⁴ "Mejoranza ant. (Alex, 1455); *mejoría* (Berceo, *Mil.* 706c, 712c, 740d)" (COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. III, p. 891).

época tardía, a partir de una base léxica latina que se mantiene y a la que se intenta dar una apariencia más latinizante en ocasiones escribiendo la variante latina *maiordomus*, o la romance *maiordompno*.

7.2.69. Mejoramiento, Amejoramiento, Mejora

Estas palabras aparecen en once ocasiones, de las cuales cuatro corresponden a *mejoramiento*, seis a *amejoramiento* y una a *mejora*.

Las variantes de la primera palabra son *meylloramiento* (1), *meilloramiento* (2) y *meioramiento* (1). Muy similares a ellas son las variantes de la segunda palabra: *ameylloramiento* (1), *ameilloramiento* (4) y *amejoramiento* (1). De la tercera palabra sólo hay una variante que se presenta en plural escrita como *mejoras* (1).

Todas estas variantes se documentan²⁷⁵ en el siglo XIII y en el área de Navarra preferentemente, excepto *amejoramiento* y *mejoras* que se encuentran en dos diplomas redactados en el área castellana.

Se trata de tres sustantivos derivados de *mejor*, del latín *MELIOR*, -ORIS, dos de ellos caracterizados por presentar el sufijo *-miento*, muy productivo, que se presenta aquí sin vacilación no sólo en cuanto a la diptongación o no diptongación, ya que en el romance navarro diptonga casi sin excepciones la E breve tónica latina en *ie*, coincidiendo en ello con el castellano, sino también en cuanto a la alternancia con otros sufijos como *-anza*, *-ía*, etc., cuya documentación en castellano medieval confirma Corominas²⁷⁶.

²⁷⁵ *Meilloramiento* (2) aparece en 1237, *meylloramiento* (1), y *meioramiento* (1) en 1264, *ameilloramiento* (4) en 1237, *ameylloramiento* (1) en 1264, todos en Navarra, *amejoramiento* (1) y *mejoras* (1) en 1299 en Castilla, el primero en Valladolid y la segunda en Palenzuela.

²⁷⁶ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. IV, p. 19.

La alternancia entre las formas de *mejoramiento* y *amejoramiento* en la actualidad tiene una explicación diatópica, la R.A.E. considera que *amejoramiento* es propio del área de Navarra²⁷⁷, y así parece confirmarlo nuestra documentación, ya que en la mayoría de las ocasiones en las que se encuentra se localiza en Navarra. Sólo una pertenece al área de Castilla, concretamente la que está en un documento redactado en Valladolid que en 1299 ya se incluía entre las propiedades de los reyes castellanos. Ello puede deberse o bien a la influencia que pudo ejercer el lugar de archivo, Salinas de Añana, por la proximidad de Álava al área lingüística navarra, o bien a que en la Edad Media esta forma no era exclusiva de la scripta navarra, sino que también podía encontrarse en Castilla. Esta última posibilidad podría confirmarla el hecho de que en esta palabra la *Ly* presente un resultado de centralización de la consonante palatal, característico del romance castellano, a diferencia del navarro que coincide con el aragonés en la evolución a la palatal lateral que, además, se representa con las grafías propias de la scripta navarra (-*ill*-, -*yll*-) en las otras variantes. Sin embargo, conviene recordar que este último resultado no es exclusivo del romance navarro, sino que puede convivir con algún caso de centralización representado por las grafías -*i*-, -*j*-, como el de la palabra que nos ocupa.

No puede hablarse, en el caso de estas palabras, de variantes latinas en convivencia con las romances, ni de evolución o continuidad cronológica, únicamente pueden hacerse algunas deducciones desde el punto de vista geográfico. En primer lugar, por la utilización de las grafías -*ill*-, -*yll*- propias de la scripta navarra para representar el resultado palatal lateral procedente de la *Ly* latina, en los documentos redactados en el área de Navarra, aunque en ellos también es posible encontrar las grafías -*i*-, -*j*-, que representan el resultado de centralización que caracteriza el romance castellano. En

²⁷⁷ REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *op. cit.*, p. 126.

segundo lugar, por la presencia de la variante *mejora* únicamente en el área de Castilla, tal vez en convivencia con la variante que presenta el sufijo *-miento*, a diferencia del área lingüística navarra en la que no aparecen más que las variantes terminadas en *-miento*. Y, en tercer lugar, la posibilidad de que en el área de Castilla también pueda encontrarse la variante *amejoramiento*, sin ser exclusiva, por tanto, de la de navarra, en la que, por otro lado, conviven, sin duda, las variantes *amejoramiento* y *mejoramiento*.

7.2.70. *Merced*

Esta palabra, que aparece en cuarenta y nueve ocasiones, se presenta escrita en latín con la forma *merces* (4) y en romance con al menos dos variantes que presentan, además, alternancias o vacilaciones gráficas: *merce* (17), también escrita como *merçe* (2), y *merced* (6) escrita, asimismo, como *merçed* (10), *mercet* (8) y *merçet* (2), en éstas dos últimas el ensordecimiento de la dental en posición final parece dar lugar a otra variante y es una característica propia sobre todo de la scripta navarra, aunque no exclusiva de ella, ni tampoco la única que puede darse en el área de Navarra.

La diferencia fundamental entre estas variantes está en la presencia o ausencia de la dental en posición final, cuya aparición, en opinión de Corominas, convierte a la palabra en un "descendiente semiculto del lat. MERCES, -EDIS", por su "empleo en la fraseología religiosa y cortesana" que impidió que la *-d* se perdiera como en *pie* o *fe*²⁷⁸.

Todas estas formas se documentan²⁷⁹ en el siglo XIII, de modo que no puede hablarse de evolución cronológica, es decir,

²⁷⁸ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. IV, p. 48.

²⁷⁹ La variante latina *merces* (4) aparece en 1255, y los romances *merce* (17) de 1234 a 1281, y *merçe* (2) en 1264, todas en Navarra; *merced* (6) entre 1225 y 1299 en Castilla y una vez en Navarra, *merçed* (10) de 1290 a 1293 en Castilla, *mercet* (8) de 1225 a 1286 en Castilla, y *merçet* (2) en 1264 en Navarra y en 1299 en Castilla.

que una variante no es anterior a la otra. Además, el número de apariciones de una y otra es prácticamente el mismo por lo que no puede decirse que se prefiera una en detrimento de la otra. Todo ello las convierte en dos variantes romances sin tener que recurrir a la explicación por semicultismo para una de ellas. Sin embargo, se observa entre las dos variantes una diferencia que parece decisiva, una clara distribución diatópica, ya que las variantes sin *-d* final se documentan únicamente en el Reino de Navarra, mientras que las que presentan la *-d* aparecen en documentos redactados en Castilla principalmente y sólo en dos casos en Navarra. Por tanto, no puede sostenerse la idea de que *merced* sea una forma culta, según los criterios de la teoría tradicional, no sólo porque de ser un semicultismo aparecería en un mayor número de ocasiones y no con la misma frecuencia con que lo hace la otra variante, sino porque su uso no se limitaría a una sola área lingüística. Por lo tanto, se trata de dos variantes romances, con evoluciones diferentes, que aparecen en las mismas fechas pero en áreas lingüísticas distintas, de modo que la única diferencia entre ellas es diatópica, en Navarra hay preferencia por la variante sin *-d* y Castilla se decanta por la variante que se escribe con *-d*. Además, la presencia de la variante *merce* en el romance navarro amplía sus posibilidades de aparición, restringidas por Corominas al romance aragonés antiguo.

7.2.71. Mujer

Esta palabra, documentada en noventa y siete ocasiones, presenta una variante latina, con variaciones casuales, *mulier* (16), *mulierem* (2), *mulieri* (1), *muliere* (5) y *mulieres* (3), y diversas variantes romances, *muger* (15), *mugier* (2), en plural *mugieres* (2), *muller* (25), en plural *mullers* (1), *muiller* (2), y *muyller* (19), en plural *muylleres* (4), algunas se diferencian sólo en alternancias gráficas.

En cuanto a las dataciones espacio-temporales²⁸⁰, la variante latina se documenta principalmente en el siglo XI, tanto en el texto latino de las Glosas Emilianenses y Silenses, como formando parte de las propias glosas. Sólo aparece esta variante latina una vez en el siglo XII y dos en el XIII, en escritos localizados en Castilla. Las variantes romances se documentan todas en el siglo XIII y se reparten entre los Reinos de Navarra (*muller*, *mullers*, *muiller*, *muyller(es)*), de Castilla (*mugier(es)*) y de Navarra, Castilla y Aragón (*muger*).

En las variantes romances se aprecia, de nuevo, una distribución diatópica. Las que presentan el resultado palatal lateral de la Ly latina se localizan en el área lingüística de Navarra, además ese resultado se plasma en la escritura con las grafías propias de la scripta navarra, no sólo -ll-, sino también -ill- e -yll-. Las variantes que tienen como resultado de la Ly latina la prepalatal fricativa sonora representada por las grafías -g-, -gi- se localizan tanto en el área lingüística de Castilla, como en la de Navarra y Aragón. Pérez-Salazar consideraba que este último resultado de Ly se debía en Navarra al posible influjo castellano. En la forma plural *mullers* se percibe la influencia occitana por la apócope de la vocal e en final no absoluto.

De los datos anteriores pueden extraerse las siguientes conclusiones. En primer lugar, la variante latina queda relegada a la época de orígenes, siendo muy poco usual en el siglo XIII, los tres únicos casos más tardíos de aparición de esta variante, una vez en el siglo XII y dos en el XIII en escritos localizados en Castilla pueden deberse a usos esporádicos de la grafía -li-, tal vez por fidelidad al étimo latino, aunque representando un sonido romance, tal como se desprende del hecho de que,

²⁸⁰ *Mulier* (16) se encuentran en el siglo XI en las Glosas Silenses, y en 1152 y en 1218 en Castilla, *mulieri* (1) y *mulierem* (2) en el siglo XI en las Glosas Silenses, *mulieres* (3) en el siglo XI en las Glosas Emilianenses y Silenses, y *mulieres* (5) en el siglo XI en las Glosas Emilianenses, en las Silenses y en el año 1050 en León. *Muger* (15) se documenta entre 1243 y 1298 en Aragón, posiblemente en Navarra, en Navarra y en Castilla, *mugier* (2) en 1259 y *mugieres* (2) en 1220, ambas en Castilla, *muiller* (2) en 1253 y 1264, *mullers* (1) en 1244, *muyller* (19) entre 1237 y 1269, todas en Navarra, y *muller* (25) entre 1235 y 1266 y *muylleres* (4) de 1249 a 1253, en Navarra y posiblemente en Navarra.

además de encontrarse en un documento redactado con apariencia latinizante, el del siglo XII, también esté en otro escrito en romance en el XIII. En segundo lugar, esta variante latina no sólo se halla en el texto latino de las Glosas Emilianenses y Silenses, sino que también se utiliza como glosa del texto en latín. No se trata en este caso de glosas propiamente romances, sino latinas, pero con una forma más familiar e inteligible por su proximidad en el aspecto oral a la romance. Una glosa aclara la palabra "*coniuges [mulieres]*", y en la otra se explica "*Ita cum sorore et previgna [id est ante nata filia sua muliere]*". Además, en tercer lugar, teniendo en cuenta que en el documento redactado en León a mediados del siglo XI sólo puede hablarse de la utilización de grafías latinizantes, hay que concluir que en el siglo XI la variante latina se debe o bien a la redacción intencionada en latín, o bien a la utilización de las grafías latinas encubriendo la pronunciación romance. En cuarto lugar, las variantes romances de nuestra documentación no sólo indican una distribución diatópica repartida entre las distintas scriptas hispánicas, sino, sobre todo, que de esta palabra sólo había formas romances en el siglo XIII. Las escasas ocasiones en las que aparece una variante de aspecto latinizante en los siglos XII y XIII deben interpretarse como casos de vacilación gráfica para reflejar en la escritura la pronunciación romance, aunque con una grafía más próxima a la latina, posiblemente por el afán latinizante de los escribas una vez más.

No puede hablarse, por lo tanto, en el caso de la palabra *mujer*, del mantenimiento de la variante latina en los siglos XII y XIII, ni tampoco de una entrada tardía de ésta.

7.2.72. Obispo, Arzobispo, Episcopal, Episcopado

Estas palabras se localizan en trescientas diez ocasiones distribuidas de la manera siguiente.

Obispo se documenta en doscientas ochenta y cuatro ocasiones, distribuidas entre una variante latina, con variaciones casuales y algún caso de vacilación gráfica o ultracorrección, *episcopus* (107), *episcopum* (18), *episcopi* (25), *episcopo* (47), *episcoporum* (2), *episcopis* (4), y *episcopu* (1) y *episcopues* (1), y otras variantes, algunas consideradas por la teoría tradicional como formas cultas, pero que vamos a considerar variantes romances son las siguientes: *obispo* (67), *bispo* (6), *bispe* (3) y *bisbe* (3). El cambio o aféresis de la primera vocal y la síncope de la sílaba interior -co- impiden que estas formas se califiquen como cultas únicamente por el mantenimiento de la -i-. Wright explica que algunos cambios se paralizan ante la repentina llegada de vocabulario nuevo que puede integrarse a los cambios, como parece que ha ocurrido con la síncope de -co- en *obispo*, o "puede desorientar el progreso de ese cambio", por ejemplo la transformación de e- > o-, o el mantenimiento de la -i-. Es decir, el nuevo vocabulario, como los helenismos de la Iglesia del siglo IV, no puede sufrir algunos de los cambios condicionados "que han perdido su vigor en la época del préstamo"²⁸¹. Por ello, consideramos que no deben calificarse como cultas muchas palabras que no presentan alguno de los cambios romances esperables al haberse introducido cuando éstos ya habían dejado de afectar al proceso evolutivo.

Arzobispo se documenta en veinte ocasiones que se reparten entre una variante latina, con variaciones de caso igualmente: *archiepiscopus* (6), *archiepiscopi* (3), *archiepiscopo* (3), *archiepiscoporum* (2) y *archiepiscopis* (2), y las variantes

²⁸¹ WRIGHT, R., *op. cit.* en la n. 9, pp. 57 y 60-61.

que también consideramos romances *arcebispo* (2) y *arçobispo* (2).

Episcopal se documenta en una ocasión con la variante latina, la de *episcopale* (1); *episcopado* aparece en cinco ocasiones con una variante latina que presenta alguna vacilación, alteración gráfica o ultracorrección, *episcopatus* (1), *episcopatum* (1), *episcopattum* (2) y *episcopatu* (1).

En el caso de *obispo*, que procede del latín EPISCOPUS, la variante latina es la más frecuente, ya que aparece en doscientas cinco ocasiones, frente a las setenta y nueve que suman las variantes romances. Dentro de la variante latina, *episcopu* se utiliza como nominativo, por lo que presenta una alteración gráfica en la pérdida de la -s final, y *episcopues*, en lugar de *episcopus* también, se caracteriza por una diptongación ultracorrecta. En cuanto a las variantes romances, destacan las que presentan aféresis, debido al artículo *lo u o* de algunos romances, así *bisbe* es forma propia del occitano antiguo, de ahí que no sea de extrañar su posible localización en Navarra en un documento en el que se aprecia influencia occitana; *bispe* y *bispo* aparecen en nuestro corpus con anterioridad a las fechas propuestas por Corominas²⁸² de sus primeras documentaciones, es decir, mientras *bispe* lo documenta por primera vez Corominas hacia el año 1300, en nuestro corpus aparece en 1235, y *bispo* que Corominas localiza en 1246 por vez primera, se encuentra en nuestra documentación en 1235. Estas dos formas son propias del aragonés, además del riojano, murciano y leonés antiguo, según Corominas, a los que habría que añadir el navarro también, atendiendo a nuestra documentación.

La variante romance que mantiene la o- inicial es más frecuente en Castilla, donde se utiliza exclusivamente, mientras que en Navarra se alterna entre esta forma y las que se presentan con aféresis de la vocal inicial.

²⁸² COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. IV, pp. 258-259.

De *arzobispo*, que procede del latín ARCHIEPISCOPUS, también es más frecuente la variante latina que se localiza en dieciséis ocasiones y no presenta ningún caso de ultracorrección o de vacilación gráfica. Las variantes romances que sólo aparecen cuatro veces, se distinguen únicamente por una alternancia vocálica, la localizada en Navarra se decanta por la forma con *-e-*, *arcebispo*, y la que se sitúa en Castilla por la forma con *-o-*, *arçobispo*, de ahí que la razón o explicación de esta diferencia pueda ser diatópica, atendiendo a que en Castilla se prefiere, o mejor aún, se utiliza únicamente la variante romance con *o-* inicial, a diferencia de Navarra.

Episcopado y *episcopal* sólo se escriben con formas latinas. De la primera, la forma *episcopatu* aparece en lugar del ablativo *episcopato* y *episcopattum* presenta una posible ultracorrección gráfica que se manifiesta en la geminación de la *t*. De la segunda sólo se halla la forma *episcopale*. Se trata, según Corominas, de derivados cultos que sustituyen a *obispado* y *obispa*²⁸³.

En cuanto a las dataciones tópicas y crónicas²⁸⁴, únicamente las variantes latinas de *obispo* se documentan desde el siglo XI. *Episcopi* se localiza en las Glosas Emilianenses y en un escrito del año 1013 localizado posiblemente en Castilla, en el que también aparece en una ocasión el derivado *episcopattum*;

²⁸³ *Ibid.*

²⁸⁴ *Episcopi* (25) se encuentra en el siglo XI en las Glosas Emilianenses y en un documento redactado posiblemente en Castilla en el 1013, en 1164 en Aragón, y entre 1236 y 1259 en Navarra, Francia e Italia; *episcopis* (4) aparece entre 1234 y 1259 en Castilla, Francia e Italia, *episcoporum* (2) en 1132 en Francia, y en 1234 en Castilla, *episcopo* (47) en el siglo XI en las Glosas Silenses, en 1150 en Navarra y de 1234 a 1264 posiblemente en Navarra y en Francia; *episcopum* (18) en 1132 en Francia, y de 1249 a 1256 posiblemente en Navarra; *episcopus* (107) en el 1013 probablemente en Castilla, en las Glosas Silenses, en el 1061, 1078 y 1097 en León, y en el 1063 en Castilla, entre 1132 y 1194 en Francia, posiblemente en Italia, en Aragón, en Italia, en Castilla y en Navarra, y de 1210 a 1288 en Aragón, Francia, Navarra e Italia; *episcopus* (1) en 1236 en Navarra, y *episcopues* (1) en 1259 en Francia, durante la cancillería de Teobaldo II. *Obispo* (67) entre 1218 y 1290 en Castilla, Navarra, Aragón, Francia y Túnez; *bispe* (3) y *bisbe* (3) en 1235 posiblemente en Navarra, y *bispo* (6) de 1235 a 1269 en Navarra. *Archiepiscopi* (3) de 1237 a 1265 en Navarra e Italia, *archiepiscopis* (2) entre 1249 y 1259 en Francia e Italia, *archiepiscopo* (3) de 1249 a 1266 en Francia y Navarra, *archiepiscoporum* (2) entre 1132 y 1134 en Francia y Castilla, y *archiepiscopus* (6) de 1132 a 1194 en Francia y Castilla, y de 1235 a 1236 en Castilla y posiblemente en Navarra. *Arcebispo* (2) en 1238 en Navarra, y *arçobispo* (2) en 1259 en Castilla. *Episcopale* (1) en 1299 en Francia, *episcopattum* (2) en el 1013 posiblemente en Castilla, *episcopatum* (1), *episcopatu* (1) y *episcopatus* (1) en 1235 en Navarra.

episcopo se halla en las Glosas Silenses y en un documento del 1011 escrito en Castilla; *episcopus* se encuentra en el documento del 1013 redactado posiblemente en Castilla, en las Glosas Silenses, en escritos de León entre 1061 y 1097 y en un documento localizado en Castilla del 1063. En el siglo XII aparece *episcopi* en Aragón, *episcoporum* y *episcopum* en Francia, *episcopo* en Navarra y *episcopus* en Francia, Italia, Aragón, Navarra y Castilla. En el siglo XIII se documentan todas las formas de la variante latina de *obispo* en Navarra, Francia, Italia, Castilla y Aragón. También de los siglos XII y XIII son todas las formas de la variante latina de *arzobispo*; así, *archiepiscopus* y *archieposcoporum* se localizan en el siglo XII, en Francia y Castilla, y *archiepiscopi*, *archiepiscopis*, *archiepiscopo* y también *archiepiscopus* en el siglo XIII, en Navarra, Italia, Francia y Castilla. Las formas de los derivados se documentan, con excepción de *episcopattum*, en el siglo XIII, *episcopale* en Francia y *episcopatum*, *episcopatu* y *episcopatus* en Navarra. La mayor frecuencia de aparición de las variantes latinas, sobre todo en los siglos XII y XIII en el caso de estas palabras, se debe a la tendencia a redactar en latín los documentos relacionados con el ámbito eclesiástico. Las variantes romances se documentan en un número mucho menor de ocasiones, son todas del siglo XIII. *Obispo* se encuentra en escritos redactados en Castilla, Navarra, Aragón, Francia y Túnez, en la cancillería de Teobaldo II, *bispe* y *bisbe* posiblemente en Navarra, *bispo* y *arcebispo* en Navarra y *arçobispo* en Castilla.

La presencia de la variante latina de *obispo* desde principios del siglo XI, con sus diferentes variaciones casuales incluso ajustadas en muchos casos a la función sintáctica que desempeñan en la mayor parte de las ocasiones y sin apenas vacilaciones o ultracorrecciones gráficas, se debe al uso del sistema gráfico latino de escritura y a tratarse de una palabra propia del ámbito eclesiástico, o del latín cristiano. Es decir, siempre que había que mencionar a un obispo como testigo del acto de escrituración se recurría a la variante latina, que en el

siglo XI se utilizaba correctamente, pero que con el paso del tiempo, aunque seguía estando presente de forma frecuente en los documentos, empezaba a resultar extraña a los escribas, de ahí que la escribieran en el siglo XIII con alguna vacilación o ultracorrección gráfica (*episcopu*, *episcopues*). También debió influir en ello la presencia cada vez más fuerte a partir del siglo XII, pero sobre todo del XIII, de las variantes romances. La documentación tardía de estas variantes se debe a la fuerte tendencia a redactar en latín los documentos relacionados con el ámbito eclesiástico, de ahí que se recurriera a la forma latina con más frecuencia, tanto para redactar los documentos con apariencia latinizante, es decir, haciendo uso únicamente de las grafías latinas en el siglo XI, como para escribir en latín el texto latino de las Glosas y los diplomas de los siglos XII y XIII. La utilización de la variante latina de *arzobispo* también se debe a la intención latinizante de los escribas reflejada en la redacción documental en latín; sin embargo, su documentación tardía podría indicar una introducción con posterioridad a *episcopus*, es decir, cuando surgió la necesidad de crear un nuevo cargo eclesiástico. Además, en el caso de las variantes romances de estas palabras, no ha de hablarse de semicultismo, sino únicamente de formas con diferentes evoluciones romances en las que debió influir el factor diatópico, esto es, mientras en el área de Navarra predominan las formas con aféresis y en caso de restituir la vocal se opta por la etimológica *e-*, en Castilla sólo se utilizan las formas con *o-* inicial, incluso es mucho menos frecuente en esta área la variante latina con *e-*, que sólo se documenta en el siglo XI, cuando únicamente se utilizaba la variante latina en la escritura.

Por otro lado, las formas latinas de los derivados *episcopal* y *episcopado* es posible que también estuvieran presentes desde antiguo, al lado de *episcopus*, como parece demostrar el hecho de que *episcopattum* aparezca ya en el año 1013, y con el paso del tiempo se escriban con algunas vacilaciones gráficas como *episcopatu* en el siglo XIII. Su

documentación temprana y su presencia a lo largo de los siglos hace que deban ser consideradas como arcaísmo gráficos.

7.2.73. Octubre

Esta palabra aparece en veinticinco ocasiones con tres formas diferentes, dos de las cuales se encuentran en documentos o en fórmulas de datación redactados tanto en latín como en romance. En primer lugar, *octobri* (2) y *octobris* (5) en escritos en latín y junto a ellas *octobre* (9) en documentos en romance y en una ocasión también en un escrito en latín. Estas formas se caracterizan por la presencia de la *o* tónica y del grupo *-ct-*. En segundo lugar, *octubri* (1), *octubris* (2) se hallan en diplomas o fórmulas de datación redactados en latín y a su lado *octubre* (4) en escritos en romance y *octubres* (1) en un documento en latín. La característica que une a estas variantes es, además de la presencia del grupo *-ct-*, la de la *u* tónica. En tercer lugar, otra variante es *otubre* (1), que presenta *u* tónica, igual que la variante anterior, pero se distingue de ella y de la primera en la reducción del grupo latino *-CT-* en *-t-* y aparece en un documento redactado en romance.

Corominas, tras analizar las diversas formas etimológicas propuestas para explicar el origen de estas y otras variantes de la palabra *octubre*, considera que procede "del lat. OCTOBER, -BRIS, más exactamente de una variante del mismo cuya forma precisa no puede asegurarse: osco o lat. OHTUFRI, o quizá más bien lat. vg. OCTOBRIUS, con influjo posterior del lat. cl. OCTOBER"²⁸⁵.

Las fechas tardías de las variantes que se encuentran en nuestro corpus no arrojan ninguna luz acerca de estas disquisiciones. Todas las formas son del siglo XIII, a excepción de *octubres* que se documenta a mediados del siglo XI en un

²⁸⁵ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. IV, p. 262.

texto que Corominas considera escrito en "bajo latín"²⁸⁶ y que interpretamos como un ejemplo de la utilización que se hacía en esta fecha de las grafías latinas encubridoras del romance en este caso. En cuanto a las datas tópicas, *octobri* y *octobris* se localizan en Italia, Francia y Navarra, *octobre* en Navarra, *octubris* en Castilla y Navarra, *octubri* y *octubre* en Navarra, *octubres* en el área de León y *otubre* en Castilla²⁸⁷.

Todos estos datos nos permiten extraer algunas conclusiones. Por un lado, se aprecia que en el siglo XIII en los documentos o fórmulas de datación en latín aparecían tanto las formas con *o*, como las formas con *u* y lo mismo ocurría en los documentos o dataciones en romance. La explicación tal vez se encuentre en que frente a la forma oral común con *u*, cuya existencia temprana parece demostrar la variante *octubres*, del año 1055, y que sigue utilizándose en el siglo XIII, empezó a hacerse uso tardíamente de la variante con *o*, debido al interés de latinización de los escribas. Por otro lado, en cuanto a la presencia del grupo latino *-CT-*, se observa que éste era dominante desde las primeras documentaciones, al menos en el área de Navarra, ya que en Castilla aparece la alternancia *-ct-/t-*, aunque el hecho de que *otubre* se encuentre una sola vez no tiene suficiente valor probatorio. En opinión de Corominas, ello se debe a que "*octubre* sufrió un proceso de readaptación al latín notarial, al cual se debe indudablemente el *-ct-* moderno", y que podría explicar también la presencia de *-bre* (en su opinión, "la sustitución de *-brio* por *-bre*")²⁸⁸. La ausencia de otras variantes con evoluciones diferentes, excepto *otubre*, con reducción del grupo *-CT-* > *-t-*, pero que sólo se halla en una

²⁸⁶ *Ibid.*

²⁸⁷ *Octobri* (2) se documenta en 1162 en Italia y en 1234 posiblemente en Navarra, *octobris* (5) de 1235 a 1269 en Navarra y en Francia, en algunas ocasiones durante la cancillería de Teobaldo II, *octobre* (9) entre 1235 y 1269 en Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia en la cancillería de Teobaldo II. *Octubri* (1) aparece en 1236 en Navarra, *octubris* (2) en 1221 en Castilla y en 1269 posiblemente en Navarra, *octubre* (4) de 1237 a 1269 en Navarra y posiblemente en Navarra, y *octubres* (1) en 1055 en Pámanes. *Otubre* (1) se encuentra en 1299 en Castilla.

²⁸⁸ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. IV, p. 263.

ocasión, y la localización temprana de las variantes con *-ct-* nos impide afirmar que esta palabra sea una forma culta, tal como sostiene la teoría tradicional, además, aparece tanto en las variantes con vocal *o*, es decir, escritas de forma más latinizante, como en las que reflejan la pronunciación romance con *u*. Debe tratarse como una de las posibles soluciones en romance del grupo latino. Pudo influir en ello, sin embargo, el hecho de que esta palabra apareciera en las dataciones formularias antiguas escrita con *-ct-*, por lo que podría interpretarse como un rasgo arcaico manifestado en una parte concreta de la palabra.

Por lo tanto, en el caso de la palabra que nos ocupa, ha de considerarse la posibilidad de que la presencia del grupo *-ct-* aparezca bien por tratarse de una de las posibles soluciones del grupo latino en romance, bien por arcaísmo, bien por influencia de una palabra presente en las dataciones de los formularios antiguos escrita a la manera latina y que actuó como arcaísmo.

7.2.74. Pagador

Esta palabra que se documenta en diez ocasiones sólo presenta variantes romances, en concreto dos, una es *pagador* (4), en plural *pagadores* (3) y *pagadors* (1), y la otra variante es *paguadors* (2).

Todas estas formas son del siglo XIII y se localizan en Navarra²⁸⁹. Las formas *pagadors* y *paguadors* aparecen en un documento que presenta características lingüísticas navarras y occitanas, de ahí la manera de formar el plural con apócope de *-o* en final no absoluto. Además, en la scripta navarra la grafía *gua* representa el sonido [ga], del mismo modo que *qua* representa [ka], por lo que no ha de suponerse la pronunciación de la *u* en la variante *paguadors*. Así pues, se trata únicamente de una

²⁸⁹ *Pagador* (4) se documenta en 1247 y 1264 en Navarra, *pagadores* (3) en 1247, en Navarra también, *pagadors* (1) y *paguadors* (2) aparecen en el mismo documento de 1235, escrito posiblemente en Navarra.

alternancia gráfica, que, además, queda demostrada por el hecho de que *paguadors* se encuentre en el mismo documento en el que está *pagadors*, es decir, que al escribir la *u* el notario no pretendía señalar que debía pronunciarse [gwa] en este caso.

7.2.75. **Pecha, Pechero**

La palabra *pecha*, que deriva del latín PACTA, plural de PACTUM, con el significado de 'tributo', se documenta en cincuenta y tres ocasiones, en las que se incluye el derivado *pechero* que aparece una vez. Las variantes se distribuyen entre una que intenta aproximarse a la forma latina, escrita incluso con variaciones de caso: *pecta* (7), *pectam* (5), *pectis* (1), y tres romances, una de ellas es *peita* (4), escrita también con una alternancia gráfica que parece originar otra variante, *peyta* (18), pero que deben entenderse como una sola forma, otra es *pecha* (9), en plural *pechas* (1) y la tercera se presenta como una variante especial ya que aúna una solución romance a la forma latina, *peycta* (6), y del mismo modo se escribe el derivado *peycteros* (1). Además, la variante romance *peita* se escribe una vez como si se tratara de una forma latina, ya que se presenta con la terminación propia del acusativo singular, *peitam* (1), en un documento redactado en latín.

Todas las variantes se documentan²⁹⁰ en el siglo XIII y en el área lingüística de Navarra por lo que no puede hablarse ni de evolución cronológica, ni de distribución diatópica, aunque se presenta en estas variantes un resultado propio de la scripta navarra coincidente con la aragonesa -it- < -CT-.

En primer lugar, en cuanto al grupo latino -CT-, éste se mantiene como -ct- en la variante que intenta aproximarse a la

²⁹⁰ *Pecta* (7), y *pectam* (1) se documentan entre 1234 y 1264, y *pectis* (1) en 1237, en Navarra y posiblemente en Navarra. *Pecha* (9) aparece de 1264 a 1269, *pechas* (1) en 1299, *peita* (4) de 1236 a 1238, *peitam* (1) en 1234, *peyta* (18) de 1234 a 1266, *peycta* (6) entre 1251 y 1264, y *peycteros* (1) en 1264, en Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia en la cancillería de Teobaldo I.

forma latina de esta palabra, y en las romances presenta dos resultados o evoluciones, el de la vocalización de la [k] en [i] que da lugar a la grafía *-it-*, también escrita *-yt-*, propia de la scripta navarra, aunque no de forma exclusiva, ya que a veces también aparece en ella el resultado palatal representado por el dígrafo *-ch-*, tal como demuestran las variantes de nuestra documentación localizadas tanto unas como otras en el área de Navarra. La solución *-yct-* es más extraña, la variante *peycta* (*peycteros*) parece que intenta aproximarse al latín en su representación gráfica, aunque se encuentra en documentos redactados en romance. Es decir, del mismo modo que ocurría en el caso de otras palabras ya analizadas, que presentaban variantes con esta grafía como las de *fruycto* o *feycto* por ejemplo, *peycta* también se escribe así con la única intención de mostrar el interés de los escribas de latinizar las palabras, utilizando, en este caso, grafías latinas, de ahí el mantenimiento de *-ct-*, aunque sin dejar de reflejar la pronunciación romance que se apreciaba en la presencia de la *-y-*. De este modo, la variante *peycta* debía pronunciarse [peita], igual que *peita* y *peyta*, pero en ella se ve el afán cultista de los escribas, que no reconocen que la [i] procede de la [k] latina y, por tanto, no deberían haberse escrito juntas. El intento de latinización queda reflejado también en la forma *peitam* que, a pesar de tratarse de una variante romance, recibe una apariencia latinizante, ya que el documento se redacta en latín, es decir, el oficial que la escribe en lugar de recurrir a la variante latina, tal vez por desconocimiento de ésta, únicamente latiniza la forma romance presentándola como un acusativo singular.

La característica que tienen en común todas las variantes es la del cierre de la vocal tónica, explicable en las variantes romances por influencia de la yod cuarta. Su presencia también en la variante *pecta* hace que deba considerarse a ésta no como latina, sino como romance, con forma latinizante igualmente, para la redacción en latín de los documentos.

7.2.76. Pieza

Esta palabra, que procede, según explica Corominas, "del célt. *PETTIA 'pedazo'", aparece en nuestra documentación en setenta y ocho ocasiones, con diversas variantes, algunas de las cuales presentan apariencia latina como si se tratara de una palabra de etimología latina. Una variante es *petia* (2), también escrita como *pecia* (2) y ésta, a su vez, con variaciones casuales: *peçiam* (3), y *peciam* (5). Esta forma se presenta en los documentos redactados en latín. Otra variante es *peça* (8), en plural *peças* (2), que también se halla en documentos redactados en latín, incluso con variación casual *peçam* (1), pero sobre todo en escritos en romance. La variante *pieça* (29), en plural *pieças* (20), sólo se encuentra en diplomas redactados en romance. Esta variante también se escribe como *piezas* (3), *pieca* (2) y *piecz* (1). Todas estas formas se documentan²⁹¹ en el siglo XIII en Navarra.

El tratamiento que recibe esta palabra en la escritura de los documentos notariales medievales no varía del que caracteriza a las que proceden del latín. Los notarios recurren a grafías latinizantes para escribir esta palabra, así la presentan en documentos redactados en latín como si se tratara de una voz procedente de esa lengua y con las mismas vacilaciones gráficas con que escriben las palabras de etimología latina. Es decir, junto a *petia*, escriben también *pecia*, *peciam* y *peçiam*, con grafías que indican la pronunciación de la sibilante. Eliminan la vocal *i* como si se tratara de una yod primera asimilada al sonido africado en *peça(s)*, *peçam*, *pieça(s)*, *pieca*, *piecz* y *piezas*, que incluso presentan las vacilaciones gráficas propias de la scripta navarra para escribir las predorso-dento-alveolares africadas con

²⁹¹ *Petia* (2) se documenta en 1235, *pecia* (2) y *peciam* (5) en 1235 y 1236, *peçiam* (3) en 1235, *peça* (8) de 1234 a 1244, *peças* (2) en 1244, *peçam* (1) en 1235, *pieça* (29) entre 1248 y 1266, *pieças* (20) de 1245 a 1299, *pieca* (2) en 1256, *piezas* (3) y *piecz* (1) en 1248, en Navarra y posiblemente en Navarra.

las grafías de la sorda y de la sonora (ç, z, y en este caso también c). Además, las últimas variantes se presentan con diptongación *ie* y la influencia occitana se deja traslucir en el grupo consonántico final de *pieçz*.

Para la explicación de esta palabra, *vid.* 7.2.3. ACEQUIA.

7.2.77. Plazo, Pleito

La palabra *plazo*, que procede, según Corominas, "del arcaico *plazdo*, y éste de PLACITUS, abreviación de DIES PLACITUS 'día (de plazo) aprobado (por la autoridad, etc.)', participio de PLACERE 'gustar', 'parecer bien'"²⁹², se localiza en tres ocasiones en nuestra documentación con dos variantes *plazo* (1) y *plazto* (1), también escrita *plaçtos* (1), que reflejan la caída de la vocal postónica y el mantenimiento, por tanto, de la dental sorda y con alternancia en cuanto a las grafías de las predorso-dento-alveolares africadas (z, ç), tal como era propio de la scripta navarra. La primera se halla en un texto leonés de mediados del siglo XI, redactado con grafías latinas que le proporcionan una apariencia latinizante, y las otras dos formas son del siglo XIII y se localizan en Navarra²⁹³ en documentos escritos en romance.

Aunque la presencia en estas formas del grupo inicial *pl-* no es razón suficiente, en opinión de Corominas, para considerar que se trata de cultismos, tal como hace Meyer-Lübke, él las interpreta como semicultismos o, en todo caso, como "voces hereditarias en las que prevaleció, por su significado jurídico, la pronunciación más conservadora de las clases elevadas". Además, añade que "se trata de un viejo término jurídico, propio entre todos los romances, del cast. y el port."²⁹⁴

²⁹² COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. IV, p. 577.

²⁹³ *Plazo* se documenta en el año 1055 en León, *plazto* en 1264, y *plaçtos* en 1248, en Navarra.

²⁹⁴ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. IV, p. 577.

Algunos autores como Badía Margarit o Wright se muestran reacios a considerar que la presencia de *pl-* se deba a la pronunciación de las clases elevadas y, por tanto, a calificar a esta palabra como semicultismo. Por ello, atendiendo al "criterio de la cronología del fenómeno", Badía²⁹⁵ estima que se trata de una palabra de la primera etapa de las dos por las que han pasado los grupos *pl-*, *cl-* y *fl-*, es decir, de conservación de este grupo, tal como hemos comentado a propósito de CLÉRIGO en el apartado 7.2.27 al que remitimos para más información. De este modo, *plazo* es una palabra plenamente romance.

Atendiendo a todas estas indicaciones y al comportamiento de esta palabra en el corpus, escrita con algunas vacilaciones gráficas en cuanto a la segunda parte de la palabra, pero sin alteraciones en la primera, consideramos que se trata de una palabra romance y que no es necesario recurrir a la pronunciación de las clases elevadas para explicar el grupo inicial *pl-* sin palatalización. En cambio, su probable presencia en formularios notariales antiguos sí pudo influir en el mantenimiento de este grupo inicial y, por lo tanto, en lugar de hablar de semicultismo, tal como hace la teoría tradicional, sería más conveniente entender una posible influencia arcaica, es decir, de la palabra propia de los libros antiguos jurídicos, aunque sólo en la primera parte de la palabra. La documentación parece confirmar esta suposición, puesto que esta palabra así escrita ya era patente a mediados del siglo XI y seguía apareciendo sin vacilación durante el siglo XIII. Sin embargo, quizá lo más conveniente sea considerar que se trata únicamente de una de las posibles soluciones romances del grupo inicial latino PL-.

Pleito aparece en el corpus en cuarenta ocasiones distribuidas entre dos variantes, con variaciones gráficas, *pleito* (26), en plural *pleitos* (1), escrita también *pleyto* (10) y *pleyt*,

²⁹⁵ BADÍA MARGARIT, A. M., *art. cit.* en la n. 135, pp. 148-150.

con apócope de la vocal -o, y *pleyto* (2). Todas estas formas se documentan²⁹⁶ en el siglo XIII y en escritos redactados en el área de Navarra y en la de Castilla. No puede hablarse de evolución cronológica, pero sí se observa una distribución diatópica atendiendo al hecho de que la variante con grafía -yct- se localiza en Navarra, igual que *fruycto*, *feyto* y *peycta*, por lo que podría decirse que estos casos de ultracorrección, o afán de utilizar grafías latinizantes junto a indicios de la pronunciación romance, son propios de la scripta navarra.

Corominas explica que *pleito* procede del "b. lat. PLACITUM", que en Francia tuvo un gran desarrollo y de donde lo tomó el aragonés, "de ahí el restablecimiento de la sorda por adaptación a la fonética de este dialecto". Es, por lo tanto, un galicismo antiguo cuya presencia en documentos aragoneses tempranos "explica que el diptongo *ai* evolucionara a *ei*, según la tendencia aragonesa, y no quedara en *ai* como en galicismos posteriores"²⁹⁷. Ello explica también la variante *pleyt*, de influencia galorrománica.

La variante *pleyto* se explicaría del mismo modo que *fruycto*, *feyto* y *peycta*. Es decir, -ct- sólo es una grafía latinizante que utiliza el escriba para dar una apariencia más latina, esto es, más culta a sus escritos, aunque la presencia de la *y* indica que la palabra no se pronunciaba con el grupo latino, sino con [i], del mismo modo que las otras variantes de las palabras *fruto*, *hecho* y *pecha*.

Bustos Tovar, para quien *pleito* es un semicultismo del lenguaje jurídico-administrativo, también establece que la

²⁹⁶ *Pleito* (26) se documenta entre 1237 y 1281 en Navarra y posiblemente en Navarra, *pleitos* (1) en 1299 Castilla, *pleyto* (10) de 1237 a 1299 en Navarra, posiblemente en Navarra, en Francia durante la cancillería de Teobaldo II y en Castilla, *pleyt* (1) en 1262 posiblemente en Castilla, y *pleyto* (2) en 1256 en Navarra.

²⁹⁷ No ha de pensarse, por lo tanto, según Corominas, en un *PLACTU que el primitivo romance aragonés tomara del latín de la Galia, como cree Menéndez Pidal, ya que esa forma no existió en Francia, ni tampoco en el latín vulgar *PLACTU, "propio y exclusivo de Aragón, e inexistente en el Sur y Norte de Francia, en Cataluña y en Castilla-León-Portugal" (COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. IV, p. 578).

presencia del grupo latino sin evolucionar puede deberse a dialectalismo²⁹⁸.

La explicación dialectal resulta válida en este caso, aunque no para interpretar la presencia de *pl-* inicial, sino el resultado *-it-* < *-CT-* latino, ya que se debe al asentamiento primero de esta palabra en el romance aragonés del que la tomaron los otros romances posteriormente.

Atendiendo a nuestra documentación y a las indicaciones de Badía, *pleito*, aunque sea una palabra propia del ámbito jurídico, ha de interpretarse, igual que *plazo*, como una palabra romance también, teniendo en cuenta que si esta palabra se introdujo tempranamente, la presencia de *pl-* se debe a que fue afectada por la primera etapa de evolución de los grupos *pl-*, *cl-* y *fl-*, la de mantenimiento, y no por la segunda de palatalización.

7.2.78. **Propio**

Esta palabra, tomada del latín *PROPRIUS*, aparece en cien ocasiones, distribuidas entre una variante latina y una romance.

La forma latina, es decir, con la segunda *r* conservada, se presenta con las siguientes variaciones casuales: *proprio* (8), *propria* (28), *proprium* (4), *propriam* (2), *proprii* (1), *proprios* (6), *proprias* (13), *propriis* (18) y *proprie* (2), con reducción de la terminación del genitivo femenino, tal vez debida a la pronunciación escolástica del latín medieval. Todas estas formas se encuentran en documentos redactados en latín, pero, además, *proprio*, *propria*, *proprios* y *proprias* también en escritos en romance.

Variante romance sería la que se presenta con pérdida de la segunda *r* por disimilación, aunque en la documentación aparece latinizada en algunas ocasiones, ya que se localizan diferentes formas con variaciones casuales como las de *propiam*

²⁹⁸ BUSTOS TOVAR, J. J. de, *op. cit.*, pp. 620 y 25.

(2), *propiae* (1), *propios* (2) y, de nuevo, *propie* (1) con reducción del genitivo femenino. *Propio* (4) y *propia* (5) se utilizan como formas romances y como formas latinas en su caso correspondiente, y *propias* (3) se usa sólo como forma romance. Es decir, mientras *propiam*, *propiae*, *propios* y *propie* se hallan únicamente en documentos redactados en latín, *propio* y *propia* se encuentran en escritos redactados tanto en latín como en romance y *propias* está en un diploma en romance.

En cuanto a las dataciones de tiempo y lugar²⁹⁹, la variante que conserva la segunda *r* aparece con anterioridad a la fecha propuesta por Corominas de su primera documentación, ya que mientras este autor la encuentra en los años 1184 y 1194, en nuestro corpus se localiza ya en el siglo XI, concretamente en el año 1062, en un documento redactado en León, con la forma *propria*, y en el texto en latín de las Glosas Silenses, con la forma *proprios*. Además, esta variante se encuentra en el siglo XII desde 1132 y es muy frecuente en el siglo XIII, en el que aparece con todas sus formas. En estos dos últimos siglos se localiza en Navarra, Aragón, Francia e Italia. La variante sin la segunda *r* por disimilación de líquidas se localiza únicamente en los siglos XII y XIII en Navarra Aragón y Francia.

De todos estos datos se pueden extraer algunas conclusiones. Únicamente se presenta en el siglo XI la variante latina, tanto en escritos redactados con apariencia latinizante, como el documento leonés de 1061 en el que *propria* se utiliza

²⁹⁹ *Propria* (28) aparece en el año 1060 en un documento redactado en León, en 1162 en Navarra y de 1234 a 1259 posiblemente en Navarra, en Navarra, en Francia, en las cancellerías de Teobaldo I y Teobaldo II, y en Italia, *propiam* (2) en 1154 en Aragón y en 1259 en Francia en la cancellería de Teobaldo II, *proprias* (13) de 1237 a 1264 en Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia en la cancellería de Teobaldo II, *proprie* (2) en 1157 en Navarra y en 1259 en Francia en la cancellería de Teobaldo II, *proprii* (1) en 1249 en Francia, *propriis* (18) de 1132 a 1188 en Francia, posiblemente en Italia y en Italia, y entre 1233 y 1270 en Aragón, Francia, en algunas ocasiones durante la cancellería de Teobaldo II, y en Navarra, *proprio* (8) de 1237 a 1264 en Navarra, Aragón y Francia, en la cancellería de Teobaldo II, *proprios* (6) en el siglo XI en las Glosas Silenses y de 1238 a 1255 en Navarra y posiblemente en Navarra, y *proprium* (4) en 1255 en Navarra. *Propia* (5) se documenta de 1150 a 1164 en Navarra y Aragón, y de 1238 a 1252 en Navarra y Francia, *propiae* (1) en 1244, *propiam* (2) en 1157 y en 1238, y *propias* (3) entre 1253 y 1264, todas en Navarra, *propie* (1) en 1154 en Aragón, *propio* (4) en 1154 en Aragón, en 1157 en Navarra, en 1249 en Francia y en 1281 en Navarra, y, por último, *propios* (2) en 1249 y 1256 en Francia y en Navarra.

como acusativo acompañando a *villam nostra*, como en escritos redactados intencionadamente en latín, como el texto latino de las Glosas Silenses en el que *proprios* funciona como acusativo plural. En los siglos XII y XIII se vacila en la escritura entre la variante latina y la romance, al menos en Navarra y Aragón. Además, algunas formas de la variante latina se encuentran en documentos redactados no sólo en latín, sino también en romance, concretamente las que no presentan desinencias casuales y sólo indican género y número como las romances, es decir, las formas *propria(s)*, *proprio(s)*, aunque esto sólo ocurre en el siglo XIII. Asimismo, la variante romance se presenta en ocasiones latinizada, esto es, con desinencias casuales propiamente latinas (*propiae*, *propiam*, *propie*) en documentos redactados en latín en los siglos XII y XIII y, en las mismas fechas también, aparece con las formas *propia* y *propio* en algunos diplomas escritos en latín y en otros redactados en romance, mientras que *propias* sólo está en escritos en romance y *propios* únicamente en documentos en latín.

Todo ello indica la alternancia de las dos variantes en la escritura por parte de los escribas. La vacilación gráfica queda así de manifiesto. La presencia de la variante latina en el siglo XI se debe a la utilización del sistema gráfico del latín, mientras que en los siglos XII y XIII, sobre todo en éste último, se debe al afán latinizante de los escribas que les lleva a latinizar incluso la variante romance, a utilizar la latina en la redacción documental en romance, etc., a causa también del evidente polimorfismo gráfico que caracteriza la escrituración notarial medieval hispánica. En las cortes papales de Francia e Italia, con el renacimiento de la lengua y cultura latina, la variante latina adquiere mayor relevancia, aunque la vacilación no está totalmente ausente por el evidente influjo de la oralidad.

7.2.79. Querella, Querelloso

De la palabra *querella* y sus derivados, que aparecen en veinte ocasiones, hay una variante latina *querelam* (4) y de la misma familia léxica *querelantibus* (1), y las romances *querella* (6), con sus derivados *querelloso* (1) y *querellados* (1), *quereylla* (3), *cherela* (1) y su derivado *chereloso* (1). Además, se encuentra también la variante *querelas* (2) utilizada como romance aunque con forma latina.

Todas estas formas, tanto la latina como las romances, se documentan³⁰⁰ en el siglo XIII en Navarra, en Castilla y en la corona aragonesa. En el área de Navarra se encuentran las variantes que representan la palatal lateral sonora con las grafías -yll-, propia de su scripta (*quereylla*) y -ll- (*querella*, y *querellados* se halla en un documento que pudo redactarse bien en Navarra, bien en Aragón, obra de Pedro Cadel, notario de Pedro Cornel, de posible origen tanto aragonés como navarro³⁰¹). Además, esta grafía -ll- es la propia de la scripta castellana, de ahí que las variantes que la presentan se localicen también en Castilla (*querella*, *querelloso*). En esta última área lingüística se encuentra además la variante *cherela*, *chereloso*, con la grafía ch- para representar la velar oclusiva sorda [k]. La variante latina *querelam* se localiza en Navarra y el derivado *querelantibus* en Barcelona, esto es, en la Corona de Aragón. Asimismo, *querelas* aparece en diplomas redactados en Navarra,

³⁰⁰ *Querelam* (4) se documenta en 1255 en Navarra, *querelantibus* (1) en 1298 en Barcelona, *querelas* (2) en 1237 en Navarra, *querella* (6) de 1247 a 1296 en el área lingüística castellana y en una ocasión en Navarra, *querellados* (1) en 1249 posiblemente en Navarra, aunque el documento parece presentar más rasgos lingüísticos del romance aragonés que del navarro, *querelloso* (1) en 1296 en Castilla, *quereylla* (3) de 1237 a 1259 en Navarra y en Francia, en la cancillería de Teobaldo II, y *cherela* (1) y *chereloso* (1) en 1220 en Castilla.

³⁰¹ Los rasgos lingüísticos que presenta el documento redactado por este notario, de origen posiblemente aragonés, no permiten afirmar con toda seguridad que deba adscribirse al romance navarro, tal como hace Pérez-Salazar (PÉREZ-SALAZAR RESANO, C., *art. cit.*, en la n. 99, p. 754 y ss.), ya que la mayor parte de sus características son comunes a los romances navarro y aragonés, como, por ejemplo, la vacilación vocálica, la apócope de -e y -o finales, la presencia del grupo consonántico final -nt, la vacilación en el uso de la h- < H- inicial latina, la pérdida de G- ante vocal palatal -e en los derivados de GERMANU, la vocalización y posterior reducción del grupo latino -TR-, etc.

aunque en romance. En cuanto a estas últimas variantes hay que señalar algunas precisiones.

Si como dice Corominas esta palabra procede "del lat. imperial QUERELLA (clásico QUERELA)"³⁰², parece que tanto la variante latina *querelam* y su derivado *querelantibus*, como la que se utiliza en un documento redactado en romance con la forma *querelas* podrían aparecer o bien por el afán latinizante del notario de escribir la forma con apariencia más latina, o bien sólo por una cuestión de alternancia gráfica *-l-/ -ll-*, *-yll-*, dado que también se encuentra esta grafía *-l-* en las variantes *cherela*, *chereloso* y *querelas*. Por lo tanto, ha de interpretarse como una de las posibles grafías romances para representar la palatal lateral, o debida a razones latinizantes del oficial que las utiliza en su intento de escribir la palabra con una forma que reflejara menos la pronunciación romance palatal. Sin embargo, no hay que descartar que puedan darse las dos posibilidades a la vez, es decir, que se encuentre en la variante latina por el deseo latinizante del escriba, mientras que en las romances sea una de las posibles soluciones gráficas para representar en la escritura la palatal lateral. Además, podría incluso pensarse que la aparición de la grafía *-l-* en las variantes romances se debiera a la influencia ejercida por la variante latina, considerada como forma escrita más correcta por aquellos que sentían un gran deseo de latinizar sus escritos, sobre todo, las palabras propias del ámbito jurídico, como sería ésta que nos ocupa, o eclesiástico, tal como muestra todo el análisis lingüístico de los documentos notariales medievales.

³⁰² COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. IV, pp. 716-717. *Vid.* también para el significado de la palabra.

7.2.80. Remedio

Esta palabra, que se encuentra en treinta ocasiones, presenta una variante escrita en latín *remedium* (7) y otra romance escrita con la alternancia gráfica *i/y*, es decir, *remeillo* (1) y *remeyllo* (1). Además, también aparece la forma *remedio* (21) utilizada tanto en documentos redactados en latín, por lo que podría pensarse que se trata de una variante latina en caso ablativo, como en documentos escritos en romance, como si fuera una más de las variantes romances. Ello lleva a plantear si se trata de la forma latina introducida en el romance, tal como considera la teoría tradicional y de ahí que le otorgue el calificativo de forma culta o, más concretamente, de semicultismo porque junto al mantenimiento de la *-di-* presenta evolución vocálica romance en el cierre de la E breve tónica que no diptonga, o de una de las posibles variantes romances, esto es, con un resultado romance *-di-* en convivencia con el palatal lateral que se refleja en las otras variantes que presentan las grafías propias de la scripta navarra por la anteposición de *i/y* a *ll*, es decir, *-ill-*, *-yll-*.

La variante *remedio* se localiza en nuestra documentación desde el siglo X y también a principios del XI. Asimismo, es la más frecuente en los siglos XII y XIII tanto en documentos escritos en latín como en romance y en todas las áreas lingüísticas ya que se encuentra en el siglo X en un documento redactado en León y en el XI en un escrito localizado posiblemente en Castilla, mientras que en el siglo XII se halla en Navarra y en el XIII en Aragón y Navarra. *Remedium*, por su parte, tiene como data crónica el siglo XIII y como datas tópicas las de Aragón y Navarra. *Remeillo* y *remeyllo* se encuentran en un documento de finales del siglo XIII redactado en Navarra³⁰³.

³⁰³ *Remedium* (7) se documenta entre 1210 y 1259 en Aragón, en Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia en la cancillería de Teobaldo II. *Remedio* (21) se encuentra en el año 938 en León, en el 1025 posiblemente en Castilla, en el 1150 en Navarra, y de 1225 a 1298 en

Se observa, en primer lugar, una distribución diatópica, es decir, mientras las variantes romances con resultado palatal sólo se localizan en Navarra, la variante *remedio*, utilizada como forma latina y como forma romance, es propia tanto del área de Navarra, donde convive con las otras variantes romances, como de las áreas de León, Castilla y Aragón. Por lo tanto, siguiendo el criterio de "geográfica fonética" propuesto por Badía Margarit³⁰⁴, la palabra *remedio* dejaría de considerarse como semiculta para pasar a entender que presenta uno de los posibles resultados romances de -Dy- del latín, con el objeto de establecer una diferencia dialectal con *remeillo*.

Sin embargo, parece que también han de tenerse en cuenta otros datos. En el caso de la variante latina *remedium*, ésta se encuentra siempre formando parte de la fórmula *ob remedium anime nostre*, con algunas variaciones gráficas, y ocurre lo mismo, de modo aproximado, con *remedio* ya desde el año 938. Por ello no importa que los documentos de los del siglo X y XI no estén escritos en latín, sino con grafías latinizantes, ni que aparezca como variante latina o romance, esto es, en diplomas redactados en latín o en romance en los siglos XII y XIII, ya que se trata de una forma presente en las fórmulas de suplicatorio de los formularios antiguos utilizados en los siglos X y XI y a los que debían seguir recurriendo los escribas durante los siglos siguientes.

Por esta razón, *remedio*, en convivencia con otras variantes romances, al menos en el área lingüística Navarra, podría considerarse como una variante con influencia de la forma que aparece en las fórmulas, en cierto modo arcaica atendiendo a su temprana localización y no sólo gráfica, sino también en cuanto a la pronunciación en este caso. Su presencia en las fórmulas antiguas ha podido asegurar su perpetuidad oral y

Aragón, Navarra, Francia y Túnez, en éstos dos últimos durante la cancillería de Teobaldo II. *Remeillo* (1) y *remeyllo* (1) se localizan en un diploma redactado en Navarra en el año 1281.

³⁰⁴ BADÍA MARGARIT, A. M., *art. cit.* en la n. 135, pp. 150-153.

escrita, de ahí que siga apareciendo con fuerza en los siglos XII y XIII en documentos escritos en latín y en romance y, asimismo, tenga una fuerte presencia en el siglo XIII la forma *remedium*.

Así pues, el resultado romance *-di-* del grupo latino *-Dy-* puede verse favorecido o apoyado por la presencia de esta palabra en los formularios antiguos. En cualquier caso, *-di-*, en lugar del resultado palatal, no es una excepción por la que deba considerarse la palabra como culta, tal como hace la teoría tradicional.

7.2.81. **San, Santo**

Esta palabra se encuentra en seiscientas tres ocasiones con formas latinas y romances, aunque tanto unas como otras aparecen indistintamente en los documentos redactados en latín y en romance. La variante latina presenta las siguientes variaciones casuales *sanctus* (3), *sanctum* (11), *sancti* (150), *sancto* (5), *sanctos* (23), *sanctorum* (12), *sanctis* (2), *sancta* (85), *sanctam* (3), *sanctae* (1), *sanctas* (1) y *sanctarum* (1). Además, se presenta con grafías ultracorrectas en *sanctii* (1), utilizado como genitivo, y *sancte* (60), con una reducción de la terminación del genitivo femenino debida probablemente a la pronunciación escolástica del latín medieval. También se encuentra el derivado *sanctissimo* (1), con la adición de la terminación propia del superlativo latino *-issimo*. Las variantes romances son tres: *santo* (3), en plural *santos* (12) y en femenino *santa* (49), y las formas apocopadas por aparecer en posición proclítica *san* (12) y *sant* (157). Asimismo, otras variantes romances se presentan latinizadas, es decir, con apariencia latinizante que se aprecia en la adición de las desinencias casuales en *santum* (1), *santi* (4), *santam* (1), *sante* (3) o con grafías ultracorrectas en *santta* (1).

En cuanto a las dataciones tóxico-crónicas³⁰⁵, la variante latina se documenta desde mediados del siglo VIII en que aparecen en una pizarra visigoda las formas *sanctus* y *sancti*. En el siglo X se localiza *sancta* y *sancte* en dos documentos leoneses, y en el siglo XI también *sancta* en Castilla, León y en el texto latino de las Glosas Silenses, en las que se encuentra igualmente *sanctas* como una glosa, *sancti* en las Glosas Emilianenses y Silenses, en Castilla y en León, *sanctis* y *sanctarum* en León, *sanctorum* en las Glosas Emilianenses y en Castilla, *sanctus* y *sanctum* en las Glosas Silenses, *sanctos* y *sancte* en las Glosas Silenses y en Castilla, *sancto* en las Glosas Emilianenses y *santta* en Castilla. En el siglo XII se encuentran las variantes *santa*, *sancta*, *sancte*, *sancti*, *sanctis*, *sancto* y

³⁰⁵ *Sanctus* (2) se localiza en el año 750 en una pizarra visigoda, y en el XI en las Glosas Silenses. *Sancta* (85) en el año 938 en León, de 1011 a 1097 en Castilla, León, y en las Glosas Silenses, de 1150 a 1191 en Castilla y Navarra, y entre 1221 y 1270 en Castilla, Aragón, Navarra, posiblemente en Navarra, en Francia y en Túnez, en la cancillería de Teobaldo II. *Sanctum* (10) de 1234 a 1269 en Castilla, Navarra y Francia. *Sanctam* (3) de 1238 a 1255 en Navarra. *Sancti* (138) se encuentra en el año 750 en una pizarra visigoda, desde principios del siglo XI hasta el año 1097 en las Glosas Emilianenses, en Castilla, posiblemente en Castilla, en las Glosas Silenses, y en León, de 1102 a 1191 en Castilla, Francia, posiblemente en Italia y en Italia, y entre 1234 y 1270 en Navarra, Francia, posiblemente en Navarra, en Aragón, en Castilla y en Italia. *Sanctae* (1) en 1270 en Túnez, en la cancillería de Teobaldo II. *Sanctos* (21) en el 1013 posiblemente en Castilla y en las Glosas Silenses a mediados del siglo XI como una glosa del texto latino: *De palles uel ministeriis diuinis [sanctos], nec...*, y entre 1234 y 1264 en Navarra y posiblemente en Navarra. *Sanctas* (1) a mediados del siglo XI como una de las Glosas Silenses: *Femine religiosa [et sanctas mondas] ab omni carne abatineant*. *Sanctis* (2) en 1078 en León y en 1132 en Francia. *Sancto* (4) en 1174 en Castilla, y de 1234 a 1249 en Castilla, Navarra y Francia. *Sanctorum* (12) en el siglo XI en las Glosas Emilianenses, y en 1013 y 1025 posiblemente en Castilla, de 1132 a 1188 en Francia, posiblemente en Italia y en Italia, y entre 1234 y 1255 en Navarra. *Sanctarum* (1) en el 1061 en León. *Sanctissimo* (1) en 1256 posiblemente en Navarra. *Sanctii* (1) en 1234 en Navarra. *Sancte* (60) se localiza en el 980 en León, del 1013 hasta mediados del siglo XI de forma aproximada posiblemente en Castilla, y en las Glosas Silenses, de 1132 a 1188 en Francia, posiblemente en Italia, en Aragón, en Italia y en Navarra, y entre 1234 y 1298 en Navarra, posiblemente en Navarra, en Francia y en Aragón. *Santo* (2) se documenta en 1253 y 1296, y *santos* (8) de 1296 a 1298 en Navarra y en Castilla, *santa* (49) en 1157 en Navarra y de 1230 a 1299 en Navarra, Aragón, Francia, Castilla y posiblemente en Navarra, *santta* (1) en el 1013 posiblemente en Castilla, *santam* (1) en 1234 en Castilla, *sante* (3) de 1236 a 1259 probablemente en Navarra y en Francia, en la cancillería de Teobaldo II, *santum* (1) en 1259 en Francia, en la cancillería de Teobaldo II, *santi* (3) de 1230 a 1266 en Navarra. *San* (12) se encuentra entre 1237 y 1298 en Navarra y Francia durante la cancillería de Teobaldo II, y *sant* (157) de 1220 a 1296 en Castilla, Navarra, Aragón, posiblemente en Navarra, Francia y Túnez, en la cancillería de Teobaldo II. Los compuestos *Spiritus Sanctus* (1) en el año 750 en una pizarra visigoda, *Spiritu Sancto* (2) en las Glosas Emilianenses a principios del siglo XI, *Spiritum Sanctum* (1) en las Glosas Silenses a mediados del siglo XI, *Spiritus Sancti* (12) en el siglo XI en las Glosas Emilianenses, en el año 1013 posiblemente en Castilla, de 1154 a 1157 en Aragón y Navarra y entre 1234 y 1265 en Navarra y en Francia en la cancillería de Teobaldo II, y *Spiritu Santi* (1) en 1238 en Navarra, y *Spiritu Santo* (1) en 1290 en Castilla. *Todos Sanctos* (2) en 1248 y 1270 en Navarra y Túnez, en la cancillería de Teobaldo II, y *Todos Santos* (4) en 1264 en Navarra y posiblemente en Navarra.

sanctorum y en el siglo XIII aparecen las formas *sancta*, *sanctae*, *sanctam*, *sancti*, *sanctii*, *sanctissimo*, *sancto*, *sanctorum*, *sanctos*, *sanctum*, *santa*, *santam*, *sante*, *santi*, *santo*, *santos*, *santum*, *san* y *sant* distribuidas entre Castilla, Aragón, Navarra, Francia e Italia,

Algunas de las conclusiones que se pueden extraer de todos estos datos son las siguientes.

Del siglo VIII al XI sólo aparece la variante latina, escrita, además, sin apenas vacilaciones, sólo las de *sancte* y *santta*, y con la terminación casual correspondiente a la función sintáctica ya en la pizarra visigoda. Solamente se localizan algunos casos de *sancta* en función de complemento del nombre, aunque para indicarlo se hace uso de la preposición *de*, o de *sancti* como dativo o ablativo, en lugar de genitivo. Incluso se utiliza esta variante latina para glosar el texto en latín de las Glosas Silenses, lo que demuestra que, aunque algunos de los documentos en esta fecha no estén redactados en latín sino con escritura latina únicamente, siempre se utilizaba la variante latina en la escritura.

En los siglos XII y XIII conviven las variantes latina y romance sin apreciarse distribución diatópica en su uso. Esta coexistencia de la variante latina y la romance se percibe sobre todo en el siglo XIII, en el que la vacilación entre ambas queda de manifiesto con la presencia de la variante latina en documentos redactados en romance -*sancta*, *sanctae*, *sancti*, *sancto* y *sanctos*- y de la variante romance en documentos escritos en latín -*santa*-, incluso latinizándola, esto es, dándole una apariencia latinizante con la adición de sufijos casuales -*santam*, *santi*, *santum* y *sante* (por *santae* o *sanctae*, es decir, con reducción de la terminación del genitivo o dativo femenino)-. La vacilación entre las formas latinas y romances llega a producirse incluso en los mismos documentos (*Santam Mariam* frente a *Sanctum Martinum* en un diploma de 1234 redactado en Castilla por ejemplo). También se dan casos en los que el documento está redactado en romance, pero la fórmula,

principalmente de fechación, en la que aparece esta palabra lo está en latín, de ahí su apariencia latinizante en muchas ocasiones. Del siglo XIII también son las variantes apocopadas *san* y *sant* que no se documentan con anterioridad, a pesar de presentarse la palabra en posición proclítica la mayor parte de las veces, y se encuentran en documentos redactados en romance sobre todo, pero también en algunos en latín.

Todo ello parece indicar que la presencia en esta palabra del grupo latino -CT- y su reducción o simplificación a -t- no es una cuestión de evolución cronológica. Se trata de una palabra cuya aparición debía de ser frecuente no sólo en los libros litúrgicos, sino también en los formularios latinos antiguos a los que se recurría para escribir "con corrección" las fórmulas de los documentos notariales. Por ello, no es de extrañar que hasta finales del siglo XI únicamente se escribiera esta palabra con una forma, la latina, aunque la presencia de alguna variante como *santta* a principios del siglo XI parece indicar que la pronunciación de este grupo latino no era la de [kt], sino [t] y el oficial encargado de la redacción, al reducir en la escritura el grupo latino, escribe en esta palabra por ultracorrección el dígrafo -tt-. Sin embargo, esta presencia de la oralidad en la escritura no se hace plenamente patente hasta el siglo XIII, es decir, la forma latina escrita sigue teniendo vigencia hasta esa fecha en que la pronunciación empieza a imponerse a la escritura, aunque no de forma total, de ahí las vacilaciones gráficas en el uso de esta palabra debidas, por un lado, al intento de mantener en la escritura la forma latina y, por otro lado, al reflejo en ésta de la pronunciación.

De este modo, la existencia desde antiguo de la variante latina de la palabra que nos ocupa en la escritura y no en la pronunciación y el hecho de tratarse de una palabra de aparición posible de los libros de fórmulas y de la liturgia lleva a considerar que se trata de un arcaísmo gráfico, no oral. Este arcaísmo escrito siguió utilizándose de forma casi exclusiva hasta el siglo XIII en el que la pronunciación empezó a imponerse a la

escritura, dando lugar a numerosas vacilaciones gráficas que demuestran la indistinta utilización por parte de los escribanos de las variantes latina y romance en sus propios contextos o fuera de ellos, esto es, que estas variantes aparecían tanto en documentos redactados en latín como en los escritos en romance y únicamente seguían escribiendo la forma latina por su afán de latinizar. Por otro lado, en las cortes papales de Italia y en Francia la utilización de la variante latina únicamente, sin vacilaciones o alternancias con las variantes romances, se debe a la introducción de la norma purista latina que acompaña al renacimiento cultural latino.

7.2.82. Sello, Sellado

La palabra *sello* y sus derivados aparecen en trescientas cinco ocasiones³⁰⁶ distribuidas entre diferentes variantes, cada una de las cuales presenta numerosas formas o variaciones gráficas. Las variantes son cinco, una latina, *sigilo*, y cinco romances, *seello*, *siello*, *saello* y *scello*.

La variante latina *sigilo*, que se encuentra en cincuenta y siete ocasiones, aparece en los documentos con dos formas, una latina con variaciones casuales como las de *sigillum* (5), *sigilli* (22), *sigillo* (15), *sigilla* (5), *sigillorum* (4), *sigillis* (3) y su derivado *sigillata* (1), y otra forma con signos de evolución o adaptación romance como en el caso de *sigilo* (1), por un lado, con reducción consonántica de -LL- a -l- tal vez por

³⁰⁶ *Sigillo* (15) se documenta en 1237 en Navarra, *sigillum* (5) de 1237 a 1270 en Navarra y Francia en la cancillería de Teobaldo II, *sigilli* (22) de 1234 a 1267 en Francia en la cancillería de Teobaldo II, en Navarra posiblemente en Navarra y en Castilla, *sigilla* (5) de 1234 a 1266 en Navarra, *sigillorum* (4) de 1235 a 1244 en Castilla, posiblemente en Navarra y en Navarra, y *sigillis* (3) de 1234 a 1256 en Navarra y posiblemente en Navarra. *Sigillata* (1) en 1244, *sigillada* (1) en 1253, y *sigilo* (1) en 1237 en Navarra. *Seello(s)* (14) se localiza entre 1269 y 1299 en Navarra, en Francia en la cancillería de Teobaldo II, y en Castilla, *seeillo* (1) en 1270 en Francia en la cancillería de Teobaldo II, *seeyllo* (1) en 1281 en Navarra, *seellada/o* (13) de 1264 a 1299 en Navarra, en Francia en la cancillería de Teobaldo II, y en Castilla, *seeillada* (1) en 1270 en Francia en la cancillería de Teobaldo II, *seyllada* (3) de 1252 a 1269 en Navarra y posiblemente en Navarra, *segiello* (1) en 1243, *seieillo* (1) en 1238, *seyeillo* (5) de 1237 a 1281, *seyele* (1) y *seyelo* (1) en 1244, en Navarra, *seyello(s)* (26) de 1244 a 1270 en Navarra y posiblemente en Navarra, *seyeyllo(s)* (17) de 1237 a 1299 en Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia en la cancillería de Teobaldo II, *seiello(s)* (7) entre 1238 y 1248 en Navarra y en Aragón, *sejelo* (1) en 1225 en Castilla, *selleillo* (1) en 1243 en Aragón, obra del notario Esteban de origen posiblemente navarro, *seiellada* (1) en 1247, *seyeillada* (1) en 1253, *seyelada* (1) en 1244 y *seyellada* (2) en 1248 y 1264, en Navarra. *Sieillo(s)* (45) se documenta entre 1234 y 1269 en Navarra, en Francia en la cancillería de Teobaldo I y posiblemente en Navarra, *siello(s)* (11) de 1235 a 1270 en Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia en la cancillería de Teobaldo II, *sieyllo* (7) de 1245 a 1266 en Navarra y posiblemente en Navarra, *sigieyllo* (1) en 1254, *syeyllo* (1) en 1251, ambas en Navarra, *syello(s)* (5) de 1265 a 1281 en Navarra y en Francia en la cancillería de Teobaldo II, *sieillada* (7) de 1249 a 1296 en Navarra, *siellado* (1) en 1267 en Francia en la cancillería de Teobaldo II, *sieyllada(s)* (4) de 1250 a 1266 en Navarra y en Francia en la cancillería de Teobaldo I, y *syellada* (1) en 1266 en Navarra. *Sello(s)* (4) aparece entre 1269 y 1299 en Navarra, en Castilla, y posiblemente en Castilla, *seillo* (4) de 1234 y 1252 en Navarra, *sellada(s)* (3) de 1262 a 1299 en Castilla, posiblemente en Castilla y en Navarra, *seillada* (1) en 1266 en Navarra, y *seyllada(s)* (10) entre 1264 y 1299 en Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia en la cancillería de Teobaldo II. *Saieillo(s)* (5) se documenta entre 1237 y 1247, *saiell* (1) en 1248, en Navarra, *saiello(s)* (12) de 1236 a 1248, *sayeyllo(s)* (7) entre 1236 y 1245, *sayello(s)* (10) de 1237 a 1266, en Navarra y posiblemente en Navarra, *sayels* (1) en 1235 posiblemente en Navarra, *sayeyllo(s)* (2) de 1259 a 1266 en Francia en la cancillería de Teobaldo II, y *sayellada* (4) entre 1254 y 1269 en Navarra y posiblemente en Navarra. *Scello* (1) se localiza en 1264 y *scellada* en 1237 en Navarra.

ultracorrección, esto es, por entender el escriba la grafía -ll- más próxima al romance al utilizarse gráficamente para representar el sonido palatal lateral en esta y otras palabras, y el derivado *sigillada* (1), por otro lado, mostrando la sonorización de la oclusiva dental sorda intervocálica. Esta variante se localiza en el siglo XIII en el Reino de Castilla y en el de Navarra. En una ocasión *sigilli* aparece escrito como *figilli*. Ello puede deberse a una errata de transcripción, aunque no ha de descartarse una posible confusión por parte del escriba en cuanto a la forma latina de la palabra *sello*.

La primera variante romance, *seello*, caracterizada por la presencia de dos vocales iguales en hiato, aparece ochenta y cinco veces y presenta, a su vez, las siguientes variaciones gráficas: *seeillo* (1), *seello* (14), *seeyllo* (1), *segiello* (1), *seieillo* (1), *seiello(s)* (7), *sejelo* (1), *selleillo* (1), *seyeillo* (5), *seyelo* (1) y *seyele* (1), *seyello(s)* (26) y *seyeyllo(s)* (17). Además de los derivados de algunas de estas variantes, como *seeillada* (1), *seellado*, -a (13), *seeyllada* (3), *seiellada* (1), *seyeillada* (1), *seyelada* (1) y *seyellada* (2). Todas estas formas son del siglo XIII y se distribuyen entre Navarra, Castilla y Aragón principalmente.

De estas variantes, unas se presentan sin consonante antihíatica, *seeillo*, *seeyllo* y *seello*, junto a sus derivados *seeillada*, *seeyllada* y *seellado*, -a, y otras se caracterizan por escribirse con algún elemento antihíatico entre las dos vocales no sólo con la intención de marcar su pertenencia a sílabas distintas, sino, sobre todo, para indicar que se conoce la existencia de las dos vocales, que, aunque también aparecían asimiladas en muchas otras ocasiones en las mismas fechas, lo más frecuente era la coexistencia gráfica de las dos vocales, y así se documenta *segiello*, *seieillo*, *seiello(s)*, *sejelo*, *selleillo*, *seyeillo*, *seyelo*, -e, *seyello(s)*, *seyeyllo(s)* y sus derivados *seiellada*, *seyeillada*, *seyelada* y *seyellada*. Las variantes sin consonante antihíatica se localizan en treinta y tres ocasiones, mientras que las que representan la separación de las dos sílabas se encuentran en sesenta y una ocasiones, lo que indica que en

el caso de la variante *seello* se preferían las formas con elemento antihíatico para representarla, al menos en el área de Navarra, ya que en Castilla la variante que abunda es la de *seello*.

El elemento antihíatico más frecuente es la consonante *-y-*, al lado del cual destacan también las grafías *-i-*, *-j-* y los dígrafos *-gi-* y *-ll-* que parecen dar lugar a otra variante diferente en el caso de que tanto *-y-* o *-i-* como *-gi-* o *-ll-* se pronunciaran en la palabra. Menéndez Pidal³⁰⁷ sólo señala que la *y* es antihíatica y advenediza, pero no precisa si debía de pronunciarse o no.

Por otro lado, estas variantes también se diferencian en la forma de representar la palatal lateral con las grafías *-ill-*, *-yll-*, *-ll-* y *-l-*, las dos primeras propias de la scripta navarra (que la forma *selleillo* se localice una vez en Aragón no implica que la grafía *-ill-* también pertenezca a la scripta aragonesa, si se tiene en cuenta que el notario -don Esteban- que redactó el documento era posiblemente de origen navarro, tal como hemos tenido la oportunidad de demostrar con anterioridad), la grafía *-ll-* es la más abundante y utilizada tanto en la scripta castellana como en la de Navarra y Aragón, y *-l-* la menos frecuente, se localiza en Navarra y Castilla.

La segunda variante romance, *siello*, también se encuentra con mucha frecuencia en el corpus, ya que aparece en ochenta y tres ocasiones. De la explicación de Corominas acerca de esta forma parece desprenderse la idea de que *seello* dio lugar a *siello* antes de convertirse definitivamente en *sello*, sobre todo a partir del siglo XIV³⁰⁸. Sin embargo, teniendo en cuenta las fechas de documentación de todas las formas gráficas con que se presenta la variante *siello* en el corpus, queda claramente de manifiesto que convivió con *seello*, es decir, que no fue posterior a ella. Por lo tanto, aunque *siello* sea una evolución de *seello* producida por disimilación vocálica y en la que es posible

³⁰⁷ MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 204, p. 133, § 43₁.

³⁰⁸ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. V, p. 197.

que también haya contribuido la analogía con palabras como *Castiella*, *siella*, etc. que presentan este diptongo en las mismas fechas antes de reducirse a la vocal *-i-*, no hay que considerar que esta evolución sea cronológica, tal como hace Corominas, esto es, que *siello* desplazara a *seello*, ya que en nuestra documentación conviven las dos variantes en el tiempo y en el espacio; prueba de ello es que la variante *siello*, aunque no se localice antes que *seello*, puesto que aparece por primera vez en 1234 mientras que *seello* ya se encuentra en 1225, es la variante más frecuente en la tercera década del siglo XIII, a diferencia de *seello* que se encuentra, sobre todo, en las décadas cuarta y quinta de este siglo.

Las variantes de *siello* son las siguientes: *siello(s)* (11), escrita también *syello(s)* (5), *sieillo(s)* (45) escrita, asimismo, *syello* (1), *sieyllo* (7) y *sigieyllo* (1). Sus derivados son *siellado* (1), *syellada* (1), *sieillada* (7) y *sieyllada(s)* (4). Estas formas también se documentan en el siglo XIII, pero únicamente en el área lingüística de Navarra. La diferencia entre estas variantes reside, igual que en el caso anterior, en la representación de la palatal lateral con las grafías *-ll-*, *-ill-* e *-yll-*, la primera compartida por las scriptas castellana y navarra y las otras dos propiamente navarras. También vacilan entre *i/y* para representar la vocal [i] inicial. Más atención merece la variante *sigieyllo*, ya que su representación gráfica parece admitir, al menos, dos interpretaciones. Por un lado, podría considerarse que *-gi-*, que se encuentra entre la vocal inicial y la tónica, es un dígrafo antihiático. Por otro lado, también sería posible que se debiera al deseo del escriba de imitar la forma latina, representando la conservación de la velar oclusiva /g/ seguida de la *i*, aunque la presencia de *-gi-* no lleve consigo la omisión de la *e*, que aparece a continuación, ni tampoco influya en que el resto de la palabra se escriba con una forma más parecida a la latina, ya que la grafía que se utiliza, *-yll-*, representa el sonido palatal *y*, además, es característica de la scripta romance navarra. Si a estos datos se une el hecho de que esta variante se halla en el

mismo documento en el que se encuentra un derivado con una forma gráfica diferente, *sayellada*, podría entenderse que *sigieyllo* es un ejemplo en sí mismo de la vacilación gráfica que caracteriza la documentación notarial medieval, es decir, que se trata de una mezcla de la forma culta y la popular, debida a la versatilidad de los notarios al redactar los documentos unas veces en latín y otras en romance, favoreciendo las interferencias entre ambos sistemas gráficos.

La tercera variante romance es la de *sello*, caracterizada por la reducción del diptongo. No concordamos tampoco con Corominas en que, por tratarse de una simplificación de *siello*, sea una forma más tardía desde el punto de vista cronológico, puesto que en nuestro corpus ya se documenta en el siglo XIII, aunque principalmente durante las cuatro últimas décadas de este siglo y con menor frecuencia que las otras variantes, dado que sólo se encuentra en veintidós ocasiones con algunas variaciones gráficas como las siguientes. *Sello(s)* (4) y su derivado *sellada(s)* (3), *seillo* (4), junto a su derivado *seillada* (1), también escrito *seyllada* (10). Estas variantes se diferencian únicamente en las grafías utilizadas para representar la palatal lateral, esto es, *-ll-*, *-ill-*, *-yll-*, de ahí que se localicen diatópicamente en el Reino de Navarra sobre todo y, en el caso de *sello(s)*, también en el de Castilla, y cronológicamente en el siglo XIII como ya se ha dicho.

En la documentación aparece también una cuarta variante romance que no recoge Corominas, la de *saello*, que se presenta en cuarenta y dos ocasiones repartidas entre las siguientes variaciones gráficas: *saiello(s)* (12), asimismo escrita *sayello(s)* (10) y *saiell* (1), con apócope de *-o* lo mismo que *sayels* (1), aunque ésta pierde la *-o* en posición final no absoluta, *saieillo(s)* (5) también escrita *sayeillo(s)* (7) y *sayeyllo(s)* (2), y un derivado de la segunda forma es *sayellada* (4). Todas estas formas, localizadas en el siglo XIII en el antiguo Reino de Navarra, presentan en la primera parte de la palabra un elemento antihiático, *i/y*, entre la vocal inicial y la tónica que no debía

pronunciarse, y en la segunda parte vacilan en la representación de la palatal lateral entre las grafías -ll-, -ill-, -yll-, igual que en el caso de las variantes romances anteriores, excepto en *sayels*, en la que se representa el sonido alveolar lateral [l], por analogía de las formas gascona y occitana *sagel* y *sayel*. Estas formas ultrapirenaicas debieron influir en la presencia de la variante con *a-* inicial en la scripta navarra, tal como demuestran las dataciones típicas de los documentos en los que se halla *saello* en nuestro corpus, y también en la scripta aragonesa, según Ciérbide Martinena³⁰⁹, aunque en nuestra documentación no aparece ningún caso localizado en el Reino y Corona de Aragón. Asimismo, a esta transformación de *e-* > *a-* en *saello* debió contribuir, además de la palabra del occitano antiguo, la tendencia a estos cambios que, por influencia occitana también, tenía el romance del área de Navarra y que se debían a la inestabilidad de la vocal átona inicial (como en *maillor*, *avangelis...*) y a los procesos de asimilación y disimilación entre vocales próximas (por ejemplo en *Navarraria*, *sastraria*, *sander*, *apertanencias*, etc.)³¹⁰. En cualquier caso, la variante *saello* es propia de la scripta navarra, posiblemente también aragonesa, y aparece por influencia del occitano antiguo.

Por último, la quinta variante romance que se encuentra en nuestra documentación, y que no recoge tampoco Corominas, presenta una forma en principio atípica para los resultados romances hispánicos. Se trata de *scello* (1) y su derivado *scellada* (1), localizadas en el siglo XIII en Navarra. No puede pensarse en un caso de ultracorrección por parte de los escribas, basada en otras palabras latinas con el grupo inicial SC- como, por ejemplo, SCELERUS. Por el contrario, parece deberse a la influencia que pudo ejercer el francés en los escribanos del

³⁰⁹ Este autor señala algunas variantes de las formas gascona y occitana como *saget*, *sayet*, *sayget*, e indica que incluso derivó de ellas el verbo *sagellar*. Además, considera que también debieron ser frecuentes en aragonés antiguo las formas con *-a*, por la documentación de variantes como *segellar*, *saellar* y *sayllar* junto a *seyellar*, *sieillar*, y *seellar* en la scripta aragonesa (CIÉRBIDE MARTINENA, R., *op. cit.*, pp. 274-275).

³¹⁰ CIÉRBIDE MARTINENA, R., *op. cit.*, pp. 71-72.

área navarra, algunos de los cuales, al formar parte de la cancillería real de Teobaldo I o Teobaldo II, acompañaron a estos monarcas en sus continuos viajes al país vecino y durante las largas estancias que pasaron en él. En francés tanto el sustantivo *sceau* como el verbo *sceller* presentan el dígrafo inicial *sc-*, de ahí que se documente la variante *scello* en Navarra como reflejo de la influencia francesa.

Tras el análisis de todas las variantes de la palabra *sello*, destaca la convivencia en el siglo XIII de un buen número de variantes romances junto a la latina también. *Seello* parece ser la más usual, le sigue *siello*, que coincide en el tiempo con ella, por lo que no puede considerarse una evolución posterior. A continuación *sigilo* es la tercera variante más utilizada y se reserva para la redacción en latín de los documentos notariales. *Saello* es una variante propia de la scripta navarra y posiblemente de la aragonesa también y se debe a la influencia del occitano antiguo. La variante *sello* es la menos frecuente, pero permite establecer que no se dio únicamente a partir del siglo XIV, como dice Corominas, sino que ya aparecía al menos un siglo antes; y finalmente *scello* ha de verse como una variante que el notario debió introducir por imitación de la palabra francesa *sceau*. No puede hablarse, por lo tanto, de continuidad o evolución cronológica en el caso de las variantes de la palabra *sello*, únicamente queda de manifiesto en nuestra documentación una clara distribución diatópica tanto por la utilización de grafías, como por la presencia de algunas variantes en áreas determinadas. Es decir, en el primer caso, las grafías propias de la scripta navarra se localizan únicamente en su área lingüística (-*ill-*, -*yll-*), mientras que las que comparten los romances castellano y navarro aparecen en ambas áreas (-*ll-*, que además es la única que se documenta en Castilla) y, en el segundo caso, son variantes propiamente navarras las de *saello*, *siello* y la forma posiblemente ultracorrecta *scello*, según los datos de nuestro corpus, mientras que *seello*, *sello* y la variante latina *sigillo* se localizan tanto en Navarra como en Castilla, y la

primera también en Aragón, todo ello según los datos extraídos de nuestra documentación.

Por otro lado, la datación tardía de la variante latina junto a las romances, esto es, la inexistencia de una continuidad cronológica en el uso de estas formas y la convivencia de numerosas variantes romances en el siglo XIII parecen indicar que esta variante latina, que se encuentra en los documentos redactados en latín, se utilizaba por el afán de latinización de los escribas, aun con algunas vacilaciones, y que llegó a influir incluso en la forma gráfica de algunas variantes romances, dando lugar a variaciones como las de *segiello*, una más de las formas utilizadas para representar la variante romance *seello*.

7.2.83. Señor, Señorío

Esta palabra y sus derivados *señoría* y *señorío* aparecen en doscientas veinte ocasiones, distribuidas entre una variante en latín y otras romances más numerosas³¹¹.

La forma latina se presenta como *senior* (18) y *seniores* (1) desde principios del siglo XI en documentos redactados en Castilla y, más escasamente, en el siglo XII, también en Castilla y en Aragón.

Las variantes romances son, por un lado, *seinnor* (29), asimismo escrita *seynnor* (32), en plural *seynnores* (2), *seignor* (5), escrita igualmente *seynor* (45), femenino *seynora* (2) y

³¹¹ *Senior* (18) se documenta de 1013 a 1063 en Castilla y posiblemente en Castilla, y de 1102 a 1191 en Castilla y Aragón, y *seniores* (1) en 1013 posiblemente en Castilla. *Sennioriu* (1) en 1191 en Castilla. *Seinnor* (29) de 1235 a 1253, y *seynnor* (32) de 1234 a 1298, en Navarra, posiblemente en Navarra y en Aragón, *seinnorio* (1) en 1251, *seynnorio* (2) en 1264 y 1281, *seynora* (2) en 1270, *seynores* (3) de 1238 a 1270 y *seynoria* (10) en 1253 y 1254, en Navarra, *seignor* (5) de 1238 a 1247, y *seynnores* (2) en 1244 y 1248, en Navarra y posiblemente en Navarra, *seynor* (45) y *seynorio* (7), en Navarra, posiblemente en Navarra y en Francia en la cancillería de Teobaldo II, *seignor* (1) en 1256 posiblemente en Navarra, *señor* (1) en 1299 y *senno* (1) en 1296, en Castilla, *sennor* (21) de 1237 a 1299 en Navarra, posiblemente en Navarra y en Castilla, *sennores* (2) en 1237 y 1244, y *sennoria* (1) en 1237, posiblemente en Navarra, *sennorio* (3) entre 1244 y 1296, y *senor* (4) de 1220 a 1249, en Castilla y posiblemente en Navarra, *synor* (1) en 1237 en Navarra, *sire* (15) de 1235 a 1253, *ssire* (1) en 1248, y *syre* (11) entre 1234 y 1248, en Navarra y posiblemente en Navarra.

plural *seynores* (3), y los derivados *seinnorio* (1), *seynnorio* (2), *seynorio* (7) y *seynoria* (10), éste último con el significado de 'señorío'; y, por otro lado, *señor* (1), *sennor* (21), en plural *sennores*, también *senno* (1), *senor* (4), *synor* (1), *seignor* (1), y los derivados *sennorio* (3), y posiblemente con el mismo significado *sennoria* (1). Todas estas variantes son del siglo XIII, las primeras se localizan en el área lingüística de Navarra y las segundas en Castilla (*señor*, *senno*), en Navarra (*sennores*, *sennoria*, *synor*, *seignor*), o tanto en Castilla como en Navarra (*sennor*, *sennorio* y *senor*). La diferencia que se aprecia entre ellas se debe, en principio, a la utilización de distintas grafías en cada área lingüística para representar el sonido palatal nasal sonoro. Las grafías *-inn-*, *-ynn-*, *-in-*, *-yn-* son propias de la scripta navarra, de ahí que se localicen únicamente en esta área, mientras que *-ñ-* es característica de la scripta castellana y sólo aparece en esta área, y *-nn-* se utiliza tanto en Castilla como en Navarra, por ello se encuentra en documentos redactados en cualquiera de las dos áreas lingüísticas. En el caso de la variante *seignor* pueden entenderse dos posibilidades. En primer lugar, que se trate de la grafía *-ign-*, aunque parece que hasta ahora no ha aparecido documentada, puesto que ningún autor hace referencia a ella, es decir, ya Menéndez Pidal estableció las grafías *-ng-*, *-gn-* como propias de Aragón y Cataluña; más recientemente Ciérbide Martinena, por un lado, observa la presencia de los grafemas *-ng-*, *-ing-* en la documentación occitana medieval y Pérez-Salazar, por otro lado, encuentra las grafías *-gn-*, y, más excepcionalmente, *-ng-* en los diplomas navarros³¹², pero no se menciona la grafía *-ign-*, por lo que debería considerarse como una aportación a las variantes gráficas de la palatal nasal. En segundo lugar, podría tratarse de la grafía *-gn-*, presente en la scripta navarra, con la vocal *i* antepuesta y pronunciada, lo que originaría una nueva variante no sólo gráfica, sino también oral, aunque esta última posibilidad

³¹² MENÉNDEZ PIDAL, R., *op. cit.* en la n. 98, p. 52. CIÉRBIDE MARTINENA, R. *op. cit.*, p. 57. PÉREZ-SALAZAR RESANO, C., *art. cit.*, en la n. 99, p. 759.

resulta muy extraña. Sin embargo, atendiendo a las otras variantes gráficas localizadas en Navarra y caracterizadas por la anteposición de *i/y* a *n/nn*, parece más conveniente considerar que en el caso de *seignor* se ha producido una analogía gráfica, es decir, se trata de la grafía *-ign-* con *i* antepuesta a *gn*, sólo en la escritura no en la pronunciación, aunque como un caso esporádico, dado que únicamente aparece una vez.

La variante *senno* tal vez se escribe así, con pérdida de la consonante final, como reflejo del desgaste sufrido por algunas palabras, como las de *señor*, *usted*, *don*, etc., al utilizarse como tratamientos y pronunciarse de forma rápida, dejando el notario constancia de ello en la escritura con la supresión de la *-r* final.

De las variantes con una única *-n-* (*senor*, *synor*) dice Corominas que no están representando la pronunciación de la alveolar nasal en lugar de la palatal nasal³¹³, sino que reflejan el olvido gráfico de la tilde y, aunque hace esta apreciación a propósito de ejemplos muy tardíos, de los siglos XVI y XVII, podría aplicarse también a las variantes de nuestra documentación en las que la *-n-*, si no indica un olvido gráfico de la tilde, es una de las grafías utilizadas en algunas áreas lingüísticas durante la Edad Media para representar la palatal nasal. Por lo tanto, *senor* no sería una variante única del romance gallego medieval, tal como explica también Corominas, sino que pertenecería asimismo a la scripta de otros romances, al menos del castellano y del navarro, según nuestra documentación. Además, la variante *synor*, localizada en Navarra y que muestra como característica el cierre de la vocal inicial, sólo se halla una vez por lo que no puede afirmarse que sea una pronunciación exclusiva del área lingüística navarra.

Romance también es la variante *sire* (15), escrita asimismo como *ssire* (1) y *syre* (11). Se trata de una forma reducida de SENIOR, "con pérdida anómala de la nasal", según

³¹³ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. V, p. 212.

explica Corominas³¹⁴, y propia del francés junto con *sieur*, que no aparece en nuestra documentación. Esta variante se localiza en el siglo XIII en Navarra para hacer referencia en la lista de testigos del acto de escrituración a algunos miembros de la cancillería de los reyes de Navarra de la dinastía de Champaña de origen posiblemente francés como *sire Ugas*, o *syre Leonines*, chambelán de Teobaldo I, dejando así, además, constancia de la influencia francesa en la cancillería de estos reyes, tanto en la redacción de los oficiales de origen francés, como en la de los de origen navarro. Estas formas se encuentran junto a las de *don* en los mismos documentos escritos principalmente en romance pero también en latín en alguna ocasión.

Más atención merece la variante *sennioriu* (1) que se localiza en un documento redactado a finales del siglo XII en Castilla. Esta variante parece presentar una forma más próxima al latín, a pesar de hallarse en un escrito en romance, aunque, en realidad, se trata de una mezcla de la forma latina con la romance que se manifiesta en la grafía doble *-nn-* en representación del sonido palatal nasal romance, al que le sigue la *i* de la forma latina y la terminación de la palabra en *-u*, tal vez como reflejo de la intención latinizante del escriba.

De la presencia de la variante latina de la palabra *señor* en el siglo XI únicamente y de su escasa aparición con posterioridad a esta fecha, ya que sólo se encuentra en cinco ocasiones en el siglo XII y ninguna en el XIII, se pueden extraer algunas conclusiones. En primer lugar, la inexistencia de la forma latina de esta palabra en convivencia con las romances en el siglo XIII indica que no puede hablarse de la introducción tardía de la variante latina en el caso de *señor*, a diferencia de lo que ocurría con otras numerosas palabras en las que se apreciaba claramente la penetración tardía de la variante latina como una forma culta. De este modo, las apariciones de *senior* y *seniores* en el siglo XI se deben a la utilización del sistema gráfico latino y su presencia

³¹⁴ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. V, p. 211.

en el siglo XII parece ser recuerdo de esta variante latina ya en desuso en este siglo y olvidada en el XIII en el que se utilizan las variantes romances tanto en los documentos redactados en romance como en los redactados en latín. El único intento de escribir esta palabra con aspecto latino en estas fechas da lugar a la variante *sennioriu*, encontrada, además, una sola vez que sirve para confirmar la inexistencia de la forma latina en estas fechas y que, al intentar imitarla, da lugar a un híbrido romance-latino extraño y esporádico.

7.2.84. Tío

Esta palabra, derivada del latín tardío *THIUS*, *THIA* como helenismos, presenta tres variantes: *thio* (2), *tio* (18), en femenino *tia* (2) y *tiuus* (1), que conviven con las latinas procedentes de *AVUNCULUS* caracterizadas por las variaciones gráficas y casuales de *auunculo* (3), en femenino *auuncula* (1), *abunculi* (1), *auinculum* (1), y *auunclus* (2). En total hay treinta y una utilizaciones de estas dos formas con sus diferentes variantes o variaciones³¹⁵.

En primer lugar, parece que los derivados de *THIUS* se utilizan como variantes romances, es decir, que se encuentran en los documentos redactados en romance, excepto *tiuus* que forma parte de un diploma escrito en latín. *Thio* mantiene la grafía latina sin alteraciones gráficas y se documenta en el siglo XIII en Navarra. *Tio* y *tia* reducen o simplifican esta grafía latina y se localizan desde mediados del siglo XI en las Glosas Silenses como glosas romances o latinas, pero más inteligibles que las formas del texto en latín *abunculi* y *matertera*, y también se

³¹⁵ *Abunculi* (1) se encuentra a mediados del siglo XI en el texto en latín de las Glosas Silenses, *auinculum* (1) en 1238, *auunclus* (2) en 1237, *auuncula* (1) en 1235, en Navarra y *auunculo* (3) en 1234 y 1235 en Navarra y Castilla. *Thio* (2) se documenta en 1244 y 1254 en Navarra; *tia* (2) es una de las Glosas Silenses: *matertere*, -a [*tia*]; *tio* (18) aparece como una Glosa Silense también: *filia abunculi* [*tio*], además se encuentra en 1152 en Calahorra (Rioja Baja) perteneciente al área de Castilla, y de 1234 a 1299 en Navarra, posiblemente en Navarra y en Castilla; y *tiuus* (1) en 1259 en Francia, durante la cancillería de Teobaldo II.

documentan en los siglos XII y XIII en Navarra y Castilla en diplomas redactados en romance. *Tiuus*, con un reforzamiento labial, se presenta como forma latina en un diploma redactado en el siglo XIII en Francia por un escriba de la cancillería real de Teobaldo II, de origen posiblemente navarro.

Los derivados de AVUNCULUS se utilizan para la redacción en latín; junto a *auunculo* y *auuncula*, que mantienen la forma latina sin alteraciones casuales o gráficas, *auunculus* presenta pérdida de la vocal postónica dando lugar al grupo interior romance -C'L-, *auinculum* se caracteriza por una vacilación de la vocal tónica y *abunculi* por escribirse con la grafía -b-, propia del sonido bilabial, que debía pronunciarse, en lugar de la grafía latina -u-, -v-. Estas formas se localizan en el siglo XIII, principalmente en Navarra y en una ocasión en Castilla, excepto *abunculi* que se halla a mediados del siglo XI en el texto en latín de las Glosas Silenses.

Todos estos datos parecen indicar que de estas dos palabras estaba más asentada en el romance la de *tío* que, al utilizarse ya en las Glosas Silenses glosando el texto en latín, indica que, sin duda, era más inteligible que la otra, e incluso se encuentra más tarde en documentos redactados en latín en el siglo XII, o parece que se intenta latinizar al escribir *tiuus* en el XIII dando lugar a una ultracorrección.

Por otro lado, las formas de AVUNCULUS, además de presentarse más escasamente, se documenta en época tardía, es decir, en el siglo XIII, excepto *abunculi* que aparece una vez en el texto en latín de las Glosas Silenses, sin duda con la intención de redactar en latín utilizando una forma menos próxima al romance, como demuestra el hecho de que se glose posteriormente con la palabra *tío*. Esta razón, unida a su coexistencia con las variantes de THIUS, que debían entenderse como romances y se utilizaban más frecuentemente, permite considerar que esta palabra se reservó por el deseo de latinización de los escribas para la redacción de los

documentos en latín, aunque no todos los escribas hacían uso de ella.

7.2.85. Vasallo

Esta palabra proviene del céltico *VASSALLOS, aunque "se trata de una palabra heredada en todas partes del latín vulgar, quizá en una fase del mismo algo posterior", según Corominas, es decir, es un derivado del céltico VASSUS al que se le ha añadido el sufijo -ALLOS "no documentado con seguridad fuera del bajo latín" y que no resulta "nada raro en los celtismos" con un valor de adjetivo posiblemente³¹⁶.

En nuestra documentación se localiza en sesenta y tres ocasiones con numerosas variantes gráficas en forma romance y otras en latín.

Variantes romances son las de *uasaillo* (3), también escrita *vasaillo* (5), en plural *vasaillos* (1), *vasayllos* (2), *vasailio* (1), *uassaillo* (1), escrita igualmente *vasaillo* (2), *uassayllo* (4), en plural *uassayllos* (4), *uasallo* (1), escrita asimismo *vasallo* (5), en plural *vasallos* (2), *uassallo* (1), escrita también *vassallo* (18), *vassalo* (2), *vaxallo* (1), en plural *vaxallos* (2), escritas igualmente *uaxallo* (1) y *uaxallos* (1). Con forma latina, incluidas las variaciones casuales se escribe como *uassallus* (1) y *vassallus* (1), *vassalli* (1), *uassallorum* (1), *vasallis* (1) y *vasellorum* (1).

En cuanto a las dataciones³¹⁷ temporales, todas estas variantes se documentan en el siglo XIII, excepto *uassallo* que ya

³¹⁶ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. V, pp. 748-749. Vid también para conocer más datos acerca del significado y de la etimología de esta palabra.

³¹⁷ *Uasaillo* (3) se documenta de 1237 a 1244 en Navarra y posiblemente en Navarra, *vasailio* (1) en 1243 en Aragón *vasaillo* (5) de 1238 a 1244 en Navarra y Aragón, *vasaillos* (1) en 1243 en Aragón, *vasayllos* (2) entre 1267 y 1268 en algún lugar de Francia durante la cancellería de Teobaldo II ya que este rey estuvo allí en estas fechas, *uassaillo* (1) en 1237, *vassaillo* (2) en 1238, *uassayllo* (4) y *uassayllos* (4) en 1254, en Navarra, *vassalo* (2) y *vassallo* (18) en 1259 en Castilla, *uassallo* (1) en el año 1050 en tierras de León, *uasallo* (1) en 1244 en Navarra, *vasallo* (5) de 1238 a 1259, y *vasallos* (2) en 1269 y 1296, en Navarra y en Castilla, *vaxallo* (1), *vaxallos* (2), *uaxallo* (1) y *uaxallos* (1) en 1270 en Navarra. *Vassallus* (1) en 1244 en Navarra, *uassallus* (1) en 1244 posiblemente en Navarra, *vassalli* (1) y *uassallorum* (1) en 1234 en

aparece con anterioridad, a mediados del siglo XI, en un documento leonés redactado con el sistema gráfico latino. En cuanto a las dataciones espaciales, se observa una distribución diatópica en el uso de estas variantes marcada por la presencia en ellas de diferentes grafías, con excepción de *u/v* que se utilizaban indistintamente en todos los romances hispánicos medievales. Es decir, por un lado, las variantes que presentan las grafías caracterizadas por la anteposición de *i/y* a *-ll* en este caso se localizan en el área de Navarra, como *uasaillo*, *vasaillo*, *vasayllos*, *uassaillo*, *vasaillo* y *uassayllo(s)*, aunque *vasaillo(s)* y *vasaillo* también se encuentran en documentos redactados en Aragón. Una vez más, la razón tal vez se deba al origen del notario llamado Esteban que por razones extralingüísticas considerábamos que podía ser navarro, a pesar de estar a las órdenes de un obispo de Aragón; también cabía la posibilidad de que la redacción del documento la hiciera un escriba navarro y Esteban sólo firmara como notario. Además, la variante *vasaillo*, extraña en la representación escrita de la palatal lateral romance, por la presencia de *-li-* con una *i* antepuesta, en lugar de *-l-* o *-ll-*, no debe interpretarse como un deseo de latinización por parte del escriba, aunque en este caso ultracorrecta, sino que, por deberse a este oficial llamado Esteban, quien la escribe junto a *vasaillo* una sola vez, parece tratarse únicamente de una variación gráfica de ésta, es decir, *-li-* en lugar de *-ll-*. Por otro lado, las variantes con grafía *-ll-* se localizan en el área de Castilla, en León y también en el área navarra, donde esta grafía alterna con las propias de su scripta que son las que anteponen *i/y* a *l/ll*. pero no por ello aparece *-ll-* con menos frecuencia. Así, *uasallo*, *vasallo(s)*, *vassallo* se localizan sobre todo en Castilla, pero también en Navarra, y *uasallo* en León. En Navarra se documenta, asimismo, la variante *vaxallo(s)*, *uaxallo(s)*, caracterizada no sólo por la grafía *-ll-*, sino también por otra grafía, la *-x-*, representante de la prepalatal fricativa sorda, por

Castilla, *vasallis* (1) en 1238 posiblemente en Navarra, y *vasellorum* (1) en 1269 en Francia en la cancillería de Teobaldo II.

confusión de sibilantes. La variante *vassalo* con una -l- se documenta en Castilla, de ahí que esta grafía se considere una de las que aparecen en la scripta castellana para representar la palatal lateral, aunque no de forma frecuente. Otra diferencia entre estas variantes se aprecia en la representación de la dento-alveolar fricativa con la grafía propia de la sonora, -s-, o con la de la sorda, -ss-, a pesar de que, según Corominas, "no hay duda de que la sibilante fue siempre sorda"³¹⁸ desde el punto de vista oral. Esta indistinción gráfica es propia de la scripta navarra por el ensordecimiento que se produjo en todo el norte peninsular de palatales y alveolares fricativas, según D. Alonso³¹⁹, aunque en nuestra documentación esta indistinción aparece tanto en los escritos de Navarra como en los de Castilla. Sin embargo, ésta última área se decanta por la -ss- y los casos en los que hay -s- podrían deberse a la influencia que pudo ejercer el lugar de archivo de los documentos en los que aparecen, el Diplomatario de Salinas de Añana. En el área de Navarra también se aprecia una confusión entre las grafías de las sibilantes fricativas, ya que la variante *vaxallo* se escribe con la grafía propia de la prepalatal fricativa sorda.

La indistinción en la escritura de la sibilante también alcanza a la variante latina que, aunque se escribe preferentemente con el dígrafo -ss-, tal como debió adoptarlo el latín vulgar, *uassallorum*, *uassallus*, *vassallus*, *vassalli*, no es imposible encontrarla escrita con una sola -s-, *vasallis*, *vasellorum*. Estas formas, con vacilación también entre las grafías u/v, se documentan en el siglo XIII en las áreas lingüísticas castellana y navarra. La presencia de la forma *vasellorum*, con vocal tónica -e- en lugar de -a-, podría redundar, si se documentara con anterioridad a la fecha en la que aparece, en la posibilidad manifestada por Corominas de la existencia de un intermediario *VASSELLUS que serviría como base, pero que

³¹⁸ *Ibid.*

³¹⁹ ALONSO, D., "Ensordecimiento en el norte peninsular de alveolares y palatales fricativas", *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, I. Suplemento, Madrid, 1962, pp. 85-103.

tampoco está documentado y presenta los mismos inconvenientes que *VASSALLUS³²⁰. Sin embargo, su aparición tardía en nuestra documentación sólo sirve para señalar una vacilación vocálica en el uso de esta forma latina por parte del escriba.

La presencia de *uassallo* a mediados del siglo XI en un documento leonés ratifica el idea de Corominas de que esta palabra estaba arraigada ya en el siglo XI. Además, el hecho de presentarse con esta forma romance en un documento redactado con grafías latinizantes indica que las variantes latinizadas del siglo XIII se escriben así en estas fechas, no con anterioridad, por un afán latinizante del escriba. Una vez más, esta palabra muestra la variabilidad gráfica que caracteriza la escritura medieval y el interés de algunos escribas por latinizar en su redacción.

7.2.86. Zapatero

Esta palabra de origen incierto, según Corominas³²¹, aparece en la documentación en siete ocasiones con diversas variantes como si se tratara de una más de las palabras de etimología latina analizadas en apartados anteriores. Concretamente presenta tres variantes romances *çapatero* (1), *capater* (1) y *çabater* (3) y una latinizada, incluso con diferencias casuales como las de *çapatarius* (1) y *çapatarium* (1). Todas estas variantes se localizan en el siglo XIII en el área lingüística navarra³²².

Las variantes romances vacilan entre la sonorización o no de la bilabial oclusiva sorda, además del mantenimiento o la pérdida de la vocal final, como es característico del romance del

³²⁰ COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. V, p. 749.

³²¹ Para conocer las diferentes opiniones recogidas por Corominas a propósito del origen de esta palabra, *vid.* COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *op. cit.*, Vol. VI, pp. 77-80.

³²² *Çapatero* (1) se documenta en 1252 posiblemente en Navarra, *capater* (1) en 1248, *çabater* (3) de 1244 a 1248, *çapatarius* (1) y *çapatarium* (1) en 1235, todas en Navarra.

área de Navarra en el que la apócope de -o en este caso puede aparecer por influencia del occitano antiguo donde son muy numerosas las palabras que designaban oficios terminadas en -er y, además, *çabater* era la forma más frecuente en la documentación occitana navarra³²³. En *capater* no debe entenderse que la grafía c- representa la pronunciación de [k], sino que se trata de una alternancia gráfica c/ç o, en todo caso, de un error manual del escriba al olvidar la cedilla de la grafía de la predorso-dento-alveolar africada sorda.

Así pues, una vez más se latiniza una palabra de etimología posiblemente no latina, señal el afán del escriba por plasmar el latín en la escritura, y se vacila entre diferentes formas romances escritas que reflejan varias posibilidades de pronunciación dentro incluso de la misma área lingüística.

³²³ CIÉRBIDE MARTINENA, R. *op. cit.*, pp. 93, 185-186.

CAPÍTULO 8

CONCLUSIONES

CAPÍTULO 8

CONCLUSIONES

Para llevar a cabo el estudio lingüístico, además de establecer previamente el marco teórico de la investigación, resulta conveniente plantear una serie de supuestos previos.

Uno de tales presupuestos es aceptar la lengua escrita como punto de partida y determinar el tipo de relación que existe entre lengua escrita y hablada, o bien, si se considera que no existe una relación estrecha, asumir que son independientes.

El primer tratamiento, representado por autores como Bustos Tovar, considera que la lengua hablada se refleja en la escrita mediante las diferentes representaciones gráficas de los sonidos. Ello implica estudiar la relación entre grafema y fonema, esto es, entre escritura y oralidad, como dos medios de expresión de un sistema lingüístico.

Sin embargo, el segundo tratamiento se basa en la relación arbitraria entre grafémica y pronunciación. Según autores como Wright, "las distinciones ortográficas que hay entre textos de diversas partes geográficas no suelen corresponder a diferencias fonéticas" y, por tanto, "la variación escrita no es evidencia de la variación hablada"¹.

En realidad, ambos tratamientos resultarían válidos siguiendo los planteamientos de algunos autores como Gossen o Goebel que defienden, por un lado, la autonomía de cada medio y, por otro, una relación de dependencia entre ambos. El principio metodológico basado en la consideración conjunta de independencia entre oralidad y escritura, pero, al mismo

¹ WRIGHT, R., "La sociolingüística moderna y el romance temprano", en Dieter Kremer (ed.), *Actes du XVIII^e Congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes (Trier, 1986)*, t. V, Tübingen, Niemeyer, 1988, p. 14.

tiempo, de relación genética² entre ellas fue fijado por estos autores mediante la desde entonces denominación de *scriptologie* o *graphometologie*.

En cualquier caso, nuestro estudio lingüístico llega a la conclusión de que la lengua escrita no es simplemente un reflejo de la hablada. Además, según el análisis llevado a cabo, se puede apreciar que la coexistencia de variantes gráficas no es exclusiva de la época de orígenes, sino que se percibe con mayor fuerza, si cabe, durante los siglos XII y XIII, lo que vendría a rebatir uno de los postulados en los que se basa la teoría tradicional. Por poner un ejemplo, Clavería Nadal, al analizar los textos antiguos, sostiene que la mayor variedad de soluciones lingüísticas y ortográficas aparece en las etapas más próximas al origen de la forma escrita de una lengua por lo que la característica general de la historia de la ortografía es la eliminación progresiva de las variaciones³.

De este modo, se hace patente la necesidad de la que hablaban Gossen y Goebel de un análisis ortográfico como medio único para establecer los principios de correspondencia entre grafía y fonema⁴.

A ello se une la posible conciencia de que la grafía represente o no un acercamiento a la pronunciación y pueda, por tanto, tratarse de una convención arbitraria⁵. Así pues, es necesario averiguar en la medida de lo posible si la forma ortográfica de una palabra refleja el modo de pronunciarla o, por

² GOEBL, H., (1) "Qu'est-ce que la Scriptologie?", *Medioevo Romanzo*, II, 1975, p. 6. (2) "Quelques réflexions sur la scriptologie", *Actes du XVIIIe Congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes* (Trier, 1986), t. III, Tübingen, Max Niemeyer, 1988, pp. 706-709. (3) "La dialectométrie -pour quoi faire?", *Actes du XVIIe Congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes*, (Trier, 1986), t. III, Tübingen, Max Niemeyer, 1988, pp. 332-341. GOSSEN, Ch.-Th., (1) "Graphème et phonème: le problème central de l'étude des langues écrites du Moyen Age", *Revue de Linguistique Romane*, XXXII, Lyon-Paris, 1968, pp. 1-2. (2) "L'interprétation des graphèmes et de la phonétique historique de la langue française", *Travaux de Linguistique et Littérature*, VI, 1, Strasbourg, 1968, pp. 159-160.

³ CLAVERÍA NADAL, G., *El latinismo en español*, Barcelona, Universitat Autònoma, 1991, p. 80.

⁴ GOSSEN, Ch.-Th., *art. cit.* (1), p. 2; *art. cit.* (2), pp. 152 y 166. GOEBL, H., *art. cit.* (1), p. 6.

⁵ GOSSEN, Ch.-Th., *art. cit.* (2), pp. 150 y 166.

el contrario, se trata únicamente de una convención arbitraria, y así lo hemos hecho a lo largo del análisis lingüístico del corpus, al plantearnos la forma de pronunciación de variantes como *fruycto*, *peycta*, *feycto*, etc., entre otras muchas.

Queremos destacar, asimismo, que el tipo de material escrito elegido para el estudio lingüístico es el de los documentos notariales de los siglos X al XIII y algunas pizarras visigodas de los siglos VII y VIII, ampliando el corpus de textos en que ha venido basándose la teoría tradicional. Por otra parte, las ediciones utilizadas son aquellas que no alteran ni introducen ninguna modificación en los documentos que transcriben, lo que constituye la fuente de información necesaria para avanzar en el estudio de la escritura y oralidad hasta el siglo XIII en general y en el descubrimiento de las voces cultas en particular. Este último principio metodológico que aboga por el análisis de documentos no literarios para conocer el estado de una lengua en una fecha y lugar concretos también lo establecieron Gossen y Goeb16.

Por otro lado, como ya quedó anunciado en el planteamiento metodológico hecho al comienzo de esta tesis, hemos podido constatar que las copias⁷ realizadas durante el período medieval de documentos anteriores corresponden al momento de redacción original y no al de copia. Sin embargo, en algunos casos concretos, como los de los documentos compuestos que recogen una o más cartas de confirmación anteriores, se ha especificado cada una de las fechas, aunque concediendo más importancia a la de la última redacción.

⁶ Gossen y Goeb1 abundan en este principio metodológico del que ya se había servido el propio Menéndez Pidal (GOSSEN, Ch.-Th., *art. cit.* (1), pp. 2 y 4. GOEBL, H., *art. cit.*, (1), p. 4.

⁷ GOSSEN, Ch.-Th., *art. cit.* (1), p. 3.

También se ha atendido al origen del oficial encargado de cada redacción documental. Las consideraciones externas junto a las internas han permitido alcanzar este objetivo en la mayor parte de los casos, confirmando en algunos o desvinculando en otros el lugar de redacción de un escrito con respecto al área lingüística en la que se inscribía en realidad.

Por último, el factor tiempo y el factor espacio no se han descuidado en ningún momento para llevar a cabo el análisis lingüístico grafonémico de cada una de las palabras que componen el corpus de estudio⁸. La distribución geográfica de algunas variantes y de la mayor parte de las grafías ha quedado plenamente de manifiesto, por lo que en nuestra documentación ha de hablarse de distribución diatópica más que de continuidad gráfica evolutiva, de modo que, en lugar de reflejarse la lengua hablada en la escrita, es ésta última la que parece seguir cauces distintos a los seguidos por la primera.

8.1. CONCLUSIONES GENERALES

En primer lugar, como conclusiones generales en relación con el análisis lingüístico pueden extraerse las siguientes:

8.1.1. En la redacción en latín de los textos se observan varias diferencias. Por un lado, hay que distinguir los documentos notariales que simplemente hacen uso de las grafías latinas para reflejar una realidad distintas, es decir, que están redactados con escritura latinizante, de los que reflejan la

⁸ Gossen y Goebel abogaban también por la realización de análisis estadísticos para conocer el desarrollo ortográfico por áreas geográficas y cortes diacrónicos (GOSSEN, Ch.-Th., *art. cit.* (2), pp. 151 y 168, GOEBL, H., *art. cit.* (1), pp. 12-13). En nuestro estudio no hemos hecho análisis estadísticos porque no nos ha parecido necesario y porque el mismo análisis aproximativo de los datos mostraba con claridad la importancia de la distribución geográfica en detrimento de la evolución cronológica de las variantes.

intención del escriba de redactar en latín. Ambas formas de redacción han sido interpretadas desde diferentes posturas; en primer lugar, como romance con apariencia latinizante, en opinión de Wright y otros autores como Blake, Walsh, etc.⁹, al considerar que el escribano pretendía reflejar en sus escrituraciones la lengua que hablaba aunque con las únicas grafías de que disponía, las latinas, y, en segundo lugar, al entender la teoría tradicional que, aunque el escriba intentara redactar en latín, la oralidad influía en la escritura originando numerosas variaciones gráficas. Nuestra documentación parece demostrar que ambas posibilidades se dieron, es decir, mientras algunos recurrían a las grafías latinas con la única finalidad de reflejar el romance en sus escritos, otros intentaban redactar intencionadamente en latín, de ahí que la documentación temprana de algunas variantes con una forma más próxima a la latina no aparezca por tratarse de las primeras etapas de evolución cronológica, sino porque las grafías latinas eran las únicas conocidas y de ellas hacían uso los escribas en sus escrituraciones.

Por otro lado, aparte de la diferencia que se observa en los documentos notariales entre los redactados en romance con apariencia latinizante y los escritos en latín con influencia de la oralidad romance, también se aprecia una gran diferencia entre los documentos notariales y algunos textos en latín eclesiástico¹⁰, como el código latino de las Glosas Emilianenses

⁹ Blake, a propósito de los documentos del Cartulario de Arlanza afirma que los escribas no hacían uso de un pobre latín, sino que estaban escribiendo en castellano antiguo con los únicos instrumentos del momento (BLAKE, R., "New Linguistic Sources for Old Spanish", *Hispanic Review*, Vol. 55, nº 1, University of Pennsylvania, 1987, p. 3). En opinión de Walsh los supuestos errores de los documentos redactados en "latín vulgar leonés" revelan únicamente las lagunas de los escribas en el conocimiento del latín escrito, procedentes de deficiencias educativas. Estos documentos se caracterizan por la existencia de errores ortográficos que parecen anunciar un estado avanzado de evolución fonética junto a numerosas características morfológicas arcaicas o latinas correctas; en cualquier caso, la anarquía ortográfica se debe a la pronunciación romance (WALSH, Th. J., "Spelling lapses in early medieval Latin documents and the reconstruction of primitive Romance phonology", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Language in the early Middle Ages*, London and New York, Routledge, 1991, pp. 205-218).

¹⁰ Morreale observó como el latín eclesiástico influyó "como modelo en la formación de las palabras" (MORREALE, M., "Latín eclesiástico en los libros sapienciales y romanceamientos bíblicos. Cuadros para el estudio comparado del léxico medieval

y Silenses, sin duda, intencionadamente escrito o copiado en latín, claro está, en el latín propio de su época de redacción, cuya apariencia gráfica diferente a la del latín clásico o imperial no se debe a la influencia de los romances si se tiene en cuenta que en las zonas germánicas, donde no había lenguas romances que pudieran afectar a la redacción en latín, los textos en latín eclesiástico tampoco presentaban un latín coincidente exactamente con el imperial.

De este modo, se confirma que no todo el latín escrito pretende representar el romance antiguo¹¹, tal como había sugerido Wright, aunque sí algunos de los documentos notariales que tradicionalmente se habían interpretado como redactados en un latín con abundantes "incorrecciones".

Así pues, a partir de los datos extraídos del análisis lingüístico, es posible distinguir entre documentos notariales reflejo del romance, aunque redactados con grafías latinizantes, y los textos principalmente en latín eclesiástico, como el código de las Glosas, escritos de forma intencionada en latín por personas que conocían su sistema gráfico, su gramática, etc. Además, también se aprecia una clara distinción dentro de los documentos notariales entre los redactados en romance con grafías latinas, por un lado, y los redactados intencionadamente en latín, por otro. En este caso, también sería cierta la afirmación, según la cual, no todo texto altomedieval anterior a las reformas carolingias puede identificarse con el romance, no sólo por mantener grafías conservadoras, sino asimismo por los rasgos morfológicos, sintácticos y léxicos que presenta¹².

A estos tipos de redacción documental en la época de orígenes habrá que añadir los escritos en romance con grafías

castellano en los MSS escurialenses I-j-6 y I-j-4", *Boletín de la R.A.E.*, t. XLII, Madrid, 1962, p. 477).

¹¹ Tal como ha advertido M. T. Echenique (ECHENIQUE ELIZONDO, M. T., "Protohistoria de la lengua española", en J. A. Lacarra (ed.), *Memoriae L. Mitxelena Magistri Sacrum*, Anejos del ASJU, XIV, San Sebastián, Diputación Foral de Guipúzcoa, 1991, p. 37).

¹² Vid. PUENTES ROMAY, J. A., "Representación gráfica de palatales en documentos altomedievales del noroeste peninsular: tradición e innovación", en M. Pérez González (coord.), *Actas del I Congreso Internacional de Latín Medieval (León, 1-4 de diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 1995, p. 619.

propiamente romances en fechas más tardías, desde principios del siglo XIII y, sobre todo, a mediados de este siglo¹³. Destacan, asimismo, los que, habiendo sido redactados en latín, intentan hacer un uso fiel del latín aprendido y ello a pesar de la fuerte influencia de la lengua hablada, es decir, de la influencia de los romances de cada área lingüística que se deja notar en todos los niveles lingüísticos¹⁴.

8.1.2. Se cumplen las previsiones señaladas acerca de la distribución geográfica de los documentos y la inserción de algunos de ellos en un área lingüística determinada atendiendo a factores externos¹⁵. Es decir, los documentos que previsiblemente localizábamos en el área de Castilla desde un punto de vista externo presentan características de la scripta castellana, mientras que los redactados probablemente en Navarra se caracterizan por los rasgos propios de la scripta navarra.

De este modo, el análisis de las variantes gráficas de cada palabra permite localizar los documentos que se presentan sin datación tópica. Por ejemplo, en el caso de la palabra *sello*, mientras las variantes con las grafías *-ill-* e *-yll-* indican que los documentos en los que se encuentran se redactaron en Navarra,

¹³ Como observa también Lopetegui, no hay que perder de vista que el bilingüismo de los escribas influye "en el uso del latín cancilleresco" y en los textos se materializa "la relación entre cultura escrita y realidad oral" (LOPETEGUI SEMPERENA, G., "Interferencias morfosintácticas en documentos navarros del siglo XII", en M. Pérez González (coord.), *Actas del I Congreso Internacional de Latín Medieval (León, 1-4 de diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 1995, p. 565. Esta es una concepción muy oportuna y mucho más concreta para nuestro cometido que otras teorías más generales sobre la relación entre letra y voz defendidas por autores como Zumthor (ZUMTHOR, P., *La letra y la voz* (trad. esp. de J. Presa), Madrid, Cátedra, 1989), Olson (OLSON, D. R., y TORRANCE, N. (eds.) *Cultura escrita y oralidad*, Barcelona, Gedisa, 1995) y otros.

¹⁴ Sobre todo se aprecia en el léxico-semántico, tal como observa también Ricós Vidal, es decir, este "nivel varía fácilmente y se encuentra en constante evolución" con la creación de nuevos vocablos de base léxica latina, romance e incluso árabe, con la adición de nuevas acepciones a palabras que ya existían y con la incorporación de préstamos de otras lenguas" (RICÓS VIDAL, A., "Itinerario lingüístico de Jaime I de Aragón", *Actas del II Congreso Internacional de Caminería Hispánica (Madrid-Guadalajara, del 4 al 9 de julio de 1994)*, en prensa.

¹⁵ Gossen consideraba que las localizaciones extralingüísticas son necesarias, mientras que las que se basan en criterios lingüísticos únicamente son peligrosas (GOSSEN, Ch.-Th., *art. cit.* (1), p. 3).

la variante con la grafía propiamente castellana *-ll-* (*sello*, *sellada*), localizada en los documentos archivados en el Diplomatario de Salinas de Añana de Álava, confirma que estos documentos se redactaron en el área castellana, posiblemente en Álava, territorio que, en las fechas en que se escribieron los documentos, ya estaba incorporado a Castilla. En otras ocasiones, en cambio, las variantes de algunos de estos diplomas recogidos en Salinas de Añana se aproximan más a la scripta navarra, posiblemente porque éstos últimos diplomas se escribieron en el área de Navarra, aunque no ha de descartarse la posibilidad de que el lugar de archivo haya podido influir en la apariencia gráfica de los documentos. Tal es el caso de *omesillos*, en el que el seseo podría deberse al influjo lingüístico ejercido por el lugar de archivo documental, la villa de Plencia, ya que en la zona vasca, tal como habíamos visto ya en el capítulo anterior, de la misma manera que la *s* se hace africada tras *l* y *r*, podría suceder que, contrariamente, se hiciera una reconstrucción incorrecta, dando lugar a un cambio de sibilantes en esta variante, aunque no sea tras de *l* o *r* en este caso.

8.1.3. En cuanto a las Glosas hay que señalar algunas precisiones. Las pocas Glosas Emilianenses seleccionadas en el corpus para su estudio lingüístico no nos permiten ofrecer datos nuevos acerca de la modalidad lingüística romance que reflejan. En todo caso, atendiendo a algunas de sus características lingüísticas, la propuesta de González Ollé resulta más convincente, ya que se detecta la vacilación en la diptongación en el caso de *huamne*, *uamne*, *uemne*, glosando a 'hombre', el resultado *-it-* del grupo *-CT-* latino en *feito* y las grafías *-n-* y *-nn-* en representación posiblemente de la palatal nasal en *dueno*, *duenno*; todas estas características son propias del romance navarro, tal como hemos tenido la oportunidad de comprobar a lo largo del estudio lingüístico llevado a cabo en el capítulo anterior. En cambio, no parece posible justificar, desde un punto de vista lingüístico, la creencia de Wright en el sentido de que

estas Glosas se escribieran en algún lugar al suroeste de los Pirineos. De cualquier forma, nos parece que la escasez de Glosas analizadas no tiene suficiente valor probatorio.

Sin embargo, tomando en consideración tanto las Glosas Emilianenses como las Silenses, sí parece posible que existieran glosarios, al menos latinos, utilizados para facilitar la comprensión de aquellos términos en latín que los glosadores consideraban difíciles de entender. Así pues, coincidimos con Díaz y Díaz en la posibilidad, contrariamente a lo que cree Wright¹⁶, de que existieran glosarios en latín, al modo de diccionarios latinos medievales, a los que los amanuenses debían recurrir en busca de términos que resultaran más familiares que los del latín "clásico" o imperial; de estos glosarios provendrían las glosas latinas que forman nuestro corpus de estudio como, por ejemplo *mulieres, factus, consilio*... La aparición de las glosas en romance, en cambio, podría indicar, o bien la presencia de glosarios latino-romances, tal como cree Díaz Díaz, o bien una elaboración personal por parte de los glosadores como improvisación de escritura en romance sin tener que recurrir a ningún glosario, según sostiene Wright; esta última posibilidad nos parece más acertada en este caso, es decir, glosas como *annos, streita, omiciero, fruitu, feito, jermano, huamne, uemne, uamne*... son reflejo de la oralidad romance de los glosadores. Ello se debe a que a principios del siglo XI o a mediados de este siglo la lengua de prestigio era únicamente el latín y era, por lo tanto, lo único que podía plasmarse en la escritura intencionadamente culta de glosarios, formularios notariales, etc., a diferencia de algunos documentos notariales en los que la inserción de la oralidad romance en lo escrito tenía como finalidad facilitar la inteligibilidad de los participantes en el acto de escrituración.

¹⁶ En capítulos anteriores ya hemos recogido la opinión de Wright, opuesta a la de Díaz y Díaz, acerca de la no existencia de glosarios latino-romances como fuente de estas glosas (WRIGHT, R., "La función de las Glosas de San Millán y de Silos", *Actes du XVIIe Congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes (Aix-en-Provence, 1983)*, Vol. 9, Universidad de Provenza, 1986, pp. 212-213).

8.1.4. El análisis gráfico de las pizarras revela el romance, aunque encubierto por una capa latinizante o de latinidad en la escritura, pues en las pizarras "hay demasiados elementos que la alejan de la lengua de autores coetáneos a estos textos"¹⁷. La correcta utilización del sistema gráfico latino que se apreciaba también en las pizarras y que ha llevado a conclusiones erróneas a la teoría tradicional se debe al aprendizaje o estudio del latín al que debieron someterse los que escribían por estas fechas¹⁸.

8.1.5. El afán latinizante de los escribas se hace patente desde el siglo XI pero principalmente en el XIII¹⁹. En las redacciones documentales en latín no sólo se latinizan variantes romances de algunas palabras, incluidas las de voces romances como el caso de *fillo d'algo*, sino también palabras de etimología no latina, como las procedentes del árabe, por ejemplo *alcaldibus*, y participan de la misma variabilidad gráfica que caracteriza a las de etimología latina. La variedad de formas que presentan los arabismos en la escritura, como en el caso de *acequia* y *alcalde* no puede achacarse a deformaciones gráficas de un patrón latino, ya que los arabismos, al igual que los vasquismos, no tienen un modelo antiguo del que se supone que puedan ser una deformación²⁰. Además, los arabismos estaban

¹⁷ Vid. ECHENIQUE ELIZONDO M. T. y QUILIS MERÍN, M., "Latín, castellano y lengua vasca en los orígenes románicos", *Actas del XX^o Congrès International de Linguistique et Philologie Romanes*, t. II, Zurich, 1992, p. 627.

¹⁸ Wright explica que la perfección al escribir algunas palabras o desinencias se debe a que no existían en el habla, es decir, "la terminación -IBUS se escribía con más consistencia en los textos del siglo séptimo que en los del quinto, porque para el séptimo la desinencia había desaparecido del habla espontánea y los escribanos podían aprender la terminación escrita con las letras -IBUS y reproducirla exactamente sin ninguna interferencia de una forma hablada en [eßos]" (WRIGHT, R., *art. cit.* en la n. 1, p. 13).

¹⁹ Ya en el siglo XII se hace patente, según Castro Jiménez, "un mayor conocimiento de la lengua latina y ello "trae consigo mayores concesiones en los textos, mayor presencia de un léxico perteneciente a la lengua hablada" (CASTRO JIMÉNEZ, M. D., "Léxico romance en la *Chronica Adefonsi Imperatoris*", en M. Pérez González (coord.), *Actas del I Congreso Internacional de Latín Medieval (León, 1-4 de diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 1995, p. 473).

²⁰ Vid. WRIGHT, R. "Textos asturianos de los siglos IX y X: ¿Latín bárbaro o romance escrito?", *Lletres Asturianes*, 41, 1991, pp. 30-31. ECHENIQUE ELIZONDO M. T. y QUILIS MERÍN, M., *art. cit.*, pp. 628-629.

tan integrados en el romance²¹ que ya no se tenía conciencia de que eran préstamos.

8.1.6. Así pues, se aprecia, sobre todo, una clara distribución diatópica más que una evolución cronológica. Es decir, en la distribución de las variantes de cada una de las palabras puede observarse fácilmente un reparto geográfico. Como afirma Díaz y Díaz, no hay que dejarse llevar por la desesperanza al estudiar las grafías de los documentos dado que cuando se analizan masas documentales "se nos presenta como más regular, e incluso como más tradicional, la grafía de los mismos, tal como ocurre con nuestra documentación. Además, estas masas de documentos permiten establecer "que en el uso documental de vocablos (...) existen preferencias regionales e incluso locales"²².

De este modo, quedan de manifiesto las siguientes distribuciones diatópicas:

abad (Castilla),

aabat, abat y abbat (Navarra);

agua (Castilla),

agoa, aguoá, augua y auga (Navarra);

enagenados (Castilla),

alleno, ailleno, aylleno (Navarra),

aieno, ajeno (Navarra y Castilla);

alcalde (Castilla),

alcalde (Navarra);

²¹ Vid. CASTRO JIMÉNEZ, M. D., *art. cit.*, p. 473.

²² DÍAZ Y DÍAZ, M. C., "Problemas y perspectivas del latín medieval hispánico", en M. Pérez González (coord.), *Actas del I Congreso Internacional de Latín Medieval (León, 1-4 de diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 1995, p. 25.

anno, ano (Castilla),
ainno, ayno, aynno (Navarra);

arcidiano (Castilla),
arciagne (variante occitana en la scripta navarra);

baile, baille, bayle, baylle (Navarra),
en Castilla no se documenta esta palabra;

blanca (Castilla),
blanquos (Navarra);

bues, bueyes (Castilla),
boyes, buies, bueyes (Navarra);

caballero, cauallero (Castilla),
cauaillo, cauaylero, cabayllero, cauayllero, cauayllero
(Navarra);

calona, calonna (Castilla),
calompnia, calopnia, callompnia y calonia (Navarra);

castiello, castillo (Castilla y Navarra),
castieillo, castieyllo (Navarra);

companya (Aragón),
compayna, conpayna, conpaynnas (Navarra);

concell, conçello (Castilla, y en Navarra en menor medida)
conceillo, conceylo, conceyllo, concieyllo (Navarra);

conde, cuemde, cuende, cuande (Castilla),
comte, compte, commte (Navarra);

conseio, consseio, (Castilla, y en Navarra en menor medida, tal vez por influencia del castellano),

consello consieillo, conseillo, conseyllo, consseyllo (Navarra);

costumbre, costunbre (Castilla y Navarra),

costumne, costummes, costumpne (Navarra);

coto (Castilla),

quoto (Navarra),

danno (Castilla),

dainno, daynno, dayno (Navarra);

drecho, derecho (Castilla, y en Navarra, en menor medida),

dreito, dreyto, drecho, dreycto, dreycho, dreitura, dereyto (Navarra);

dueyna, dueyna (Navarra);

enganno (Castilla, y en Navarra en menor medida),

engainno, engaino, engaynno, engayno, engano (Navarra);

estrayno (Navarra);

En el caso de *fraile* no se aprecia distribución diatópica, sino utilización y preferencia por las diferentes formas romances extranjeras en cada área lingüística, es decir:

La scripta navarra se decanta por las del francés y occitano,

En Castilla también aparecen algunas de las formas del francés y occitano, a pesar de no ser lo más frecuente, junto a alguna de origen catalán,

Además, *confradre, confrade, cofradria, confraria, confreria* no se documentan en Castilla, sólo en el área occidental;

fecho (Castilla),
feito, feyto, fait (Navarra);

rico, richo, richomne, richombre, ricos-homnes, con grafías alternantes para [k] (en la scripta navarra únicamente);

majordomo, mayordomo (Castilla),
maiordompno (Navarra),
maiordomo (Aragón o Navarra);

meioramiento, amejoramiento (Castilla y Navarra),
mejora (Castilla),
ameilloramiento, ameylloramiento, meilloramiento, meylloramiento (Navarra);

merced y merçet (Castilla),
merce, merçe (Navarra);

muger, mugier (Castilla, Navarra y Aragón),
muller, muiller, muyller (Navarra);

cherela (Castilla),
quereylla (Navarra),
querella (Castilla y Navarra o Aragón);

remedio (Navarra, León, Castilla y Aragón),
remeillo, remeyllo (Navarra);

seello, sin consonante antihiática (Castilla),
seeillo, seeyllo, sin consonante antihiática (escasamente en Navarra), y con consonante antihiática: *segiello, seieillo, seiello, sejelo, seleillo, seyeillo, seyelo, seyello, seyeyllo* (Navarra);

siello: sieillo, syeillo, sieylllo (Navarra);

sello (Castilla),
seillo (Navarra),

siello, saello, y sus variaciones, y scello (sólo en Navarra);

señor (Castilla),
sennor (Castilla y Navarra),
seinnor, seynnor, seinor, seynor (Navarra),
sire, ssire, syre (Navarra por influencia del francés);

uasallo, vassallo (Castilla y Navarra),
vassalo (Castilla),
uasalo (León),

uasaillo, vasailllo, vasayllo, uassaillo, uassayllo (Navarra, aunque vasailllo y vasaillo también podrían ser propias de la scripta aragonesa si se considera que se deben al notario Esteban y que éste es aragonés, pero es posible que fuera navarro, o bien que encargara la redacción del documento a un escriba navarro, por lo que se trataría de variantes navarras)²³.

²³ Quedan aquí de manifiesto las características gráficas de la scripta navarra que se han ido señalando detenidamente a lo largo del análisis lingüístico del capítulo anterior. Sirva como un breve resumen la indicación de algunas de las características de esta scripta como las grafías que anteponen *y/i* a *-l, -ll* para representar la palatal lateral, o a *-n, -nn* para la palatal nasal. También se aprecia la presencia del diptongo *-ie-* ante palatal, la vacilación en la representación de las predorso-dento-alveolares africadas sorda y sonora, las grafías *goa*, *guoa*, por un lado, y *quo* para [k], por otro, el resultado palatal de *Ly* y de *Dy*, las grafías *-mpn-* e *-yct-*, ésta última utilizada en la redacción con intención latinizante, la solución *-it-<-CT-* latino, el mantenimiento de *F-* en algunas palabras, la pérdida de la *e* pretónica en *drecho*, el ensordecimiento de la dental final, palabras de influencia occitana en el léxico y otras propiamente navarras y aragonesas, al igual que algunas soluciones como la que presenta *a* inicial en *ameilloramiento*, etc. Algunas de estas características de la scripta navarra coinciden con las de la aragonesa, otras con las de la castellana y otras son propias únicamente de la navarra; en todo caso, la conjunción de todas ellas permite identificar la scripta propia del área lingüística del navarro. Para más información sobre el romance navarro, *vid.* GONZÁLEZ OLLÉ, F. (1) "El romance navarro", *Revista de Filología Española*, LIII, 1970, pp. 45-93. (2) "La lengua occitana en Navarra", *Revista de Dialectología y tradiciones populares*, t. 25, Madrid, 1969, pp. 285-300. (3) "Vascuence y romance en la Historia Lingüística de Navarra", *Boletín de la R.A.E.*, t. L, 1970, pp. 31-76. (4) *Textos lingüísticos navarros*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 1970. (5) "La sonorización de las consonantes sordas iniciales en vascuence y en romance y la neutralización de *k/-g-* en español", *Archivum*, t. XXII, Universidad de Oviedo, 1972, pp. 253-274. (6) "El topónimo *Fila Ruuia* y la ultracorrección de *F-* en documentos navarros de 1215 y 1216", *Fontes Linguae Vasconum. Studia et Documenta*, t. 8, Pamplona, 1976, pp. 333-337. (7) "Más sobre *Fila Ruuia*", *Fontes Linguae Vasconum. Studia et Documenta*, t. 31, Pamplona, 1979, pp. 41-49. (8) "Evolución y castellanización del romance navarro", *Príncipe de Viana*, 44, Pamplona, 1983, pp. 173-180. (9) "Reconocimiento del romance navarro bajo Carlos II,

8.2. CONCLUSIONES PARTICULARES

En segundo lugar, las conclusiones que se desprenden del análisis lingüístico sobre las formas cultas son las siguientes:

8.2.1. Atendiendo a todos los principios metodológicos expuestos, con el estudio morfológico, grafonemático, diatópico y cronológico llevado a cabo en el capítulo anterior se reduce considerablemente el número de palabras entendidas tradicionalmente como cultas, ya como latinismos, cultismos o semicultismos.

Nuestra concepción de "cultismo" y, por extensión, de "arcaísmo lingüístico", así como los criterios para reconocerlos, difieren de los tradicionales²⁴. Para Benítez Clarós, uno de los representantes de la teoría tradicional, eran cultas palabras como *episcopal*, *homicidio*, *remedio*, *concilio*, *octubre*, atendiendo a razones fonéticas como la conservación de las pretónicas internas en la primera palabra, la conservación de Dy y Ly latina en las tres siguientes, la ausencia de palatalización en la cuarta, etc.²⁵ Alvar y Mariner consideran incluso la existencia

Príncipe de Viana, Vol. 48, Pamplona, 1987, pp. 7050-707. (10) "La posición de Navarra en el dominio lingüístico Navarro-aragonés, *Actas del Congreso de Lingüistas aragoneses*, Zaragoza, 1991, pp. 55-68. SARALEGUI, C., (1) "Los estudios sobre el dialecto navarro desde 1970 y su aportación al conocimiento del mismo", *Fontes Lingua Vasconum. Studia y Documenta*, t. 9, Pamplona, 1977, pp. 403-416. (2) "Un fuero navarro del siglo XIV y su versión en el siglo XVI", *Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española* (Cáceres, marzo-abril de 1987), t. II, Madrid, Arco-Libros, 1988, pp. 1557-1567. (3) *El Fuero Reducido de Navarra. Estudio lingüístico y glosario*, en I Sánchez Bella et alii, *El Fuero Reducido de Navarra. Edición crítica y estudios*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1989.

²⁴ Ahora bien, aunque no compartamos los criterios tradicionales de determinación de cultismos, el análisis lingüístico ha demostrado que los factores que favorecen la aparición de éstos son los mismos que han propuesto algunos de los representantes tradicionales. Ya Benítez Clarós consideró que el latín eclesiástico y el lenguaje jurídico son dos fuentes importantes en la introducción de las formas cultas (BENÍTEZ CLARÓS, R., (1) "Clasificación de los cultismos", *Archivum*, IX, Oviedo, 1959, pp. 224-225. "La integración del cultismo", *Archivum*, VI, Oviedo, 1956, p. 240).

²⁵ BENÍTEZ CLARÓS, R., *art. cit.* (1), pp. 219 y 221; *art. cit.* (2), p. 240.

de cultismos con significado poco culto como en el caso de *árbol*²⁶.

Sin embargo, el análisis de nuestro corpus parece indicar que muchas de estas palabras no son cultas, sino populares, y que participan de la variabilidad o polimorfismo gráfico²⁷, que caracteriza toda la documentación notarial medieval, o, en el caso de ser cultas, se debe a razones diferentes a las establecidas hasta ahora.

Por tanto, coincidimos con autores como Badía Margarit en que algunas palabras que tradicionalmente se han considerado cultas no pueden serlo ya que por "los objetos que designan o las significaciones que poseen"²⁸ son totalmente populares. De la misma opinión parece haber sido D. Alonso²⁹ con respecto a *árbol*, por poner un ejemplo. Dworkin³⁰ busca también otras explicaciones para las supuestas excepciones a las reglas fonéticas de la teoría tradicional, ya que no acepta la idea de la influencia culta.

Así, no admitir la pretendida presión culta en algunos casos obliga a interpretar como hereditarias o populares algunas de las voces "cultas" tradicionales. La conservación de la vocal postónica, el mantenimiento del grupo interior -NF- sin asimilarse y convertirse en -f-, los grupos iniciales *pl-*, *cl-*, *fl-* sin palatalizar procedentes de *PL-*, *CL-*, *FL-*, y la presencia de *dí* y *bi* cuyo origen era *Dy* y *By* latina respectivamente, etc., no son indicios de cultismo, sino soluciones romances también debidas

²⁶ ALVAR, M. y MARINER, S., "Latinismos", *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, II, pp. 3-49.

²⁷ A propósito de la variación lingüística incluso en una misma área lingüística Trask y Wright observan que "el individuo escoge una cierta variante por razones más bien sociológicas; la distribución estadística de éstas puede así variar de una época a otra, y de esta manera surge un cambio (...). Pero aunque la propagación de la variante vencedora se puede atribuir a causas sociolingüísticas, la anterior existencia de la variación debe tener otro motivo" como "la influencia de otro idioma" (TRASK, L. y WRIGHT, R., "El vascorrománico", *VERBA*, 15, Universidad de Santiago de Compostela, 1988, p. 361).

²⁸ BADÍA MARGARIT, A. M., "Por una revisión del concepto de «cultismo» en fonética histórica", *Studia Linguistica in honorem R. Lapesa*, I, Madrid, 1972, p. 139.

²⁹ ALONSO, D., "Sobre las soluciones peninsulares de los esdrújulos latinos", *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, t. I (Suplemento), Madrid, CSIC, 1962, p. 58.

³⁰ DWORKIN, S., "Phonotactic Awkwardness as an Impediment to Sound Change", *Forum Linguisticum*, Vol. 3, nº 1, Hamburg, 1978, pp. 47-56.

al contexto fónico o fonético en el que se encuentran, a la intención de evitar una posible homonimia, etc. Son varios los autores que apelan a razones estrictamente lingüísticas que expliquen los arcaísmos fonéticos en romance³¹, tanto entre los que se alejan de planteamientos tradicionales, como es el caso de Badía Margarit, Sánchez Salor, Wright³², etc., cuanto de algún autor como Malkiel, para quien la resistencia a la diptongación de palabras como *don*, *doña*, *conde*, *convento*, *apóstol*, *hombre*... puede deberse a diferentes causas: bien a condicionamientos fonéticos en el caso de la atonicidad de los títulos de *don*, *dueña*, bien a la acción del grupo interior nasal + dental en *conde*, o nasal + labial en *hombre*, bien a la transmisión culta de *apóstol* o a la oral de *convento*, por acción conjugada en este último caso de influencias "latinisantes et gallicisantes"³³.

8.2.2. Por todo ello, sólo han de considerarse palabras cultas de las propuestas por la teoría tradicional, ya latinismos, ya cultismos o semicultismos, las introducidas al menos a partir de finales del siglo XI. El factor tiempo es determinante, ya que permite distinguir entre cultismos y latinismos introducidos en los últimos años del siglo XI y los que parece que debieron

³¹ BADÍA MARGARIT, A. M., *art. cit.*, pp. 137-152; SÁNCHEZ SALOR, E., "Factores que influyen en los cambios léxicos en la Baja Lalinidad", en M. Pérez González (coord.), *Actas del I Congreso Internacional de Latin Medieval (León, 1-4 de diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 1995, pp. 397-414; WRIGHT, R., "Linguistic Reasons for Phonetic Archaisms in Romance", *Papers from the Fourth International Conference on Historical Linguistics*, Amsterdam, 1980, pp. 331-337.

³² Wright advierte que los errores de pronunciación, basados en proferir un sonido para cada letra, que se encuentran en la historia de la evolución del español y que algunos especialistas interpretan como cultismos son sólo síntoma de la falta de competencia o experiencia (WRIGHT, R., "La escritura: ¿foto o disfraz?", en R. Penny (ed.), *Actas del Primer Congreso Anglo-Hispano*, t. I, Madrid, Castalia, 1993, p. 231). Además, está convencido de que "la evolución retardada de las palabras denominadas «cultas» (c «semicultas») se puede explicar sin necesidad de atribuírsela a una capa del habla totalmente arcaica" (WRIGHT, R., "Latín tardío y romance temprano", *Revista de Filología Española*, t. LXVIII, Madrid, 1988, p. 258).

³³ MALKIEL, Y., "Le nivellement morphologique comme point de départ d'une «loi phonétique». La monophthongaison occasionnelle de *ie* et *ue* en ancien espagnol", *Mélanges Frappier*, II, Ginebra, Droz, 1970, pp. 712-721.

penetrar con posterioridad, durante los siglos XII y XIII, según se desprende de nuestra documentación.

Los cultismos y los latinismos no han de considerarse como casos de transmisión y pervivencia del latín, sino como formas introducidas en fechas tardías para acabar con la vacilación gráfica existente en el caso de muchas palabras, tal como hemos podido comprobar en el capítulo anterior. La fuente debió ser, sin duda, el latín medieval que, al convertirse en lengua de prestigio tras las reformas carolingias, facilitó la adopción de algunas formas que pasaron a constituirse en cultas con el objeto de regular con el polimorfismo gráfico medieval, aunque en nuestra documentación lo que aparece en un buen número de casos no es la generalización del cultismo, sino la etapa anterior de convivencia de éste con las variantes romances.

Por lo tanto, atendiendo a nuestro estudio lingüístico, serían cultismos únicamente, aunque por razones diferentes a las aducidas por la teoría tradicional, las palabras *avenencia*, que también podría interpretarse como una forma romance; *calumnia*, *capellán*, *compañía*, *conveniencia*, que, al igual que *calumnia*, podría ser romance, aunque la palabra *conveniencia* serviría para ejemplificar la técnica observada por Malkiel de sobreponer la variante culta en *-encia* a la primitiva en *-iença*³⁴; *estricto*, y *homicidio*, que también podría ser considerado como romance atendiendo al criterio de la geografía fonética, o incluso como arcaísmo propio de un área que acabó por imponerse en las otras. Es decir, mientras en Castilla se prefieren las variantes romances, *homicidio*, como variante latina, aparece en Navarra, tal vez por tratarse de un arcaísmo y ser propio del lenguaje jurídico.

Latinismos serían las palabras *apostólico*, *archidiácono*, aunque también podría entenderse éste último como cultismo

³⁴ Por el contrario, en el caso de los sufijos *-ança*, *-ancia*, el primero sobrevive "sin estorbo" junto al otro (MALKIEL, Y., "Las peripecias españolas del sufijo latino *-oriu*, *-oria*", *Revista de Filología Española*, t. LXVIII, 1988, pp. 246-255).

atendiendo a las variaciones gráficas de las variantes recogidas por la R.A.E.; *decano*, doblete culto de *deán*; *débito*, propio de los contextos jurídico y eclesiástico; *firma*, como femenino de *firme*; *legal* y *legalidad*, al aparecer escritos sin vacilaciones como *legalis* y *legalitate*, si bien, atendiendo a la adaptación que presentan al romance, podrían, asimismo, ser considerados cultismos.

La calificación de semicultismos solamente ha de recaer en *alienados*, *alienación*, *autoridad* y *fruto*.

8.2.3. Además, en cuanto al modo de distinción de los cultismos y latinismos, ha de atenderse a la vía de introducción utilizada por éstos. Es decir, si la diferencia entre latinismos y cultismos reside en sus varias vías de introducción, los primeros se reconocen por la inexistencia de variantes gráficas coexistentes, indicio de que se introdujeron por vía escrita sin originar vacilaciones gráficas ni de pronunciación, mientras que los segundos se caracterizan por presentar variaciones o alteraciones gráficas que señalan su introducción por vía oral. De ahí la importancia de la lengua escrita. Los latinismos, por tanto, están más próximos a la escritura, así como los cultismos a la oralidad que pasan a formar parte de la competencia lingüística de los hablantes.

8.2.4. Por otro lado, las palabras consideradas tradicionalmente como cultas y documentadas con anterioridad a fines del siglo XI han de dejar de ser entendidas como tales, dado que se trata de voces romances que presentan algunas de las posibles soluciones neolatinas debidas a factores diversos como condicionamientos fónicos, homonimia, etc.

De esta forma, según nuestro estudio lingüístico, dejarían de considerarse como cultas, para pasar a entenderse como romances, las siguientes palabras: *árbol*, *arcediano*, tal vez influida ésta última por la variante latina en el mantenimiento de la Dy. Tampoco serían cultas algunas de las variantes de *burgués*,

tal como consideran diversos autores, concretamente *borgeses*, *borzes*, y *burzseses*. *Clérigo* no sería culta tampoco, aunque posiblemente estuviera influida por la variante latina propia del contexto eclesiástico. No lo serían, asimismo, *colación*, *concilio*, *conde*, cuyas variantes demuestran una clara distribución diatópica y no el mantenimiento de la forma latina que la teoría tradicional interpreta como cultismo. *Convento* podría estar influida por la variante arcaica propia del contexto eclesiástico, pero tampoco es forma culta. *Derecho*, *estrecho*, *febrero* no serían semicultismos; en la última es posible que se dejara sentir la influencia de la forma que se encuentra en las fórmulas de datación de los escritos. Asimismo, no es un cultismo *firme*, sino que presenta una de las posibles evoluciones romances, lo mismo que *habitación*, única solución que parece haberse dado y, por lo tanto, romance también. Para explicar las palabras *hermano*, *infante*, *infanzón*, *juez* y *juicio* no es necesario recurrir al concepto de cultismo; en la última forma, la presencia de la *i* se debe a la posible influencia que pudo ejercer el arcaísmo gráfico *judicio*. *Merced*, *obispo*, *bisbe* y *arzobispo* no son semicultismos, sino variantes romances cuya evolución se debe al factor diatópico. En *octubre*, la presencia de *-ct-* puede interpretarse de diversas formas: como una de las posibles soluciones romances del grupo latino, como arcaísmo, o influida por la palabra presente en las dataciones de los formularios antiguos latinos y que actuó como arcaísmo. En *plazo*, el grupo inicial *pl-* es una solución romance o, en todo caso, podría entenderse que ha recibido influencia de la palabra arcaica propia de los libros antiguos jurídicos. *Pleito* también presenta un resultado, así como *remedio*, en el que *-di-* sirve para establecer una diferenciación dialectal con *remeillo*; además, como *remedium* es una forma presente en las fórmulas suplicatorias de los formularios antiguos, es posible que en *remedio* se haya dejado notar la influencia de ese arcaísmo gráfico.

8.2.5. Por el contrario, algunas palabras que se definían como cultas atendiendo a criterios tradicionales deben verse, mejor, como arcaísmos lingüísticos por causa de su temprana documentación.

A la concepción de Malkiel del arcaísmo como "una voz empleada sin interrupción desde el crepúsculo de la Antigüedad"³⁵ parece oponerse la de Michelena, según la cual los arcaísmos no son casos de conservadurismo sino de innovación. Es decir, en esas fechas, la elección de una forma más fiel al latín en la redacción documental podría verse como una innovación. Del mismo modo, los ámbitos en los que tiene lugar dicha elección, el eclesiástico y el jurídico-notarial, al ser considerados "arcaizantes", debería entenderse, en realidad, que son innovadores en este aspecto.

Como explicó Bastardas³⁶, los arcaísmos se encuentran sobre todo en las fórmulas notariales. Algunos son sólo gráficos, pero no todos, tal como parece considerar este autor, por lo que la precisión de Wright³⁷ acerca de que las viejas pronunciaciones no están obligadas a desaparecer por el simple hecho de que surjan otras nuevas, sino que pueden sobrevivir, parece acertada.

En cuanto a los arcaísmos que han surgido en el estudio lingüístico, hay que distinguir entre los gráficos y los gráfico-fonéticos.

Los primeros, que presentamos con la misma forma gráfica que presentan en la documentación, parecen ser los

³⁵ MALKIEL, Y., "Préstamos y cultismos", *Revue de Linguistique Romaine*, XXI, 1957, p. 45.

³⁶ Según Bastardas, "los notarios no entendían algunas fórmulas redactadas en un latín demasiado alambicado para ellos, de ahí que algunos giros aparezcan invariablemente deturpados"; además "el empleo mecánico de las fórmulas provoca anacolutos y raras construcciones" así como "anomalías y faltas gramaticales" debido a la mala inteligencia de fórmulas y frases estereotipadas". Todo ello, en su opinión, porque "los notarios sienten un gran respeto por estas fórmulas, redactadas en una lengua que no poseen, y no saben ni osan adaptarlas a las exigencias del contexto" (BASTARDAS PARERA, J., "El latín medieval, en *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, I, Madrid, CSIC, 1960, pp. 271-272).

³⁷ WRIGHT, R., "The study of Semantic change in Early Romance (Late Latin)", en A. G. Ramat, O. Carruba y G. Bernini (eds.), *Papers from the 7th International Conference on Historical Linguistics*, Amsterdam-Philadelphia, John Benjamins, 1987, p. 621.

siguientes. *Abbas*, *abbate*, por tratarse de un término eclesiástico. *Scripto*, propio de las intituciones notariales copiadas de los formularios antiguos latinos, también escrito como *escripto* por adaptación del arcaísmo gráfico a la escritura romance en el siglo XII. *Judice*, palabra del ámbito jurídico-notarial, tal vez arcaísmo únicamente en el área de Navarra, lo mismo que *judicium*, que parece ser propio de las scriptas navarra y aragonesa e influyó seguramente en el mantenimiento de la yod en las formas romances. *Elemosina* no es un cultismo como se ha creído tradicionalmente, sino un arcaísmo gráfico adaptado a la escritura del latín de los siglos XI, XII y XIII, como voz propia del ámbito eclesiástico. *Episcopal* y *episcopado* también son arcaísmos gráficos en parte adaptados al romance. *Sancto* es otro de los arcaísmos de este tipo, utilizado con afán latinizante en la escritura, ya que desde el siglo XI hay indicios de que la pronunciación se impone a la escritura según reflejan algunas vacilaciones gráficas como la de *sancta*.

En segundo lugar, arcaísmos tanto gráficos como fonéticos parecen ser los de *anno*, *apostolo*, *directo*, éste último tal vez tomado de los libros de derecho o notariales antiguos, y *argento* y *argenteo*, de los cuales el primero sigue utilizándose en el siglo XIII con vacilaciones y el segundo desaparece en favor de la forma romance.

8.2.6. Teniendo en cuenta la separación entre formas cultas y arcaicas que permite llevar a cabo el análisis lingüístico y la consideración como palabras romances de algunas entendidas tradicionalmente como cultas, disminuye notablemente el número de dobles establecidos por la teoría tradicional al considerar que la forma con menor evolución proviene del latín utilizado por las personas más cultas, y la más evolucionada del romance. En nuestra documentación, por el contrario, se constituyen como dobles únicamente las siguientes parejas, en las que la primera palabra es la romance y la segunda la culta o, en algunos casos, arcaica: *arcediano* y *archidiácono*, *compaña* y

compañía (como variante culta tardía), *concejo* y *concilio*, doblete formado en época posterior a nuestra documentación, *deán* y *decano*, *estrecho* y *estricto* y, por último, *derecho* y *directo*; este último doblete queda de manifiesto en el corpus a partir del siglo XIII, pero es posible que existiera con anterioridad si se acepta la consideración de *directo* como arcaísmo.

8.2.7. Por último, en algunas palabras sólo se han documentado variantes romances. Se trata de voces que aparecen únicamente en las redacciones en romance, tal vez por no ser consideradas adecuadas para la redacción en latín. También cabría pensar que la intención de los escribas fuera tan sólo latinizar la grafía. Asimismo, sería posible que se debieran a la inexistencia en latín medieval de la variante latina, o al hecho de no hacerse necesaria la introducción de ésta como forma culta por la escasez de variantes romances en conflicto gráfico. Del mismo modo, cabría pensar que se trata de voces de creación romance, aunque esta razón no es suficiente para la presentación de la palabra en romance únicamente, ya que, en muchos casos, la voz de creación romance también se latiniza, así como algunos arabismos, etc.

Así, palabras que sólo se documentan escritas en latín son las siguientes, que presentamos con la misma forma con que aparecen en los escritos: *acostumbrado*, *acostumpnado*; *caballero*, *cauallero*, *cauaillero*, *cauayleros*, *cabayllero*, *cauayllero* y *caualleiros*; *colgado*, *colocado*; *collato*, *coillaço*, *coyllaço*, *collaço* y *collazo*; *costumne*, *costumme*, *costumpne*, *costumbre*, *costunbre*; *coto*, *quoto*; *cuinado*, *cuinnado*, *cunado*; *engainno*, *engaino*, *engaynno*, *engano* y *enganno*; *fijo d'algo*, *fidalgo* y *fillo d'algo*; *richombre*, *richomne* y *richos-homnes*; *huerto*, *uerto*, *verto*, *uherto*, *vuerto*; *luengo*, *luango*; y *pagador*, *paguadors*.

8.3. RECAPITULACIÓN

Finalmente, recapitulando ya los razonamientos y reflexiones que hemos señalado, conviene concluir que:

8.3.1. Los datos lingüísticos extraídos del análisis de la oralidad y la escritura señalan, con respecto a la coexistencia del latín y los romances, que, con anterioridad al siglo XII, en la Península Ibérica no debió existir la situación que defiende la teoría tradicional de bilingüismo o diglosia, en lo que concordamos con Wright.

8.3.2. Sí se observa, en cambio, un bilingüismo en la escritura, esto es, la existencia de diferentes tipos de textos: unos intencionadamente redactados en latín, otros escritos en romance con grafías latinizantes, y todo ello como reflejo de la emergencia de la oralidad en la escritura, tal como sostiene Bustos Tovar.

8.3.3. Por todo esto, el latín vulgar leonés del que hablaba Menéndez Pidal ha de considerarse, en unos casos, como romance encubierto por una capa latinizante, mientras que, en otros, se trata de latín escrito propio de un contexto comunicativo específico, el jurídico-notarial.

8.3.4. Así como algunos textos se escribían en latín de forma intencionada antes del siglo XII, también es posible que existiera un registro oral latino, aunque únicamente en contextos muy específicos, como las celebraciones litúrgicas, y quizá sólo leído en voz alta.

8.3.5. Las diferencias geográficas quedan de manifiesto ya en el siglo XI, en el que es posible hablar de distintos tipos de romances hispánicos. En nuestro análisis lingüístico se aprecian

principalmente diferencias entre el castellano y el navarro desde época temprana.

8.3.6. No puede sostenerse una continuidad gráfica evolutiva, o evolución cronológica, es decir, la adaptación de la lengua escrita a la oralidad, tal como sostiene Bustos. Por el contrario, es evidente la falta de isomorfismo entre habla y escritura, esto es, la lengua escrita ha seguido cauces distintos a la lengua hablada, según señaló Wright. Sin embargo, estas dos posturas podrían reconciliarse siguiendo las consideraciones de L. Contreras, para quien, aunque en una lengua la escritura no se haya subordinado a la lengua oral, ha podido existir correspondencia entre los sistemas fonológico y gráfico.

8.3.7. Esta generalización de la ausencia del reflejo de la lengua oral en la escrita sólo puede aplicarse a la documentación que forma nuestro corpus de estudio. La inexistencia de la continuidad gráfica evolutiva se suple con una clara distribución diatópica; es decir, resulta muy clara la utilización que se hace en cada área lingüística de diferentes grafías para una misma palabra, originándose así la variación en la escritura.

8.3.8. Este polimorfismo gráfico característico de la documentación notarial medieval intenta evitarse a partir del siglo XII en la Península, sobre todo en el caso de palabras propias de ciertos ámbitos de prestigio, como el eclesiástico principalmente o el jurídico, con la introducción de algunas voces tomadas del latín medieval (bien por vía escrita, lo que da lugar a los latinismos, bien por vía oral, lo que origina los cultismos y semicultismos). Se confirma, por lo tanto, la tesis de Wright acerca de la consideración de los cultismos.

8.3.9. De este modo, sólo puede aplicarse la denominación de 'cultas' a las voces que penetraron tardíamente, a partir de la introducción de las reformas

carolingias. Así pues, se reduce de forma considerable el número de cultismos considerados como tales tradicionalmente. Las características formales de estas palabras pueden aclararse por diversos razonamientos lingüísticos sin tener que recurrir a la explicación por cultismo.

8.3.10. Por último, las palabras que mantienen una apariencia latina desde sus primeras documentaciones con anterioridad a finales del siglo XI han de considerarse arcaísmos, bien gráficos, bien fonético-gráficos, y su supuesta falta de evolución no debe interpretarse como un rasgo de conservadurismo, sino de innovación. El hecho de presentar reminiscencias latinas no es razón suficiente para establecer que algunas palabras son arcaísmos, ya que esta característica la poseen también los cultismos y latinismos. Para poder hablar de arcaísmo, a la apariencia latina debe ir unida una fecha de aparición o documentación muy temprana en los escritos.

Nuestra conclusión final es, pues, la de que, desde un punto de vista morfológico nominal, el análisis lingüístico del polimorfismo gráfico de las palabras estudiadas ha facilitado el reconocimiento de los latinismos, cultismos y semicultismos, diferenciándolos, por un lado, de aquellas palabras cuya apariencia latina no es razón suficiente para considerarlas como cultas, y distinguiéndolos, por otro, de los auténticos arcaísmos. Todo ello, puesto en relación con la oralidad y la escritura, ha permitido establecer al mismo tiempo algunos principios sobre la lengua hablada y la lengua escrita, y ello desde el siglo VII, en el que se localizan algunas pizarras visigodas, hasta las escrituraciones notariales de finales del siglo XIII.

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA

1. FUENTES DOCUMENTALES

Barrena Osoro, Elena, *La formación histórica de Guipúzcoa: transformaciones en la organización territorial de un territorio cantábrico durante la época altomedieval*, San Sebastián, Universidad de Deusto, 1989.

Díez de Salazar Fernández, Luis Miguel, *Colección diplomática del Concejo de Segura (Guipúzcoa) (1290-1500)*. t. I (1290-1400), Fuentes documentales medievales del País Vascos, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1985.

Enríquez Fernández, Javier, *Colección documental de la villa de Plencia (1299-1516)*, Fuentes documentales medievales del País Vascos, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1988.

García Arancón, M^a Raquel, *Colección diplomática de los reyes de Navarra de la dinastía de Champaña. 2. Teobaldo II. (1253-1270)*, Fuentes documentales medievales del País Vascos, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1985.

Hidalgo de Cisneros, Concepción, Largacha Rubio, Elena, Lorente Ruigómez, Araceli, Martínez Lahidalga, Adela, *Colección documental del Archivo Municipal de Elorrio (1013-1519)*. Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1988.

López Castillo, Santiago, *Diplomatario de Salinas de Añana (1194-1465)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1984.

Martín González, Margarita, *Colección diplomática de los reyes de Navarra de la dinastía de Champaña. 1. Teobaldo I (1234-1253)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1987.

Menéndez Pidal, Ramón, *Documentos lingüísticos de España. I. Reino de Castilla*, Madrid, CSIC-Patronato "Menéndez y Pelayo"-Instituto "Miguel de Cervantes", Anejo LXXXIV de la *Revista de Filología Española*, 1966.

Menéndez Pidal, Ramón, *Orígenes del español. Estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI* (10ª ed.), Obras completas de Ramón Menéndez Pidal, VIII, Madrid, Espasa-Calpe, 1986.

Munita Loinaz, José Antonio, *"Libro Becerro" del Monasterio de Sta. María de La Oliva (Navarra): Colección documental (1132/ 1500)*, Fuentes documentales medievales del País Vascos, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1984.

Ubieta Arteta, Antonio, *Cartulario de San Juan de la Peña*, Valencia, 1962.

Velázquez Soriano, Isabel, *Las pizarras visigodas: edición crítica y estudio*, Antigüedad y cristianismo. Monografías históricas sobre la Antigüedad Tardía, Universidad de Murcia, Universidad de Alcalá de Henares, 1989.

2. BIBLIOGRAFÍA ESPECÍFICA

Alarcos Llorach, Emilio, *El español, lengua milenaria (y otros escritos castellanos)*, Valladolid, Ámbito, 1982.

Alcina Franch, Juan y Blecua, José M., *Gramática española*, Barcelona, Ariel, 1975/1983.

Alonso, Dámaso, "Ensondecimiento en el norte peninsular de alveolares y palatales fricativas", *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, t. I. Suplemento, Madrid, CSIC, 1962, pp. 85-103.

Alonso, Dámaso, "Sobre las soluciones peninsulares de los esdrújulos latinos", *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, t. I. Suplemento, Madrid, CSIC, 1962, pp. 55-59.

Alvar, Manuel y Mariner, Sebastián, "Latinismos", *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, t. II, Madrid, C.S.I.C., 1959, pp. 3-49.

Alvar, Manuel. *El dialecto riojano*, Madrid, Gredos, 1976.

Álvarez Martínez. M. Ángeles, "Sustantivo, adjetivo y adverbio", *Verba*, 13, 1986, pp. 143-161.

Álvarez Maurin, M^a Pilar, "El léxico latino-romance de los documentos notariales asturleonenses", en M. Pérez González (ed.), *Actas del I Congreso Nacional de Latín Medieval (León, 1-4 diciembre de 1993)*, Universidad de León. Secretariado de publicaciones, 1995, pp. 441-446.

Ambadiang, T., *La morfología flexiva*, Madrid, Taurus Universitaria, 1994.

Aranzabe Pérez, Imelda, "Textos romances e interpretación", en M. Pérez González (ed.), *Actas del I Congreso Nacional de Latín Medieval (León, 1-4 diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de publicaciones, 1995, pp. 447-454.

Arias Barredo, A., "Semántica del género", *Alfinge*, 6, 1989-1990, pp. 39-56.

Avalle, d'Arco Silvio, *Bassa latinità*, Vol. 3, Turin, Giappichelli, 1971.

Avalle, d'Arco Silvio, *Latino 'circa Romançum' e 'rutica Romana lingua'. Testi del VII, VIII e IX secolo*, Padua, Antenore, 1983.

Avalle, d'Arco Silvio, *Protostoria delle lingue romanze*, Turin, G. Giappichelli, 1965.

Badía Margarit, Antoni M^a, "'Alcalde', difusión de un arabismo en catalán", *Homenaje a Millàs Villacastrán*, 1954, pp. 67-82.

Badía Margarit, Antoni M^a, "Dos tipos de lengua cara a cara", *Studia Philologica. Homenaje ofrecido a Dámaso Alonso*, I, Madrid, Gredos, 1960, pp. 115-139.

Badía Margarit, Antoni M.: "Aspectos formales en el nombre en español", *Problemas y principios del estructuralismo lingüístico*, Madrid, CSIC, 1967.

Badía Margarit, Antoni M^a, "Por una revisión del concepto de «cultismo» en fonética histórica, *Studia Linguistica in honorem R. Lapesa*, t. I, Madrid, Gredos, Cátedra-Seminario Menéndez Pidal, 1972, pp. 137-152.

Barbero de Aguilera, Abilio, *La sociedad visigoda y su entorno histórico*, Madrid, Siglo XXI, 1992.

Barbero, Abilio y Vigil, Marcelo, *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*, Barcelona, Ariel, 1974.

Barrena Osoro, Elena, *La formación histórica de Guipúzcoa: transformaciones en la organización territorial de un territorio cantábrico durante la época altomedieval*, San Sebastián, Universidad de Deusto, 1989.

Barrenechea, Ana M. y Manacorda de Rosetti, Mabel, "Las clases de palabras como clases funcionales", *Estudios de gramática estructural*, Buenos Aires, Paidós, 1969, pp. 9-26.

Bastardas y Parera, Juan, "El latín medieval", *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, t. I, Madrid, CSIC, 1960, pp. 251-290.

Benítez Clarós, Rafael, "La integración del cultismo", *Archivum*, t. VI, nº 3, Universidad de Oviedo, 1956, pp. 235-249.

Benítez Clarós, Rafael, "Problemas del cultismo", *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, t. VII, Vol. I, Madrid, C.S.I.C.-Patronato Menéndez y Pelayo, 1957, pp. 17-25.

Benítez Clarós, Rafael, "Clasificación de los cultismos", *Archivum*, t. IX, Universidad de Oviedo, 1959, pp. 216-227.

Benítez Clarós, Rafael, "Sobre los períodos cultos", *Archivum*, t. X, Universidad de Oviedo, 1960, pp. 398-404.

Benveniste, Emile, *Problemas de lingüística general*, México, Siglo XXI, 1966/1973.

Bezler, Francis, "Pour une révision de la date des Gloses de Silos", *Recherches ibériques*, nº 2, Université de Strasbourg, II, 1984, pp. 1-10.

Blake, Robert J., "New Linguistic Sources for Old Spanish", *Hispanic Review*, Vol 55. nº 1, Philadelphia, Universidad de Pensylvania, 1987, pp. 1-12.

Blake, Robert J., "Syntactic aspects of Latinitate text of the Early Middle Ages", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Age*, London & New York, Routledge, 1991, pp. 219-232.

Blake, Robert J., "El latín notarial de un escriba bilingüe o «bígrafo» del siglo XIII", en M. Pérez González (ed.), *Actas del I Congreso Nacional de Latín Medieval (León, 1-4 diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de publicaciones, 1995, pp. 463-468.

Bloomfield, L., *Language*, New York, Holt, Rinehart & Winston; trad. esp. *Lenguaje*, Lima, Universidad Nacional de San Marcos, 1933/1964.

Bonfante, Giuliano, "Quando si è cominciato a parlare italiano?", *Festschrift für W. von Watburg*, Vol. I, Tübingen, 1968, pp. 21-46.

Bono, José, *Historia del Derecho Notarial Español*. I, 1. Madrid, 1979; I, 2, Madrid, 1982.

Bono, José, "La práctica notarial del reino de Castilla en el siglo XIII. Continuidad e innovación", *Notariado público y documento privado: de los orígenes al siglo XIV. Actas del VII Congreso Internacional de Diplomática*, I, Papers i Documents, 7, Valencia, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència. Generalitat Valenciana, 1986, pp. 481-506.

Bosque, Ignacio, "La morfología", en F. Abad y A. García Berrio (coord.), *Introducción a la lingüística*, Madrid, Alhambra, 1983, pp. 115-153.

Bosque, Ignacio, *Las categorías gramaticales*, Madrid, Síntesis, 1988/1990.

Bresson, D., "'Adjectif ou 'Adverbe': des classes de mots problématiques en allemand", en Garde (ed.), *Les parties du discours*, Travaux du Cercle Linguistique d'Aix en Provence, 1, 1983, pp. 9-38.

Briz Gómez, Antonio E., "El proceso de sustantivación en el sintagma Artículo+Adjetivo", *Actes du XVIIIe Congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes* (Trier, 1986), t. V, Tübingen, Max Niemeyer, 1988, pp. 81-90.

Briz Gómez, Antonio E., "El proceso de sustantivación y lexicalización de los adjetivos con artículo en español", *Revista de Filología Románica*, 7, Madrid, Universidad Complutense, pp. 231-239.

Briz Gómez, Antonio E., *Sustantivación y lexicalización en español*, Anejo IV de Cuadernos de Filología, Universitat de València, 1989.

Bustos Tovar, José Jesús de, *Contribución al estudio del cultismo léxico medieval*, Anejos del Boletín de la R.A.E., Madrid, 1974, pp. 9-53.

Bustos Tovar, José Jesús de, "Algunos aspectos de las formas de enunciación en textos medievales", *Actas del II Congreso Internaiconal de Historia de la Lengua Española (Sevilla, 1989)*, t. II, Madrid, Pabellón de España, 1992, pp. 562-577.

Bustos Tovar, José Jesús de, "Spanisch: Graphetik und Graphemik. Grafética y Grafémica", en *Lexikon der Romanistischen Linguistik*. Vol. VI, 1, Tübingen, Max Niemeyer, 1992, pp. 69-76.

Bustos Tovar, José Jesús de, "Cultismos en el primer Renacimiento", en *Actas del Coloquio hispano-alemán Ramón Menéndez Pidal*, Tübingen, Max Niemeyer, 1992, pp. 15-39.

Bustos Tovar, José Jesús de, "Construccional oracional y organización del discurso", en *Actas del IV Simposio de actualización científica y didáctica de Lengua Española y Literatura*, Sevilla, Asociación andaluza de profesores de español "Elio Antonio de Nebrija", 1993, pp. 35-44.

Bustos Tovar, José Jesús de, "La presencia de la oralidad en los textos romances primitivos", *Actas del Congreso de Historia de la Lengua Española en América y España (Universitat de València, noviembre de 1994-febrero de 1995)*, Valencia, Universitat de València y Tirant lo Blanch, 1995, pp. 219-235.

Bustos Tovar, José Jesús de, "De la oralidad a la escritura", en L. Cortés Rodríguez (ed.), *El español coloquial, Actas del I Simposio sobre análisis del discurso oral (Almería, 23-25 de noviembre de 1994)*, Universidad de Almería, Servicio de Publicaciones, 1995, pp. 11-28.

Bustos Tovar, José Jesús de, "La imbricación de la oralidad en la escritura como técnica del discurso narrativo", en *Coloquio Internacional sobre "El español hablado y la cultura oral en España e Hispanoamérica" (Berlín, 23-25 de septiembre de 1993)*, en prensa.

Bustos Tovar, José Jesús de, "Algunos factores semánticos y pragmáticos en la transmisión oral", *II Simposio de Pragmática y Gramática del Español Hablado. El español coloquial* (Valencia, noviembre de 1995), en prensa.

Calero, M. Luisa, *Historia de la gramática española (1847-1920)*, Madrid, Gredos, 1986.

Calvo Pérez, Julio, *Adjetivos puros: estructura léxica y tipología*, Anejo 2 de Cuadernos de Filología, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 1986.

Calvo Pérez, Julio, *Substantiu y adjectiu*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 1987.

Canellas López, Ángel, *Diplomática hispano-visigoda*, Zaragoza, Institución "Fernando el Católico", 1979.

Canellas López, Ángel, "El notariado en España hasta el siglo XIV: estado de la cuestión", *Notariado público y documento privado: de los orígenes al siglo XIV. Actas del VII Congreso Internacional de Diplomática*, I, Papers i Documents, 7, Valencia, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència. Generalitat Valenciana, 1986, pp. 101-139.

Cano Aguilar, Rafael, *El español a través de los tiempos*, Madrid, Arco-Libros, 1988.

Caravedo, R., "Naturaleza y expresión del género en español", *Español Actual*, 54, 1990, pp. 101-113.

Carrera, Manuel, "Italiano y español: elementos para una comparación", *Italiano y español -estudios lingüísticos-*, Sevilla, Publicaciones de la Universidad, 1984, pp. 185- 219.

Carrera de la Red, Micaela, "De nuevo sobre las Glosas Emilianenses", en *Actas del II Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Vol. II, pp. 579-596.

Castro Jiménez, M^a Dolores, "Léxico romance en la *Chronica Adefonsi Imperatoris*", en M. Pérez González (ed.), *Actas del I Congreso Nacional de Latín Medieval (León, 1-4 diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de publicaciones, 1995, pp. 469-474.

Castro, Américo, *Glosarios latino-españoles de la Edad Media*, Colección Biblioteca de Filología Hispánica: 3, Madrid, CSIC, 1991.

Castro, José Ramón, *Catálogo del Archivo General. Sección de Comptos. Documentos. Años 842-1331*. Tomos I-XXXVIII, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, Aramburu, 1952-1964, t. I (año 1952), t. VII y VIII (año 1954), t. XVI (año 1956), t. XVIII, XIX y XX (año 1957), t. XXX (año 1962) y t. XXXVI (año 1964).

Catalán, Diego, "De Nájera a Salobreña. Notas lingüísticas e históricas sobre un reino en estado latente", *Studia Hispanica in honorem R. Lapesa*, III, Madrid, Gredos-Cátedra Seminario Menéndez Pidal, 1975, pp. 87-121.

Cejador y Frauca, Julio, *Vocabulario Medieval Castellano*, Madrid, Visor-Libros, 1929/1990.

Ciérbide Martinena, Ricardo, *Estudio lingüístico de la documentación medieval en lengua occitana de Navarra*, Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 1988.

Claramunt, Salvador, Riu, Manuel, Torres, Cristóbal, Trepát, Cristòfol A., *Atlas de historia medieval*, Cuadernos cartográficos, Barcelona, Aymá, 1980.

Clavería Nadal, Gloria, "En torno al cultismo: los grupos consonánticos cultos", en M. Ariza, A. Salvador y A. Viudas (eds.), *Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española (Cáceres, marzo-abril de 1987)*, t. I, Madrid, Arco-Libros, 1988, pp. 91-102.

Clavería Nadal, Gloria, *El latinismo en español* (Tesis doctoral leída en 1989), 2 vols., Barcelona, Universitat Autònoma, 1991 (en microfichas).

Clavería Nadal, Gloria, *El latinismo en español*, Barcelona, Universitat Autònoma, 1991.

Clavería, Carlos, *Historia del reino de Navarra*, Pamplona, Ed. Gómez, 1971.

Colón, Germà, "Occitanismos", *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, t. II, Madrid, CSIC, 1967, pp. 153-192.

Contreras, Lidia, *Ortografía y grafémica*, Madrid, Visor Libros, 1995.

Corominas, Joan y Pascual, José A., *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 1991.

Coseriu, Eugenio, "El plural de los nombres propios", *Teoría del lenguaje y lingüística general* (3ª edición), Madrid, Gredos, 1978, pp. 261-281.

Cuervo, Rufino José, *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, t. IV, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1953.

Dardel, Robert de, "La syntaxe nominale en protoroman ancien et ses implications sociolinguistiques", *Revue de Linguistique Romane*, t. 54, Strasbourg, 1994, pp. 5-37.

Díaz y Díaz, Manuel C., "El latín en la Península Ibérica: Rasgos lingüísticos", *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, t. I. Madrid, CSIC, 1960, pp. 153-197.

Díaz y Díaz, Manuel C., *Las primeras glosas hispánicas*, Universidad Autónoma de Barcelona, 1978.

Díaz y Díaz, Manuel C., "Algunos aspectos lingüísticos y culturales de las pizarras visigóticas", *MYRTA, Revista de Filología Clásica*, Vol. 1, Universidad de Murcia, 1986, pp. 13-25.

Díaz y Díaz, Manuel C., "Problemas y perspectivas del latín medieval hispano", en M. Pérez González (ed.), *Actas del I Congreso Nacional de Latín Medieval (León, 1-4 diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de publicaciones, 1995, pp. 17-26.

Díez de Revenga Torres, Pilar, *Estudio lingüístico de documentos murcianos del siglo XIII (1243-1283)*, Universidad de Murcia, 1986.

Díez de Revenga Torres, Pilar, "Problemas de sibilantes en documentos murcianos del siglo XIII", *Cuadernos de Filología. Studia Linguistica Hispanica*, Vol, II, 3, Universidad de Valencia, 1986, pp. 65-74.

Díez de Revenga Torres, Pilar y García Díaz, Isabel, "Historia y Lengua en el Reino de Murcia Bajomedieval", *Estudios de Lingüística*, nº 8, Universidad de Alicante, 1992, pp. 85-98.

Díez de Salazar Fernández, Luis Miguel, *Colección diplomática del Concejo de Segura (Guipúzcoa) (1290-1500)*. t. I (1290-1400), Fuentes documentales medievales del País Vascos, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1985.

Domínguez Caparros, J., "La gramática de la Academia del siglo XVIII", *Revista de Filología Española*, 58, 1976, pp. 81-108.

Dworkin, Steven N., "Phonotactic Awkwardness as an Impediment to Sound Change", *Forum Linguisticum*, Vol. 3, nº1, Hamburg, 1978, pp. 47-56.

Dworkin, Steven N., "Latín tardío y romance temprano", en M. Pérez González (ed.), *Actas del I Congreso Nacional de Latín Medieval (León, 1-4 diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de publicaciones, 1995, pp. 489-494.

Echaide, Ana M., "El género de los sustantivos en español", *Ibero-romania*, I, 1969, pp. 89-124.

Echenique Elizondo, M^a Teresa, "El sistema referencial en español antiguo: leísmo, laísmo y loísmo", *Revista de Filología Española*, 61, Madrid, 1981, pp. 113-157.

Echenique Elizondo, M^a Teresa, *Historia lingüística vasco-románica* (2^a ed.), Madrid, Paraninfo, 1987.

Echenique Elizondo, M^a Teresa, "Grafémica vasco-románica. Implicaciones mutuas", *Caplletra. Revista de Filología*, 6, 1989, pp. 89-93.

Echenique Elizondo, M^a Teresa, "Protohistoria de la lengua española", en Joseba A. Lacarra (ed.), *Memoriae L. Mitxelena Magistri Sacrum, Anuario del Seminario de Filología Vasca «Julio de Urquijo»*, Gehigarriak, XIV, San Sebastián, Diputación Foral de Guipúzcoa, 1991, pp. 33-39.

Echenique Elizondo, M^a T. y Quilis Merín, Mercedes, "Latín, castellano y lengua vasca en los orígenes románicos", *Actas del XXe Congrès International de Linguistique et Philologie Romanes*, t. II, sección III, Zurich, 1992, pp. 623-632.

Echenique Elizondo, M^a Teresa, "El latinismo en escritores vascos de los siglos XVI y XVII", *Actas del XIX Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas (Universidad de Santiago de Compostela, 1989)*, Vol. V, La Coruña, Fundación "Pedro Barrié de la Maza, Conde de Fenosa", 1993, pp. 357-363.

Echenique Elizondo, M^a Teresa, "La koiné castellana", *Lexikon der Romanistischen Linguistik*, Vol. II, 2, Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 1995, pp. 527-536.

Emiliano, António, "Latin or romance? Graphemic Variation and Scripto-linguistic Change in Medieval Spain", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages*, London & New York, Routledge, 1991, pp. 233-247.

Emiliano, António, "Tradicionalidad y exigencias de realismo en la lengua notarial hispánica (hasta el siglo XIII)", en M. Pérez González (ed.), *Actas del I Congreso Nacional de Latin Medieval (León, 1-4 diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de publicaciones, 1995, pp. 511-518.

Enciclopedia Universal Ilustrada Euroamericana, Varios volúmenes, Bilbao-Barcelona-Madrid, Espasa-Calpe, 1908-1983.

Enciclopedia Universal Sopena. Diccionario ilustrado de la lengua española, Varios volúmenes, Barcelona, Sopena, 1963-1970.

Enríquez Fernández, Javier, *Colección documental de la villa de Plencia (1299-1516)*, Fuentes documentales medievales del País Vascos, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1988.

Escolà Tuset, Josep M., "¿Latín romanceado o romance latinizado? (estudio sobre el léxico de documentos de la segunda mitad del siglo XII de Poblet y Santes Creus)", en M. Pérez González (ed.), *Actas del I Congreso Nacional de Latín Medieval (León, 1-4 diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de publicaciones, 1995, pp. 527-531.

Fernández Fernández, A., *La función incidental en español. Hacia un nuevo modelo de esquema oracional*, Universidad de Oviedo, 1993.

Ferrer Mallol, M^a Teresa y Riera Sans, Jaume, "Miscel·lània de documents per a la història del notariat als estats de la corona catalano-aragonesa", *Estudios Históricos y Documentos de los Archivos de Protocolos*, Vol. IV, Barcelona, 1974, pp. 429-445.

Fontaine, Jacques, "Fins et moyens de l'enseignement ecclésiastique dans L'Espagne Wisigothique", *La Scuola nell'Occidente Latino dell'Alto Medioevo* (Centro italiano di studi sull'alto Medioevo, *Settimane di studio* 19), Spoleto, 1972, pp. 145-202.

Foster, Brian, "Le concept de l'archaïsme dans les langues romanes", *Actas del XI Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas*, Vol. III, Madrid, CSIC, 1968, pp. 1479-1487.

García Arancón, M^a Raquel, *Colección diplomática de los reyes de Navarra de la dinastía de Champaña. 2. Teobaldo II. (1253-1270)*, Fuentes documentales medievales del País Vascos, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1985.

García Arancón, M^a Raquel, *Teobaldo II*, Pamplona, Mintzoa, 1986.

García de Cortázar, José Ángel, *Introducción a la Historia Medieval de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya en sus textos*, San Sebastián, 1979.

García de Cortázar, José Ángel, *Organización social del espacio en la España medieval. La Corona de Castilla en los siglos VIII a XV*, Barcelona, Ariel, 1985.

García de Cortázar, José Ángel, *La sociedad en la España medieval*, Madrid, Siglo veintiuno, 1990.

García Edo, Vicente, "Los escribanos de la cancillería real en la conquista de Valencia por Jaime I", *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, t. LXIV, Castellón, 1988, pp. 269-291.

García Larragueta, Santos, "Auctoritas et potestas, territorialidad del notariado en el reino de Navarra", *Notariado público y documento privado: de los orígenes al siglo XIV. Actas del VII Congreso Internacional de Diplomática*, I, Papers i Documents, 7, Valencia, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència, Generalitat Valenciana, 1986, pp. 201-243.

García Leal, Alfonso, *El latín de la diplomática asturleonense (775-1032)*, Universidad de Oviedo, Servicio de Publicaciones, 1988.

Gimeno Menéndez, Francisco, "Aproximación sociolingüística a los orígenes del español", en M. Ariza, A. Salvador y A. Viudas (eds.), *Actas del I Congreso internacional de Historia de la Lengua Española (Cáceres, marzo-abril de 1987)*, t. II, Madrid, Arco-Libros, 1988, pp. 1183-1192.

Gimeno Menéndez, Francisco, "Sociolingüística del español en los siglos X al XII", *Actas del Congreso de Historia de la Lengua Española en América y España (Universitat de València, noviembre de 1994-febrero de 1995)*, Valencia, Universitat de València y Tirant lo Blanch, 1995, pp. 281-292.

Gimeno Menéndez, Francisco, *Sociolingüística histórica* (Siglos X-XII), Madrid, Visor Libros-Universidad de Alicante, 1995.

Goebel, Hans, "Qu'est-ce que la scriptologie?" *Medioevo Romano*, Vol. II, Nápoles, 1975, pp. 3-43.

Goebel, Hans, "La dialectométrie - pour quoi faire?", *Actes du XVIIIe Congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes* (Trier, 1986), t. III, Tübingen, Max Niemeyer, 1988, pp. 332-341.

Goebel, Hans, "Quelques réflexions sur la scriptologie", *Actes du XVIIIe Congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes* (Trier, 1986), t. III, Tübingen, Max Niemeyer, 1988, pp. 706-709.

Gómez Asencio, José J., *Gramática y categorías verbales en la tradición española 1771-1847*, Salamanca, Anejo a *Studia Philologica Salmanticensia*, 1981.

Gómez Asencio, José J., *Subclases de palabras en la tradición española 1771-1847*, Anejo a *Studia Philologica Salmanticensia*, Salamanca, 1985.

Gómez Asencio, José J., "La Gramática de la lengua castellana de Nebrija desde la óptica de la coherencia", *Actas del Congreso de Historia de la Lengua Española en América y España* (Universitat de València, noviembre de 1994-febrero de 1995), Valencia, Universitat de València y Tirant lo Blanch, 1995, pp. 293-304.

Gómez Torrego, Leonardo, *Manual de español correcto* (5ª ed.), Madrid, Arco-Libros, 1994.

González Calvo, José Manuel, "El género ¿una categoría morfológica?", *Anuario de Estudios Filológicos*, II, Cáceres. 1979, pp. 51-73; reed. en González Calvo, J. M., *op. cit.*, pp. 39-58.

González Calvo, José Manuel, "Sobre el adjetivo como clase de palabra independiente en español", *Anuario de Estudios Filológicos*, IV. 1981. pp. 115-127; reed. en González Calvo, J. M., *op. cit.*, pp. 75-88.

González Calvo, José Manuel, "Sobre la expresión de lo superlativo (I)", *Anuario de Estudios Filológicos*, VII, Cáceres, 1984.

González Calvo, José Manuel, "Sobre la expresión de lo superlativo (II)", *Anuario de Estudios Filológicos*, VIII, Cáceres, 1985.

González Calvo, José Manuel, *Estudios de morfología española*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1988.

González Calvo, José Manuel, "Sobre el concepto de morfema", *Anuario de Estudios Filológicos*, XIII, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1990, pp. 133-143.

González Luis, F., "Condicionamientos semánticos de los cambios de género gramatical", en Álvarez Martínez, M. A. y otros (eds.), *Actas del Congreso de la Sociedad Española de Lingüística. XX Aniversario*, Madrid, Gredos, 1990, pp. 190-198.

González Ollé, Fernando, *Los sufijos diminutivos en castellano medieval*, Madrid, CSIC, 1962.

González Ollé, Fernando, "La lengua occitana en Navarra", *Revista de Dialectología y tradiciones populares*, t. 25, Madrid, 1969, pp. 285-300.

González Ollé, Fernando, "El romance navarro", *Revista de Filología Española*, LIII, 1970, pp. 45-93.

González Ollé, Fernando, "Vascuence y romance en la Historia Lingüística de Navarra", *Boletín de la R.A.E.*, t. L, 1970, pp. 31-76.

González Ollé, Fernando, *Textos lingüísticos navarros*, Pamplona, *Institución Príncipe de Viana*, 1970.

González Ollé, Fernando, "La sonorización de las consonantes sordas iniciales en vascuence y en romance y la neutralización de k-/g- en español", *Archivum*, t. XXII, Universidad de Oviedo, 1972, pp. 253-274.

González Ollé, Fernando, "Resultados castellanos de «kw» y «gw» latinos. Aspectos fonéticos y fonológicos", *Boletín de la R.A.E.*, t. LII, 1972, pp. 285-318.

González Ollé, Fernando, "El topónimo *Fila Ruuia* y la ultracorrección de F- en documentos navarros de 1215 y 1216", *Fontes Linguae Vasconum. Studia et Documenta*, t. 8, Pamplona, 1976, pp. 333-337.

González Ollé, Fernando, "La sonorización de las consonantes sordas tras sonante en la Rioja. A propósito del elemento vasco en las Glosas Emilianenses", *Cuadernos de Investigación Filológica*, t. IV, Publicaciones del Colegio Universitario de Logroño, 1978, pp. 113-121.

González Ollé, Fernando, "Más sobre *Fila Ruuia*", *Fontes Linguae Vasconum. Studia et Documenta*, t. 31, Pamplona, 1979, pp. 41-49.

González Ollé, Fernando, "Evolución y castellanización del romance navarro", *Príncipe de Viana*, 44, Pamplona, 1983, pp. 173-180.

González Ollé, Fernando, "El plural de las palabras terminadas en semivocal", *II Simposio Internacional de la lengua española*, Las Palmas, 1984, pp. 55-81.

González Ollé, Fernando, "Reconocimiento del romance navarro bajo Carlos II, *Principe de Viana*, Vol. 48, Pamplona, 1987, pp. 7050-707.

González Ollé, Fernando, "Nuevos datos sobre la primacia lingüística toledana", *Revista de Filología Española*, t. 47, Madrid, 1987, pp. 123-126.

González Ollé, Fernando, "La posición de Navarra en el dominio lingüístico Navarro-aragonés, *Actas del Congreso de Lingüistas aragoneses*, Zaragoza, 1991, pp. 55-68.

González Ollé, Fernando, *Lengua y literatura españolas medievales* (2ª ed.), Madrid, Arco-Libros, 1993.

Gordillo Vázquez, Mª del Carmen, "Para un estudio estadístico del léxico culto", *ALFINGE* nº 1, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1983, pp. 271-277.

Gossen, Charles-Théodore, "Graphème et phonème: le problème central de l'étude des langues écrites du Moyen Age", *Revue de Linguistique Romane*, XXXII, Lyon-Paris, 1968, pp. 1-16.

Gossen, Charles-Théodore, "L'interprétation des graphèmes et la phonétique historique de la langue française", *Travaux de Linguistique et de Littérature*, Vol. VI, 1, Université de Strasbourg, 1968, pp. 149-168.

Guitarte, G. y Torres Quintero, R., "Linguistic Correctness and the Role of the Academies", en T. Sebeok (ed.) *Current Trends in Linguistics*, Vol. IV, París-La Haya, Mouton, 1986, pp. 562-604.

Gutiérrez García-Torres, Belén, "Introducción al estudio de los dobles múltiples en español", en M. Ariza, A. Salvador, A. Viudad (eds.), *Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española (Cáceres, 30 de marzo-4 de abril de 1987)*, Madrid, Arco-Libros, 1988, pp. 116-120.

Gutiérrez García-Torres, Belén, *Estudio histórico-semántico de los dobles múltiples en español moderno*, Colección Filológica, XXXIII, Granada, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1989.

Harris, J. W., "A note on Spanish plural formation", *Language*, 46, 1970, pp. 928-930.

Heene, Katrien, "Audire, legere, vulgo: an attempt to define public use and comprehensibility of Carolingian hagiography", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages*, London & New York, Routledge, 1991, pp. 146-163.

Herman, József, "Spoken and written Latin in the last centuries of the Roman Empire. A contribution to the linguistic history of the western provinces", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages*, London & New York, Routledge, 1991, pp. 29-43.

Hernández Alonso, Cesar, "Las Glosas. Interpretación y estudio lingüístico", en C. Hernández Alonso et alii (eds.), *Las Glosas Emilianenses y Silenses*, Burgos, Ayuntamiento de Burgos, 1993, pp. 63-82.

Hidalgo de Cisneros, Concepción, Largacha Rubio, Elena, Lorente Ruigómez, Araceli, Martínez Lahidalga, Adela, *Colección documental del Archivo Municipal de Elorrio (1013-1519)*. Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1988.

Hjelmslev, L., *Principes de grammaire générale*, 1928: trad. esp. *Principios de gramática general*, Madrid, Gredos, 1976, pp. 95-118.

Hockett, C. F., *Curso de lingüística moderna* (2ª ed.), Buenos Aires, Eudeba, 1958/1972.

Huici Miranda, Ambrosio y Cabanes Pecourt, Mª Desamparados, *Documentos de Jaime I de Aragón (1237-1250)*, Vol. II, Valencia, Las Diputaciones Provinciales y los Ayuntamientos de Valencia, Alicante y Castellón y la Universidad Literaria de Valencia, 1976.

Idoate, Florencio, *Catálogo del Archivo General. Sección de Comptos. Documentos. Años 1258-1535*, tomos XXXIX-LII, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, Aramburu, 1965-1974. T. XXXVIII, XXXIX y XL (año 1965), t. XLII, XLIII y XLIV (año 1966), XLV y XLVI (año 1967), XLVII (año 1968) y LI y LII (año 1974).

Iglesias Casal, I., "El género femenino o la discriminación a través del lenguaje", en ÁLVAREZ MARTÍNEZ, M. A. y otros (eds.), *Actas del Congreso de la Sociedad Española de Lingüística. XX Aniversario*, Vol. 2, Madrid, Gredos, 1990, pp. 555-562.

Jason, Tore, "Language Change and Metalinguistic Change: Latin to Romance and Other Cases". en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages*, London & New York, Routledge, 1991, pp. 19-28.

Lacarra, José Mª, "La fecha de la conquista de Tudela", *Príncipe de Viana*, nº XXII, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, Institución Príncipe de Viana, 1946, pp. 45-54.

Lacarra, José M^a, *Historia política del Reino de Navarra. Desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla*, Vol. I y II, Pamplona, Aranzadi, 1972.

Lapesa Melgar, Rafael, "Historia lingüística e historia general", *Actas del Congreso luso-español para el progreso de las ciencias* (Madrid, 1958), Madrid, 1960, pp. 173-179.

Lapesa Melgar, Rafael, *Historia de la lengua española* (9^a ed.), Madrid, Gredos, 1981.

Lapesa Melgar, Rafael, "El Fuero de Valfermoso de las Monjas (1189)", *Homenaje a Álvaro Galmés de Fuentes*, I, Madrid. Gredos, 1985 (El "Texto del Fuero" en colaboración con Ramón Menéndez Pidal y Gonzalo Menéndez Pidal, pp. 45-51), pp. 43-98.

Lapesa Melgar, Rafael, "Mozárabe y catalán o gascón en el Auto de los Reyes Magos", *Estudios de historia lingüística española*, Madrid, Paraninfo, 1985, pp. 138-157.

Lapesa Melgar, Rafael, *Glosario del léxico iberorrománico primitivo* (Iniciado y proyectado en 1927-36 como II tomo de los Orígenes del español de R. Menéndez Pidal; reanudado hacia el año 1960 con la colaboración de Constantino García y en 1991 con la de Manuel Palomar Lapesa).

Lázaro Carreter, Fernando *Diccionario de términos filológicos*, Madrid, Gredos, 1953/1984.

Lázaro Carreter, Fernando, "Sobre el problema de los interfijos: ¿consonantes antihiáticas en español?", *Estudios de Lingüística*, Barcelona, Crítica, 1980, pp. 1-26.

Leroy, Béatrice, *Historia del reino de Navarra*, Colección Torre de la Botica, Madrid, Swan, 1986.

Lopetegui Semperena, Guadalupe, "Interferencias morfosintácticas en documentos navarros del siglo XII", en M. Pérez González (ed.), *Actas del I Congreso Nacional de Latín Medieval (León, 1-4 diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de publicaciones, 1995, pp. 559-566.

López Castillo, Santiago, *Diplomatario de Salinas de Añana (1194-1465)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1984.

Lorenzo, Emilio, *El español de hoy, lengua en ebullición* (2ª ed.), Madrid, Gredos, 1971.

Lyons, J., *Introducción a la lingüística teórica* (3ª ed.), Barcelona, Teide, 1975.

Llorente, Antonio, "El habla de Salamanca y su provincia", *Boletín de la Asociación Española de Profesores de Español*, 14, 1982, pp. 91-100.

Lloyd, Paul M., "On the names of languages", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages*, London & New York, Routledge, 1991, pp. 9-18.

Lloyd, Paul M., *From Latin to Spanish Vol. I, Historical Phonology and Morphology of the Spanish Language*, Memoirs of the American Philosophical Society, 173, Philadelphia, 1987; trad. esp. *Del latín al español. I. Fonología y Morfología Históricas de la Lengua Española*, Madrid, Gredos, 1993.

Madoz, Pascual, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Madrid, Est. Literario-Tipográfico Universal de P. Madoz y L. Sagasti, 1846-1850.

Malkiel, Yakov, Max Gorosch (ed.) *El Fuero de Teruel*, Stockholm, 1950, *Language*, XXXI, 2, 1955, pp. 261-291.

Malkiel, Yakov, "Préstamos y cultismos", *Revue de Linguistique Romaine*, XXI, 1957, pp. 1-61.

Malkiel, Yakov, "Los interfijos hispánicos. Problema de Lingüística Histórica y Estructural", *Miscelánea homenaje a André Martinet. Estructuralismo e Historia*, t. II, Universidad de La Laguna, 1958, pp. 107-199.

Malkiel, Yakov, "Múltiple versus simple causation in linguistic chance", *To honor Roman Jakobson*, t. II, The Hague, Mouton, 1967, pp. 1228-1246.

Malkiel, Yakov, "Le nivellement morphologique comme point de départ d'une «loi phonétique». La monophthongaison occasionnelle de *ie* et *ue* en ancien espagnol", *Mélanges Frappier*, II, Ginebra, Droz, 1970, pp. 701-735.

Malkiel, Yakov, "En torno al cultismo medieval: los descendientes hispánicos de DULCIS", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXIV, 1975, pp. 24-45.

Malkiel, Yakov, "Las peripecias españolas del sufijo latino -orū, -orīa", *Revista de Filología Española*, t. LXVIII, 1988, pp. 217-255.

Marcos Marín, Francisco, "Latín tardío y romance temprano", *Revista de Filología Española*, t. LXIV, Madrid, 1983-84, pp. 129-145.

Marcos Marín, Francisco, "El Libro de Job: Quevedo, modernizador del español en un tratado doctrinal", *Revista de Filología Española*, t. LXV, Cuadernos 1º y 2º, Madrid, 1985, pp. 25-49.

Mariner Bigorra, Sebastián, "El femenino de indeterminación", *Actas del XI Congreso Internacional de Lingüística y Filologías Románicas*, III, Madrid, 1968, pp. 1297-1314.

Martín Duque, Ángel (dir.), *Gran Atlas de Navarra*, II. Historia, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1986.

Martín Fuertes, José Antonio, "Los notarios en León durante el siglo XIII", *Notariado público y documento privado: de los orígenes al siglo XIV. Actas del VII Congreso Internacional de Diplomática*, I, Papers i Documents, 7, Valencia, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència. Generalitat Valenciana, 1986, pp. 597-613.

Martín González, Margarita, *Colección diplomática de los reyes de Navarra de la dinastía de Champaña. 1. Teobaldo I (1234-1253)*, Fuentes documentales medievales del País Vasco, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1987.

Martinet, André, "De la morphonologie", *La Linguistique*, 2, 1965, pp. 12-22.

Martinet, André, *Eléments de linguistique générale*, París, Armand Colin, 1960; trad. esp. *Elementos de lingüística general* (2ª ed.), Madrid, Gredos, 1968.

Martínez, José A., "Los elementos de la gramática y el género en castellano", *Estudios ofrecidos a Emilio Alarcos Llorach*, I, Universidad de Oviedo, 1977, pp. 165-192; recogido y ampliado en *Propuesta de gramática funcional*, Madrid, Itsmo, 1994, pp. 153-194.

Martínez Celdrán, E., "Estudio morfofonológico de la vocal temática en español", *Revista de la Sociedad Española de Lingüística*, 5, 1, Madrid, Gredos, 1975, pp. 165-175.

Martínez Otero, Rutilio, "Cultismos", *Archivum*, t. IX, Universidad de Oviedo, 1959, pp. 189-215.

Martínez Pastor, M., Pérez González, Maurilio, *El latín de la cancillería castellana (1158-1214)*, Salamanca/ León, Universidades, 1985, en *Estudios clásicos*, 94, pp. 159-161 1988.

Mascaró, J., *Morfología catalana*, Barcelona, Enciclopedia catalana, 1986.

Matthews, P. H., *Morfología*, Madrid, Paraninfo, 1980.

Mc Evedy, Colin, *Atlas de l'histoire du moyen âge* (traduit de l'anglais par Colette Vlérick), París, Robert Laffont, 1985.

Mc Kitterick, Rosamond, "Latin and Romance: an historian's perspective", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages*, London & New York, Routledge, 1991, pp. 130-145.

Menéndez Pidal, Ramón, *Documentos lingüísticos de España. I. Reino de Castilla*, Madrid, CSIC-Patronato "Menéndez y Pelayo"-Instituto "Miguel de Cervantes", Anejo LXXXIV de la *Revista de Filología Española*, 1966.

Menéndez Pidal, Ramón, *Manual de Gramática Histórica Española* (18ª ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 1985.

Menéndez Pidal, Ramón, *Orígenes del español. Estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI* (10ª ed.), Obras completas de Ramón Menéndez Pidal, VIII, Madrid, Espasa-Calpe, 1986.



Michelena, Luis, *Fonética Histórica Vasca* (3ª ed.), San Sebastián, Publicaciones del Seminario Julio de Urquijo, 1985.

Michelena, Luis, *Lengua e historia*, Madrid, Paraninfo, 1985.

Michelena, Luis, *Lenguas y protolenguas*, Salamanca, Acta Salmanticensia, 1963 (reimpresión 1986).

Molho, Maurice, "Apuntes para una teoría del cultismo", *Bulletin Hispanique*, t. LXXXVII, nº 3-4, 1985, pp. 471-484.

Mondéjar, José, "Áreas lingüísticas II. Andalucía", *Lexikon der Romanistischen Linguistik*, Vol. VI, 1, Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 1992, pp. 994-503.

Morreale, Margherita, "Latín eclesiástico en los libros sapienciales y romanceamientos bíblicos. Cuadernos para el estudio comparado del léxico medieval castellano en los Mss escurialenses I-j-6 y I-j-4", *Boletín de la R.A.E.*, tomo XLII, 1962, pp. 461-477.

Morreale, Margherita, "Aspectos gramaticales y estilísticos del número", *Boletín de la R.A.E.*, LI, 1971, pp. 83-138; LIII, 1973, pp. 90-205.

Morreale, Margherita, "Grafías latinas y grafías romances: a propósito de los materiales «ortográficos» en el último tomo de la edición crítica de la Vulgata", *EMERITA*, Revista de Lingüística y Filología Clásica, t. XLII, fasc. Iº, Madrid, CSIC-Patronato Menéndez y Pelayo-Instituto "Antonio de Nebrija", 1974, pp. 37-45.

Munita Loinaz, José Antonio, "*Libro Becerro*" del Monasterio de Sta. María de La Oliva (Navarra): Colección documental (1132/ 1500), Fuentes documentales medievales del País Vascos, San Sebastián, Eusko-ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos, 1984.

Muñoz Garrigós, José, "Un leonesismo del «Libro de Buen Amor», *Estudios Literarios dedicados a M. Baquero Goyanes*, Murcia, 1974, pp. 339-350.

Muñoz Garrigós, José, "Notas para la delimitación de fronteras del dialecto murciano", en *Murcia*, 1977.

Muñoz Garrigós, José, "A propósito de /-r/ y /-l/ implosivas en la provincia de Murcia (Reflexiones sobre el A.L.P.I.), *Miscelánea Sanchis Guarner*, t. II, Valencia, 1984, pp. 225-228.

Muñoz Garrigós, José, "El dialecto murciano", en *Lenguas peninsulares y proyección hispánica*, Madrid, 1986, pp. 151-161.

Muñoz Garrigós, José, "Dialectología y lexicografía", *Lingüística Española Actual*, t. X, Madrid, 1988, pp. 73-80.

Muñoz Garrigós, José, "Historia de las hablas murcianas", *Actas del Congreso de Historia de la Lengua Española en América y España (Universitat de València, noviembre de 1994-febrero de 1995)*, Valencia, Universitat de València y Tirant lo Blanch, 1995, pp. 393-401.

Navas, Ricardo, "En torno a la clasificación del adjetivo", *Strenae. Estudios dedicados al prof. M. García Blanco*, Salamanca, 1962, pp. 369-347; reed. en Navas, R., *Ser y estar: el sistema atributivo en español*, Salamanca, Ediciones Almar, 1977, pp. 121-126.

Nida, E. A., *Morphology. The Descriptive Analysis of Words*, Michigan Univ. Press. 1949/1978.

Oelschläger, V., *A Medieval Spanish Word-List. A preliminary dated vocabulary of first appearances up to Berceo*, Univ. de Wisconsin, 1940.

Olson, D. R., y Torrance, N., (eds.) *Cultura escrita y oralidad*, Barcelona, Gedisa, 1995.

Ostos Salcedo, Pilar y Pardo Rodríguez, M^a Luisa, "Los escribanos públicos de Sevilla en el siglo XIII", *Notariado público y documento privado: de los orígenes al siglo XIV. Actas del VII Congreso Internacional de Diplomática*, I, Papers i Documents, 7, Valencia, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència, Generalitat Valenciana, 1986, pp. 513-559.

Pena, Jesús, "Sobre los modelos de descripción en morfología", en *Verba*, 17, Universidad de Santiago de Compostela, 1990, pp. 5-75.

Pensado Ruiz, Carmen, *El orden histórico de los procesos fonológicos*, I, Universidad de Salamanca, Acta Salmanticensia, Filosofía y Letras 145, 1983.

Pensado Ruiz, Carmen, "How was Leonese Vulgar Latin read?", en R. Wright (ed.) *Latin and the Romance Language in the Early Middle Ages*, London and New York, Routledge, 1991, pp. 190-204.

Pérez González, Maurilio, *El latín de la cancellería castellana (1158-1214)*, Universidades de Salamanca y León, 1985.

Pérez-Salazar Resano, Carmela, "Aportación al estudio gráfico y fonético del romance navarro. Primer tercio del siglo XIII", *Príncipe de Viana*, 197, Pamplona, 1992, pp. 751-796.

Pérez-Salazar Resano, Carmela, "Rasgos morfosintácticos y léxicos del romance navarro (primer tercio del siglo XIV)", *Príncipe de Viana*, 198, Pamplona, 1993, pp. 111-184.

Petrucci, A, "Alfabetismo ed educazione grafica degli scribi altomedievali, Secc. VII-X", en Peter Ganz (ed.), *The Role of the Book in Medieval Culture*, Vol. I, Turnhout, Belgium: Brepols, 1986, pp. 109-131.

Porto Dapena, J. A., "A propósito de los grados del adjetivo: aportación al estudio del sistema de cuantificación en el adjetivo español, *Thesaurus, B.I.C.C.*, 28/2, 1973, pp. 344-357.

Pottier, Bernard, *Gramática del español* (3ª ed.), Madrid, Ediciones Alcalá, 1975.

Puentes Romay, José A., "Representación gráfica de palatales en documentos altomedievales del noroeste peninsular: tradición e innovación", en M. Pérez González (ed.), *Actas del I Congreso Nacional de Latín Medieval (León, 1-4 diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de publicaciones, 1995, pp. 619-625.

Quilis, A. y Niederene, H. J. (eds.), "The Grammatical Doctrine of the Real Academia Española (1854)", *The History of Linguistics in Spain*, Amsterdam, John Benjamins, 1986, pp. 231-261.

Quilis, Antonio, "Sobre la morfonología. Morfología de los prefijos en español", *Revista de la Universidad de Madrid*, 19, 1970, pp. 223-248.

Quilis, Antonio, "Morfología del número en el sintagma nominal español", *Travaux de Linguistique et de Littérature*, VI, 1968, pp. 131-140.

Quilis Merín, Mercedes, "Más sobre latín tardío y romance temprano", *Anuario del Seminario de Filología Vasco «Julio de Urquijo»*, XXXV-3, San Sebastián, 1991, pp. 797-803.

Ramajo Caño, Antonio, *Las categorías de la lengua castellana desde Nebrija a Correas*, Universidad de Salamanca, 1987.

Real Academia Española, *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe, 1973/1986.

Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española* (21ª ed.), Vol. I y II, Madrid, Espasa-Calpe, 1992.

Real Academia Española, *Gramática de la Lengua Española* (ed. E. Alarcos Llorach), Madrid, Espasa-Calpe, 1994.

Rebollo Torio, M. A., "Consideraciones sincrónicas sobre la formación del plural adjetivo", *Anuario de Estudios Filológicos*, I, Cáceres, 1978, pp. 3-13.

Ricós Vidal, Amparo, "Itinerario lingüístico de Jaime I", *Actas del II Congreso Internacional de Caminería Hispánica (Madrid-Guadalajara, julio de 1994)*, en prensa.

Robins, R. H., *General Linguistics. An Introductory Survey*, 1964; trad. esp. *Lingüística general. Estudio introductorio*, Madrid, Gredos, 1971.

Romero Gualda, M. Victoria, *El nombre: sustantivo y adjetivo*, Madrid, Arco-Libros, 1989.

Rosenblat, Ángel, "Las ideas ortográficas de Bello", en A. Bello, *Obras Completas*, Vol. V: *Estudios Gramaticales*, Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1951, pp. IX-CXXXVIII.

Rosenblat, Ángel, "Género de los sustantivos en -e y consonante", en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, Vol. 3, Madrid, CSIC, 1952, pp. 159-202.

Rosenblat, Ángel, "El género de los compuestos", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, VII, 1953, pp. 95-112.

Rosenblat, Ángel, "Cultismos con -a antietimológica", *Filología*, V, 1959, pp. 35-46.

Rosenblat, Ángel, "Morfología del género en español: comportamiento de las terminaciones -o, -a", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XVI, 1962, pp. 31-80.

Rubio García, Luis, *Del latín al castellano en las escrituras reales*, Universidad de Murcia, 1981.

Ruiz Asencio, J. M., "Hacia una nueva visión de las Glosas Emilianenses y Silenses", en C. Hernández Alonso et alii (eds.), *Las Glosas Emilianenses y Silenses*, Burgos, Ayuntamiento de Burgos, 1993, pp. 83-118.

Sabatini, Francesco, "Lingua parlata, scripta e coscienza linguistica nelle origini romanze", en *Atti di XIV Congresso Internazionale di Linguistica e Filologia Romanza (Napoli, 1974)*, I, Napoli, 1979, pp. 445-453.

Sánchez Salor, E., "Factores que influyen en los cambios léxicos en la Baja Latinidad", en M. Pérez González (ed.), *Actas del I Congreso Nacional de Latín Medieval (León, 1-4 diciembre de 1993)*, Universidad de León, Secretariado de publicaciones, 1995, pp. 397-414.

Saporta, S., "On the Expression of Gender in Spanish", *Romance Philology*, XV, 1962, pp. 279-284.

Saralegui, Carmen, *El dialecto navarro en los documentos del Monasterio de Irache (958-1397)*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 1977.

Saralegui, Carmen, "Los estudios sobre el dialecto navarro desde 1970 y su aportación al conocimiento del mismo", *Fontes Lingua Vasconum. Studia y Documenta*, t. 9, Pamplona, 1977, pp. 403-416.

Saralegui, Carmen, "Un fuero navarro del siglo XIV y su versión en el siglo XVI", *Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española (Cáceres, marzo-abril de 1987)*, t. II, Madrid, Arco-Libros, 1988, pp. 1557-1567.

Saralegui, Carmen, *El Fuero Reducido de Navarra. Estudio lingüístico y glosario*, en I Sánchez Bella et alii, *El Fuero Reducido de Navarra. Edición crítica y estudios*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1989.

Sarmiento, R., "Filosofía de la Gramática de la Real Academia Española", *Anuario de Letras*, 17, 1979, pp. 59-96.

Sarmiento, R., "La gramática de la Academia. Historia de una metodología", *Revista Española de Lingüística*, 8, 1, 1978, pp. 105-115.

Sarmiento, R., "La doctrina gramatical de la Real Academia Española", *Anuario de Letras*, 19, 1981, pp. 47-74.

Schmidt, S. J., *Teoría del texto*, Madrid, Cátedra, 1973.

Seco, Rafael, *Manual de gramática española*, Madrid, Aguilar, 1954/1992.

Simón, César, "El problema de la colocación del adjetivo en castellano: revisión crítica del estado de la cuestión", *Cuadernos de Filología, Studia Linguistica Hispanica*, II, 1, Valencia, 1979, pp. 183-197.

Stati, Sorin, "Les traits sémantiques de l'adjectif", *Cahiers de Lexicologie*, XXIII, 2, 1973, pp. 51-61.

Stati, Sorin, *Teoria e metodo nella sintassi*, Bolonia, Il Mulino, 1972; trad. esp. *La sintaxis*, Méjico, Nueva Imagen, 1979.

Stengaard, Birte, "The combination of glosses in the *Códice Emilianense 60 (Glosas Emilianenses)*", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages*, London & New York, Routledge, 1991, pp. 177-189.

Straka, George, "Pour une révision de la date des Gloses de Silos?", *Hommage à Bernard Pottier*, II. Paris, Klincksieck. 1988, pp. 749-761.

Taboada, M., "Notas para una edición de las primeras gramáticas de la Real Academia Española", *Verba*, 8, 1981, pp. 79-112.

Torreblanca Espinosa, Máximo, "Omisión de grafemas en los documentos medievales de Castilla", *Journal of Hispanic Philology*, X, 1985-86, pp. 229-236.

Trask, Larry y Wright, Roger, "El «vascorrománico»", *VERBA*, 15, Universidad de Santiago de Compostela, 1988, pp. 361-373.

Trenchs Odena, José, "La cancellería de Jaime I: cancilleres y escribanos", *Paleographica diplomática et archivística. Studi in onore di Giulio Battelli*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 1979, pp. 97-128.

Trenchs Odena, José, "Els llibres del repartiment de València i la casa reial (1218-1250), *Homenatge a la memòria del Prof. Dr. Emilio Sáez. Aplec d'estudis dels seus deixebles i col·laboradors*, Universitat de Barcelona, Centre d'estudis medievals de Catalunya, Institució Milà i Fontanals (C.S.I.C.), 1989, pp. 9-26.

Trubetzkoy, Nicolai S., "Sur la morphonologie", *Trabajos del Círculo Lingüístico de Praga*, 1, 1929, pp. 85-88.

Ubieta Arteta, Antonio, *Cartulario de San Juan de la Peña*, Valencia, 1962.

Ubieto Arteta, Antonio, *Los orígenes de los Reinos de Castilla y Aragón*, Universidad de Zaragoza, 1991.

Van Uytfanghe, Marc, "The consciousness of a linguistic dichotomy (Latin-Romance) in Carolingian Gaul: the contradictions of the sources and of their interpretation", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages*, London & New York, Routledge, 1991, pp. 114-129.

Varvaro, Alberto, "Considerazioni sul problema del proto-romanzo", *La parola nel tempo: lingua, società e storia*, Bologna, Il Mulino, 1984, pp. 91-104.

Varvaro, Alberto, "Sull'origine della polimorfia nella scripta", *Actes du XVIIIe Congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes* (Trier, 1986), t. III, Tübingen, Max Niemeyer, 1988, pp. 710-715.

Varvaro, Alberto, "Latin and Romance: fragmentation or restructuring?", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages*, London & New York, Routledge, 1991, pp. 44-51.

Vázquez de Parga, Luis, Lacarra, José M^a y Uría Riu, Juan, *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, t. II, Madrid, CSIC, 1949.

Velázquez Soriano, Isabel, *Las pizarras visigodas: edición crítica y estudio*, Antigüedad y cristianismo. Monografías históricas sobre la Antigüedad Tardía, Universidad de Murcia, Universidad de Alcalá de Henares, 1989.

Vila Pujol, M. R., "Cuestiones de lexicalización del plural en la lengua española", *Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, t. I, Madrid, Arco-Libros, 1988, pp. 621-631.

Walsh, Thomas J. "Spelling lapses in early medieval Latin documents and the reconstruction of primitive Romance phonology", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages*, London & New York, Routledge, 1991, pp. 205-218.

Wright, Roger, "Semicultismo", *Archivum Lingüisticum*, VII, Glasgow, 1976, pp. 13-28.

Wright, Roger, "Linguistic Reasons for Phonetic Archaisms in Romance", *Papers from the 4th International Conference on Historical Linguistics*, Amsterdam, 1980, pp. 331-337.

Wright, Roger, *Late Latin and Early Romance in Spain and Carolingian France*, Liverpool, Francis Cairns, 1982; trad. esp. *Latín tardío y romance temprano en España y la Francia carolingia*, Madrid, Gredos, 1989.

Wright, Roger, "La no existencia del latín vulgar leonés", *INCIPIT*, III, Buenos Aires, 1983, pp. 224-230; "The Non-Existence of "Leonese Vulgar Latin", en T. A. Lathrop (ed.), *Early Ibero-Romance*, Juan de la Cuesta, Newark, Delaware, 1994, pp. 127-134.

Wright, Roger, "La función de las Glosas de San Millán y de Silos", en J. C. Bouvier (ed.), *Actes du XVIIe Congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes (Aix-en-Provence, Agosto-Septiembre de 1983)*, Vol. IX, Universidad de Provenza, 1986, pp. 209-219; "The Purpose of the Glosses of San Millán and Silos", en T. A. Lathrop (ed.), *Early Ibero-Romance*, Juan de la Cuesta, Newark, Delaware, 1994, pp. 209-219.

Wright, Roger, "The study of semantic change in Early Romance (Late Latin)", en A. G. Ramat, O. Carruba y G. Bernini (eds.), *Papers from the 7th International Conference on Historical Linguistics*, Amsterdam-Philadelphia, John

Benamins, 1987, pp. 619-628; en T. A. Lathrop (ed.), *Early Ibero-Romance*, Juan de la Cuesta, Newark, Delaware, 1994, pp. 65-73.

Wright, Roger, "Latín tardío y romance temprano: (1982-88)", *Revista de Filología Española*, 1988, pp. 257-269.

Wright, Roger, "La sociolingüística moderna y el romance temprano", en D. Kremer (ed.), *Actes du XVIIIe Congrès International de Linguistique et de Philologie Romances* (Trier, 1986), t. V, Tübingen, Max Niemeyer, 1988, pp. 11-18; en T. A. Lathrop (ed.), *Early Ibero-Romance*, Juan de la Cuesta, Newark, Delaware, 1994, pp. 12-20.

Wright, Roger, "Introduction: Latin and Romance, a thousand years of incertitudine", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages*, Londres, Routledge, 1990.

Wright, Roger, "The conceptual distinction between Latin and Romance: invention or evolution?", en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages*, Londres, Routledge, 1990, pp. 103-113; en T. A. Lathrop (ed.), *Early Ibero-Romance*, Juan de la Cuesta, Newark, Delaware, 1994, pp. 21-30.

Wright, Roger, "Textos asturianos de los siglos IX y X: ¿Latín bárbaro o romance escrito?", *Lletres Asturianes*, 41, 1991, pp. 21-34; "Asturian Texts of the Ninth and Tenth Centuries: Barbarous Latin or Written Romance?", en T. A. Lathrop (ed.), *Early Ibero-Romance*, Juan de la Cuesta, Newark, Delaware, 1994, pp. 135-154.

Wright, Roger, "Early Medieval Spanish, Latin and Ladino", en Isaac Benebu (ed.), *Proceedings of the Jerusalem Colloquium: Litterae Judaeorum in Terra Hispanica. Circa 1492*, Jerusalem, 1992, pp. 36-45.

Wright, Roger, "Complex Monolingualism in Early Romance", *Linguistic Perspectives on the Romance Languages* (Serie: Current Issues in Linguistic Theory, 103), Amsterdam/Philadelphia, John Benjamins Publishing Co., 1993, pp. 377-389; en T. A. Lathrop (ed.), *Early Ibero-Romance*, Juan de la Cuesta, Newark, Delaware, 1994, pp. 1-11.

Wright, Roger, "El latín y el ladino (siglos XI-XII)", *Actas del XIX Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas* (Universidad de Santiago de Compostela, septiembre de 1989), La Coruña, Fundación "Pedro Barrié de la Maza, conde de Fenosa", 1993, pp. 61-70; "Latin and ladino (in the eleventh and twelfth Centuries)", en T. A. Lathrop (ed.), *Early Ibero-Romance*, Juan de la Cuesta, Newark, Delaware, 1994, pp. 266-277. ●

Wright, Roger, "La escritura: ¿foto o disfraz?", en R. Penny (ed.), *Actas del Primer Congreso Anglo-Hispano*, t. I (Lingüística), Madrid, Castalia, 1993, pp. 225-233.

Wright, Roger, "Versatility and Vagueness in Early Medieval Spain", en D. Mackenzie e I. Michael (eds.), *Hispanic Linguistic Studies in honour of F. W. Hodcroft*, Oxford, The Dolphin Book Co., 1993, pp. 207-224.

Yanguas y Miranda, José, *Diccionario de antigüedades del reino de Navarra*, Varios tomos, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1964.

Zenenki, G. T., "Acerca de la manifestación del género de los sustantivos y adjetivos como categoría gramatical de las lenguas romances", *Verba*, 10, 1983, pp. 231-247.

Zumthor, Paul, *La letra y la voz* (trad. esp. de J. Presa), Madrid, Cátedra, 1989.

Zwicky, A. y Wallace, R. (eds.), *Papers on Morphology*, Ohio State U., Working Papers in Linguistics, 29, 1984.